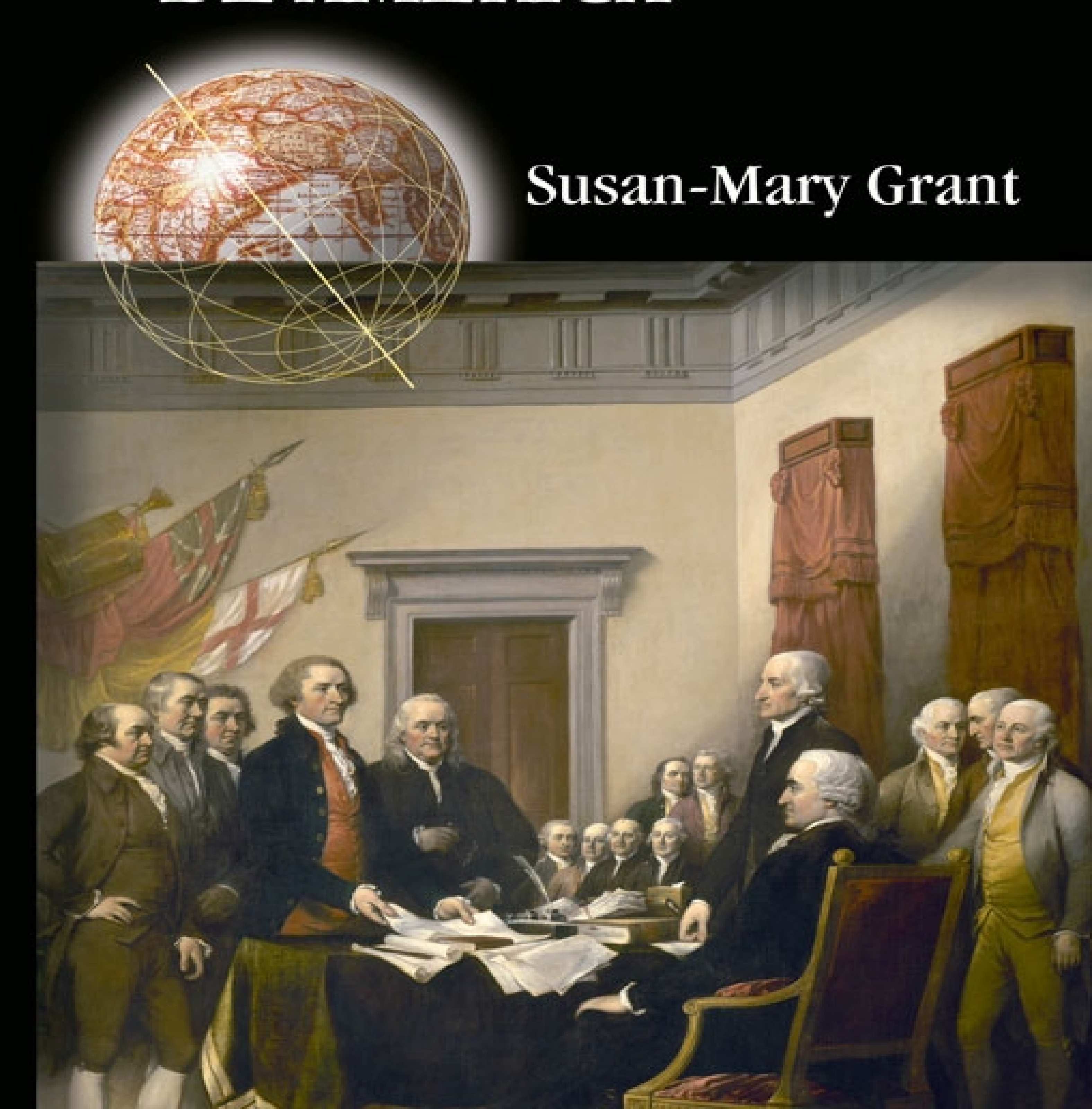
AKAL

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

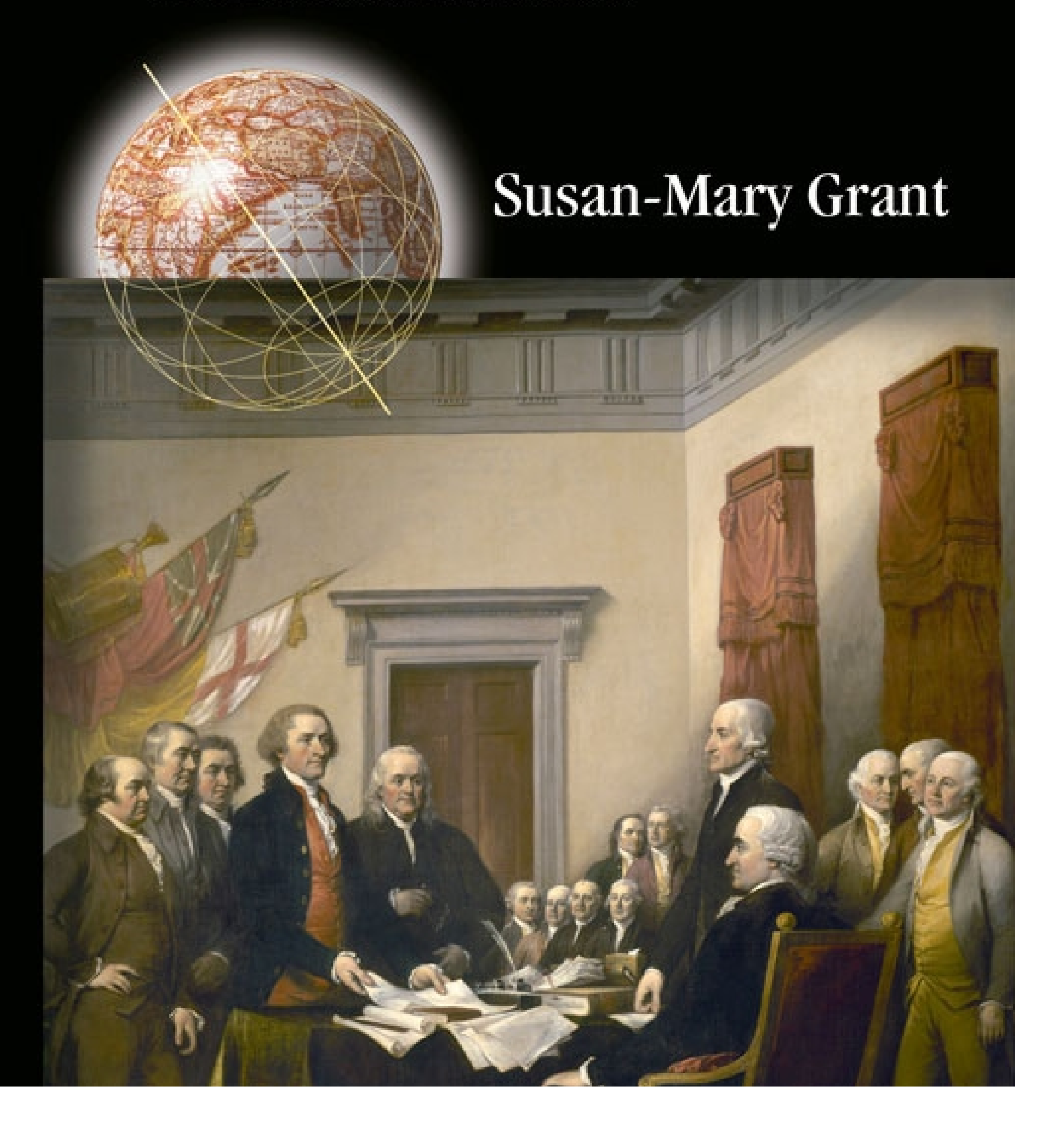
Susan-Mary Grant

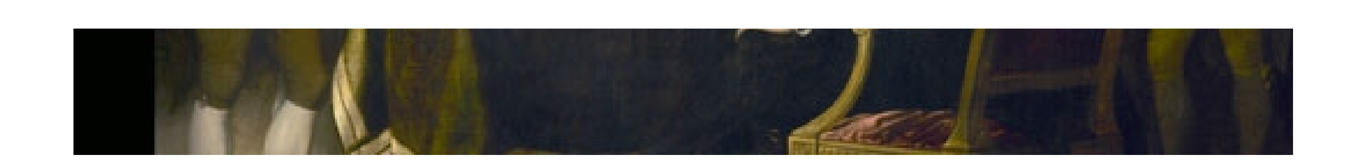


AKAL

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Susan-Mary Grant





Akal / Historias

Susan-Mary Grant

Historia de Los Estados Unidos de América

Traducción: Axel Alonso Valle



Los Estados Unidos de América, surgidos violentamente de las aspiraciones de sus primeros colonizadores, han llegado a ser una de las naciones más poderosas del mundo, mientras su pasado sigue dando forma todavía a su presente y moldeando su identidad misma como país. La búsqueda de su independencia como nación y las ambigüedades sobre las que se fundó conforman la base de este libro lúcido y sincero. Tomando como punto de partida la América colonial con la llegada de los primeros europeos, atraídos por la promesa del lucro económico e impulsados por la piedad religiosa, trata con minuciosidad las tensiones inherentes de un país levantado sobre el trabajo de esclavos en nombre de la libertad; aquel forzado a afirmar su unidad y reevaluar sus ideales ante la secesión y la guerra civil, y aquel que luchó por establecer su supremacía moral, seguridad militar y estabilidad económica durante las crisis financieras y los conflictos globales del siglo XX. En este estudio aparecen intercaladas las múltiples voces de la historia de la nación: esclavos y esclavistas, revolucionarios y reformadores, soldados y hombres de Estado, inmigrantes y refugiados. Son dichas voces, junto con las del país multicultural que es hoy, las que definen los Estados Unidos de América en el amanecer de un nuevo siglo.

SUSAN-MARY GRANT, profesora de Historia norteamericana en la Universidad de Newcastle, es autora de *North over South: Northern Nationalism and American Identity in the Antebellum Era* (2000) y *The War for a Nation: The American Civil War* (2006), y editora de *Legacy of Disunion: The Enduring Significance of the American Civil War* (2003) y *Themes of the American Civil War: The War Between the States* (2010).

Diseño de portada
RAG

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
A Concise History of United States of America

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4347-8

A Peter

Agradecimientos

Resulta imposible escribir una historia general de una nación sin recurrir a la labor de otros estudiosos y a monografías más detalladas sobre todos los aspectos de la evolución de dicha nación. En el caso de los Estados Unidos, uno cuenta con abundantes fuentes de información en las que basarse. Si bien la historia de la tierra que llegó a ser los Estados Unidos de América es descrita en ocasiones como breve, sus historiadores han compensado de sobra esta característica con la profundidad de sus análisis, el rigor de sus investigaciones y la magnitud de su entusiasmo. Son demasiados como para citarlos individualmente, pero la guía de lecturas adicionales al final de este libro da al menos una idea de la envergadura de su trabajo y de hasta qué punto estoy en deuda con colegas de ambos lados del Atlántico. Este libro en concreto se ha beneficiado de las aportaciones de aquellos que hicieron comentarios sobre los primeros borradores del mismo, del trabajo de Joy Mizan, de las ilustraciones cedidas por Cecilia Mackay y de la competencia editorial de Ken Karpinsky de Aptara y del equipo de edición de PETT Fox Inc. Pero por encima de todo, debe su existencia a Peter J. Parish y su publicación final a la insistencia, paciencia y muy apreciado aliento de Marigold Acland de Cambridge University Press.

Introducción
La creación de un Nuevo Mundo

> Al final todas las cosas se funden en una sola, y un río discurre a través de ella. El río fue excavado por el gran diluvio universal y fluye sobre rocas de los cimientos del tiempo. Sobre algunas de esas rocas hay gotas de lluvia eternas. Debajo de ellas están las palabras, y algunas de esas palabras son suyas.
>
> NORMAN MACLEAN, *El río de la vida,* 1976.

Cualquier historiador de los Estados Unidos que trabaje en Europa puede perder fácilmente la cuenta de la cantidad de veces que le recuerdan –estudiantes, colegas, amigos y familiares, y completos extraños– que la historia que estudia es corta. La observación va con frecuencia acompañada de una sonrisa irónica; se entiende que, como es una historia corta, ha de ser una historia simple. Y de todos modos, larga o corta, ¿a quién le hace falta estudiarla? ¿No la conocemos todos ya? ¿No estamos todos profundamente empapados, o infectados, dependiendo de la perspectiva que uno tenga, de la cultura estadounidense? ¿No tiene un carácter omnipresente en nuestras vidas a través de la televisión, el cine, la literatura popular o internet? ¿Acaso no estamos tan familiarizados con la cultura estadounidense, con su política, como lo estamos con la nuestra? Quizá más, incluso; tal vez ya no exista otra cultura que la que nos llega desde los medios y redes de comunicación dominados por los Estados Unidos. Vivimos en la aldea global, y la tienda de la esquina es un Seven Eleven. ¿No se hallan presentes los Estados Unidos en la ropa que vestimos, la comida que comemos, la música que escuchamos y la red por la que navegamos? La historia del país se encuentra grabada ya en todo el mundo. No está solo en el paisaje político de la Costa Este, en el escenario social racialmente configurado del Sur, en las reservas de las Dakotas o en las tierras fronterizas de Texas, Arizona y Nuevo México. Tiene un alcance mucho mayor. Es una historia frecuentemente retorcida por la industria del entretenimiento que es Hollywood, presente en la industria turística levantada alrededor de la roca de Plymouth y, sobre todo, conmemorada primero en el paisaje nacional, en Valley Forge, Stone’s River y Gettysburg; y después en el global, en Aisne-Marne y el bosque de Belleau, cerca de la

playa de Omaha (Normandía) y en Son My. ¿Por qué deberíamos ir en busca de los Estados Unidos? Ciertamente están por todas partes.

Y al mismo tiempo, con todo y con eso, no están en ninguna. Los Estados Unidos se desvanecen. Si los miramos fijamente, puede que de manera furiosa, durante bastante tiempo, tal vez desaparezcan ante nuestros ojos. Ya se está disolviendo discretamente en un modelo atlántico, el de «las Américas», en el que la mera invocación de «América» como nombre de los Estados Unidos se considera potencialmente ofensiva para quienes viven en las proximidades del Estado soberano que se ha adueñado egoístamente del término. Sus vidas, se da por hecho, están sometidas por una superpotencia imperialista que proyecta su oscura sombra sobre la zona fronteriza que separa los Estados Unidos de sus vecinos del sur. Cientos de personas mueren cada año tratando de cruzar esta frontera mortal, para alcanzar un Nuevo Mundo cuya sombra se extiende ahora sobre el Viejo. Desde la liberación de su poder atómico sobre Japón en 1945 hasta la actual «guerra contra el terror», ¿no vivimos todos a la sombra de esta superpotencia, una sombra que se filtra ahora por entre los fragmentos en suspensión del World Trade Center y que resulta todavía más negra por las represalias que siguieron a aquella atrocidad?

Tal vez aún exista esperanza para aquellos que temen una expansión todavía mayor del poder de la última superpotencia. El aparente dominio cultural, militar y político estadounidense puede ser contrarrestado, negado, reducido, dan por hecho algunos, negándoles el título que tomaron para sí. Mediante el poder del lenguaje, se espera, una potencia imperial será puesta en su sitio y obligada a aceptar que no es la primera entre las naciones, una *primus inter pares*, la «nación indispensable», como la secretaria de Estado Madeleine Albright la describió en 1998. Se la representa en cambio, utilizando la frase del sociólogo Michael Mann, como un «imperio incoherente», y en tonos tan negros que uno no puede sino agradecer que sus ambiciones imperialistas y militaristas no hayan logrado mayor consolidación. Para otros, la falta misma de coherencia y la ausencia concomitante de un fuerte impulso imperialista es un problema tanto para los Estados Unidos como para un mundo que necesita lo que el historiador Niall Ferguson considera un «imperio liberal», un nuevo «Coloso» que busque lograr la estabilidad y la seguridad global por motivos tanto de conciencia como comerciales. También hay otros, más interesados en los

modelos internos del país que en su impacto exterior, para los que Estados Unidos es simplemente una nación más, con todas las complejidades y contradicciones que acarrea el Estado nación moderno. Pero algunos le negarían incluso ese estatus. Algunos rechazarían totalmente la idea de que los Estados Unidos constituyen una nación.

En el marco del renovado interés académico por el nacionalismo que acompañó el fin de la Guerra Fría, la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética, todo lo cual propició la reemergencia de los impulsos nacionalistas que habían permanecido largo tiempo enterrados bajo una ideología social y política dominante impuesta desde el exterior, los orígenes étnicos de la nación moderna volvieron nuevamente a ser objeto de análisis. Pero los Estados Unidos no encajaban en ningún paradigma étnico. Una nación de inmigrantes solo podía, en el mejor de los casos, ser descrita como una nación plural. Y en el peor, podía acabar relegada a una categoría para ella sola, una no-nación; una colección de «etnias» en competición, divididas por disputas raciales, religiosas y lingüísticas, de las cuales solo podía surgir confusión cultural –desde luego no una nación coherente, y mucho menos un imperio.

No obstante, conforme proseguía el debate, la idea de los Estados Unidos como una nación cívica, una unida por un nacionalismo cívico, comenzó a ganar terreno. De hecho, esto no era mucho más que la aplicación de una nueva terminología a lo que algunos estaban más habituados a ver como el «credo estadounidense». Aunque el debate reconocía que, desde el principio, los nativos y los no blancos, las mujeres y las religiones no protestantes eran relegados con frecuencia a los márgenes de una identidad norteamericana fundamentada sobre un núcleo étnico blanco excluyente, el foco de atención fue dirigiéndose cada vez más hacia su ideal cívico abierto a todos. Este ideal se asentó sobre la Declaración de Independencia, el documento fundacional de la nación, su declaración de objetivos, su rechazo de los valores del Viejo Mundo, el comienzo de una república del Nuevo Mundo.

Esa república del Nuevo Mundo alberga hoy a más de 300 millones de personas. Es la tercera nación más grande del mundo, tanto en términos demográficos como geográficos. Solo China e India cuentan con poblaciones (mucho) mayores; solo Canadá y Rusia son físicamente más grandes. La extensión geográfica y oceánica de los Estados Unidos, con

9.826.675 km^2 (9.161.966 en tierra), constituye aun así el doble de la de la Unión Europea. Limitados al norte por los Grandes Lagos y la vía marítima del San Lorenzo, que los separa de Canadá, y al sur por el golfo de México y el río Grande (o Bravo), que los separa de México, ocupan una posición intermedia geográfica y, podría decirse también, una nacional.

Sin embargo, la población no siempre se preocupó por cuidar esta tierra. Su abundancia de recursos naturales, de plata a petróleo, gas, carbón, madera y fauna, fue sobreexplotada hasta dejar al borde de la extinción las manadas de bisontes de las Grandes Llanuras a finales del siglo XIX. La deforestación, asimismo, acompañó inevitablemente el crecimiento demográfico e industrial de la nación a lo largo de los siglos. Una tierra que para los primeros colonizadores parecía no tener límites, no tardó en convertirse en un paisaje artificial, o degradado; empero, a partir del mismo siglo XIX, surgió el impulso contrario de proteger esa tierra con la creación de los parques nacionales del país. En nuestros días, ciertamente, el Servicio de Parques Nacionales (National Park Service, NPS) se dedica a mucho más que a gestionar la tierra y los recursos naturales. Su labor tiene que ver fundamentalmente con la conservación del patrimonio, una cuestión política y cultural controvertida y trascendental, motivo de frecuentes enfrentamientos, siendo los antiguos campos de batalla de los que el NPS es responsable un detonante tan común de dichos enfrentamientos como zonas naturales como Yellowstone (el primer Parque Nacional) o Yosemite. Bajo la administración de George W. Bush, parcialmente en el contexto del imperativo de la seguridad nacional, tierras que se encontraban bajo la jurisdicción del NPS o la Nación India fueron recalificadas como abiertas a la exploración petrolífera y minera, lo cual amenazaba con destruir un paisaje nacional mientras trataba simultáneamente de defenderlo.

Antes de que la defensa de la patria se convirtiese en una cuestión fundamental, la atención de los pueblos de los Estados Unidos estaba centrada en la creación de dicha patria. Durante buena parte de los primeros años de historia de la nación, las poblaciones y los mercados mantuvieron actividad básicamente a lo largo de un eje norte-sur, uno alineado con el río Misisipi, que discurre por la zona central de América desde Minnesota en el norte hasta el golfo de México. Los colonos del este que buscaban alcanzar la costa oeste recorriendo lo que acabó por conocerse como la ruta de Oregón tuvieron, antes de que se completara el ferrocarril transcontinental,

que salvar las Rocosas, la cadena montañosa que discurre desde Nuevo México hasta Alaska. Hoy en día, habiendo desaparecido hace mucho las caravanas que recorrían la ruta de Oregón, gran parte de los espacios abiertos de la nación permanecen relativamente vacíos. El grueso de la población de los Estados Unidos –más del 80 por 100– es urbana. Y más del 80 por 100 de dicha población declara el inglés como su primer idioma, seguido de un 10 por 100 para el español. Los protestantes continúan siendo mayoría, pero por poco, constituyendo aproximadamente un 51 por 100. De esa población, la mayoría se clasifica todavía como blanca (casi un 80 por 100), cerca del 13 por 100 como negra, un 4 por 100 aproximadamente como asiática y un 15 por 100 como hispana. A veces los hispanos son clasificados como blancos, motivo por el cual las cifras parecen exceder el 100 por 100.

La cuestión de la clasificación étnica es algo más que una peculiaridad censal, no obstante. Tiene que ver directamente con la cuestión de la identidad nacional estadounidense, con qué significa ser «norteamericano» y qué representa la nación. Los nativos americanos, por ejemplo, que engloban menos del 1 por 100 de la población, constituyen aun así dos millones de personas, repartidas a su vez en cientos de unidades tribales. El que uno sea o no «nativo» depende de una combinación de herencia genética y afiliación cultural; algunos grupos hacen hincapié en lo primero, otros en lo segundo. De manera similar, el que uno sea considerado negro o blanco tiende a estar geográfica o lingüísticamente determinado. «Hispano» incluye en términos generales a cualquiera que viva al, o provenga del, sur del río Grande, desde una perspectiva blanca; y para todos los así agrupados, los afroamericanos y los «anglos» tal vez no parezcan ser diferentes.

Afroamericano, de hecho, es una de las clasificaciones más sensibles al contexto. Los recién llegados desde una nación africana pueden encontrar resistencia de los negros americanos a su, posiblemente natural, suposición de que «afroamericano» es un término automáticamente aplicable a ellos. «Negro» y «blanco» son descripciones que en los Estados Unidos derivan tanto de la cultura, la herencia y la historia de la esclavitud como de cualquier otro indicador genético objetivo. Ser afroamericano da a entender de manera casi automática que se posee un antepasado esclavo. Esto trae consigo una serie propia de problemas y supuestos, naturalmente, porque no

todos los afroamericanos fueron esclavizados. La historiadora Barbara Jeanne Fields puso de relieve la naturaleza opuesta de los supuestos culturales contemporáneos relativos a la raza cuando observó que en los Estados Unidos una mujer blanca puede dar a luz a un niño negro, pero una mujer negra no puede dar a luz a un niño blanco, al menos en lo que concierne a la sociedad. De modo que lo blanco puede crear lo negro, pero no al revés. A no ser que uno se fije en la literatura, en cuyo caso, como sostiene la destacada autora afroamericana Toni Morrison, eso es exactamente lo que ha ocurrido. La aparición de la «blancura», señala, requirió una presencia negra. Ser «americano» requirió algo, algo que se posicionara fuera de la nación, al menos como fue culturalmente concebida. En este sentido, los conceptos de «blanco» y «negro» (o «africanismo») funcionaron juntos, pero durante la mayor parte de la historia de la nación no fue ni mucho menos una relación de iguales.

Obviamente, reclamar una identidad en los Estados Unidos es, tanto para la nación como para el individuo, un empeño plagado de dificultades y desafíos pero con cada vez menos compromisos políticos o culturales. La en su día convincente concepción de los Estados Unidos como un «crisol» ha dado paso con los años a, primero, un hincapié en el multiculturalismo y, segundo, a distinciones étnicas y culturales (cada vez más de tipo religioso) que algunos temen que estén desestabilizando la nación. Similarmente al propio sistema federal, en el que los estados han recibido diversos grados de autonomía a lo largo de la historia del país, los ciudadanos estadounidenses mantienen un en ocasiones precario equilibrio entre su identidad social y estatal, por un lado, y la federal y nacional, por otro. A veces, como en el caso de la Guerra de Secesión estadounidense (1861-1865), esto se ha venido abajo dramáticamente. Otras, en periodos de conflictos externos o crisis, las divisiones internas se reducen –si bien nunca desaparecen– en favor de un patriotismo impulsado desde el centro, como durante la Segunda Guerra Mundial, o proveniente del ciudadano de a pie, como fue el caso después de los atentados del 11 de septiembre y en la «guerra contra el terror» actualmente en curso.

El vínculo que existe entre la guerra y la identidad estadounidense, de hecho, resulta complejo. La mayoría de las naciones cuentan con historias violentas, y los Estados Unidos no suponen una excepción a este respecto. Pero comprender cómo un grupo de colonias débilmente conectadas que

dependían tan profundamente de la mano de obra esclava llegó al punto de unirse para derrotar a una potencia colonial en nombre de la libertad y la igualdad requiere tener en cuenta los múltiples y diversos impulsos contemporáneos que condujeron a esta postura aparentemente contradictoria, de los cuales no fue el menor de ellos la temprana consolidación de la relación entre conflicto e identidad del Nuevo Mundo que forjaron los colonos con respecto a los nativos de este y el poder imperial.

La tierra que se convertiría en los Estados Unidos fue poblada, en algunos casos solo temporalmente, por emigrantes europeos, misionarios, ejércitos y comerciantes, que habían sido empujados allí por los conflictos religiosos en Europa. Desde el principio, por tanto, el conflicto moldeó tanto los procesos migratorios como las actitudes de los forasteros europeos hacia las poblaciones indígenas americanas. Los primeros intentos propagandistas de persuadir a los monarcas y comerciantes europeos de que el «Nuevo Mundo» prometía beneficios en nombre de la piedad –había nativos que convertir y riquezas que obtener– implantaron una mortífera combinación de lo codicioso y lo religioso de la que el conflicto era una consecuencia quizá inevitable. Los orígenes marciales de la nación quedaron establecidos, naturalmente, en el conflicto colonial definitivo, la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, que forjó la relación entre la nación y el concepto de servicio ciudadano, entre el nacionalismo norteamericano y la guerra.

Que al menos una parte de la historia de la Guerra de Independencia fue engrandecida tras el acontecimiento para evocar un entusiasmo no siempre evidente en la época no disminuyó en absoluto el duradero poder del mito del *minuteman* (miliciano de la Guerra de Independencia) como ideal marcial estadounidense. Este no debería exagerarse pero tampoco subestimarse. En los Estados Unidos de hoy, los veteranos de guerra comprenden aproximadamente el 10 por 100 de la población adulta. Dicho porcentaje, desde un punto de vista general, no es una estadística abrumadora, y difícilmente una movilización general de tropas. No obstante, los veteranos, y a través de ellos el impacto de la guerra, ejercen una poderosa influencia en la política y la sociedad (y en los presupuestos de defensa) del país, porque como grupo, resulta que los veteranos votan en

un porcentaje mayor (*ca.* 70 por 100) que la población en su conjunto (*ca.* 60 por 100).

En este contexto, no sorprende que uno de los hilos cruciales de la historia nacional de los Estados Unidos sea el modo en que la unidad forjada a través de la guerra moldeó la identidad nacional por medio del hincapié resultante en la libertad como el eje alrededor del cual se construyó esa identidad. Pero antes incluso del nacimiento de la nación en sí, la libertad en el «Nuevo Mundo» tenía connotaciones tanto positivas (libre para) como negativas (libre de). La libertad, como reza el eslogan moderno, no sale gratis *(Freedom is not free)*. Y por supuesto nunca lo fue. La libertad para los primeros colonos europeos vulneró las libertades ya existentes que disfrutaban las naciones indígenas. La libertad del dominio monárquico, como dejó claro el caso de los partidarios de la Corona inglesa durante la Guerra de Independencia, no era la libertad deseada por todos los jóvenes «americanos», ni era una necesariamente bien recibida por ellos. La libertad era el principio impulsor del experimento estadounidense, pero era un principio promulgado a gritos por dueños de esclavos. La Ilustración del siglo XVIII, un proceso que Immanuel Kant describió como la «emancipación de la conciencia humana», pudo haber informado el impulso revolucionario norteamericano, pero ello no se tradujo en la emancipación de los esclavos de los revolucionarios estadounidenses.

«Sostenemos como evidentes estas verdades –afirmaba la Declaración de Independencia (1776)–: que todos los hombres son creados iguales, que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad...» Durante demasiado tiempo tales «verdades» solo resultaron ser verdad realmente para aquellos que formaban parte de, eran próximos a, o tenían posibilidades de unirse a la elite blanca masculina cuya perspectiva estas verdades habían representado solo parcialmente. Si bien estaban totalmente preparados para creer al radical inglés Thomas Paine cuando les dijo que la suya era «la causa de toda la humanidad», los norteamericanos interpretaron el mensaje de Paine en el contexto de una ideología republicana a través de la cual el fomento de la igualdad y la libertad iba de la mano de la defensa de la esclavitud. Gracias en parte al desarrollo de los mercados y las vías de comunicación, las colonias individuales podían al menos concebir una unión política y cultural. Alcanzarla era otra cuestión. Para unos, la libertad

como ideal nacional solo podía lograrse si se aplicaba a todos. Para otros, el futuro de la nación solo estaría asegurado si algunos eran permanentemente esclavizados. A mediados del siglo XIX, había una verdad evidente para Abraham Lincoln, quien estaba luchando por evitar la ruptura de la nación en la Guerra de Secesión: «Todos nos declaramos a favor de la libertad –observaba–, pero cuando usamos la misma *palabra*, no todos nos estamos refiriendo a la misma *cosa*».

La nación que surgió de la Guerra de Secesión era una en la que la esclavitud había sido por fin abolida, pero las distinciones raciales y étnicas siguieron siendo el medio a través del cual se negociaba y refinaba la identidad estadounidense, especialmente a medida que la población se fue expandiendo hacia el oeste, materializando el «Destino Manifiesto» de la nación de lograr una hegemonía hemisférica. La persistencia de, además de los desafíos a, el dominio anglosajón en los Estados Unidos en vísperas del siglo XX se vieron intensificados por cuestiones de racismo, inmigración, crimen y la ciudad en un periodo que contempló cómo los Estados Unidos probaban a meter un dedo en aguas internacionales por medio de una guerra contra España. Para entonces, la generación que había combatido en la Guerra de Secesión había llegado a la primera línea de la política. Las experiencias de su juventud los habían moldeado, pero ciertamente no podían prepararlos ni a ellos ni a la nación para el siglo que estaba por venir, el llamado «Siglo Estadounidense», que comenzó realmente después de la Segunda Guerra Mundial con el dominio global económico y, podría sostenerse, cultural de los Estados Unidos.

Mas durante el «Siglo Estadounidense», eclipsado como estuvo por la Guerra Fría, y dominado, en gran medida, por el conflicto en Vietnam, la idea que se tenía de la nación estadounidense fue matizada. La historia nacional de la nación de ciudadanos con un núcleo étnico pasó a ser una que destacaba los esfuerzos de los marginados por desafiar su marginación. Un renovado interés en la diversidad cultural de los Estados Unidos pasó a ser el medio a través del cual complicar cualquier autocomplacencia persistente sobre la realidad del ideal cívico en los Estados Unidos. Al mismo tiempo, subrayaba el modo en que, al redactar la Declaración de Independencia, los fundadores de la nación habían establecido, como mantenía Abraham Lincoln, una premisa integradora mediante la cual todos los estadounidenses, independientemente de su linaje, podían reivindicar su

nacionalidad «como si fueran de la misma sangre y de la misma carne que los hombres que escribieron esa Declaración». También en este contexto, el paradigma del mundo atlántico servía no solo para disipar los temores internacionales, sino igualmente para acentuar el poder del ideal cívico. Ponía de relieve lo permeables que eran las fronteras de la nación no únicamente a los inmigrantes sino también a las influencias internacionales –por no decir a la influencia internacional como tal–, y lo susceptible que era a variables interpretaciones de lo que era colonialismo y poscolonialismo, nacionalismo, regionalismo, guerra, identidad, raza, religión, sexo y origen étnico.

El imperativo de hacer que el ideal cívico se ajuste o incluso se aproxime a la realidad continúa haciendo frente a los Estados Unidos de hoy, por supuesto, y resulta especialmente problemático en una nación con su complejidad geográfica, demográfica y cultural. Los generalizados análisis de los Estados Unidos, más interesados a menudo en cómo ha sido exportado el ideal democrático, o impuesto más allá de las fronteras de la nación, no conceden suficiente importancia a veces a la lucha histórica por alcanzar ese ideal dentro del propio país. Si el «Coloso» del Nuevo Mundo se ha visto frecuentemente en la posición paradójica de «imponer la democracia» o de «liberar por la fuerza» en el extranjero a finales del siglo XX y comienzos del XXI, su propia historia, sea la de la década de 1860 o la de 1960, nos recuerda que se ha visto obligado muchas veces a poner en marcha procesos similares dentro de sus fronteras. Menos una paradoja que un patrón, el en ocasiones frágil equilibrio entre libertad cívica y étnica, positiva y negativa, apenas resulta extraño en una nación que parece querer para otros lo que a veces lucha por conseguir para sí misma. Los retos a los que hizo frente, las decisiones que tomó, los acuerdos que alcanzó son unos que todas las naciones deben considerar; cada vez más en un mundo en el que la comunicación es prácticamente instantánea, en el que todas las fronteras pueden ser traspasadas, y en el que los retos que plantean la inmigración, la intolerancia religiosa y las divisiones raciales y étnicas siguen comprometiendo la estabilidad del Estado nación moderno.

1
Terra Nova: imaginando América

Así pues, al principio todo el mundo era América.

JOHN LOCKE, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, 1690.

América fue una tierra, y después una nación, imaginada antes de ser nunca concebida. Aunque solo podemos hacer conjeturas sobre los sueños y las ambiciones de sus primeros colonizadores humanos, ya cruzaran el estrecho de Bering a pie o por mar, los primeros emigrantes al continente norteamericano llegaron a este en busca de una vida mejor. Ya fuesen sus intenciones iniciales establecerse allí o encontrar nuevas rutas comerciales, buscasen un nuevo hogar o simplemente nuevos recursos que llevarse consigo de vuelta, el atractivo de un Nuevo Mundo resultaba potente. Con excepción de los pueblos que Cristóbal Colón identificó, erróneamente, como indios, las primeras tentativas migratorias produjeron escasos asentamientos permanentes. Los habitantes indígenas del continente apenas se vieron molestados por las exploraciones iniciales llevadas a cabo por aventureros vikingos en los siglos X y XI, cuyos posteriores asentamientos en Groenlandia fueron, aunque mal recibidos, relativamente efímeros, y olvidados, quizá, con igual rapidez por las tribus nativas como lo fueron por el mundo en general.

Libres de interferencias externas, por tanto, los pueblos que más tarde compondrían los numerosos grupos etnolingüísticos y nacionalistas de nativos americanos de la Edad Moderna fueron desarrollando de forma gradual lo que Jeremiah Curtin, un folclorista del siglo XIX, consideraba sociedades esencialmente primitivas basadas en una combinación de fe religiosa y consanguineidad. En palabras de Curtin:

> Los lazos que conectan a una nación con sus dioses –lazos de fe– y los que conectan mutuamente a los individuos de esa nación –lazos de sangre– son los más fuertes que conoce el hombre primitivo, y son los únicos lazos sociales en eras prehistóricas. Incluso el grupo más avanzado de indios de América se hallaba en esta fase temprana cuando el continente fue descubierto.

Jeremiah Curtin, *Mitos de la creación por los indios de Norteamérica*, 1898.

A pesar del hecho de que su descripción podría haber resultado aplicable tanto a los lazos creados, y cortados con igual frecuencia, por la agitación religiosa y las maquinaciones monárquicas de la Europa del siglo XV como a los de las culturas indígenas americanas, las opiniones de Curtin no casan bien con la sensibilidad actual. Ni la idea de un «hombre primitivo» ni la de que América era un continente que solo estaba esperando a ser «descubierto» por los europeos forman parte de la visión moderna del pasado de ese continente.

Antes de sus encuentros con los pueblos europeos, las sociedades indígenas de las Américas eran, por supuesto, cultural y lingüísticamente variadas. El tamaño real de su población sigue siendo tema de debate, pero oscilaba entre los 10 y los 75 millones en total, de los cuales entre 2 y 10 millones se encontraban dentro de lo que hoy son los Estados Unidos, en una época en que las poblaciones de Europa y África eran de 70 y 50 millones respectivamente. Si bien existía un cierto grado de interacción en forma de comercio, viajes e –inevitablemente– guerras, el propio tamaño del continente alentó de manera natural el florecimiento de una amplia variedad de asentamientos, culturas y pueblos, los cuales iban desde las sociedades agrícolas relativamente estables pero competidoras de la costa oeste, pasando por los pueblos hopewell de lo que hoy son Ohio e Illinois, cuya especialidad era la metalistería, hasta una de las sociedades indígenas más complejas, la de los cahokia, que habitaba las llanuras aluviales del Misisipi y el Misuri. Tampoco se trataba de sociedades estáticas; como sus homólogas europeas, estaban sometidas a las fuerzas de los cambios, provocados por el conflicto y la competencia, por las variaciones de los modelos agrícolas y la expansión de las redes comerciales. De hecho, las similitudes entre las culturas indígenas americanas y las sociedades europeas que acabaron por introducirse entre ellas resultaban tal vez más sorprendentes que sus diferencias, en términos tanto de patrones migratorios como de, crucialmente, mitologías.

Los mitos de creación de los nativos americanos adoptan muchas formas, pero en esencia todos cuentan una historia parecida; es una historia de orígenes y cambio, de metamorfosis, de la llegada de los humanos al mundo y de las transformaciones que los hicieron parte de él. Pese a carecer del

evocador *trickster* (embaucador o burlador) y de los elementos antropomórficos de sus homólogos nativos, el mito europeo del origen de América difiere muy poco del modelo indígena. También la historia de la colonización del continente por los blancos europeos tuvo que ver en el fondo con poner el pie en una tierra nueva, con establecer no solo una reivindicación sobre ella, sino también una adhesión a lo que se consideraba que era el espíritu de la misma. Con el tiempo, a ese espíritu se le darían muchos nombres –Libertad, Igualdad, Destino Manifiesto–, pero para los primeros colonos europeos, dar simplemente sentido a la propia tierra, y a sus habitantes aborígenes, fue el primer paso hacia su colonización. Este fue el comienzo de un proceso que acabaría por desheredar, si no por destruir enteramente, a las sociedades indígenas de Norteamérica. En su lugar instauró una cultura colonial basada en valores del Viejo Mundo modelados por precedentes legales, políticos, religiosos y sociales europeos, predominantemente británicos, una cultura que en el transcurso de los siglos siguientes no solo lograría independizarse de la Corona inglesa sino también alzarse como la nación más poderosa sobre la tierra.

Dicho proceso comenzó, por supuesto, con la llegada a las Indias Occidentales en 1492 del marino genovés Colón, cuyo viaje había sido instigado por las habilidades como navegantes y constructores navales de una potencia europea, Portugal. Del mismo modo que el comercio y el intercambio sustentaba buena parte de la cultura indígena americana, el enriquecimiento material y los cambios en los patrones de consumo fueron la motivación para el arranque de la actividad naval de los portugueses durante el siglo XV. Su interés por la exploración fue consecuencia de un deseo mayor por conseguir las especias, el té, las sedas y, sobre todo, el oro en torno a los que giraba el comercio internacional. Estas mercancías, hasta entonces, habían sido transportadas por tierra, desde China hasta Oriente Medio y después al Mediterráneo, o, en el caso del oro, desde el Sáhara hasta Europa atravesando la punta norte de África. El control de gran parte de este comercio había permanecido en manos de los venecianos y los turcos, y era a estos intermediarios a quienes los portugueses esperaban evitar. En el proceso, Portugal adquirió una participación en lo que llegaría a ser uno de los elementos económicos y sociales más definitorios del mundo atlántico: el comercio de esclavos. En el marco de un mundo europeo que estaba acostumbrándose con velocidad no solo a disfrutar de

tazas de té sino también a añadirles azúcar, las personas –los esclavos– se volvieron un producto tan lucrativo como aquellos de lujo que producían, como dejaban claro las plantaciones azucareras de Portugal en las Azores y Cabo Verde. En resumen, el éxito de Portugal con el azúcar, su hallazgo de una ruta marítima alrededor de la costa meridional de África, su establecimiento de puestos comerciales en la costa occidental de este continente y, por encima de todo, los beneficios que obtuvo en todas estas empresas empujaron al resto de potencias europeas –especialmente al vecino más cercano de Portugal, Castilla– a intentar sacar tajada del pastel. Fue con este fin que Isabel de Castilla ordenó a Colón que encontrase una ruta occidental a las Indias.

Los cortos cálculos de Colón respecto a la extensión total del globo –que no compartían muchos de sus contemporáneos– provocaron su arribo relativamente rápido a las Bahamas y su creencia de que había alcanzado realmente las Indias Orientales. Fue esto lo que motivó su inapropiada denominación de los habitantes que encontró como «indios». Cómo percibieron estos a Colón no está tan claro, pero lo que resulta innegable es que su llegada inauguró un periodo de exploración, apropiación y conquista de las Américas por parte de varias potencias europeas en el que los beneficios del encuentro –el llamado intercambio colombino– fueron a parar prácticamente en su totalidad a los recién llegados. Desde el momento del primer contacto, quedó claro que las potencias europeas veían las Américas como algo de lo que apropiarse. De hecho, las disputas entre Castilla y Portugal por el descubrimiento de Colón llegaron a tal extremo que el papa se vio obligado a intervenir. Mediante el Tratado de Tordesillas (1494), este repartió las tierras que ambos reclamaban dividiéndolas por mitad del Atlántico. Portugal se instaló en Brasil mientras Castilla ponía la mira en el resto de Sudamérica y el Caribe.

Al principio, no parecía que la colonización fuera a tener éxito. El primer asentamiento de Colón en La Española (hoy ocupada por Haití y la República Dominicana) fue un fracaso. En 1502, año del último viaje de Colón al Nuevo Mundo, el explorador español Nicolás de Ovando consiguió establecer un puesto avanzado funcional para Castilla en La Española al mismo tiempo que su colega italiano Américo Vespucio caía en la cuenta, como resultado de sus viajes costeros, de que lo que Colón había encontrado era un continente completamente nuevo, mucho más grande y

populoso de lo que los europeos podrían haber imaginado jamás. Sin embargo, no fue hasta que Fernando de Magallanes circunnavegó el globo entre 1519 y 1520 que Europa se percató del tamaño real del mundo y se hizo cierta idea de la heterogénea naturaleza de sus pueblos.

Al no disponer de información sólida, la imaginación jugó un papel muy importante en las reacciones europeas respecto al continente americano, incluso antes de que ningún europeo pusiera el pie en él; imaginación, pero también su contrario, una incapacidad casi patológica para comprender, mucho menos para contemplar compromiso alguno con las vidas de otros. Aun así, es importante no exagerar los efectos del intercambio colombino ni colocar a los pueblos indígenas en el marco histórico con objeto de que puedan jugar simplemente el papel de víctima en un dramático genocidio dirigido por Europa e inspirado por la codicia. Codicia había en abundancia, ciertamente, pero esta por sí sola no explica los catastróficos efectos demográficos, para las poblaciones indígenas de América, del primer encuentro entre europeos y americanos. La enfermedad tuvo mucho que ver en ello. La población arahuaca o taína de La Española, que se calcula era de entre 300.000 y un millón de personas en 1492, desapareció casi por completo en 50 años, mientras que la de México se redujo hasta en un 90 por 100 en el siglo XVI. Si bien enfermedades como la viruela, el sarampión o la fiebre amarilla causaron estragos en las Américas, hay pocas pruebas médicas que apunten a una especial susceptibilidad indígena a las cepas víricas europeas. Ya solo la viruela podía resultar devastadora incluso en una población que gozara de inmunidad colectiva. La tasa de mortalidad por la enfermedad entre los soldados blancos de la Unión en la Guerra de Secesión (1861-1865) fue de alrededor del 38 por 100, aproximadamente la misma que hubo en la sociedad azteca en 1520.

El peligro para los pueblos indígenas de América en el siglo XVI no venía únicamente de las enfermedades llevadas del Viejo Mundo al «Nuevo». El problema principal era quien las llevaba. La violencia y los virus actuaron conjuntamente en las Américas, y con efectos devastadores, tras el primer contacto, y continuaron haciéndolo hasta finales del siglo XIX. Ambos provenían de un entorno europeo que, pese a no estar habituado a los conflictos ni a las plagas, los conocía sin duda muy bien. El siglo XVI fue una época violenta, violencia exacerbada por los reajustes religiosos causados por, primero, la Reforma Protestante iniciada por Martín Lutero

en 1517 y, después, por la versión inglesa de la misma, anunciada por la Ley de Supremacía (Act of Supremacy, 1534) de Enrique VIII, por medio de la cual este desafió el poder del papado y se autodesignó cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Cuando eso, combinado con la inevitable codicia por el oro y todo el poder que podía comprar, cruzó el Atlántico, los resultados fueron catastróficos. Indudablemente, los pueblos nativos de las Américas no eran ajenos a enfrentamientos y conflictos, pero fue el estallido relativamente repentino de la competencia entre las potencias europeas durante lo que se ha dado en llamar la Primera Gran Era de los Descubrimientos lo que les sobrepasó. Inspirados y amenazados en igual medida por el impacto del encuentro de Colón, los británicos y los franceses en particular trataron de desafiar el dominio español, tanto en Europa como en las Américas.

Los ingleses tenían especiales ganas de socavar el poder español, y a tal fin enviaron al explorador veneciano Giovanni Caboto (anglicanizado como John Cabot) a Terranova en 1497. Su viaje hizo un gran servicio a la industria pesquera europea, pero Inglaterra carecía de recursos para dar seguimiento a la iniciativa de Cabot. Más al sur, los españoles habían puesto la mira sobre el premio mayor que ofrecía la riqueza imaginada de las Américas. La codicia desnuda, no obstante, encontró conveniente y, en el contexto de la Reforma, oportuno envolverse en el estandarte de la religión. Razón por la cual los viajes emprendidos por los conquistadores españoles desde La Española en el Nuevo Mundo tienen ecos de las cruzadas de los siglos XI y XII. Acompañados por misioneros, marchaban bajo el signo de la cruz para convertir –o aplastar– a los pueblos que hallaban. El explorador español más famoso de este periodo fue, por supuesto, Hernán Cortés, cuyo encuentro con la civilización azteca de México central en 1519 se vio rápidamente seguida de una epidemia de viruela que facilitó su victoria sobre los aztecas y la destrucción de la principal ciudad de estos, Tenochtitlán. A los incas, en lo que hoy es Perú, no les fue mucho mejor contra Francisco Pizarro unos años después.

Podría sostenerse que, si bien la destrucción de las ciudades y sus habitantes fue suficientemente terrible de por sí, y la explotación de los pueblos indígenas extrema incluso para los estándares de la civilización azteca –suficientemente brutal como para impactar a algunos españoles–, fue la lenta pero inexorable erosión de las culturas del Nuevo Mundo la que

no solo caracterizó la era poscolombina, sino también fijó un precedente en lo relativo a los encuentros de los europeos con –y posteriormente en– las Américas. A partir de la primera exploración europea, la relación entre visitantes e indígenas dependió de impulsos contradictorios por parte de los primeros. Desde una perspectiva económica, los pueblos indígenas parecían ideales para ser explotados. Desde una religiosa, estaban listos para la conversión. Los europeos tenían escaso interés en aclimatarse culturalmente al entorno del Nuevo Mundo, pero tampoco pensaron en las implicaciones de aculturar a las poblaciones indígenas a las normas europeas. Esta incómoda posición simultánea del no europeo como converso potencial y como «el extraño» caracterizó no solo los esfuerzos de colonización españoles, sino todo el impulso colonizador a lo largo y ancho de las Américas entre los siglos XVI y XVIII.

Otros acontecimientos en el seno de la propia Europa contribuyeron también al impacto de esta en la América poscolombina, y no fue el menos importante de ellos el avance de la cultura impresa, lo cual es visto por los estudiosos como uno de los ladrillos fundamentales de la nación moderna. El desarrollo de la imprenta a partir del siglo XV hizo que gran cantidad de palabras, grabados y –de forma crucial– mapas estuvieran disponibles para un porcentaje cada vez mayor de poblaciones europeas. Dentro de la propia Europa, buena parte de la cultura impresa inicial resultó ser el medio de propagación de perspectivas clericales enfrentadas, pero las imágenes tuvieron tanta importancia como las palabras cuando los europeos pusieron la vista al otro lado del Atlántico, imágenes que les ayudaban a orientarse en ese entorno. Como actividad humana, la cartografía por lo general, y con seguridad en la era de la exploración europea, a menudo dice más de la sociedad que elabora el mapa que del paisaje cartografiado. Los primeros mapas tenían muchas veces un propósito militar o, en el caso de las Américas, funcionaban de forma totalmente literal como mapas del tesoro. Un ejemplo es el mapamundi de Bautista Agnese de *ca.* 1544, con sus rutas claramente marcadas a las minas de plata españolas del Nuevo Mundo y su trazado de la vuelta al mundo de Magallanes, pero también con una borrosa representación de la tierra al norte, la tierra que, con el tiempo, se convertiría en los Estados Unidos de América (figura 1.1).

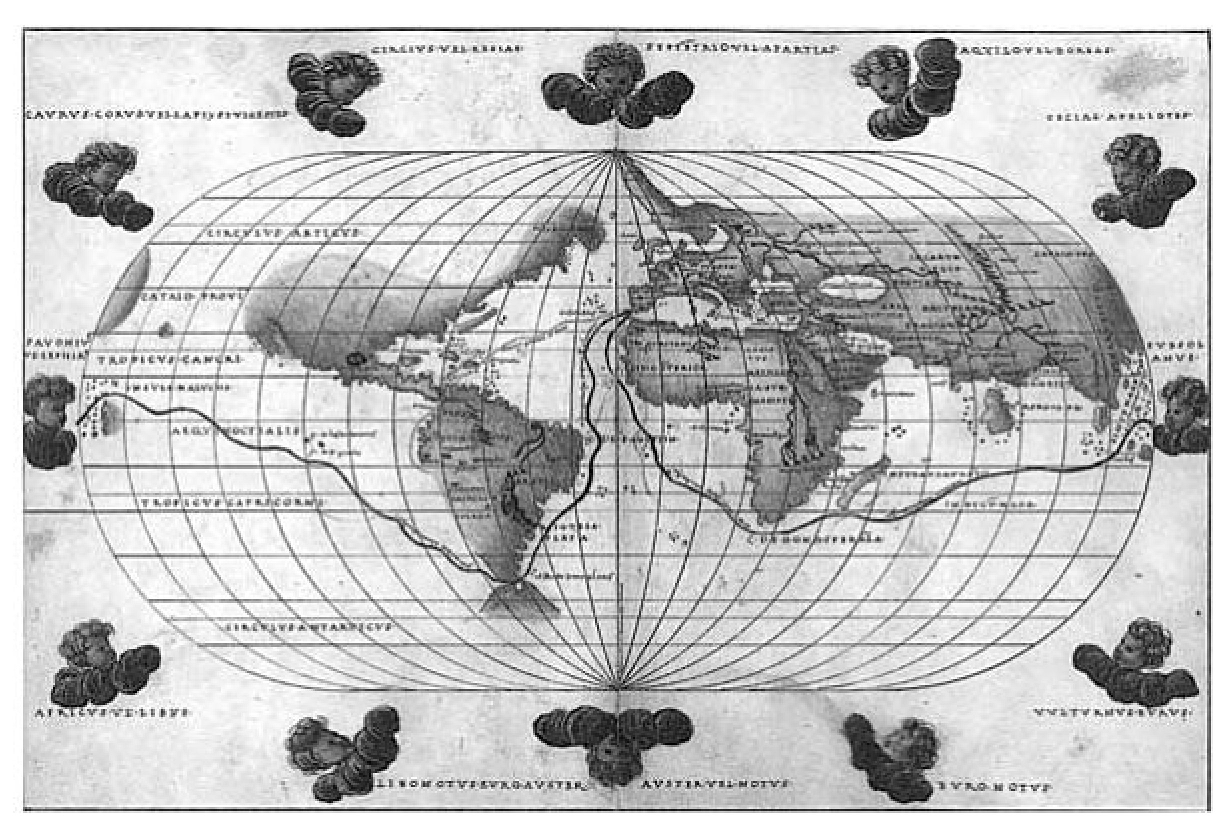


Figura 1.1. Mapamundi de Bautista Agnese, *ca.* 1544.

Los primeros mapas de las Américas constituían representaciones tangibles del alcance, y de las limitaciones, de los conocimientos geográficos europeos. También eran manifestaciones reales de su imaginación en lo relativo al nuevo continente. Como muestra el mapa de Agnese de 1544, Norteamérica era verdaderamente una *terra incognita,* en el siglo XVI. Sudamérica, en cambio, se representaba como un territorio de oportunidades económicas, que no obstante entrañaba peligros. El tipo de información adicional de que se disponía aparte de los primeros mapas tendía a lo sensacionalista. Las publicaciones aparecidas tras los viajes de Colón presentaban imágenes del Nuevo Mundo en las que ni los colonizadores españoles ni los pueblos indígenas eran dibujados de un modo particularmente favorecedor. En la medida en que estas imágenes nutrían la imaginación europea de cómo eran las Américas, parecían sacadas de una pesadilla. Muchas de ellas salieron del taller del grabador de origen holandés Theodor de Bry y sus hijos, quienes crearon un estudio en varios volúmenes (1590-1618) de encuentros entre europeos y americanos,

ilustrando publicaciones tales como *Le voyage au Brézil de Jean de Léry 1556-1558* (1578) de J. de Léry. Este, pastor protestante y escritor francés, había acompañado al Brasil a una expedición colonizadora que acabó por establecerse cerca de la tribu indígena de los tupinambáes. Lo que De Léry presenció allí le dejó impactado, en especial cómo los nativos «mataban, troceaban, asaban y se comían a algunos de sus enemigos». Su descripción, interpretada visualmente por De Bry, probablemente también causó impacto en sus lectores.

Aunque las descripciones de De Léry y las imágenes de De Bry de los pueblos del Nuevo Mundo no eran siempre perturbadoras, y se centraban con frecuencia en pacíficas escenas domésticas, las imágenes del grabador de los encuentros entre europeos y americanos eran muchas veces crudamente gráficas, especialmente en lo que concierne a la brutalidad española. Presentó a los colonizadores españoles de un modo muy similar a como después haría con los tupinambáes, como en los grabados que acompañaron la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542) de Bartolomé de las Casas (figura 1.2). En este caso, la clave estaba en el título. Las imágenes de De Bry para la obra de De las Casas no salieron de una imaginación hiperactiva, sino que reflejaban el tema de al menos algunos de los textos derivados de las expediciones exploratorias de Europa en el Nuevo Mundo.

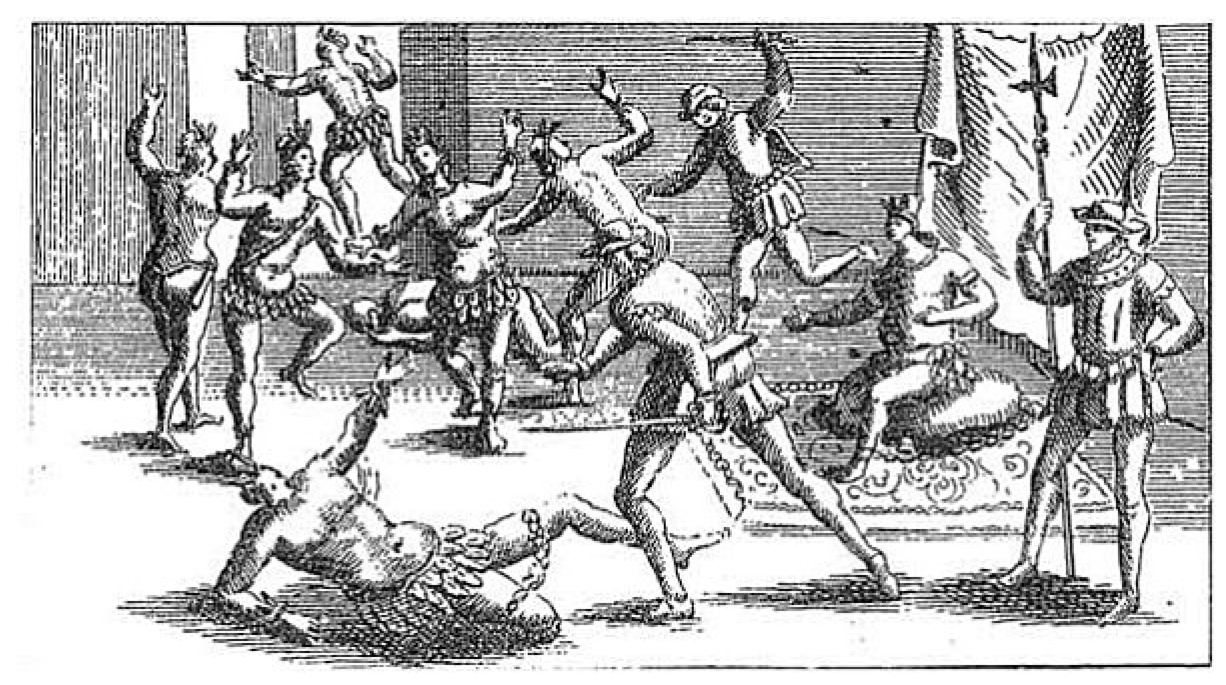


Figura 1.2. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542, 1552), de Bartolomé de las Casas.

De las Casas, un fraile dominico que había participado en acontecimientos violentos en La Española y Cuba, escribió con franqueza y desde su experiencia personal cuando describió el horrendo trato administrado a los nativos por los colonizadores españoles. Al rechazar semejante comportamiento, De las Casas se adelantó a su tiempo. Sin embargo, su solución –que más tarde lamentó– a las barbaridades de las que había sido testigo y en las que había participado antes de concluir que los pueblos indígenas de América merecían ser reconocidos, y tratados, como iguales fue simplemente sustituir una víctima de explotación por otra, reemplazando a los nativos por esclavos africanos.

LOS INGLESES DENTRO Y FUERA DE SUS FRONTERAS

La crueldad española hacia los nativos en las primeras fases de la colonización europea de las Américas, si bien era puesta de relieve en la obra de De las Casas, no fue especial o inusualmente dura en el marco de la época. Aquellas naciones que pretendían desafiar el dominio español en las Américas, en particular Inglaterra, tenían pocos motivos para sentirse

superiores a los españoles, dado que no estaban en posesión de la autoridad moral ni dentro ni fuera de sus fronteras en lo referente a la satisfacción de sus ambiciones expansionistas. Por desgracia para los indígenas de las Américas, la política de la Inglaterra de finales del siglo XVI respecto a la cuestión general de la expansión, la colonización y la conquista la llevaba un grupo muy unido de aristócratas protestantes aventureros del sudoeste del país como Walter Ralegh, su hermanastro sir Humphrey Gilbert y su primo Richard Grenville. La mejor forma de describir su visión de la expansión inglesa es decir que era agresiva, y su acercamiento a otras culturas intolerante; estaba influida por lo que estos hombres ya sabían –o creían que sabían– sobre las Américas y los intentos de colonización españoles en el continente. Dicha información procedía de crónicas ya publicadas, entre ellas la obra del historiador español Pedro Mártir de Anglería *De Orbe Novo* (Sobre el Nuevo Mundo), que comenzó a publicarse en 1511. Las primeras ocho décadas que recogía fueron publicadas en 1530 pero traducidas, al menos parcialmente, por Richard Eden en 1555 con el título *The Decades of the Newe Worlde or West India*. Mas antes de centrarse en la idea de conquistar una tierra al otro lado del Atlántico, una más próxima atrajo su atención: Irlanda.

En el caso inglés, las luchas internas que siguieron entre católicos y protestantes, iniciadas por la Reforma y exacerbadas por la inestabilidad monárquica que se produjo tras la prematura muerte de Enrique VIII, se trasladaron a las relaciones inglesas con la Irlanda católica. Los habitantes de Irlanda eran vistos a menudo como amenazadores «extraños», y tratados en consecuencia de un modo dolorosamente similar al que experimentaron los nativos americanos a 5.000 kilómetros de distancia. Las repercusiones de esto, para la historia de América, fueron profundas. Los irlandeses católicos, una potencial amenaza a la supremacía protestante, llevaban mucho tiempo siendo peones en la lucha de poder que se estaba dando entre España e Inglaterra. Con la subida al trono inglés de Isabel I (1558), los esfuerzos por someter Irlanda al gobierno de la Corona se intensificaron. Esto no tendría por qué haber tenido impacto en las posteriores actividades colonizadoras de Inglaterra en América, de no ser por el hecho de que muchos de los enviados por Isabel para imponer su voluntad en Irlanda en las décadas de 1560 y 1570 fueron los mismos hombres que más tarde enviaría para extender su influencia en ultramar.

Para hombres como Gilbert, Ralegh y Grenville, los irlandeses gaélicos eran bárbaros incivilizados con una lealtad a la Corona dudosa y un sistema de gobierno tiránico. Esto justificaba no solo la conquista de la isla, sino también los brutales métodos empleados en el proceso. Por parte de Gilbert, estos incluían, según el testimonio contemporáneo de Thomas Churchyard, la decapitación de rebeldes irlandeses de tal modo que las cabezas «debían ser colocadas en el suelo a cada lado del camino que conducía a su tienda de manera que nadie pudiera entrar en ella bajo ningún concepto, por lo general, si no era recorriendo un pasillo de cabezas». De este modo, apuntaba Churchyard, Gilbert inspiraba «un terror inmenso en la gente»[1]. En lo que respecta a Irlanda y América, fue un claro caso de círculo vicioso. La conciencia del trato español a los pueblos indígenas de las Américas inspiró la represión inglesa de los irlandeses, y su subsiguiente crueldad hacia estos influyó a su vez en sus reacciones y su trato a los nativos que encontraron más tarde en el Nuevo Mundo. En ambos casos, lo que percibían como inferioridad cultural por parte de los habitantes indígenas proporcionaba la justificación para extremos de crueldad en aras de la «civilización». También sentó un precedente. A lo largo de los siglos siguientes, los nativos, los negros, los católicos y, por extensión, los irlandeses católicos en el Nuevo Mundo serían apartados con frecuencia de una sociedad que, con excesiva frecuencia, se definía a sí misma a través de sus diferencias y reforzaba el dominio de un núcleo étnico blanco y protestante.

Pero todo esto aún tardaría en llegar. En las décadas de 1560 y 1570 la represión de los irlandeses era sintomática de la inestabilidad de la Corona inglesa en esa época, y absorbió recursos que podrían haberse dedicado a empresas más ambiciosas en regiones más distantes. Cuando no estaba causando estragos en Irlanda, Gilbert hallaba tiempo para leer detenidamente las publicaciones dimanadas del Nuevo Mundo, en particular *The Whole and True Discovereye of Terra Florida* (1563) del oficial de marina y navegante francés Jean Ribault, que destacaba la gran riqueza que era posible encontrar en ultramar. Este último había liderado, en 1562, una expedición a la parte sudoriental de Norteamérica con vistas a establecer un asentamiento allí para los hugonotes franceses. De hecho, las tentativas iniciales de Ribault encontraron contratiempos similares a los que tendrían que hacer frente posteriormente los ingleses: peleas internas, dificultades

con los indígenas y los españoles, y una disciplina demasiado rígida para la colonia. Ribault se estableció inicialmente en una de las islas situadas frente a la costa de Carolina del Sur (Parris Island), pero cuando regresó a Francia en busca de provisiones, el asentamiento se hundió en el caos y se dispersó poco después, produciéndose la vuelta a Francia de muchos de los colonos que lo habitaban. No fue hasta varios años más tarde que Ribault consiguió establecer una colonia temporal en Fort Caroline cerca de lo que es hoy Jacksonville (Florida), pero perdió la vida en el proceso, muerto a manos de los españoles en 1565 cuando estos se hicieron, nuevamente, con el control de esa parte de Florida. Las experiencias de Ribault, empero, influyeron sin duda en el creciente interés de Inglaterra en la colonización de América. El mismo Ribault había hablado de la posibilidad de una empresa colonizadora con el posible patrocinio de algunos socios ingleses y la mismísima reina Isabel I. Como es natural, los relatos de Ribault despertaron el interés de Gilbert, quien, en 1578, obtuvo una patente para colonizar cualquier parte del globo que no fuese propiedad de ningún monarca cristiano, y finalmente organizó una expedición a Terranova en 1583. Quizá los irlandeses, al menos, viesen cierta justicia en el hecho de que su nave se hundiera en alta mar en el camino de regreso.

Dado que el recientemente nombrado caballero (1580) sir Walter Ralegh había invertido en la desventurada empresa exploratoria de Gilbert, resultaba quizá inevitable que tras el fallido regreso de este desde el Nuevo Mundo Ralegh adquiriera una patente (1584) en su lugar que le permitía establecer un dominio en cualquier punto de la costa americana. En el lenguaje oficial de la época, se le otorgaba licencia «para descubrir, buscar, hallar e inspeccionar tierras, países y territorios remotos, paganos y bárbaros tales que no estén actualmente en posesión de ningún soberano cristiano, ni habitados por cristianos» con vistas a colonizarlos[2]. Un viaje de reconocimiento realizado en 1584 por Arthur Barlowe y Philip Amadas llegó a la isla de Roanoke, frente a la costa de Carolina del Norte. A su regreso a Inglaterra en otoño de ese mismo año junto con dos indígenas y una bolsa de perlas, el relato de Barlowe prometía un mundo más que apto para la colonización, una tierra de nativos pacíficos y amistosos e ilimitadas riquezas naturales. «La tierra es la más abundante, fértil y saludable de todo el mundo», informó Barlowe, y la isla contaba con «muchos buenos bosques repletos de venados, conejos, liebres y aves, en increíble

abundancia incluso en pleno verano». «Creo imposible hallar una abundancia semejante en ninguna otra parte del mundo –observó– y, habiendo visto con mis propios ojos las regiones de Europa más exuberantes, encuentro tal diferencia con estas, que suscitaría incredulidad en cualquiera que me leyera.» Los nativos les dieron asimismo una bienvenida de lo más calurosa, proporcionando cada día a la expedición «un par o dos de rollizos venados, conejos, liebres, pescados, lo mejor del mundo», además de «diversos tipos de frutas, melones, nueces, pepinos, calabazas, guisantes y distintos tubérculos y frutas realmente excelentes». La velocidad con la que crecían los cultivos en este paraíso asombró a los europeos; tras plantar unos guisantes que habían traído con ellos, quedaron pasmados al verlos crecer 36 centímetros en 10 días. Las posibilidades, claramente, eran infinitas.

El relato de Barlowe, si bien mostraba entusiasmo por todos los aspectos de la naturaleza y los nativos con que se había encontrado, contenía unas cuantas observaciones de carácter más ominoso. Aunque los nativos parecían pacíficos en la compañía de sus visitantes, estaba claro que no eran pacifistas. Los europeos no pudieron reunirse en persona con el rey de la isla, Wingina, pues se estaba recuperando de una herida recibida en combate, y Barlowe admitió que sus huéspedes «mantenían una mortal y terrible guerra con el pueblo y rey vecinos». También habló de la acusada admiración de los nativos «por nuestras hachas y cuchillos». Añadía que «habrían dado lo que fuera por nuestras espadas, pero no nos quisimos desprender de ninguna»[3].

Difícilmente podía esperarse que los ingleses desearan renunciar a arma alguna, entonces o en el futuro. Uno de los principales atractivos de la isla de Roanoke, por lo menos para Ralegh, tenía poco que ver con su exuberancia natural y todo con su proximidad a los asentamientos españoles en Florida. Roanoke constituía una práctica base desde la que los barcos ingleses podían amenazar el dominio español, y esa era la principal ambición de Ralegh. Antes incluso de que Barlowe y Amadas hubieran regresado, el explorador encargó a su amigo Richard Hakluyt, geógrafo en Oxford, que escribiera una breve obra, que nunca vio la luz pública, dirigida a convencer a Isabel I de que apoyase los planes de colonización de Ralegh en el Nuevo Mundo. Dos años antes, Hakluyt había realizado una contribución a lo que se estaba convirtiendo en una literatura cada vez más

abundante sobre la exploración de las Américas con su *Divers Voyages Touching the Discoverie of America and the Islands Adjacent unto the Same, Made First of all by our Englishmen and Afterwards by the Frenchmen and Britons* (1582). Entonces, animado por Ralegh, escribió *A Particular Discourse Concerning Western Discoveries* (1584), el cual constituía en realidad un alegato a favor de la colonización inglesa de América.

En el marco de una Inglaterra preocupada por la pobreza y el exceso de población, los argumentos de Hakluyt tuvieron aceptación. La población de Inglaterra aumentó sin parar durante los siglos XVI y XVII: creció de 2,3 millones en 1520 a 3,75 millones en 1603 y 5,2 millones en 1690, pero su economía no lo hizo al mismo ritmo. Incluso mientras Hakluyt escribía su obra, los efectos adversos de este hecho ya estaban haciéndose patentes. «Nuestra población es la más alta que hemos tenido nunca», observaba Hakluyt, tan grande, de hecho, «que la gente apenas puede convivir; no, más bien están a punto de comerse unos a otros». El desempleo resultante, concluyó, generaba individuos que, o bien amenazaban el orden social, o resultaban, como poco, «una carga muy pesada para la prosperidad de la comunidad». Proclives «a hurtar y robar y otras maldades, a causa de las cuales todas las prisiones del país están atestadas un día tras otro», estos marginados por la sociedad estaban abocados a «languidecer» o a ser «tristemente ahorcados». Era con mucho más conveniente, sugería Hayklut, presagiando lo que pasaría a ser una defensa clásica del reasentamiento en el extranjero, que esta población excedente fuera empleada en el establecimiento y mantenimiento de colonias inglesas en América. Tenía una visión bastante ecléctica de qué habilidades y oficios podían ser considerados excedentes. La colonización, sostenía, proporcionaría

> ocupación a hombres de toda clase y condición, concretamente a todo tipo de artesanos, granjeros, marineros, comerciantes, soldados, capitanes, médicos, letrados, teólogos, cosmógrafos, hidrógrafos, astrónomos e historiógrafos, además de a gente anciana, lisiados, mujeres y niños, por muchos medios que a resultas de esto seguirán teniendo a su alcance, apartándolos de la inactividad y posibilitándoles realizar su propio trabajo honesto y sencillo para no verse siendo una carga para los demás.

En la lista de Hakluyt faltaba el clero, lo cual resultaba especialmente revelador, ya que antes de su descripción de todos los demás beneficios que

se obtendrían de la colonización realizaba la observación de que, sobre todo, serviría «enormemente para la expansión del evangelio de Cristo, que es la obligación principal de los soberanos de la religión reformada entre los cuales Su Majestad es la primera». Resumiendo, que difundiría el protestantismo. Y de paso, extendería la libertad y rescataría a los pueblos indígenas no solo de los peligros del paganismo, sino también de «el orgullo y la tiranía» de España. «Tantas y tan monstruosas han sido las crueldades españolas –mantenía Hakluyt–, tales las extrañas matanzas y asesinatos de esos pacíficos, humildes, afables y delicados hombres, junto con el expolio de pueblos, provincias y reinos perpetrado de la manera más impía en las Indias Occidentales», que si «la Reina de Inglaterra, una soberana tan clemente» gobernara en América para extender «la humanidad, la cortesía y la libertad», entonces los nativos sin duda se rebelarían contra los españoles.

No obstante, Hakluyt se centraba principalmente en destacar los beneficios materiales inmediatos que la colonización traería a Inglaterra. Esta, apuntaba, produciría enormes ganancias económicas en forma de «todas las mercancías de Europa, África y Asia». Sugería que «supliría las carencias de todos nuestros deteriorados oficios», proporcionaría empleo a «gran número de hombres sin trabajo» y, quizá lo más importante, «sería una gran brida para las Indias del rey de España», además de servir «enormemente para el engrosamiento, el mantenimiento y la seguridad de nuestra Armada, y especialmente de las grandes embarcaciones que constituyen la fuerza de nuestro reino». Por si la reina no quedaba convencida con todo lo anterior, Hakluyt hacía hincapié en que Inglaterra no podía permitirse «procrastinar el plantado» porque si ella no colonizaba América, lo harían ciertamente otras naciones. Estaba en juego nada menos que el honor de Inglaterra[4].

Por fortuna, había poco en el relato de Barlowe –ni sus descripciones de riquezas naturales ni las de nativos acomodaticios si no totalmente pacíficos– que contradijera de forma directa lo que Ralegh, por vía de Hakluyt, le había contado a la reina. El plan de Ralegh recibió así un apoyo limitado en forma de un navío de línea, el *Tyger*. En cierto modo, esto marcó la pauta de toda la empresa de colonización, y se trataba de una marcial. Si bien en la década de 1580 ya había ganado estabilidad política, la monarquía Tudor de Isabel I no iba sobrada de fondos con los que

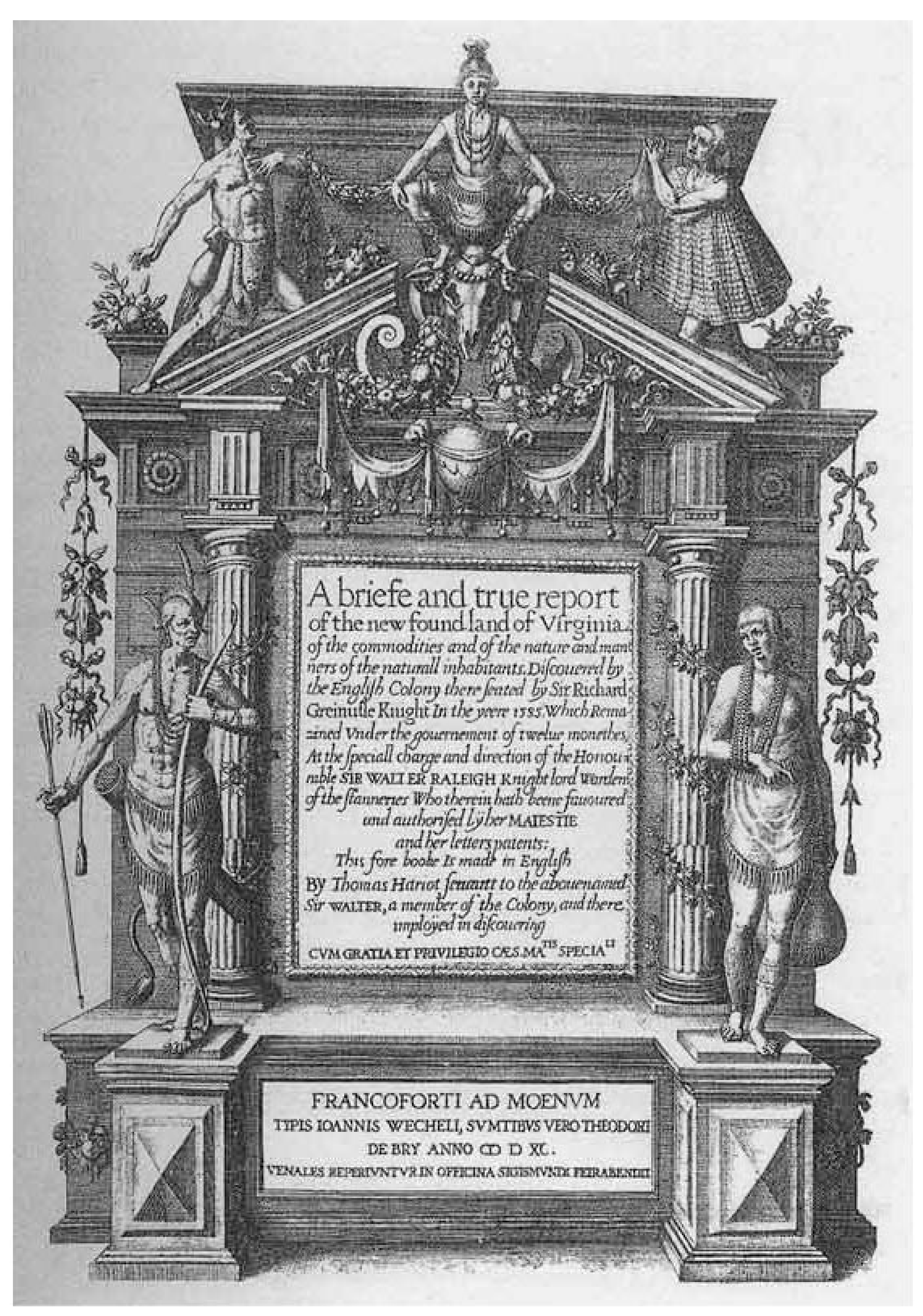
financiar la colonización de América. Ningún navío inglés podía permitirse aventurarse en alta mar si no esperaba conseguir tesoro con ello, en forma de botines españoles. Fue por esta razón que la expedición Roanoke, una supuestamente dirigida a rescatar a los nativos de la isla de la amenaza de la crueldad española, fue desde el principio puesta en manos de un grupo de hombres cuyo aprendizaje del oficio de colonizador había tenido lugar en Irlanda. Hombres como Richard Grenville, Thomas Cavendish y Ralph Lane poseían sin duda la pericia militar necesaria para constituir una amenaza para los españoles, pero estaban menos capacitados para mantener relaciones diplomáticas con los nativos de Roanoke a cuyo lado esperaban establecerse. Acompañando a estos hombres de guerra cuando la expedición partió en abril de 1585 iba una gran variedad de marineros, soldados y colonos, el pintor John White, el matemático Thomas Hariot y los dos nativos que habían viajado con Barlowe y Amadas de vuelta a Inglaterra el año anterior, Wanchese y Manteo.

Aunque no tardaron mucho en cruzar el Atlántico, la expedición encontró problemas a su llegada cuando el *Tyger* encalló y las provisiones destinadas a sustentar la nueva colonia se echaron a perder. Sin embargo, bajo el liderazgo de Lane, se estableció un nuevo asentamiento y se construyó un fuerte. Los primeros informes de Lane eran prometedores, y el pueblo de Wingina, como la vez anterior, les recibió con los brazos abiertos y se mostró generoso con las provisiones, por lo que la pérdida del cargamento del *Tyger* no fue, en un primer momento, el desastre que podía haber sido. Si causó realmente más problemas a la larga, o si la absoluta incapacidad de los colonos para arreglárselas por sí solos era algo inherente al carácter militar de la empresa, resulta más difícil de evaluar. Lo que es seguro es que estos primeros colonos, como ocurriría con los que vendrían después, se esforzaron muy poco en llegar a ser autosuficientes y confiaron casi exclusivamente en la generosidad voluntaria de sus anfitriones y, cuando esta llegó a su límite, recurrieron a la violencia para asegurar su supervivencia.

En Roanoke, sin embargo, la violencia resultó a la larga contraproducente. Los ingleses mataron la gallina de los huevos de oro. Lane asesinó a Wingina y después se dirigió a Inglaterra, justo cuando Grenville, que había dejado Roanoke el año anterior, estaba regresando. Al no encontrar rastro de Lane ni de la colonia, Grenville emplazó un pequeño

destacamento de hombres en el fuerte y después se echó a la mar con idea de capturar más barcos españoles. En julio de 1587, el artista John White llegó acompañado de su familia, el nativo Manteo y más de 100 futuros colonos. Tras dejarlos allí, el propio White zarpó con la flota hacia Inglaterra para conseguir provisiones, llegando a casa justo a tiempo para que su navío fuera requisado como parte de la defensa de Inglaterra contra la Armada Invencible (1588). A su vuelta en 1590, encontró la colonia de Roanoke desierta, y no había ni rastro de los colonos, entre los que estaban su hija y su nieta. Lo único que quedaba era la palabra «Croatoan» grabada en un árbol. Puede que esto fuese una referencia al pueblo croatano pero, si los colonos habían sido rescatados o asesinados por ellos, nadie lo sabía. En lo que respectaba a los ingleses, sobre el destino de la «Colonia Perdida» de Roanoke solo cabían conjeturas.

Este desafortunado comienzo no constituía un buen augurio para las futuras tentativas de colonización inglesas, pero tampoco redujo el creciente entusiasmo por las oportunidades que se percibían al otro lado del Atlántico. Al llamar Virginia a aquella tierra, Ralegh le había conferido una validez que no había tenido anteriormente en la visión inglesa del mundo. Virginia, que había dejado de ser *terra incognita*, pasó a ser un punto en el mapa, fijado en la imaginación inglesa tanto como lugar como posesión en potencia. En su imaginario, Virginia se convirtió, tal como la describiría Thomas Hariot, en una «Tierra Descubierta» que, habiendo sido «descubierta», ya no podía ser olvidada. El estudio de Hariot, *A Briefe and True Report of the New Found Land of Virginia*, publicado por primera vez en 1588 y dos años más tarde con grabados de De Bry basados en ilustraciones de White, y traducido al inglés por Hakluyt, era en todos los sentidos una visión global de la interpretación que se hacía del Nuevo Mundo en Inglaterra en el momento de su publicación. *A Briefe and True Report* ofrecía una evaluación más cuidadosa del territorio y su población que la que habían aportado muchos relatos previos y obras propagandísticas y, aun reconociendo el fracaso de la expedición Roanoke, mantenía interés en la posibilidad de colonizar América (figura 1.3).


A briefe and true report
of the new found land of Virginia:
of the commodities and of the nature and man
ners of the naturall inhabitants. Discouered by
the English Colony there seated by Sir Richard
Greinuile Knight In the yeere 1585. Which Remai
ned Vnder the gouernement of twelue monethes,
At the speciall charge and direction of the Honou
rable SIR WALTER RALEIGH Knight lord Warden
of the stanneries Who therein hath beene fauoured
and authorised by her MAIESTIE
and her letters patents:
This fore booke Is made in English
By Thomas Hariot seruant to the abouenamed
Sir WALTER, a member of the Colony, and there
imployed in discouering
CVM GRATIA ET PRIVILEGIO CÆS. MA^TIS SPECIA^LI

FRANCOFORTI AD MOENVM
TYPIS IOANNIS WECHELI, SVMTIBVS VERO THEODORI
DE BRY ANNO CIↃ D XC.
VENALES REPERIVNTVR IN OFFICINA SIGISMVNDI FEIRABENDII

Figura 1.3. Portada de la obra de Thomas Hariot *A Briefe and True Report of the New Found Land of Virginia : of the Commodities and of the Nature and Manners of the Naturall Inhabitants : Discouered bÿ the English Colonÿ There Seated by Sir Richard Greinuile Knight In the ÿeere 1585 :*

Which Remained Vnder the Gouerenment of Twelue Monethes, At the Speciall Charge and Direction of the Honourable Sir Walter Raleigh Knight Lord Warden of the Stanneries Who therein Hath Beene Fauoured and Authorised bÿ Her Maiestie and Her Letters Patents, Londres, 1588, 1590. Newcastle University Special Collections.

El relato de Hariot iba dirigido a una amplia variedad de planes diferentes relacionados con la exploración y colonización de América. Sobre todo, buscaba contrarrestar lo que Hariot describió como los «calumniosos y vergonzosos discursos pregonados por muchos de los que volvieron» del Nuevo Mundo. Para Hariot, se trataba de adoptar un enfoque realista:

> Algunos habían crecido asimismo entre algodones, únicamente en ciudades o pueblos grandes, o eran de los que nunca (por así decirlo) habían visto mundo. Como allí no habían de encontrarse ciudades inglesas, ni casas hermosas como las que hay en ellas, ni podían tener a su antojo manjares como aquellos a los que estaban acostumbrados, ni disponían de blandas camas de plumón o plumas, aquella tierra les parecía deprimente, y así eran igualmente sus relatos acerca de ella.

Lejos de ser deprimente, Virginia era, recalcaba Hariot, una tierra naturalmente prometedora, adecuada tanto para comerciantes como para colonos. Inició su argumentación con una referencia a artículos de lujo. Los gusanos de seda de Virginia, informaba, eran «tan gordos como nuestras nueces comunes» y lo único que hacía falta era plantar moreras para desarrollar una productiva y lucrativa sericultura. Lo importante era el desarrollo. La observación de Hariot de que los dones de la naturaleza, ya fueran en forma de madera, menas, pieles, frutas o cereales, requerían simplemente la aplicación del trabajo inglés –y no un trabajo muy duro además– para resultar económicamente viables no fue solamente una incentivación del provecho material; fue la base sobre la que los ingleses justificaron su usurpación de la tierra de los pueblos indígenas que la poseían. Al referirse a la cuestión de estos pueblos, Hariot decía que «con respecto a nosotros son un pueblo pobre, y por falta de habilidad y entendimiento en el uso y conocimiento de nuestras cosas, estiman más nuestras bagatelas que otros objetos de mayor valor». Sin embargo, los consideraba «muy ocurrentes; ya que pese a no contar con herramientas, ni con artes o ciencias como las nuestras, en las cosas que hacen, muestran un

magnífico ingenio». No resultaría muy difícil, proponía, mostrar a los nativos el error de su estilo de vida no inglés. En cuanto comprendieran «que nuestros conocimientos y artes superan a los suyos en perfección, y en rapidez de ejecución –sostenía–, tanto más probable será que deseen nuestra amistad y afecto, y sientan mayor respeto por agradarnos y obedecernos»[5]. En resumen, la conversión de los nativos a las normas europeas, tanto culturales como religiosas, parecía una posibilidad real.

Las ilustraciones de White para el volumen de Hariot reforzaban el argumento del texto. Sus imágenes de los pueblos algonquinos de América eran, de todos los que habían aparecido hasta el momento, quizá los más naturalistas y expresivos. Pero para unos lectores más interesados, tal vez, en el fondo sobre el que eran representados estos individuos, posiblemente fuese la primera imagen del libro la que conectara de manera más fuerte con dichos lectores (figura 1.4). Lo que Hakluyt, Hariot y otros estaban ofreciendo a Europa a finales del siglo XVI era un nuevo Edén en el Nuevo Mundo. Algunos creían de forma totalmente literal en su existencia: Colón, por poner un ejemplo, seguía creyendo que existía un Nuevo Edén en las fuentes del río Orinoco en Guayana (en la actual Venezuela). Casi exactamente 100 años después, Ralegh partió en la misma dirección, aunque este buscaba riquezas, no el paraíso: El Dorado, no el Edén. Más que nada, era el atractivo perenne de la colonia, la posibilidad de comenzar de nuevo en una versión imaginaria del mundo antes de la caída de Adán, lo que se estaba presentando aquí. El *Report of the New Found Land of Virginia* era, hablando metafóricamente, el Libro del Génesis. Mas en la ilustración de White, Eva ya tiene su mano sobre la manzana. Si Virginia era un nuevo Edén, se trataba de uno del que sus habitantes originales estaban a punto de ser expulsados.

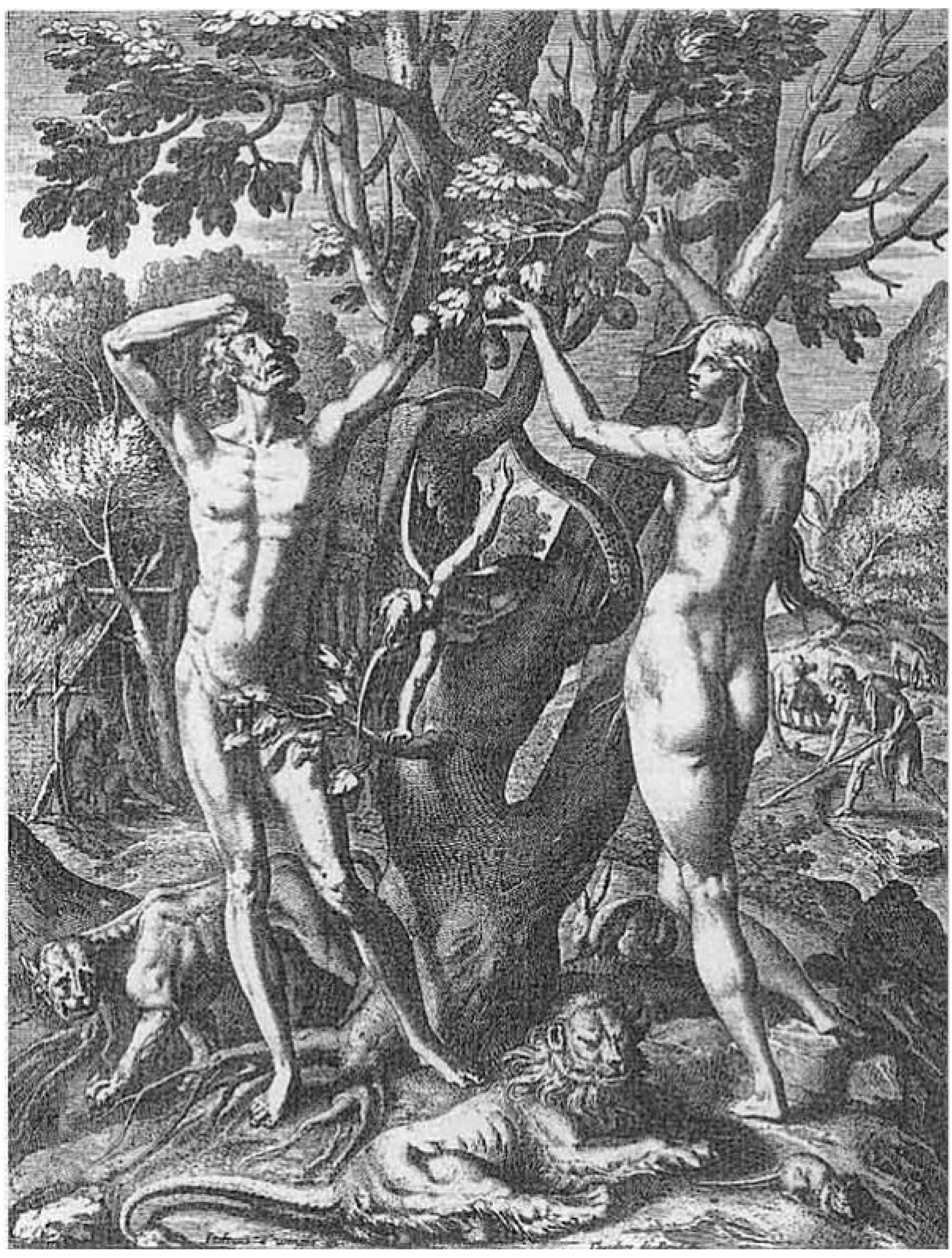


Figura 1.4. Primera lámina (pp. 37-38) de *A Briefe and True Report of the New Found Land of Virginia* (1590), de Thomas Hariot. Newcastle University Special Collections.

En la década de 1580, la monarquía Tudor logró con Isabel suficiente estabilidad como para plantearse un aumento del comercio y la exploración exteriores. El desarrollo de un nuevo tipo de empresa, la sociedad por acciones, hacía que la financiación de tales empeños fuese una tarea más realista. La primera de ellas fue la Compañía de Moscovia (o Rusa), fundada en 1553 con vistas a encontrar una ruta nororiental hacia las Indias. Su carta de constitución sirvió de base a todas las sociedades comerciales posteriores, y sería a través de compañías como la Compañía de Virginia de Londres, fundada inicialmente como la Compañía de Londres en 1606 (se convirtió en la Compañía de Virginia en 1609), tres años después de la muerte de Isabel, que se llevarían a cabo las futuras empresas en el Nuevo Mundo. Ralegh ya había vendido sus derechos en Virginia a uno de los más destacados comerciantes de Londres, sir Thomas Smith, y fueron Smith y Hakluyt los que dirigieron la siguiente gran expedición inglesa a Virginia. Este era, no obstante, un tipo de propuesta colonizadora bastante diferente. Si los hombres cuyas esperanzas de sacar provecho de América habían recibido una lección de la experiencia de Roanoke, también se encontraban limitados en cuanto a cómo lograr que la colonización mereciese la pena. Con la ascensión al trono inglés y escocés de Jacobo I (y VI), Inglaterra no podía ser abiertamente antagonista hacia España, ni podía esperar obtener botines españoles para aprovisionar un regreso en cualquier empresa transatlántica. Si habían de obtenerse ganancias, estas vendrían de las numerosas plantas, cultivos y minerales y de las oportunidades que prometía la tierra en sí y que las obras publicadas sobre Virginia habían enumerado y detallado de manera tan minuciosa.

La Compañía de Virginia, por tanto, esperaba atraer colonos que pusieran en común sus recursos, tanto económicos como en lo que se refería al trabajo, para establecerse en Virginia. Las acciones de la compañía estaban disponibles para los «aventureros» que se unieran a la empresa, cuyo pasaje era pagado por la compañía, o podían adquirirse simplemente pagando dicho pasaje. El plan a largo plazo era que las ganancias resultantes financiaran a futuros colonos, algunos sin trabajo, otros profesionales hábiles, que cumplirían una especie de contrato que se conocía como *indenture*. Trabajarían para la Compañía de Virginia durante siete años y después serían libres para hacer fortuna por su cuenta en el Nuevo Mundo. En lo que respectaba a los pueblos indígenas, la Compañía de Virginia,

desde el principio, recelaba del contacto con ellos y, al mismo tiempo, albergaba mayores ambiciones sobre lo que podía lograrse respecto a su conversión al cristianismo, en su forma protestante. Las intenciones de la Compañía de Virginia, recalcaban sus fundadores, no tenían que ver únicamente con el beneficio económico, sino también con las almas. Aunque había dado instrucciones al capitán Christopher Newport, al cargo de la expedición, de «no regresar sin un pedazo de oro, una prueba de la existencia del mar del Sur o un miembro de la compañía perdida que mandó sir Walter Raleigh», buscaban dar un carácter más moralista a la tentativa, y a las intenciones de su compañía. Los «fines por los cuales se ha fundado –enfatizaban–, no son puramente comerciales, sino de una naturaleza más elevada»[6]. En su visión publicitada, al menos, los inversores, los indios y los indigentes de Inglaterra se beneficiarían de esta nueva empresa en el Nuevo Mundo.

Sostenidos por tan grandes esperanzas, los 104 hombres y muchachos que cruzaron el océano a bordo del *Susan Constant*, el *Godspeed* y el *Discovery* bajo el liderazgo de Newport llegaron al cabo sur de la bahía de Chesapeake en abril de 1607. No permanecieron allí mucho tiempo. Cuando hacían un reconocimiento de la costa, los indígenas se presentaron y los persiguieron hasta que regresaron a las naves. Pero Hakluyt les había dado instrucciones de dónde convenía que establecieran su colonia, y al mes siguiente ya tenían elegido un sitio, casi 100 kilómetros tierra adentro junto al recién bautizado río James, al que llamaron Jamestown. La colonia pasó apuros desde el principio. Los algonquinos nativos, cuyo líder se llamaba Powhatan, desconfiaban comprensiblemente de ellos y, en ocasiones, se mostraban claramente agresivos, pero esa no fue la mayor amenaza a la que se enfrentó la colonia de Jamestown. Su principal problema durante los primeros años fue el hambre, la cual, dada la abundancia natural previamente descrita por Barlow, Hakluyt y Hariot y repetida en documentos promocionales tales como el *Nova Britannia: Offering most excellent fruites by Planting in Virginia* (1609) de Robert Johnson, era lo último que se habían esperado sus promotores.

Johnson prometía un «paraíso terrenal» que era «laudable y prometedor en todos los aspectos», y que contaba con un «aire y un clima sumamente grato y saludable, mucho más cálido que el de Inglaterra, y muy agradable para nuestro organismo». Desde luego, admitía la existencia de «individuos

salvajes» que «carecen de otra ley que no sea la natural», pero estos, aseguraba al lector, eran «por lo general muy afectuosos y amables» y serían fácilmente «conducidos por el buen camino, y aceptarían de buen grado una situación más favorable». Pero sobre todo, Johnson reafirmaba el mensaje que habían traído los viajes anteriores, que la «tierra produce de modo natural sustento para el hombre, una abundancia tanto de peces como de mariscos; de aves terrestres y marinas, una provisión infinita; de ciervos, renos y gamos, venados, conejos y liebres, con muchas frutas y tubérculos buenos para comer». Había, además, «valles y llanuras surcadas por dulces arroyos, como venas en un cuerpo»[7]. En medio de semejante abundancia, ¿a quién podría faltarle nada?

La respuesta era bastante simple, aunque las razones que la respaldaban fueran más difíciles de entender. Si bien los colonos ingleses habían llegado con la firme intención de beneficiarse y tal vez, dependiendo de la fuerza de sus convicciones religiosas, de ayudar a los ignorantes nativos, en realidad Virginia desafió la superioridad subyacente en la que se fundamentaban esas expectativas. Al principio, aunque no todo fue exactamente como estaba planeado en lo que se refería a nativos amistosos y fructíferos cultivos, se evitó el hambre gracias a los esfuerzos del capitán John Smith, uno de los regidores originales de la colonia nombrados por el rey. Smith no solo aseguró la supervivencia de la colonia de Jamestown en sus primeros y precarios años, sino que también proporcionó a América una de sus legendarias figuras fundadoras más inolvidables. El rescate de Smith por la hija de Powhatan, Pocahontas, aportó uno de los primeros símbolos de las posibilidades multirraciales o de mestizaje de América al casarse después Pocahontas (o Rebecca, como decidieron llamarla los ingleses) con otro de los colonos de Jamestown, John Rolfe. Smith consiguió obligar a los colonos a que trabajasen y negociasen con la Confederación Powhatan para conseguir más provisiones. Fue tras su marcha de Jamestown el otoño de 1609 cuando la situación se deterioró. Smith dejó unos 500 colonos en Jamestown. Al término de lo que acabó por ser conocido como la «Hambruna», el invierno de 1609-1610, solo quedaban 60 de ellos.

Al presentar posteriormente este horrible periodo de la historia de la colonia, el propio Smith no albergaba dudas respecto a qué lo había causado. En su *Generall Historie of Virginia, New-England, and the Summer Isles* (1624), Smith copió en buena medida, como tenía tendencia a

hacer, las observaciones anteriores de Hariot sobre los ingleses en el extranjero, pero el hecho es que no hubo nada en el asentamiento pionero de Jamestown que apuntara a que la observación de Hariot hubiese sido errónea. Si bien en un primer momento había criticado a los algonquinos por sacar «tan poco provecho de su tierra, a pesar de su fertilidad», Smith descubrió que los colonos ingleses no eran mejores agricultores y, como los acontecimientos iban a demostrar, sí mucho menos hábiles para vivir de la tierra. Como relató después uno de los colonos supervivientes, los problemas que acosaron Jamestown tras la marcha de Smith fueron causados por los propios colonos. Al ver que sus provisiones de alimento se estaban agotando, empezaron a desesperarse; tanto, de hecho, que algunos de los «más pobres» desenterraron el cadáver de un nativo y se lo comieron. Otro colono asesinó a su esposa, «picó su carne y, para cuando se descubrió el hecho, ya se había comido parte de ella, por lo cual fue ejecutado, como bien merecía». Si la esposa «estaba más sabrosa asada al fuego o a la parrilla o hervida, lo ignoro –comentaba el escritor–, pero jamás oí hablar de un plato semejante a esposa picada». Los sucesos del invierno de 1609-1610 fueron, como se ha descrito, casi «demasiado viles para mencionarlos, y apenas resulta posible creerlos», pero fueron producto de una «falta de previsión, diligencia y gobierno, y no de la improductividad o de un defecto de la tierra, como se suele suponer»[8].

El apoyo de los pueblos de la Confederación Powhatan y la llegada de suministros desde Inglaterra en 1610 y 1611 aseguraron que nunca volvieran a vivirse casos tan extremos en Jamestown, pero la colonia siguió teniendo dificultades para prosperar. Las relaciones entre los propios colonos terminaron por ser reguladas mediante la imposición de la disciplina militar por medio de las *Lawes Divine, Morall and Martiall*, introducidas por el gobernador, lord De la Warr, y su segundo, sir Thomas Gates. Estas leyes prescribían pena de muerte para diversos crímenes y faltas, que iban desde el simple robo de una espiga de maíz a la blasfemia. Dado lo mal que se trataban unos a otros, apenas es de extrañar que las relaciones con la Confederación Powhatan dieran un giro a peor a partir de 1610. La historia de los comienzos de Virginia guardó similitudes más que casuales en ese aspecto, como en otros, con la «Leyenda Negra» de la colonización española. Lejos de ser una prometedora tierra virgen, Virginia había resultado ser un entorno letal, uno en el que las enfermedades y a

veces los hostiles nativos actuaron conjuntamente, en una versión inversa y a menor escala del intercambio colombino, para minar los esfuerzos de la Compañía de Virginia por establecer un asentamiento duradero, o más bien una serie de asentamientos que se apoyasen mutuamente, en el Nuevo Mundo. Aunque Smith y otros creían que las dificultades no tenían que ver con ningún «defecto de la tierra», la realidad es que, en parte, estas provenían del entorno. A pesar de las instrucciones que dio la compañía a los colonos originales en 1606 de que no debían «plantar en un terreno bajo o húmedo», Jamestown se había ubicado en un sitio muy poco saludable, y particularmente mortífero en los meses de verano. Con todo, lo increíble es que los altos índices de mortalidad y la aparente incapacidad de los colonos para obtener sustento, y mucho menos riquezas, de esta tierra que había parecido tan prometedora no fueron el fin de la primera versión inglesa del sueño americano; solo fue el principio.

A pesar de que lo ocurrido en Roanoke y, más tarde, en Jamestown apuntaba a lo contrario, durante los siglos XVI y XVII predominó en Inglaterra la idea de que la naturaleza en el Nuevo Mundo, si no era menospreciada por sus habitantes, sí que estaba seguro desaprovechada; de que, en pocas palabras, los colonos ingleses, como había sugerido Hariot, podían sacarle más partido. Las repercusiones de esta creencia para las zonas colonizadas por los ingleses fueron anunciadas en una obra de amplia difusión que nació a partir de las exploraciones de Américo Vespucio a comienzos de la «Era de los Descubrimientos»: la *Utopía* (1516) de Tomás Moro. A este, como a Hakluyt, le interesaba la situación social de su propia época, en particular la pobreza y el malestar resultante en la sociedad. En el imaginario y en la un tanto intimidante isla de utopía de Moro, la expulsión de la población excedente a alguna colonia lejana en otro continente era un hecho lógico y natural. «Tales colonias están gobernadas por los utópicos –se informa al lector–, pero los nativos tienen permitido unirse a ellas si así lo desean. Cuando esto sucede, los nativos y los colonos se combinan al poco para formar una sola comunidad con un solo estilo de vida, para gran provecho de ambos grupos.» Si, no obstante, «los nativos se niegan a hacer lo que se les manda, son expulsados de la zona señalada para su anexión». La oposición a tal exclusión, en el universo semificticio de Moro, causaría un conflicto. Sus utópicos «consideran la guerra perfectamente justificable, cuando un país niega a otro su derecho natural a obtener sustento de

cualquier terreno que no esté siendo utilizado por los propietarios originales, y al que se estén simplemente aferrando como una posesión sin valor alguno»[9].

Casi 200 años después, a las puertas del siglo XVIII, los intelectuales ingleses seguían cavilando sobre estos rompecabezas morales y prácticos. Cuando el filósofo John Locke propuso, en su *Segundo tratado sobre el gobierno civil* (1690), que «al principio todo el mundo era América», lo hizo en el contexto de una discusión más general sobre el tema de la propiedad y la naturaleza de la posesión. Era el trabajar la tierra, sostenía, lo que le confería valor y establecía el derecho a ella. Si no se trabajaba, la tierra no valía nada y, si no estaba desarrollada según los estándares europeos, se encontraba sencillamente disponible para todo el que viniera. «No puede haber demostración más clara de nada que la que constituyen varias naciones de los americanos de esto –observaba–, los cuales son ricos en tierra y pobres en todas las comodidades de la vida.» Aun así, los primeros colonos ingleses del siglo XVI y comienzos del XVII tenían escaso interés en dedicarle trabajo al Nuevo Mundo; mucho menos en trabajar junto con la población indígena para crear una nueva sociedad multirracial utópica pródiga en las comodidades de la vida. Su sola presencia, tal como lo veían ellos, establecía un derecho validado a través de su respuesta imaginaria al Nuevo Mundo y sus pobladores como una tierra en un cuasi estado de naturaleza. Pasados los primeros acercamientos a ese mundo de exploradores como Colón y colonos potenciales como Grenville, el caso de América no era ya, a principios del siglo XVII, el de una tierra totalmente desconocida, *terra incognita*. La imaginación, sin embargo, hizo que pasara de ser un entorno ya habitado a un lienzo en blanco, una *tabula rasa* sobre la que podían proyectarse una variedad de esperanzas y ambiciones europeas.

Las fantasías que se permitían los ingleses respecto a América a principios del siglo XVII tenían también un carácter marcadamente sexual. América, concretamente Virginia, llamada así por Ralegh en honor a la «Reina Virgen», era descrita a menudo no solo como un jardín edénico o tierra virgen, sino también como una mujer virgen metafórica. El propio Ralegh describió de manera famosa Guyana como «una tierra que conservaba aún su doncellez, jamás saqueada, alterada o modelada». Esta feminización del paisaje no era algo exclusivo de él o del sur de las

Américas, sino un elemento intrínseco del atractivo de Virginia en la literatura primero descriptiva y luego directamente propagandística. En parte, esto surgió a partir de la retórica colonizadora que veía el Nuevo Mundo no solo como una tierra a conquistar por exploradores y aventureros masculinos, sino también como una preñada en potencia de posibilidades materiales y capaz de producir, en cierto sentido, un heredero de las ambiciones inglesas en forma de una Inglaterra trasplantada. A esto se estaba refiriendo Hakluyt cuando describió Virginia como la «prometida» de Ralegh y le dijo a este que ella «en breve daría a luz una nueva y abundantísima prole, una que le deleitará a usted y los suyos, y cubrirá de deshonra y vergüenza a aquellos que tantas veces se han atrevido precipitada e impúdicamente a acusarla de infecundidad»[10]. Difícilmente puede sorprender, en el contexto de la Inglaterra de los Tudor, que una fijación por la fecundidad pudiera influir en el lenguaje utilizado para describir el Nuevo Mundo, pero ese no era el único motivo para dicho lenguaje.

Desde la época de las primeras exploraciones de las Américas, pero especialmente desde el inicio del siglo XVII cuando Inglaterra estaba buscando establecerse en el continente, no cabe duda de que las posibilidades que ofrecía la colonización cautivaron la imaginación tanto de los ingleses como del resto de europeos. A través de publicaciones, estampas y representaciones teatrales, esa imaginación recibió diversas imágenes contradictorias del Nuevo Mundo y sus habitantes, derivadas de la plétora de ideas y discusiones sobre naturaleza, educación, relaciones sociales y religión que conformaban el mundo de finales del siglo XVI y principios del XVII. Desde el ensayo de Michel de Montaigne «De los caníbales» (1580), pasando por el tratamiento que dio Shakespeare a un «nuevo mundo maravilloso / que alberga gentes como estas» en *La tempestad* (*ca.* 1611), hasta la referencia más tardía (1667) de Milton al «descubrimiento» de Colón de «los americanos, así ceñidos / con cintos de plumas, desnudos y salvajes, / entre los árboles de islas y riberas boscosas» en *El paraíso perdido*, muchas de las cuestiones que comportaba la colonización del Nuevo Mundo fueron difundidas y examinadas. Sin embargo, a medida que los ingleses fueron midiendo y cartografiando el paisaje americano, sus razones para hacerlo cambiaron. Para los promotores de la colonia de Virginia, se volvió crucial no establecer una distinción

demasiado marcada entre el nuevo mundo de América e Inglaterra. Al tiempo que su novedad hacía de él algo exótico y por ello potencialmente atractivo, la Compañía de Virginia se daba cuenta de que, a diferencia de los inversores, los posibles futuros colonos estarían seguramente más interesados en saber cómo de fácil sería transformar lo novedoso en algo familiar. La literatura propagandística, en consecuencia, insinuaba que, con solo un pequeño esfuerzo, este nuevo mundo se convertiría en una extensión mejorada del viejo y que, con quizá un esfuerzo algo mayor, sus habitantes «desnudos y salvajes» podían convertirse en ingleses.

Las primeras descripciones salidas del Nuevo Mundo le habían otorgado sistemáticamente un carácter tanto exótico como potencialmente familiar, por razones obvias. De igual modo que uno no es capaz de describir un color que nunca ha visto, tampoco América podía ser descrita sin hacer referencias a Europa, o concretamente a Inglaterra. Si bien la naturaleza era más exuberante en el nuevo continente, era una, sin embargo, que los ingleses reconocerían. El *Report* de Hariot, además de detallar muchas hierbas y plantas desconocidas, aseguraba a los lectores que Virginia también contaba con «puerros apenas distintos a los nuestros de Inglaterra». De forma parecida, las interpretaciones de De Bry de las imágenes de White de los pueblos algonquinos (figura 1.5) se presentaban al lado de dibujos de pictos (figura 1.6) con objeto de *«mostrar cómo los habitantes de la Gran Bretaña han sido en tiempos pasados tan salvajes como los de Virginia»* (el énfasis pertenece a la obra original). El presente americano, en otras palabras, era esencialmente el pasado británico. Sus pobladores eran exóticos, desde luego, pero no de un modo excepcional ni irremediable.



Figura 1.5. «Un *weroan* o gran señor de Virginia», de T. Hariot, *A Briefe and True Report of the New Found Land of Virginia* (1590), p. 41: «Los príncipes de Virginia van ataviados del modo presentado en esta figura. Llevan el cabello largo y recogen las puntas del mismo en un nudo debajo de las orejas...». Newcastle University Special Collections.



Figura 1.6. Picto, de T. Hariot, *A Briefe and True Report of the New Found Land of Virginia* (1590), pp. 68-69: «En tiempos pasados los pictos, habitantes de una parte de Gran Bretaña, ahora llamada Inglaterra, eran salvajes y se pintaban todo el cuerpo del siguiente modo. Se dejaban crecer el cabello

hasta los hombros, salvo aquel que les colgaba sobre la frente, el cual sí cortaban». Newcastle University Special Collections.

Siguiendo el ejemplo de Hariot, aunque en este caso con la colonización como motivación principal, Robert Johnson eligió no sin intención como título para su obra *Nova Britannia*, y destacó un paisaje que difería del inglés únicamente en escala, no en esencia. Virginia, tal como él la describía, era una Inglaterra a lo grande, con «formidables robles y olmos, hayas y abedules, piceas, nogales, cedros y abetos, en gran abundancia»[11]. Esta era una Inglaterra que había existido antes de la deforestación y el acotamiento de la tierra, a todos los efectos, una Inglaterra salida de la imaginación, y trasladada con la imaginación al otro lado del Atlántico.

Cuando el Nuevo Mundo pasó de ser una potencial fuente de riquezas a un posible lugar de asentamiento, todo cambió. De simplemente observar aquella tierra y sus pobladores, los ingleses pasaron a introducirse en ese entorno, a situar sus aspiraciones y fantasías en sintonía con la realidad de América. Y, como Roanoke y la primera época de Jamestown demostraron, eso no iba a ser cosa sencilla. Durante la década siguiente a la «Hambruna», la Compañía de Virginia reforzó y, hasta cierto punto, reestructuró la colonia de Jamestown. Introdujo el sistema *headright*, por el que los colonos recibieron tierras y una participación económica en la empresa en un intento por estabilizar el asentamiento. Aquellos que habían llegado antes de 1616 recibieron 100 acres, los que lo habían hecho después 50, y los accionistas una cantidad adicional de tierra. Las draconianas *Lawes*, más marciales que morales o divinas en cualquier sentido obvio, fueron, a partir de 1618, sustituidas por un sistema más parecido al derecho consuetudinario inglés. Bajo la dirección de sir Edwan Sandys, nombrado tesorero de la compañía en 1619, se produjo una avalancha de nuevos colonos hacia Virginia, muchos de los cuales fueron sacados de auspicios de distintos distritos ingleses. Finalmente, daba la impresión, por lo menos una parte de la promesa del Nuevo Mundo estaba a punto de cumplirse. Sería una válvula de escape para las crecientes presiones sociales del Viejo. Mas en el proceso, introdujo toda una variedad de otras nuevas en América.

La concesión de tierras a los colonos parecía relativamente sencilla, pero estaba lejos de serlo. La tierra en sí ya estaba ocupada, y los recién llegados no estaban aún totalmente convencidos de su derecho legal a apropiársela. El mismo año que apareció el *Nova Britannia* de Johnson (1609), Robert Gray, en otro breve tratado propagandístico, *A Good Speed to Virginia*, había expresado dudas en cuanto a por «qué derecho o justificación podemos entrar en la tierra de estos salvajes, despojarlos de su legítima herencia de la misma y ocupar nosotros su lugar, sin haber sido agraviados o provocados por ellos». Johnson tampoco evitó por completo la cuestión de cómo podían los ingleses «justificar una suplantación de esos indios, o una invasión de su derecho y posesiones», y respondió a la acusación de que tal vez fueran «fines particulares» los que estaban atrayendo a los colonos hacia América destacando la necesidad «de hacer avanzar el reino de Dios, trayendo a los salvajes desde su ciega superstición a la luz de la Religión»[12]. La conversión como justificación de la colonización fue ciertamente un tema constante en los textos ingleses sobre el Nuevo Mundo a partir de Hakluyt, conversión no solo al cristianismo, sino a su variante protestante. En 1583, sir George Peckham, otro aventurero isabelino y confederado de Grenville y Gilbert, publicó *A True Reporte of the Late Discoveries of Newfound Land*, en el que se las arreglaba para reafirmar las pretensiones inglesas sobre el Nuevo Mundo frente a la competencia francesa e inglesa sugiriendo que era a Inglaterra, específicamente, a quien miraba el Nuevo Mundo en busca de liberación, «suplicando nuestra ayuda y auxilio». Unas tres décadas más tarde, y mucho más al sur, en la bahía de Chesapeake, el caso seguía siendo que cualquier posible ofrecimiento de ayuda no se producía de forastero a indígena, lo cual hacía quizá más inevitable aún el deterioro de las relaciones entre los dos.

Al llegar la segunda década del siglo XVII, estaba viéndose ya con claridad que evangelizar a los nativos había quedado en un segundo plano de interés frente a despojarlos de la tierra, además de desposeerles de su cultura misma. Adelantando un enfoque del trato con los pueblos indígenas de Norteamérica que se mantendría hasta bien entrado el siglo XX, la Compañía de Virginia había dado instrucciones a Thomas Gates de que se hiciera con unos cuantos niños nativos para asegurarse de que se criaran «en su lenguaje y costumbres». Al fracasar esta idea, se recomendó a lord De la Warr al año siguiente que enviaran unos «tres o cuatro de ellos a

Inglaterra», donde podrían ser instruidos en el modo de vida inglés[13]. No está muy claro qué se pretendía conseguir con esto a largo plazo, pero sí que revelaba el inicio de un cambio de actitud hacia la Confederación Powhatan. Más tarde, tras la muerte de Powhatan y la llegada al poder de su hermano, Opechancanough, se alcanzó un acuerdo por el cual familias enteras, en vez de solo sus hijos, se trasladarían dentro de las colonias inglesas. No obstante, el impulso subyacente de volver invisibles, como si dijéramos, a los indios, era un augurio de problemas venideros.

En tanto que Smith, a la vez que albergaba dudas de que los nativos y los colonos pudieran fundirse con facilidad en una nueva sociedad multirracial, se sintió claramente fascinado por la variedad de culturas indígenas que encontró, los que le sucedieron en Jamestown no sentían el mismo aprecio por la cultura nativa y, de hecho, cada vez desconfiaban más de ella. A medida que la Colonia de Virginia se iba asentando en el Nuevo Mundo, trataba de cumplir las promesas hechas por Ralegh, Hakluyt, Hariot y Johnson: crear una nueva Inglaterra en América, y hacer encajar a la fuerza tanto la tierra como sus pobladores en un molde social, político y religioso inglés. Esta no había sido la intención fundamental de la Compañía de Virginia, pero la realidad, a diferencia del sueño, de la colonización, introdujo muchos cambios. Gran parte de lo que finalmente aseguró la supervivencia de Jamestown se encontraba más allá del control de la compañía y tenía poco que ver con sacar a los indigentes de Inglaterra.

Al final, todo se redujo a dos mercancías muy valiosas en el mundo del siglo XVII: el tabaco y los esclavos. Ninguno había figurado en los planes de la Compañía de Virginia, y durante muchos años el cultivo de tabaco fue limitado en favor de otros. Esta temprana batalla contra la maligna hierba estaba condenada a la derrota. Sencillamente, el tabaco se vendía a un precio demasiado alto como para ignorarlo, y se convertiría en en el impulso económico y, de hecho, social que necesitaba la colonia. En 1619, la compañía envió por primera vez unas 90 «jóvenes, hermosas y rectamente educadas doncellas» a Virginia como esposas para los colonos. La esperanza era que las «mujeres, niños y familias» hicieran a los hombres de Virginia «más estables y menos movedizos». La ausencia de obligaciones familiares no significaba únicamente que Virginia tendría siempre que depender de la llegada de nuevos colonos desde Inglaterra para mantener las plantaciones, sino también que aquellos que viajaban allí,

temía la compañía, lo hacían meramente «para ganar algo y después volver a Inglaterra»[14]. Los afortunados destinatarios de esta primera iniciativa de citas rápidas pagaron el pasaje de sus esposas con tabaco. Sin embargo, el tabaco necesitaba tierra, y también gente que la trabajara, más de la que la colonia estaba todavía en posición de aportar. La solución a largo plazo a esa dificultad concreta llegó ese mismo año, 1619, cuando un comerciante holandés llevó los primeros africanos a Chesapeake, y un nuevo mundo de posibilidades se abrió para los pioneros de Norteamérica y para esta última, la tierra a la que sus ambiciones les habían conducido.

[1] T. Churchyard, *A Generall rehearsal of warres and joined to the same some tragedies and epitaphs*, Londres, 1597; cit. en Canny, «Ideology of English Colonization», p. 582 (*véase* Guía de lecturas adicionales).

[2] La patente concedida a Ralegh en 1584 se incluye en A. Barlow, *The First Voyage to Roanoke, 1584: The First Voyage Made to the Coasts of America, with Two Barks, wherein Were Captains M. Philip Amadas and M. Arthur Barlowe, Who Discovered Part of the Countrey Now Called Virginia, anno 1584. Written by One of the Said Captaines, and Sent to Sir Walter Ralegh, Knight, at Whose Charge and Direction, the Said Voyage Was Set Forth*, Boston, 1898, pp. 12-17.

[3] A. Barlow, *op. cit.*, pp. 3, 7 y 5.

[4] El *Discourse* de Hakluyt puede leerse en su totalidad en R. Hakluyt, *The Voyages of the English Nation to America*, vol. 2, Edimburgo, 1889, pp. 175-276.

[5] T. Hariot, *A Briefe and True Report of the New Found Land of Virginia: of the Commodities and of the Nature and Manners of the Naturall Inhabitants : Discouered bÿ the English Colonÿ There Seated by Sir Richard Greinuile Knight In the ÿeere 1585*..., ilus. por J. White, trad. del latín al inglés por R. Hakluyt, Nueva York, J. Sabins & Sons, 1871, pp. 6-7, 25.

[6] *The Records of the Virginia Company*, vol. 2, *The Court Book*, Washington DC, Government Printing Office, 1906, p. 527.

[7] R. Johnson, *Nova Britannia: Offering most excellent fruites by Planting in Virginia*, 1609; en *American Colonial Tracts Monthly*, vol. 1, n.º 6 (1897), Rochester (NY), George P. Humphrey, pp. 6, 10.

[8] J. Smith, *Generall Historie of Virginia...*, en *Travel and Works of Captain John Smith*, parte 1, Edimburgo, John Grant, 1910, pp. 378, 360; las descripciones de Virginia tras la marcha de Smith se han extraído de *The Life and Adventures of Captain John Smith*, Nueva York, H. Dayton, 1859, pp. 185-187.

[9] T. Moro, *Utopia*, Harmondsworth (Middlesex), Penguin, 1986, pp. 79-80 [ed. cast.: *Utopía*, E. García Estébanez (ed.), Madrid, Akal, 2012].

[10] Cita de Hakluyt extraída de A. L. Rowse, *The Elizabethans and America*, Nueva York, Harpers, 1959, p. 51.

[11] R. Johnson, *op. cit.*, p. 10.

[12] R. Johnson, *op. cit.*, p. 11.

[13] Instrucciones citadas en A. T. Vaughan, *Transatlantic Encounters: American Indians in Britain, 1500-1776*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2006, p. 51; véase

también *Records of the Virginia Company*, vol. 3, pp. 13-15.

[14] *Records of the Virginia Company,* vol. 2, *The Court Book*, parte A, pp. 256, 269, 566.

2
Una ciudad sobre una colina: los orígenes de una nación redentora

> Pues debemos tener en cuenta que seremos como una ciudad sobre una colina. Todas las miradas están puestas en nosotros. De modo que si tratamos falsamente con nuestro Dios en esta tarea que hemos emprendido, y causamos por ello que nos retire su presente ayuda, nos convertiremos en un engaño y en objeto de desdén para todo el mundo.
>
> JOHN WINTHROP, «A Model of Christian Charity», 1630.

La llegada de mujeres inglesas a Virginia en 1619 se planeó para asegurar la estabilidad a largo plazo del asentamiento, para lograr que se pareciese más al mundo del que los colonos ingleses, al menos, habían venido. Sin embargo, la introducción de trabajadores africanos, que acabarían siendo la mano de obra esclava que pondría los cimientos económicos de las colonias de hombres libres inglesas, garantizaba que la sociedad construida en el Nuevo Mundo iba a ser muy diferente del mundo que ingleses y africanos habían dejado atrás. Aunque uno de los grupos llegó voluntariamente y el otro fue coaccionado a ello, ambos se enfrentaban al reto de construir una nueva vida en un nuevo mundo. La llegada, asimismo, de estos primeros africanos puso de relieve el hecho de que las colonias norteamericanas formaban parte de un mundo atlántico social y económico que estaba emergiendo. Inglaterra también, por supuesto, pero como productor último de los comestibles más visibles que el Nuevo Mundo tenía que ofrecer –azúcar, tabaco, cacao–, los procesos en sí y los costes personales de producción no eran tan evidentes en las comunidades inglesas de las que llegaron los colonos de Virginia como lo podían ser en las Américas.

La existencia misma de la Compañía de Virginia señalaba el ascenso de nuevas fuerzas capitalistas en actuación durante este periodo, y en especial el surgimiento de una poderosa clase mercantil que percibía las oportunidades que ofrecía el Nuevo Mundo y tenía la capacidad de reunir el capital riesgo que les había faltado a los primeros «aventureros» que exploraron América. No obstante, como descubrió la Compañía de Virginia, reunir el dinero resultaba quizá más sencillo que controlar a los hombres en

cuyas manos estaban sus inversiones. Lo que hacía falta para impulsar esta primera revolución capitalista era una mayor variedad en la producción y altos índices de productividad, pero esta última era notablemente escasa en los primeros tiempos de la bahía de Chesapeake salvo en un cultivo: el tabaco.

Aunque su búsqueda inicial de riqueza en el Nuevo Mundo no había ido totalmente según el plan, hacia el verano de 1620 la Compañía de Virginia era optimista respecto al futuro. Al tiempo que reconocía «los numerosos desastres, por medio de los cuales quiso Dios Todopoderoso permitir al gran enemigo de todas las buenas acciones y sus instrumentos desafiar e interrumpir, oprimir y mantener débil esta noble acción para el asentamiento de Virginia, junto con la religión cristiana y el pueblo inglés», anunciaba que la colonia había «de repente, por así decirlo, doblado el tamaño, la fuerza, la abundancia y la prosperidad que había alcanzado anteriormente». Haciéndose eco de anteriores informes, la Compañía rechazaba los rumores que «buscaban injustamente denigrar esa tierra, diciendo que es estéril e improductiva» y ponía hincapié en que Virginia era, en realidad, «fértil [y] extensa» y estaba «regada por numerosos ríos», una tierra «abundante en todas las bendiciones naturales de Dios» y «demasiado buena para gente malintencionada». El punto al que había llegado la imaginación de la Compañía a estas alturas, capaz de aceptar a un tiempo la ausencia de depósitos de oro claros y las posibilidades del Nuevo Mundo, era patente en su énfasis en presentar Virginia como un gran almacén en potencia de toda clase de productos para el abastecimiento de Inglaterra. Productos –pieles, cáñamo, lino, madera– que hasta entonces se compraban a altos precios a, entre otros, Rusia, Noruega o Alemania, podían obtenerse con facilidad, a la vez que los «vinos, frutas y sal de Francia y España; las sedas de Persia e Italia también se encuentran en Virginia, y con una calidad en modo alguno inferior»[1].

Desgraciadamente, demasiadas de estas afirmaciones no eran más que ilusiones. La vida en la bahía de Chesapeake seguía siendo una lucha constante. El mismo mes en que la Compañía se encontraba ensalzado las maravillas de Virginia ante potenciales inversores, el gobernador de la colonia, sir George Yeardley, se quejó de que los nuevos colonos llegaban con provisiones insuficientes, lo cual le obligaba a mantenerlos con las suyas propias. «Le ruego, señor», suplicó a Edwin Sandys, «que me

conceda tiempo para hacer provisión de recursos y para construir y poner orden» antes de enviar más colonos y, cuando esto suceda, «envíe con ellos vituallas para al menos seis meses» (figura 2.1). Sin embargo, en el momento de escribir esto Yeardly, la colonia acababa de recoger una cosecha bastante abundante. Para algunos, cuando menos, Virginia estaba cumpliendo con las expectativas prometidas, pero no en la dirección pretendida por la Compañía de Virginia, ni de un modo que esta pudiera controlar. Las instrucciones dadas por la Compañía al año siguiente (1621), en el que Yeardly fue reemplazado como gobernador por sir Francis Wyatt, hacían hincapié en la importancia de «poner en marcha y mantener la producción de los productos básicos necesarios para la subsistencia y crecimiento de la plantación». Pretendían concretamente restringir el «cultivo excesivo de tabaco», entre otros métodos, prohibiendo a los colonos que llevaran «cualquier adorno de oro en sus ropas o cualquier prenda de seda, hasta que dispongan de seda hecha por gusanos de y elaborada por su propia industria»[2]. Los colonos, sin embargo, estaban claramente menos interesados en la moda de lo que la Compañía esperaba, y pocos en la bahía de Chesapeake hicieron caso de semejante aviso.

THE INCONVENIENCIES THAT HAVE HAPPENED TO SOME PERSONS WHICH HAVE TRANSPORTED THEMSELVES

from *England* to *Virginia*, vvithout prouisions necessary to sustaine themselues, hath *greatly hindred the Progresse of that noble Plantation: For preuention of the like disorders* heereafter, that no man suffer, either through ignorance or misinformation; it is thought requisite to publish this short declaration: wherein is contained a particular of such necessaries, *as either priuate families or single persons shall haue cause to furnish themselues with, for their better support at their first landing in* Virginia, *whereby also greater numbers may receiue in part, directions how to prouide themselues.*

Apparrell. — *Apparrell for one man, and so after the rate for more.*

	li.	s.	d.
One Monmouth Cap	00	01	10
Three falling bands	—	01	03
Three shirts	—	07	06
One waste-coate	—	02	02
One suite of Canuase	—	07	06
One suite of Frize	—	10	00
One suite of Cloth	—	15	00
Three paire of Irish stockins	—	04	—
Foure paire of shooes	—	08	08
One paire of garters	—	00	10
One doozen of points	—	00	03
One paire of Canuase sheets	—	08	00
Seuen ells of Canuase, to make a bed and boulster, to be filled in *Virginia* 8.s. One Rug for a bed 8.s. which with the bed seruing for two men, halfe is	—	08	00
Fiue ells coorse Canuase, to make a bed at Sea for two men, to be filled with straw, iiij.s. One coorse Rug at Sea for two men, will cost vj.s. is for one	—	05	00
	04	00	00

Victuall. — *For a whole yeere for one man, and so for more after the rate.*

	li.	s.	d.
Eight bushels of Meale	02	00	00
Two bushels of pease at 3.s.	—	06	00
Two bushels of Oatemeale 4.s. 6.d.	—	09	00
One gallon of *Aquavitæ*	—	02	06
One gallon of Oyle	—	03	06
Two gallons of Vineger 1.s.	—	02	00
	03	03	00

Armes. — *For one man, but if halfe of your men haue armour it is sufficient so that all haue Peeces and swords.*

	li.	s.	d.
One Armour compleat, light	—	17	00
One long Peece, fiue foot or fiue and a halfe, neere Musket bore	01	02	—
One sword	—	05	—
One belt	—	01	—
One bandaleere	—	01	06
Twenty pound of powder	—	18	00
Sixty pound of shot or lead, Pistoll and Goose shot	—	05	00
	03	09	06

Tooles. — *For a family of 6. persons and so after the rate for more.*

	li.	s.	d.
Fiue broad howes at 2.s. a piece	—	10	—
Fiue narrow howes at 16.d. a piece	—	06	08
Two broad Axes at 3.s. 8.d. a piece	—	07	04
Fiue felling Axes at 18.d. a piece	—	07	06
Two steele hand sawes at 16.d. a piece	—	02	08
Two two-hand sawes at 5.s. a piece	—	10	—
One whip-saw, set and filed with box, file, and wrest	—	10	—
Two hammers 12.d. a piece	—	02	00
Three shouels 18.d. a piece	—	04	06
Two spades at 18.d. a piece	—	03	—
Two augers 6.d. a piece	—	01	00
Sixe chissels 6.d. a piece	—	03	00
Two percers stocked 4.d. a piece	—	00	08
Three gimlets 2.d. a piece	—	00	06
Two hatchets 21.d. a piece	—	03	06
Two frowes to cleaue pale 18.d.	—	03	00
Two hand bills 20. a piece	—	03	04
One grindlestone 4.s.	—	04	00
Nailes of all sorts to the value of	02	00	—
Two Pickaxes	—	03	—
	06	02	08

Houshold Implements. — *For a family of 6. persons, and so for more or lesse after the rate.*

	li.	s.	d.
One Iron Pot	00	07	—
One kettle	—	06	—
One large frying pan	—	02	06
One gridiron	—	01	06
Two skillets	—	05	—
One spit	—	02	—
Platters, dishes, spoones of wood	—	04	—
	01	08	00

	li.	s.	d.
For Suger, Spice, and fruit, and at Sea for 6. men	00	12	06
So the full charge of Apparrell, Victuall, Armes, Tooles, and houshold stuffe, and after this rate for each person, will amount vnto about the summe of	12	10	—
The passage of each man is	06	00	—
The fraight of these prouisions for a man, will bee about halfe a Tun, which is	01	10	—
So the whole charge will amount to about	20	00	00

Nets, hookes, lines, and a tent must be added, if the number of people be greater, as also some kine.

And this is the vsuall proportion that the Virginia *Company doe bestow vpon their Tenants which they send.*

Whosoeuer transports himselfe or any other at his owne charge vnto *Virginia*, shall for each person so transported before Midsummer 1625. haue to him and his heires for euer fifty Acres of Land vpon a first, and fifty Acres vpon a second diuision.

Imprinted at London by FELIX KYNGSTON. 1622.

Figura 2.1. Compañía de Virginia, *A Declaration of the State of the Colony and Affaires in Virginia*, Londres, Felix Kyngston, 1622.

El tabaco no solo compraba esposas –cuyo valor inicial se estableció en 120 libras de tabaco, el cual se vendía a tres chelines la libra en 1619–, también ofrecía un camino rápido a la riqueza en una época en la que dicho producto, como otros del Nuevo Mundo, encontró un mercado en alza en Europa. El tabaco virginiano, que fue introducido en la colonia por John Rolfe, no se consideraba de una calidad tan buena como las variedades españolas, pero aun así se cotizaba a un precio lo suficientemente elevado como para hacer que valiera la pena cultivarlo en lugar de maíz o cualquier otro producto básico más necesario para el sustento. Más allá sin embargo de sus ventajas pecuniarias, desde luego el tabaco no resultó más beneficioso para la salud de la colonia de lo que lo era para la del individuo. Aunque la idea en que se había basado la venta de esposas, por ejemplo, era que llevaría a los hombres involucrados en aquella empresa en la remota frontera a plantearse los beneficios de tener una familia además de una fortuna, esa idea no funcionó tan bien como se esperaba.

Cuando las mujeres arribaron a Virginia (figura 2.2), la demanda por ellas era tan alta que su «precio de prometida» se elevó rápidamente de 120 a 150 libras de tabaco, lo cual las situó en una categoría adquisitiva al alcance únicamente de los hacendados más prósperos. Y las propias mujeres fueron incapaces de competir contra lo que la Compañía de Virginia criticaba como el «desmesurado aprecio [de la colonia] por su querido tabaco, hasta el punto de rechazar todos los demás productos básicos», y el mercado de esposas, si bien no exacerbó esta tendencia, tampoco hizo nada por debilitarla. El hecho era que el tabaco se había convertido, ya en 1620, en la unidad monetaria estándar, y seguiría siéndolo durante muchos años. A pesar de la «extraordinaria diligencia y cuidado en la elección» de esposas para Virginia de la Compañía, y las expectativas de esta de que dichas mujeres se casarían con «hombres honestos y capaces», el aspecto comercial presente en toda la transacción socavó sus aspiraciones domésticas. En su presentación del cargamento de mujeres que llegó a bordo del *Tyger* en 1621, la Compañía dejó claro que la cuestión económica era primordial al señalar que esperaba «ciento cincuenta [libras] de la mejor hoja de tabaco por cada una», pero también que «si alguna de ellas muriese, el precio de las demás habrá de incrementarse proporcionalmente»[3].

Esta mercantilización de las mujeres ponía de relieve el problema principal al que se enfrentaba la colonia de la bahía de Chesapeake y

reflejaba la actitud que esta había tenido hacia productos y personas desde sus comienzos. En sus primeras décadas, dependía demasiado tanto de la Confederación Powhatan como de la propia Compañía de Virginia para obtener sus medios básicos de subsistencia, al igual que de la llegada constante de nuevos colonos desde los hospicios y distritos de Inglaterra para la mano de obra, la mayor parte de la cual fue puesta a trabajar en el cultivo de tabaco. La colonia nunca consiguió llegar a ser ni el reflejo autosuficiente de la sociedad inglesa ni la bicoca del Nuevo Mundo abastecedora del mercado nacional que sus impulsores habían esperado que fuese. Jamestown seguía siendo un pueblo fronterizo, aficionado al alcohol, no especialmente trabajador, amenazado por ataques exteriores y minado por expectativas poco realistas –tanto por parte de la Compañía de Virginia como de los propios colonos– de lo que hacía falta para prosperar a largo plazo en Virginia. Tal como lo describía una historia de Virginia del siglo XIX, el tabaco tenía un efecto visiblemente perjudicial en la colonia:

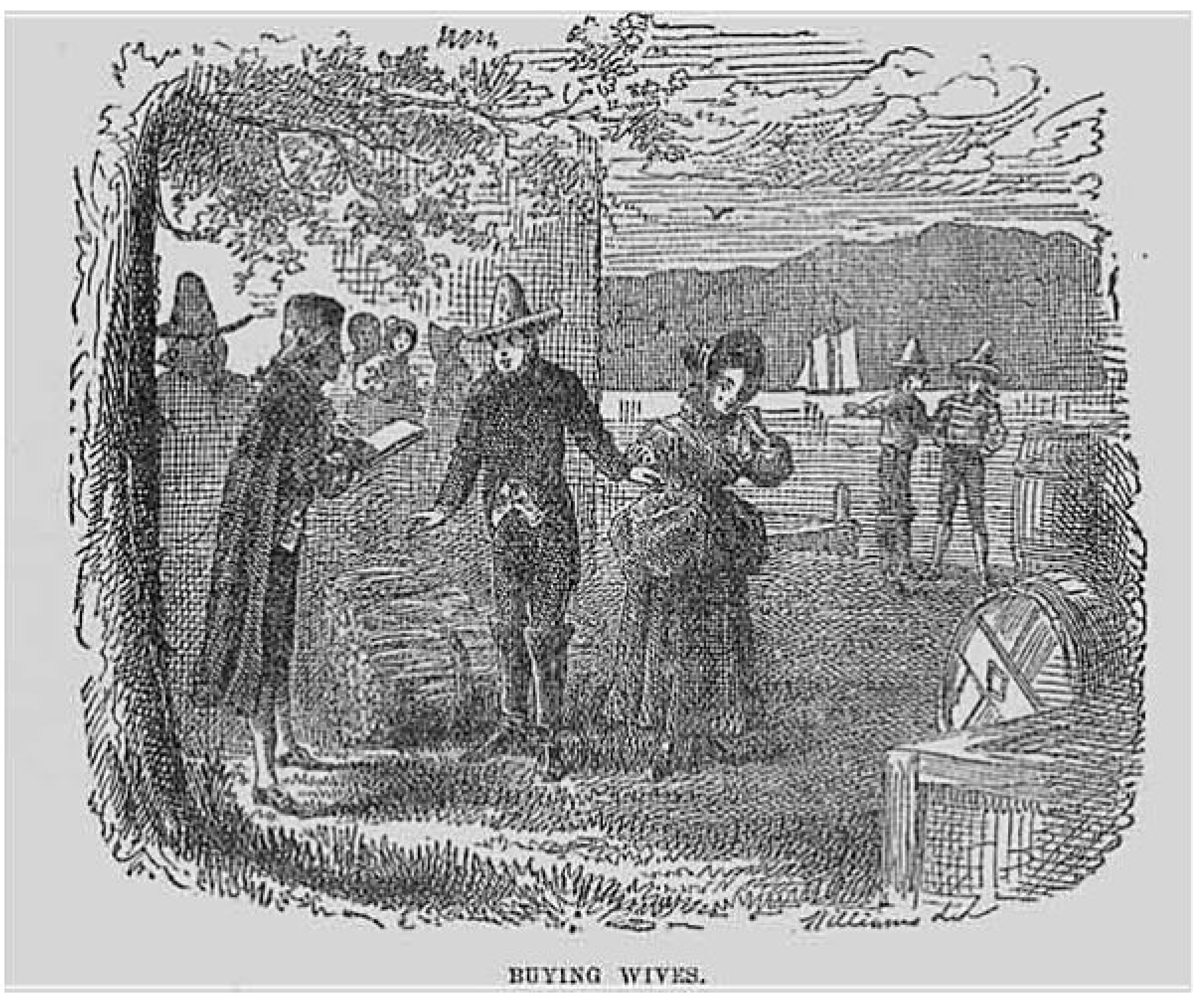


Figura 2.2. Compra de una esposa (de E. R. Billings, *Tobacco: Its History, Varieties, Culture, Manufacture and Commerce*, 1875). Esta imagen destaca la naturaleza comercial de la transacción al situar a la mujer, recién llegada de Inglaterra –suponemos que en el barco anclado en el puerto a su espalda–, al lado de los toneles, y a su futuro comprador y marido junto a las balas de tabaco que pagaron su pasaje a Virginia. Foto: Wellcome Library, Londres.

> Las casas estaban descuidadas, las empalizadas se pudrían sin que nadie las atendiera, los campos, jardines y plazas públicas, incluso las calles mismas de Jamestown, estaban plantadas de tabaco. La gente del pueblo, más ávida de riquezas que consciente de su propia seguridad, se desperdigaba por el monte, donde acotaba pequeñas parcelas de suelo fértil y plantaba sus cultivos sin importarles su proximidad a los indios, en cuya buena fe tan poca confianza podía depositarse[4].

Puesto que la buena fe de los nativos, aunque tal vez no se diese por sentada, ciertamente se explotaba, era quizá inevitable que las relaciones entre inmigrantes y nativos se deteriorasen, dando como resultado una

masacre en marzo de 1622 en la que perecieron más de 300 colonos. Incluso después de esto, los colonos siguieron anteponiendo la producción de tabaco a su seguridad, negándose a asignar hombres a la defensa de la colonia. El año siguiente a la masacre, se observó que en Virginia seguía sin haber «más productos que el tabaco» ni esfuerzo serio alguno por plantar los «productos básicos» tan necesarios para el futuro de la colonia. Un año más tarde, en 1624, la Compañía de Virginia se declaró en bancarrota y Virginia pasó a ser una colonia real. Los sueños de riquezas del Nuevo Mundo de los comerciantes que la habían fundado en un principio se habían, de manera bastante literal, «es-fumado»[5].

El final de la Compañía de Virginia no significó el fin de la colonia inglesa en la bahía de Chesapeake, ni el de su producción de tabaco. De manera muy conveniente para la colonia de Jamestown, a pesar de la vehemente oposición al consumo de tabaco de la Corona inglesa con Jacobo I y después con Carlos I, tal oposición tomó la forma de la concesión a Virginia de un monopolio sobre su importación a Inglaterra. La Corona obtenía así ingresos a medida que los habitantes de Londres iban acudiendo cada vez en mayor número a las tiendas de tabaco que por entonces comenzaron a aparecer por la ciudad y adoptando un nuevo vicio cuyo valor económico facilitó su entrada en la sociedad inglesa. Para Virginia, por tanto, la desaparición de la compañía que había creado el asentamiento tuvo poca relevancia a efectos prácticos. Todo se reducía en gran medida y como de costumbre a una cuestión de negocios, salvo en un importante aspecto. En lo concerniente a las poblaciones nativas, el periodo que se inició en 1622 asistió a un claro cambio no solo en las relaciones de poder entre blancos y nativos en la sociedad de la bahía de Chesapeake, sino también en las actitudes de los primeros hacia los «indios».

Las ilustraciones de John White para el *Briefe and True Report of the New Found Land of Virginia* (1590) de Thomas Hariot habían tratado de subrayar las similitudes fundamentales entre los pueblos algonquinos y los británicos como un medio de hacer familiar lo desconocido. La Compañía de Virginia trató de llevar esta idea a su conclusión lógica con sus instrucciones relativas al adoctrinamiento de niños nativos, y posteriormente familias, en las normas inglesas, para convertir, en la práctica, lo diferente en patrio. No obstante, hacia mediados del siglo XVII, estaba haciendo aparición una dialéctica cultural de exclusión en la que lo

desconocido pasó a ser lo exótico y, a la larga, el otro. La Segunda Carta de Virginia (Second Charter of Virginia, 1609) había incluido –si bien para concluir y casi como una idea de último momento– la importancia de «la conversión y sometimiento de los pobladores» de Virginia «a la verdadera adoración de Dios y la religión cristiana», pero el provecho económico siempre había prevalecido sobre la piedad en la bahía de Chesapeake.

Los colonos ingleses, dependientes unas veces y destructores otras de las poblaciones nativas, reemplazaron rápidamente la idea de la conversión por los imperativos de la conquista. Aunque la Compañía de Virginia, hasta su desaparición, había destacado como algo crucial la transformación de los algonquinos en anglicanos, en la bahía de Chesapeake el proceso degeneró de tal manera que el intercambio cultural pasó a ser una mercantilización. Con el colono blanco varón por defecto en la posición dominante de la colonia, las mujeres, los nativos y los africanos ocuparon un incómodo lugar intermedio durante la transición de colonia temporal a asentamiento permanente. Mientras que las mujeres blancas, con el tiempo, acabaron por ser consideradas un elemento crucial del proyecto colonial, ni los nativos ni los africanos encajaban con facilidad en la visión en desarrollo de una pequeña Inglaterra de ultramar.

La masacre de 1622, junto con los posteriores ataques de 1644 y 1675, no hizo sino reforzar la imagen del «indio» como un salvaje traicionero, lo cual, desde la cínica perspectiva inglesa, resultaba totalmente conveniente. Como reconoció el propio John Smith, muchos colonos vieron la masacre como algo «bueno para la plantación, pues ahora tenemos motivos para destruirlos por todos los medios posibles». El secretario de la Compañía de Virginia, Edward Waterhouse, fue bastante franco al respecto en aquel momento. Los ingleses «pueden ahora por derecho de guerra, y por las leyes entre naciones, invadir el territorio, y destruir a quienes trataron de destruirnos –declaró con entusiasmo–, por medio de lo cual disfrutaremos de sus lugares de cultivo, trocando el industrioso azadón por la espada victoriosa (en la que hay alivio, provecho y gloria) y cosechando los frutos de los trabajos de otros»[6]. En el fondo, concluía Waterhouse, «el modo de conquistar» a las poblaciones nativas «es mucho más sencillo que civilizarlos por medios justos», y se deleitaba no solo con la ocasión de obtener «esos productos que los indios disfrutaban igual o bastante más que

nosotros», sino también con la perspectiva de una conquista violenta. Esto, afirmaba, podía lograrse

> mediante la fuerza; la sorpresa; el hambre al quemar su maíz; destruyendo e incendiando sus barcas, canoas y casas; rompiendo sus enseres de pesca; atacándolos en sus cacerías, mediante las que obtienen la mayor parte de su sustento en invierno; persiguiéndolos y cazándolos con nuestros caballos, sabuesos que los acosen y mastines que los despedacen. [...] Con estos y diversos otros métodos, al igual que conduciéndolos (cuando huyan) hasta los enemigos que viven a su alrededor, y animando e instigando a estos contra ellos, tal vez pudiera lograrse su ruina o sometimiento en un breve plazo de tiempo[7].

Suponiendo que quedase algún nativo en pie después de que los ingleses se hubieran empleado a fondo, Waterhouse proponía que «fueran obligados a servir realizando trabajos pesados» y proporcionaran así la mano de obra que necesitaba la colonia[8]. En realidad, los nativos demostraron ser unos trabajadores forzados poco fiables, pero en la bahía de Chesapeake ese resultó un problema menos importante de lo que podría haber sido; existía, después de todo, una opción alternativa: los africanos.

RAZA Y RELIGIÓN: LA BAHÍA DE CHESAPEAKE

El desarrollo de una economía y una cultura sobre la base de una mano de obra esclava ha de ser situado en el contexto de las relaciones de trabajo, clase, sexo y religión en Virginia durante los siglos XVII y XVIII y comparado con otros proyectos coloniales en América en dicho periodo. Muchos, aunque no todos, de los problemas que habían acosado la empresa virginiana aparecieron igualmente en otras partes de América. Para los pueblos nativos a lo largo de toda la franja costera oriental, desde Florida hasta Nueva Francia, la llegada de los europeos fue una catástrofe sin paliativos. Incluso en los casos en que dichos europeos se atuvieron al plan original de conversión en vez del de conquista, las enfermedades que traían con ellos ocasionaron un daño irreparable entre las poblaciones del Nuevo Mundo. Las ambiciones coloniales francesas en la Norteamérica del siglo XVII tuvieron como punta de lanza no solo comerciantes sino también varias expediciones jesuitas concebidas como un modo de extender tanto el poder político de Francia como el espiritual de la cristiandad sobre las poblaciones algonquinas y huronas del Nuevo Mundo. Los informes que llegaban de

Nueva Francia, sin embargo, confirmaban que desde que «la Fe se ha instalado entre estos pueblos, todo lo que hace morir a los hombres se ha presentado en sus territorios»[9]. Aun así, la «Fe» fue impulsando a cada vez más gente a cruzar el Atlántico durante el siglo XVII, pues muchos de los colonos lo hacían no únicamente por el deseo de extender el evangelio, sino también para ponerse a salvo de la persecución religiosa en sus países de origen.

Las distintas olas de exploradores y colonos europeos en las Américas durante los siglos XVII y XVIII formaron parte simplemente, en gran medida, del encrespado mar de fe religiosa que había sumergido el Viejo Mundo en el XVI. Las repercusiones a largo plazo de la Reforma no solo empujaron a muchos europeos a América, sino que también influenciaron las sociedades que estos fundaron allí. Aunque los asentamientos británicos fueron a largo plazo los dominantes en Norteamérica, este dominio no estaba predestinado desde el principio ni, dado el resultado de sus primeras tentativas exploratorias, tenía tantas probabilidades de darse. Francia y España parecían ser las potencias europeas más fuertes en el Nuevo Mundo. A pesar de los éxitos españoles en la expulsión de los primeros asentamientos de hugonotes franceses en lo que más tarde sería Carolina del Sur y Florida, y de las dificultades a las que se enfrentaron las misiones francesas de más al norte en Nueva Francia, en el siglo XVIII la influencia de Francia comenzó poco a poco a crecer a la vez que la española fue disminuyendo. El descubrimiento en 1673 por parte de los exploradores franceses Louis Joliet –la ciudad de Joliet en Illinois y otro pueblo del mismo nombre en Montana fueron bautizados así en su honor– y el misionario jesuita Jacques Marquette de que el Misisipi discurría en dirección sur hasta el golfo de México fue precursor de nuevas exploraciones francesas a lo largo del valle del río Ohio y por territorios que más tarde serían Minnesota y asentamientos en Misisipi, Alabama, Michigan y Luisiana. Los franceses, sin embargo, como apuntaban los mapas de rutas fluviales que elaboraron, estaban más interesados en el comercio que en la fundación de asentamientos. En 1700, cuando ya solo la población blanca en la bahía de Chesapeake había llegado a unas 90.000 personas, la totalidad de las posesiones francesas, que se extendían desde Quebec hasta Luisiana, mantenían únicamente a 25.000 colonos franceses, aproximadamente una

décima parte del número de colonos británicos en el conjunto de Norteamérica a esas alturas.

Los números, sin embargo, pocas veces cuentan toda la historia, y la fuerza numérica de los británicos en la América colonial ocultaba la inestabilidad crónica de muchos de los asentamientos que habían fundado. La inmensa mayoría de los inmigrantes, tanto masculinos como femeninos, que llegaban a la bahía de Chesapeake lo hacían como sirvientes por *indentures* que tenían que pagar con su trabajo el coste de su viaje, en un entorno que conducía a muchos de ellos (en torno al 30 o 40 por 100) a la tumba de forma prematura, y ofrecía una esperanza de vida situada en la mitad de la treintena, en el mejor de los casos, para aquellos que sobrevivían al periodo inicial de «aclimatación». En consecuencia, la población blanca de Virginia comprendía un número inusualmente elevado de hombres solteros, viudas e, inevitablemente, niños huérfanos. En la segunda colonia británica fundada en la bahía de Chesapeake –Maryland– predominaron unas condiciones similares, aunque en este caso la causa directa de la aventura colonial fue el deseo de escapar de la persecución religiosa en Inglaterra, lo cual hizo que sus ideales, si no sus experiencias, fueran distintos a los de su colonia hermana en Virginia.

Maryland nació como una colonia de propiedad privada, en la que la tierra se le concedía a un único gobernador, o Lord Propietario, en este caso George Calvert, primer barón Baltimore, quien había solicitado a Carlos I una carta real para colonizar la zona bautizada en honor de la esposa de Carlos y reina consorte, Enriqueta María. La muerte de Calvert en 1632 hizo que fuera su hijo, Cecilius (Cecil) Calvert, el segundo barón de Baltimore, quien se encargase de la fundación de la colonia. Como un católico cuyo padre había sido perseguido por su fe, Cecil Calvert planeaba que Maryland no fuera simplemente un refugio para católicos, sino también una colonia donde estos y los protestantes pudieran convivir en paz. Naturalmente, la realidad no cumplió con las expectativas. La historia de los primeros años de Maryland demostró que, fueran cuales fuesen las ambiciones de su fundador, la realidad de la vida colonial era que 5.000 km de océano no era suficiente distancia si lo que uno quería era alejarse de las maquinaciones religiosas y políticas del Viejo Mundo, que salpicaban con demasiada facilidad hasta el Nuevo. Aunque Calvert y los gobernantes de la colonia profesaban el catolicismo, la mayoría de los colonos que llegaron –

muchos de ellos, como en Virginia, sirvientes por *indentures*– eran protestantes, y la lucha entre unos y otros por el control de la colonia, exacerbada además por el estallido de la Guerra Civil inglesa en 1641, estuvo a punto de destruirla.

La solución de Calvert a la escalada de violencia y a la inestabilidad de la década de 1640 vino por dos vías. En primer lugar, se puso en contacto con virginianos protestantes disidentes de la fe anglicana –Virginia era totalmente anglicana e intolerante con otras fes alternativas, además de totalmente realista e intolerante con los parlamentarios– y los animó a establecerse en Maryland. Reforzó este mensaje designando un gobernador protestante, el parlamentario William Stone de Virginia. En segundo lugar, hizo hincapié en la postura de la colonia como protectora de libertades religiosas, la cual formalizó a través de la Ley Religiosa o Ley de Tolerancia (Act Concerning Religion o Toleration Act) de 1649. Esta señalaba que «las imposiciones sobre la conciencia en cuestiones de religión han resultado tener en muchas ocasiones peligrosas consecuencias en aquellas comunidades donde se han practicado», y anunciaba que ningún residente de Maryland «será en lo sucesivo importunado, molestado o repudiado en modo alguno por o en relación con su religión ni en el libre ejercicio de la misma dentro de esta provincia o las islas que a ella pertenecen ni obligado de ninguna manera a creer o practicar cualquier otra religión en contra de su voluntad». Cualquiera que pronunciara «amonestaciones» contra «un hereje, cismático, idólatra, puritano, independiente, sacerdote presbiteriano papista, jesuita, papista jesuita, luterano, calvinista, anabaptista, brownista, antinomiano, barrowista, parlamentario [o] separatista» recibiría una multa de 10 chelines, tendría que disculparse públicamente y se arriesgaría a ir a prisión. Era una lista bastante completa para su época, aunque sí que excluía la fe judía al exigir, por encima de todo, la aceptación de Jesús como «hijo de Dios» y la doctrina de la Santísima Trinidad, bajo pena de muerte[10].

Sin embargo, la postura de Calvert contra la intolerancia religiosa no tardó en verse atacada. Solo seis años después de que Stone se convirtiera en gobernador, un grupo puritano cada vez más influyente en la colonia intentó rescindir la Ley de Tolerancia y reimponer leyes que restringiesen las libertades religiosas. Esto causó lo que se ha dado en llamar la última batalla de la Guerra Civil inglesa, que se libró en suelo americano, la batalla

del Severn (1655). La victoria, en este caso, fue para los oponentes de Calvert, mas una breve. En menos de dos años, Calvert ya había recuperado el control de la colonia. Si bien la batalla del Severn constituyó básicamente una escaramuza, tanto ella como, por supuesto, el precedente de la propia colonia de Maryland pusieron de relieve dos aspectos de la vida colonial en América que, a lo largo del siguiente siglo, preocuparían cada vez más a los colonos: la importancia de la religión –concretamente de la libertad de culto– para el Nuevo Mundo, y la vulnerabilidad de las colonias a las fuerzas destructoras del conflicto político y religioso británico y europeo en general.

La guerra en Europa se trasladó a América, y la lucha por la supervivencia en el Nuevo Mundo, al menos hasta su separación de Gran Bretaña, tuvo lugar en el marco de conflictos no provocados por los colonos, conflictos que muchos de ellos habían tratado de evitar viajando a América. Una vez que llegaban allí, naturalmente, los colonos británicos eran más que capaces de instigar conflictos coloniales que no tenían absolutamente nada que ver con su país de origen, pero todo con su identidad como ingleses libres, una identidad desafiada, pero en última instancia reforzada, por el contacto con el «otro» nativo. Esta fue, en buena medida, la experiencia de la bahía de Chesapeake. Mas si lo que uno está buscando son ejemplos de la destructiva pero también, desde el punto de vista nacional, constructiva confluencia de raza y religión en la historia de la Norteamérica colonial, entonces ha de mirar más al norte, a una empresa colonial muy distinta, una impulsada por la fe religiosa pero definida por la violencia racial: Nueva Inglaterra.

ÉXODO: LOS COMIENZOS DE UNA COMUNIDAD BÍBLICA

Ningún aspecto de la colonización británica de las Américas ha sido dotado de tanta carga ideológica y –en el proceso de desarrollo histórico de los Estados Unidos– nacionalista como la fundación de las colonias que se convertirían en Nueva Inglaterra. Puede que la llegada del *Mayflower* en 1620 trajese únicamente un centenar o así de colonos a la costa atlántica de Norteamérica, pero sobre la pequeña roca que es Plymouth Rock se construyó toda una mitología que perdura hasta el día de hoy. En un texto

de 1867, el político Robert Winthrop reconocía que el *Mayflower* fue «consagrado en cada corazón de Nueva Inglaterra como el transporte [...] del grupo de peregrinos pioneros que estableció los grandes principios de libertad religiosa en nuestras costas»[11]. Como en la fundación de Maryland, la de Nueva Inglaterra vino motivada por los cismas religiosos dentro de Inglaterra, y en este caso el nombre de la colonia daba una clara pista de ello. Los puritanos que viajaron al Nuevo Mundo entre 1620 y 1642 buscaban nada menos que una nueva y mejorada Inglaterra, al menos en lo que concernía a la religión.

El puritanismo surgió en la Inglaterra de finales del siglo XVI en respuesta a lo que sus adeptos veían como una peligrosa persistencia del ritual católico y «papista» en el seno de la Iglesia de Inglaterra. Sin embargo, nunca se trató de un movimiento unitario y cohesionado, sino más bien de un estandarte ideológico bajo el cual podían agruparse predicadores con visiones de la fe tanto extremas como más moderadas. Lo que los reunió fue la creencia de que la Iglesia de Inglaterra debía de seguir más fielmente la doctrina teológica propuesta por uno de los líderes de la Reforma protestante, Juan Calvino. Según este, el alma de la persona estaba predestinada bien a la salvación o a la condenación, y la primera la obtenían únicamente los elegidos por Dios, denominados «santos visibles». Como negar la acción del hombre no está lo que se dice en la naturaleza humana, los puritanos creían que una vida visiblemente buena y, de manera importante, próspera, aunque no constituía una promesa de dicha eterna, podía inclinar la balanza hacia la salvación.

Para algunos puritanos ingleses, la reforma de la Iglesia parecía una posibilidad factible, pero para aquellos que desembarcaron en el cabo Cod en 1620, la podredumbre ya estaba demasiado extendida. En vez de reformar la Iglesia, intentaron separarse completamente de ella. Estos separatistas, a los que nosotros –aunque no sus contemporáneos– conocemos como los Padres Peregrinos (Pilgrim Fathers), habían dejado Scrooby, en Nottinghamshire, por Leiden en los Países Bajos en 1608. Algo más de una década después regresaron a Inglaterra, pero solo para embarcarse hacia el Nuevo Mundo. Tras varios intentos en falso, finalmente zarparon desde Southampton en septiembre de 1620. Su destino original era Virginia, pero una tormenta invernal les hizo desembarcar mucho más al norte, lejos de la jurisdicción de la Compañía de Virginia, y fuera de la

patente concedida originalmente –y todavía válida, dado que la Compañía de Virginia todavía existía– por la Corona inglesa. Conscientes de su posición geográfica no planeada pero inseguros respecto a la legal, los separatistas acordaron elaborar un contrato, el Pacto del *Mayflower* (figura 2.3), por el cual se comprometían a



Figura 2.3. Bajorrelieve en Bradford Street (Provincetown) que representa la firma del Pacto del *Mayflower.* Foto: Peter Whitlock.

> unirnos en una entidad política civil, para nuestra mejor ordenación y mantenimiento y promoción de los fines anteriormente mencionados; y en virtud del presente documento promulgar, constituir y elaborar, de tanto en tanto, leyes, ordenanzas, constituciones y obligaciones justas y equitativas tales como se considere más apropiado y conveniente para el bien general de la Colonia[12].

La trascendencia del Pacto del *Mayflower* como el primer documento escrito que establecía una forma de gobierno «justa y equitativa» en América ciertamente puso los cimientos de lo que sería Nueva Inglaterra

separadamente de las muchas otras colonias que compondrían los futuros Estados Unidos. Pero aunque el hambre agudizase el ingenio en lo relativo al gobierno, a efectos prácticos hubo poco que distinguiera a Nueva Inglaterra de sus vecinos ingleses más cercanos unos 800 km al sur. Pese a su lejanía de la bahía de Chesapeake, las primeras experiencias de la colonia de Plymouth tuvieron un parecido más que casual con las de Jamestown.

Los recién llegados se toparon con la amenaza de la violencia, pero la población nativa de Nueva Inglaterra no estaba en condiciones de ofrecer una resistencia prolongada a los colonos separatistas, porque una epidemia, identificada frecuentemente con la viruela pero posiblemente alguna clase de variante de la peste bubónica, acababa recientemente (1616-1619) de aniquilar hasta al 90 por 100 de los pobladores entre el cabo Cod y Maine. Pero hubo por lo menos unos cuantos nativos que sobrevivieron a esta devastación, lo cual fue una suerte para los ingleses, dado que los pasajeros del *Mayflower* no estaban mejor adaptados a los rigores de la vida en Nueva Inglaterra de lo que los primeros inmigrantes de Virginia lo habían estado en la bahía de Chesapeake. Esto era algo inevitable, y no solo porque su motivación para emigrar fuese religiosa. De hecho, no todos los colonos eran separatistas, y el viaje, apoyado por mercaderes, tenía entre sus objetivos producir beneficios económicos, de ahí la presencia de sastres, un sedero, un impresor y un tendero entre los pasajeros. Incluso los supuestos granjeros apenas habrían tenido idea de cómo desempeñar tal oficio, dado que el término, en el siglo XVII, señalaba simplemente a un hacendado. Ni habrían tenido necesariamente ninguna de las habilidades prácticas imprescindibles para sobrevivir en un mundo en el que, como apuntó el líder de la colonia William Bradford, no había «amigos que los recibieran, ni posadas que acogieran o refrescaran sus cuerpos maltratados por los elementos, ni casas ni mucho menos pueblos a los que dirigirse, en busca de auxilio»[13]. Nuevamente, en el siglo XVII, la caza, el tiro y la pesca eran prerrogativas de la aristocracia. No resulta por tanto sorprendente que la mitad de los colonos de Plymouth no sobreviviesen a ese primer invierno, mientras que el resto se vio forzado a recurrir a los indígenas para obtener el sustento y apoyo que asegurase su supervivencia.

Los colonos en apuros tuvieron suerte en este sentido de encontrar a dos nativos algonquinos que sabían hablar inglés, el patuxet Tisquantum (al que

llamaron Squanto) y el abenaki Samoset. Squanto había hecho estancias en España y Londres, tras haber sido capturado por el explorador Thomas Hunt unos años antes de que los separatistas partieran hacia América en 1620. Acababa de conseguir regresar a su hogar el año anterior, pero en el ínterin su pueblo había resultado exterminado por la epidemia. Squanto ayudó a los nuevos colonos a establecer relaciones amistosas con los nativos locales, quienes a su vez los ayudaron a cultivar alimento. Este hecho provocó el nacimiento de una segunda leyenda, que luego pasaría a ser fiesta nacional (aunque no se fijase como tal hasta 1863, durante la Guerra de Secesión), cuando al año siguiente nativos y colonos celebraron el primer Día de Acción de Gracias. Durante la siguiente década, ciertamente, pareció como si esta colonia que salió adelante pudiera ser la precursora de un tipo de empresa colonial de muy distinto tipo.

Animados por las noticias que llegaban de Plymouth, y cada vez más descorazonados respecto a la situación de la Iglesia de Inglaterra con Carlos I, otro grupo de puritanos bajo el liderazgo del abogado y hacendado de Suffolk John Winthrop tomó la decisión de abandonar lo que consideraban la corrupción católica del Viejo Mundo y establecer una «comunidad bíblica» en el Nuevo. Bajo el amparo de otra compañía mercante, la Compañía de la Bahía de Massachusetts, fundada en 1629, dio comienzo el éxodo puritano desde Inglaterra, la llamada Gran Migración (1629-1642) a Massachusetts. Esta era solo la avanzadilla. En el transcurso de la siguiente década, más de 20.000 puritanos emigraron a América y se repartieron por cinco zonas principales de asentamiento, de las cuales surgieron al cabo tres de los 13 estados originales de la nación estadounidense: Plymouth, *Massachusetts*, *Rhode Island*, New Haven y *Connecticut* (figura 2.4).

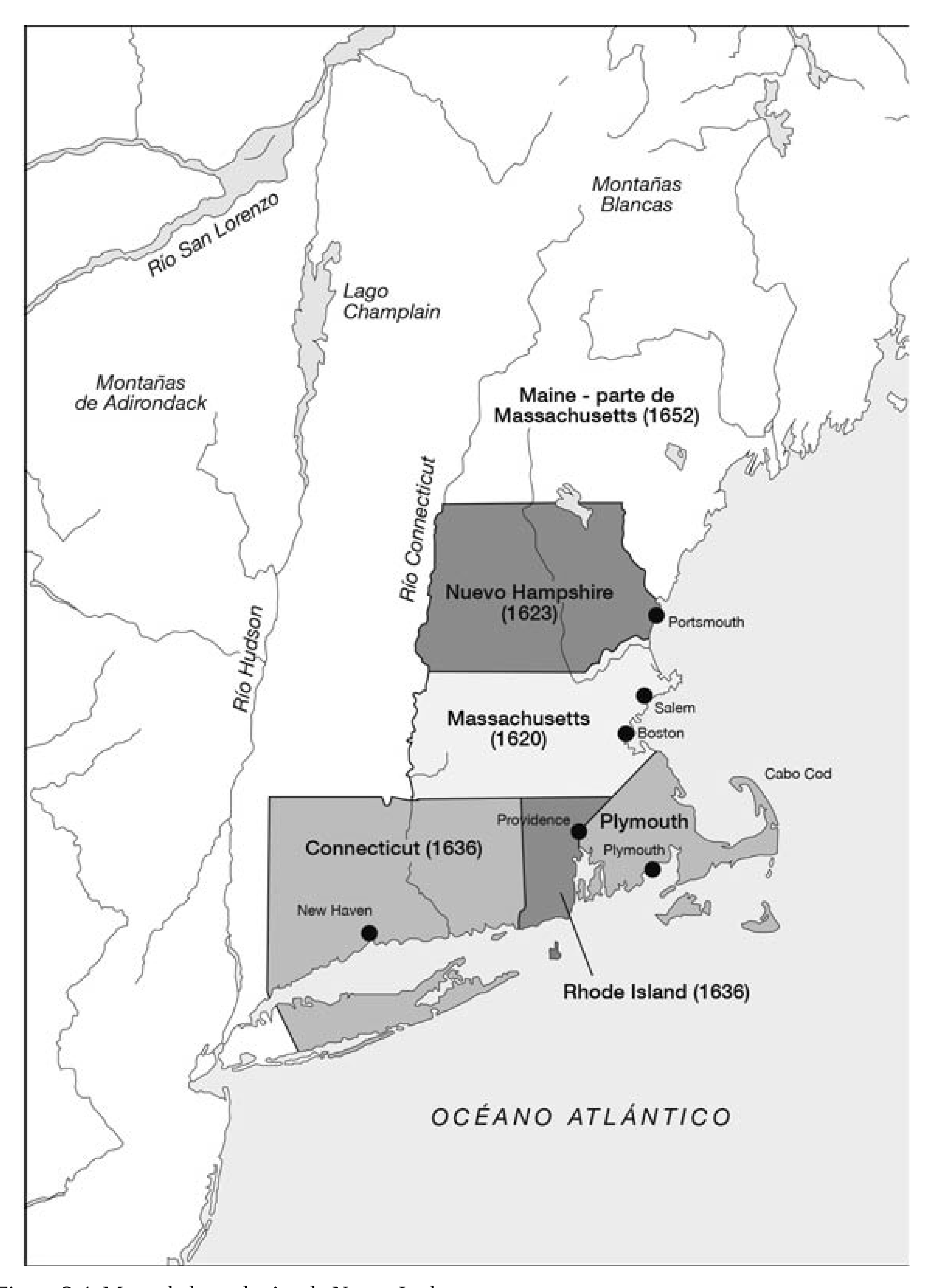


Figura 2.4. Mapa de las colonias de Nueva Inglaterra.

Si los primeros colonos en la bahía de Chesapeake se habían visto atraídos a América en gran parte por las riquezas naturales que la tierra parecía ofrecer, para los puritanos, la otra cara de esa moneda –la idea de América no como un nuevo Edén sino como una tierra virgen– era casi igual de atrayente. La combinación de nativos sin civilizar y tierras sin cultivar resultaba tan irresistible como intimidante. Planteaba un reto que la mentalidad puritana estaba más que preparada para afrontar y superar con la máxima eficacia. Su respuesta a este reto, previeron los puritanos, sentaría el patrón para la vida piadosa, y constituiría una lección para el mundo. Sacando su texto del Sermón de la Montaña (concretamente de Mt 5, 14), John Winthrop habló a su congregación a bordo del *Arabella*, en ruta hacia el Nuevo Mundo, y hacia un nuevo comienzo: «Pues debemos tener en cuenta –les dijo– que seremos como una ciudad sobre una colina. Todas las miradas están puestas en nosotros. De modo que si tratamos falsamente con nuestro Dios en esta tarea que hemos emprendido, y causamos por ello que nos retire su presente ayuda, nos convertiremos en un engaño y en objeto de desdén para todo el mundo»[14]. Los puritanos intentaban cumplir la promesa bíblica de que ni «la luz del mundo» ni la «ciudad sobre una colina» fundada bajo su brillo podrían ocultarse jamás. El sermón de Winthrop en el mar fue a la vez una crítica a una vieja Inglaterra que había sucumbido a Satán y un acicate a los colonos de una Nueva Inglaterra para que probaran no solo que el camino de los puritanos era el de los justos, sino también que al optar por él, los puritanos, para disgusto eterno de sus enemigos según esperaban, habían acertado.

En términos sociales y económicos, los asentamientos puritanos eran sin duda más estables que los fundados en la bahía de Chesapeake. Si bien la amenaza del hambre pendió sobre los colonos ese primer invierno en Massachusetts, la llegada de suministros desde Inglaterra aseguraba la supervivencia de la colonia. El entorno era más saludable, y el carácter en sí de la migración –que traía unidades familiares, a veces incluso congregaciones enteras– implicaba que los puritanos llevaban consigo en realidad la infraestructura de la madre patria. De este modo consiguieron asegurar el crecimiento de la sociedad blanca en Nueva Inglaterra, que aumentó hasta alcanzar unos 90.000 colonos en 1700. En consecuencia, no hizo falta importar esposas a Nueva Inglaterra, había muchos menos hombres solteros o niños huérfanos y las mujeres tenían igual consideración

que los hombres, al menos espiritualmente. Socialmente, la cuestión cambiaba. A todos los efectos, la estabilidad quedaba garantizada por medio de una rígida estructura patriarcal y eclesial que era abierta y cerrada al mismo tiempo. Dios era la cabeza de la Iglesia, esta era el eje de la vida familiar y social y el varón era la cabeza de la familia. Esta ordenación aparecía sintetizada en la observación de la época de que «una familia es una pequeña comunidad, y una comunidad es una gran familia», y puesto que «una familia no está obligada a recibir con los brazos abiertos a todo el que se presenta [...] tampoco lo está una comunidad»[15].

Los asuntos legislativos de Nueva Inglaterra diferían asimismo de los de Maryland, que estaba al cargo de un solo hombre, y Virginia, cuyo gobernador era designado por la Compañía de Virginia, y tras la disolución de esta, por la Corona inglesa. Los puritanos organizaron su asentamiento de acuerdo con la carta de constitución original de la colonia, la cual era interpretada por un Tribunal General y un gobernador elegido por la comunidad. Esto no era, sin embargo, igualdad o democracia tal como la entendemos hoy. Aunque el protestantismo predicado por los puritanos animaba a la interpretación individual de las escrituras, este era prácticamente el mayor grado de individualismo que los primeros asentamientos puritanos podían tolerar. Típico de un pueblo que había sufrido un mundo intolerante, el nuevo creado por los puritanos era igual de intolerante hacia la diferencia o la disidencia. Ambas, naturalmente, surgieron bastante pronto.

Era quizá inevitable que el énfasis puesto en la interpretación personal de las escrituras produjera visiones alternativas de la «ciudad sobre una colina», y la colonia de la bahía de Massachusetts apenas había deshecho el equipaje cuando, en 1631, un pastor protestante con ideas muy diferentes a las propugnadas por Winthrop arribó a la colonia: Roger Williams. Williams fue incluso más allá de lo que había ido Calvert en Maryland en su defensa de las libertades religiosas (incluyendo la fe judía), y en particular de la necesidad de una estricta separación entre la Iglesia y cualquier forma de Estado. En una publicación posterior, expuso su creencia de que «Dios no requiere una uniformidad de la Religión para que su ley se promulgue y aplique en cualquier estado civil», pero implícita en esta postura había, por supuesto, un rechazo de que los propios puritanos estuvieran en posesión de ninguna directiva espiritual especial, de que

fueran, como Winthrop había sostenido, un pueblo elegido al que le había sido otorgada una «Comunión» con Dios[16]. Con tales opiniones, era difícil que Williams pudiese quedarse en la bahía de Massachusetts. Como resultado, la colonia independiente que fundó, Rhode Island, pasó a ser para el norte lo que Maryland, en un grado un poco menor, era para el sur: un refugio para disidentes religiosos de todas las confesiones.

Solo unos años después, en 1634, llegó un desafío aún mayor a la autoridad puritana a través de Anne Hutchinson, cuya desaprobación explícita de los líderes puritanos en Massachusetts condujo a lo que se conoció como la «crisis antinomiana» (siendo el antinomismo la creencia en la justificación por la fe, la comunicación directa con Dios). En el juicio de Hutchinson, en 1637, Winthrop la acusó de haber «dicho diversas cosas según se nos ha informado muy perjudiciales para el honor de sus iglesias y pastores» y, continuaba, revelando bastante sobre las relaciones entre sexos de los puritanos: «has celebrado una reunión y asamblea en tu casa que ha sido condenada por la asamblea general como algo no tolerable ni adecuado a los ojos de Dios ni apropiado para tu sexo». Desterrada de Massachusetts por el crimen de «ser una mujer indigna para nuestra sociedad», también Hutchinson acabó en Rhode Island[17].

En su primera década de existencia, por tanto, la «comunidad bíblica» de Winthrop iba encaminada a labrarse una reputación de no ser muy tolerante hacia su propio pueblo. La aparente estabilidad social que la diferenciaba de la bahía de Chesapeake era en muchos sentidos ilusoria. La religión distinguía a Nueva Inglaterra, pero al mismo tiempo la desgarraba. También en otros aspectos, las similitudes entre estas versiones aparentemente extremas de la colonización inglesa de Norteamérica eran más obvias que sus diferencias, y el caso más claro de esto eran sus relaciones con los nativos algonquinos. De manera bastante lógica, a medida que más grupos disidentes abandonaban Massachusetts para establecer asentamientos independientes, estos iban invadiendo cada vez más territorio indígena. Esto no representaba necesariamente un problema para los puritanos. La conversión de los pueblos nativos de Nueva Inglaterra formaba parte de su cometido.

La «misión en tierra virgen» puritana fue emprendida no solo para garantizar la salvación personal, sino también para ayudar a lo que se veía como un pueblo ignorante. Y los puritanos no fracasaron del todo en sus

esfuerzos por convertir a los nativos, pese al hecho de que la conversión no constituyó una prioridad para ellos durante las primeras décadas de su asentamiento. Un relato de la época, de 1632, elogiaba sus «encantadoras, justas y amables relaciones con los indios», cuyo «amor y respeto» por los puritanos «los había llevado a una aparente aceptación de los ingleses»[18]. Tal «aparente aceptación», sin embargo, no era compartida por todas las naciones indígenas de Nueva Inglaterra, y tenía sus límites. Estos se alcanzaron en 1637, cuando la tribu pequot atacó a unos cuantos colonos en la cercana Connecticut. La respuesta por parte de los colonos blancos y sus aliados narrangasett fue tan cruel como rotunda. Atacaron la aldea pequot en Mystic, masacraron a la mayoría de sus habitantes y vendieron a los supervivientes como esclavos en el Caribe.

Los relatos de la masacre que hicieron los líderes puritanos de la época proporcionan una comprensión aleccionadora de la mentalidad blanca entonces predominante. «Era espantoso verlos freírse así en el fuego –contaba William Bradford–, y los torrentes de sangre que sofocaban este, y horrible era el hedor del mismo». Sin embargo, Bradford consideraba la masacre y el subsiguiente barrido de los pequot de la tierra un «dulce sacrificio» y una prueba del apoyo de Dios a la misión puritana, mientras que John Mason, al cargo de las tropas de Connecticut, afirmaba con entusiasmo que la masacre «*fue obra del Señor, ¡y a nuestros ojos resulta maravillosa!*» (el énfasis pertenece al original). En un mensaje a Bradford después de haberse producido la masacre, Winthrop expresaba la esperanza de que esta hubiera reforzado el reconocimiento de que los pequot «y todos los demás indios» eran el «enemigo común» de los colonos blancos. Era un sentir que Edward Waterhouse, 800 km al sur en la bahía de Chesapeake, habría admitido y con el que sin duda habría coincidido[19]. Este tipo de opiniones, no obstante, aunque influyentes, no eran universales, y encontraban hasta cierto punto contradicción en hombres como John Elliot, fundador del primer «pueblo de orantes» –asentamientos de pueblos nativos cristianizados– en Natick en 1650. Para algunos, al menos, el deseo de convertir a los algonquinos, y de comprender su sociedad en el proceso, no se vio lastrado por una abierta hostilidad racial pese a estar motivado por un imperialismo cultural. Desgraciadamente, excepciones como la de Eliot confirmaban desde luego la existencia de una regla en cuanto a las relaciones entre nativos e ingleses, y no únicamente en Nueva Inglaterra.

La realidad era que el miedo a, y en ocasiones la hostilidad declarada hacia, las poblaciones nativas del Nuevo Mundo constituía un vínculo que unía a más colonias que solo a las de Plymouth y la bahía de Massachusetts. Este fue un aspecto característico de la tentativa colonial británica en las Américas durante el siglo XVII y comienzos del XVIII, uno que estaba en clara contradicción con el impulso de «conversión india» que casi todas las empresas coloniales habían invocado como al menos una de sus razones para migrar. No se hallaba, sin embargo, particularmente en discordancia con la realidad del mundo atlántico del siglo XVII, incluso si uno de los motivos secundarios frecuentemente citados para las empresas coloniales británicas era el carácter amable y constructivo de estas en comparación con la crueldad y la tendencia destructiva que parecían exhibir las españolas. Pese a la aparición, a raíz en gran medida de la Gran Migración Puritana a América y su misión autoimpuesta de construir una «ciudad sobre una colina», de una influyente mitología del «excepcionalismo americano», una que perdura hasta nuestros días, la Nueva Inglaterra colonial tenía verdaderamente poco de excepcional y casi nada aún que fuese característicamente americano. El mundo de los colonos, ya fuera en Virginia o Massachusetts, estaba estrechamente ligado al de Inglaterra, y a Nueva Inglaterra, en especial, lo que le preocupaba no era tanto la mirada puesta en ellos de «los ojos del mundo» como la de los que habían dejado atrás. Era a sus amigos y familiares en Inglaterra a quienes iban dirigidas sus numerosas cartas, a quienes describían su aventura colonial y, hasta cierto punto, para quienes la analizaban, y era en Londres donde publicaban sus relatos –desgarradores y a la vez alentadores– de todo lo que América tenía que ofrecer. Se estaban introduciendo a sí mismos con sus escritos en la historia de la futura nación al tiempo que eliminaban a los pequot de ella.

En este sentido, el sentimiento de los puritanos de que tenían una misión que cumplir sí los distinguía, aunque solo a sus ojos, de otras empresas coloniales: de Virginia, donde dominaban el comercio y el tabaco, al igual que ocurría en Maryland, cuyas leyes sobre tolerancia religiosa estaban pensadas para proporcionar refugio, no para predicar; o de Pensilvania, donde los cuáqueros –cuya versión del puritanismo estaba prohibida tanto en Virginia como en Massachusetts– y otros grupos protestantes inconformistas también buscaban un lugar seguro donde poder practicar su religión. Los distinguía incluso de sus vecinos espirituales más cercanos,

los separatistas de Plymouth, cuya peregrinación al Nuevo Mundo representaba un intento de escapar de la corrupción del Viejo, no de servirle de lección. Ciertamente los puritanos querían una Nueva Inglaterra, pero esperaban más que eso. De Nueva Inglaterra, preveían, nacería una Nueva Jerusalén. Desde su perspectiva, América era la Tierra Prometida y ellos eran el pueblo elegido, pero ahí residía el problema. Para un pueblo tan sumido en visiones del Apocalipsis, el peligro aguardaba a la vuelta de cada esquina, y Satán acechaba en cada sombra. Un pueblo temeroso de la predicación de una mujer, o tan turbado por las creencias cuáqueras de otra, Mary Dyer, como para ejecutarla, cual hicieron en 1660, en vez de tolerar su existencia entre ellos, probablemente no tendría reparos en mostrarse cruel con los pueblos algonquinos a los que para empezar no reconocía como iguales. Su propia comunidad les daba materias de preocupación más que suficientes. La presencia de nativos era, para los puritanos, solo otra de las cruces mundanas con las que cargaban.

Todo esto no se ajustaba enteramente a los planes iniciales de Winthrop. Él había esperado una tierra que, si no era exactamente una *tabula rasa*, estaba sin duda provechosamente despoblada, un *vacuum domicilium,* por la muy sencilla razón, en sus propias palabras, de que «Dios ha aniquilado a los nativos con una plaga milagrosa, por medio de la cual la mayor parte del territorio ha quedado libre de habitantes»[20]. Mas que Dios no hubiera eliminado a todos y cada uno de los nativos no era el principal problema. El verdadero desafío venía de la tierra en sí, del entorno del Nuevo Mundo sobre el que los puritanos habían esperado tan confiadamente afirmar su autoridad, pero que por el contrario parecía estar ejerciendo una influencia perniciosa sobre ellos. Era una cuestión de fe, y de la identidad basada en esa fe. Ambas se tambaleaban en el Nuevo Mundo en el que se veían los puritanos. Ambas se enfrentaban a un reto que, temían sus líderes, socavaría los cimientos de su «ciudad sobre una colina». Tras dos décadas del experimento de la comunidad bíblica, el número de miembros de la Iglesia se había estancado. La admisión de pleno derecho estaba, por supuesto, restringida a los «santos visibles», aquellos que habían pasado por una experiencia de conversión pública, pero cada vez se producían menos testimonios públicos. Para mediados del siglo XVII, el sínodo de Massachusetts ya había comprometido la visibilidad de la santidad al permitir que los descendientes de los elegidos fueran bautizados, pero la

incómoda solución intermedia así creada no contentó a nadie. En 1662, por tanto, al sínodo se le ocurrió la idea de la «comunión intermedia», mediante la cual los nietos de los primeros colonos podían ser admitidos en la Iglesia. Las repercusiones de esta decisión, sin embargo, tuvieron un alcance mayor de lo que podría suponerse.

La comunión intermedia fue una respuesta no solo a una fe tambaleante y a un descenso de la asistencia a la iglesia, sino también a la erosión gradual de las redes sociales y familiares tradicionales que los puritanos habían traído consigo desde Inglaterra. Las firmes estructuras de la comunidad, que eran físicas además de espirituales, se derrumbaron de manera natural cuando la generación nacida en Nueva Inglaterra creció y reclamó su propia tierra, tanto por supervivencia económica como por el estatus social que esta les otorgaba. Aunque al principio se llevaron a cabo algunos intentos de regular la asignación de tierras para evitar expresamente una dispersión excesiva de la población además de para ofrecer una mejor defensa contra los ataques algonquinos, esto no dio solución a las necesidades cada vez mayores de una población en aumento que no se encontraba amenazada por epidemias de la envergadura de las que todavía afectaban a la bahía de Chesapeake. Los modelos coloniales originales con pueblos que comprendían de 130 a 260 km^2 de asentamiento estructurados en torno a un templo central con tierras comunales alrededor para el pasto del ganado y el cultivo de alimento (en líneas generales, una variante del modelo inglés previo al cercamiento) dieron paso, con el tiempo, a haciendas familiares individuales de entre 100 y 200 acres cada una. Con la propiedad privada, naturalmente, llegó una perspectiva más individual, aquello que los primeros puritanos temían por encima de todo. De manera quizá inevitable, con la dispersión demográfica y el creciente individualismo que acompañó esta llegó una perspectiva más secular de las cosas, una que chocaba con la visión original que había conducido a la «misión en tierra virgen» puritana. Conforme la tierra virgen fue siendo domesticada, también se fue desvaneciendo la visión.

Pero no lo hizo sin presentar batalla. Los pastores puritanos, especialmente tras la implantación de la comunión intermedia, reprendían a sus congregaciones, a través de lo que se conocía como «jeremiadas», cada vez con mayor vehemencia por sus faltas morales y espirituales, pero este venía siendo un tema de discusión prácticamente desde el principio. Ya en

1642 el gobernador Bradford había apuntado la decadencia moral de la colonia de Plymouth, el aumento de la «ebriedad» y de la «incontinencia entre personas solteras» junto con multitud de «cosas que da miedo nombrar», todas las cuales, reflexionaba, «pueden con razón causarnos pasmo, e inducirnos a espanto y estremecimiento al considerar nuestras naturalezas corruptas». Por qué esto era así tenía mucho que ver con la influencia del Diablo pero también, reconocía Bradford, con la predilección puritana por sacar a la luz tales descuidos haciéndolos «públicos mediante una debida búsqueda, investigación y castigo»[21]. Mucho peores, no obstante, que la declinación moral eran los casos de completo rechazo de la misión puritana por medio de lo que sería después llamado, en el contexto del Imperio británico, *going native*, «indigenizarse». Este no era un problema exclusivo de Nueva Inglaterra. Darle la espalda a la sociedad blanca y adoptar el modo de vida de –o ser adoptado por– una de las naciones algonquinas era un crimen castigado con trabajos forzados en Connecticut y con la muerte en Virginia. Ambas tentativas coloniales, la de la bahía de Chesapeake y la de Nueva Inglaterra, intentaron, con diversos grados de entusiasmo, anglicanizar a los «indios», pero ninguna de ellas podía aceptar, ni en sus peores pesadillas, la idea de que el proceso pudiera darse a la inversa.

INDIOS, *INDENTURE* E IDENTIDAD: LA INVENCIÓN DE UNA SOCIEDAD BLANCA

«Impresionados por los escritores y profesores de Nueva Inglaterra –observó uno de los más grandes poetas decimonónicos de los Estados Unidos, Walt Whitman– nos abandonamos tácitamente a la idea de que nuestros Estados Unidos se han formado solo a partir de las islas Británicas, y fundamentalmente de una segunda Inglaterra.» Este, recalcó Whitman, «es un error inmenso». El texto de Whitman fue escrito con ocasión del aniversario, en 1883, de la fundación de Santa Fe por los españoles, pero no estaba simplemente halagando a sus lectores cuando insinuó «que no se encontrará más crueldad, tiranía, superstición [...] en el resumen de la pasada historia española que en el que corresponde a la historia anglonormanda». Sabía que la «Leyenda Negra» del colonialismo español todavía estaba plenamente vigente a finales del siglo XIX, del mismo modo

que también era consciente de que los pueblos indígenas de América parecían condenados a «ir desapareciendo poco a poco con el paso del tiempo», para dejar, al final, «solo un recuerdo, un espacio en blanco». Se equivocaba quizás al atribuir toda la responsabilidad de esto a los puritanos, pero para rastrear el proceso por el cual surgió una mitología racialmente excluyente a partir de una realidad multirracial, Nueva Inglaterra es un lugar tan bueno para empezar como cualquier otro.

En el caso de esta última, cuando la caída del impulso de conversión se une tanto a los efectos prácticos de la comunión intermedia como al pavor de que algunos colonos puedan preferir un modo de vida que no es ni puritano ni claramente inglés siquiera, los restrictivos parámetros raciales en desarrollo de la comunidad bíblica comienzan a revelarse. Con la comunión intermedia, la pertenencia a la Iglesia pasó a estar determinada por la genealogía en vez de motivada por la fe y, por consiguiente, fuera del alcance no solo de otros inmigrantes, ya fuesen europeos o africanos, sino también de los nativos que los puritanos supuestamente estaban convirtiendo, haciendo de ese modo explícito lo que había estado implícito durante bastante tiempo: que había barreras étnicas y raciales para acceder a esa comunidad bíblica, la cual era a todos los efectos territorio del hombre blanco. Al igual que les ocurría a los colonos de la bahía de Chesapeake, a los puritanos de Nueva Inglaterra les costaba aceptar la idea de que la cultura algonquina pudiese coexistir en paz con la inglesa. En ambos casos, tanto en Virginia como en Massachusetts, la guerra abierta entre nativo y colono alcanzó cotas aún más destructivas en las postrimerías del siglo XVII. En 1675 se produjeron levantamientos de nativos a lo largo del Potomac en Virginia y en el sur de Nueva Inglaterra, seguidas rápidamente, en Virginia, por un pequeño conflicto civil en el seno de la sociedad blanca: la rebelión de Bacon.

En Nueva Inglaterra, el levantamiento que los colonos llamaron la Guerra del rey Philip (a la que a veces también se denomina «la rebelión de Metacom») fue consecuencia no solo de una creciente invasión de la tierra por los puritanos, sino también de un cambio en las relaciones de poder dentro de la Confederación Wampanoag de indígenas después de que al morir tanto su padre como su hermano, Metacom se convirtiera en *sachem* (líder algonquino, pero no en el sentido global que entendieron los ingleses). Metacom era menos cordial con los ingleses de lo que lo había

sido su padre, y estaba más dispuesto a negociar con otras tribus –como los narrangasett, quienes habían sido aliados de los ingleses en la anterior Guerra Pequot– con vistas a combinar fuerzas contra los colonos puritanos. Los ingleses fueron alertados del peligro por un hombre que, en un contexto diferente, podría haber ayudado a tender puentes entre los mundos indígena e inglés, dado que pertenecía a los dos: el converso cristiano John Sassamon. Sassamon había sido criado por una familia inglesa tras la muerte de sus padres, y había luchado del lado de los ingleses en la Guerra Pequot e ido al Harvard College (fundado en 1636). Como suele ocurrir con excesiva frecuencia, ser parte de dos mundos dejó a Sassamon en una tierra de nadie entre ambos. En la Nueva Inglaterra de 1675 se estaban fijando los frentes de batalla, y era imperativo saber de qué lado estaba uno. Es muy posible que Metacom ya estuviese preparándose para la guerra cuando John Sassamon fue asesinado, pero la muerte, y el juicio y la ejecución resultantes de tres de sus consejeros por el crimen, fue el catalizador de un conflicto que no fue ninguna escaramuza, sino una de las guerras más destructivas que haya tenido lugar en el continente americano.

La Guerra del rey Philip comenzó en el verano de 1675 y se propagó violentamente por Nueva Inglaterra durante el resto de ese año y buena parte del siguiente. Los ataques sobre los asentamientos fronterizos ingleses fueron recibidos con otros de represalia por parte de las milicias coloniales, incluyendo algunos contra sus antiguos aliados, los narrangasett, quienes habían intentado permanecer neutrales, en el invierno de 1675-1676. Una de las bajas temporales de la guerra fue la de una mujer llamada Mary Rowlandson, cuyo relato de su captura, *A True History of the Captivity and Restoration of Mrs. Mary Rowlandson* (1682), se convirtió en un éxito de ventas y, podría sostenerse, inauguró el género de la «narrativa de cautiverio» en Norteamérica[22]. Rowlandson interpretó su terrible experiencia por medio de la Biblia, utilizando las palabras de los salmos o extractos de los profetas para transmitir mejor los horrores de su vivencia y su fortaleza espiritual. Su memoria alimentó sin duda la fascinación y el miedo colonial respecto a los peligros de la contaminación cultural, pero en el fondo resultaba tranquilizadora, dado que Rowlandson parecía haber salido de su periodo de cautiverio entre unas gentes a las que únicamente se refería como «paganos» o «bárbaros» con su esencia inglesa y su fe cristiana no solo incólumes sino aparentemente fortalecidas. Lo mismo

podría decirse de la guerra en sí. La victoria definitiva de los colonos sobre las fuerzas de Metacom a finales del verano de 1676 solo reforzó la sensación anterior de superioridad cultural y marcial, y la interpretaron enseguida como otra señal más del apoyo de Dios a su empresa colonial. La victoria les permitió asimismo, como habían hecho tras la Guerra Pequot, echar del territorio a muchos de los nativos supervivientes, entre ellos el hijo de Metacom, al venderlos como esclavos en el Caribe.

En términos demográficos, los colonos de Nueva Inglaterra se recuperaron de la guerra relativamente rápido. Lo que nunca se recuperó fue la esperanza de unas relaciones pacíficas entre algonquinos e ingleses en la zona. La brutalidad de la guerra reforzó el discurso religioso con tintes raciales que había definido esa relación desde el comienzo, una distinción entre paganos «de color» y cristianos blancos que permitía a colonos como Mary Rowlandson entender la brecha cultural que ella reconocía al tiempo que le impedía llegar a traspasarla jamás. Mas al expulsar por lo menos a cierto número de nativos del territorio y ampliar las futuras posibilidades de asentamiento para los blancos, la victoria inglesa en la Guerra del rey Philip también encaminó a los colonos por la senda de nuevos conflictos, en un primer momento con las demás potencias europeas en el Nuevo Mundo –particularmente, en el caso de Nueva Inglaterra, con Francia–, pero a la larga con la propia Gran Bretaña. El conflicto, en resumen, seguiría definiendo y refinando la identidad de Nueva Inglaterra y, finalmente, la de todas las colonias americanas durante el siguiente siglo. En ese sentido, la Guerra del rey Philip no fue más que el comienzo.

Mucho más al sur, en Virginia, el gobernador William Berkeley también tenía motivos para pensar en lo que él describió como la «infección de los indianos en Nueva Inglaterra», una que, según él creía, «se ha extendido hasta los marilandeses y las partes septentrionales de Virginia»[23]. Los levantamientos de la misma época contra los asentamientos ingleses en la bahía de Chesapeake eran, contrariamente a la opinión de Berkeley, una coincidencia, pero sus repercusiones fueron, si cabe, más dramáticas, dado el agravamiento de las tensiones por las preocupantes noticias que llegaban del norte. Como en Nueva Inglaterra, había principalmente dos problemas relacionados con la defensa de la colonia contra la amenaza indígena, ambos de carácter práctico. El primero era cómo identificar exactamente quién representaba una amenaza. Ni en Virginia ni en Nueva Inglaterra las

actitudes raciales blancas resultaban ser tan torpes o estrechas de miras como para suponer que las distintas naciones nativas eran intercambiables, pero tampoco era una cuestión sencilla para los ingleses averiguar de qué lado estaba cualquiera de ellas en un momento dado. El segundo problema era, una vez identificada la amenaza, cómo enfrentarse a ella. El armamento no era barato ni tan abundante en la era colonial como nos hace creer nuestra imagen moderna de los Estados Unidos como una cultura entregada a las armas de fuego. Puesto que la Corona británica no estaba dispuesta a desembolsar el dinero necesario para equipar a la milicia con los mosquetes que le hacían falta, Berkeley trató, por medio de una ley de milicias de 1673, aumentar los impuestos locales para financiar la defensa. Como era de esperar, fue una medida impopular. Y lo que es peor, no fue aplicada en todas partes.

En Virginia, por tanto, la combinación del levantamiento de 1675 y la falta de respuesta británica al peligro al que se enfrentaban los colonos resultó ser un cóctel letal para la estabilidad colonial. Cuando se produjo el primer ataque en el verano de 1675, los colonos virginianos no solo persiguieron a los nativos doeg responsables, sino que también mataron por error a algunos susquehannock, que vivían en Maryland. Estos naturalmente tomaron represalias, pero otros aprovecharon la ocasión para atacar asentamientos ingleses, de tal modo que para la primavera de 1676 los colonos de la bahía de Chesapeake se encontraban envueltos en una guerra no declarada que ellos estaban convencidos involucraba a todas las naciones indígenas de la costa este. Como resultado, pronto se vieron inmersos en otro conflicto, en este caso interno. La sublevación que luego se conocería como la rebelión de Bacon provino en parte de una falta de fe en el liderazgo de Berkeley en aquel momento de crisis, pero también de una desigual distribución de la riqueza y la tierra en la colonia en expansión. A los colonos que habían llegado a Virginia bajo un contrato de *indenture* se les había prometido el derecho a comprar tierras por el sistema *headright* una vez terminado su periodo de servidumbre. Pero en la década de 1670, el precio de la tierra había aumentado con la caída del tabaco, y eran pocos los que podían permitirse, o encontrar siquiera, la tierra que querían. Esto era más que un simple desacoplamiento entre la oferta y la demanda. Los hombres libres sin tierras estaban considerados una amenaza para la colonia. Como una versión de los pobres disolutos de Inglaterra, su

creciente número produjo una visión de desintegración social en Virginia. La solución a la que se llegó, negarle el voto a los que no tenían propiedades, solo agravó las tensiones sociales en la bahía de Chesapeake.

Más que un problema, esto supuso una oportunidad para Nathaniel Bacon, un recién llegado a la bahía y un hombre relativamente adinerado. No le tocó quedarse sin derecho al voto, y tampoco tuvo problemas para encontrar o permitirse una amplia plantación río arriba de la colonia de Jamestown. Poco después ya era miembro de la junta de gobierno de Virginia. Desde esta posición acosó tanto a Berkeley como a los nativos locales, irritando al gobernador por su destrucción indiscriminada de las relaciones que este había cultivado cuidadosamente con las tribus tributarias. Pero Bacon fue cosechando cada vez más apoyos en una colonia ya agitada por los problemas que había generado la falta de tierras disponibles y la caída de los precios del tabaco. Su desafío por el liderazgo de la colonia se fundamentó en la desafección causada por la escasez de tierras, pero avanzó gracias a la movilización del descontento resultante contra los nativos locales, en particular contra los amistosos occaeneechees. Cuando la rebelión de Bacon cobró fuerza, se volvió contra la sociedad blanca, ocasionando la destrucción, en septiembre de 1676, de la misma Jamestown. Solo terminó con la muerte, muy probablemente por disentería, de Bacon en otoño de ese año y con el subsiguiente juicio y ejecución de aquellos que habían apoyado su rebelión.

Las repercusiones de la rebelión de Bacon fueron profundas, tanto para las relaciones entre nativos e ingleses como para la sociedad blanca de Virginia. Al igual que la Guerra del rey Philip en Nueva Inglaterra, la rebelión de Bacon señaló un punto de inflexión en las actitudes blancas hacia las naciones algonquinas en la bahía de Chesapeake. Esto no se le puede atribuir únicamente a Bacon. El miedo y la hostilidad hacia las poblaciones indígenas llevaban mucho tiempo presentes –como habían dejado claro las ideas de Edward Waterhouse en 1622– pero habían sido contrarrestados por hombres como Berkeley que habían mantenido constantemente que los asentamientos blancos no debían invadir las tierras de los nativos. Todo el territorio al norte del río York, de hecho, había sido vedado a la intrusión blanca por medio de un tratado en 1646 con la Confederación Powhatan, pero a raíz de la rebelión de Bacon, la frontera entre los asentamientos indios y blancos se volvió tan difusa como la

diferencia entre nativos amistosos y hostiles. Si bien Berkeley era totalmente consciente de que esta existía, enfrentarse al desafío de Bacon le empujó a adoptar una postura pública más extrema. Cuando advirtió a la milicia: «No mostréis piedad con ninguno que porte el nombre de un indio pues ahora son todos nuestros enemigos», es posible que solamente estuviese afirmando, para beneficio de sus oponentes políticos, su buena disposición a defender las colonias inglesas[24]. Desgraciadamente, la idea de que no había que hacer distinciones en el caso de las naciones indígenas era un sentir que compartían muchos de los colonos ingleses. Si todos los indios eran el enemigo, entonces todo cambiaba, toda la tierra quedaba disponible, y no había limites a la expansión de la sociedad blanca.

Dicha expansión, sin embargo, no solo reforzaba la incipiente distinción entre las sociedades blanca e indígena, sino que establecía asimismo los parámetros para la aparición de una identidad blanca americana basada en la presencia de pueblos no blancos. La rebelión de Bacon había revelado a los líderes de Virginia con qué facilidad podía venirse abajo la sociedad blanca de la bahía de Chesapeake. Igualmente, les había mostrado lo útil que era tener un «otro» cultural externo en contra del cual fuera posible unir a la sociedad blanca. La religión, en teoría, era el vínculo que mantenía cohesionada Nueva Inglaterra, y la raza, de nuevo en teoría, cumplía un propósito similar en la bahía de Chesapeake. Pero las cosas nunca fueron tan claras. Aunque geográficamente separadas, y fundadas por diversas razones y en momentos diferentes, las distintas empresas coloniales británicas en el Nuevo Mundo, a lo largo del siglo XVII, gravitaron a través de la violencia hacia una postura muy similar en lo que respectaba a las naciones indígenas. En la bahía de Chesapeake, el interés en el tabaco condujo al deseo de tierras; en Nueva Inglaterra, la expansión natural de la sociedad blanca tuvo el mismo efecto. El tabaco, no obstante, trajo una dimensión totalmente nueva al desarrollo de la sociedad blanca debido a su fuerte necesidad de mano de obra, necesidad que no se estaba viendo cubierta por la inmigración y las *indentures*.

Claramente, dados los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1622 y 1676, la idea de Edward Waterhouse de esclavizar a los nativos para satisfacer esa necesidad no era una propuesta realista, al menos no en las colonias. Ni los líderes de Virginia ni los de Massachusetts rechazaban la idea de esclavizar a los indios, pero preferían, para mantener sus

conciencias tranquilas, que dicha esclavización fuera en el Caribe. Sin embargo, la esclavitud como sistema de trabajo era una opción demasiado ventajosa como para desterrarla junto con los indios. La servidumbre de por vida constituía una solución obvia a las crecientes necesidades de mano de obra de las colonias del sur, y al menos a una parte de las necesidades sociales que estaban desarrollando las del norte. Después de todo, fue Massachusetts, no Virginia, la primera que reconoció formalmente la esclavitud en su código legal (en 1641), pero fue en Virginia donde la necesidad de trabajadores, especialmente tras 1660, se volvió suficientemente apremiante como para buscar una mano de obra permanente e inalterable. Pero no se daba por hecho, sin embargo, que dicha necesidad tuviera que satisfacerse siguiendo criterios raciales.

Las mujeres habían sido mercancías en los primeros tiempos de la bahía de Chesapeake, pero esto no resultaba inusual en un mundo en el que la gente tenía un valor y los inmigrantes un precio. Cuando llegaban a América, los sirvientes eran puestos a la venta, justo como luego ocurriría con los esclavos. Mediante lo que se conocía como el sistema *redemptioner* (de amortización), los pobres podían embarcar gratis bajo la condición de que amigos o parientes pagaran su pasaje en el lugar de destino. Si esto no ocurría, eran vendidos, al igual que los vagos, los niños y los convictos, aunque estos últimos tenían una *indenture* por un periodo fijo de 14 años. Cuando los primeros africanos llegaron a Virginia en 1619, lo hicieron a un mundo de este tipo, por lo que pese a las apariencias de que eran «propiedad» del entonces gobernador Yeardly, no hay indicios de que fueran esclavos en el sentido que luego se le daría al término a medida que la esclavitud se desarrolló en América. En el periodo colonial temprano, los negros podían tener propiedades al igual que los blancos. Mas con el paulatino alejamiento cultural por parte de los blancos del contacto constructivo con la sociedad indígena, se fue desarrollando asimismo la esclavitud, junto con las distinciones raciales que definirían su variante norteamericana.

Las leyes que acabarían definiendo la esclavitud se aprobaron en líneas generales conforme fue creciendo el número de africanos en la América colonial. En 1650, solo un 4 por 100 del conjunto de la población norteamericana era negra, y en el sur el porcentaje era del 3 por 100. En esta época la población negra de las colonias británicas en el Caribe estaba

en torno al 25 por 100, pero las cifras aumentaron espectacularmente, y en una dirección claramente regional. En comparación con el Caribe británico, cuya población negra comprendía aproximadamente un 91 por 100 del total en 1770, los números en Norteamérica nunca fueron tan elevados. Ese año, el total de población negra en esta última era del 22 por 100, salvo en las colonias del sur, donde alcanzaba el 40 por 100. No resulta, por tanto, sorprendente que fuese en la bahía de Chesapeake, las dos Carolinas y lo que más tarde sería Georgia donde la esclavitud como institución legal comenzó a asentarse.

En 1662, Virginia fijó el precedente de que la esclavitud sería una institución matrilineal; los niños recibirían el estatus legal de la madre. Dos años más tarde, Maryland estableció el principio legal de la esclavitud perpetua, esclavitud *durante vita*, y Virginia, en 1667 y después en 1670, realizó dos pequeños retoques en la legislación que revelaban en qué dirección se estaba moviendo la colonia, racialmente hablando. En 1667, se decretó que el bautismo para ingresar en la fe cristiana no alteraría el estatus legal de un esclavo. En 1670, se ilegalizó la compra por parte de un negro de un cristiano o un sirviente blanco, esto en una época en que la población negra de Virginia no llegaba a las 2.000 personas. Una década más tarde, por supuesto, esa cifra había crecido hasta más del triple, hasta unas 7.000.

A lo largo de los siglos siguientes, la esclavitud llegaría a ser la base económica de amplias partes de la América colonial británica, lo cual posiblemente no suponga una sorpresa si tenemos en cuenta la posición de Inglaterra como una de las principales potencias europeas en el comercio de esclavos durante el siglo XVII (lo dominaría ya a mediados del XVIII). Partiendo de unos tímidos comienzos en la agricultura general y el servicio doméstico tanto en la bahía de Chesapeake como Nueva Inglaterra, con la expansión de la producción de tabaco en la primera, y la posterior (a partir de 1670) plantación de cultivos como el arroz y el añil en las Carolinas (la del Norte y especialmente la del Sur) y Georgia, empezó a tomar forma un amplio sistema de esclavitud, el cual moldeó a su vez las colonias de cuya producción agrícola constituía el pilar. En 1705, la Cámara de Ciudadanos de Virginia codificó lo que ya estaba extendiéndose por las colonias: que «todos los esclavos negros, mulatos e indios» constituían un tipo de «propiedad» que podía comprarse y venderse como cualquier otra, y a raíz

de esta legislación, nació lo que luego se conocería como la «peculiar institución» del Sur.

Pero muchos de los elementos que definieron a la larga la esclavitud en Norteamérica ya estaban ahí a mediados del siglo XVII, y los indicios que apuntan a ello no se encuentran solamente en los códigos legislativos de las colonias de Virginia o Maryland. Incluso en esta fase temprana del desarrollo de la nación norteamericana, ya estaban presentes todos los elementos que diferenciarían esa parte de los Estados Unidos que luego sería el Sur. En ciertos aspectos, este proceso era más visible desde Gran Bretaña que en las propias colonias. El tabaco no llegaba solo a Inglaterra. El bagaje que traía consigo desde el Nuevo Mundo no solo daba forma a la visión inglesa de las Américas, sino que también revertía al entorno del que había salido, influenciando, al igual que reflejando, una conciencia étnica en desarrollo y una frontera racial cada vez más marcada entre la sociedad blanca y la de los que no lo eran. El tabaco, en al menos parte de la iconografía asociada a él a finales del siglo XVII y todo el XVIII, se convirtió en un premio logrado por la conquista inglesa de Virginia; ya no era simplemente una parte de las riquezas naturales del Nuevo Mundo que recolectar o canjear a los nativos; más bien se presentaba como un valioso producto que había de obtenerse por la superioridad armamentística inglesa y, posteriormente, por el trabajo de una mano de obra esclava. El tabaco, de hecho, se presentaba como el producto por antonomasia del imperialismo racial. Parte de la iconografía asociada al tabaco se inspiró en imágenes del Nuevo Mundo conocidas desde hacía mucho tiempo. Una en particular (figura 2.5) recordaba la captura, por parte de John Smith, del rey de los paspahegh (pamunky), Opechancanough, la cual, en una versión simplificada (figura 2.6), no solo servía para anunciar el tabaco en cuestión, sino también el cambio en las relaciones de poder en la bahía de Chesapeake.



Figura 2.5. De J. Smith, *The Generall Historie of Virginia, New England and the Summer Isles*, Londres, 1627.



Figura 2.6. «Tabaco puro Gaitskell's de Fountain Stairs (Rotherhith Wall).» Foto: Guildhall Library, London Metropolitan Archives.

La figura de Opechancanough, aquí visiblemente oscurecida en comparación con la versión original (que ya era una adaptación de un retrato anterior de John White), presenta un sorprendente carácter nativo-africano en contraste con la figura blanca de Smith. Ni claramente algonquino, ni manifiestamente africano, lo único que el observador puede deducir de la imagen es que Opechancanough no es blanco; una potente observación, si bien no intencionada, del estado de las cosas en las colonias a finales del siglo XVII. Y ese no es el único cambio. El fondo del original también ha sido modificado: donde había árboles y un campo abierto, ahora se ha introducido una pequeña iglesia, junto con un barco; y donde estaban los árboles ahora hay una planta de tabaco, bastante raquítica, al lado del pie derecho de Opechancanough[25].

En esencia, un anuncio de tabaco resumía los dramáticos cambios que habían tenido lugar no solo en la bahía de Chesapeake desde que Smith pusiera allí el pie en tierra por primera vez, sino también en el conjunto de las colonias británicas a lo largo del siglo XVII. La *Terra Nova* ya no era tan «nueva». Los barcos europeos habían llevado a ella la religión europea, pueblos y productos europeos, y pueblos africanos, todos los cuales habían cambiado para siempre el paisaje y a aquellos que pretendían vivir en él. La visión original, ya fuese una de riqueza en el Nuevo Mundo o una «ciudad sobre una colina», había experimentado una transformación, en 1680, y las esperanzas iniciales de convertir a los pueblos nativos se habían abandonado. Pero el fin del proceso de metamorfosis no había llegado todavía. Un siglo más tarde, las colonias británicas fundarían una nación totalmente nueva, basada en la filosofía de la Ilustración, construida en torno a unos principios cívicos que, al menos a grandes rasgos, habían sido promovidos en la tolerancia religiosa de Maryland, en la ambiciosa visión de Nueva Inglaterra de una comunidad bíblica, en el desafío de Bacon a la elite de Virginia. Serían todas estas, y a la vez ninguna de ellas enteramente, porque el desarrollo de esta primera nación de ciudadanos del mundo moderno iba a estar dirigido y constreñido, en muy gran medida, por las profundas raíces étnicas fijadas en sus años de formación.

[1] *Records of the Virginia Company* (*RVC*), vol. 3, pp. 307-309.

[2] Yeardly a Sandys, 7 de junio de 1620, *RVC*, vol. 3, pp. 297-299; «Instructions to the Governor and Council of State in Virginia», 24 de junio de 1621, *RVC*, vol. 3, pp. 469-473.

[3] «Letter to Governor and Council in Virginia», 11 de septiembre de 1621, *RVC*, vol. 3, pp. 504-505.

[4] T. S. Arthur y W. H. Carpenter, *The History of Virginia from its Earliest Settlement to the Present Time*, Filadelfia, Lippincott, 1858, p. 123.

[5] *RVC*, vol. 4, pp. 140, 145.

[6] E. Waterhouse, *A Declaration of the State of the Colony and... A relation of the Barbarous Massacre*, 1622, en *RVC*, vol. 3, pp. 556-557.

[7] E. Waterhouse, *op. cit.*, en *RVC*, vol. 3, pp. 557-558.

[8] E. Waterhouse, *op. cit.*, en *RVC*, vol. 3, p. 558.

[9] *Relation of What Ocurred Most Remarkable in the Missions of the Fathers of the Society of Jesus in New France in the Years 1647 and 1648*, París, 1649, p. 252.

[10] http://avalon.law.yale.edu/18th_century/maryland_toleration.asp (10 de noviembre de 2009).

[11] R. C. Winthrop, *Life and Letters of John Winthrop*, Boston, Ticknor and Fields, 1867, p. 5.

[12] W. Bradford, *History of Plymouth Plantation*, Boston, 1856, p. 90.

[13] W. Bradford, *op. cit.*, p. 78.

[14] R. C. Winthrop, *op. cit.*, p. 19.

[15] R. C. Winthrop, *op. cit.*, p. 184.

[16] R. Williams, *The Bloudy Tenent of Persecution for Cause of Conscience discussed in a Conference between Truth and Peace*, 1644, p. 3; R. C. Winthrop, *op. cit.*, p. 18.

[17] T. Hutchinson, *History of the Colony and Province of Massachusetts Bay*, Boston, 1767.

[18] Thomas Wiggin a sir John Cooke, 19 de noviembre de 1632, en R. C. Winthrop, *op. cit.*, p. 31.

[19] W. Bradford, *op. cit.*, p. 357; J. Mason, *A Brief History of the Pequot War*, 1736, p. 14; R. C. Winthrop, *op. cit.*, p. 195.

[20] J. Winthrop, «General Considerations for the Plantation in New England, with an Answer to Several Objections», en *Winthrop Papers*, vol. 2, Boston, Massachusetts Historical Society, 1931, p. 120.

[21] W. Bradford, *op. cit.*, pp. 385-386.

[22] El texto completo está disponible en varias ediciones editadas, pero puede leerse en línea en: http://www.history1700s.com/etext/html/blcrmmr.shtml (20 de noviembre de 2009).

[23] Berkely citado en W. E. Washburn, «Governor Berkely and King Philip’s War», *New England Quarterly* 30, 3 (septiembre de 1957), pp. 363-377, esp. 366.

[24] Berkeley citado en W. M. Billings, *Sir William Berkeley and the forging of colonial Virginia*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2004, p. 236.

[25] Este análisis de un anuncio de tabaco está sacado de C. Molineux, «Pleasures of the Smoke: “Black Virginians” in Georgian London’s Tobacco Shops», *William and Mary Quarterly* 2 (abril de 2007), pp. 327-376.

3
La causa de toda la humanidad: de las colonias a *El sentido común*

> La causa de Norteamérica es en gran medida la causa de toda la humanidad.
>
> THOMAS PAINE, *El sentido común*, 1776.

El conflicto, en buena parte, definió la experiencia colonial, y sería el mismo el que destruiría este último proyecto y crearía la nueva nación que eran los Estados Unidos. La guerra abierta con las naciones algonquinas ayudó a los colonos blancos a afirmar una identidad propia frente a las poblaciones aborígenes y estableció distinciones raciales que terminarían por separar la sociedad blanca de los africanos traídos al Nuevo Mundo. Esto no era racismo como nosotros emplearíamos hoy el término, sino la adopción de unas ideas sobre la raza que, con el tiempo, se consolidarían en una serie de parámetros raciales y étnicos fijos formados, al menos en parte, a través de la guerra.

Esta reafirmó a los colonos ingleses en su identidad básica en un entorno que la ponía en cuestión y la desafiaba no solo a través de su contacto con los amerindios, sino también por lo que sabían de otras tentativas coloniales. Los franceses en Nueva Francia estaban más decididos que los ingleses a lograr la conversión de los nativos a su fe (católica, en su caso) además de su integración, fuera de su cultura aborigen, por supuesto, en las normas francesas. A menudo se encontraban con que sus intentos no salían bien. Como observó un oficial de la época, Jean Bochart de Champigny: «Es más común que un francés se convierta en un salvaje que que se dé la situación inversa»[1]. Desde una perspectiva inglesa, esto resultaba discutible. No pasaría mucho tiempo antes de que se vieran combatiendo contra franceses y nativos juntos. Para los ingleses, la violencia era el medio a través del cual afirmaban su legitimidad como ingleses libres y defendían los valores que comportaba ese estatus. Al final, la violencia les llevaría a adoptar una nueva identidad, derivada –pero distinta– de la proporcionada por sus orígenes europeos. Puede que los Estados Unidos, como nación política y cultural, como nación Estado independiente,

surgieran de la «semilla de Albión», pero esta última no era la única semilla plantada en el Nuevo Mundo, y cuando todas hubieron germinado, apareció una planta muy diferente.

Hacia finales del siglo XVII, la presencia colonial británica se había extendido ya mucho más allá de las bahías de Chesapeake y Massachusetts. Comprendía una mezcla de colonias de propiedad privada, corporativas (sociedades por acciones) y reales. Tres de ellas, Rhode Island, Nuevo Hampshire y Connecticut, eran en realidad una especie de diáspora puritana, fundadas o levantadas por individuos que habían chocado con la jerarquía de Massachusetts y que esperaban alcanzar una mayor libertad religiosa y más oportunidades económicas trasladándose a otra parte. Rhode Island fue el resultado directo del destierro de Roger Williams de Massachusetts en 1635, a quien después se uniría Anne Hutchinson tras ser expulsada de Salem por John Winthrop. La «crisis antinómica» tuvo como repercusión adicional el abandono de Massachusetts del cuñado de Hutchinson, John Wheelwrigth, y sus seguidores para buscar refugio religioso en Nuevo Hampshire, el cual había albergado un pequeño asentamiento inglés desde 1623. En el caso de Connecticut, se produjeron desavenencias pero no hostilidad abierta entre el Rev. Thomas Hooker y los líderes de Massachusetts; aun así, Hooker prefirió de todos modos desplazarse fuera de su jurisdicción, llevándose a sus seguidores al valle de Connecticut en 1636.

Dados sus orígenes de antagonismo mutuo, había pocos signos que apuntaran a que las colonias de Nueva Inglaterra fueran a llevar sus actividades en colaboración alguna vez, pero la expansión trajo peligros, y con estos un nuevo, aunque relativamente breve (hasta 1684), tipo de alianza federal en el Nuevo Mundo. Para defenderse contra los nativos y las naciones europeas (los franceses y los holandeses), cuyas tierras los disidentes puritanos estaban invadiendo cada vez más, en 1643, las colonias de Massachusetts, Plymouth, New Haven y Connecticut se organizaron conjuntamente para formar la Confederación de Nueva Inglaterra (Rhode Island no fue invitada a unirse). Su principal logro, si puede llamarse así, fue la prosecución hasta su conclusión de la Guerra del rey Philip en 1675-1676. Sin embargo, al tiempo que estas colonias discutían sobre cómo defenderse, en Inglaterra, la guerra civil se desarrollaba con gran violencia. Durante cierto tiempo, la emigración a las colonias se redujo a un goteo.

Con la restauración de la Corona bajo Carlos II (1660), se inició una nueva era de expansión colonial, pero con ella vino un renovado y mal recibido interés en los asuntos coloniales por parte de la ahora más segura monarquía inglesa.

Antes de esto, y no únicamente porque estuviese sumida en una guerra civil, el grado de implicación de Gran Bretaña en sus colonias americanas no había ido mucho más allá de emitir un suspiro de alivio por que tantos de los pobres estuvieran emigrando a la bahía de Chesapeake y tal cantidad de puritanos problemáticos se hubieran marchado a Nueva Inglaterra. En ese sentido, las colonias servían como una especie de válvula de escape para la sociedad británica, cuyos elementos menos deseables podían ser enviados tranquilamente por barco a Norteamérica, además de al Caribe. En 1666, por ejemplo, las autoridades municipales de Edimburgo, en Escocia, comunicaron con cierta satisfacción la expulsión a Virginia de varios «mendigos, vagabundos y otros indignos de permanecer en el reino»[2]. La cosa consistía realmente en mandarlos lejos para no tener que pensar en ellos. En lo que respectaba a las colonias, la única preocupación británica, raramente expresada hasta que se vio amenazada por los conflictos con el resto de europeos, era que el transporte marítimo inglés fuese el principal beneficiario del comercio colonial. La Commonwealth (república) inglesa aprobó una Ley de Navegación (Navigation Act) con este propósito en 1651, que Carlos II derogó en cuanto subió al trono y sustituyó por su propia versión mejorada de la misma en 1660. A corto plazo, esto benefició al transporte marítimo inglés (no británico; los barcos y las mercancías pasaban únicamente por Inglaterra y Gales) y a la industria de astilleros de Nueva Inglaterra, porque los barcos construidos en las colonias se consideraban también «ingleses». El pronóstico a largo plazo no fue tan bueno en lo relativo al control de dichas colonias.

Este primer intento de proteccionismo comercial se vio acompañado por un aumento del número de empresas coloniales a partir de 1660, motivando la aparición en Norteamérica de un montón de nuevas colonias inglesas (cuadro 3.1), a las cuales a veces se denomina «colonias de la Restauración», para indicar el periodo en que se fundaron. Todas estas comenzaron como colonias de propiedad privada. Las Carolinas las establecieron un grupo de lores propietarios, entre los que se encontraban lord Anthony Ashley Cooper, el futuro *earl* de Shaftesbury; el gobernador

de Virginia, sir William Berkeley; y sir George Carteret. Estos dos últimos fueron nombrados también lores propietarios de Nueva Jersey, que surgió a partir de Nueva York. El futuro estado de Nueva York se llamaba originalmente los Nuevos Países Bajos, y era una colonia fundada por los holandeses. Carlos II le otorgó esta a su hermano, Jacobo, en 1664, después de que los ingleses se hubieran apropiado de ella en la Guerra angloholandesa de ese año. Falto de inspiración a la hora de ponerle un nombre, o decidido quizá a llevar su título a todas partes, Jacobo (en ese momento duque de York) rebautizó Nueva York su ciudad principal, previamente Nueva Ámsterdam. Jacobo convirtió Nueva York en colonia real cuando ascendió al trono en 1685. Para entonces, su población blanca se había duplicado desde los niveles de 1664 hasta unas 20.000 personas.

Cuadro 3.1. *Las 13 colonias originales, por orden de fundación*

Colonia	Fundación	Fundadores	Gobierno
Virginia	1607	Compañía de Virginia de Londres	Sociedad por acciones con carta real, luego colonia real a partir de 1624
Massachusetts	1620	Compañía de la Bahía de Massachussetts/ Puritanos	Sociedad por acciones y luego colonia real a partir de 1691
Nuevo Hampshire	1623	John Mason y Ferdinando Gorges; luego John Wheelwright	Propiedad privada, luego «Pacto de Éxeter», después colonia real a partir de 1679
Maryland	1634	Cecilius Calvert (segundo lord Baltimore)	Propiedad privada
Connecticut	1636	Thomas Hooker. Connecticut absorbió las colonias de New Haven y	«Órdenes Fundamentales» y

		Saybrook cuando se le concedió carta real en 1662	luego una carta real en 1662
Rhode Island	1636	Roger Williams	Carta (Parlamento Largo)
Delaware	1638	Compañía de Nueva Suecia/ Peter Minuit, luego William Penn (1703)	Asentamiento sueco, comprado posteriormente por Penn
Carolina del Norte	1663	Ocho lores propietarios, siete de los cuales vendieron sus derechos a la Corona británica en 1729. Carteret (earl Granville) no lo hizo.	«Estatutos Fundamentales», gobernador distinto a la del Sur, 1712, colonia real a partir de 1729
Carolina del Sur	1663	Los mismos lores propietarios que Carolina del Norte	«Estatutos Fundamentales», gobernador distinto a la del Norte, 1712, colonia real a partir de 1729
Nueva Jersey	1664	William Berkeley y George Carteret	Propiedad privada, luego colonia real a partir de 1702
Nueva York	1664	Jacobo, duque de York (después Jacobo II)	Propiedad holandesa, después privada, colonia real a partir de 1685
Pensilvania	1682	William Penn	Propiedad privada
Georgia	1732	General James Oglethorpe	Carta real

Esta nueva campaña americana, como lo habían sido tantas otras previas, estaba motivada en igual medida por la búsqueda de provecho económico y por el deseo de ampliar el poder inglés y extender el protestantismo. Esta última motivación resultaba algo dudosa sea como fuere, dado que Jacobo

II era católico, pero la filiación religiosa de la Corona británica, en lo que respectaba a los propietarios a los que apoyaba, no era lo más importante. Para hombres como Berkeley, las Carolinas y Nueva Jersey eran simplemente oportunidades de inversión. Berkeley vendió sus derechos sobre la propiedad de Nueva Jersey a unos cuáqueros ingleses, que empezaron a establecerse en la parte occidental de la colonia, mientras que otros grupos disidentes, congregacionalistas y baptistas, se desplazaron al este.

Empero, como sucedía en Nueva Inglaterra, no todo era armonía en Nueva Jersey. La compra de la parte occidental de la colonia por un grupo de cuáqueros liderado por William Penn en 1682 provocó inquietud entre quienes ya estaban instalados allí –principalmente escoceses–. Nueva Jersey representaba sin duda una especie de refugio para los cuáqueros, uno de los grupos religiosos más perseguidos de la época, como había demostrado la ejecución de Mary Dyer en Massachusetts en 1660. Su destino, según uno de los primeros artículos publicados en el diario cuáquero *The Friend*, era «ser, en un grado considerable, incomprendidos y presentados de un modo que no se ajusta a la realidad»; acusados de ser «jesuitas» (sofistas taimados) o deístas, libertinos o fanáticos, «apenas hay punto de su doctrina o disciplina que no se hayan visto obligados a defender»[3]. Por esta razón, Penn llevaba buscando desde siempre un lugar más seguro donde realizar su «Experimento Sagrado». Lo encontró cuando en 1681 Carlos II le concedió la tierra que él llamaría «el paraíso de Penn»: *Pennsylvania*, o Pensilvania en castellano (figura 3.1). Al año siguiente, Penn llegó al paraíso del que era dueño para supervisar la construcción de lo que sería su ciudad más destacada, bautizada con el nombre griego para «amor fraternal»: *Philadelphia* (Filadelfia). Penn amplió las fronteras de su experimento al comprar los asentamientos suecos que había en el río Delaware, los cuales, en 1703, pasarían a ser una colonia independiente con este último nombre. Pensilvania no tardó en atraer colonos cuáqueros venidos desde Inglaterra, donde, para 1680, unos 10.000 habían sido arrojados a prisión como castigo por sus creencias poco ortodoxas, y muchos de ellos ejecutados. Fueron miles los que viajaron a Norteamérica, atraídos por las garantías que les dio Penn, claramente expuestas en su Carta de Privilegios de 1701:

THE

F R A M E

OF THE

Government of Pennſilvania

IN

A M E R I C A, &c.

To all People, *to whom theſe Preſents ſhall come* :

WHEREAS King Charles the Second, by his Letters Patents, under the Great Seal of *England*, for the Conſiderations therein mentioned, hath been graciouſly pleaſed to Give and Grant unto Me William Penn (by the Name of William Penn Eſquire, Son and Heir of Sir William Penn deceaſed) and to My Heirs and Aſſigns forever, *All that Tract of Land or Province, called* Pennſilvania, *in* America, *with divers great Powers, Prehemenencies, Royalties, Juriſdictions and Authorities neceſſary for the Well-being and Government thereof*

Now Know Ye, That for the *Well-being* and *Government* of the ſaid *Province*, and for the *Encouragement* of all the Free-men and Planters that may be therein concerned, in purſuance of the Powers aforementioned, I the ſaid William Penn have *Declared*, *Granted* and *Confirmed*, and by theſe Preſents for Me, my Heirs and Aſſigns do *Declare*, *Grant* and *Confirm* unto all the Free-men, Planters and Adventurers of, in and to the ſaid Province Theſe Liberties, Franchiſes and Properties to be held, enjoyed and kept by the Free-men, Planters and Inhabitants of and in the ſaid *Province* of Pennſilvania forever.

Imprimis, That the *Government* of this *Province* ſhall, according to the *Powers* of the *Patent*, conſiſt of the Governour and Free-men of the ſaid *Province*, in the Form of a Provincial Council and General Aſſembly, by whom all *Laws* ſhall be made, Officers choſen and publick Affairs Tranſacted, as is hereafter reſpectively declared ; That is to ſay,

II. That the Free-men of the ſaid *Province* ſhall on the *Twentieth* day of the Twelfth Moneth, which ſhall be in this preſent Year *One Thouſand Six Hundred Eighty and Two*, Meet and Aſſembly in ſome fit place, of which timely Notice ſhall be beforehand given by the Governour or his *Deputy*, and then and there ſhall chuſe out of themſelves Seventy Two Perſons of moſt Note for their *Wiſdom*, *Virtue* and *Ability*, who ſhall meet on the Tenth day of the Firſt Moneth next enſuing, and alwayes be called and act as the Provincial Council of the ſaid *Province*.

Figura 3.1. W. Penn, *The Frame of Government of the Province of Pennsylvania*, Londres, 1682.

> [...] que ninguna persona o personas que habiten en esta provincia o territorios y admitan o reconozcan a un Dios Todopoderoso, el Creador, Sostén y Señor del mundo, [...] serán en ningún caso molestadas o perjudicadas en su persona o bienes a causa de sus convicciones o prácticas religiosas ni serán obligadas a asistir a o mantener ningún templo o culto religioso opuesto a sus creencias ni a realizar o padecer ningún otro acto o cosa contraria a sus convicciones religiosas[4].

La fundación de Pensilvania fue la última empresa colonial británica del siglo XVII. Pasarían varias décadas antes de que Georgia fuera concebida y poblada (1732), no como un refugio para disidentes religiosos sino como un asilo para deudores de Gran Bretaña. Para entonces, las colonias británicas se extendían de norte a sur a lo largo de la costa este desde el Canadá francés hasta la Florida española. Desde el punto de vista estructural y gubernamental, eran bastante similares. La mayoría estaban dirigidas por un gobernador, designado por la Corona o por el propietario de la colonia, y una asamblea legislativa repartida entre un consejo (cámara alta) nombrada por el gobernador y una asamblea de elección popular (cámara baja). Rhode Island y Connecticut eran las únicas excepciones; en ambas colonias, la asamblea legislativa elegía al gobernador. En todos los aspectos prácticos, económicos, culturales, religiosos y sociales, y a pesar de la Confederación de Nueva Inglaterra, había poco que las uniera, al margen de sus vínculos con Gran Bretaña, con una notable excepción.

Puede que la cultura impresa haya sido el fulcro del nacionalismo en el mundo moderno, pero no fue solo a través de los mapas cada vez más detallados, los folletos propagandísticos divulgados y dirigidos a inmigrantes potenciales, o los relatos de viajes al Nuevo Mundo escritos por aventureros como John Smith o ilustrados por Theodor de Bry que Norteamérica fue definiéndose poco a poco. Si se busca el espíritu de la identidad de la Norteamérica colonial, hay una pista importante para dar con él en la bastante más prosaica burocracia de la colonización, de la cual el *Frame of Government* (Sistema de Gobierno) de Penn era solo un ejemplo. Se trataba de una tierra sencillamente rebosante de documentación de gobierno, acordada por gente para la que la letra pequeña de contratos y escrituras, la sutil estructura de sus vidas legales, tenía verdadera importancia; muchísima importancia.

A los puritanos, especialmente, les encantaba gozar del control que un acuerdo claramente redactado podía proporcionar. La Gran Migración fue

financiada por una sociedad por acciones, la Compañía de la Bahía de Massachusetts, bajo las atribuciones de una carta real concedida por la Corona. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría con la Compañía de Londres, la carta en sí obraba en posesión de los colonos puritanos originales que, por medio del «Acuerdo de Cambridge» (1629), compraron su parte de la compañía a los accionistas que no deseaban emigrar afirmando así su control sobre el gobierno y la administración de la colonia bajo el liderazgo de John Winthrop. Diez años después, en Connecticut, Thomas Hooker instituyó las «Órdenes Fundamentales» para gobernar la colonia, una de las constituciones más antiguas de la historia de los Estados Unidos. Ese mismo año (1639), Nuevo Hampshire estableció el «Pacto de Éxeter» (inspirado en el «Pacto del *Mayflower*») para su propio gobierno.

Más al sur, en las Carolinas, y con la ayuda del filósofo John Locke, uno de los lores propietarios, sir Anthony Ashley Cooper, ideó los «Estatutos Fundamentales» para asegurar el dominio de una aristocracia hereditaria en esas colonias. Si bien este no prosperó, y se vio reemplazado poco después por el modelo «estándar» de administración colonial (un gobernador, un consejo y una asamblea de elección popular), reveló hasta qué punto el proyecto colonial otorgaba importancia a toda la cuestión del gobierno, la estructura social, las relaciones interraciales, la libertad religiosa y la representación política. La experiencia colonial alejó a los colonos británicos del sistema de gobierno tradicional inglés compuesto por la Carta Magna, el derecho local y consuetudinario y los tribunales. Ciertamente, dada la aparentemente incesante elaboración de borradores y reescritura de pactos y acuerdos durante la era colonial, el carácter central que tuvo después la redacción de la Constitución de los Estados Unidos apenas es de extrañar.

A comienzos del siglo XVIII, naturalmente, nadie preveía la unificación final de las colonias británicas, mucho menos un único documento constitucional que las gobernara. No obstante, las tensiones inherentes al gobierno colonial, combinadas con el crecimiento demográfico y geográfico natural de las colonias en sí, comenzaron a debilitar los lazos entre Gran Bretaña y ellas, si bien esto no contribuyó mucho, todavía, a fortalecer la relaciones mutuas entre las diversas colonias. Uno de los primeros indicios de un futuro conflicto entre los colonos y la «madre patria» se produjo solo unos años después de la Guerra del rey Philip, y en parte como resultado de

esta, cuando la Corona británica, preocupada por los informes que le llegaban de Nueva Inglaterra, trató de ejercer un control más férreo sobre las colonias. Los esfuerzos por controlar el comercio colonial, iniciados con la Ley de Navegación de 1651, se redoblaron en 1673 por medio de la Ley de Derechos Arancelarios (Plantation Duties Act) y, dos años más tarde, con la creación del «Lords of Trade and Plantations», un comité del Consejo de Estado británico organizado para el control de los asuntos coloniales. En 1684, la Carta Real de Massachusetts fue revocada como castigo por no haber acatado esta colonia las restricciones comerciales. Esto se vio seguido, en 1686, por la creación, bajo Jacobo II, del Dominio de Nueva Inglaterra (figura 3.2) totalmente a cargo del antiguo gobernador de Nueva York, Edmund Andros. El dominio agrupaba las colonias de Connecticut, Nuevo Hampshire, Plymouth, Rhode Island, Massachusetts, Nueva Jersey y Nueva York, en parte para asegurar el cumplimiento de la Ley de Navegación, y en parte con vistas a mejorar la defensa del territorio. Los intentos de Jacobo de dirigir las colonias no duraron mucho, por supuesto, ya que la Revolución Gloriosa de 1688 lo derrocó, y puso en su lugar a Guillermo III (de Orange) y María en 1689.



Figura 3.2. Sello del Dominio de Nueva Inglaterra (1686-1689) en la obra de W. C. Bryant y S. H. Gay, *A Popular History of the United States*, vol. III, 1879, p. 9. Cortesía de la Library of Congress y el United States Diplomacy Center Exhibition, en: http://diplomacy.state.gov/exhibitions/100935.htm.

La divisa del Dominio de Nueva Inglaterra, reproducida en su sello, planteaba que *Nunquam libertas gratior extat*, lo cual era una abreviación de la cita *Nunquam libertas gratior extat Quam sub rege pio* («Nunca se presenta la libertad con mayor gracia que bajo un rey pío»). Sin embargo, las colonias estaban desarrollando rápidamente ideas propias acerca de la libertad, ideas cada vez más contrarias a la monarquía y, hay que decir,

bastante contrarias a la idea de sumisión ciega a la monarquía de los cooperativos nativos e ingleses que aparecían en la imagen del sello del Dominio. Es importante no exagerar esto, ni atribuir una ideología republicana a una era que de republicana aún no tenía nada. La hostilidad contra ciertas políticas puestas en práctica por la Corona británica hacia finales del siglo XVII no se tradujo de forma instantánea y resuelta en una oposición ideológica contra todo lo que tuviera que ver con la monarquía en el XVIII. Más bien, la afirmación de los derechos «primordiales» de los ingleses nacidos libres, tal como aparecían descritos en la Carta de Derechos de 1689 aprobada por el Parlamento inglés y pregonada a bombo y platillo por toda Inglaterra durante la Revolución Gloriosa, encontró eco en América. Cuando llegaron a las colonias noticias confirmadas de la victoria de Guillermo, se produjeron levantamientos populares que hicieron caer los gobiernos de Edmund Andros (en Massachusetts, pero sobre todo como gobernador del Dominio), Francis Nicholson (en Nueva York) y William Joseph (en Maryland), pero el impulso causante de los mismos estaba estrechamente ligado a los acontecimientos en Gran Bretaña. En el caso de Massachusetts y Nueva York, aquellos que se oponían al antiguo régimen no actuaron de manera decidida hasta que estuvieron lo bastante seguros de que se había instaurado uno nuevo, encarnado por Guillermo y María.

El cambio de guardia en Inglaterra, en resumidas cuentas, sencillamente se reprodujo en las colonias de un modo que apuntaba a cismas sociales y políticos en el seno de estas, y siguió los cauces abiertos por aquellos que las gobernaban. La oposición al Dominio, y a las elites coloniales que actuaban como órgano de la Corona británica, no era necesariamente un primer indicio de una postura antiimperial, lo cual tampoco quiere decir que no ejerciera influencia en la futura nación que serían los Estados Unidos. La derrota de Jacobo a manos de Guillermo de Orange tuvo repercusiones a más largo plazo para Norteamérica que únicamente la destitución de católicos de los puestos de poder en Massachusetts, Maryland y Nueva York. La Revolución gloriosa acabó totalmente con las esperanzas de un resurgimiento católico en Gran Bretaña, pero legó asimismo una persistente vena anticatólica a la futura nación estadounidense. Pasarían casi 300 años antes de que el país eligiera a un presidente católico (John F. Kennedy en

1960); y fue durante el periodo colonial cuando se aseguró la supremacía del protestantismo blanco, pero esta se formó en un contexto monárquico.

El Dominio de Nueva Inglaterra había intentando limitar, o eliminar, en realidad, los derechos asamblearios coloniales. Estos fueron restituidos con Guillermo y María, pero solo hasta cierto punto. En 1691, Massachusetts y, por un breve tiempo, Maryland pasaron a ser colonias reales, con gobernadores designados por la Corona británica y, en el caso de la primera, con el derecho de sufragio delimitado no por la pertenencia a la Iglesia sino por la posesión de propiedades. El gobierno de los «santos» dio paso de este modo al auge de una nueva elite secular, principalmente comerciantes y terratenientes. Esto marcó el inicio de una tendencia. En las primeras décadas del siglo XVIII, muchas de las colonias pasaron de las manos de compañías o particulares a la Corona, a excepción de cinco: Pensilvania, Maryland, Delaware, Rhode Island y Connecticut. Pero incluso en estas colonias resultaba imposible evitar por completo la influencia real. Impulsada por una mentalidad mercantilista que veía las colonias de un modo muy parecido a como la Compañía de Virginia había visto en un principio la bahía de Chesapeake –como una fuente de riqueza, materias primas y empleo tanto en las colonias como en la madre patria–, Gran Bretaña no tenía motivos, pasado un siglo desde el accidentado nacimiento del asentamiento de Jamestown, para sentirse decepcionada, pero tenía gran interés en proteger su inversión.

La creación, en 1696, de una Junta de Comercio amplió el control sobre los productos de las colonias iniciado pero hasta entonces laxamente aplicado por la Ley de Navegación. Hacia mediados del siglo XVIII, prácticamente todas las materias primas producidas en la América británica eran competencia suya. Esto no era necesariamente algo malo para las colonias norteamericanas, pues les aseguraba un mercado en Gran Bretaña. En 1720, por ejemplo, Glasgow, en Escocia, importaba más del 50 por 100 de todo el tabaco norteamericano. También abrió nuevos mercados a través del comercio con otras colonias británicas, especialmente las de las Antillas, y afianzó la posición de América como parte del lucrativo «triángulo» comercial de mercancías y esclavos que se daba entre Europa, el Caribe y el África occidental. En el caso norteamericano, Nueva Inglaterra sustituyó la punta europea de dicho triángulo. Los barcos de Nueva Inglaterra llevaban ron desde Boston y Newport a Guinea,

transportaban esclavos desde África a las Antillas, regresaban a Norteamérica con la melaza y el azúcar necesario para hacer más ron, y perpetuaban así el círculo vicioso que unía ambos lados del Atlántico y en el que los hombres constituían la mayor fuente de beneficio económico. Las colonias americanas de Gran Bretaña, resumiendo, no se desarrollaron en aislamiento. Puede que los conflictos religiosos y regios de Inglaterra tuvieran repercusiones en ellas, pero el tipo de sociedades que acabaron teniendo estas colonias nunca fue un mero eco distante de la de la madre patria.

A partir de 1700, de hecho, la inmigración desde Inglaterra decayó un tanto a la vez que creció la procedente de otras naciones europeas. Al mismo tiempo, el aumento de las importaciones de africanos, combinado con la definición cada vez más étnica de servidumbre, especialmente en las colonias del Sur, no solo confirmó la tendencia hacia una sociedad racialmente bifurcada, sino que también proporcionó la base económica y, de forma decisiva, cultural sobre la que se desarrollaría esa sociedad. Desde finales del siglo XVII y durante comienzos del XVIII, la vida económica, social, religiosa y política de las colonias empezó a estructurarse paulatinamente alrededor de dos conceptos aparentemente contradictorios: libertad y esclavitud. Naturalmente, no son contradictorios en absoluto. Uno no puede entenderse completamente en ausencia del otro y, en el caso de Norteamérica, a la larga, uno no podía alcanzarse sin el otro.

ENTONCES, ¿QUÉ ES EL NORTEAMERICANO?

En 1782, un año antes de que el Tratado de París (1783) reconociera formalmente la nueva nación que eran los Estados Unidos de América, el emigrante francés John Hector St. John de Crèvecoeur publicó, en Londres, una serie de ensayos bajo el título *Letters from an American Farmer*. En ella planteaba la cuestión que posteriormente le haría famoso: «Entonces –preguntaba–, ¿qué es el norteamericano, este nuevo hombre?». Su respuesta ha definido la imagen pública más positiva de Norteamérica desde que Crèvecoeur llegase a ella. El norteamericano, afirmaba, era un europeo, pero con una diferencia. «Es un norteamericano –declaraba Crèvecoeur– quien, tras abandonar todos sus antiguos prejuicios y costumbres, recibe

otros nuevos por el nuevo modo de vida que ha abrazado, el nuevo gobierno al que obedece y el nuevo rango que ostenta.» El norteamericano era visto como un conglomerado de tipos nacionales, una «extraña mezcla de sangres, que no encontrarás en ningún otro país», observaba Crèvecoeur, orgulloso del hecho de que «podría señalarte un hombre cuyo abuelo era inglés, cuya esposa era holandesa, cuyo hijo se casó con una mujer francesa y cuyos cuatro hijos actuales tienen ahora cuatro esposas de diferentes nacionalidades». La propia Norteamérica era un lugar donde

> individuos de todas las naciones se fusionan en una nueva raza de hombres, cuyas obras y descendencia causarán un día grandes cambios en el mundo. Los norteamericanos son los peregrinos occidentales que llevan consigo ese gran acervo de artes, ciencias, energías e industrias que se originó hace largo tiempo en el este; ellos cerrarán el gran círculo. [...] El norteamericano es un hombre nuevo, que actúa según nuevos principios; debe albergar, por tanto, nuevas ideas y formar nuevas opiniones. De la ociosidad involuntaria, la dependencia servil, la penuria y el trabajo inútil, ha pasado a esfuerzos de muy distinta naturaleza, recompensados por abundantes medios de subsistencia. Esto es un norteamericano[5].

Dado que la inmigración no inglesa no cogió realmente impulso hasta 1700, si hacemos caso a Crèvecoeur, entonces hizo falta menos de un siglo, quizá un máximo de cuatro generaciones con descendencia, o la vida de un solo individuo que no hubiera excedido demasiado los setenta años que le correspondían, no solo para que la heterogénea mezcla de colonias britanoamericanas se uniera y alcanzara una identidad nacional propia, sino también para que la población blanca de esa nueva nación adquiriese el estatus cuasimítico de «peregrinos occidentales» encomendados con la misión de hacer realidad el destino de la humanidad. Surge entonces la pregunta: ¿cómo fue esto posible? De hecho, nos preguntamos: ¿fue esto posible?

La historia nos dice que la «Revolución estadounidense», o Guerra de Independencia, terminó en realidad con la separación de las colonias británicas de la «madre patria» en 1783. Al no estar dotados de la capacidad de ver el futuro, difícilmente podían los colonos de principios del siglo XVIII haber estado preparándose para declarar la independencia en 1776, ni equipándose para la guerra necesaria para obtenerla. Mas en ciertos aspectos eso era precisamente lo que estaban haciendo, pues la vida

colonial norteamericana presentaba dos rasgos predominantes: el cambio y la guerra.

Las colonias eran, cuando menos, sociedades en transición; en un estado de transición casi perpetuo. En parte, esta inestabilidad derivaba de la afluencia constante de nuevos inmigrantes. Incluso dentro de la sociedad blanca, la vida colonial –sobre todo en sus fronteras– ofrecía menos oportunidades para la fertilización intercultural de lo que podía hacer creer el posterior entusiasmo de Crèvecoeur por las posibilidades del mestizaje entre europeos. En el periodo entre 1700 y la promulgación de la Declaración de Independencia (1776), llegaron más de medio millón de inmigrantes a las colonias. De ese medio millón, aproximadamente 100.000 lo hicieron como sirvientes por *indentures,* y unos 50.000 eran convictos deportados, principalmente desde Inglaterra y Gales (*ca.* 35.000), pero también desde Irlanda (*ca.* 17.000) y Escocia (*ca.* 2.000). Los diversos grupos que llegaron –alemanes (*ca.* 85.000), escoceses (*ca.* 35.000) e irlandeses (*ca.* 108.000)– no se mezclaron con facilidad. De modo que las colonias eran ciertamente diversas, pero los distintos grupos que componían esta diversidad tendían a mantenerse relativamente homogéneos en lo que respectaba a su religión y cultura, siendo raros los matrimonios fuera de ellos. Desde el punto de vista numérico, sin embargo, los llegados desde África como esclavos (*ca.* 280.000) superaron con mucho a todos los demás inmigrantes (resultado en parte de la espectacular caída del precio de los esclavos que siguió a la pérdida en 1697 del monopolio de la trata de esclavos africanos que ejercía la Compañía Real Africana), careciendo asimismo de las diferencias de estatus presentes dentro de los grupos de inmigrantes europeos. El aumento en la importación de esclavos concomitante a la pérdida del mencionado monopolio significó que la población negra de las colonias se disparó desde unos 20.000 en 1700 hasta más de 350.000 en 1763. En este periodo, por tanto, más de la mitad del total de inmigrantes que arribaron a las colonias británicas lo hicieron involuntariamente, bien como convictos, bien como esclavos.

El mundo en el que entraron era uno frecuentemente desgarrado por los conflictos; conflictos derivados principalmente de las guerras europeas del periodo, cuyos orígenes nacionales estaban en Europa, pero que no conocían fronteras. Entre 1689 y 1763, las colonias norteamericanas participaron hasta en cuatro guerras libradas entre Gran Bretaña y Francia:

la Guerra de los Nueve Años, llamada por los colonos Guerra del rey Guillermo (1689-1697); la Guerra de Sucesión española (Guerra de la reina Ana, 1702-1713); la Guerra de Sucesión austriaca (Guerra del rey Jorge, 1744-1748); y por último, y la más decisiva desde la perspectiva colonial, la Guerra de los Siete Años (Guerra francoindia, 1756-1763), que concluyó con el Tratado de París de 1763 y la eliminación de la amenaza francesa a las ambiciones coloniales británicas en América. Fue en este marco de conflictos prácticamente constantes –conflictos que, como los distintos nombres coloniales para los mismos dan a entender, se percibían como intrusivos y que resultaban ciertamente destructivos– que se desarrollaron las colonias americanas de Gran Bretaña. Difícilmente podían traer dichos conflictos estabilidad alguna para la sociedad de estas últimas o el imperio.

No obstante, la inestabilidad y la incertidumbre eran aspectos intrínsecos de la experiencia colonial. Prácticamente todos los inmigrantes que no pertenecían a la elite inglesa que gobernaba –y eso incluía virtualmente a la mayoría, hombres y mujeres, negros y blancos– entraban en un mundo de incertidumbres, voluntariamente o no, cuando llegaban a las colonias. La respuesta de al menos algunos de ellos a este hecho fue sagazmente observada por la primera dramaturga que tuvo Inglaterra, Aphra Behn, hacia finales del siglo XVII. En su interpretación dramática de la rebelión de Bacon en Virginia, uno de sus personajes declara que este «país no quiere otra cosa que ser poblado con una raza de alta cuna para que haga de él una de las mejores colonias del mundo». Pero, por el contrario, estaba «gobernado por los miembros de un consejo (algunos de los cuales puede que llegasen como criminales) que tras haber adquirido grandes haciendas se han convertido en su señoría, su excelentísima y ocupan todos los puestos de autoridad»[6]. Esta temprana definición de lo que más tarde se denominaría el «mito de la cabaña de madera» o el «sueño americano», era, a comienzos de la época colonial, como Behn comprendió con claridad, motivo de intranquilidad, no de entusiasmo. Se interpretaba como oportunismo, no optimismo. El optimismo, desde luego, escaseaba en las colonias británicas a comienzos del siglo XVIII. Pero estas colonias estaban a punto de experimentar un notable periodo de crecimiento y desarrollo que iba a cambiar su mundo, y su perspectiva, para siempre.

En 1700, las colonias de Norteamérica se disponían a entrar en la era moderna. Estaban compuestas por una combinación de elementos

totalmente a tono con el mundo moderno tal como se entiende hoy, pero también de actitudes que actualmente calificaríamos de premodernas. De esto último, quizá el ejemplo más obvio, si bien también extremo, sean los juicios por brujería de Salem de 1692, cuya descripción más acertada sería decir que fueron una respuesta premoderna a presiones modernas y al inestable entorno de Massachusetts a finales del siglo XVII. La realidad de los habitantes de Salem era que se encontraban cada vez más presionados por un monarca que, pese a ser un firme creyente en el «derecho divino de los reyes», era innegablemente humano. La amenaza contra la que reaccionaron los colonos, no obstante, provenía de un poder totalmente diferente, el de Satán. Desde una perspectiva puritana, naturalmente, un monarca católico podría haber sido fácilmente confundido con el príncipe de las tinieblas, pero Satán era a sus ojos sumamente real en 1692 de un modo que no lo era Jacobo II.

La creencia en la brujería y la intervención mágica era, por supuesto, común tanto en Gran Bretaña como en las colonias durante esta época, y la histeria que se desató en Salem en 1692 llevaba ya unos cuantos años gestándose. La primera «bruja» a la que acusaron, Goody Glover, fue ahorcada en 1688. El destacado pastor puritano Cotton Mather describió el caso en su *Memorable Providences, Relating to Witchcraft and Possesions* (1689), el cual nos permite vislumbrar un mundo dispuesto a ejecutar a una mujer inocente por el testimonio prestado por una exaltada niña de trece años que había discutido con ella. Se trataba de un mundo cuya respuesta a la amenaza exterior fue volverse contra sí misma. «Dígale a la humanidad –instaba Mather en su panfleto– que hay demonios y brujas», y que Nueva Inglaterra «ha tenido muestras de su existencia y actuación; y no solo las tiendas de los indios, donde las ceremonias paganas a menudo despiertan a sus amos, en forma de osos, serpientes y hogueras, sino también el templo de los cristianos, donde nuestro Dios ha recibido constante adoración por parte de estos, ha sufrido el hostigamiento de espíritus malignos». Salem escondía estos espíritus, qué duda cabe, pero eran de una clase ligeramente más mundana que etérea.

En 1691, el tipo de cosas con las que tienen pesadillas los niños se volvieron horriblemente reales cuando unos ataques que estos padecían fueron atribuidos a la brujería, y un esclavo de color llamado Tituba fue acusado, junto con varias mujeres blancas, de ser el artífice. Un año

después, la situación se había salido totalmente de madre. Los vecinos se atacaban mutuamente, y se saldaban algunas viejas rencillas que obviamente no tenían nada que ver con la religión, hasta que el gobernador de Massachusetts intervino y disolvió el tribunal de Salem que, para entonces, había juzgado ya a más de 100 personas y condenado y ejecutado a 14 mujeres y cinco hombres acusados de brujería. Ante tal histeria colectiva, el padre de Cotton Mather, Increase Mather, también un destacado sacerdote puritano, se sintió impelido a condenar todo el asunto de las «pruebas espectrales» en su tratado *Cases of Conscience Concerning Evil Spirits* (1693). El mensaje de Mather fue reafirmado en la publicación posterior (figura 3.3) de John Hale *A Modest Enquiry into the Nature of Witchcraft* (1702). Hale, que era pastor protestante en Beverly (Massachusetts), se había mostrado muy firme en su persecución de las brujas hasta que su esposa, Sarah, se convirtió en una de las acusadas. En ese momento, prefirió dejar de lado la idea por completo; pero, por otro lado, también lo habían hecho ya la mayoría de los neoingleses llegado 1700.

A Modeſt Enquiry
Into the Nature of
Witchcraft,

AND

How Perſons Guilty of that Crime may be *Convicted* : And the means uſed for their Diſcovery Diſcuſſed, both *Negatively* and *Affirmatively*, according to *SCRIPTURE* and *EXPERIENCE*.

By John Hale,
Paſtor of the Church of Chriſt in *Beverley*,
Anno Domini. 1697.

When they ſay unto you, ſeek unto them that have Familiar Spirits and unto Wizzards, that peep, &c. To the Law and to the Teſtimony ; if they ſpeak not according to this word, it is becauſe there is no light in them, Iſaiah VIII. 19, 20.
That which I ſee not teach thou me, Job 34 32.

OSTON in N. E.
B. Green, and *J. Allen*, for
iot under the Town Houſe. 1702

Figura 3.3. J. Hale, *A Modest Enquiry into the Nature of Witchcraft*, Boston, Green and Allen, 1702.

La respuesta a los juicios por brujería de Salem confirmaba sencillamente, si es que hacía falta confirmación, una reacción más amplia contra la autoridad eclesiástica de la elite, que se manifestó, en 1699, con la fundación de la Iglesia de Brattle Street de Boston, la primera Iglesia que prescindió totalmente de la idea de que solo los elegidos de Dios tenían derecho a formar parte de ella. A mediados del siglo XVIII, y en el contexto de lo que entonces se conoció como el «Gran Despertar», se dio un masivo resurgimiento religioso que se inició en Nueva Jersey y la parte norte del estado de Nueva York y se extendió por todas las colonias entre las décadas de 1720 y 1760; algunos de los sacerdotes más radicales incluso habían desechado por completo la idea de la predestinación y predicaban en vez de ella la salvación.

Corrían claramente vientos de cambio, un cambio en parte inspirado por y en parte completamente enfrentado al punto de vista de Gran Bretaña sobre las colonias. La mentalidad mercantilista que regía la actitud de Gran Bretaña hacia sus colonias americanas no se preocupaba únicamente de los productos coloniales y las oportunidades comerciales que estos ofrecían, sino también de la población de la madre patria. Si bien a partir de 1700 ya no se desalentaba abiertamente la inmigración, salvo en el caso de los artesanos hábiles, tampoco era activamente promovida, salvo en el caso de los delincuentes convictos, en especial tras la Ley de Deportación (Transportation Act) de 1718.

Desde los comienzos del periodo colonial, uno de los atractivos para los inmigrantes voluntarios al Nuevo Mundo había sido la promesa de una mayor libertad, ya fuese religiosa, social o puramente económica. Para las mujeres, en particular, parecía existir –y en los primeros años de la colonización, en ocasiones era así– al menos la posibilidad de vivir una vida menos limitada por el dominio patriarcal. La medida en que esta posibilidad se materializaba dependía, naturalmente, de la colonia, las circunstancias y la mujer. El bajo número inicial de mujeres en la bahía de Chesapeake proporcionaba a aquellas que llegaban un cierto grado de poder, que se veía debilitado y reforzado al mismo tiempo por las reducidas expectativas de vida que ofrecía la zona. Quedarse viuda podía suponer libertad económica, pero asimismo el riesgo concomitante de no sobrevivir lo suficiente para disfrutarla. En Nueva Inglaterra, la mayor salubridad del entorno generaba sus propias cargas en lo relacionado a un aumento del tamaño de las

familias, lo cual era maravilloso, sin duda, pero restringía bastante la vida de las mujeres al ámbito doméstico. En resumen, vivir fuera de la cocina o el cuarto de los niños era un destino reservado a solo unas pocas.

El acentuado crecimiento, económico, geográfico y demográfico, de las décadas prerrevolucionarias sirvió únicamente para erradicar las oportunidades de emancipación femenina que habían estado presentes en los primeros tiempos del periodo colonial. Llegado el siglo XVIII, cuando aproximadamente un 90 por 100 de los colonos obtenía su sustento de la tierra, la vida de la mayor parte de las mujeres giraba en torno a la familia, la granja y el campo. Los diarios de la época nos permiten echar un vistazo a las vidas de, por lo menos, las que sabían leer y escribir. Una de estas, Mary Cooper, de Long Island, relataba con detalle una monótona vida de duro y pesado trabajo casi constante. La Nochebuena de 1768 se encontraba «muerta de cansancio», tras haber estado «secando y planchando mi ropa hasta casi el alba». El 13 de mayo del año siguiente, registró «mucho trabajo duro» que la había dejado con una sensación de «suciedad y agotamiento». Dos meses después (el 13 de julio), reflexionaba sobre el hecho de que habían pasado «cuarenta años desde que dejé la casa de mi padre y vine aquí, donde apenas he vivido otra cosa que trabajo duro y penas, cruces de todo tipo. Pienso –concluía– que en todos los sentidos mi situación es más de cuarenta veces peor que la que tenía cuando llegué, salvo por que me hallo más cerca del anhelado cielo».

La causa concreta del sufrimiento de Mary no era únicamente la pila de planchado. Una pista de lo que la tenía preocupada aparecía en su diario en agosto. «Mi corazón está consumido de rabia y descontento –confesaba–, vivo en la misera y con un miedo constante a voraces acreedores.» El temor a la pobreza iba acompañado en su caso, como en tantos otros, por el terror a la enfermedad. La viruela, en particular, era un peligro muy real. Al producirse un brote de la misma en Boston en 1721, Cotton Mather, por ejemplo, se mostró dispuesto a estudiar las posibilidades de la vacunación, pero 50 años más tarde, en Long Island, la práctica todavía no se había extendido. Fue con alivio que Mary Cooper refirió la recuperación de su hija de la enfermedad, pero reconocía en las entradas de su diario de 1771 que «la viruela me tenía muy asustada»[7].

Enfermedades, deudas y un extenuante trabajo físico caracterizaban la suerte de muchos de los colonos blancos en la Norteamérica del siglo XVIII.

La riqueza del Nuevo Mundo nunca estuvo equitativamente repartida, y conforme la población colonial fue creciendo, expandiéndose hacia el interior del continente desde los primeros asentamientos y desarrollando centros urbanos en la costa oriental, también las desigualdades vitales se fueron volviendo más evidentes. Algunas de estas desigualdades estaban basadas en el sexo, otras eran raciales, otras simplemente económicas, y muchas constituían un reflejo de la interacción de como mínimo dos de estos componentes. Para las mujeres, estar a 5.000 km de Europa, en un entorno en el que, como era el caso en Nueva Inglaterra, la población femenina era de hecho más numerosa que la masculina, contaba poco en cuanto a las oportunidades que ello les ofrecía. No se trataba de un mundo igualitario, pero al mismo tiempo los hombres que lo habitaban debatían cada vez más sobre los límites de la autoridad y desafiaban las expresiones tradicionales de dominación, ya procedieran del púlpito, la cámara política o los edictos que todavía gobernaban algunas colonias británicas de propiedad privada. En varios aspectos importantes, la Norteamérica de principios del siglo XVIII era un mundo de desafíos y cambios, pero bajo la superficie de sus numerosas transiciones –religiosas, políticas, culturales e ideológicas–, ciertas cosas permanecían inalteradas. Es posible que el colono varón estuviera avanzando en dirección a convertirse en «el norteamericano, este nuevo hombre», pero los «nuevos principios» que le atribuía Crèvecoeur no incluían aún la igualdad entre sexos. La nueva mujer tendría que esperar, durante un tiempo considerable, como resultó al final, en el caso de algunos estados.

Las generalizaciones son, naturalmente, injustas, pues existían enormes diferencias regionales, sociales y culturales a lo largo y ancho de las Américas en 1700. Las colonias británicas estaban situadas, geográficamente pero también desde el punto de vista comercial, entre dos poderosos imperios europeos, los de Francia y España, con ambos los cuales tenían problemas, y en mitad de un territorio que era todavía el hogar de por lo menos algunos de los pueblos aborígenes de América. Entre 1700 y 1770, la población de estas colonias se disparó desde 265.000 a más de 2,3 millones. Lo hizo en el contexto más amplio de una caída de la población total desde 1600, debida a que el crecimiento demográfico de la sociedad blanca, y negra, fue paralelo a, por no decir que se basó desde el principio en, la disminución de las poblaciones indígenas. Los cálculos

varían, pero se ha propuesto que solo un 5 por 100 aproximadamente de la población nativa de Nueva Inglaterra en 1600 seguía allí 100 años después. No obstante, para ese 5 por 100 y para las demás naciones indígenas del interior, pese a no haber estado buscando el cambio, este fue algo a lo que tuvieron que adaptarse.

Empujados más hacia el interior, y obligados a competir por la tierra y los recursos no solo con los colonos blancos sino también con otros grupos nativos, muchos de los pueblos aborígenes de Norteamérica, especialmente los del sur, sencillamente desaparecieron por completo durante el siglo XVIII, absorbidos por otras tribus o exterminados por las enfermedades. En su relato histórico del desarrollo de Pensilvania y Nueva Jersey y el impacto que este tuvo en los delaware, o lenni lenape («pueblo original»), un observador de la época, el cuáquero Gabriel Thomas, contaba que «los propios indios dicen que dos de ellos mueren por cada cristiano que llega». Pensilvania, en este periodo, fue descrita por el sirviente de *indenture* William Moraley, quien llegó en 1729, como «el mejor país del mundo para el pobre», pero la oportunidad de unos suponía un alto precio para otros[8]. Para muchos colonos blancos, entre ellos Moraley, el «mejor país [...] para el pobre» resultó no ser tal cosa. En las calles de Filadelfia no había más perros atados con longanizas que en cualquier otra utopía urbana imaginada. Pero para pueblos como el de los lenni lenape, era mucho peor. El cambio para los pueblos nativos nunca era a mejor.

Hubo continuidad en un frente, el del conflicto. Este afectaba particularmente a Nueva Inglaterra. A comienzos del siglo XVIII, el conflicto entre nativos e ingleses en la región era bastante más complejo de lo que lo había sido varias décadas antes, durante la Guerra del rey Philip. Este último enfrentamiento armado, de forma bastante natural, dejó a ambos bandos mutuamente recelosos, y las relaciones entre ellos en los años siguientes se vieron perjudicadas por incidentes violentos ocasionales, aunque relativamente aislados. Las tensiones se acentuaron, no obstante, por el inicio de otro periodo bélico entre Francia y Gran Bretaña, la Guerra de Sucesión española (o Guerra de la reina Ana), que comenzó en 1702. Como da a entender su nombre europeo, Gran Bretaña no se enfrentaba únicamente a Francia. En el primer año de la guerra, se produjeron también incursiones de fuerzas españolas contra asentamientos británicos,

principalmente en Carolina del Sur, mientras que las fuerzas de estos últimos respondieron con asaltos a misiones españolas en Florida.

Ese mismo año, en el norte de Nueva Inglaterra, los colonos se enfrentaron a un creciente número de ataques de los abenaki, quienes disfrutaban de buenas relaciones con los franceses. Los asentamientos de Maine, Nuevo Hampshire y Massachusetts, más aislados, estaban especialmente amenazados. Uno de los pueblos más afectados fue Deerfield (Massachussetts), que sufrió varios ataques de pequeña importancia seguidos, en febrero de 1704, por un asalto combinado de franceses y abenaki a gran escala que tuvo como resultado la muerte de más de 50 de sus habitantes y la captura de aproximadamente otros 100. Mas incluso antes del ataque principal sobre Deerfield, algunos de los líderes de Nueva Inglaterra, al menos, ya abogaban por tomar represalias extremas contra los abenaki. Uno de ellos era el clérigo de Boston Solomon Stoddard, el cual informó al gobernador de Massachusetts Joseph Dudley de que las gentes de Deerfield se encontraban «muy abatidas» por lo ocurrido. Su solución era que debían pasar a la ofensiva. Si «se adiestrara a los perros para cazar indios como se hace para cazar osos –proponía–, seríamos enseguida conscientes de la gran ventaja que nos dan. Los perros causarían un profundo terror en los indios», los cuales, apuntaba, «no tienen mucho miedo de nosotros». Recordaba a Dudley que tales métodos habían resultado efectivos en Virginia, y sostenía que los abenaki debían «ser considerados ladrones y asesinos» que «llevan a cabo acciones hostiles sin declarar la guerra». Eran, afirmaba, como lobos, y debían «ser tratados como lobos»[9].

La recomendación de Stoddard estaba ciertamente inspirada por una mentalidad blanca racista –no decía nada sobre los franceses, por ejemplo–, pero las ideas que le rondaban no eran producto de un gran sentimiento de superioridad, sino del miedo. Atrapados entre dos mundos europeos en guerra, colonos como Stoddard comenzaron de manera natural a resentirse por lo que veían cada vez más como conflictos extranjeros, guerras que amenazaban su mundo pero que no debían haber sido parte de él. El miedo era tanto físico como cultural. La pérdida de vidas era un aspecto de él. La pérdida de los que seguían vivos otro. Tras lo que acabó por conocerse como la «masacre» de Deerfield, muchos de los colonos capturados, pese a haber tenido que soportar una marcha forzada hasta Nueva Francia

(Quebec), lograron regresar finalmente a Massachusetts. Otros no lo hicieron. Uno de estos últimos, Eunice Williams, era la hija del párroco de Deerfield, John Williams. Para consternación de su padre, Eunice decidió no volver, se casó con un miembro de la tribu de los mohawk (iroqueses) y se convirtió al catolicismo. Eunice nunca llegó a romper del todo el contacto con su familia blanca, pero desde el momento de su captura en 1704 la familia, desde su perspectiva, la había perdido cultural, social y espiritualmente para siempre.

En su relato de los hechos, *The Redeemed Captive Returning to Zion* (1707), el padre de Eunice interpretaba desde luego su pérdida como una amenaza cultural y católica a su fe y al estilo de vida inglés. Pero no era así como lo veía su hija. Para la propia Eunice Williams, pese a encontrarse en unas circunstancias que seguramente no habría elegido en un principio, la América colonial resultó ser una tierra de oportunidades. Consiguió alcanzar lo que Crèvecoeur describiría más tarde como una identidad puramente norteamericana. Abandonó sus «antiguos prejuicios y costumbres» y adoptó otros nuevos, y abrazó completamente el «nuevo modo de vida» que el intercambio cultural era capaz de ofrecer. Sin embargo, para su familia, y la mayoría de colonos blancos, esta no era verdaderamente la oportunidad que ellos habían previsto, ni una que recibieran con agrado.

Por el diario de su hermano Stephen, en el que este registró cada noticia sobre Eunice y los intentos de recuperarla, queda claro que según la visión de su familia, la apostasía forzada de Eunice, su rechazo del protestantismo, tenía casi mayor importancia que su decisión de tener una vida y una familia entre los mohawk. Más que la raza de estos, el problema era su religión, enseñada por los jesuitas. La última visita de Eunice a Nueva Inglaterra fue en 1761. Algunos de sus descendientes regresaron para visitar las tumbas de sus antepasados blancos en 1837. Para entonces, naturalmente, Nueva Inglaterra formaba parte de una nación distinta. Las fronteras con lo que entonces era el Canadá controlado por los británicos estaban cerradas. Solo los pueblos nativos de la región, legalmente separados tanto de Gran Bretaña como de los Estados Unidos, podían traspasarlas. Hacía mucho que los blancos estadounidenses habían tomado una decisión respecto a de qué lado estaban. Al final, en contra de Crèvecoeur, los pueblos, las culturas y las fes del Nuevo Mundo no se

mezclarían con facilidad; como supuestamente dijo Eunice en 1713 cuando la instaron a volver a Nueva Inglaterra, *«zaghte oghte»*: «puede que no sea así»[10].

Es hora de separarse

Como en el caso de Eunice Williams y su parentela, tanto nativa como inglesa, la Norteamérica del siglo XVIII comprendía una colección de vidas paralelas que se desarrollaban conjuntamente pero raramente entraban en contacto. Dicho desarrollo fue rápido, no obstante, demográfica y geográficamente hablando (figura 3.4). Para mediados del siglo XVIII, la población en aumento de las colonias británicas estaba desplazándose, expandiéndose mucho más allá de las fronteras originales de estas. Cuando llegó la Guerra de Independencia, la extensión geográfica de la América británica había aumentado más del doble, de unos 930.000 km^2 a más de 2.150.000. Esta expansión se debió en parte al fin de la Guerra de la reina Ana. El mismo año en que Eunice renunció, de una vez por todas, a sus raíces inglesas, el Tratado de Utrecht dio por concluida la guerra que la había apartado de su pueblo. Para Gran Bretaña, el tratado supuso la adquisición de territorios controlados anteriormente por Francia, y una oportunidad de extender sus colonias por tierra desde la costa este del continente, subiendo por la costa hacia el interior de Nuevo Hampshire y Maine, adentrándose en el valle del Hudson, penetrando hacia el sur en los valles entre las montañas Blue Ridge (de Virginia) y los Apalaches, e internándose en la región de Piedmont.

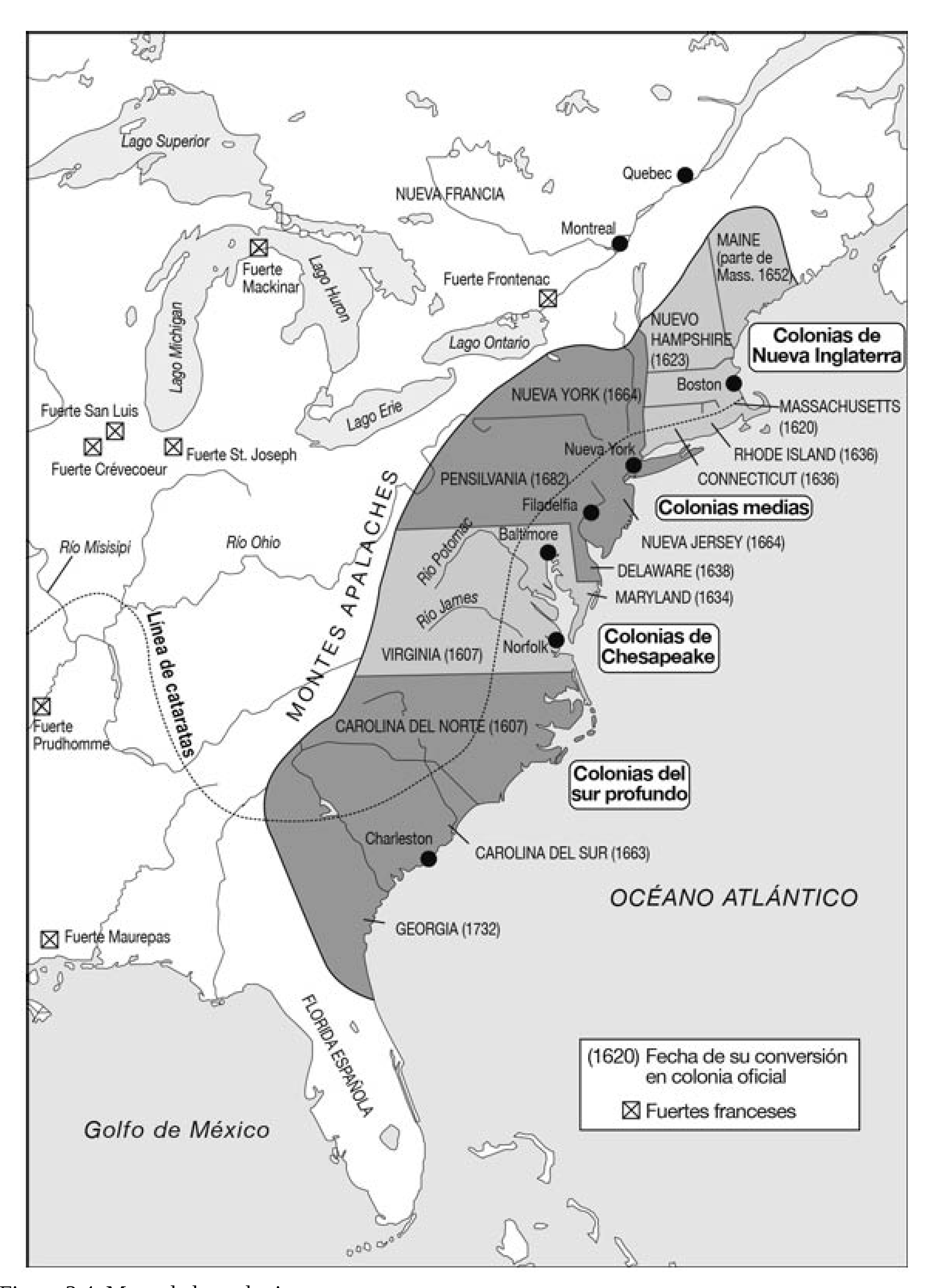


Figura 3.4. Mapa de las colonias.

Estos asentamientos tenían poco en común. El conjunto de Nueva Inglaterra era relativamente homogéneo, desde el punto de vista demográfico y cultural, en comparación con muchas de las demás colonias, sobre todo si hablamos de Pensilvania o Nueva York. Filadelfia, en particular, resultaba atractiva para los inmigrantes porque, como asentamiento cuáquero, no había en ella servicio militar obligatorio, los impuestos eran bajos y constituía una localidad relativamente pacífica. En consecuencia, entre 1720 y 1740 llegó a Pensilvania una avalancha de inmigrantes cuya diversidad era mayor, tanto en lo que se refiere a sus orígenes como a sus estatus, que en los casos de otras colonias. Las sureñas, las de la bahía de Chesapeake, las Carolinas y Georgia, asistieron a un crecimiento masivo de su población esclava, pero también tendían a absorber una variedad más amplia de ingleses, escoceses, escotoirlandeses (del Ulster) e irlandeses, aunque, de igual manera, muchos de estos se establecían en los puertos urbanos en rápida expansión de Boston, Nueva York y Newport, o en Filadelfia, la cual atraía asimismo a un gran número de emigrantes alemanes. Estas ciudades constituían cuatro de los cinco mayores núcleos urbanos de la Norteamérica colonial, y era de notar incluso en aquella etapa que se encontrasen en el norte. Solo Charleston, en Carolina del Sur, tenía un tamaño similar. En términos puramente porcentuales, estas ciudades portuarias crecieron con mayor lentitud que el conjunto de las colonias. En 1720, albergaban en torno a un 7 por 100 de la población, y para 1770, solo la mitad de esa cifra. Aun así tendrían un gran impacto en el distanciamiento norteamericano de Gran Bretaña, dada su posición intermedia entre los asentamientos coloniales y el mundo europeo. Más que en las zonas rurales, la humanidad entera se encontraba en los puertos urbanos, y si iba a identificarse una causa común, había más probabilidades de ello en sus caleidoscópicos entornos. Fueron los catalizadores de la revolución.

Los componentes de la revolución, no obstante, estaban dispersos por las colonias, tanto que los historiadores llevan ocupados desde el siglo XIX intentando reunirlos. No obstante, en su forma más básica, el desarrollo gradual de la idea posteriormente expresada en la Declaración de Independencia, que «estas Colonias Unidas son y por derecho deberían ser Estados Libres e Independientes», tuvo como eje los conceptos complementarios de libertad y esclavitud. Estos, a su vez, surgieron en el

marco específico de los constantes conflictos coloniales, de los intentos cada vez más intrusivos de Gran Bretaña por aumentar su control sobre las colonias americanas, y en el contexto más general de un incipiente punto de vista continental entre los colonos. Al mismo tiempo, en una fecha tan tardía como 1760, uno de los más famosos Padres Fundadores de los Estados Unidos, el diplomático y científico Benjamin Franklin, no solo mantenía la opinión de que cualquier tipo de unión de las colonias contra Gran Bretaña resultaba poco probable, sino que la expresaba, conscientemente, desde una perspectiva inglesa. Al hablar de la situación general de «nuestras colonias», Franklin, entonces en Londres, rechazaba la idea de que su crecimiento «pudiera volverlas *peligrosas*». Las colonias americanas de Gran Bretaña, hacía hincapié, «no solo están controladas por gobernadores distintos, sino que también cuentan con formas de gobierno distintas, leyes distintas, intereses distintos, y algunas de ellas creencias religiosas distintas, y costumbres distintas». Además, añadía, su «envidia unas de otras es tan grande» que nada «salvo el decreto inmediato de la Corona» podría unificarlas, e incluso entonces solo de un modo imperfecto. No obstante, Franklin al final se curaba en salud, al agregar:

> Cuando digo que una unión así es imposible, quiero decir sin la tiranía y opresión más terrible. Las personas que tienen propiedades en un país que podrían perder, y privilegios que podrían poner en peligro, tienen tendencia por lo general a permanecer calladas; e incluso a aguantar mucho, en vez de arriesgarlo todo. Mientras el gobierno sea benigno y justo, mientras los derechos civiles y religiosos importantes estén asegurados, tales súbditos serán respetuosos con sus obligaciones y obedientes. Las olas no se levantan sino cuando soplan los vientos[11].

Para los colonos, las propiedades y los privilegios de los que disfrutaban incluían hombres además de tierras. La creciente oposición a lo que se percibía como una autoridad injusta impuesta sobre las colonias se dio en un entorno en el que ciertos tipos de autoridad estaban aplicándose de un modo más riguroso dentro de las colonias. La dinámica de este proceso no estuvo en ningún caso impulsada por la simple yuxtaposición de la moralidad del sermón neoinglés con el materialismo del código esclavista del sur. Al margen de cualquier otra consideración, la esclavitud en esta época era una realidad tanto en el norte como en el sur, urbana en uno y rural en otro. Desde el punto de vista demográfico, había tantos esclavos en las ciudades del norte como en las regiones dedicadas al cultivo del tabaco

de Virginia y Maryland. Ya solo en Nueva York, a finales del siglo XVII (1698), un 35 por 100 aproximadamente de las familias tenían esclavos. Para comienzos del siglo siguiente (1703), esa cifra había aumentado ligeramente, hasta el 41 por 100. Entre 1710 y 1742, en Boston, la población blanca se dobló, pero la esclava se cuadruplicó hasta alcanzar el 8,5 por 100 de la población total.

Los vientos de cambio que estaban soplando tuvieron su origen en parte en el propio Franklin, quien consiguió destilar y difundir algunas de las ideas más ilustradas de su época por medio de la publicación, bajo el pseudónimo de «Richard Saunders», de su colección de anuarios «Poor Richard's Almanacks» y en sus escritos generales –y oficiales– y su correspondencia. Los mentados anuarios comenzaron a publicarse en 1732 y siguieron haciéndolo durante un cuarto de siglo. Con unas ventas cercanas a las 10.000 copias anuales, fueron los *best-sellers* de su tiempo. A diferencia de, por ejemplo, la cruda realidad de las experiencias del sirviente de *indentures* William Moraley en Pensilvania, su «pobre Richard» ficticio habitaba en una Norteamérica imaginaria en la que la virtud era su propia recompensa y el trabajo duro el camino a la riqueza. La desagradable realidad de que a algunos, sin importar lo mucho que trabajaran, el éxito no les iba a llegar nunca, o de que para un número cada vez mayor de colonos tanto en el Norte como en el Sur el trabajo duro en cuestión era el de otros, no repercutía en la optimista recomendación de Franklin a sus compatriotas. En una carta a su amigo Peter Collinson, un comerciante londinense, Franklin planteaba que ayudar a los desdichados podía constituir «una contravención del orden de Dios y la Naturaleza, que quizá ha designado la miseria y el sufrimiento como los castigos adecuados para, las advertencias contra, y además las consecuencias necesarias de, la holgazanería y el despilfarro»[12].

Este tipo de opiniones no eran ni mucho menos exclusivas de Franklin, o del siglo XVIII, pero tuvieron un influjo especialmente fuerte en la Norteamérica colonial. En parte cobraron impulso en el contexto de lo que se ha denominado la «Ilustración norteamericana», la absorción por parte de las elites coloniales de las ideas liberales lockianas de los derechos naturales, la libertad y el contrato social. Los textos de Locke, indudablemente, ejercieron influencia una vez que los colonos hubieron tomado la decisión de intentar separarse de Gran Bretaña. Algunas

secciones de su *Segundo tratado sobre el gobierno civil* (1690) hallaron eco en la Declaración de Independencia. En qué medida influyeron sus ideas a la hora de tomar la decisión que condujo a esa Declaración, al menos sin tomar en consideración las otras fuerzas que actuaban sobre las colonias, puede ser materia de debate. Locke era, por lo menos para Norteamérica, un hombre que servía igual para un roto que para un descosido, tan capaz de aconsejar a los propietarios de las Carolinas acerca de cómo conservar sus privilegios hereditarios como de defender derechos naturales en la *tabula rasa* que, en su filosofía, eran el hombre y América. En ese sentido más general, las ideas de Locke ciertamente encajaban con el optimismo y la creencia en las oportunidades para todos que fueron desarrollándose en el periodo colonial posterior, los cuales Franklin personificaba y promovía. En ciertos aspectos esto retrotraía a la declaración puritana de la misión original de su empresa colonial como una «ciudad sobre una colina». Para mediados del siglo XVIII, este modelo idealizado estaba cada vez más asentado y extendido por los diversos paisajes coloniales de la América británica, aunque no alineado todavía con «la causa de toda la humanidad».

Las discusiones y debates sobre el potencial de perfectibilidad del hombre, la naturaleza y el Nuevo Mundo no se circunscribían únicamente, desde luego, a las conversaciones de las cenas de gala de las elites coloniales. Llegaban a audiencias más amplias a través de sermones como el del clérigo bostoniano Jonathan Mayhew *Discourse Concerning Unlimited Submission* (1750). Escrito en el aniversario, y en defensa, de la ejecución de Carlos I, y reimpreso varias veces a ambos lados del Atlántico, el razonamiento de Mayhew trataba la cuestión de hasta qué punto «los individuos deberían someterse a aquellos que están investidos de autoridad». Su respuesta era que no mucho si la autoridad en cuestión era «un hombre poco razonable, ambicioso y cruel», la misma idea central expresada por Franklin una década después. Con todo, en 1750 Mayhew no estaba todavía abogando por liberarse de las cadenas coloniales, no más que Franklin, porque en ese momento la autoridad británica no era claramente autoritaria. Para Mayhew, al igual que para Franklin, lo importante era que los colonos aprendieran «a ser libres y leales». Al mismo tiempo, recordaba a su congregación, y al resto de su audiencia, que el «gobierno es sagrado, y no se debe jugar con él»[13].

El gobierno en las colonias, por supuesto, se consideraba un asunto verdaderamente serio. En la mayoría de los casos, las normas básicas aparecían recogidas en la carta original de constitución de la colonia, o en una versión cuidadosamente reelaborada de la misma, con el poder y la autoridad repartidos y, se tenía la esperanza, equilibrados por un sistema tripartito que imitaba el acuerdo rey-lores-comunes del Parlamento británico posterior a la Revolución Gloriosa, a saber, la estructura formada por gobernador, consejo y asamblea. Aunque existían, como Franklin había señalado, grandes diferencias entre las colonias en lo que respectaba a las cuestiones legales y administrativas, esto no era necesariamente un motivo de preocupación. De manera similar, tampoco la ley se imponía ni, de hecho, se entendía de manera homogénea en la medida en que era aplicada a las colonias en este periodo. Esto quizá no resulte sorprendente. Gabriel Thomas había considerado algo honroso para Pensilvania que hubiese tan pocos abogados o médicos entre ellos, y esperaba que la colonia «nunca tuviera necesidad de la lengua de uno, ni la pluma del otro» porque ambas eran «igual de destructivas para hombres, propiedades y vidas», y Franklin, de forma parecida, había hecho observar una vez al «pobre Richard» que «un compatriota entre dos abogados es como un pescado entre dos gatos»[14]. Claramente, algunos colonos pensaban que había elementos del Viejo Mundo que no habían llegado a cruzar el Atlántico, o que no debían cruzarlo jamás. Este era realmente un nuevo mundo maravilloso que estaba libre de abogados.

Estas maliciosas pullas dirigidas a los abogados, algo no precisamente exclusivo de Norteamérica o la época, daban sin embargo una idea de las actitudes que mantenían los colonos a mediados del siglo XVIII, además de la brecha existente entre lo urbano y lo rural en el paisaje colonial. Naturalmente, había abogados de sobra en las ciudades portuarias y por todas las colonias: abogados, comerciantes, tratantes de personas y productos, una joven clase empresarial y comercial con el conocimiento especializado y el capital de trabajo necesarios para desarrollar el comercio norteamericano en los mercados de Europa y África. Esta era una clase para la cual las políticas mercantilistas de Gran Bretaña guardaban mayor interés que para los habitantes de algunos de los asentamientos del interior; una clase para la cual sus propios intereses, de hecho, resultaban con frecuencia prioritarios. Mas entre 1750 y 1776, los intereses de las poblaciones rural y

urbana, los granjeros y los financieros, comenzaron a converger. Si bien sus discursos no eran exactamente idénticos, participaban cada vez más activamente en un creciente debate, al cual contribuyeron clérigos como Jonathan Mayhew, acerca del gobierno, la autoridad en general y, más concretamente, la administración de las colonias. La mayoría de los colonos de mediados del siglo XVIII probablemente no tenían una copia del *Segundo tratado sobre el gobierno civil* de Locke en sus mesillas de noche pero, en su momento, sí podrían haber tenido el *Letters from a Farmer in Pennsylvania* (1768) de John Dickinson o, más tarde, *El sentido común* (1776) de Thomas Paine. Lo que motivó su súbito interés en este tipo de lecturas fue una compleja combinación de conflicto y, paradójicamente, el cese de conflictos.

En teoría, lo único que debería haber unido a las poblaciones rural y urbana de las colonias norteamericanas de mediados del siglo XVIII era la guerra, la persistente amenaza de la guerra, y, en concreto, el estallido de la última guerra imperialista del mencionado siglo: la Guerra de los Siete Años, o Guerra francoindia (1756-1763). Pero, curiosamente, la necesidad de defenderse fue el factor que menos contribuyó a fomentar la unión de las colonias. Dos años antes de que Inglaterra le declarase la guerra a Francia en 1756, Franklin había elaborado una propuesta, el Plan de Unión de Albany, que, esperaba, uniría a las colonias y serviría al mismo tiempo para hacer frente a la amenaza francoindia mediante la creación de una confederación intercolonial con potestad para recaudar impuestos dirigidos a la financiación de un ejército colonial. Franklin señaló posteriormente que fue la oposición británica a lo que se consideraba una concesión excesiva de poder lo que echó por tierra su plan, pero en realidad las asambleas coloniales no mostraron un entusiasmo mayor al respecto. Cuando se declaró oficialmente la guerra con Francia, el grado de división entre las colonias se hizo patente. Fue imposible convencer a las distintas asambleas de que se unieran en un frente común contra la amenaza francesa. Como mundos aislados, las diversas colonias no percibieron una causa común en la oposición a los franceses y apenas se fijaron en lo que sucedía más allá de sus fronteras.

Lo que comenzó finalmente a acercar a los diversos grupos de presión coloniales no fue la guerra en sí, sino su impacto a largo plazo. Los efectos de la Guerra francoindia se notaron tanto en zonas rurales como urbanas.

Los asentamientos del primer tipo, especialmente a lo largo de las fronteras de Pensilvania y Virginia, habían sufrido la guerra en sus propias carnes, dando como resultado comunidades arrasadas, viudas y huérfanos. Las ciudades portuarias se beneficiaron enormemente de la guerra en un primer momento, principalmente por el acantonamiento de las tropas británicas en ellas. En 1755 llegaron unos 2.000 soldados, otros 11.000 en 1757, y 12.000 más al año siguiente. El impacto económico de este súbito mercado allí confinado fue tremendo. Pero no iba a durar. Aunque la Guerra de los Siete Años concluyó oficialmente en 1763, en Norteamérica los combates cesaron en 1760. Cuando esto ocurrió, el ejército británico desapareció tan rápido como había llegado. La pérdida subsiguiente de lucrativos contratos militares afectó a comerciantes tanto grandes como pequeños, en Nueva Inglaterra y en la bahía de Chesapeake, Nueva York y Filadelfia, y la depresión económica resultante se vio agravada además por el aumento de los impuestos que la guerra había provocado. No obstante, aunque las tropas se habían marchado, dejando tras de sí deudas, precios inflados y desempleo, no todas ellas lo hicieron tan lejos en realidad. Unos 10.000 de los 20.000 soldados regulares británicos enviados a las colonias para combatir a los franceses se quedaron en Norteamérica después de que el Tratado de París pusiera fin a la guerra, no en las propias colonias, pero lo suficientemente cerca como para que los colonos fueran conscientes de su presencia, y se sintieran incómodos por ella.

Este no era, pues, el mejor momento para que los británicos empezar a imponer un mayor control económico sobre las colonias, mas en cierto sentido era inevitable que lo intentasen. Por un lado, la Guerra francoindia había terminado con una costosa victoria –había doblado la deuda nacional de Gran Bretaña– que alguien tenía que pagar. Por otro, el resultado de la guerra había dejado a Gran Bretaña con el control sin disputa de un vasto territorio, que albergaba una población que no estaba familiarizada ni con las costumbres políticas de Inglaterra ni, en algunos casos, con su lengua (figura 3.5). Era natural que la atención se centrara en su futuro. Quizá también que las 13 colonias existentes se molestaran por cualquier cambio realizado al *statu quo*, y los británicos ya se habían encontrado con una cierta oposición inmediatamente después del cese de las hostilidades en 1760 cuando trataron de acabar con el comercio ilegal con el enemigo y el

abogado bostoniano James Otis había presentado argumentos en contra del derecho inglés a hacerlo.

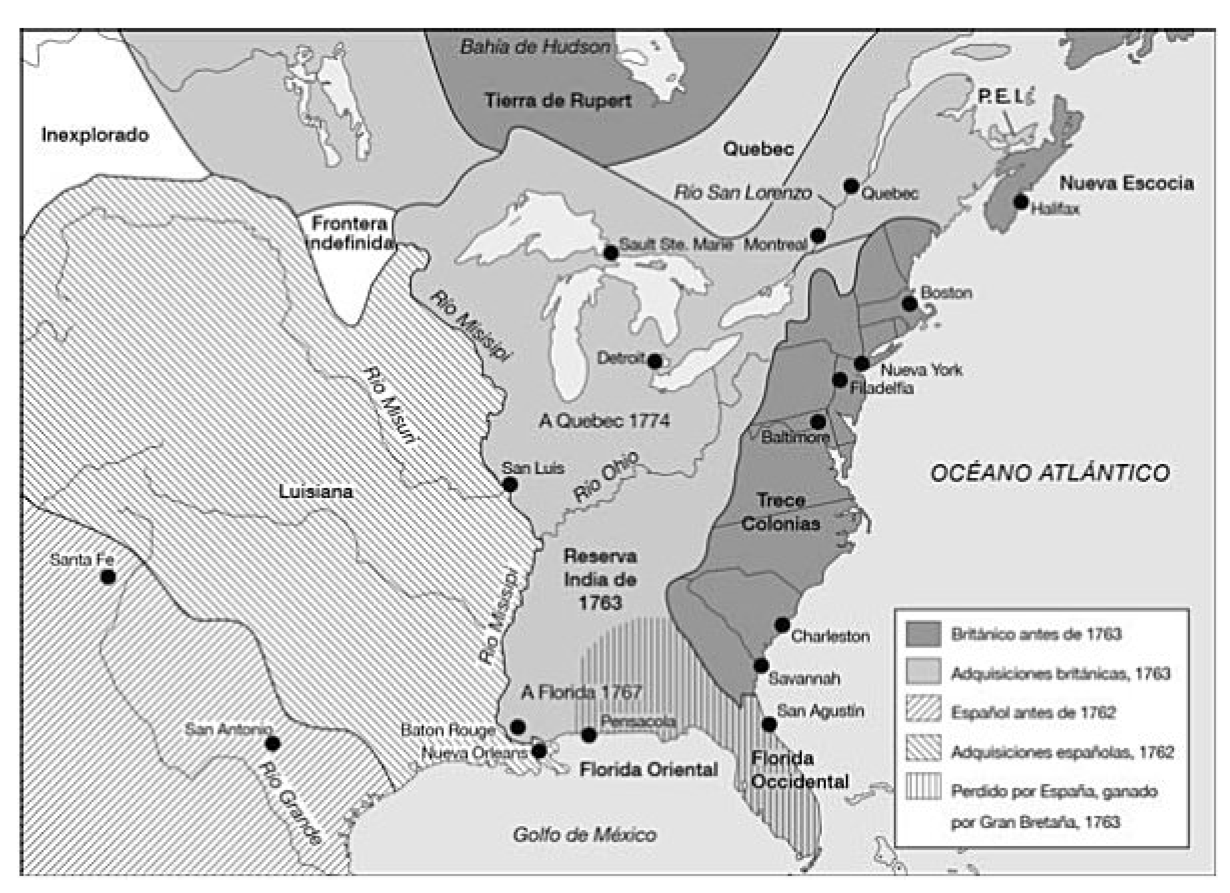


Figura 3.5. Mapa de las conquistas británicas en Norteamérica.

De hecho, cualquier injerencia que se detectase en los asuntos coloniales era susceptible de producir una respuesta aparentemente desproporcionada respecto de la magnitud de dicha injerencia. En lo que acabó conociéndose como la «Causa del clérigo» (Parson's Cause), el abogado virginiano Patrick Henry, contratado para defender la propuesta de que los clérigos anglicanos, a los que tradicionalmente se pagaba con tabaco, pudieran recibir en vez de ello remuneración en efectivo, realizó públicamente la acusación de que el rey británico, «de ser el padre de su pueblo, había degenerado en un tirano, y perdido todo derecho a la obediencia de sus súbditos»[15]. La tiranía del soberano venía a ser un veto de la Ley de los Dos Peniques (Two Penny Act) en Virginia. La cosecha de tabaco de 1758

había sido mala. El precio del tabaco había subido de dos a seis peniques por libra, y la asamblea legislativa de Virginia trató de minimizar el impacto de esto pagando al clero con dinero en efectivo, pero al precio más bajo. Todo era, en el fondo, una cuestión monetaria. Mucho de lo que pasó después en lo concerniente a la oposición colonial a la Corona tuvo que ver también con el dinero, pero no todo. En última instancia, ello supuso una diferencia crucial.

La perspectiva histórica puede, por supuesto, constituir una importante barrera a la hora de comprender el pasado. Los sucesivos desafíos coloniales a la autoridad británica tras 1763 pueden tomar con excesiva facilidad un impulso sostenido propio a medida que se dirigen, en estricto orden cronológico, hacia un resultado inevitable: la decisión por parte de las colonias de intentar separarse de Gran Bretaña. La Ley del Azúcar (Sugar Act) y la Ley de la Moneda (Currency Act), ambas aprobadas en Gran Bretaña en 1764 como un medio de obtener más ingresos para pagar la Guerra francoindia, la Ley de Acuartelamiento (Quartering Act) y la Ley del Timbre (Stamp Act) del año siguiente, las leyes tributarias de Townshend impuestas en 1767, la llegada de tropas británicas a Boston en 1768, la «Masacre de Boston» resultante de 1770 y luego la Ley del Té (Tea Act) de 1773 y las llamadas «Leyes Intolerables» de 1774, todas aparecen frecuentemente como señales indicadoras de una senda predeterminada al final de la cual se encontraba el Primer Congreso Continental de 1774 y la salva inicial de la Guerra de Independencia en Lexington Green la mañana del 19 de abril de 1775. Sin embargo, el camino a la revolución no tuvo nada de inevitable ni había, dejando a un lado el bombástico lenguaje de hombres como Patrick Henry, sensación generalizada alguna, en 1763, de que la Corona británica, encarnada entonces por Jorge III, estuviera comportándose de un modo que fuera seguramente a provocar recelos en Jonathan Mayhew o Benjamin Franklin.

Los colonos se hallaban lógicamente preocupados por el súbito interés de la Corona en sus asuntos. Cualquier intento, por parte de cualquier gobierno, en cualquier lugar y en cualquier momento histórico, de subir los impuestos tiene también muchas papeletas de suscitar objeciones. Los colonos norteamericanos no estaban actuando precisamente de un modo inusual al manifestar estentóreamente su oposición al aumento de los aranceles sobre las importaciones de la Ley del Azúcar, o al intento de

controlar el crédito mediante la prohibición de la emisión de papel moneda en las colonias de la Ley de la Moneda, que agravó un déficit comercial ya existente en la economía colonial. De forma similar, el acantonamiento de tropas en las colonias, bajo la Ley de Acuartelamiento de 1765, se consideró intrusivo, pese al hecho de que los comerciantes de las ciudades portuarias, solo cinco años antes, se habían sentido consternados al ver marcharse esas tropas, y sus salarios. La oposición a estas medidas solía estar bastante localizada, tanto en términos de impacto como de respuesta. Únicamente la Ley del Timbre de 1765, otra medida recaudatoria que establecía que debían fijarse sellos especiales a todo tipo de papeles, desde periódicos hasta naipes pasando por documentos legales, consiguió molestar a todo el mundo y provocar algo remotamente parecido a una reacción colonial conjunta contra ella.

El Congreso sobre la Ley del Timbre de 1765 resumió la postura colonial en la primera «Declaración de Derechos y Quejas» (al no remitir las quejas en cuestión, se presentó un segundo documento con el mismo título en 1774). Esta recalcaba la lealtad de las colonias a la Corona británica a la vez que insistía en que ocupaban una especie de lugar periférico en términos parlamentarios. En resumen, no podían tener representación, pero al parecer sí que podían serles aplicados impuestos sin su consentimiento. Esto, afirmó el Congreso, estaba mal. Los «únicos representantes del pueblo de estas colonias son personas elegidas en ellas, por sí mismas», subrayaba, «nunca se les han fijado ni se les pueden fijar constitucionalmente impuestos si no es por sus respectivas asambleas legislativas». Los colonos lograron la revocación de la Ley del Timbre, pero fue una victoria pírrica. Lo que los británicos dieron con una mano lo quitaron hábilmente con la otra. En lugar de la ley anterior se impuso la Ley Declarativa (Declaratory Act, 1766), que concedía al Parlamento británico «poder y autoridad plenos para elaborar leyes y estatutos de fuerza y validez suficientes para obligar a su cumplimiento por parte de las colonias y pueblos de *Norteamérica*, súbditos de la Corona de *Gran Bretaña*, en todos los casos» (el énfasis pertenece al original)[16].

La Ley del Timbre, si bien suele ser atacada como una de las primeras justificaciones para la expresión del eslogan «sin representación, nada de tributación» atribuido a la Revolución estadounidense, no fue exactamente un caso de fomento indirecto del nacionalismo norteamericano por un

documento impreso. Al intentar, de forma bastante literal, imponer su sello en las colonias, la Corona británica inspiró indudablemente un frente unido de oposición, pero no uno duradero. No es que el problema desapareciera, ni mucho menos. Las leyes tributarias de Townshend (Townshend Duties) de 1767, que llevaban el nombre del entonces ministro de Hacienda, trataron de ampliar los aranceles sobre una mayor variedad de importaciones coloniales, lo que motivó la aparición de *Letters from a Pennsylvania Farmer* (1768) de James Otis, que promovía la postura opuesta a los impuestos. Esta postura se echó a las calles de Boston dos años después cuando una muchedumbre intentó impedir que unos soldados británicos aplicasen las leyes tributarias, y cinco colonos murieron a manos de estos. Aun así la «Masacre de Boston», a pesar de constituir el tema de lo que ha llegado a ser una de las imágenes más famosas de la oposición norteamericana a los británicos (figura 3.6), no desencadenó un levantamiento en masa contra estos últimos; aunque el papel de Boston en el advenimiento de la revolución no había terminado. Cuando se produjo la conflagración, la chispa de la misma fue, sorprendentemente, el té.



Figura 3.6. Paul Revere, «La sangrienta masacre perpetrada en King Street» (1770). El grabado de Revere a partir de un dibujo original de Henry Pelham no fue la única interpretación visual del ataque de las tropas británicas a la muchedumbre de colonos, pero sí la que logró mayor difusión. Su intención era más efectista que descriptiva en cuanto a su fidelidad a los hechos y ha sido criticada por, entre otras cosas, presentar un cielo azul cuando la masacre tuvo lugar realmente de noche (la luna, en la esquina superior izquierda, indica que el suceso se produjo a horas tardías). Al margen de la cuestión de cómo podría haber plasmado Revere unos hechos acaecidos en la oscuridad, el «tirón

de orejas» más interesante de la imagen tiene que ver con el colono caído en el centro de la imagen. Este era Crispus Attucks, el primer colono negro que murió por la causa revolucionaria, que aquí aparece reveladoramente blanco.

El famoso Motín del Té de 1773 –una respuesta a la Ley del Té de ese mismo año, la cual, al pretender levantar el mermado capital económico de la Compañía de las Indias Orientales, amenazaba los beneficios de los comerciantes de las colonias– fue el que llevó al conflicto directo entre las colonias y la Corona. Pero ni siquiera el dramático gesto por parte de los colonos de arrojar cajas de té a las aguas del puerto de Boston tendría por qué haber terminado en una oposición armada a Gran Bretaña de no ser por la reacción británica. Las Leyes Coercitivas de 1774 (Coercive Acts, llamadas por los colonos «Leyes Intolerables») pretendían hacer entrar en vereda a Massachusetts, pero en vez de ello provocaron una reacción unida de todas las colonias contra la Corona británica. Ya no era una simple cuestión de recaudación de impuestos o de control económico, sino de control, a secas. Las Leyes Coercitivas cerraron el puerto de Boston, trataron de poner a toda la colonia de Massachusetts bajo un control real más estricto, eliminaron a efectos prácticos la amenaza de juicios contra funcionarios reales al establecer que estos serían juzgados en Inglaterra, y propusieron una aplicación más rigurosa de la Ley de Acuartelamiento. Una legislación tangencial que buscaba extender y dar carácter oficial a la Provincia de Quebec (la Ley de Quebec) y que reconocía el dominio católico de la región no hizo más que intensificar la incomodidad de las colonias, en realidad una ira creciente, ante las políticas británicas.

Este fue el contexto en el que las 13 colonias británicas de Norteamérica pasaron por fin de ser una colección de jurisdicciones independientes sin apenas comunicación mutua en 1763 a una agrupación casi cohesionada que, para 1776, fue capaz de equiparar sus diferencias con la Corona Británica a la «causa de toda la humanidad». Pero tal vez nunca lo hubiera hecho de no haber aparecido, en 1776, un influyente folleto escrito por Thomas Paine y titulado *El sentido común*. Ni siquiera después de que el Primer Congreso Continental se reuniera en Filadelfia en septiembre de 1774, cuando los colonos y los británicos se encaminaban al conflicto abierto y armado en Lexington y Concord del invierno de 1774-1775 y la

primavera de este último año, y de que el Segundo Congreso Continental de mayo de 1775 aprobase su «Declaración de las causas y necesidades que nos obligan a tomar las armas», ni siquiera entonces existía un movimiento conjunto y unánime hacia la separación ni una expresión claramente articulada de lo que había en juego. Paine la proporcionó.

El folleto de Paine era breve, y dicha brevedad aseguró su impacto. Paine evitó gran parte de la ambivalencia que afectaba no solo a los delegados de los Congresos Continentales, sino también a la incertidumbre que se había extendido por las colonias entre 1774 y 1776 en lo relativo a su situación. Hasta cierto punto, Paine hizo un halago a los colonos al plantear que su lucha contra la opresión británica era «la causa de toda la humanidad». Ciertamente sus ideas estaban basadas en la retórica republicana y antimonárquica de carácter más general de la época. Pero, con todo, hallaron un eco especial en un mundo formado por una población tan heterogénea de personas que habían viajado a América en busca de riquezas o tolerancia religiosa, oportunidades o una escapatoria, algunas de los cuales nunca habían tenido la menor intención de ir allí, pero que sin embargo se vieron en ese Nuevo Mundo, obligadas, o dispuestas, a empezar desde cero en él. Eso era lo que el propio Paine, un fabricante de corsés de Norfolk, había hecho. En ese sentido, conocía a su audiencia principal, pues él la ejemplificaba, pero su mensaje conectó con un público mucho más amplio.

Para aquellos en las ciudades portuarias que habían visto amenazados sus beneficios económicos, cuyas actividades comerciales habían sido trastocadas, los argumentos de Paine resultaron indudablemente convincentes. «Europa está sembrada de demasiados reinos como para permanecer en paz mucho tiempo –observaba Paine–, y cada vez que estalla una guerra entre Inglaterra y cualquier otra potencia extranjera, el comercio de Norteamérica se ve arruinado, *por culpa de su conexión con Gran Bretaña*.» Para los que vivían en la frontera, que tanto habían sufrido durante los diversos periodos de conflicto que culminaron en la Guerra francoindia, el ataque continuo de Paine contra el gobierno de unos reyes que habían «cubierto [...] el mundo de sangre y cenizas» difícilmente habría parecido errado. «Francia y España jamás fueron, y tal vez nunca lleguen a ser, nuestros enemigos como *norteamericanos* –escribió–, salvo por nuestra condición de *súbditos de Gran Bretaña*.» Solo a través de la separación de

Gran Bretaña podían llegar a ser seguras las colonias. «Todo lo que es correcto o natural implora la separación –instaba Paine a sus lectores–. La sangre de los caídos, la voz doliente de la naturaleza grita: "ES HORA DE SEPARARSE".» Pero Paine estaba haciendo mucho más que enumerar quejas que los colonos llevaban mucho tiempo manteniendo, si es que no habían tomado ya medidas al respecto. Al dirigirse a ellos como *norteamericanos*, les estaba ofreciendo no solo una vía de escape del imperio, sino un camino a una nueva identidad, una cuyos orígenes se hallaban en la guerra y cuyo futuro se vería asegurado a través de ella, una identidad que, para cuando Paine publicó *El sentido común*, los colonos ya estaban sometiendo a prueba: la de una nación en armas.

[1] De Champigny, citado en S. Belmessous, «Assimilation and Racialism in Seventeenth and Eighteenth-Century French Colonial Policy», *The American Historical Review* 110, 2 (abril 2005), pp. 322-349, 354.

[2] Citado en B. P. Lenman, «Lusty Beggars, Dissolute Women, Sorners, Gypsies, and Vagabonds for Virginia», *Colonial Williamsburg Journal* (primavera 2005); [http://www.history.org/Foundation/journal/Spring05/scots.cfm, 28 de noviembre de 2009].

[3] *The Friend* 1 (octubre 1827), vol. 1, Filadelfia, p. 27.

[4] La Carta de Penn puede leerse entera en: http://www.quakerinfo.org/history/1701%20charter/1701Charter.html (24 de noviembre de 2009).

[5] J. Hector St. John de Crèvecoeur, *Letters from an American Farmer* [1782], Londres, Penguin, 1983, pp. 69-70.

[6] A. Behn, *The Widow Ranter, or, The History of Bacon in Virginia* [1690], Paul Royster (ed.), Lincoln, University of Nebraska, 2008, p. 3.

[7] Las entradas del diario de Mary Cooper se han extraído de F. Horne (ed.), *The Diary of Mary Cooper: Life on a Long Island Farm, 1768-1773*, Nueva York, Oyster Bay Historical Society, 1981.

[8] G. Thomas, *An Account of Pennsylvania and West New Jersey* [1698], Cleveland, The Burrows Brothers Company, 1903, p. 70. Moraley aparece citado en S. E. Klepp y B. G. Smith (eds.), *The Infortunate: The Voyage and Adventures of William Moraley, an Indentured Servant*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 1992, p. 89.

[9] Mensaje del reverendo Solomon Stoddard al gobernador Joseph Dudley, 22 de octubre de 1703, citado en J. Demos, *Remarkable Providences: Readings on Early American History*, ed. rev., Boston, Northeastern University Press, 1991, pp. 372-374.

[10] A. Medlicott, Jr., «Return to This Land of Light: A Plea to an Unredeemed Captive», *New England Quarterly* 38, 2 (1965), pp. 202-216, cita p. 206. Hay una detallada entrada sobre Eunice en el *Canadian Dictionary of Biography*.

[11] B. Franklin, «The Interest of Great Britain Considered With Regard to Her Colonies and the Acquisition of Canada and Guadaloupe *[sic]*», 1760, en R. L. Ketcham (ed.), *The Political Thought of Benjamin Franklin*, Indianapolis, Hackett, Publishing Company, 2003, pp. 155-156.

[12] Franklin a Peter Collinson, 9 de mayo de 1753, en R. L. Ketcham, *op. cit.*, p. 73.

[13] J. Mayhew, *A Discourse Concerning Unlimited Submission*, 1750, disponible en: http://digitalcommons.unl.edu/etas/44/ (5 de diciembre de 2009), pp. 1, 40, 54.

[14] G. Thomas, *op. cit.*, p. 42; B. Franklin, *Poor Richard's Almanac*, Nueva York, Peter Pauper Press, 1994, p. 5.

[15] P. Henry citado en B. Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution*, segunda ed. rev., Cambridge (MA), Harvard University Press, 1992, p. 253.

[16] *Journal of the First Congress of the American Colonies, in Opposition to the Tyrannical Acts of the British Parliament. Held at New York* (7 de octubre de 1765), Nueva York, 1845; *Statutes at Large*, Londres, 1767, XXVII, pp. 19-20.

4
Verdades evidentes: la fundación de la república revolucionaria

> No pretendo excluir por completo la idea del patriotismo. Sé que existe, y sé que ha servido de mucho en la presente contienda. Pero me atrevo a afirmar que una guerra importante y prolongada no puede nunca sustentarse únicamente en este principio. Ha de contar con la ayuda de una perspectiva de interés o alguna recompensa.
>
> GEORGE WASHINGTON a John Banister, 21 de abril de 1778.

«Sostenemos como evidentes estas verdades –anunciaba la Declaración de Independencia de 1776–: que todos los hombres son creados iguales, que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad...» Palabras inspiradoras, pero que apenas reflejan la realidad de la Norteamérica colonial ni guardan mucha relación con el desarrollo de la nación una vez que se logró la independencia. Mas, para los Estados Unidos como nación, este era un claro caso de, según lo expresan las *Rubaiyat* de Omar Jayyam, dedo en movimiento que «tras haber escrito /sigue adelante; ni toda tu piedad ni ingenio /lo tentarán a volver atrás para suprimir media línea, /ni todas tus lágrimas borrarán una sola palabra suya». Unos sentimientos tan ambiciosos como esos, una vez claramente plasmados por escrito, no podían ser retirados.

Los Padres Fundadores de los Estados Unidos creían que, al redactar la Declaración, simplemente estaban defendiendo su decisión de separarse de Gran Bretaña. En realidad, lo que habían hecho era proclamar una visión, una que comprometería a su progenie inmediata y a las múltiples generaciones que vendrían detrás a hacer realidad un ideal en el que estos colonos tal vez creyeran pero bajo cuyos términos indudablemente nunca vivieron. En su origen, la nación estadounidense encerraba la paradoja de que unos esclavistas predicaran la libertad, un hecho que persigue a la nación hasta nuestros días. Al mismo tiempo, desde el momento de su transición de colonias a nación, Estados Unidos se desarrolló bajo un mandato autoimpuesto de cuadrar los principios con la práctica. Como un

fantasma de Banquo en el banquete federal, el espectro de esas palabras, «todos los hombres son creados iguales», y la afirmación que las acompañaba de que se trataba de una verdad evidente no dejaba de aparecerse en momentos inconvenientes para tocarles las narices a los republicanos blancos.

En 1776, la realidad de la esclavitud en la Norteamérica colonial daba fuerza al argumento de Thomas Paine en *El sentido común* de que las colonias estaban, en ciertos aspectos, esclavizadas por Gran Bretaña. La esclavitud nunca fue un mero concepto abstracto o un recurso retórico en el discurso colonial del siglo XVIII, sino un modo de vida para un número cada vez mayor de colonos. Mas nunca fue un término que pudiera ser definido de forma precisa. Tanto esclavitud como libertad, de hecho, resultaban conceptos resbaladizos para la nueva nación. Cuando, a mediados del siglo XIX, los estadounidenses se encontraban luchando unos contra otros en la Guerra de Secesión (1861-1865), el presidente de la Unión Abraham Lincoln sintetizó las respectivas posturas del Norte y el Sur. «Todos nos declaramos a favor de la libertad –observó Lincoln–, pero al emplear la misma *palabra* no nos estamos refiriendo a la misma *cosa*. Para algunos la palabra libertad puede significar que cada hombre haga lo que desee consigo mismo, y con el producto de su trabajo; mientras que para otros la misma palabra puede significar que cada hombre haga lo que desee con otros hombres, y con el producto del trabajo de estos»[1]. Fue la generación de la revolución, no obstante, la que sentó en realidad este precedente, esta perspectiva paradójica de la libertad con la que los estadounidenses seguían bregando casi un siglo después.

Las inconsistencias inherentes a la identidad del «inglés nacido libre» surgieron en las colonias en los siglos XVII y XVIII. Las ideologías políticas blancas –que giraban en torno a interpretaciones hermanadas, pero completamente diferentes, de la libertad– y la realidad social negra raramente se reconocían mutuamente en este periodo. Por un lado, estaba la postura republicana, que planteaba la libertad como un concepto esencialmente cívico y social, dependiente de una ciudadanía activa e informada, que el Estado podía defender pero también destruir. Con la retirada progresiva del sufragio a los negros libres, estos apenas tenían cabida en el discurso republicano. Por otro lado, había un liberalismo inspirado en Locke, que situaba la libertad como un derecho individual y

universal, la «causa de toda la humanidad», que el Estado podía cultivar pero también restringir. Con tantos negros esclavizados, el concepto de unos derechos individuales tampoco resultaba válido para ese grupo demográfico. Todo el debate filosófico en el que se basaba la separación de Gran Bretaña consistía, en prácticamente todos los sentidos, en blancos hablando unos con otros.

Entre Gran Bretaña y Norteamérica existía un enriquecimiento mutuo de la discusión y el debate acerca de la libertad y la autoridad arbitraria, sobre el papel del ciudadano y el dominio del Estado, sobre el equilibrio de poder entre el gobierno y los gobernados. El argumento original de Thomas Paine en *El sentido común*, por ejemplo, estableció la postura republicana. Fundamentalmente sintetizaba la perspectiva de los «hombres de la Commonwealth» ingleses, como John Trenchard y Thomas Gordon, cuyas visiones del Estado y la sociedad, y del Estado de la sociedad, hallaron un público más receptivo en las colonias que en su país natal. Con los cimientos ya establecidos, Paine estaba predicando a los como poco medio conversos cuando afirmó que «la sociedad en todos los estados es una bendición, pero el gobierno incluso en su mejor estado no es sino un mal necesario; y en el peor, uno intolerable».

La serie de ensayos de Trenchard y Gordon, publicada como *Cato's Letters* en el *London Journal* y el *British Journal* a principios de la década de 1720, defendían el republicanismo y la libertad de conciencia. Para mediados del siglo XVIII, sus argumentos, y las propias *Letters*, habían circulado ya ampliamente por las colonias. Su impacto en 1776 fue mucho mayor debido al resumen de Paine en un folleto fácilmente asimilable de una disertación que abarcaba originalmente 144 cartas, y a la oportunidad que brindaba la experiencia colonial en Norteamérica. Después de todo, es más sencillo construir desde cero que renovar. Algo que es cierto en relación con los niños y los edificios podría serlo también para las naciones, según esperaban algunos colonos. Paine desde luego lo creía. «El estado de infancia de las colonias», sostenía, era lo que hacía que fuera un momento propicio para la independencia, para el nacimiento de una nueva nación establecida sobre el principio de los derechos naturales. «La juventud –aseguraba a los colonos– es la época de siembra de buenos hábitos, tanto en las naciones como en los individuos.»

Pero para 1776, las colonias no habían adquirido unos hábitos especialmente buenos y sí habían desarrollado otros terribles en lo que respectaba a las relaciones interraciales. Ya debatieran los colonos blancos, y al final defendieran, estos hábitos utilizando el lenguaje del republicanismo (Paine) o el del liberalismo (Locke), o bien una combinación de ambos, demostraron ser incapaces de cuadrar el círculo de los derechos naturales y la esclavitud. Un principio fundamental de su argumentación en defensa de la propiedad era el derecho a definirla sobre personas; en pocas palabras, a poseer esclavos. Los colonos podían coincidir con la crítica de Paine a la monarquía, en concreto con que los hombres «que consideran que han nacido para reinar, y otros para obedecer, no tardan en volverse insolentes; distanciados del resto de la humanidad, sus mentes se ven envenenadas enseguida por la prepotencia», y aun así pasar completamente por alto el sorprendente paralelismo existente en su propia sociedad con la posesión de esclavos.

No todos lo hicieron. Thomas Jefferson, redactor de la Declaración de Independencia y futuro presidente de los Estados Unidos, se percató ciertamente del fallo del argumento republicano; algo que apenas sorprende, dado el decisivo papel que jugó desde el principio en la formulación de su variante norteamericana. Sin embargo, también para Jefferson «esclavitud» podía tener múltiples significados. En su respuesta a las Leyes Intolerables, *A Summary View of the Rights of British America* (1774), Jefferson criticó lo que describía como «una serie de opresiones» impuestas sobre la población blanca de las colonias, pues constituía un indicio de «un plan deliberado y sistemático por reducirnos a la esclavitud». Esta esclavitud ficticia era muy diferente de la realidad más cruel de la situación de esclavitud de los no blancos en las colonias, cuya abolición, afirmaba Jefferson –más como esperanza que como expectativa–, era «el gran objeto de deseo en esas colonias, donde fue desgraciadamente introducida durante su infancia».

Es cierto que varias colonias habían hecho intentos, por medio de sus asambleas, de imponer unos aranceles prohibitivamente altos sobre las importaciones de esclavos, y que el Parlamento británico los había bloqueado todos, pero los motivos de cada uno de los bandos no estaban necesariamente inspirados por consideraciones morales. Al impedir la abolición de las importaciones de esclavos, declaró Jefferson, la Corona

británica había preferido las «ventajas inmediatas de unos cuantos corsarios africanos a los intereses a largo plazo de los estados norteamericanos, y a los derechos de la naturaleza humana, profundamente vulnerados por esta práctica infame»[2]. Jefferson hacía una interpretación excesivamente positiva del comportamiento de los colonos. Estos querían ingresar dinero por los aranceles, no que desapareciera la fuente de dichos ingresos. Había pocas pruebas en apoyo de la creencia de Jefferson de que las colonias deseaban abolir la esclavitud, y una buena cantidad de ellas que la contradecían.

Este no fue un tema que Jefferson abandonase pronto. Fue uno con el que batalló; volviendo a él de tanto en tanto, en la Declaración de Independencia o en su posterior *Notes on the State of Virginia* (1787). En este último escrito, contemplaba la «triste influencia» que la esclavitud tenía sobre la población blanca. «El comercio entre señor y esclavo es un ejercicio perpetuo de las pasiones más escandalosas», afirmaba, las cuales comprendían «el despotismo más absoluto por una parte, y la sumisión más degradante por la otra». La esclavitud, entendía Jefferson, tenía una influencia debilitante sobre la industria y la economía de la sociedad blanca, pero mucho más grave resultaba su impacto destructivo sobre los cimientos de la nueva nación. ¿Pueden «las libertades de una nación considerarse seguras cuando hemos eliminado su única base firme, una convicción en las mentes de la gente de que sus libertades son un don de Dios»?, preguntaba Jefferson. Se trataba de una pregunta retórica, y lo sabía. «De hecho –concluía–, tiemblo por mi país cuando reflexiono que Dios es justo, que su justicia no puede dormir para siempre»[3].

La decisión del país en cuestión de no abolir la esclavitud al mismo tiempo que abolía sus lazos coloniales con Gran Bretaña no fue, pues, culpa solamente del hombre que redactó su Declaración de Independencia. De hecho, en la versión original de Jefferson, la Declaración tenía mucho más que decir sobre la esclavitud de lo que sugería su forma final. En su primera encarnación, el último y, desde la perspectiva de Jefferson, quizá más decisivo de todos los abyectos crímenes que Jorge III había perpetrado contra las colonias era que había «hecho una cruel guerra contra la propia naturaleza humana, violando sus más sagrados derechos a la vida y la libertad en los individuos de un pueblo distante que nunca lo había ofendido, haciéndoles cautivos y transportándolos como esclavos a otro

hemisferio, o para provocarles una muerte miserable durante su traslado allí»[4]. El deseo de Jefferson de pasarle la culpa de la trata de esclavos a Gran Bretaña puede haber tenido mucho que ver con el hecho de que es difícil predicar la libertad desde detrás de una tarima de subastas, y las colonias estaban intentando, cuando aquel se puso a escribir en su nombre, defender su causa no solo ante Gran Bretaña, sino ante la mirada de un interesado público global.

Dicho público incluía al renombrado autor y crítico Samuel Johnson, bien conocido ya en las colonias no solo por su famoso diccionario sino en parte también por su novela *La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia* (1759), publicada en Norteamérica en 1768. Como participantes del mundo atlántico general de comercio, consumo y publicaciones, gran parte del cual giraba alrededor de la esclavitud y la trata de esclavos, tanto los colonos norteamericanos como los británicos estaban preparados para leer con detenimiento la posterior defensa de las Leyes Intolerables realizada por Johnson. Esta tomó la forma de un folleto, «Taxation No Tyranny: An Answer to the Resolutions and Address of the American Congress» (1775), en el que Johnson, adoptando la postura contraria a Jefferson, sostenía que lo que él describía como «prejuicios» antipatrióticos contra la Corona británica no eran más que «los abortos de la insensatez impregnada de disensión». Nacían «únicamente para berrear y luego perecer», planteaba. Más memorable aún era la jugosa y sucinta declaración, una que sería reiterada una y otra vez hasta la abolición de la esclavitud en Norteamérica, con la que concluía su argumentación principal. «Se nos dice –observaba– que el sometimiento de los norteamericanos puede desembocar en la reducción de nuestras propias libertades; un suceso que solo políticos muy perspicaces son capaces de prever. Si la esclavitud es tan fatalmente contagiosa –preguntaba–, ¿cómo es que oímos los mayores gritos de libertad entre los negreros?»[5]. Esta no era una cuestión que Jefferson pudiera responder, aunque Dios sabe que lo intentó.

Creyese lo que creyese Jefferson, o fuesen cuales fuesen sus esperanzas, muchos de sus compatriotas tenían en la cabeza cualquier cosa menos la abolición en las décadas precedentes a la revolución. La Norteamérica de finales del siglo XVIII era, al igual que Gran Bretaña, enormemente desdeñosa de las culturas no blancas, desdeñosa, de hecho, de que el concepto mismo de cultura fuese atribuido a cualquier pueblo que no fuese

blanco. Un buen ejemplo de ello fueron los recelos iniciales dirigidos a la primera poetisa negra de Norteamérica, Phillis Wheatley (figura 4.1). Wheatley, llevada como esclava al Nuevo Mundo cuando era niña y educada por sus amos, la familia Wheatley de Boston, publicó un libro de poemas, *Poems on Various Subjects, Religious and Moral*, en 1773. Su obra, no obstante, requirió un prefacio en el que varias personalidades blancas de buen nombre de Boston, entre ellas el entonces gobernador de Massachusetts, Thomas Hutchinson, confirmaban, para los lectores escépticos, que los poemas que tenían delante habían sido realmente «escritos por PHILLIS, una muchacha negra, que hasta hace unos años era una bárbara sin cultura traída de África». Las personalidades en cuestión tuvieron la gentileza de reconocer que Phillis, desde su llegada a las colonias, había estado trabajando «con la desventaja de servir como esclava en una familia de esta ciudad», una desventaja que hacía necesaria la verificación de sus capacidades intelectuales y literarias por parte de aquellos cuyo sexo y color de piel les otorgaba la aceptación no cuestionada que se le negaba a la propia Phillis[6].



Figura 4.1. Frontispicio para P. Wheatley, *Poems on Various Subjects, Religious and Moral*, Londres, A. Bell, 1773. El grabado original era obra de Scipio Moorhead.

La suerte de Phillis como esclava en Boston, incluso si no hubiese tenido un trato diferente por sus aptitudes, diferiría considerablemente de la del grueso de la población esclava en las colonias en vísperas de la Revolución estadounidense, la mayoría de la cual, aunque ciertamente no toda, vivía en el Sur. La existencia de la esclavitud en Massachusetts tal vez haya sido velada por el humo de los mosquetes de la revolución, pero estaba bastante extendida a principios del siglo XVIII y siguió presente hasta bien entrado el XIX, tocando todos los sectores de la sociedad. Estaba concentrada principalmente en Boston y Newport, ciudades donde tenían lugar la mayoría de las ventas de esclavos, tanto privadas como públicas, para consternación del abolicionista cuáquero John Woolman, quien confió a su diario su aflicción cuando se enteró de que un colega cuáquero estaba vendiendo esclavos: «Estaba deseoso de que mis amigos solicitasen a la asamblea que hiciera esfuerzos por desalentar futuras importaciones de esclavos –se sinceraba–, pues yo veía que este negocio constituía un gran mal, y tendía a multiplicar los problemas». Pero Woolman temía que cualquier intento en esa línea fuese inútil. Como él ya se había dado cuenta, las colonias suscribían cada vez más «la idea de que la esclavitud estaba conectada con el color negro, y la libertad con el blanco. Y donde falsas ideas como esas se enredan en nuestras mentes –observaba–, desligarlas del todo no se logra sino con dificultades»[7].

Desligar a los esclavos de los hombres libres resultaba especialmente problemático en las ciudades del norte, donde los esclavos estaban empleados en una amplia variedad de oficios además de en el ámbito doméstico, como camareros, cocheros, herreros, peluqueros y zapateros, entre muchas otras funciones. El medio urbano también desdibujaba la línea que separaba la libertad de la esclavitud. El que algunos afirmaran ser hombres libres cuando habían sido vendidos como esclavos provocó no pocos casos judiciales que pusieron de relieve la creciente inestabilidad de la institución en los puertos del norte. Pero la situación era bastante diferente en las colonias del sur. Los lazos que unían la esclavitud con las colonias del norte se debilitaron a la vez que los del Sur se iban reforzando. En consecuencia, la distinción entre negro y blanco pasó con excesiva rapidez a ser sinónima de la diferencia entre esclavitud y libertad. Conforme la América británica fue madurando y estabilizándose, se fue estrechando también la posición intermedia entre esclavitud y libertad en el

Sur, dejando menos margen de maniobra para los negros y obligando a los blancos a mantener un sistema que, en términos económicos, beneficiaba a un número de personas relativamente pequeño pero que, desde el punto de vista social y cultural, definía cada vez más el modo de vida blanco.

A pesar del hecho de que, en 1776, Virginia era la colonia británica con mayor población, albergando a un quinto del número total de colonos, su capital, Williamsburg, mantenía a menos de 2.000 residentes fijos. Con la notable excepción de Charleston, en Carolina del Sur, el Sur del periodo colonial no desarrolló centros urbanos de un tamaño y una diversidad demográfica comparables a Boston, Nueva York o Filadelfia. Los esclavos desempeñaban por tanto un papel más crucial en las colonias del sur, pues aportaron los conocimientos agrícolas y la mano de obra necesarios para el desarrollo de la economía y la sociedad en la bahía de Chesapeake y en las regiones dedicadas al cultivo del arroz y el añil de las Carolinas y, posteriormente, Georgia, a partir de 1700. Carolina del Sur soportaba una fuerte influencia del Caribe, pero las demás colonias del sur importaban cada vez más esclavos de, como Phillis Wheatley describió sus propios orígenes, el «maravilloso y feliz asiento de África» y no del Caribe británico. Esto creó una sociedad más bifurcada en el Sur, incluso en la Carolina meridional, donde la causa no era la importación de esclavos «no británicos» sino la tendencia de los propietarios de esclavos más acaudalados de repartir su tiempo entre sus granjas y Charleston. Los negros y blancos del Sur, en resumen, llevaban vidas cada vez más separadas en comparación con el caso de las ciudades del norte, lo cual exacerbaba las tensiones ya de por sí inherentes al sistema.

Si bien las ciudades portuarias se encontraban, en los años previos a la revolución, cada vez más dominadas por la clase mercantil, las colonias del sur asistieron a la aparición de una elite de terratenientes cuyo poder económico estaba basado en, y se expresaba a través de, la cultura del consumo omnipresente en el mundo atlántico. Sus riquezas, aunque fuesen heredadas, se veían frecuentemente incrementadas por los beneficios de la trata de esclavos, pero la sociedad que construyeron era, quizá en una negación deliberada de la cruel realidad que la sustentaba, un reflejo afectado de la cultura de la clase alta inglesa trasplantada a las colonias. Puede que esto no nos sorprenda si tenemos en cuenta que un gran número de los terratenientes más adinerados de finales del periodo colonial habían

sido educados en Inglaterra y seguían enviando allí a sus hijos a estudiar. La elite sureña, de hecho, tenía mucho en común con los hacendados de Inglaterra, al igual que con los comerciantes de Liverpool y Glasgow de la misma época, cuyas magníficas fortunas e impresionantes casas se construyeron gracias a los beneficios del trabajo de los esclavos. La diferencia radicaba en que estos no tenían que vivir cerca de la mano de obra en cuestión. Los sureños blancos sí, y esto dio origen a una complejidad cultural extraordinaria en sus colonias y, a su debido momento, en el Sur posrevolucionario y de la primera mitad del siglo XIX que distinguiría la región hasta bien entrado el XX.

La riqueza de la que disfrutaban estos terratenientes era considerable desde cualquier punto de vista. La de las llamadas Primeras Familias de Virginia –los Carter, los Fitzhugh, los Lee y los Randolph– procedía principalmente de sus importantes plantaciones de tabaco, mientras que en las tierras bajas de Carolina del Sur, los beneficios de las plantaciones de arroz transformaron rápidamente la colonia en una de las más ricas de la América británica y su ciudad principal, Charleston, en una ciudad próspera y notoriamente refinada. Era en muchos sentidos una vida privilegiada, pero nunca una totalmente fácil o segura. Los sudcarolinianos blancos, a mediados del siglo XVIII, seguían sufriendo muchos de los problemas que habían acosado a los primeros colonos y estaban indefensos ante enfermedades como la viruela que azotaban periódicamente las colonias. Al hacerse cargo de la plantación de su marido en el río Cooper tras la muerte de este en 1758, la conocida terrateniente de Carolina del Sur Eliza Lucas Pinckney le dijo a un amigo: «Encuentro que requiere un gran cuidado, atención y actividad atender correctamente una finca en Carolina, pero solo uno moderado cumplir con las tareas de uno y sacarle buen provecho». A otra amiga le comentó que «una gran nube parece cernirse ahora mismo sobre esta provincia», que era «insultada de continuo por los indios» y sufría al mismo tiempo «un violento tipo de viruela [...] que casi pone freno a toda la actividad». Eliza relató asimismo con consternación cómo muchos de sus «hombres», refiriéndose a sus esclavos, «habían muerto con gran rapidez incluso por causa de las vacunas»[8].

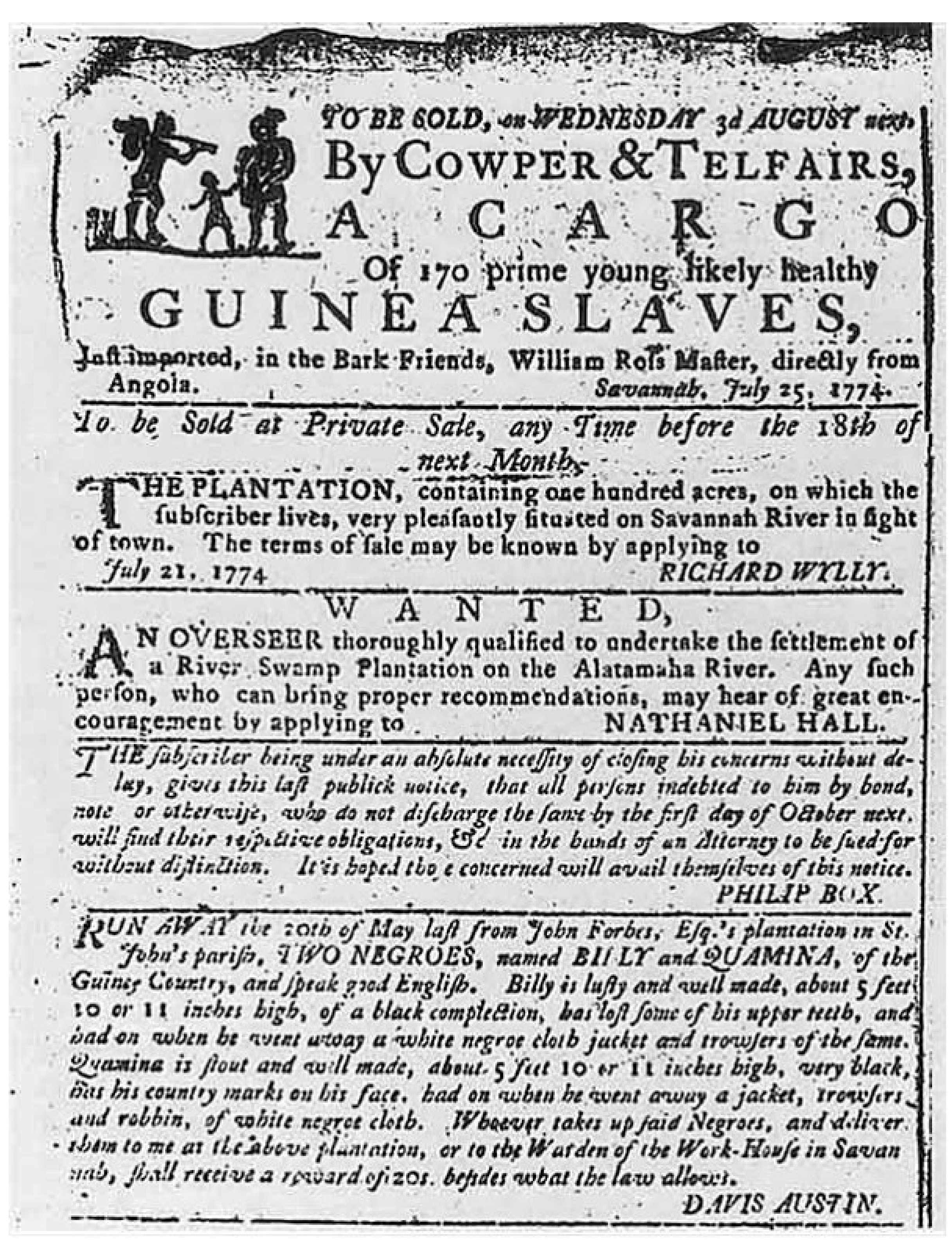
Puede que Eliza Pinckney fuese incapaz de curar las enfermedades de sus esclavos, pero sí confiaba en poder controlarlos. Para cuando se hizo cargo de la propiedad Pinckney, Carolina del Sur ya había instaurado una serie de

leyes diseñadas para poner coto y controlar a la población esclava, leyes que dejaban clara la oposición negra a la esclavitud, al mismo tiempo que trataban de contenerla. Una sublevación de esclavos breve pero violenta cerca de Charleston en 1739, la rebelión de Stono (llamada así por el río donde se reunieron los esclavos), había alimentado los crecientes miedos blancos de los negros en una colonia en la que los esclavos constituían mayoría. El hecho de que los esclavos rebeldes fueran católicos difícilmente ayudó. Como sucedería con todas las futuras rebeliones en masa de esclavos, la de Stono no tuvo éxito. Los implicados que no murieron a manos de la milicia fueron posteriormente ejecutados o, siguiendo el modelo de tratamiento aplicado a los pueblos indios de Nueva Inglaterra en los siglos previos, vendidos a las Antillas. Otros levantamientos de menor envergadura en Carolina del Sur y Georgia, combinados con el aumento de las importaciones de esclavos a lo largo de los años siguientes, convencieron a los propietarios de esclavos de que debían imponerse controles más férreos sobre la población negra en general, no solo sobre su parte esclava.

Como resultado, la Ley para la Mejor Ordenación y Gobierno de Negros y otros Esclavos (Act for the better Ordering and Governing of Negroes and other Slaves), también conocida como Ley de Negros (Negro Act) de 1740 de Carolina del Sur restringía los movimientos de los esclavos sin el permiso de su propietario, ilegalizaba la educación de estos y permitía la ejecución de esclavos rebeldes por sus amos. La Ley de Negros de Carolina del Sur no estaba en modo alguno fuera de sintonía con los acontecimientos en otras colonias. A partir de 1700, el cambio de los sirvientes de *indentures* a los trabajadores esclavos cogió impulso en la bahía de Chesapeake, las economías basadas en el arroz de las Carolinas y Georgia se fueron volviendo cada vez más fructíferas y una pila de leyes restrictivas comenzaron a afectar de manera más profunda la vida y la libertad de los negros. Pero si había una colonia que ejemplificase no solo la poderosa atracción de las ganancias basadas en la mano de obra esclava, sino también el grado en que la libertad blanca se había, más que enlazado con, vuelto casi dependiente de la esclavitud negra, esa era Georgia.

Fundada por el filántropo inglés James Oglethorpe con objeto de proporcionar una oportunidad de empezar de cero a los pobres de Inglaterra, Georgia había nacido de una concepción idealista. Oglethorpe

pretendía apartar a sus primeros colonos de toda clase de fuentes de tentaciones; aquellas, es de suponer, que los habían conducido en primer lugar a la penuria y de allí a Georgia. El alcohol y la esclavitud estaban prohibidos. Georgia, preveía su fundador, sería una colonia formada por los «pobres dignos de ayuda» de Inglaterra que llevasen una vida sana y de esforzado trabajo. A los pobres en cuestión, no obstante, les pareció que se merecían bastante más libertad de acción y solicitaron, como ingleses nacidos libres, el derecho a poseer esclavos. Cuando Georgia se convirtió en una colonia real en 1751, su nueva asamblea revocó sin perder un segundo las leyes que prohibían la esclavitud y el alcohol; en tiempos ya próximos a la revolución, la ciudad principal de Georgia, Savannah, era, al igual que Charleston, un importante centro de compraventa de esclavos (figura 4.2) por el que pasaban gran número de esclavos negros de camino a las plantaciones de arroz que se convertirían en su prisión de por vida y que, en muchos casos, les acortarían esta última.



TO BE SOLD, on WEDNESDAY 3d AUGUST next,

By COWPER & TELFAIRS,

A CARGO

Of 170 prime young likely healthy

GUINEA SLAVES,

Juſt imported, in the Bark Friends, William Roſs Maſter, directly from Angola.

Savannah, July 25, 1774.

To be Sold at Private Sale, any Time before the 18th of next Month,

THE PLANTATION, containing one hundred acres, on which the ſubſcriber lives, very pleaſantly ſituated on Savannah River in ſight of town. The terms of ſale may be known by applying to

July 21, 1774 *RICHARD WYLLY.*

WANTED,

AN OVERSEER thoroughly qualified to undertake the ſettlement of a River Swamp Plantation on the Alatamaha River. Any ſuch perſon, who can bring proper recommendations, may hear of great encouragement by applying to NATHANIEL HALL.

THE ſubſcriber being under an abſolute neceſſity of cloſing his concerns without delay, gives this laſt publick notice, that all perſons indebted to him by bond, note or otherwiſe, who do not diſcharge the ſame by the firſt day of October next, will find their reſpective obligations, &c in the hands of an Attorney to be ſued for without diſtinction. It is hoped thoſe concerned will avail themſelves of this notice.

PHILIP BOX.

RUN AWAY the 20th of May laſt from John Forbes, Eſq.'s plantation in St. John's pariſh, TWO NEGROES, named BILLY and QUAMINA, of the Guiney Country, and ſpeak good Engliſh. Billy is luſty and well made, about 5 feet 10 or 11 inches high, of a black complection, has loſt ſome of his upper teeth, and had on when he went away a white negroe cloth jacket and trowſers of the ſame. Quamina is ſtout and well made, about 5 feet 10 or 11 inches high, very black, has his country marks on his face, had on when he went away a jacket, trowſers and robbin, of white negroe cloth. Whoever takes up ſaid Negroes, and deliver them to me at the above plantation, or to the Warden of the Work-Houſe in Savannah, ſhall receive a reward of 20s. beſides what the law allows.

DAVIS AUSTIN.

Figura 4.2. Cartel publicitario de una subasta de esclavos en Savannah, 1774. Este anuncio revela la realidad de la esclavitud en el Sur en vísperas de la revolución. En Savannah, en concreto, se cumplía la tendencia general de importar más esclavos directamente desde África; de *ca.* 1755 a 1767, un 60 por 100 aproximadamente de los esclavos importados a Savannah eran de origen caribeño y en torno

a un 25 por 100 de países africanos. Sin embargo, entre 1768 y 1771 aproximadamente los que venían directos desde África aumentaron hasta el 86 por 100 (los esclavos del anuncio procedían de Guinea). Además de publicitar la venta de esclavos, este cartel también lleva un anuncio de una plantación «en venta» y una oferta de trabajo para capataz de plantación, la cual pone de relieve el problema del absentismo de los propietarios en muchas plantaciones, la distancia entre estos y los esclavos. Pero lo más revelador de todo, no obstante, es el aviso que presenta de la fuga de dos esclavos, Billy y Quamina, probablemente llegados desde África en vista de la referencia a las «marcas nativas» en el rostro de Quamina. Library of Congress, Prints and Photographs Division. Número de reproducción: LC-USZ62-16876 (1-2).

Como muestra el cartel publicitario de Savannah, en 1774, a punto de producirse la revolución, el año que se reunió el Primer Congreso Continental, el año que vio a Jefferson defender los derechos de la América británica y a Phillis Wheatley disfrutar de los frutos de su labor literaria, el comercio de esclavos prosperaba. Al mismo tiempo que Jefferson declaraba su creencia de que «Dios, que nos dio la vida, nos dio a la vez la libertad», quedaba claro que la vida colonial blanca, por no hablar de la libertad y la búsqueda de la felicidad, dependía cada vez más de la denegación de estas dos últimas y a veces de la primera a la población negra de las colonias británicas. En cierto sentido, esto era inevitable. Desde la primera fase de la colonización, tanto en la bahía de Chesapeake como en Nueva Inglaterra y en la mayoría de las colonias entre una y otra, se había ido definiendo una identidad blanca protestante a través del contacto con pueblos que no eran ni blancos ni protestantes. El carácter transatlántico de la vida de la elite colonial, cuando menos, influyó en el desarrollo de esta identidad al tiempo que fue socavando poco a poco el carácter inglés en el que se fundamentaron no solo las distinciones raciales sino también la propia revolución. La libertad, como había anticipado John Woolman, se equiparó con la blancura y la esclavitud con la negrura, pero, de manera crucial para la futura nación estadounidense, solo desde una perspectiva blanca.

SER O NO SER

Si bien para algunos colonos blancos ciertas verdades no parecían tan evidentes como decían, había una bastante obvia para los británicos: que la libertad era realmente la causa de toda la humanidad, y que toda la

humanidad podía estar perfectamente dispuesta a luchar por ella. Cuando estalló la Guerra de Independencia, el gobernador de Virginia, John Murray, el *earl* de Dunmore, no perdió un segundo en declarar «libres a todos los sirvientes de *indentures,* negros u otros [...], que puedan y estén dispuestos a tomar las armas». Con la libertad como incentivo, muchos esclavos virginianos no dudaron en unirse al «Regimiento Etíope de lord Dunmore» para combatir en el lado británico. Del mismo modo, hubo muchos negros libres que, inspirados por el lenguaje de la revolución, albergaron esperanzas de poder unirse a la causa colonial. Un gran número de ellos, después de todo, había servido en al menos algunas de las milicias coloniales. A pesar de esto, los negros fueron rechazados por la principal fuerza colonial, el Ejército Continental, cuya postura en octubre de 1775 era que no alistarían a «negros, jóvenes incapaces de portar armas o ancianos que no pudiesen soportar las fatigas de la campaña».

Si bien el anuncio de lord Dunmore despertó el fantasma de la rebelión de los esclavos, los dueños de estos, en el Norte y en el Sur, se mostraron reluctantes a dar oficialmente su aprobación a que sus esclavos tomaran las armas. Algunos estados concretos, responsables de la creación y financiación de sus unidades de milicianos, se vieron en algunos casos disuadidos por el coste. Los propietarios de esclavos podían recibir una compensación considerable por la pérdida de su propiedad –unos 1.000 dólares, en una época en la que el salario mensual para un soldado revolucionario no llegaba a los seis dólares (o 40 chelines), y el coste de un solo esclavo podía estar entre 100 y casi 400 dólares–. No obstante, a medida que la guerra se alargaba sin visos de terminar, y los estados pasaban apuros para cumplir con las cuotas de reclutamiento para el Ejército Continental impuestas por el Congreso, la política discriminatoria cayó en muchas zonas, particularmente en algunos estados de Nueva Inglaterra. También se tambaleó en los del Sur, cuyas asambleas legislativas no tenían claro si aprobar la creación de regimientos de negros. A veces, los propietarios de esclavos enviaban a un esclavo a la guerra en su lugar, de modo que muchos negros terminaron luchando por la libertad durante la Guerra de Independencia en dos frentes: por sí mismos y por la sociedad blanca.

La libertad en la Norteamérica revolucionaria siempre comportaba un precio. Al dar por hecho que el fin justificaba los medios en el caso de la

Guerra de Independencia estadounidense, los medios reales se han visto a veces subsumidos bajo el mito, o los mitos, puesto que, como «acto» fundacional de la nación estadounidense, la historia de la revolución ha recibido naturalmente más embellecimiento que muchas otras. En el proceso, se concedió fama a algunas figuras, al tiempo que en ocasiones estas perdían su raza. El mártir de la Masacre de Boston Crispus Attucks fue víctima no solo de las balas británicas, sino también de un blanqueamiento post mórtem a manos de los ilustradores coloniales. A otras figuras les fue mejor y se les otorgó un papel central para simbolizar acontecimientos que involucraron a comunidades enteras. Una de estas fue el grabador y platero Paul Revere, cuya representación de un Attucks anglicanizado resultó ser una herramienta propagandística muy poderosa en la escalada de tensión que culminó en la revolución, y cuya famosa galopada de medianoche a Lexington entró en la leyenda. De forma reveladora, fue una leyenda que cobró forma en realidad en el poema de Henry Wadsworth Longfellow «Paul Revere's Ride», escrito casi un siglo después de que tuvieran lugar los hechos que describía y publicado en una época –en plena Guerra de Secesión estadounidense– en la que la nación estaba quizá más receptiva al mensaje de este patriota, uno expresado visualmente en diversos grabados, pinturas y litografías a lo largo de los años (figura 4.3).

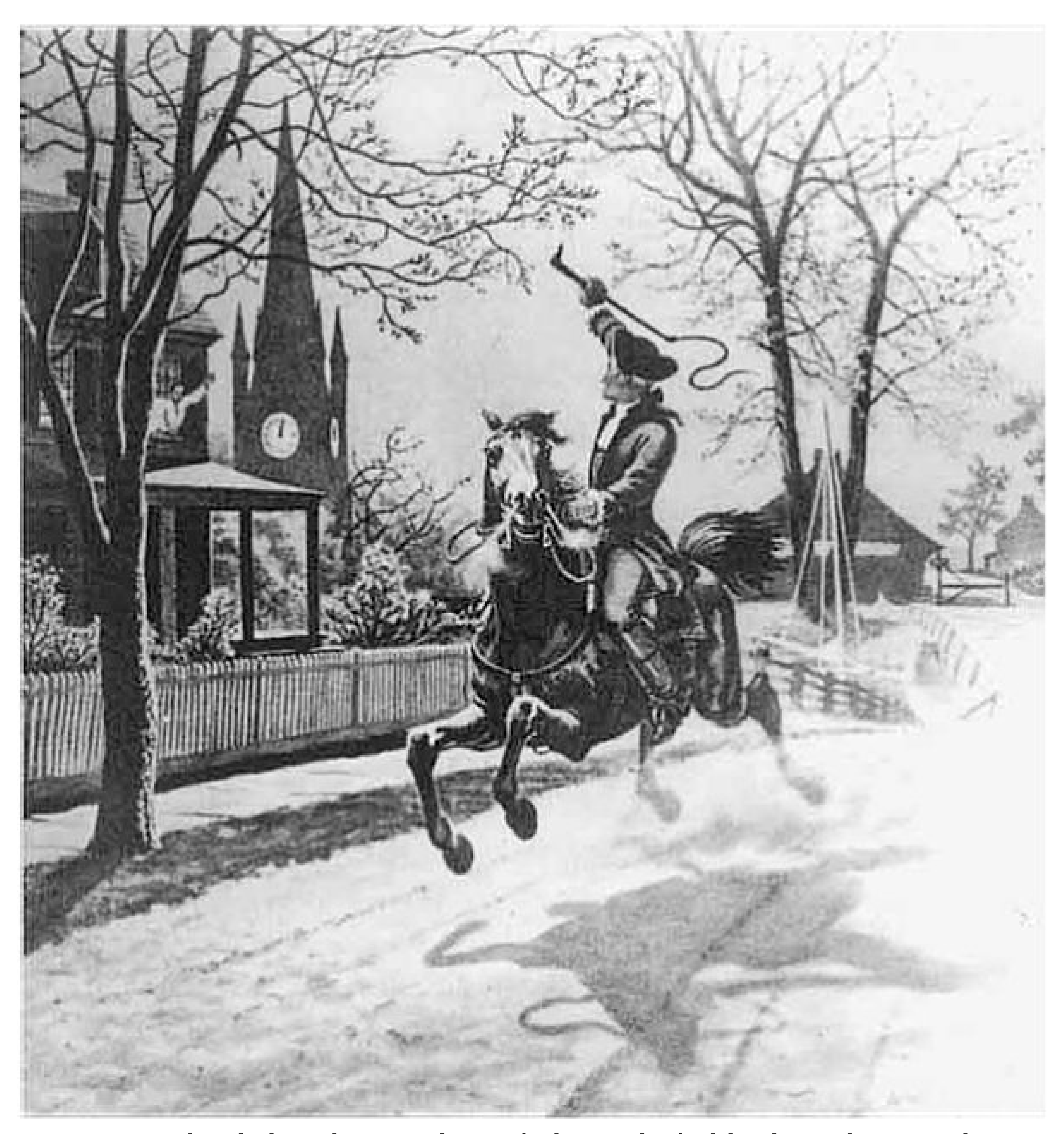


Figura 4.3. La galopada de Paul Revere. Ilustración de una edición del siglo XIX de poemas de Longfellow. Foto © National Archives, Washington DC.

La noche del 18 de abril de 1775, Revere realizó sin duda el viaje representado, para advertir del avance de tropas británicas hacia Lexington y Concord y el arsenal que allí había. Sin embargo, raro sería que hubiese gritado a modo de aviso «los británicos se acercan», como se le atribuiría posteriormente. En primer lugar, los británicos, en la forma de tropas

regulares, ya estaban allí, y llevaban allí de hecho desde el Motín del Té de Boston. En segundo lugar, habría sido una declaración sin sentido, pues muchos de los colonos se consideraban británicos. La distancia entre la verdad y su representación semificcional, no obstante, es, en esencia, la línea que separa el patriotismo del nacionalismo en Norteamérica. El patriotismo colonial, a todos los efectos, chocó con el nacionalismo inglés, pero los colonos blancos no se transformaron de la noche a la mañana en estadounidenses, por mucho que los relatos posbélicos de la revolución dieran a entender tal cosa. La leyenda de la galopada de Revere encierra la idea de que la revolución consistió en un levantamiento espontáneo de los colonos norteamericanos en una respuesta conjunta contra la opresión británica. Nada podría haber estado más lejos de la verdad. Empero, la galopada supuestamente solitaria de Revere encarnaba la esencia de lo ocurrido en las colonias en 1775 y 1776, la verdad, desde una perspectiva colonial, del mandamiento de Thomas Paine de que era el momento de que Gran Bretaña y sus colonias se separasen. La galopada de Revere pasó a ser una representación simbólica de una oposición a la autoridad británica que había ido gestándose lentamente pero que, en 1775, todavía no se había consolidado en un compromiso con la separación, mucho menos en una expresión identificable de la identidad estadounidense.

El proceso de conversión en estadounidense era, como en cierto sentido siempre había sido, uno impulsado por y definido a través del conflicto; conflicto entre las colonias y Gran Bretaña, entre los colonos y los pueblos aborígenes, y entre los propios colonos. Esto era algo obvio en la época. La «Declaración de las Causas y Necesidades que nos Obligan a Tomar las Armas» emitida por el Congreso Continental en 1775 reconocía que había sido la experiencia colonial, en buena medida, la que había llevado a la situación en que se encontraban. Era bombástica, por no decir abiertamente optimista, en algunas de sus aseveraciones: «Nuestra causa es justa», proclamaba. «Nuestra Unión es perfecta. Nuestros recursos internos son grandes y, en caso necesario, podríamos conseguir sin duda ayuda del extranjero.» Era más realista en su reconocimiento de que las colonias «se habían ejercitado con anterioridad en operaciones bélicas, y poseían medios para defenderse». El contacto constante con las tribus indígenas y las exigencias de una vida en la frontera dieron como resultado una población

más familiarizada con el hecho de tener la guerra en la puerta de sus casas que muchas poblaciones europeas de la época.

La creencia estadounidense en la importancia de una ciudadanía armada, por tanto, tuvo su origen en el periodo colonial, al igual que la idea europea de que casi todos los colonos eran tiradores natos. Esta idea fue reforzada por historias llegadas de las colonias que al parecer señalaban, como hizo un pastor anglicano en 1775, que las armas fabricadas en las colonias eran «infinitamente mejores» que las que se usaban normalmente en Europa, y que los armeros coloniales «tenían trabajo constante en todas partes». La caza de ciervos y pavos, observaba, había convertido a los norteamericanos en «los mejores tiradores del mundo»[9]. Aun así, la confrontación militar con uno de los ejércitos más poderosos del periodo, uno que probablemente presentaría más batalla que el pavo medio, no era algo que tomarse a la ligera. La población británica superaba a la de las colonias por más de tres a uno, y las capacidades militares de Gran Bretaña tanto en el mar como en tierra era formidables. Enfrentarse a ellas era un paso tremendamente arriesgado en la práctica y lleno de incertidumbre moral e ideológica.

En el marco de una identidad nacional que estaba predominantemente enraizada en el carácter inglés, en un conflicto que se libraba para defender los derechos de los hombres ingleses, lo que se les estaba pidiendo a los colonos era que mataran a sus compatriotas. Algunos no pudieron aceptarlo. Para el clérigo Ebenezer Baldwin, la revolución era «una guerra tremendamente antinatural», una guerra inmoral, en la que «aquellos que compartían una misma nacionalidad, unos mismos antepasados, un mismo lenguaje, que profesaban una misma religión y que habían heredado unos mismos privilegios, empaparían mutuamente sus manos en la sangre del otro»[10]. De manera gradual, no obstante, la oposición a los británicos terminó por parecer no solo algo natural sino también inevitable. Cuando el humo de las primeras descargas disparadas en Lexington se hubo aclarado, quedó al descubierto un escenario muy diferente, uno que permitía ver claramente tanto la opresión británica como la oposición colonial, en el que una multitud de ideas hasta entonces a medio formar sobre la independencia, alimentadas por murmullos de descontento por el comportamiento del gobierno británico, comenzaron a solidificarse.

La perspectiva de Samuel Ward, exgobernador de Rhode Island y uno de los delegados del Congreso Continental, era totalmente representativa de

esta concreción del pensamiento colonial. Escribiendo desde Filadelfia a su hermano Henry a finales de 1775, Ward daba su opinión de que los británicos pretendían «convertirnos a nosotros y a nuestros descendientes en sus esclavos». Señalaba la desaprobación general de la presencia de «tropas extranjeras» en las colonias, «ingleses, escoceses, irlandeses, católicos romanos, mercenarios alemanes, hannoverianos», todos los cuales ponían en peligro los pueblos y el comercio. Ante semejantes amenazas, sostenía Ward, «la opinión, la cólera y el interés de cada soldado debería ser enterrada. Viajamos a bordo de un mismo barco. Si este se hunde, todos perecemos; si sobrevive a la tormenta, la paz y la abundancia (las hijas de la libertad) y todo lo que dignifica y congratula a la naturaleza humana serán la recompensa de nuestra virtud». En un eco de Paine, Ward le decía a su hermano que la suya «no era únicamente la causa de las colonias y Gran Bretaña, sino la de la misma naturaleza humana». No obstante, para las colonias en particular, sufriendo como estaban bajo «unos ministros dignos de servir a Nerón», solo había un posible curso de acción, una decisión que tomar. «Ser o no ser –afirmaba Ward– es ahora la cuestión»[11].

Puede que Ward identificase la cuestión, pero la respuesta afirmativa que esperaba no estaba ni garantizada ni iba a llegar con rapidez. Hicieron falta ocho largos años antes de que la guerra iniciada en Lexington asegurase la independencia de las colonias por medio del Tratado de París de 1783, y otros cinco antes de que sus habitantes pudieran referirse a sí mismos, con absoluta confianza, como: «Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos». Esos ocho años de lucha tienden a ser reducidos, como ocurre con la mayoría de las guerras vistas a posteriori, a una serie de escenas, de puntos álgidos en una contienda cuyo resultado es conocido y cuyas complejidades raramente pasan a la posteridad. Desde una perspectiva contemporánea, la batalla por la independencia fue en demasiadas ocasiones un caso de un paso hacia delante y dos hacia atrás.

Como no existía ningún cuerpo de combate colonial permanente u organizado, el primer encuentro entre el ejército regular británico y la milicia norteamericana en Lexington el 19 de abril de 1775 se vio seguido por un periodo de confusión mientras los colonos trataban de organizarse. Sin embargo, muchos de los luchadores coloniales que se habían concentrado en Lexington, a los cuales se conocía colectivamente como el Ejército de Observación de Nueva Inglaterra, no tardaron en volver a sus

hogares, pues disponían de escasas provisiones y no podían dejar de lado sus granjas o negocios para garantizar que las tropas regulares británicas no salieran de Boston. A pesar de ello, la imaginería popular que presentaba a unos *minutemen* permanentemente listos para la batalla como elite de la milicia colonial (figura 4.4) manteniéndose firmes contra los casacas rojas británicos fue ganando cada vez más crédito. El ideal del *minuteman,* de hecho, era poco más que una afectación neoinglesa, diseñada para conferir cierta distinción a lo que era, como no podía ser de otro modo, una fuerza improvisada y reunida a toda prisa, que carecía a menudo de munición suficiente y por supuesto de uniforme. No obstante, esta imagen de un nuevo tipo de ciudadano-soldado, aunque exagerada en algunos aspectos, daba testimonio de una verdad más profunda y permanente sobre la emergente nación estadounidense y el nacionalismo del periodo revolucionario, sobre su dimensión militar y su carácter voluntario.



Figura 4.4. Línea de *minutemen* bajo el fuego de las tropas británicas en Lexington (Massachusetts), 1775 (John H. Daniels & Son, Boston, 1903). Cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-05478).

Este incipiente nacionalismo estadounidense contaba con diversos componentes que se reforzaban mutuamente, entre ellos la creencia ya generalizada en la eficacia marcial de la frontera colonial y un sistema de

milicias inspirado por otro inglés del siglo XII, el Decreto de las Armas (Assize of Arms) de 1181, por el cual se exigía que todos los hombres libres sanos tuvieran adiestramiento militar, costeado de su propio bolsillo, para la protección de todos. Mientras que en Europa la idea de que los civiles hicieran el servicio militar había quedado obsoleta por la aparición de ejércitos profesionales, en el contexto del conflicto colonial, el ciudadano era la primera, y última, línea de defensa contra un ataque. Esto era tanto económica como ideológicamente deseable. La alternativa era mantener tropas regulares, costeadas por las colonias pero leales al gobernador real. En el marco de la oposición colonial a la Ley de Acuartelamiento (1765), tener un ejército permanente apenas resultaba atractivo. Un ciudadano que pudiera, en una emergencia, transformarse en un soldado y luego volver a su estado civil con la misma rapidez era una opción más barata y, desde una perspectiva colonial, también más segura. El servicio militar del ciudadano, con todo, no podía ser obligatorio. El interés personal podía requerir de una defensa personal, pero una vez que pasaba el peligro, también lo hacía la necesidad de armarse contra él. Como recordaba un clérigo pensilvano, Joseph Doddridge, los miembros de las milicias coloniales «eran soldados cuando querían serlo, y cuando no, dejaban sus armas. Su servicio militar era voluntario y por supuesto no recibían por él paga alguna»[12].

En cambio, si se alistaban en el recientemente formado Ejército Continental, estos exmilicianos sí recibían una, al menos, pero esto no los transformaba en el acto en una fuerza de combate sólida y profesional. Una tradición de servicio militar voluntario unida a un mito de destreza marcial casi universal resultaba ser una base poco firme sobre la que crear un ejército. De hecho, nunca se llegó a formar con éxito un único ejército permanente. El Ejército Continental y las milicias estatales (a las cuales se daba oficialmente en algunos casos el mismo nombre de «Ejército Continental») lucharon codo con codo o, en alguna ocasión excepcional, no consiguieron hacerlo. George Washington señaló con enfado cómo en la batalla de Camden (1780) en Carolina del Sur, la milicia «huyó en cuanto se abrió fuego, y dejó a las tropas continentales completamente rodeadas y en inferioridad numérica, teniendo estas que combatir para ponerse a salvo en vez de por la victoria»[13]. Si la milicia podía resultar poco fiable a veces, tampoco fue el caso que las trece colonias se unieran enseguida en su oposición al gobierno británico. Más bien, tuvieron lugar básicamente 13

revoluciones distintas, todas las cuales perseguían, en última instancia, lo mismo, pero que avanzaron hacia el objetivo deseado desde direcciones y con planes bastante diferentes.

La designación de Washington como general y comandante en jefe del Ejército Continental no fue tanto una consecuencia de su experiencia militar como del hecho de que era virginiano. Poner a un virginiano al mando de un ejército formado principalmente por neoingleses fomentaría, esperaban, la unidad colonial. Se pretendía asimismo que el que Washington fuese un conservador y un acaudalado terrateniente disipase el temor conservador al radicalismo. Resultó ser una elección inspirada. Cuando se produjo el nombramiento de Washington en julio de 1775, los colonos acababan de pasar por lo que sería el enfrentamiento más sangriento –al menos para los británicos– de la Guerra de Independencia, Bunker Hill (17 de junio), aunque la batalla propiamente dicha fue en Breed's Hill, en Boston. Tras el relativo triunfo en Bunker Hill, la guerra fue cuesta abajo para los norteamericanos. Nueva York cayó en manos británicas casi inmediatamente y permaneció ocupada durante el resto de la guerra. De hecho, los británicos lograron capturar todas y cada una de las principales ciudades norteamericanas en el transcurso de la guerra, y Washington perdió más batallas de las que ganó, mas aun así los colonos salieron victoriosos, gracias en buena medida a su general. Washington demostró habilidad a la hora de equilibrar los distintos grupos de presión participantes en la guerra, lo cual no quiere decir que la tarea, de vez en cuando, no le sacara de quicio.

El final de 1776, únicamente el segundo año de hostilidades, resultó ser un punto de inflexión. Con la victoria de Washington en la batalla de Trenton el 26 de diciembre –una hazaña lograda gracias a su habilidad para hacer que el Ejército Continental cruzara el entonces crecido río Delaware–, la moral de las fuerzas coloniales aumentó, al menos hasta cierto punto. Washington seguía presionando al Congreso Continental para que le diera más tropas regulares coloniales. La milicia, subrayaba, «no era una fuerza de la que se pudiera depender, ni de la que pudiera esperarse ayuda, salvo en casos de la más apremiante emergencia». De hecho, despotricaba furioso, «su aletargamiento de últimamente y su reluctancia a presentarse para esta alarmante crisis parecen justificar un temor: que nada pueda hacerles salir de sus casas». Este resultaría ser un tema recurrente para

Washington. Jamás se le pudo convencer de la eficacia de un cuerpo de voluntarios. De hecho, una vez observó: «Norteamérica ha estado al borde de perder sus libertades por su fijación» en la crédula suposición de que la milicia servía para algo más que para formar «pequeñas partidas que libraran escaramuzas en los bosques». Ni la milicia ni los «reclutas» estaban, en su opinión, «preparados para el auténtico combate»[14].

El auténtico combate resultaba un calvario para los revolucionarios. Todas las guerras, por supuesto, son duras a su propio modo. El modo norteamericano durante la revolución fue mantener un ejército poco competente. El Congreso nunca concedía a Washington las tropas que necesitaba, ni tampoco conseguía mantener, adecuadamente, las que tenía. Los alistamientos durante periodos cortos (habitualmente tres meses) garantizaban una renovación excesivamente frecuente de las tropas, y las lealtades a los distintos estados generaban una disensión prácticamente constante en sus filas. Los norteamericanos también apuntaron demasiado alto al principio. Una invasión abortada de Canadá durante el invierno de 1775-1776 puso de manifiesto tanto los límites del entusiasmo por la causa revolucionaria fuera de las colonias británicas como las terribles penurias que muchos de los soldados coloniales tendrían que soportar a lo largo de los seis años siguientes. Como había ocurrido con la vida en campaña después de Lexington, las provisiones eran escasas y la enfermedad endémica. La temible viruela, extendida por el movimiento de tropas a través de las colonias, motivó la primera vacunación general contra el virus, por orden de Washington, entre las fuerzas coloniales. Ninguna simple inyección, sin embargo, podía acabar con la permanente inestabilidad del apoyo a la revolución. El número de efectivos del ejército de Washington, a lo largo del conflicto, fluctuó entre 2.000 y 20.000 hombres.

Washington era, prácticamente en todos los sentidos, un líder asediado, y puede obtenerse una clara impresión de las dificultades que tuvo que afrontar en buena parte de la iconografía relacionada con la revolución, sobre todo en la que representa el terrible invierno de 1777-1778 en Valley Forge (Pensilvania, figura 4.5), a donde Washington se había retirado tras la derrota de su ejército en Brandywine Creek en septiembre de 1777 y la subsiguiente toma de Filadelfia por los británicos. Desde allí, Washington ofreció su pesimista pronóstico al Congreso Continental «de que a menos que se produzca súbitamente algún gran cambio capital en esa línea, este

ejército está abocado a verse en uno u otro de estos tres estados: famélico, disuelto o disperso, a fin de obtener sustento del mejor modo que pueda; tenga la seguridad, señor –subrayaba–, de que no estoy exagerando»[15]. Mas Valley Forge no era la situación desesperada que parecía ser. Era la oscuridad previa al alba en la historia nacional estadounidense. Las dificultades de Washington no eran muy distintas de las que atravesaban los británicos, cuya falta tanto de provisiones como de coordinación impidió que llevaran su ventaja militar hasta su conclusión. Esto tuvo tanta culpa del alargamiento del conflicto como cualquiera de los problemas de reclutamiento y mantenimiento a los que se enfrentó Washington.



Figura 4.5. «Valley Forge, 1777.» El General Washington y Lafayette visitan a los miembros en peores condiciones de su ejército. El marqués de Lafayette fue un militar francés que sirvió con Washington. Jugó un papel decisivo en la retirada de la batalla de Brandywine, y en las negociaciones posteriores que hicieron que Francia entrara en la guerra del lado norteamericano. Regresó a América para enfrentarse a Cornwallis en Yorktown. Pintura y dibujo de A. Gilbert.

Litografía y publicación de P. Haas. Washington DC: cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-819).

Para la primavera de 1778, la suerte colonial estaba empezando a mejorar, debido sobre todo a que el otoño anterior, el principal ejército inglés, comandado por el general John Burgoyne, había fracasado en su campaña para hacerse con el control del valle del Hudson, lo cual habría aislado Nueva Inglaterra de las colonias del sur. En Saratoga (Nueva York), en octubre, Burgoyne se rindió, y lo que quedaba de sus fuerzas regresó a Canadá. Pero lo más importante de esto fue que el triunfo norteamericano en Saratoga también consiguió para las colonias la ayuda exterior que la «Declaración de las causas y necesidades que nos obligan a tomar las armas» había dado confiadamente por hecho que recibiría. Y así fue la ayuda de los franceses, pero no hasta que Francia tuvo claro que estaba apoyando al bando vencedor.

Washington no se hacía ilusiones al respecto. «Estoy totalmente dispuesto a albergar los sentimientos más favorables hacia nuestro nuevo aliado y a apreciarlos en otros en un grado razonable –observaba–, pero es una máxima fundada en la experiencia universal de la humanidad que no se ha de depositar en ninguna nación más confianza de la que su propio interés le obliga a respetar; y ningún estadista ni político prudente se atreverá a ir más allá.» Con la vista puesta en el futuro, advertía que Estados Unidos «debía ser especialmente cauteloso; pues no hemos alcanzado todavía vigor y madurez suficientes como para recobrarnos del impacto de cualquier paso en falso que podamos dar sin darnos cuenta»[16]. Con todo, en 1778, la ayuda francesa a los colonos convenía a todas las partes. Apenas hacía falta animar a los franceses y los británicos para que se declarasen la guerra mutuamente, como hicieron oficialmente en el verano de 1778. España se unió al conflicto poco después. Del lado francés, más que estadounidense, España nunca ayudó directamente a la causa norteamericana, pero la situación de acoso general que sufría Gran Bretaña a manos de las demás potencias de Europa hizo que todas se pusieran del lado de las colonias.

Pero no es que el resultado de la guerra estuviera ya decidido por ello. Washington seguía enfrentándose a graves problemas. El carácter voluntario y local de la defensa colonial suponía, para su eterna frustración,

una importante barrera en el camino a la victoria y la pronta conclusión de la guerra. Había tratado de «debilitar toda clase de vínculos locales, y distinciones de país [estado], refiriéndose al conjunto por el nombre más general de estadounidense», pero, relataba, «le fue imposible imponerse sobre los prejuicios». Cuatro años después, pocas cosas habían cambiado. Para finales de 1780, Washington conservaba «la muy firme opinión», como aconsejó al general de división John Sullivan, «de que una vez que los estados han enviado sus tropas al campo de batalla, cuanto menor sea su relación con ellas» mejor. Atrapado entre la pared del poderío militar británico y la espada del choque de las ambiciones estatales e individuales, Washington se las vio y deseó para aglutinar las diversas partes del aparato militar colonial en un todo operativo. Tal como comentó a Sullivan, «si en todos los casos el nuestro fuese un ejército, o trece aliados para una defensa común, no habría ningún problema, pero en algunas ocasiones somos las dos cosas a la vez, y no andaría muy desencaminado si dijese que en otras no somos sino una amalgama de ambas»[17].

Para 1780, este ejército amalgama había salido de Nueva Inglaterra, después de que el campo de batalla principal de la Guerra de Independencia se hubiese desplazado al sur. Inspirados por las noticias del apoyo realista allí y la esperanza de que la esclavitud hubiese creado quizá un sistema social debilitado y propicio para su victoria, los británicos habían puesto rumbo a Georgia. La toma primero de Savannah (diciembre de 1778) y luego de Charleston (mayo de 1780) se vio seguida por la batalla de Camdem, donde la milicia, tal como se quejó Washington, fracasó notoriamente en distinguirse. Aun así, en cuanto los británicos, liderados por Charles (el *earl*) Cornwallis, se dieron la vuelta, de manera bastante literal, para dirigirse a Carolina del Norte, los colonos anularon todos los logros que aquellos habían conseguido, al adoptar una estrategia bélica de guerrillas susceptible de sufrir reveses esporádicos pero que resultó imposible de derrotar de forma concluyente. Llegado el final del verano de 1780, los británicos continuaban en posesión de Savannah y Charleston, pero no controlaban prácticamente nada más. La primavera del año siguiente, la alianza con Francia demostró asimismo su valor. Una fuerza combinada de ejércitos franceses y estadounidenses y la Armada francesa lograron acorralar a las tropas de Cornwallis en la península de Yorktown, donde el *earl* se rindió el 19 de octubre de 1781.

Yorktown, si bien se toma a menudo como la conclusión de la Guerra de Independencia estadounidense, no supuso aún el final real de la misma, sino el principio del final para los británicos y, naturalmente, el final del principio para los Estados Unidos. Las tropas británicas mantenían su presencia en las colonias, pero a la defensiva y de manera poco entusiasta. En el año 1782, en París, los emisarios de las diversas partes estaban ya reuniéndose para discutir los términos bajo los cuales se firmaría la paz y se crearía una nueva nación. Una viñeta política de la época describía compendiosamente la situación (figura 4.6), informando de manera gráfica a los británicos del hecho de que sus antiguas colonias tenían ahora las de ganar.

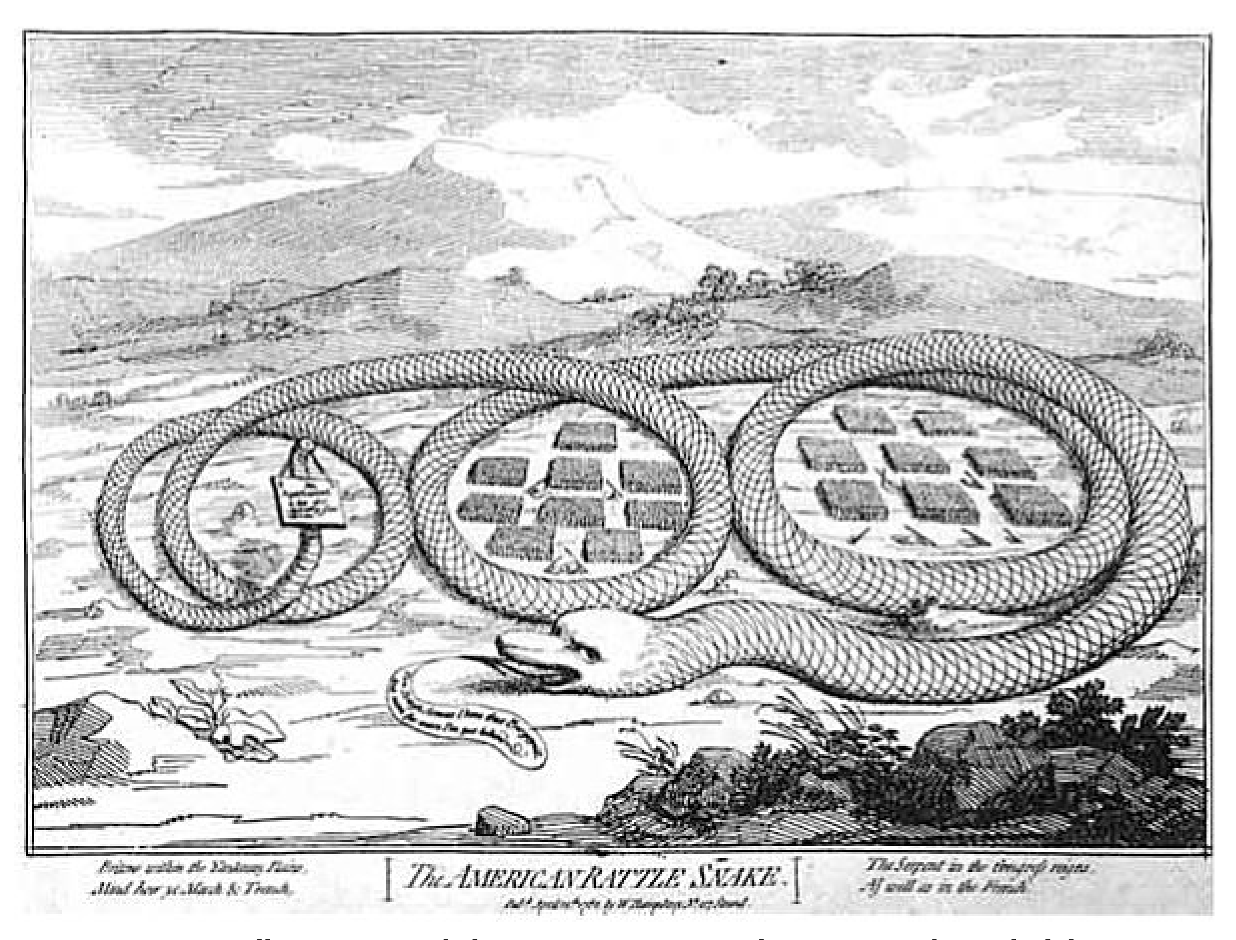


Figura 4.6. James Gillray, «La cascabel norteamericana», Londres, W. Humphrey, abril de 1782. La serpiente era un símbolo habitual para las colonias; los norteamericanos la utilizaban en su bandera antes de la adopción de las barras y las estrellas. Algunas caricaturas anteriores, en particular una imagen de 1754, habían representado a las colonias como una serpiente partida a cachos, y planteaban que debían «unirse o morir». La que presentamos aquí, aparecida cuando las

negociaciones de paz de París estaban en marcha, proponía que las colonias eran ya un solo cuerpo. La lengua de la serpiente se jacta así: «Con dos ejércitos británicos me he hecho ya, /y aún queda en la cola sitio para más». Dos de los anillos de la serpiente rodean representaciones de las fuerzas de Burgoyne y Cornwallis; en el tercero se anuncia: «Se alquila apartamento para militares». Los versos de abajo recomiendan lo siguiente: «Británicos en las praderas yanquis, /cuidado donde pisáis y caváis trincheras;/tanto en el Continental como en el francés, /la serpiente en el Congreso reina». Cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-1531).

Artículos de fe

Para ambos bandos, el británico y el colonial, la revolución representó un nuevo tipo de conflicto para el cual ni los enfrentamientos fronterizos, por parte de los colonos, ni las batallas a gran escala, por parte de las tropas regulares británicas, sirvieron de mucho a modo de precedentes útiles. Fue, fundamentalmente, una lucha por los corazones y las mentes tanto como una confrontación militar directa. Esta no es una frase anacrónica sacada de otras guerras estadounidenses muy posteriores. Sir Henry Clinton, uno de los comandantes en jefe de las fuerzas británicas, admitía del todo la necesidad de «ganarse los corazones» y de «someter las mentes de Norteamérica»[18]. El problema, no obstante, no era exclusivo del lado británico. Si Washington pasó apuros para convencer al Congreso de la necesidad de un ejército más eficaz, y a sus compatriotas de la de unirse al mismo, hubo algunos a los que nunca se consiguió convencer en absoluto de la necesidad de un ejército para el conflicto armado con Gran Bretaña: los realistas.

Como no podía ser de otro modo, dado que la Guerra de Independencia tuvo como resultado la separación de las colonias de Gran Bretaña, son el creciente impulso y los éxitos militares de la causa independentista estadounidense, y no los argumentos de los que permanecieron leales a la Corona británica, los que dominan la historia. Numéricamente, por supuesto, los patriotas estadounidenses eran mayoría, aunque Washington sintiera a veces que eran con excesiva frecuencia una silenciosa, o como poco inactiva. De una población de unos tres millones de colonos en la época, solo medio millón, se estima, se alinearon con la causa británica. La suya fue una posición ingrata a medida que avanzó la guerra, ya que la

revolución fue tanto una guerra civil como una por la independencia colonial.

En algunos estados, particularmente en las Carolinas durante las últimas etapas del conflicto, los enfrentamientos de grupos de milicianos realistas tanto con el Ejército Continental como con las milicias de patriotas derivaron en la situación de anarquía y violencia que los realistas habían temido desde el principio, al volverse unos vecinos contra otros de un modo que tenía más que ver con venganzas personales que con la causa de la independencia. Todos los estados implementaron juramentos de lealtad que combinaban la renuncia a la Corona británica con un compromiso de fidelidad al propio estado. Los castigos por no adherirse a la causa independentista eran fuertes, desde la confiscación de propiedades hasta el exilio y, en ocasiones, la muerte. Al final, muchos miles de realistas –las estimaciones van desde 60.000 hasta casi 100.000– abandonaron las colonias para siempre, y buscaron refugio en Canadá o Gran Bretaña.

Puede que los realistas, al apoyar lo que resultó ser el bando derrotado, se hayan autoexcluido en la práctica de la historia nacional estadounidense. Sin embargo, su importancia no radica tanto en la amenaza militar que pudieran suponer para el logro final de la independencia estadounidense –siendo francos, una no muy grande, pese a que luchasen en el bando británico unos 30.000– como en su papel a la hora de ayudar a clarificar, y definir, la causa por la que estaban luchando las colonias: una nación americana separada. La lucha por los corazones y las mentes de dicha nación resultó ser brutal. Las experiencias de los realistas no solo pusieron de manifiesto el poder destructivo de lo que, aproximadamente medio siglo después, sería descrito como la «tiranía de la mayoría» en los Estados Unidos, sino también las incertidumbres muy reales que atormentaban a esa mayoría.

Los realistas no eran una rígida elite comprometida con un estilo de vida tradicional y una estructura social que chocaban con el entusiasmo juvenil de las colonias. Procedían de toda clase social, origen y profesión, si bien se daban algunos patrones discernibles en el sector demográfico realista. Sobre todo, aquellos que ya se encontraban marginados por la sociedad blanca dominante –los alemanes, holandeses y escoceses– y que tenían una identidad religiosa marcada –los cuáqueros, metodistas y presbiterianos del sur– tendieron a alinearse con la causa realista. ¿Qué es el norteamericano?,

había preguntado Crèvecoeur. La Guerra de Independencia no proporcionó una respuesta definitiva a esa cuestión, pero sí que consiguió reducir el número de opciones al identificar, hasta cierto punto, lo que el norteamericano no era.

La revolución constituyó un periodo liminar para colonos y británicos, patriotas y nacionalistas, negros y blancos. Las decisiones tomadas en esa época resultaban más complicadas que una sencilla elección entre libertad y esclavitud, entre ser súbditos coloniales de Gran Bretaña o estadounidenses independientes. En algunos casos, para los esclavos, para los realistas, la decisión nunca estuvo totalmente en sus manos. Washington destacaría posteriormente, al final de su presidencia, la naturaleza voluntaria de la identidad estadounidense, pero el patriotismo voluntario, como no paró de subrayar durante toda la Guerra de Independencia, nunca bastó desde el punto de vista militar, y posiblemente tampoco ideológico. «No pretendo excluir por completo la idea del patriotismo –apuntaba Washington, viendo las cosas desde Valley Forge en la primavera siguiente a su largo y duro invierno allí–. Sé que existe, y sé que ha servido de mucho en la presente contienda. Pero me atrevo a afirmar que una guerra importante y prolongada no puede nunca sustentarse únicamente en este principio. Ha de contar con la ayuda de una perspectiva de interés o alguna recompensa»[19].

Cuál era esa recompensa dependía de la persona. Para algunos, como en el caso de Washington, era una nación independiente. Para los esclavos, era la posibilidad de libertad. Para otros, era la oportunidad de poseer esclavos. Los intereses de los realistas los convencieron de que el único vínculo que mantenía unidas las colonias estaba a punto de romperse, y que el resultado sería la tiranía. En su caso, no andaban muy desencaminados. Los norteamericanos blancos siempre habían tenido dificultades para distinguir a los esclavos de los hombres libres en la Norteamérica colonial. Y lo mismo les ocurrió a la hora de distinguir a los leales a la causa de los que no lo eran durante el periodo revolucionario, y no estaban dispuestos a que esa distinción fuese totalmente voluntaria. Con la restricción a la libertad de prensa impuesta para amordazar a la oposición a la causa revolucionaria, los colonos allanaron el camino para leyes nacionales posteriores que buscarían legislar hacia la lealtad: las Leyes de Extranjería y Sedición (Alien and Sedition Acts) de 1798. Al final, la idea de la posibilidad de

elección resultaba tan restrictiva como liberadora. Identificar quién era bienvenido y quién no a su emergente nación sería materia de preocupación para los estadounidenses desde el nacimiento de dicha nación hasta nuestros días.

Inmediatamente después de la firma del Tratado de París (1783), hubo que hacer frente a problemas más acuciantes, aunque no ajenos al tema. Uno de estos seguía siendo de tipo militar. En el verano de 1783, unos soldados que protegían a los cargos públicos de Filadelfia se amotinaron y amenazaron con alzarse en armas al no serles abonados unos atrasos de su paga. El Congreso, temeroso de las posibles repercusiones, corrió a disolver el Ejército Continental. Esta rápida transformación de soldados a otra vez ciudadanos, sin embargo, solo pudo lograrse de manera parcial. Muchos hombres se llevaron de su servicio militar recuerdos imborrables del precio de la libertad de Norteamérica. Este era un problema que la nueva nación tendría que tratar.

Entre 150.000 y 200.000 hombres sirvieron en los ejércitos revolucionarios –obviamente no todos al mismo tiempo, o Washington habría tenido las cosas mucho más fáciles–. De ellos, un tercio aproximadamente murieron o fueron heridos. Hubo en torno a unas 25.000 muertes relacionadas con el servicio en el ejército, más o menos uno de cada 10 que entraron en lucha, un equivalente per cápita de aproximadamente 2,5 millones de nuestros días. Las causas de las muertes fueron las típicas de las guerras de la época. Algo menos de 10.000 murieron directamente en combate, un número igual por enfermedades y, naturalmente, muchos veteranos de la revolución fallecieron antes de lo esperado debido a heridas y enfermedades que les causaron problemas de salud a largo plazo. En 1818, el Congreso tomó medidas para compensar a los veteranos supervivientes por medio de una ley de pensiones, las solicitudes para las cuales revelan el alcance de las lesiones sufridas. Pero los receptores de estas pensiones solo fueron la punta del iceberg del impacto físico a largo plazo de la revolución. Su impacto ideológico fue otra cuestión totalmente distinta. Al menos en teoría, el servicio en los ejércitos revolucionarios proporcionaba unos lazos entre las personas que de otro modo no habrían sido forjados. A pesar de la batalla de Washington contra los prejuicios locales, podría haberse esperado asimismo que la guerra despertase cierta conciencia de que había vida más allá de las

fronteras de cada estado, un mayor sentimiento hacia la nación en juego. Al mismo tiempo, los juramentos de lealtad implementados durante la revolución hacían referencia no a la nueva nación como una unidad, sino a cada estado individual. Aunque la viñeta de James Gillray había dado a entender que las colonias acababan de encontrar dicha unidad, algunos comentaristas de la época consideraron que esta era, en el mejor de los casos, una suposición prematura.

Dadas las circunstancias, la rapidez con la que el Congreso disolvió los ejércitos no resultó sorprendente, pero quizá envió un mensaje equivocado y reforzó la sensación de que, ahora que la guerra había terminado, la vida podía seguir como antes. Un exinspector de Sanidad del ejército, Benjamin Rush, expresó consternación al encontrar «tan extendido el entusiasmo por retirarse entre patriotas y héroes de guerra». Aquellos que habían dejado hacía nada sus armas, mantenía, «recuerdan a hábiles marineros que, tras haber hecho un gran esfuerzo para evitar que su barco se fuera a pique en una tormenta, en mitad del océano, se echan a dormir en cuanto el oleaje remite, y dejan sus vidas y propiedades, durante el resto del viaje, al cuidado de marineros sin conocimientos o experiencia».

«La guerra estadounidense ha terminado –reconocía Rush–, pero este dista de ser el caso de la Revolución estadounidense. Al contrario –recordaba a sus compatriotas–, únicamente ha concluido el primer acto del gran drama. Aún queda establecer y perfeccionar nuestras nuevas formas de gobierno; y preparar los principios, las normas morales y la educación de nuestros ciudadanos para esas formas de gobierno, una vez que hayan sido establecidas y llevadas a la perfección»[20].

El centro de las preocupaciones de Rush era la estructura de gobierno en la nueva nación. Este era un problema reconocido. De hecho, había estado en la raíz de muchas de las dificultades militares de Washington. El Congreso Continental había redactado los Artículos de la Confederación de los estados en 1777, pero estos conferían al Congreso unos poderes tan limitados que resultaban prácticamente inútiles. El Congreso podía, por ejemplo, sugerir a cada estado una suma necesaria para el mantenimiento de los ejércitos revolucionarios, pero los únicos con potestad para decidir si pagarían eran los propios estados. Si los Artículos no resultaron del todo adecuados para reclutar un ejército, tampoco estuvieron ciertamente a la altura de lo necesario para regir un país, especialmente uno tan inestable y

poco asentado como lo eran los Estados Unidos a comienzos de la posguerra. La lucha por la independencia había dejado a las antiguas colonias en un estado financiero lamentable, y la población en sí, como suele ocurrir después de cualquier guerra, estaba buscando nuevos hogares, expandiéndose más allá los Apalaches, internándose en los territorios de Kentucky y Tennessee. El propio Congreso, mismamente, apenas encontraba asiento fijo, trasladándose de Filadelfia en 1783 a Princeton, Annapolis y Trenton antes de hacer un alto, breve, en Nueva York en 1785. Entre traslado y traslado, empero, logró establecer algunas normas importantes para la expansión geográfica de la nación en forma de varias leyes territoriales promulgadas entre 1784 y 1787.

La primera de estas (1784), que fue elaborada por Jefferson, concedía la categoría de estado a un territorio una vez que su población alcanzase la de cualquiera de los 13 estados originales (60.000). Al año siguiente, bajo la Ley Territorial (Land Ordinance) de 1785, el Congreso comenzó a vender tierras, reservando algunas para los veteranos de la Guerra de Independencia y otra cierta cantidad de ellas para la construcción de escuelas. Según los términos de la Ley del Noroeste (Northwest Ordinance; 1787), se prohibió asimismo la esclavitud en los nuevos territorios. «No habrá esclavitud ni servidumbre forzosa en dicho territorio –establecía– salvo como pena de crímenes por los que la persona haya sido debidamente condenada.» Si bien los Artículos de la Confederación no funcionaron respecto a muchas otras cosas, aquí lograron su objetivo. La importancia de estas leyes territoriales no puede en ningún caso exagerarse. El precedente que sentaron –que los territorios se encontraban bajo el control del Congreso, no de estados individuales, y que a partir de ellos se crearían nuevos estados «en condiciones de igualdad con los estados originales» en vez expandir los ya existentes– estableció la base misma sobre la que la nación tomaría forma geográfica y política. La redacción de la Ley del Noroeste, con su énfasis en los derechos de hábeas corpus y tolerancia religiosa, hallaría eco en la Constitución y en sus 10 primeras enmiendas (la Carta de Derechos).

Pero una cosa era llevar los nuevos territorios bajo control central y otra muy distinta convertir sus poblaciones, y las de los 13 estados originales, en una unión nacional con un solo objetivo. Resultaba fundamental hallar algún medio para lograr esto, dada la inestabilidad económica y, en

consecuencia, social del país. Los agricultores, abrumados por las deudas, y los comerciantes, cuyo acceso al crédito que antes tenían asegurado en Europa ahora se les negaba, se sentían cada vez más frustrados y, aún peor, dispuestos a expresar esa frustración físicamente. El desafío más dramático a la autoridad sucedió en 1786 en Massachusetts, cuando un veterano del Ejército Continental, Daniel Shays, trató de apoderarse del arsenal federal en Springfield. La «rebelión de Shays», como pasó a ser conocida, fue sofocada por la milicia estatal. No llegó a suponer una amenaza seria para la ley y el orden, pero atrajo la atención de la gente, especialmente de hombres como Benjamin Rush. Este veía claramente la necesidad de mejorar el funcionamiento del gobierno central y, lo que era quizá más importante, de hacer que la población estadounidense entendiera la relevancia de la nueva república y aceptara las responsabilidades que requería «llegar a ser buenos republicanos».

En tiempos de la revolución ya se había propagado una sensación no tan clara de que para ser una nación había que dar una imagen acorde, y actuar y sonar como una. El Congreso Continental, de hecho, inició el proceso de diseño de lo que sería el Gran Sello de los Estados Unidos (figura 4.7) simultáneamente a la aprobación de la Declaración de Independencia de 1776. Pero la nueva nación requería algo más que el simbolismo de una firma oficial para validar su existencia. Necesitaba, naturalmente, una victoria militar, proporcionada por Washington, y una bandera (la *Stars and Stripes*, Barras y Estrellas), la cual, a pesar de las leyendas, no hizo Betsy Ross, sino que fue adoptada en 1777. También necesitaba, según Rush, quien escribió siglos antes de que se planteara la idea del capitalismo de imprenta como fuerza nacionalizadora, desarrollar periódicos y, de manera crucial, medios fiables de distribuirlos. Necesitaba extender el correo postal.

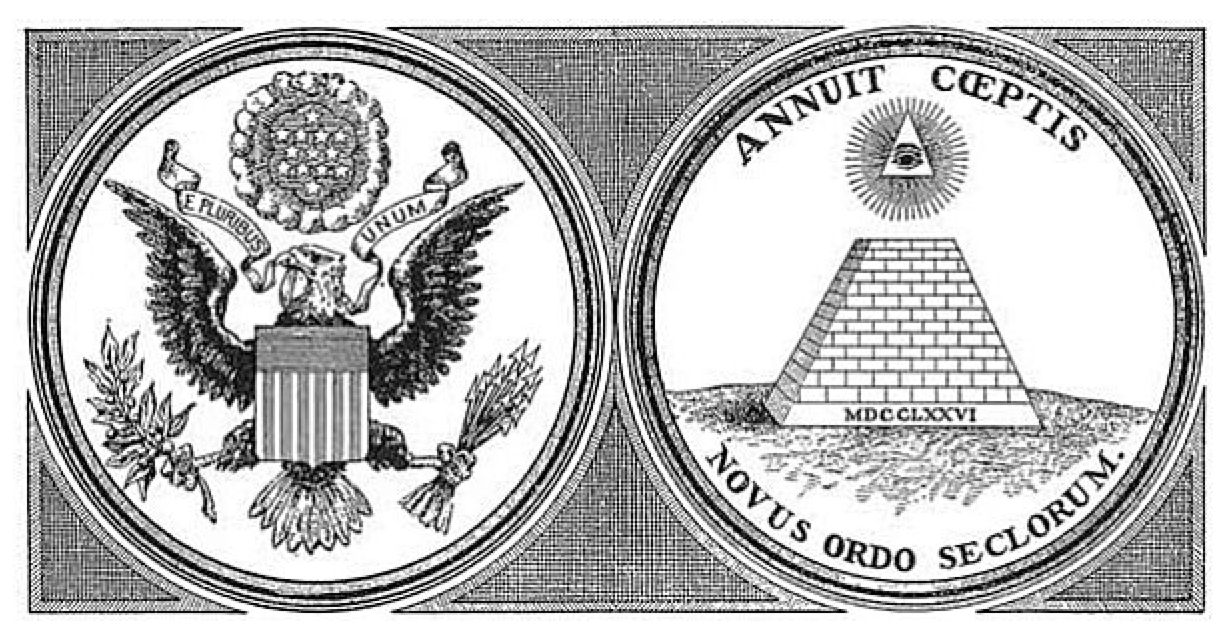


Figura 4.7. El Gran Sello de los Estados Unidos. El reverso no se utiliza como parte del sello oficial, pero sí aparece en el reverso de los billetes de un dólar (junto con el anverso del sello). *E Pluribus Unum*: «Uno a partir de muchos». *Novus Ordo Seclorum*: «Ha nacido un nuevo orden de los tiempos», de Virgilio, *Églogas* IV, 5. *Annuit cœptis*: «[La Providencia] aprueba nuestra empresa», de Virgilio, *Eneida* IX, 625. La simbología alude a las 13 colonias originales (13 estrellas, 13 barras, 13 niveles en la pirámide truncada, 13 flechas en la garra siniestra del águila, 13 hojas y olivas en la diestra). La fecha en la pirámide es 1776, el año de la Declaración de Independencia. El «Ojo de la Providencia» sobre la pirámide era un elemento habitual de la iconografía cristiana del siglo XVIII. La versión final del Gran Sello, después de que su diseño hubiera pasado por varios comités, fue encargada al secretario del Congreso Charles Thomson. Foto cortesía de www.istockphoto.com.

En la era actual de comunicaciones internacionales instantáneas, resulta fácil pasar por alto la profunda relevancia de la perspectiva de Rush en 1787. Pero para el desarrollo de la nación, su observación no era en absoluto trivial. Los periódicos, afirmaba Rush, no constituían solamente «el vehículo para la transmisión del conocimiento y la inteligencia» sino los mismísimos «centinelas de las libertades de» la nación, pero era el correo postal el que representaba el «auténtico cable no eléctrico del gobierno» y el «único medio de llevar calor y luz a cada individuo de la comunidad federal». La Constitución coincidió con Rush, al otorgar poder al Congreso para, entre muchas otras cosas, por supuesto, «establecer oficinas de correos y rutas postales». La importancia de las comunicaciones para la nueva nación fue reafirmada posteriormente con la Ley de Correos (Post Office Act) de 1792 y confirmada por un futuro juez del Tribunal Supremo, Joseph

Story, que en 1833 alabó el servicio postal de los Estados Unidos por la eficacia con la que «pone en contacto los lugares y las personas más distantes; de tal modo que alivia las ansiedades, intensifica los goces y reduce la soledad de millones de corazones»[21].

Efectivamente, los mismos periódicos distribuidos de un modo tan eficiente, como Rush esperaba, por el correo no se limitarían a transmitir una sensación de pertenencia a la nación en los artículos que publicasen, sino que también la reforzarían a través del idioma en el que estuviesen escritos dichos artículos. Si bien el núcleo étnico británico de la era colonial había asegurado el dominio lingüístico de este, llegado el periodo revolucionario, los estadounidenses estaban receptivos a los trabajos de Noah Webster, cuyo silabario de 1783 hacía hincapié en el modo en que la ortografía y la pronunciación inglesa y norteamericana estaban ya divergiendo, e instaba a los estadounidenses a «actuar como seres independientes», recordándoles que tenían «un imperio que levantar y sostener con vuestro esfuerzo, y un carácter nacional que establecer y extender». Los norteamericanos, aseguraba Webster, ya llevaban «siendo niños suficiente tiempo, sometidos al control y sirviendo a los intereses de un progenitor altivo»[22]. Pero si las antiguas colonias querían prestar atención a tales consejos, no bastaba simplemente con modificar la ortografía de los Artículos de la Confederación. El lenguaje mismo de la libertad tenía que ser consagrado y codificado en el corazón de la empresa nacional estadounidense.

No obstante, cuando la Convención Federal se reunió en Filadelfia en mayo de 1787, fue con la intención relativamente modesta de revisar los Artículos de la Confederación. La decisión de elaborar una Constitución completamente nueva surgió de las ideas políticas que compartían muchos de los delegados, ideas basadas tanto en la experiencia inglesa precedente como en la revolucionaria reciente. La convención estaba formada por miembros de la elite colonial, hombres que eran conscientes de, por no decir que temían, las implicaciones de acontecimientos como la rebelión de Shays, que se oponían rotundamente a la idea de que hubiera ejércitos permanentes y que habían expresado con claridad meridiana su postura respecto a la monarquía. De manera que se trataba de un grupo que recelaba en líneas generales de tener un exceso de democracia pero que estaba igualmente decidido a extenderla, si bien de forma controlada, por la

república. La postura de los Fundadores fue sintetizada a todos los efectos por el clérigo neoinglés Jeremy Belknap, quien sostenía, como es bien sabido, que debía «mantenerse como un principio que el gobierno emana del pueblo; pero este ha de aprender [...] que no es capaz de gobernarse a sí mismo». Lo que los Fundadores deseaban, en resumidas cuentas, era lo que se denomina una democracia indirecta, en la que los ciudadanos eligen representantes en vez de votar directamente en todos los asuntos. Los representantes disponibles, se daba confiadamente por hecho, saldrían de la elite. De modo que el abanico de opciones disponibles para un ciudadano sería ilimitado en teoría y bastante limitado en realidad, y por tanto seguro en la práctica.

El modelo político trazado por los Fundadores era, y es, bastante enrevesado. Se estructuraba sobre la premisa de una separación de poderes, o de «controles y equilibrios», tanto horizontal, entre gobierno federal y estado, como vertical entre las diversas ramas de gobierno: la ejecutiva (el presidente), la legislativa (el Congreso) y la judicial (el Tribunal Supremo). Las razones para asegurar que cada parte del gobierno pudiera mantener vigilada a cada una de las demás y de que ninguna de ellas pudiese imponerse provenían de la actitud ambivalente de los Fundadores hacia la naturaleza humana. De hecho, la simbología del Gran Sello la recogía, pues el águila sostiene en equilibrio, en una garra, la rama de olivo de la paz y, en la otra, las flechas de la guerra. Esto puede tomarse como una simple representación de la postura pública preferida por cualquier nación –deseosa de paz y capaz de conflicto– pero revela igualmente una perspectiva desconfiada, aunque seguramente realista, de la gente y de su relación con el poder. Así veían los Fundadores a las masas cuyos derechos pretendían ampliar. En lo que respectaba al poder político, los Fundadores pudieron mirar a la cara a varias verdades evidentes y tratarlas directamente.

Por lo demás, los delegados que se reunieron en Filadelfia demostraron una notable timidez, especialmente en lo relacionado con un tipo distinto de poder: el del amo sobre el esclavo. Su rígida creencia en la propiedad constituía parte del problema aquí. Libertad y propiedad estaban unidas de un modo inextricable en su visión del mundo, y como los esclavos eran una propiedad, la abolición inmediata no parecía ser una opción. Los acuerdos alcanzados respecto a esta cuestión eludieron a efectos prácticos el

problema. Al buscar una salida de compromiso entre los que se oponían a la esclavitud y sus defensores, la Constitución dejó a la nueva nación entre dos aguas y a las generaciones futuras con la tarea de decidir, exactamente, cómo resolver su indefinición.

Para complacer a los críticos con la esclavitud, la Constitución declaraba que la «migración o importación de tales personas que cualquiera de los estados ya existentes considere apropiado admitir no será prohibida por el Congreso antes del año mil ochocientos ocho». En resumen, que el comercio de esclavos con el extranjero se aboliría en 1808. Entretanto, escapar a un estado menos receptivo a la esclavitud no sería una opción para los esclavos, puesto que la Constitución, en deferencia a los defensores de la institución, también establecía que «ninguna persona sujeta a servicio o trabajo en un estado, por las leyes del mismo, que escapase a otro, será [...] liberado de tal servicio o trabajo, sino que será entregado bajo demanda de la parte a la que pueda deberse dicho servicio o trabajo». Esta cláusula sobre esclavos fugitivos de la Constitución dejaba claro que los amos podían perseguir y recuperar a cualquier esclavo fugado. Pero ni siquiera esto era suficiente para algunos delegados de las colonias sureñas, que querían tenerlo todo. Aunque veían a sus esclavos como propiedades, encontraron conveniente afirmar su humanidad en lo relativo a la representación en los órganos legislativos. Los pueblos nativos fueron excluidos a este respecto al alegarse que no pagaban impuestos, pero se hizo que los esclavos contaran como tres quintos de una persona libre. El Sur, en resumidas cuentas, podía poseer esclavos como si fuesen propiedades y aun así contarlos como personas.

El que el lenguaje legislativo empleado en algunas de estas cláusulas pueda parecer incluso más oscuro de lo habitual fue algo totalmente deliberado. En su descripción de los debates a un corresponsal en Londres, Benjamin Rush había señalado, con cierta causticidad, que «en esta constitución no se hablaba de “negros” ni de “esclavos”, únicamente porque se pensaba que ya solo estas palabras contaminarían la gloriosa estructura de la libertad y el gobierno estadounidense. Así pues –observaba–, ya ves que la nube que hace unos años cabía en la palma de un hombre ha descendido cargada de rocío hasta cubrir cada rincón de nuestra tierra»[23].

Rush era, como de costumbre, un comentarista profético. La Convención Constitucional había ideado una estructura de gobierno que demostraba –y

que aún revela– el grado de sagacidad política de los Fundadores, su destreza intelectual y la flexibilidad de su visión para la nueva república. La propia Constitución pasó a ser uno de los documentos que definirían la identidad nacional de los Estados Unidos, su nacionalismo, notable por su persistente capacidad para adaptarse a las cambiantes circunstancias de la vida política y social estadounidense desde 1787. Sin embargo, puede que los Fundadores confiaran demasiado en que los compromisos alcanzados respecto a la esclavitud se mantendrían. Al tener como predecesora la Declaración de Independencia, que planteaba una versión más expansiva de la libertad, la Constitución no sería el único documento que definiría la nación que estaba surgiendo. Cuando los delegados se preparaban ya para dejar Filadelfia a mediados de septiembre de 1787, el debate sobre la Constitución que habían redactado todavía no estaba cerrado, y la polémica en torno a las implicaciones de la Declaración de Independencia no había hecho más que empezar.

[1] A. Lincoln, «Address at Sanitary Fair, Baltimore, Maryland», 18 de abril de 1864, en R. Basler (ed.), *The Collected Works of Abraham Lincoln*, 11 vols., New Brunswick (NJ), Rutgers University Press, 1953, VII, pp. 301-302.

[2] T. Jefferson, *A Summary View of the Rights of British America*, 1774, disponible, entre otros sitios electrónicos, en: http://libertyonline.hypermall.com/Jefferson/Summaryview.html (2 de diciembre de 2009).

[3] T. Jefferson, *Notes on the State of Virginia*, Londres, John Stockdale, 1787, pp. 270, 271-272.

[4] Declaración de Independencia (borrador), en J. P. Boyd (ed.), *The Papers of Thomas Jefferson*, vol. 1, 1760-1776, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1950, pp. 246-247.

[5] S. Johnson, «Taxation No Tyranny: An Answer to the Resolutions and Address of the American Congress», en *The Works of Samuel Johnson*, vol. 14, Nueva York, Pafraets & Company, 1913, pp. 93-144.

[6] P. Wheatley, *Poems on Various Subjects, Religious and Moral*, Londres, 1773, p. 7.

[7] J. Woolman, *Journal of John Woolman*, disponible en: http://etext.lib.virginia.edu/toc/modeng/public/WooJour.html (29 de noviembre de 2009), capítulo VII, p. 251; J. Woolman, «Considerations on Keeping Negroes», parte II, 1762, citado en D. G. Houston, «John Woolman's Efforts in Behalf of Freedom», *Journal of Negro History* 2 (abril 1917), pp. 126-138, 135, n. 24.

[8] E. L. Pinckney al Sr. Morley, 14 de marzo de 1760; a la Sra. Evance, 15 de marzo de 1760, en W. A. Link y M. S. Wheeler, *The South in the History of the Nation*, vol. 1, Boston y Nueva York, Bedford/St. Martin's, 1999, pp. 72, 74-75.

[9] D. Boorstin, *The Americans: The Colonial Experience*, Nueva York, Random House, 1958, p. 351.

[10] E. Baldwin, *The Duty of Rejoicing Under Calamities and Afflictions*, Nueva York, Hugh Gaine, 1776, pp. 21-22.

[11] Samuel Ward a Henry Ward, 11 de noviembre de 1775, en *Letters of Delegates to Congress*, disponible en: http://memory.loc.gov./cgi-bin/query/r?ammem/hlaw:@field(DOCID±@lit(dg002322)) (20 de diciembre de 2009).

[12] J. Doddridge, *Notes on the Settlement and Indian Wars of the Western Parts of Virginia and Pennsylvania from 1763 to 1783*, Pittsburgh (PA), Ritenour and Lindsay, 1912, p. 142.

[13] George Washington a Meshech Weare *et al.*, «Circular Letter on Continental Army», 18 de octubre de 1780, en *The George Washington Papers*, Biblioteca del Congreso, disponible en: http://memory.loc.gov/ammem/gwhtml/gwhome.html (27 de diciembre de 2009).

[14] George Washington al Congreso Continental, 16 de diciembre de 1776; a Meshech Weare *et al.*, 18 de octubre de 1780, en *The George Washington Papers*.

[15] George Washington al Congreso Continental, 23 de diciembre de 1776, en *The George Washington Papers*.

[16] George Washington a Henry Laurens, 14 de noviembre de 1778, en *The George Washington Papers*.

[17] George Washington al Congreso Continental, 20 de diciembre de 1776; a John Sullivan, 17 de diciembre de 1780, en *The George Washington Papers*.

[18] H. Clinton, nota sobre una conversación del 7 de febrero de 1776, citada en S. Conway, «To Subdue America: British Army Officers and the Conduct of the Revolutionary War», *William and Mary Quarterly* 43, 3 (julio 1986), pp. 381-407, cita p. 381.

[19] George Washington a John Banister, 21 de abril de 1778, en *The George Washington Papers*.

[20] B. Rush, «Address to the People of the United States», *American Museum*, Filadelfia, enero de 1787.

[21] J. Story, *Commentaries on the Constitution of the United States, a Preliminary Review of the Constitutional History of the Colonies and States, before the Adoption of the Constitution*, Boston, Hilliard, Gray and Company; Cambridge, Brown, Shattuck and Co., 1833, vol. 3, secc. 1120.

[22] N. Webster, *American Magazine*, 1788; citado en H. Kohn, *American Nationalism: An Interpretative Essay*, Nueva York, Collier Books, 1961, p. 57.

[23] Benjamin Rush al Dr. John Coakley Lettsom, 28 de septiembre de 1787, citado en J. P. Kaminski, *A Necessary Evil? Slavery and the Debate over the Constitution*, Lanham (MD), Rowman and Littlefield, 1995, p. 117.

5
La última y mejor esperanza de la tierra: hacia la segunda revolución estadounidense

> Sabemos cómo salvar la Unión. El mundo sabe que lo sabemos. Nosotros –incluso los que estamos aquí– tenemos el poder, y cargamos con la responsabilidad. Al dar libertad al esclavo, garantizamos la del hombre libre, honrados tanto por lo que damos como por lo que conservamos. Salvaremos noblemente, o perderemos vilmente, la última y mejor esperanza de la tierra.
>
> ABRAHAM LINCOLN, *Mensaje anual al Congreso*, 1862.

Benjamin Rush había descrito la conclusión de la Guerra de Independencia estadounidense como únicamente el final del primer acto del drama republicano. La redacción de la Constitución distaba, similarmente, de ser la última palabra sobre la estructura administrativa y política de la nueva nación. Las viñetas de la época presentaban a «Estados Unidos triunfante» (figura 5.1), pero con el triunfo llegó la confusión. Del mismo modo que la eliminación de la amenaza francesa en 1763 había proporcionado espacio a las colonias para considerar la situación de sumisión a la «madre patria» en que creían estar, la salida de Gran Bretaña del escenario norteamericano dejó a la nueva república sola para discutir consigo misma. Esto resultaba potencialmente problemático. El gobernador Morris, al cual se atribuye frecuentemente la redacción de las famosas líneas que comienzan con «Nosotros, el pueblo», había advertido durante la Convención Constitucional de que este «país debe ser unificado. Si la persuasión no lo consigue, la espada lo hará»[1]. Ninguno de los Padres Fundadores trató de negarlo, pero intentaron ser realistas. Una de las diferencias, y no la menor de ellas, entre los Artículos de la Confederación y la Constitución era el reconocimiento de que en la creación de una unión federal, la unanimidad no era una opción viable.



Figura 5.1. «Estados Unidos triunfante y Gran Bretaña desolada.» Frontispicio de *Weatherwise's Town and Country Almanac*, Boston, 1782. Cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZC4-5275).

La enmienda de los Artículos requería el acuerdo de las 13 colonias, pero solo hacía falta que nueve de ellas firmaran la Constitución para que esta última entrase en vigor. Algunas corrieron inmediatamente a coger la pluma. Pensilvania y Connecticut ratificaron el documento mediante una decisión aprobada por mayoría, y Nueva Jersey, Delaware y Georgia lo hicieron unánimemente. Otros estados se mostraron dubitativos. Massachusetts reconoció la autoridad de la Constitución por solo un estrecho margen de votos tras un prolongado debate. Otros tenían menos problemas con ella, pero aun así leyeron cuidadosamente la letra pequeña antes de firmar. Cuando Maryland, Carolina del Sur y Nuevo Hampshire se

unieron, la Constitución logró los nueve apoyos que necesitaba. Desafortunadamente, dos de los estados más tardíos, Virginia y Nueva York, figuraban también entre los más poderosos. Sin ellos, ser nueve, en realidad, no bastaba.

Las disensiones y desacuerdos sobre la Constitución no tenían en modo alguno un carácter regional. No existía una división entre Norte y Sur en esta materia, como después sí habría respecto a tantas otras cosas. Tampoco era una cuestión de riqueza, aunque aquellos que apoyaron con más fuerza la nueva Constitución, como aquellos que la redactaron en primer lugar, eran, como se les describía popularmente, «caballeros acaudalados y de prestigio». Entre quienes más recelaban de sus posibles repercusiones había pequeños propietarios pero también opulentos terratenientes. En resumen, la cuestión no tenía que ver en absoluto ni con el estado ni con el estatus, sino que se reducía a dos interpretaciones contrapuestas de cómo debía ser el gobierno. Los bandos contendientes, federalistas (a favor de la Constitución) y antifederalistas, se enfrentaron realmente por el alcance, y los peligros, del poder centralizado.

Los federalistas –hombres como George Washington, Benjamin Franklin, el virginiano James Madison, el antiguo edecán de Washington Alexander Hamilton y el expresidente del Congreso Continental John Jay– creían en el poder de la Constitución para proteger a los ciudadanos estadounidenses de los excesos del poder político. Entre los antifederalistas había líderes revolucionarios como Samuel Adams, Patrick Henry, John Hancock o Richard Henry Lee. Por supuesto, la moción presentada por Lee en el Segundo Congreso Continental de que «estas colonias son, y por derecho deberían ser estados libres e independientes [...] absueltos de toda lealtad a la Corona británica» era la que había iniciado el proceso que había conducido al punto muerto en que se hallaban.

Los antifederalistas eran más escépticos respecto a esas garantías constitucionales que, según sus oponentes les aseguraban, había en el texto. Tenían miedo de que los derechos individuales de los ciudadanos se viesen sometidos a los intereses económicos y a la influencia política de las elites mercantiles. Muchos sureños blancos sospechaban que tales intereses podían igualmente amenazar los suyos propios. Aquellos que deseaban abolir la esclavitud consideraban que la Constitución protegía demasiado la institución. Los que deseaban mantenerla temían que el fin del comercio de

esclavos con el extranjero en 1808 fuese el primer paso en el camino a la abolición. Algunos, como el propietario de esclavos virginiano George Mason, hasta se las arreglaban para mantener ambas perspectivas simultáneamente.

Para los federalistas, la Constitución ofrecía la protección necesaria frente a y del gobierno; para los antifederalistas, era en cierto sentido la suma de todos sus miedos por el futuro de la nación. Los primeros, no obstante, al estar impulsados por el anhelo de alcanzar un objetivo en vez de por el pánico, elaboraron una exhaustiva argumentación a favor de la Constitución, una que a los antifederalistas les fue al final imposible refutar. El poder de la palabra escrita, como había ocurrido en la Norteamérica colonial, resultó crucial en esta fase inicial de lo que los historiadores denominan la «República Temprana». Tres de los federalistas, Hamilton, Jay y Madison, escribieron y publicaron, bajo el pseudónimo de Publius, lo que acabó por conocerse como los *Federalist Papers* en 1788. Esta colección de 85 ensayos que aparecieron originalmente en los periódicos de Nueva York son vistos hoy, de forma justificada, como la piedra de toque de la perspectiva política estadounidense. En ellos, no solo aparecía definida la postura federalista, sino también refinada.

De manera poco sorprendente, dada la experiencia colonial, muchos de los argumentos iniciales presentados en los *Federalist Papers* tenían que ver con la perniciosa influencia de la guerra y de las injerencias extranjeras. Sin un gobierno central fuerte, sin una Unión totalmente operativa, sostenía Hamilton en *Federalist* n.º 6, los estadounidenses quedarían peligrosamente «expuestos» a las «armas y artimañas de las naciones extranjeras». Al mismo tiempo, era consciente del riesgo «producido por las disensiones entre los propios estados, y por facciones y convulsiones dentro de nuestras fronteras». «Una Unión sólida –insistía– será sumamente importante para la paz y libertad de los estados»[2].

Madison, otro coautor de los *Federalist Papers*, tenía sus propias ideas respecto a cómo podía lograrse y mantener sólida esa Unión. En tanto que Rush había hecho hincapié en la necesidad de mejorar «los principios, las normas morales y la educación» de los ciudadanos para construir el edificio republicano, Madison tenía una visión bastante más pragmática de la naturaleza humana. Puesto que creía que las «causas de la discordia» no eran un problema específicamente estadounidense, sino que estaban «dentro

de la semilla del hombre», veía la expansión de la nueva república –geográfica y demográficamente– y la estructura constitucional como las garantías gemelas para su futuro. «Si abres el campo –mantenía– abarcas una mayor variedad de grupos e intereses; haces menos probable que una mayoría del conjunto tenga un motivo común para invadir los derechos de otros ciudadanos; o de existir un motivo común así, será más difícil para todos los que lo perciben descubrir su propia fuerza, y actuar conjuntamente»[3].

La seguridad, para Madison, residía en el número. Aunque expresado en el lenguaje de la teoría política, planteaba lo que era a efectos prácticos una seguridad estadística por medio de la cual ningún individuo quedaría desprotegido, sin que hubiera una alta probabilidad de que alguno de los grupos impusiera su perspectiva, fuese religiosa, regional o económica, sobre el conjunto. Los antifederalistas no estaban convencidos. En un intento de rebatir los argumentos de los *Federalist Papers,* advirtieron que «al dar forma a una Constitución [...] se debería poner gran cuidado en limitar y definir sus poderes, ajustar sus partes, y proteger contra el abuso de autoridad». Si existía una verdad «evidente de que todos los hombres son libres por naturaleza», de ello se colegía que los hombres no debían «asumir o ejercer autoridad sobre los demás», mantenían. Por el contrario, el «origen de la sociedad» no radicaba en la autoridad sino en «el consenso de aquellos que se asocian» voluntariamente[4].

Si bien a veces se los describía, en tono desdeñoso, como «hombres de poca fe», la perspectiva antifederalista consistía simplemente en que depositaban su fe en el individuo en vez de en la institución, en el ciudadano en vez de en la Constitución, y deseaban conservar tanto poder como fuese posible en los distintos estados individuales en vez de cederlo totalmente a un gobierno central. Aun así la fe federalista resultó, al final, la más convincente, quizá porque ofrecía mucho más. Tal como lo expresó James Wilson en el proceso de convencer a sus paisanos de Pensilvania para que ratificaran la Constitución, «al adoptar este sistema, nos convertimos en una nación; ahora mismo no lo somos. ¿Podemos –preguntaba– llevar a cabo una acción nacional unida? ¿Podemos hacer algo para procurarnos dignidad, o para preservar la paz y la tranquilidad?».

Sin la Constitución, prevenía Wilson, los «poderes de nuestro gobierno son mera palabrería». Sin ella, los Estados Unidos no podrían ni defenderse

ni desarrollarse. De hecho, sería incapaz de «sacar una sola roca del lecho de un río». Con la Constitución instaurada, sin embargo, las rocas y los ríos pasarían a ser los ladrillos y los conductos de una gran nación. Pero Wilson fue más allá. Al convertirse en una nación, predecía, los norteamericanos «forjarían asimismo un carácter nacional», y no uno cualquiera, sino uno moldeado por la misma Constitución que entonces estaban discutiendo. Cada nación, aseveraba, «debería poseer originalidad», pero Estados Unidos conservaba una influencia excesivamente grande de las costumbres y hábitos de otras. Su sistema de gobierno la diferenciaría. Por medio de ella, prometió Wilson, Estados Unidos podría situarse a la cabeza del mundo en «importancia nacional»[5].

Resultaba difícil resistirse a una posibilidad como esa. Los argumentos de Wilson ayudaron a lograr la adhesión de Pensilvania, como también hicieron los de sus colegas federalistas en Virginia en junio de 1788 y en Nueva York en julio. Para finales de ese mismo año, solo Carolina del Norte y Rhode Island seguían bregando con la idea de la Constitución, aunque se había alcanzado la mayoría necesaria para ganar la votación. Los federalistas se habían llevado el gato al agua. Como una viñeta de la época revelaba (figura 5.2), la mayoría de los «pilares federales» estaban colocados, y si Norteamérica no era aún una nación, «estos Estados Unidos» disponían al menos de una forma de gobierno funcional y pronto, tras las elecciones nacionales declaradas para enero de 1789, tendrían su primer presidente, el hombre que había logrado su independencia: George Washington.

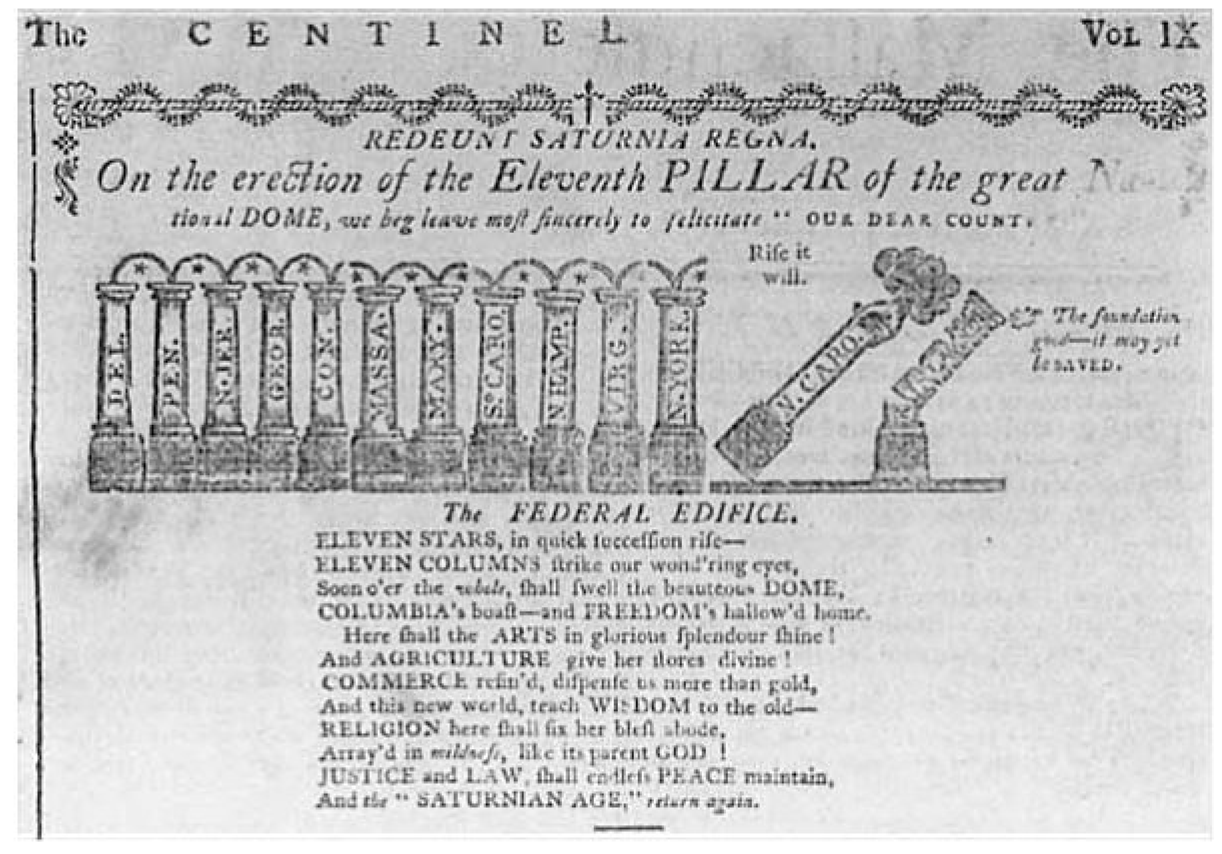


Figura 5.2. «Los Pilares Federales», 2 de agosto de 1788. Este es el tercer y último grabado de una serie publicada en *The Massachusetts Centinel* los días 16 de enero, 11 de junio y 2 agosto de 1788. El primero tenía por título «Unidos vencerán, divididos caerán», y mostraba la columna de Massachusetts siendo guiada por una mano celestial al lado de las columnas que representaban a Delaware, Pensilvania, Nueva Jersey, Georgia y Connecticut. El segundo, titulado *«Redeunt Saturnia Regna»* («Vuelven las reglas respetadas», de la cuarta *Égloga* de Virgilio, como la divisa del Gran Sello), presentaba unos pilares que representaban a Maryland y Carolina del Sur y al de Virginia siendo cuidadosamente colocado en su sitio. Este último grabado, también titulado *«Redeunt Saturnia Regna»* muestra 11 pilares ya colocados, incluyendo los de Nuevo Hampshire y Nueva York, y refuerza el mensaje de que Norteamérica es el «hogar sagrado de la libertad» y de que la ratificación de la Constitución traerá el retorno de la «Era de Saturno» (o Edad Dorada). La «mano divina» está en pleno levantamiento del duodécimo pilar, que representa a Carolina del Norte. Para entonces, solo Rhode Island, como muestra la ilustración, estaba en peligro de desplomarse pero, según aclara el comentario, «siendo buenos los cimientos, todavía puede salvarse». Grabado por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-45591).

La derrota de los antifederalistas en lo relativo a la Constitución no fue el fin de la cuestión. Si bien no habían conseguido evitar su ratificación, los antifederalistas fueron al menos capaces de asegurar su modificación casi inmediata. Una de sus preocupaciones constantes respecto a la Constitución

tal como fue redactada en Filadelfia era la ausencia de una Carta de Derechos. Algunos de los federalistas ponían en duda que un añadido así fuese eficaz en la protección de los derechos individuales mucho más de lo que ya lo era la Constitución, entonces o en el futuro. En *Federalist* n.º 48, Madison se había mostrado contrario específicamente a otorgar demasiada «confianza a estas barreras de pergamino enfrentadas al espíritu sin fronteras del poder»[6]. No obstante, en deferencia a las preocupaciones antifederalistas, el primer Congreso aprobó una Carta como la propuesta que comprendía 10 enmiendas en 1791. Estas enmiendas, diseñadas para poner freno a cualquier abuso del poder central, protegían la libertad de expresión, prensa y religión (artículo I), establecía el derecho de los ciudadanos a portar armas al servicio de la milicia (artículo II) y trataba cuestiones generales que llevaban pendientes desde la época colonial, como el acuartelamiento de las tropas y los «registros y confiscaciones poco razonables» (artículos III y IV). También trataban de garantizar la imparcialidad de los procesos penales al impedir que los ciudadanos pudieran ser juzgados dos veces por el mismo crimen, obligados a testificar en su contra (de ahí la frase «acogerse a la Quinta Enmienda») o pudieran sufrir «castigos crueles y fuera de lo habitual» (artículos V, VI, VII y VIII).

Algunas de las enmiendas representaban cambios absolutamente drásticos respecto de los precedentes ingleses, en particular de la Carta de Derechos inglesa de 1689, que habían dado forma en primer lugar al concepto mismo de una Declaración o Carta de Derechos. La Carta de Derechos inglesa también establecía una libertad frente a la autoridad monárquica (o central), recogía el derecho de los protestantes a portar armas y protegía la libertad de expresión. Los norteamericanos, sin embargo, no se habían liberado del control colonial simplemente para imitar las formas y funciones de la vida y el gobierno inglés. La estricta separación entre Iglesia y Estado establecida con el vocabulario completamente seglar de la Constitución, y reforzada a través de la Primera Enmienda, constituía la desviación más significativa respecto de las normas tradicionales. En la práctica, por supuesto, apenas sirvió para reducir la influencia de la elite en su mayoría blanca y protestante que acabaría por dominar la vida política estadounidense.

Junto con la promulgación de la Carta de Derechos, el primer Congreso de los Estados Unidos intentó tomar medidas encaminadas a la

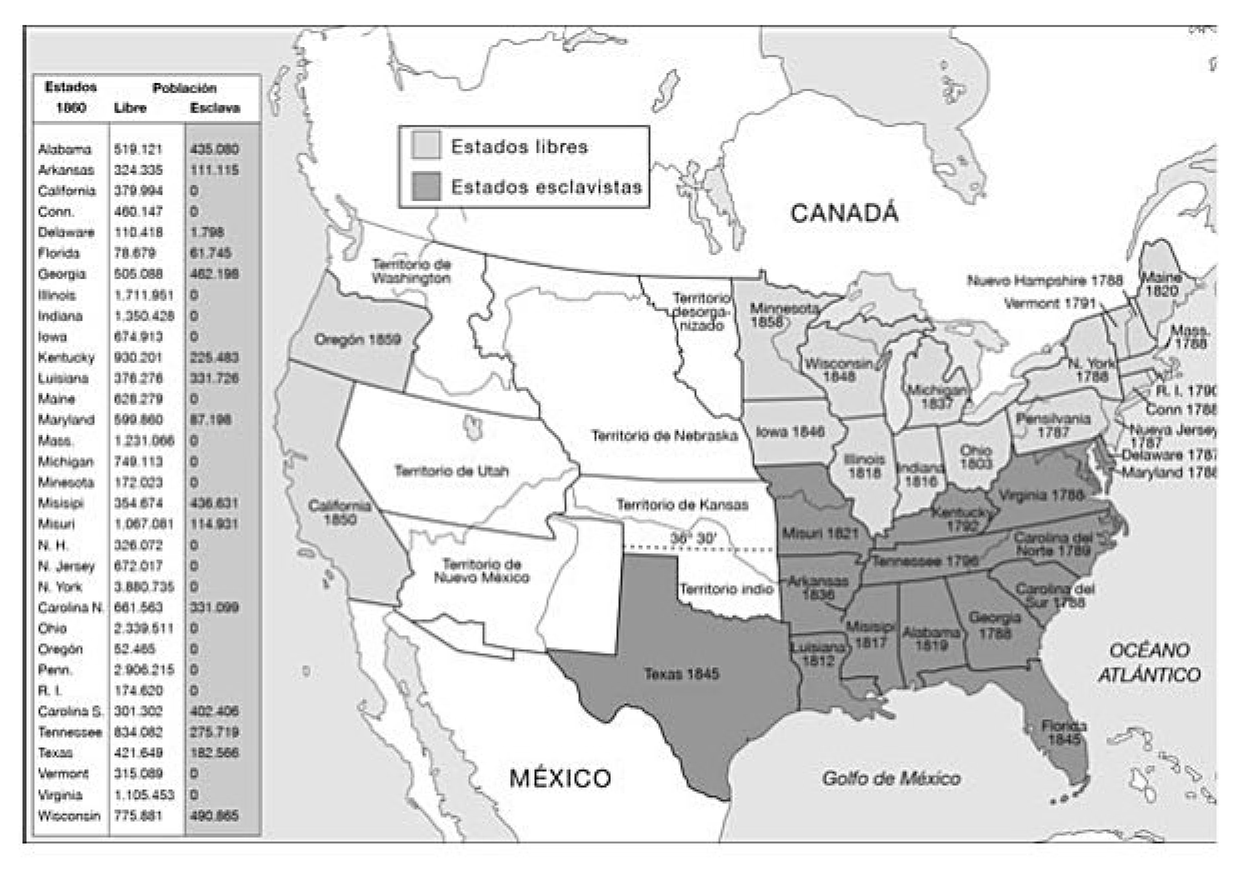
cuantificación de a quiénes, exactamente, iba a proteger dicha Carta, y autorizó el primer censo oficial para 1790. Lo que este reveló fue que la población de los Estados Unidos, sin contar a los pueblos nativos, era de unos cuatro millones de personas, de los cuales algo más de tres millones fueron clasificados como hombres libres y unos 700.000 como esclavos. La mitad de esta población vivía en el Sur, el cual albergaba a la mayoría de los esclavos de la nación. Virginia seguía siendo el estado más grande, con una población superior a 700.000 personas, casi el doble de la del segundo, Pensilvania, con unas 400.000. Rhode Island, que todavía tenía que ingresar oficialmente en la Unión a fecha del censo, era el más pequeño, con una población residente de algo menos de 70.000.

El ritmo de crecimiento de los Estados Unidos fue al principio relativamente lento. Una década después del primer censo, la población había aumentado en unos 1,5 millones, y el número de esclavos en algo menos de 200.000, y la década siguiente vio aumentos similares en términos demográficos. La tierra era otra cuestión. En 1803, Jefferson cerró la «Compra de la Luisiana», la adquisición de unos 2.145.000 km2 que formaban el territorio francés de Louisiane. Como resultado de esta oportuna compra –la cual fue una ganga, hay que decir–, Estados Unidos llegaría a crear hasta 14 estados y Canadá las provincias de Alberta y Saskatchewan. Debido a ello, para 1820, tanto el territorio del país como su población se habían duplicado respecto a 1790. El número de esclavos superaba ahora los 1,5 millones y a las 13 colonias originales se habían unido otras 10 (Vermont, 1791; Kentucky, 1792; Tennessee, 1796; Ohio, 1802; Luisiana, 1812; Indiana, 1816; Misisipi, 1817, Illinois, 1818; Alabama, 1819 y Maine, 1820).

El censo de 1790 había revelado que algo más del 3 por 100 de los estadounidenses vivía en ciudades o pueblos de gran tamaño. En 1820, eran más del 7 por 100; en 1860, casi el 20 por 100. Solo en la década de 1840, la población urbana de los Estados Unidos creció de 1.843.500 a 3.548.000: un aumento del 92 por 100. En el marco de un crecimiento tan rápido, lugares que en 1810 eran poco más que pueblos fronterizos se convirtieron en florecientes ciudades. Cincinnati, por ejemplo, la «localidad urbana» más pequeña en el censo de 1810 con 2.500 habitantes, pasó a ser en menos de una década una ciudad con el triple de población. En apenas 10 años más, figuraba entre las 10 ciudades más pobladas de los Estados Unidos, y

al llegar la Guerra de Secesión, su población sobrepasaba las 160.000 personas.

A partir de 1830, la combinación de inmigración y aumento demográfico natural hizo que el crecimiento de la población estadounidense estuviera en torno al 35 por 100 por década. Ya solo la inmigración representó un aumento de 1,75 millones entre 1840 y 1850; la década siguiente, llegaron más de 2,5 millones de inmigrantes al país. Para 1860, había casi 32 millones de personas viviendo en los EEUU, sin contar a las pertenecientes a las tribus indígenas, y más del 10 por 100 de ellas –casi 4 millones– eran esclavos. Esta población, para entonces, estaba repartida por 33 estados (figura 5.3). A los 23 existentes en 1820 se les habían unido Misuri (1821), Arkansas (1836), Michigan (1837), Florida y Texas (1845), Iowa (1846), Wisconsin (1848), California (1850), Minnesota (1858) y Oregón (1859). Muchos de estos nuevos estados estaban en el oeste, al otro lado de la cordillera de los Apalaches-Allegheny. En 1860, de hecho, más de la mitad de los habitantes de los Estados Unidos residían en el oeste, y un gran número de los que no tenían en perspectiva hacerlo en el futuro.



Estados 1860	Población Libre	Esclava
Alabama	519.121	435.080
Arkansas	324.335	111.115
California	379.994	0
Conn.	460.147	0
Delaware	110.418	1.798
Florida	78.679	61.745
Georgia	505.088	462.198
Illinois	1.711.951	0
Indiana	1.350.428	0
Iowa	674.913	0
Kentucky	930.201	225.483
Luisiana	376.276	331.726
Maine	628.279	0
Maryland	599.860	87.198
Mass.	1.231.066	0
Michigan	749.113	0
Minesota	172.023	0
Misisipi	354.674	436.631
Misuri	1.067.081	114.931
N. H.	326.072	0
N. Jersey	672.017	0
N. York	3.880.735	0
Carolina N.	661.563	331.099
Ohio	2.339.511	0
Oregón	52.465	0
Penn.	2.906.215	0
R. I.	174.620	0
Carolina S.	301.302	402.406
Tennessee	834.082	275.719
Texas	421.649	182.566
Vermont	315.089	0
Virginia	1.105.453	0
Wisconsin	775.881	490.865

Figura 5.3. Mapa con las poblaciones de los estados esclavistas y no esclavistas.

Un aumento demográfico tan espectacular podría haber sobrepasado incluso las expectativas de Madison, pero trajo consigo una serie de problemas totalmente nuevos para una nación que todavía estaba adaptándose en un sentido social, político, económico y cultural. La Ley del Noroeste (1787) había pretendido imponer un cierto grado de regulación republicana en la migración hacia el oeste de una población principalmente blanca y libre. Mas los estadounidenses no se estaban expandiendo únicamente en dirección noroeste. La menos célebre Ley del Suroeste (Southwest Ordinance) de 1790 sentó un precedente ligeramente diferente, y transmitió un mensaje muy distinto. Esta legislación aplicable al Territorio del Sudoeste, que terminó por convertirse en el estado de Tennessee, era idéntica en todos los aspectos a la establecida en la Ley del Noroeste tres años antes, con una notable excepción: no prohibía la esclavitud. A todos los efectos, se iniciaron dos procesos paralelos en estas leyes territoriales del siglo XVIII: uno reflejaba un programa del norte para la

expansión norteamericana, y hacía hincapié en la libertad; el otro era una variante sureña que anticipaba la extensión de la esclavitud. Al ser paralelos, nunca llegarían a encontrarse.

Estos desarrollos contradictorios ponían de relieve el hecho de que en sus primeros años Estados Unidos era, en muchos aspectos decisivos, una nación sin nacionalismo, o por lo menos sin un nacionalismo centralizado. Pese a las expectativas de los federalistas, los estadounidenses de la República Temprana estaban más cercanos a los supuestos antifederalistas en lo relativo a la cohesión social. Norteamérica era una tierra cuya población manifestaba expectativas de igualitarismo –para los blancos– aunque la movilidad social no siempre estuviese a la par con su variante geográfica en términos de rapidez y expansión. Lo que sí se expandían eran las ideas, ideas que surgían de los púlpitos y las cámaras políticas, y que se propagaban y debatían en los numerosos periódicos, libros, folletos y revistas de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

La población de Estados Unidos estaba en una buena situación en este sentido. Los índices de alfabetización eran más altos que en algunos países europeos. Las estimaciones para Nueva Inglaterra sugieren que en tiempos de la revolución, aproximadamente el 90 por 100 de los adultos sabía leer y escribir hasta cierto punto. Puede que no sorprenda, por tanto, que este periodo viera el nacimiento y expansión de un amplio abanico de asociaciones de voluntarios, privadas, profesionales (figura 5.4), religiosas y –cada vez en mayor número– políticas, cuyos miembros, ya familiarizados con las asambleas municipales y los debates en las tabernas, buscaban desarrollar el nuevo imperativo nacional a nivel local.

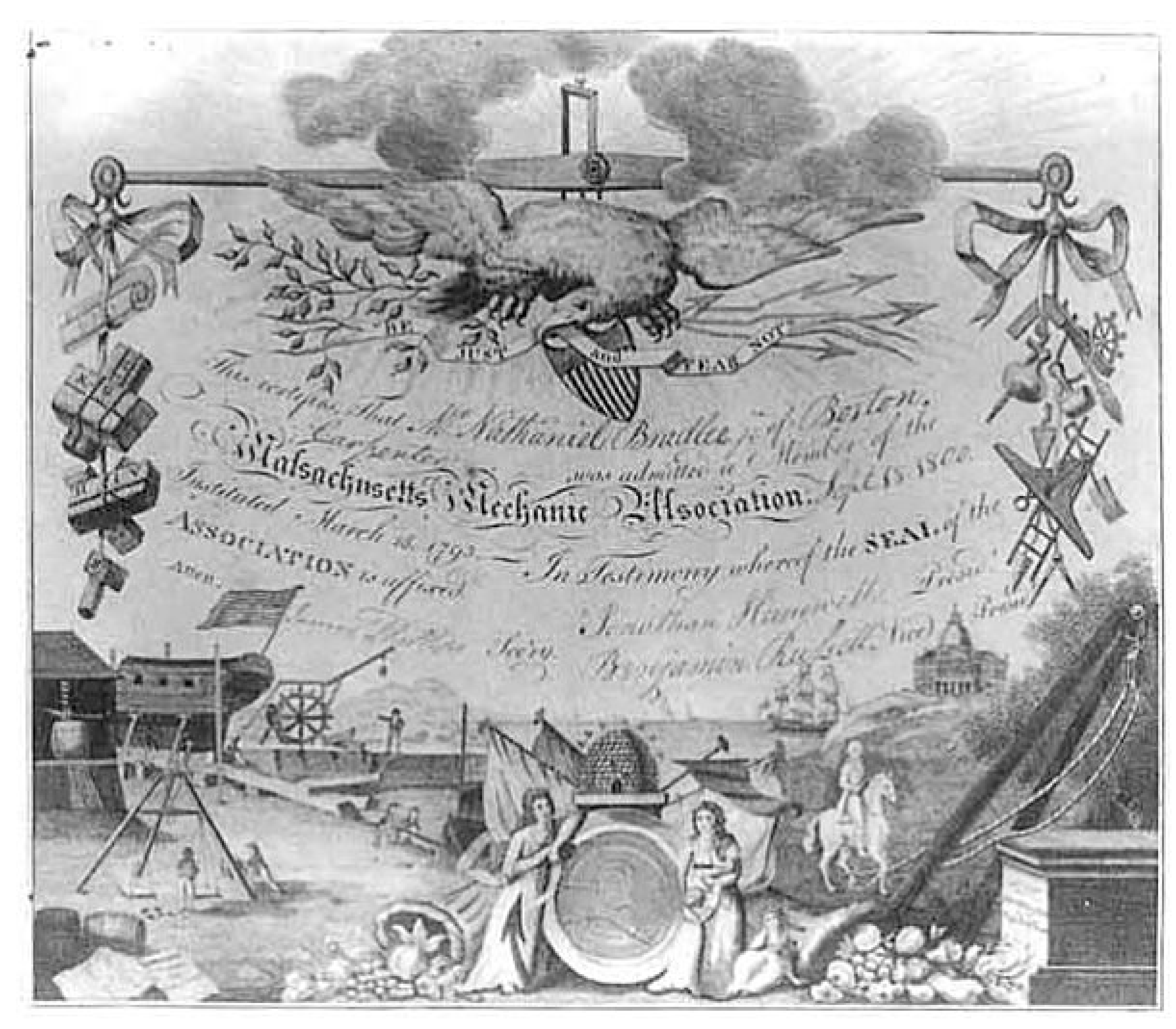


Figura 5.4. «Asociación de Mecánicos de Massachusetts» (Massachusetts Mechanic Association; fecha desconocida, grabado de Samuel Hill, ¿1766?-1804). La simbología de la Asociación de Mecánicos, una de las numerosas asociaciones fraternales de carácter profesional de la primera época de los Estados Unidos, precursoras de los sindicatos de trabajadores, no solo sugiere la proliferación de oportunidades en la nueva nación, sino que también refuerza el reconocimiento del papel del trabajador en el éxito de la república. Asociaciones como esta constituían una expresión de la ausencia de deferencia a las elites, de la importancia del trabajo como virtud ciudadana y de la independencia económica, social y política del trabajador en una democracia. Este certificado en concreto admite a un tal Nathaniel Bradlee, un carpintero, en la asociación en 1800. Incluye imaginería nacional (el águila) y también invoca el Gran Sello y su lema con la imagen de la industriosa colmena, abajo en el centro. El mensaje es que por medio de las diversas técnicas que pueden ofrecer las artes mecánicas, Estados Unidos se convertirá en una nación de abundancia (las cornucopias al lado de las dos mujeres recalcan esta idea). La imaginería masónica era típica de la época; había logias en muchas ciudades estadounidenses, y gran parte de la simbología de la francmasonería estaba también presente en la iconografía nacional. Grabado por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-33263).

Esta ansia por formar asociaciones fue un aspecto de la nueva nación que dio que hablar. El visitante francés Alexis de Tocqueville, autor de *La democracia en América* (1835, 1840), señaló la tendencia de los norteamericanos a fundar «no solo empresas comerciales y fábricas» sino también «asociaciones de mil otras clases, religiosas, morales, serias, inútiles, abiertas o exclusivas, enormes o minúsculas». Los norteamericanos, observaba, «crean asociaciones para ofrecer entretenimientos, fundar seminarios, construir posadas, levantar iglesias [y] difundir libros». Este «principio de asociación» era, reconocía Tocqueville, un componente crucial en una democracia, en la que el peligro residía en que todos «se vuelven impotentes si no aprenden a ayudarse unos a otros voluntariamente. [...] Si los hombres han de mantenerse civilizados –subrayaba–, el arte de asociarse debe desarrollarse y mejorar al mismo ritmo al que crece la igualdad de condiciones»[7].

Esta idea no les era ajena a los norteamericanos. Aunque un gran número de organizaciones fraternales y asociaciones tuvo su origen en la República Temprana, otras, en especial sociedades bibliófilas y ateneos, llevaban existiendo desde la época colonial. La más antigua era la Library Company of Philadelphia, fundada en 1731 por Benjamin Franklin, pero había muchas otras repartidas por la mayoría de los estados, entre ellas la Redwood Library and Athenaeum en Newport (Rhode Island, 1747), el Boston Athenaeum (1807) y la American Antiquarian Society, fundada en Worcester (Massachusetts) en 1812. Algunas de estas instituciones, muchas de las cuales siguen existiendo en la actualidad, surgieron a partir de redes sociales y culturales preexistentes; en el caso de la Library Company of Philadelphia, la que rodeaba al propio Franklin. Otras empezaron completamente desde cero. Pero, en cualquier caso, todas ellas reunían a una amplia diversidad de individuos con ideas afines que perseguían el fomento educativo e intelectual.

La Charlestown Library Society, en Carolina del Sur, es solo un posible ejemplo, fundada en 1748 por un grupo de profesionales entre los que había varios comerciantes, un profesor de escuela, un impresor, un destilador, un abogado, un hacendado y un fabricante de pelucas. En 1762, describía su función, en términos que Tocqueville reproduciría posteriormente, como la promoción del saber entre sus miembros, «quienes ambicionan considerarse dignos de su madre patria imitando su humanidad, además de su

industriosidad, y trayendo desde ella los avances tanto en las artes más finas como en las inferiores». Pese a ser una motivación que difícilmente habría encontrado un gran apoyo tras la revolución, en realidad la causa que impulsaba esta sociedad ofrece, cuando menos, una pista acerca de las inquietudes de estas iniciativas de desarrollo personal a través de la literatura de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Aunque Norteamérica continuaba bajo control colonial, los miembros de la Charlestown Library Society sostenían que la «crasa ignorancia del indio desnudo» y su «temperamento salvaje» eran un ejemplo de lo que amenazaba a cualquier sociedad que no estuviese preparada para inculcar el saber y las artes. Dando muestras de una fe bastante notable en el poder profiláctico de la imprenta para «eludir este posible mal», era precisamente «con objeto de evitar que nuestros descendientes se hundan en una situación similar» que, declaraban sus miembros, la sociedad bibliófila se había constituido desde un primer momento[8]. Puede que el riesgo de «indigenizarse» se redujera en los años transcurridos entre la fundación de la sociedad y la República Temprana, pero se había visto reemplazado por la amenaza de continuar sometido al saber y las letras inglesas.

Esa amenaza se convertiría en una preocupación permanente para los estadounidenses. Noah Webster había presentado el problema a las masas, y aportado convenientemente parte de su solución, en su famoso silabario y, posteriormente, en su *Dictionary* (1806). Mientras intentaba convencer a Pensilvania de que ratificase la Constitución, James Wilson había hecho hincapié en que la «importancia nacional» de los Estados Unidos podía depender, en gran parte, de que se situara «a la cabeza de los avances literarios». Mas cuando los críticos ingleses lanzaban algún ataque, como hizo el autor y clérigo Sydney Smith en 1820 cuando preguntó: «¿hay alguien en algún rincón del globo que lea un libro estadounidense?», los norteamericanos ponían una mueca de dolor. «Nuestros días de dependencia, nuestro largo aprendizaje de los conocimientos de otras tierras, se aproximan a su fin», afirmaba en 1837 el pensador trascendentalista más destacado de Norteamérica, Ralph Waldo Emerson, en un discurso descrito en ocasiones como la Declaración de Independencia literaria de los Estados Unidos. Sin embargo, casi una década más tarde, la célebre periodista y crítica Margaret Fuller trató la cuestión con un tono menos optimista. Aunque «tenemos una existencia política independiente –

observaba– nuestra posición respecto de Europa, en cuanto a la literatura y las artes, es todavía la de una colonia»[9].

Tanto las organizaciones de voluntarios como las sociedades literarias trabajaron para sacar a la nueva nación de la sombra del colonialismo. En ese sentido, como en otros, desempeñaron una importante función nacionalizadora. Eran auténticas sociedades democráticas de debate, lugares de reunión para estadounidenses con ideas afines que perseguían diversos objetivos, profesionales o políticos, prácticos o de entretenimiento, locales o nacionales. Sin embargo, este «principio de asociación» no era enteramente positivo. Tenía tanto poder para dividir como para unir, para socavar además de para reforzar la nación que ejemplificaba. Por medio de sus muchas sociedades de voluntarios, los norteamericanos crearon una forma de idealismo antifederalista y desafiaron a la vez los cimientos federalistas de su nación. Las diversas organizaciones no hicieron esto solas, naturalmente. El problema para Estados Unidos llegó cuando comenzaron a promoverse y consolidarse principios asociativos más generales; principios que giraban en torno a la política, las reformas y, lo peor de todo, las regiones.

Al principio, Estados Unidos estaban gobernados por una sola perspectiva política, la de los federalistas. Aunque existía indudablemente una oposición al programa de estos últimos, no había ningún partido político alternativo. La política, y por supuesto el sentimiento nacional, se concentró inicialmente alrededor de la figura del primer presidente, Washington. La tarea práctica de construir un administración funcional junto con un programa económico viable recayó en –o, siendo más precisos, se la apropió– el ambicioso edecán de Washington y secretario del Tesoro, Alexander Hamilton. Los informes de Hamilton sobre el crédito público (1790) y las manufacturas (1791), pese a no ser tan inspiradores desde un punto de vista conceptual como la Declaración de Independencia o la Constitución, consolidaron al menos los logros de esta última. Las políticas económicas de Hamilton, base de un futuro (década de 1830) programa mercantilista denominado el «sistema norteamericano», insistían en la importancia de los aranceles aduaneros con objeto de proteger la joven industria y el comercio de la nueva nación y de proporcionar mejoras internas –principalmente en el transporte.

Sin embargo, no todos compartían las ideas de Hamilton, en particular Jefferson, quien dimitió como miembro del Congreso al aprobarse un proyecto de ley presentado por Hamilton que creaba un banco nacional. Jefferson no había participado en los debates constitucionales, pues había estado sirviendo como embajador de los Estados Unidos en Francia entre 1785 y 1789. Ello no evitó que tuviera una opinión firme respecto al rumbo que estaba tomando la nación. Jefferson veía la república ideal como una formada por pequeños propietarios rurales, que cultivaban por su cuenta –o, en algunos casos, con esclavos, aunque nunca hizo hincapié en ello– sus pequeñas fincas, a salvo de todas las imposiciones que Hamilton, de forma bastante más realista, consideraba cruciales para la república: aranceles, mejoras internas, bancos... en resumen, la relación monetaria *(cash nexus)*.

Reproduciendo las preocupaciones antifederalistas, Jefferson temía que, bajo el programa de Hamilton, la nación no tardara nada en parecerse al Viejo Mundo contra el que tanto y durante tanto tiempo había luchado por obtener su libertad.

Jefferson explicó sucintamente su perspectiva en una carta a Madison: «Creo que nuestros gobiernos permanecerán virtuosos durante muchos siglos siempre que se basen en la agricultura», observaba. No obstante, advertía, esto se cumpliría solo «mientras hubiese tierra disponible en alguna parte de Norteamérica. Cuando se amontonen unos sobre otros en grandes ciudades, como en Europa –prevenía–, se volverán corruptos como en esta última». La agricultura, tal como recomendó a Washington, era «la actividad más sensata [para Norteamérica], porque a la larga contribuirá inmensamente a una verdadera riqueza, a unos valores morales sanos y a la felicidad». Hamilton creía más probable que contribuyera a llevar al país a la bancarrota. Le sorprendía, como resulta bastante comprensible, que un hombre que había vuelto hacía tan poco de París pudiese desear no salir de la granja. El futuro económico de Estados Unidos, creía Hamilton, se encontraba mucho más allá del simple cultivo de la tierra. Se encontraba en el comercio y la industria, en el crecimiento urbano y la expansión de los mercados, todo ello bajo el control del Congreso[10].

Esta brecha ideológica condujo al nacimiento de la primera oposición política unida a los federalistas formada por los partidarios de Jefferson, los demócrata-republicanos (una combinación del nombre elegido por ellos, republicanos, y el que sus oponentes les habían dado, demócratas). Las

políticas de Hamilton, diseñadas para consolidar la Unión, sirvieron para acentuar las divisiones entre los intereses mercantiles, industriales y comerciales, asociados de manera más estrecha con los estados del norte, y los intereses de los agricultores y terratenientes con esclavos, situados principalmente en el Sur; y para trasladar dichas divisiones a la política. Esto por sí solo apenas suponía una amenaza para la república, pero otras fuerzas, a lo largo de los años siguientes, actuaron profundizando y minimizando por igual estas diferencias entre los partidos. El choque entre Hamilton y Jefferson, y por extensión entre federalistas y republicanos, fue en realidad un símbolo no solo de las cuestiones que preocupaban a los estadounidenses de la República Temprana, sino también de unas divisiones más duraderas que la nación tendría que resolver en el siglo XIX: entre aristocracia y democracia, entre industrialización y agrarismo, y entre el poder centralizado y los derechos de los estados. Todas ellas encerraban el potencial para romper una nación que acababa de formarse.

Washington, naturalmente, no podía prever cómo iban a evolucionar estas visiones enfrentadas, pero como presidente era consciente, como lo había sido en su papel de líder del Ejército Continental, de la urgente necesidad de un cierto sentido de unidad nacional, a favor tanto de la seguridad del país como de su estabilidad interna. Poco antes de dejar el cargo, había recalcado a Patrick Henry que su «ferviente deseo es, y mi objetivo ha sido [...] mantener los Estados Unidos políticamente desconectados de cada uno de los demás países, asegurarme de que puedan ser independientes de todos ellos y no estén bajo la influencia de ninguno. En una palabra –declaraba–, quiero un carácter estadounidense, que las potencias de Europa se convenzan de que actuamos por nosotros mismos y no por otros»[11].

En 1796, Washington declinó presentarse para un tercer mandato como presidente, sentando así un precedente que imitarían todos los presidentes futuros, con diversos grados de entusiasmo, a excepción de Franklin D. Roosevelt durante la Segunda Guerra Mundial. Su plan inicial había sido no presentarse siquiera a un segundo mandato, pero la amenaza de una ya clara disensión entre facciones, que le habían sido resumidas por Jefferson y Hamilton, le persuadió para continuar en el cargo. «La confianza de toda la Unión está concentrada en ti –le informó Jefferson–. El Norte y el Sur permanecerán unidos si te tienen a ti como nexo.» Sobre este tema,

Hamilton estaba de acuerdo. «Todo el mundo coincide –le dijo a Washington– en que rehusar por tu parte sería deplorado como el mayor de los males que podría ocurrirle al país en la presente coyuntura»[12].

En algún momento, como todos eran conscientes, el país tendría que mantenerse unido sin Washington. Dejó el cargo en 1796, y el que empezara a escribir lo que sería su famoso «Discurso de Despedida» en 1792 da una idea de los sentimientos contradictorios que albergaba hacia su presidencia y de la presión que tuvo que soportar para mantener entera la Unión. En el discurso, recordaba a los estadounidenses algunos de los beneficios, y muchos de los riesgos, que comportaba la formación del carácter nacional que él consideraba tan crucial para el futuro de Estados Unidos. Destacaba la importancia de la «unidad de gobierno» no solo por hacer de los norteamericanos «un pueblo» sino también por ser un «pilar principal en el edificio» de la independencia. «Es infinitamente importante –instaba a sus compatriotas– que estiméis como es debido el inmenso valor de la Unión nacional para vuestra felicidad colectiva». Hacía hincapié en que los estadounidenses eran «ciudadanos, por nacimiento o elección, de un país común», y «ese país tiene derecho a concentrar vuestros sentimientos». Los animaba a anteponer su identidad «estadounidense» a la de su estado, a dar prioridad al patriotismo frente a «cualquier denominación derivada de diferencias locales». Lo que Estados Unidos había logrado, subrayaba, era el resultado de «debates y esfuerzos conjuntos, de peligros, sufrimientos y éxitos comunes»[13].

Que Washington creyera necesario no solo plantear sino subrayar estas cuestiones revela la brecha que se estaba abriendo entre las diversas regiones de los Estados Unidos ya a finales del siglo XVIII. Veía esto en parte como una consecuencia de lo que denominó «los perniciosos efectos del espíritu del partidismo». En realidad, las «discriminaciones geográficas, de Norte y Sur, Atlántico y Occidental» que tanto le preocupaban eran anteriores a la política de partidos, anteriores, de hecho, a la nación en sí. El capitán John Smith ya se había dado cuenta de esto mucho antes que Washington. En 1631, se percató de la enemistad potencial que podía surgir entre las colonias de las bahías de Chesapeake y Massachusetts. Algunos, observó, «harían que todos los hombres ayudaran al progreso de Virginia para lograr la ruina de Nueva Inglaterra; y otros a la destrucción de la primera para sostener la segunda». Smith, prefigurando la advertencia de

Washington más de un siglo después, había comentado que las competitivas colonias en cuestión harían mejor concentrándose en «fortalecerse mutuamente contra cualquier eventualidad». Naturalmente no hicieron tal cosa. Al mismo tiempo que la nueva nación debatía su Constitución, el gobernador Morris lamentaba el hecho de que «la devoción hacia los estados y la importunidad de estos han sido la ruina de este país»[14].

La perspectiva histórica posiblemente otorgue mayor presciencia a Smith y a Morris de la que merecen. Mas cuando Tocqueville visitó los Estados Unidos en 1830, también él llegó a la conclusión de que la Unión era débil en relación con los estados. La «Unión es una entidad vasta que no ofrece un objeto claro para el sentimiento patriótico», observaba. Los estados, en cambio, «se identificaban con la tierra; con el derecho de propiedad y los lazos domésticos; con los recuerdos del pasado, los trabajos del presente y las esperanzas del futuro». El patriotismo norteamericano, tal como lo vio Tocqueville en la década de 1830, seguía «dirigido hacia el estado y no se ha trasladado a la Unión»[15].

La desintegración de esa Unión en 1860 confirmó ese punto de vista. Los estadounidenses, al parecer, desoyeron las advertencias de Washington. Junto con el cargo, el primer presidente de los Estados Unidos dejó también una población predominantemente rural, que encajaba a la perfección con las ideas de Jefferson sobre la estabilidad moral y material. Era asimismo una población muy joven. A finales del siglo XVIII, el 50 por 100 aproximadamente de los estadounidenses tenía menos de dieciséis años. Sin embargo, a la vez que la nación crecía y se urbanizaba, una parte al menos de estos hijos de la revolución viviría el tiempo suficiente como para ver desintegrarse su herencia nacional. La expansión que supuestamente iba a garantizar el futuro del país, según habían creído tan confiadamente los federalistas, parecía a mediados del siglo XIX a punto de destrozarlo.

¡HAY QUE PROTEGER NUESTRA UNIÓN FEDERAL!

La elección del segundo presidente de los Estados Unidos, John Adams, en 1796 fue inusual porque ocasionó que el presidente y el vicepresidente pertenecieran a partidos políticos diferentes. Desgraciadamente, no lo fue tanto en sus disensiones entre facciones, por las que los votantes de los

estados del norte apoyaron principalmente a Adams y los de los estados del sur y el oeste prefirieron a Jefferson. Esto pasaría a ser algo relativamente habitual. Conforme los partidos políticos se fueron convirtiendo en las organizaciones más destacadas e influyentes de las muchas que albergaba Norteamérica, tantos conflictos locales pasaron a representarse a nivel nacional como pugnas a esta escala se trasladaron al seno de los estados. La oposición política, apoyada por sociedades del mismo tipo y dotada de órganos de expresión gracias a la proliferación de medios de prensa partidistas, comenzó a asentarse en la sociedad estadounidense. Las elecciones de 1796 fueron inusuales también por ser la primera vez, y la última hasta 1824, que alguien no oriundo de los estados del sur –de Virginia, en realidad– ocupaba el sillón presidencial. Los dos presidentes del norte, John y, en 1824, John Quincy Adams, no solo procedían de Massachusetts sino también de la misma familia; eran padre e hijo. No fue hasta 1828, con la elección de Andrew Jackson de Tennessee, que hubo un presidente de otros estados.

La presidencia de Adams fue en muchos aspectos un paréntesis en lo que se refiere al desarrollo político y social de los Estados Unidos. Se tomó el hilo de diversas cuestiones en esos años que irían desenrollándose con mayor claridad en las décadas –en el siglo, de hecho– siguientes, mientras que otras alcanzaron el final de su carrete particular. Para cuando Adams abandonó el cargo, y Jefferson lo asumió, en 1800, uno de los hilos que se estaba rayendo más rápidamente era el de los propios federalistas. La muerte de Washington en 1799 les privó de su símbolo más potente y popular. Lo que quedaba de los federalistas era un grupo de políticos cuyo desdén por «el pueblo» resultaba demasiado patente como para asegurarles un triunfo futuro en las urnas. Los estadounidenses prefirieron naturalmente la visión que Jefferson tenía de ellos como granjeros y agricultores independientes y trabajadores, cosa que muchos eran, por supuesto.

La perspectiva federalista en su versión más extrema quedó al descubierto como resultado de una guerra naval no declarada (la Cuasi Guerra) con Francia (1798-1800). Esta les proporcionó una excusa para atacar a oponentes políticos dentro de la nación bajo la amplia bandera de defenderla contra los peligros del extranjero. Este primer uso interesado del miedo hizo poco bien a los federalistas y, a largo plazo, un gran daño a otros. Las Leyes de Extranjería, Sedición y Naturalización de 1798, si bien

se aprobaron supuestamente para proteger el país, iban más dirigidas a privar de votos a los republicanos que otra cosa. La Ley de Sedición, en concreto, expulsaba a cualquiera al que se considerase «peligroso para la paz y la seguridad de los Estados Unidos», lo cual se tradujo enseguida como «crítico con el gobierno». Como es lógico, los republicanos invocaron la Carta de Derechos en contra de los federalistas, pero Virginia y Kentucky establecieron un precedente problemático al aprobar sus cámaras legislativas resoluciones que protestaban contra las leyes, utilizando los derechos de los estados como base de su oposición. Tal como Morris había visto, los derechos de los estados iban a provocar verdaderamente la ruina de los Estados Unidos. Sin embargo, el problema más serio al que se enfrentaban se encontraba fuera de ellos; justo frente a sus costas, de hecho.

Aunque Washington había subrayado la importancia de que el país se mantuviera bien alejado de enredos con el extranjero –y a nivel diplomático lo consiguió, en líneas generales–, en realidad el desarrollo de la nueva nación no puede separarse de los acontecimientos en Europa ni de las fuerzas que estaban afectando al resto del mundo atlántico, y en particular a las partes del mismo más próximas a Norteamérica. La más poderosa de dichas fuerzas tenía que ver con la esclavitud. Los Estados Unidos, durante la presidencia de Adams, se estaban acercando a ese momento en que, bajo la Constitución, el comercio de esclavos con el extranjero tendría que cesar. A muchos norteamericanos no les podía importar menos la cuestión; ni poseían ni querían poseer esclavos; pero, sin embargo, a aquellos que sí, el tema les importaba, y mucho. Tenían buenas razones para ello.

La sublevación de esclavos de 1791 en Saint-Domingue acaudillada por el líder negro François Dominique Toussaint L'Ouverture y la fundación de Haití en 1804 no fueron seguramente acontecimientos que alegrasen a los propietarios de esclavos de los EEUU. Los 13 años de sangrientos enfrentamientos en lo que más tarde sería Haití enviaron un claro mensaje a Norteamérica acerca de los peligros inherentes a mantener una sociedad esclava en un mundo en el que la esclavitud estaba sometida a cada vez más ataques por parte de los abolicionistas, tanto blancos como negros, y de los propios esclavos. Los sucesos en Saint-Domingue y otras partes del Caribe a comienzos del siglo XIX –la rebelión de Pascua en Barbados (1816) y la de Demerara (1823)–, inquietaron naturalmente a los propietarios de esclavos

de Estados Unidos, los cuales ya eran conscientes de que podía producirse una supresión violenta de la esclavitud en su propia sociedad.

Al mismo tiempo, la importancia económica y social de la esclavitud en el Sur se había visto incrementada en las décadas que siguieron a la independencia. El espectacular aumento de la demanda global de algodón causado por las industrias textiles tanto de Inglaterra como de Nueva Inglaterra expandieron los mercados de los estados meridionales. La invención, en 1793, de la desmotadora permitió la separación de la semilla y la fibra en el algodón americano –también llamado de fibra corta–, una innovación que hizo posible la producción de este cultivo en un área mucho más amplia que antes. Por tanto, mientras el número de esclavos en el Norte disminuía, estados sureños como Alabama, Georgia, Luisiana y Carolina del Sur experimentaron un incremento masivo de sus poblaciones esclavas. Entre 1810 y 1860, la de Georgia se cuadruplicó; en Carolina del Sur y Kentucky, la población esclava creció hasta situarse en más del doble; en Alabama, se multiplicó por diez. Como el comercio de esclavos con el extranjero llevaba ya mucho tiempo interrumpido para entonces, estos incrementos fueron el resultado del floreciente comercio de esclavos interior. Los mercados de esclavos del Sur (figura 5.5), en pueblos y ciudades como Lexington, Kentucky, Nueva Orleans o Natchez que anteriormente habían adquirido esclavos de África y el Caribe británico, ahora sacaban dinero «vendiendo esclavos río abajo», enviándolos desde los estados del Sur más septentrionales, como Virginia o Maryland, a las tierras más productivas del Sur Profundo o el sudoeste.



Figura 5.5. Una subasta de esclavos en el Sur, de un dibujo original de Theodore R. Davis publicado en *Harper's Weekly*, 13 de julio de 1861. Grabado por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-2582).

Y se sacaba un buen dinero, sin duda. El cierre del comercio de esclavos exterior no hizo sino aumentar el valor de los que ya estaban en Norteamérica. En la década de 1830, un «peón de campo de primera», lo cual quería decir un esclavo varón joven y sano, tenía un valor de unos 500 dólares. Tras 20 años, su valor de mercado podía ser de casi tres o cuatro veces esa cantidad. El comercio de esclavos interior, justo antes de iniciarse la Guerra de Secesión, movía en total aproximadamente 80.000 esclavos y unos 60 millones de dólares anuales. El precio real, naturalmente, lo pagaban los propios esclavos, atrapados en esta variante particularmente letal de la relación monetaria en la que Hamilton había depositado una fe tan grande. Los esclavos vendidos eran a menudo separados de amigos y familiares, con suma crueldad si se trataba de sus parejas e hijos, y enviados al sur bien en barcos de vapor o encadenados unos a otros en «cáfilas», acompañados por guardias armados y obligados a recorrer a pie rutas como la de Natchez, que unía Natchez (Misisipi) con Nashville (Tennessee).

Tales esclavos soportaban una terrible transición desde los pequeños regímenes esclavistas de los estados sureños septentrionales a las mucho más grandes, duras e impersonales plantaciones trabajadas por esclavos de estados como Misisipi. William Wells Brown, quien había nacido esclavo en Kentucky pero escapó de la institución al fugarse hacia el Norte y acabó emprendiendo una exitosa aunque agitada carrera como orador y escritor abolicionista, describió un proceso tan habitual como para apenas suscitar comentarios en la época, pero de tal crueldad que el recuerdo del mismo continúa turbando a los estadounidenses hasta nuestros días: la visión de un «cargamento de esclavos a bordo de un barco de vapor con destino a las plantaciones de algodón o azúcar del Sur». Nadie, recordaba Brown, «ni siquiera los pasajeros», prestaba mucha atención a los esclavos, «a pesar de que hacían sonar sus cadenas con cada paso». Los recuerdos de Brown, que detallaban los aspectos prácticos de las ventas de esclavos –en las que, por ejemplo, se teñían los cabellos de los esclavos de mayor edad para que parecieran más jóvenes a ojos de los posibles compradores– y el sufrimiento personal de las transacciones, constituían una lectura escalofriante. En un caso concreto, el escritor relataba cómo, en un viaje por río hacia el sur, «una mujer que había sido separada de su esposo e hijos, y que no deseaba seguir viviendo sin ellos, debido al tormento de su alma saltó por la borda y se ahogó». Apenas sorprende, pues, que los propios esclavos se refirieran a los negreros como «arrieros de almas»[16].

Tal como se expresaba en el prefacio de su famosa narración, publicada por la Sociedad Antiesclavista de Boston (Boston Anti-Slavery Society) en 1847, hablando del tema de la esclavitud, Brown había «estado detrás del telón. Había visitado sus cámaras secretas. Su hierro había penetrado en su propia alma». En muchos aspectos, empero, el hierro también había penetrado en el alma de los Estados Unidos. Para los esclavos implicados, la esclavitud era, según la incisiva denominación empleada por los sociólogos, una forma de «muerte social»[17]. Sin embargo, los esclavos no fueron los únicos que sufrieron su impacto, sino que también lo hicieron la sociedad negra libre y los blancos, tanto del Norte como del Sur. La esclavitud era un sistema mucho más complejo que la simple explotación de una mano de obra negra por propietarios blancos en las plantaciones del Sur, puesto que desempeñaba un papel integral en la estructura económica y social de la nación.

Aunque algunos ciudadanos del Norte trataban de hacer como si la esclavitud fuese la «peculiar institución» del Sur (en el sentido de propia y específica del Sur, no de extraña), esto era un autoengaño a escala nacional. Como comentaba un ciudadano del Sur, la «historia de la riqueza y el poder de las naciones no es más que un registro de los frutos del trabajo de los esclavos»[18]. Estados Unidos no era una excepción. La esclavitud estaba en los artículos que compraban los norteamericanos, en los productos con los que comerciaban, en el café que consumían. Esto resultaba evidente para Ralph Waldo Emerson, quien puso de relieve la complicidad de la nación en la esclavitud en el discurso que hizo en 1844 en conmemoración de su abolición en las Antillas británicas. «¿Qué importa si cuesta algunas escenas desagradables en la costa de África?», preguntaba, dado que esta última se encontraba «muy lejos». En suelo norteamericano, la realidad de la esclavitud podía ser ignorada, por los ciudadanos del Norte, al menos, y si «se hacía mención alguna de homicidios, locura, adulterio o intolerables torturas», los estadounidenses simplemente «hacían repicar con más fuerza las campanas de la iglesia», siempre y cuando el azúcar, el café y el tabaco producido por los esclavos «fuese excelente; nadie notaba en ellos el sabor de la sangre»[19].

No obstante, ya en la segunda década del siglo XIX, esas mismas campanas que silenciaban la realidad de la esclavitud en el Norte sonaban con más fuerza y discordancia en el Sur, y en el Congreso. Una confluencia de preocupaciones contemporáneas hacía cada vez más difícil que la nación siguiera evitando el legado de indecisión de la Convención Constitucional de 1787. Respecto a la cuestión de la esclavitud, Jefferson declaró de manera célebre que Norteamérica tenía «al lobo cogido por las orejas, y ni podemos mantenerlo sujeto, ni soltarlo sin peligro». Había mucho nerviosismo en el ambiente respecto al tema de la esclavitud, no siendo menor para aquellos, como Jefferson, que trataban de mantener el equilibrio que habían conseguido establecer en su cabeza entre la libertad como el ideal según el cual trataban de vivir y la esclavitud como la realidad con la que vivían.

La expansión de la nación no hizo sino agravar el problema. Ampliar la esfera de control geográfico, como había hecho Jefferson en 1803, en realidad no aseguraba la estabilidad, tal como Madison había esperado. Este vasto nuevo territorio, ¿permitiría la esclavitud o no? ¿Se mantendría el

equilibrio entre los representantes de los estados no esclavistas y esclavistas en el Congreso, y más concretamente en el Senado? En las primeras décadas del siglo XIX, así fue, aunque más por suerte que por un cálculo deliberado. De los seis nuevos estados, tres se correspondían con las tierras sujetas a la Ley del Noroeste (Ohio, Indiana e Illinois), y por tanto libres de esclavitud, y tres eran del Sur (Luisiana, Misisipi y Alabama), y en consecuencia estados esclavistas. No obstante, cuando en 1819 el Territorio de Misuri, colonizado principalmente por sureños y con una población esclava del 10 por 100, solicitó el ingreso en la Unión, ese equilibrio se vio amenazado.

Había una solución a mano. Maine, que por entonces seguía formando parte de Massachusetts, también estaba intentando ese año que lo admitieran como un estado independiente. El Congreso, sin embargo, no se aferró automáticamente a ese clavo ardiendo en concreto, señal de lo candente que se estaba poniendo la cuestión. Por el contrario, el representante por Nueva York James Tallmadge propuso que la admisión de Misuri tuviera como requisito previo una manumisión gradual de sus esclavos. La Cámara de Representantes se mostró a favor. El Senado no. Solo una hábil negociación por parte de Henry Clay de Kentucky aseguró que tanto Maine como Misuri fuesen admitidos en la Unión, como estado no esclavista y esclavista respectivamente.

El acuerdo logrado por Clay cerró a la esclavitud las fronteras de todas las tierras adquiridas en la Compra de Luisiana que estuviesen al norte del paralelo 36º 30’. La única excepción era la propia Misuri. Era un arreglo ingenioso, pero también tosco, mas no por culpa de Clay; simplemente aplazó el fatídico día de la ruptura. Jefferson lo sabía. Cuando el fin de su vida se acercaba, en 1820, describió en una carta cómo «esta cuestión trascendental despertó en mí un terror abrumador, como una campana que avisara de un incendio nocturno. La consideré al momento el toque de difuntos de la Unión». El Acuerdo de Misuri fue, en su opinión, «solo un aplazamiento, no una sentencia final. Una línea geográfica, coincidente con un marcado principio moral y político –afirmaba–, una vez concebida y expuesta a las furiosas pasiones de los hombres, nunca será borrada». Concluía el escrito con una nota sombría: «Lamento morir creyendo que el inútil sacrificio de los hombres de la generación de 1776 por conseguir el autogobierno y la felicidad para su país va a resultar desperdiciado por las

insensatas e indignas pasiones de sus hijos, y que mi único consuelo ha de ser que no viviré para llorar por ello»[20].

Jefferson estaba siendo un tanto insincero aquí al pasarle la pelota, y la culpa, a la generación siguiente a la suya, pero su predicción fue acertada. La esclavitud acabaría por romper la Unión. Los esclavos, excluidos del sistema de gobierno en virtud de su posición legal bajo la Constitución, ocupaban una posición intermedia entre persona y propiedad, una interpretación que otorgaba un considerable poder político a sus dueños. Fue solo cuando este poder comenzó a amenazar la Unión, cuando los políticos decidieron que la propia nación no podía soportar por más tiempo este difícil equilibrio, que se contempló de manera seria la abolición de lo que era una institución cada vez más anacrónica.

La afirmación del futuro presidente Abraham Lincoln en 1858 de que una «casa dividida contra sí misma no puede mantenerse», de que el «gobierno [estadounidense] no puede aguantar permanentemente siendo mitad esclavista y mitad no esclavista», parece una verdad evidente desde la perspectiva del siglo XXI[21]. Sin embargo, lo cierto era, llegado 1858, que la nación estadounidense había aguantado apoyándose precisamente en ello durante más de medio siglo. Mientras las rebeliones de esclavos desestabilizaban el mundo atlántico y la nación más destacada en el comercio de esclavos, Gran Bretaña, pasaba a abolir la esclavitud en sus colonias del Caribe, el Sur de los Estados Unidos no hizo otra cosa que defender con mayor estridencia su «peculiar institución», haciendo caso omiso aparentemente de los vientos de cambio que soplaban tanto desde el Atlántico como del Norte. Naturalmente, no era eso lo que el Sur estaba haciendo; más bien se estaba colocando cada vez más a la defensiva.

Esta postura comprendía aspectos económicos además de culturales. Alexander Hamilton había ideado un programa económico dirigido al acercamiento de las distintas partes que componían los Estados Unidos. Pero este no podía tener éxito cuando las exigencias de cada parte no solo contradecían, sino que también chocaban frontalmente con las demás. Los aranceles eran un buen ejemplo de esto. En efecto, pasaron a serlo en 1828 cuando Carolina del Sur se enfrentó al gobierno federal por una tasa introducida ese año. Sin entrar en detalles, el Norte quería unos aranceles que protegieran el desarrollo de su industria. El Sur no, porque amenazaban el comercio europeo de productos elaborados con mano de obra esclava, en

especial, pero no exclusivamente, el algodón, que constituía la base de su economía. Las amenazas de Carolina del Sur de anular lo que ella denominaba el «Arancel Abominable» de 1828, o de separarse si este era impuesto, supusieron un claro desafío a la autoridad federal y pusieron de manifiesto la hasta ese momento convulsa relación entre los estados y la Unión.

El entonces vicepresidente, John C. Calhoun de Carolina del Sur, expuso la postura de su estado y su visión de que el derecho de anulación estaba fundamentado en las Resoluciones de Kentucky y Virginia en su «Exposition and Protest» de 1828. Si bien subrayaba que Carolina del Sur «no desearía nunca otra cosa que hablar de nuestro país [...] como una gran unidad, con un interés común que todas sus partes deberían promover con afán», señalaba la imposibilidad de evitar «la discusión de intereses particulares, y el uso de un lenguaje orientado a la defensa de estos»[22]. A lo largo de los años siguientes se recurrió abundantemente a este tipo de lenguaje en el Congreso cuando los políticos debatieron en detalle los aranceles y la cuestión más general de los derechos de los estados en un sistema federal.

El presidente, el demócrata Andrew Jackson de Tennessee, tenía reputación de apoyar los derechos de los estados, pero no, como resultó en este caso, si estos amenazaban la Unión. Expuso su postura convincentemente en la cena anual del Día de Jefferson en 1830 cuando propuso el siguiente brindis: «¡Hay que proteger nuestra Unión federal!». Esto no era en absoluto lo que deseaban oír hombres como Calhoun, así que sencillamente hicieron oídos sordos. Al aprobarse en 1832 un arancel revisado, Calhoun dimitió de la vicepresidencia y Carolina del Sur adoptó una ley que anulaba las de 1828 y 1832 relativas a los aranceles, dejando claro que el estado se separaría en caso de ser obligado a acatarlas.

El presidente no iba a aceptar aquello de ningún modo. En alusión directa a Carolina del Sur en diciembre de 1832, Jackson sostuvo que «el poder de anular una ley de los Estados Unidos, asumido por un estado», era a su entender «incompatible con la existencia de la Unión, refutado expresamente por el texto de la Constitución, desautorizado por su espíritu, inconsistente con todos los principios sobre los que se fundamentó y destructiva para el gran objetivo por el cual se creó». De hecho, afirmó Jackson, cualquier intento de ese tipo constituía «TRAICIÓN». «¿Estáis

preparados –inquirió– para contraer esa culpa?»[23]. La sucinta respuesta, en 1832, fue «no», o siendo más precisos, «todavía no». Teniendo a las tropas federales en Charleston, y a los demás estados del Sur alejándose con relativa rapidez del precipicio hacia el que Carolina del Sur los estaba empujando, era la única respuesta posible. Con todo, lo que acabó por conocerse como la Crisis de la Anulación fue un ominoso presagio, pues invocó el fantasma de la secesión y la desunión, el cual no se consiguió enterrar del todo hasta 1865.

UNA CASA DIVIDIDA

Al periodo que siguió a la Crisis de la Anulación en Estados Unidos se lo suele denominar la «preguerra», lo cual refleja el conocimiento de que en 1861 se desataría la Guerra de Secesión entre el Norte y el Sur. En consecuencia, el creciente antagonismo entre estos dos bandos tiende a dominar el análisis del periodo que va de 1830 a 1860, subrayándose las diferencias que los separaban a costa de las fuerzas que trabajaban para unirlos. Los observadores de la época a veces también lo veían así. Tocqueville, por ejemplo, llegó a los Estados Unidos en pleno revuelo de los aranceles, por lo que quizá no sorprenda que percibiese «dos tendencias opuestas» en la vida estadounidense, «dos corrientes fluyendo en direcciones contrarias por el mismo canal», y que encontrase que esta tendencia se daba con más fuerza en el Sur. «Los habitantes de los estados del Sur –observó– son, entre todos los estadounidenses, los más interesados en el mantenimiento de la Unión; no cabe duda de que serían los que más sufrirían en caso de ser dejados a su suerte y, con todo, son los únicos que amenazan con romper los lazos de la confederación»[24].

El primer intento, no obstante fallido, de romper los lazos de la confederación ocurrió no en el Sur, sino en Nueva Inglaterra. El marco fue la guerra de 1812, un conflicto irresoluto entablado contra Gran Bretaña entre 1812 y 1815, cuyo legado más duradero fue el himno nacional de Estados Unidos, *The Star-Spangled Banner*. Los federalistas de Nueva Inglaterra, descontentos con la demanda de tropas que hizo el Congreso, se reunieron en Hartford (Connecticut) en 1814 para discutir hasta dónde llegaban las prerrogativas del Congreso, y llegaron a la conclusión de que

un estado, en circunstancias extremas, podía negarse a acatar las órdenes del Congreso o, en el peor de los casos, salirse del pacto federal. Si esta fue la primera señal de desunión en el radar federal, y la Crisis de la Anulación la segunda, entonces puede considerarse que la secesión de la Unión de los estados del Sur en 1861 cumplió la pauta mágica de «a la tercera va la vencida». Sin embargo, no fue hasta la década de 1830 que comenzó a revelarse realmente una pauta de dicho tipo e, incluso entonces, no había certeza alguna de que fuera la que la nación iba a seguir.

La Convención de Hartford dio la nota discordante en un conflicto que, según se creía en la época, había reavivado el sentimiento nacional y unido a los Estados Unidos contra un enemigo común y ya conocido. Desafortunadamente, dicha unidad fue breve, debido entre otras razones a que la guerra de 1812 solo había constatado el hecho de que, desde su posición de dominio del hemisferio occidental, y protegida de Europa por casi 5.000 km de océano, Norteamérica no tenía depredadores naturales. Esta sería la última vez que una potencia extranjera amenazaría físicamente el territorio nacional estadounidense hasta los terribles sucesos del 11 de septiembre de 2001. Para los estadounidenses del siglo XIX, el único peligro al que se enfrentaban provenía de ellos mismos, aunque tampoco es que lo vieran llegar de una manera clara, ya que la disolución de la Unión, si bien tomó una forma violenta al final, se materializó por medio del persistente goteo de desacuerdos divisivos entre facciones en vez de a través de la dramática confrontación a gran escala entre el Norte y el Sur en el Congreso que había sido la Crisis de la Anulación.

Andrew Jackson había hecho frente a Carolina del Sur en 1832 y mantenido entera la Unión. Este no fue el menor de los logros de un hombre que cedió su nombre a una era, pero no todo el mundo lo apreció. A pesar del hecho de que la «Era de Jackson» se conoció también durante mucho tiempo como la «era del hombre común», aquel apenas hizo nada por impulsar la movilidad social o política, e incluso en su época su autoridad se consideraba demasiado autocrática. La aparición de un nuevo partido político opuesto a los demócratas en 1833, el de los *whigs*, dio inicio a lo que se denomina el Segundo Sistema de Partidos en la historia política estadounidense. En teoría, y en gran medida también en la práctica, este sistema cumplió un propósito cohesionador, uniendo a los estadounidenses bajo la bandera de un partido en vez de bajo la de un estado o, de hecho, la

de la posesión de esclavos. Nuevamente, resultó tener una vida relativamente corta (1833-1856), y la razón de su escasa longevidad fue la esclavitud. Se mantuvo vivo evitando el tema, pero a la larga esto resultó imposible.

Una de las muchas asociaciones que dirigieron e influyeron en las vidas de los estadounidenses a partir de 1830, y no la menos importante de ellas, fue el movimiento abolicionista. Al principio no contó con muchos apoyos. Los abolicionistas eran vistos como radicales, una fuerza perturbadora en un Norte que buscaba desvincularse totalmente de la esclavitud, y una potencialmente peligrosa en un Sur cada vez más entregado a la protección de su «peculiar institución». Pero impulsados por el principio de que, respecto a este tema, era mejor quizá ser odiado que ignorado, los abolicionistas insistieron en sus esfuerzos por atraer la atención de los Estados Unidos sobre los males de la esclavitud, insistencia que mereció la pena.

En 1829, un ciudadano afroamericano nacido libre de Carolina del Norte, David Walker, publicó su *Appeal to the Colored Citizens of the World*, en el que aconsejaba a los afroamericanos: «Si empezáis, aseguraos de hacer un buen trabajo: no os andéis con chiquitas, pues ellos no se andarán con chiquitas con vosotros; nos quieren como sus esclavos, y asesinarnos no les supone ningún problema a fin de someternos a esa espantosa condición; por tanto, si os lanzáis a intentarlo, matad o morid». Dos años más tarde, en 1831, el editor abolicionista William Lloyd Garrison publicó, en enero, la primera edición de su revista *The Liberator*, que abogaba por una emancipación inmediata. «Estoy hablando en serio –declaraba Garrison–; no me andaré con ambigüedades; no me excusaré; no retrocederé ni un ápice; y seré escuchado.» Puede que lo fuera. En agosto, en el condado de Southampton de Virginia un esclavo llamado Nat Turner encabezó un levantamiento que, si bien no tuvo éxito, causó intranquilidad en amplias zonas del Sur.

La reacción de los sureños fue una mezcla de contraataque y negación absoluta, una postura pasivo-agresiva que pretendía promover la esclavitud como «un auténtico bien», según la famosa frase de Calhoun, evitando al mismo tiempo que nadie hablara de ella (figura 5.6). Naturalmente, semejante respuesta convirtió la esclavitud en el tema del que todos querían hablar, escribir, comentar y criticar. La defensa de Calhoun de la esclavitud

se dio en 1837 en el marco de un debate del Congreso sobre las peticiones abolicionistas. Este último se encontraba inundado de ellas, y en un intento por minimizar su impacto, algunos políticos esclavistas habían aprobado el año anterior la Norma Mordaza (Gag Rule): un aplazamiento de tales peticiones sin ser leídas. Como podría haberse previsto, aunque obviamente no por los propietarios de esclavos del Sur y al parecer tampoco por Calhoun, esto solo sirvió para llevar la esclavitud al primer plano del debate. Para la década de 1830, el Sur ya se había ganado fama de ser una región en la que se ahogaba la libertad de expresión y se aprobaba la crueldad, una en la que los ideales de la Declaración de Independencia, los ideales estadounidenses, no solo eran negados, sino también ridiculizados.

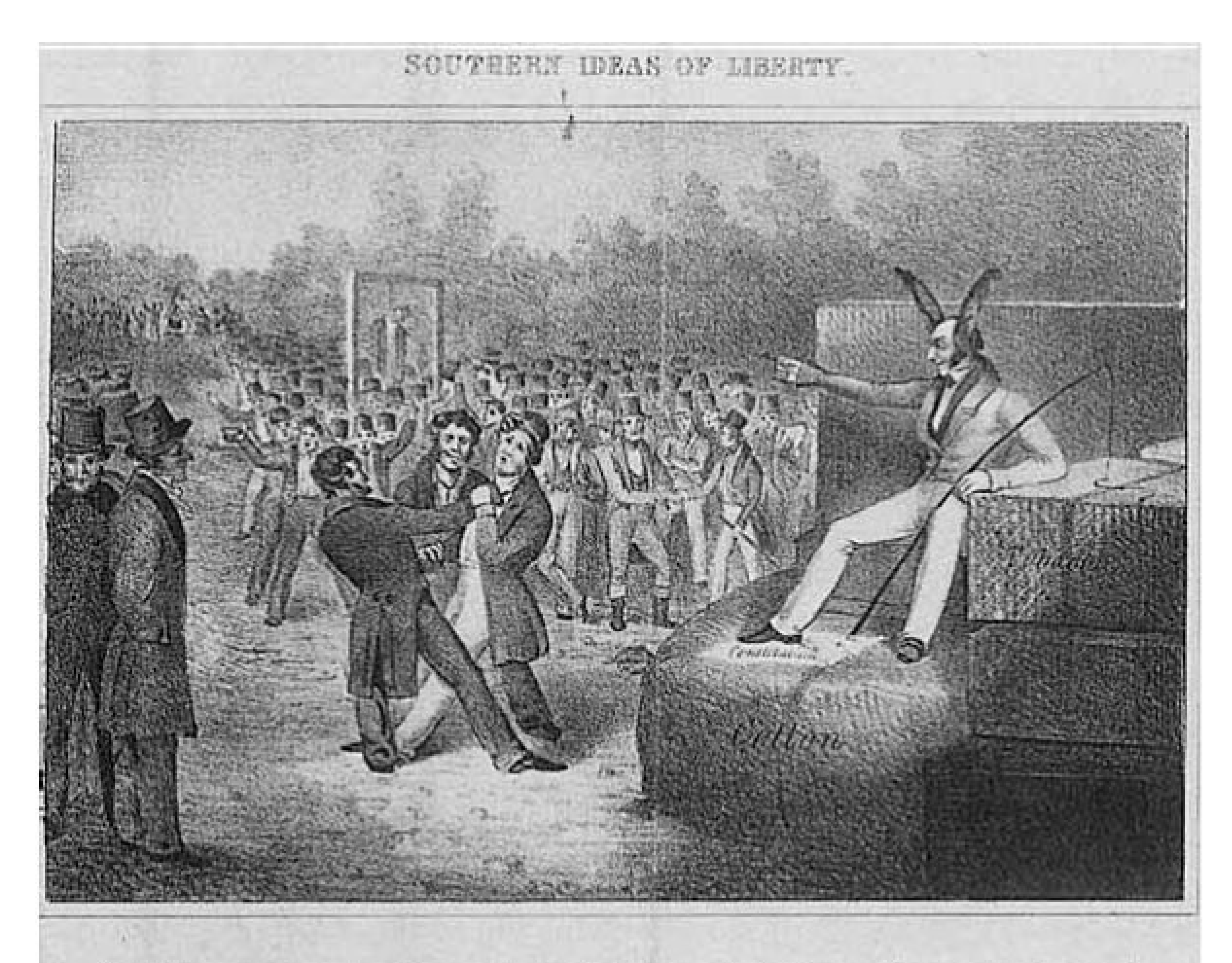


Figura 5.6. «Lo que entienden por libertad en el Sur», Boston, 1835. Esta es una representación abolicionista del trato que daban en el Sur a los contrarios a la esclavitud a mediados de la década de 1830. Se dieron casos en esta época en Georgia, Luisiana y Misisipi de activistas abolicionistas que fueron ahorcados y emplumados. En 1835, se aprobaron resoluciones en los estados sureños que pedían la supresión de las organizaciones abolicionistas, antes del debate en el Congreso sobre la Norma Mordaza (Norma 21). En la imagen vemos a un juez con orejas de asno y un látigo sentado sobre unas balas de algodón y tabaco y con un pie sobre la Constitución condenando a la horca a un abolicionista. La leyenda de la imagen reza: «Condenado por apoyar esa cláusula de nuestra Declaración que dice "Todos los hombres nacen libres e iguales". ¡Desolladlo!, ¡¡untadlo de brea y plumas!!, ¡¡¡colgadlo del cuello, entre el cielo y la tierra!!!, ¡¡¡¡como una señal de advertencia a los fanáticos del Norte del peligro que corren!!!!». Grabado por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-92284).

La década de 1830 fue, en muchos sentidos, la del debate sobre la esclavitud. Espoleados por la aparición de *The Liberator* en 1831, aleccionados por la rebelión de Turner y provocados por la fundación por parte de Garrison al año siguiente de la Sociedad Antiesclavista de Nueva Inglaterra (New England Anti-Slavery Society) y, un año más tarde, de la Sociedad Antiesclavista Estadounidense (American Anti-Slavery Society) por Arthur y Lewis Tappan en Nueva York, los ciudadanos del Norte se vieron obligados cuando menos a contemplar el tema desde una perspectiva moral, aunque la mayoría prefería hacerlo desde una práctica. No eran pocos los habitantes del Norte que coincidían con Calhoun en que los abolicionistas amenazaban la Unión, y que de no ponerse freno a la agitación que causaban, los estadounidenses «se convertirían, al final, en dos pueblos»[25]. Empero, ni la hostilidad ni el apoyo del Norte al Sur en la preguerra tenían como única causa a los abolicionistas. La esclavitud era la raíz de los problemas del Sur, según pensaban en el Norte. Dificultaba su desarrollo material, limitaba sus oportunidades educativas y lo volvía poco atractivo para los inmigrantes. Constituía, por tanto, una sangría de la sociedad blanca y, por extensión, de la nación.

Las siguientes décadas vieron menos conversación y bastante más acción, un cambio que no tuvo nada que ver con la Norma Mordaza y todo con el crecimiento demográfico y con los avances tecnológicos y comerciales que acompañaron y facilitaron su expansión geográfica concomitante. La década de 1840 fue además la de la emigración masiva hacia el oeste. Fue la década que oyó hablar por primera vez del «Destino

Manifiesto» en relación con el éxodo transcontinental de Norteamérica, y que vio cómo este conducía a los estadounidenses a un conflicto armado con México. Como consecuencia de ambas cosas, fue asimismo la década que asistió al comienzo del fin del efímero Segundo Sistema de Partidos. Con la aparición del Partido de la Libertad (Liberty Party) en 1840, el antiesclavismo se presentó como una potencial fuerza política. Las elecciones de 1848 elevaron aún más las apuestas de la política antiesclavista con la aparición del Partido de la Tierra Libre (Free Soil Party).

Este último revelaba hasta qué punto los políticos y sus electores estaban empezando a realinearse a lo largo de las líneas de falla creadas por la esclavitud en la Unión. La fragmentación política resultó ser lo bastante fuerte, al final, como para provocar la desintegración del Partido Whig y la posterior aparición de un nuevo partido político integrado por distintos grupos, los republicanos, quienes se presentaron por vez primera a las elecciones nacionales en 1856 con el programa de evitar que la esclavitud se extendiera más hacia el oeste. Lo que impulsó esta reordenación política de las décadas de 1840 y 1850 fue la aparición de la idea asociada de que la influencia política del Sur, a la cual llamaban el «poder esclavista», era una amenaza para las libertades estadounidenses. Todos estos acontecimientos se alimentaban y reforzaban mutuamente, y todos expresaban y exacerbaban la creciente tensión interna a la que estaba sometida la Unión. Tras comenzar fundamentalmente como una perspectiva extremista y minoritaria, la oposición a la esclavitud se fue trasladando de manera gradual a la primera línea de la política.

No obstante, para algunos, la mera abolición no era la respuesta. Por motivos que iban desde el racismo ciego a la benevolencia miope, algunos pensaban que los blancos y los negros nunca podrían llegar a convivir pacíficamente sobre la base de la igualdad en los Estados Unidos. La Sociedad Colonizadora Estadounidense (American Colonization Society), fundada en 1816, defendía el traslado de los afroamericanos libres de la nación y su reasentamiento en naciones africanas, un experimento que tuvo como resultado la creación de Liberia en 1821 pero que satisfizo a muy pocos –ni siquiera a los propios afroamericanos– como para ser considerado un éxito. Aun así, lo que puso de manifiesto la Sociedad Colonizadora de América fue no solo la desazón que incluso los estadounidenses

bienintencionados sentían respecto a las probabilidades de que una república no racista pudiera funcionar, sino también una incertidumbre subyacente en lo referido al Destino Manifiesto de dicha república.

La idea del Destino Manifiesto fue, desde el principio, evocadora y problemática a partes iguales. La frase había sido acuñada en 1845 por John O'Sullivan, editor del *Democratic Review*. La había utilizado en el contexto de la adquisición de Oregón y California, territorios ambos que Gran Bretaña había reclamado legítimamente. Su protesta fue que la antigua potencia colonial estaba tratando de impedir «la realización del destino manifiesto de extendernos por el continente que la Providencia nos asignó para el libre desarrollo de nuestro pueblo, que ve multiplicado su número año tras año». En cuanto a qué se refería O'Sullivan con dicha frase, no parecía haber muchas dudas. Rescataba la idea precolonial de América como una «tierra virgen» lista para ser explotada por los europeos, y ciertamente pasaba sin consideración por encima de los derechos de los pueblos indígenas que se habían visto obligados a desplazarse hacia el oeste ante la colonización blanca. Nada de esto era nuevo, y desde luego las asociaciones que la frase evocaba habrían hallado eco en una nación que aún no se encontraba tan lejos de su pasado colonial como para haberlo olvidado por completo.

Tampoco es que hubiera nada especialmente novedoso en la idea de que Estados Unidos tenía un destino que poner de manifiesto. Después de todo, Thomas Paine había anunciado a la generación de la revolución que la suya era «la causa de toda la humanidad». El problema para los estadounidenses de la preguerra, al verse con un considerable porcentaje de población desplazándose en largas caravanas a través de los nuevos territorios, era que la naturaleza exacta de ese destino, sus imperativos morales y prácticos, no eran del todo como habían previsto los Padres Fundadores. Dado que los norteamericanos blancos habían conseguido establecer una distinción material entre las naciones nativas y la suya propia, los derechos tribales no entraban realmente en la ecuación en ese momento. Pero en cambio, sí lo hacían los derechos de los colonos blancos, en particular el tipo de sociedades que podrían construir en el Oeste, y el impacto que estas tendrían en la nación.

Desde una perspectiva puramente práctica, el problema se reducía al equilibrio de poder en el Congreso y al mantenimiento de dicho equilibrio

en el Senado entre estados no esclavistas y esclavistas tal como había sido establecido por medio del Acuerdo de Misuri. Aunque O'Sullivan había afirmado que en lo referente a la expasión de los Estados Unidos, la esclavitud «no tenía nada que ver», cada vez había más ciudadanos del Norte que pensaban que la situación era justo la contraria. Creían que el Sur estaba tratando agresivamente de extender su «peculiar institución» para ganar más poder político, y de paso comprometer la integridad y limitar las oportunidades que ofrecían los estados no esclavistas. Estos tampoco eran desvaríos paranoicos de una minoría de abolicionistas radicales. La idea de que pudiera haber una conspiración del poder esclavista para controlar la nación tenía cierto fundamento al menos en lo que se refería a la parte del poder. Había poco de conspiratorio en hombres como Calhoun, y su defensa abierta de la esclavitud. Si bien esta última constituía un tema que los blancos del Sur no querían discutir, difícilmente podrían haberlo mantenido en secreto.

Lo cierto era que, desde el nacimiento de la nación, el Sur había ejercido más poder que el Norte. Con la excepción de la presidencia de John Adams, el poder ejecutivo estuvo ocupado por virginianos de 1789 a 1824, cuando John Quincy Adams proporcionó un breve interludio protagonizado por el Norte antes de que Jackson asumiese el cargo en 1828. La cláusula de los tres quintos otorgaba indudablemente al Sur mayor representación a nivel nacional de la que podría haber garantizado por sí sola su población blanca, y la paridad entre los estados en el Senado implicaba que, hasta la admisión de California en 1850, solo hacía falta que un senador del Norte votara con el Sur para que cualquier votación se decantase hacia el lado de este último. Había, en resumidas cuentas, material suficiente para que los oponentes del Sur construyeran a partir de él un posible fantasma de dominación sureña, pero no ninguna razón real para dicha oposición salvo la esclavitud.

No obstante, esta última constituía el acertijo moral en el corazón del destino manifiesto estadounidense. No todo el mundo lo veía así; de hecho, la mayoría no lo hacía. Pese a ello, la política del poder que acompañó la expansión de la nación produjo un gran número de abolicionistas políticos entre aquellos cuyos principios morales no entraban en conflicto con el sufrimiento de los afroamericanos esclavizados, pero que aun así querían una nación construida sobre la base de, como rezaba el eslogan del nuevo partido republicano, «Tierra libre, trabajo libre, hombres libres». Al mismo

tiempo, una mayoría de estadounidenses seguía queriendo una nación unida. La perspectiva histórica presenta frecuentemente los principales acontecimientos políticos entre el Acuerdo de Misuri de 1820 y la secesión de los estados del Sur en 1860-1861 como una serie de piezas de dominó precipitándose contundentemente hacia la separación. Sin embargo, desde el punto de vista de la época, la separación constituía sin duda un peligro reconocido, pero no el resultado inevitable de la división política. En 1850, como revela esta viñeta contemporánea (figura 5.7), los estadounidenses se sentían lo bastante seguros de su Unión como para burlarse de los individuos y fuerzas aparentemente alineados en su contra.

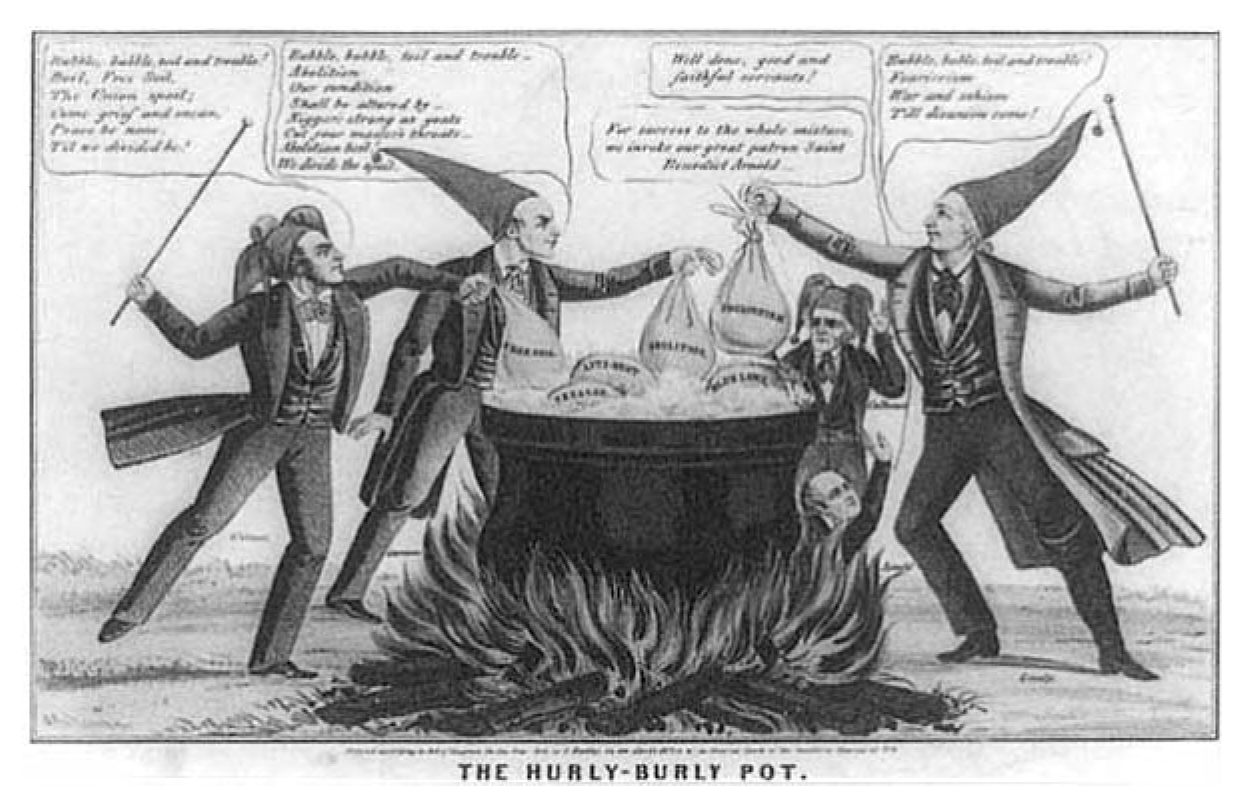


Figura 5.7. «El caldero revuelto», Nueva York, James Baillie, 1850. Esta viñeta política de 1850 presenta los intereses abolicionistas, partidistas y de la «tierra libre» como peligros para la Unión. Las figuras representadas son, de izquierda a derecha: el político del Partido de la Tierra Libre David Wilmot, quien propuso en 1846 que la esclavitud fuese prohibida en cualquier territorio resultante de la guerra entre Estados Unidos y México. Si bien la «Condición Wilmot» pasó dos veces por la Cámara de Representantes, el Senado la tumbó ambas (de todos modos, polarizó la opinión sobre el tema de la esclavitud en los territorios); el editor abolicionista William Lloyd Garrison; John C. Calhoun; y Horace Greeley, el radical editor del *New York Tribune*. El hombre entre las llamas es el infame traidor de la revolución Benedict Arnold. Quitando a Arnold, todos los demás van ataviados con gorros de bufón, y las tres figuras principales (Garrison, Wilmot y Greeley), representadas como

las brujas de *Macbeth*, están en proceso de añadir diversos males sociales y políticos al caldero: «Tierra Libre», «Abolición» y «Fourierismo» (Greeley era un destacado partidario del socialista utópico Charles Fourier) se unen a «Traición», «Antiarrendamiento» y «Leyes Azules» (la restricción de ciertas actividades los domingos, normalmente comerciales; se las asocia con frecuencia a los puritanos), los cuales ya están dentro del caldero. El bocadillo de Wilmot reza: «¡Bullid, bullid, sudores y problemas! / Hierve, Tierra Libre, / y destruye la Unión; / que acudan penas y llantos, / que no haya paz, / hasta que estemos divididos». El de Garrison: «Bullid, bullid, sudores y problemas. / **Abolición** / Nuestra situación / la cambiarán / negros fuertes como cabras; / cortad el cuello de vuestro amo. / ¡Bulle, **Abolición**! / Nos repartiremos el botín». El de Greeley: «¡Bullid, bullid, sudores y problemas! / Fourierismo, / guerra y división/ ¡Hasta que llegue la separación!». El minúsculo Calhoun declara: «Para que la mezcla tenga éxito, invocamos a nuestro gran patrón san Benedict Arnold». Y este último agrega: «¡Bien hecho, buenos y fieles servidores!». Grabado cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-11138).

A esas alturas, los habitantes del Norte llevaban mucho tiempo habituados a las bravatas del Sur en el Congreso y tal vez no eran muy dados a tomárselas en serio. Los del Sur, por su parte, se sentían bastante seguros en una Unión que el Sur había contribuido tanto a crear, y una tan dependiente, pensaban, de su producción agrícola que, en palabras del portavoz esclavista y antiguo gobernador de Carolina del Sur James Henry Hammond, «no se atreve a declararle la guerra al algodón. No hay poder en la tierra que ose hacerlo. El algodón manda»[26]. Hammond no se equivocaba. El Norte no le iba a declarar la guerra al algodón ni a los que lo producían. Sin embargo, las actitudes de los estadounidenses en 1850 no eran resultado de preocupaciones ni de una autocomplacencia respecto al algodón, sino que derivaban de la creencia de que los acuerdos cementarían la Unión en el futuro como lo habían hecho en el pasado. En ese sentido, el acuerdo político de 1850 que alivió la creciente tensión entre los estados esclavistas y no esclavistas por el estatus de la tierra adquirida en la guerra entre Estados Unidos y México de 1846-1848 parecía ser la última de una serie de medidas de compromiso entre un Norte que quería extender la «tierra libre» y un Sur que buscaba expandir la esclavitud. Y lo cierto es que fue la última.

Como parte del Acuerdo de 1850, se convino que la condición –esclavista o no– de los nuevos territorios sería decidida por sus habitantes. Esta decisión, conocida como soberanía popular, era idealmente democrática en principio pero resultaba serlo menos en la práctica. En vez

de poner freno a la creciente del mar del partidismo, la soberanía popular puso sencillamente de manifiesto la divergencia cada vez mayor entre Norte y Sur respecto a la cuestión de la expansión de la esclavitud hacia el oeste. Cuando la doctrina se incorporó en 1854 a la Ley de Kansas y Nebraska (Kansas-Nebraska Act), la legislación que rigió la creación de esos dos nuevos estados en el Oeste, se produjo un estallido de violencia en el primero de ellos entre partidarios y detractores de la esclavitud. Y antes de que el proyecto fuese siquiera debatido en el Congreso, se extendió por el Norte la oposición a lo que algunos consideraban «un atroz complot para excluir de una vasta región desocupada a inmigrantes del Viejo Mundo y a trabajadores libres de nuestros propios Estados, y convertirla en una inhóspita región de despotismo, habitada por amos y esclavos»[27].

La sospecha por parte de muchos ciudadanos del Norte de que la esclavitud estaba ganando terreno legislativo se vio confirmada unos años más tarde cuando el Tribunal Supremo refrendó a todos los efectos la soberanía popular a favor de la esclavitud en una sentencia histórica. *Dred Scott contra Sandford* fue un caso llevado a juicio por un esclavo de Misuri que, al haber pasado la mayor parte de su vida en los «estados no esclavistas», reclamó su libertad. En 1857, el entonces presidente del Tribunal Supremo Roger B. Taney rechazó la solicitud de Scott basándose en que, primero, como esclavo, no podía ser un ciudadano y, segundo, en que por la Quinta Enmienda a la Constitución, ningún ciudadano podía ser privado de su propiedad sin el debido proceso. Cualquier tentativa legal, como el Acuerdo de Misuri, de negar el derecho de los propietarios de esclavos a llevarse su propiedad a donde desearan era inconstitucional. Taney volvió la ambigüedad de los Padres Fundadores en contra de la población negra al sostener que, en el momento de la fundación de la nación, los afroamericanos llevaban ya mucho tiempo «siendo considerados seres de una categoría inferior, y completamente incapaces de relacionarse con la raza blanca, ya fuese social o políticamente; e inferiores en tal grado, que no disponían de derechos que el hombre blanco estuviese obligado a respetar»[28].

Si los esclavos eran una propiedad, y no personas, entonces no podía haber ningún estado del que la esclavitud estuviese excluida, al menos en teoría. El principal defensor de la soberanía popular en el Acuerdo de 1850 y la Ley de Kansas y Nebraska, Stephen A. Douglas, no creía que la teoría

tuviese necesariamente como consecuencia una práctica universal, y presentaba la doctrina como algo que podría resolver las divisiones internas. Pero para cuando debatió la cuestión con su rival político, Abraham Lincoln, en 1858, el partidismo era el motor que impulsaba la maquinaria política estadounidense. La Ley de Kansas y Nebraska, quizá más que ninguna otra, destruyó la unidad del Partido Demócrata y aupó de manera decisiva al joven Partido Republicano, cuya victoria en 1860 provocó la secesión de los estados del Sur. Al año siguiente, tal como lo expresó Lincoln, «llegó la guerra». Hacia el final de la Guerra de Secesión, Lincoln expresó compendiosamente el reparto de culpa entre Norte y Sur: «Ambas partes desaprobaban la guerra –observó–, pero una de ellas prefería hacerla antes que dejar sobrevivir a la nación, y la otra la aceptaría antes que dejar morir a esta última»[29].

A la larga, el conflicto entre Norte y Sur que se inició en 1861 reveló que ni la Guerra de Independencia ni la ratificación de la Constitución habían representado el último acto del drama del nacimiento de los Estados Unidos como nación. La historia de estos no era una obra en dos actos, y contaba con un reparto de miles de intérpretes, pero demasiados de ellos eran esclavos. Para mediados del siglo XIX, la esclavitud era mucho más que un sistema de trabajo para el Sur. Definía el estilo de vida de los blancos de esos estados; en palabras de Hammond, era la base de la «armonía de sus instituciones políticas y sociales». Cada vez más, y a pesar de las diversas salvaguardas legales a la esclavitud, los propietarios de esclavos del Sur acabaron por creer que dicha armonía se hallaba amenazada por una nación en la que el sentimiento abolicionista criticaba, y los avances políticos amenazaban con limitar –aunque, en realidad, no lo consiguieran–, la expansión de la esclavitud. La publicación en 1852 de lo que llegó a ser quizá la obra abolicionista más famosa, *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stowe, contribuyó a impulsar una cultura que los propietarios de esclavos veían cada vez menos propicia para el mantenimiento de la esclavitud. Para cuando el abolicionista radical John Brown dirigió su fallido y francamente mal planeado asalto al arsenal federal de Harpers Ferry en Virginia en 1859 –por el que fue colgado–, muchos ciudadanos del Sur habían llegado ya a la conclusión, pese a que todo apuntase a lo contrario, de que su «peculiar institución» estaba verdaderamente en peligro.

En algunos aspectos no se equivocaban. La esclavitud también era algo más que un sistema de trabajo para el Norte. Para los abolicionistas, constituía una afrenta moral. Para otros, un sistema feudal anacrónico que no tenía cabida en una nueva república y que dificultaba el crecimiento y desarrollo de esta. Para otros tantos, representaba una barrera para el progreso económico de la sociedad blanca libre en los territorios. La esclavitud no era, según Ralph Waldo Emerson, «una estudiosa, una impulsora del progreso; no ama el silbato del ferrocarril; como tampoco el periódico, la saca del correo, una universidad, un libro o un predicador», todos ellos elementos que los estadounidenses, desde la revolución, habían considerado cruciales para el desarrollo individual, la expansión económica y la estabilidad nacional. En una sociedad esclavista, concluía Emerson, «todo acaba deteriorándose»[30].

En el momento en que Abraham Lincoln y el Partido Republicano ganaron las elecciones de 1860, el Norte y el Sur habían desarrollado visiones no solo contradictorias sino también mutuamente exclusivas de su legado revolucionario. Ese legado había sido detallado con claridad de forma manuscrita, en dos manuscritos distintos, para ser más precisos: la Declaración de Independencia y la Constitución. Sería una simplificación excesiva afirmar que el Norte se alineaba con la primera y el Sur con la segunda, pero ciertamente las garantías constitucionales otorgadas a la esclavitud y a los derechos de los estados cobraron una gran importancia para el Sur, como ocurrió con los ideales de igualdad establecidos en la Declaración de Independencia para el Norte.

El propio Lincoln veía la Declaración de Independencia como un documento muy vigente que indicaba el camino hacia un nacionalismo estadounidense integrador. «Ahora somos una nación poderosa», declaró en 1858, pero era consciente de que los lazos nacionales distaban mucho de ser evidentes en una nación de inmigrantes. Sabía que muchos estadounidenses no podían presentar un vínculo «de sangre» con el pasado del país. Sin embargo, sí que podían establecer su nacionalidad estadounidense por medio de la Declaración de Independencia porque, afirmaba Lincoln, tenían «derecho a reivindicarla como si fuesen de la misma sangre y de la misma carne» que aquellos que la habían escrito. El sentir moral de la Declaración de Independencia, tal como la interpretaba Lincoln, constituía el «cable eléctrico» que unía a la nación[31]. Empero, los blancos del Sur también

reivindicaban la Declaración de Independencia, en concreto la parte de la misma que afirmaba que «siempre que una forma de gobierno se vuelva destructiva» hacia los derechos de los gobernados, «es derecho del pueblo alterarla o abolirla».

Para el Norte, la Declaración proporcionaba la base de la Unión; para el Sur, establecía el derecho de secesión. Cuando Lincoln asumió la presidencia, y la Unión se desintegró, aquel tuvo que acometer principalmente una tarea. Tenía que negar el derecho de secesión, probar que la revolución del siglo XVIII había creado una sola nación, y que la Declaración de Independencia no era en realidad un conjunto de pautas para la futura fundación de cualquier número de naciones. Sin embargo, con el avance de la guerra, se dio cuenta de que para lograrlo tendría que acabar una tarea que los Padres Fundadores habían comenzado pero luego abandonado. Tendría que enfrentarse a la causa última de la secesión y la guerra resultante de ella; tendría que abolir la esclavitud. Solo eso garantizaría el futuro de la Unión a largo plazo, suponiendo, por supuesto, que el triunfo militar lo garantizara en el corto. Solo a través de la abolición de la esclavitud, como Lincoln sabía, los estadounidenses podían esperar alcanzar su destino manifiesto como la «última y mejor esperanza de la tierra».

[1] El gobernador Morris a la Convención Federal, 5 de julio de 1787, en M. Farrand, *The Records of the Federal Convention of 1787*, vol. I, New Haven (CT), Yale University Press, 1911, p. 531.

[2] A. Hamilton, *Federalist* n.º 6, «Concerning Dangers from Dissensions between the States», y *Federalist* n.º 9, «The Union as a Safeguard against Domestic Faction and Insurrection», ambos publicados en *Independent Journal*. Los *Federalist Papers* pueden consultarse en la Biblioteca del Congreso, y están disponibles en: http://thomas.loc.gov/home/histdox/fedpapers.html (18 de enero de 2010).

[3] J. Madison, *Federalist* n.º 10, «The Same Subject Continued: The Union as a Safeguard Against Domestic Faction and Insurrection», publicado por primera vez en *Packet*, Nueva York, viernes, 23 de noviembre de 1787.

[4] Los 16 ensayos «antifederalistas» no tenían título; aparecieron publicados en el *Journal* de Nueva York entre octubre de 1787 y abril de 1788, bajo diversos pseudónimos, entre ellos «Brutus», elegido por la alusión al asesino de César. Probablemente el autor fuera Richard Yates, un juez y delegado neoyorquino en la Convención Federal. Esta cita pertenece al segundo ensayo, que vio la luz a comienzos de noviembre de 1787.

[5] J. Wilson en *The Debates in the Convention of the State of Pennsylvania, on the Adoption of the Federal Constitution* [*Elliot's Debates*, vol. 2] pp. 526-527, disponible en:

http://memory.loc.gov/cgi-bin/query/D?hlaw:1:./temp/~ammem_V2sd (20 de enero de 2010).

[6] J. Madison, *Federalist*, n.º 48, «These Departments Should Not Be So Far Separated as to Have No Constitutional Control over Each Other», publicado por primera vez en *Packet*, Nueva York, viernes, 1 de febrero de 1788.

[7] A. de Tocqueville, *Democracy in America*, Phillips Bradley (ed.), 2 vols., Nueva York, Vintage Books, 1945, vol. 2, Libro II, V, pp. 114-115, 118 [ed. cast.: *La democracia en América*, Madrid, Akal, 2007].

[8] *The Rules and By-laws of the Charlestown Library Society* (1762), disponible en: http://nationalhumanitiescenter.org/pds/becomingamer/ideas/text4/charlestownlibrary.pdf (20 de enero de 2010).

[9] S. Smith citado en A. Bell, *Sydney Smith: A Biography*, Nueva York, Oxford University Press, 1982, p. 120; R. W. Emerson, «The American Scholar», 1837, disponible en: http://www.emersoncentral.com/amscholar.htm (20 de enero de 2010); M. Fuller, «Things and Thoughts in Europe», *New York (Daily) Tribune*, 1 de enero de 1848.

[10] Jefferson a Madison, papeles de Thomas Jefferson, *The Papers of Thomas Jefferson*, J. P. Boyd (ed.), Princeton, 1950, 12, p. 442; a Washington, *The Writings of Thomas Jefferson*, Memorial Edition, 20 vols., Washington, 1903-1904, 6, p. 277.

[11] George Washington a Patrick Henry, 9 de octubre de 1795.

[12] Jefferson y Hamilton citados en N. E. Cunningham, *Jefferson vs. Hamilton: Confrontations That Shaped a Nation*, Londres, Palgrave Macmillan, 2000, pp. 102-103.

[13] El «Discurso de Despedida» de Washington (1796) está disponible electrónicamente a través del Congreso de los Estados Unidos en: http://www.access.gpo.gov/congress/senate/farewell/sd106-21.pdf (21 de enero de 2010).

[14] P. L. Barbour (ed.), *The Complete Works of Captain John Smith*, *1580-1631*, 3 vols., Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1986, III, pp. 274-275; gobernador Morris, dirigiéndose a la Convención Federal el 5 de julio de 1787; en M. Farrand, *The Records of the Federal Convention of 1787*, 4 vols., New Haven (CT), Yale University Press, 1911, vol. I, pp. 529-531.

[15] A. de Tocqueville, *op. cit.*, vol. 1, pp. 401-402.

[16] W. W. Brown, *Narrative of William W. Brown, A Fugitive Slave*, Boston, Anti-Slavery Society, 1847, pp. 41-43.

[17] Por ejemplo, O. Patterson, *Slavery and Social Death: A Comparative Study*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1982.

[18] T. P. Kettell, *On Southern Wealth and Northern Profits*, 1860.

[19] R. W. Emerson, «Address Delivered in Concord on the Anniversary of the Emancipation of the Negroes in the British West Indies», 1 de agosto de 1844, en E. W. Emerson (ed.), *The Complete Works of Ralph Waldo Emerson*, Boston, Houghton Mifflin, 1911, vol. II, pp. 125-126.

[20] Thomas Jefferson a John Holmes, 22 de abril de 1820.

[21] A. Lincoln, «Speech at Springfield, Illinois», 16 de junio de 1858, en R. Basler (ed.), *op. cit.*, vol. II, p. 461.

[22] J. C. Calhoun, *Exposition and Protest*, en W. E. Hemphill, R. L. Meriwether y C. Wilson (eds.), *The Papers of John C. Calhoun*, 27 vols., Columbia, University of South Carolina Press, 1959-2001, vol. 10 (1825-1829), p. 447.

[23] La «Proclamation to the People of South Carolina» del 10 de diciembre de 1832 del presidente Jackson está disponible electrónicamente en: http://www.yale.edu/lawweb/avalon/presiden/proclamations/jack01.htm (26 de enero de 2010).

[24] A. de Tocqueville, *op. cit.*, vol. 1, pp. 418, 420-421.

[25] W. E. Hemphill, R. L. Meriwether y C. Wilson (eds.), *op. cit.*, vol. 13, 1980, pp. 394-395.

[26] J. H. Hammond, *Selections from the Letters and Speeches of the Hon. James H. Hammond, of South Carolina*, Nueva York, John F. Trow & Co., 1866, pp. 311-322.

[27] «Appeal of the Independent Democrats in Congress to the People of the United States», *Congressional Globe*, 33.er cong., 1.ª sesión, pp. 281-282.

[28] *Dred Scott v. Sandford* (60 U.S. 393 [1896]) está disponible en versión electrónica en: http://supreme.lp.findlaw.com/supreme.court/landmark/dredscott.html (25 de enero de 2010).

[29] A. Lincoln, «Second Inaugural Address», en R. Basler (ed.), *op. cit.*, VIII, p. 332.

[30] R. W. Emerson, «Address Delivered in Concord on the Anniversary of the Emancipation of the Negroes in the British West Indies», cit.

[31] A. Lincoln, «Speech at Chicago, Illinois», 10 de julio de 1858, en R. Basler (ed.), *op. cit.*, II, pp. 484-500.

6
El imperio avanza rumbo al oeste: de unión a nación

El imperio avanza rumbo al oeste,
pasados los cuatro primeros actos,
un quinto concluirá el drama del día;
el hijo más noble del tiempo es el último.

GEORGE BERKELEY, «Verses on the Prospect of Planting Arts and Learning in America», 1752».

La audiencia de Alexander Stephens en Savannah (Georgia) estaba claramente alborotada cuando el recién investido vicepresidente del recién formado gobierno confederado se puso en pie para dirigirse a ella en marzo de 1861. «No puedo hablar mientras haya ruido y revuelo», observó un levemente molesto Stephens, amenazando con estar allí toda la noche si hacía falta. No es que, añadió, «vaya a presentar nada especialmente entretenido». Fue un comienzo accidentado para uno de los discursos más famosos realizados en el marco de la Guerra de Secesión estadounidense. Aunque también es cierto que sacar varios estados de la Unión para formar una república independiente no podía ser en ningún caso una operación sin complicaciones.

Si Abraham Lincoln veía la Declaración de Independencia como un pagaré para el futuro de los Estados Unidos, los hombres del Sur como Stephens preferían fundamentar su oposición a la nación en la Constitución. El documento contemplaba esa posibilidad, desde luego. Una parte muy grande de lo que significaba ser estadounidense aparecía recogido en la Constitución y la Carta de Derechos pero, del mismo modo, los arreglos y silencios de ambas en temas como la raza entraban asimismo en ese significado. Más problemática todavía resultó, sin embargo, la última enmienda de la Carta de Derechos, el artículo X, que establecía que «los poderes no delegados a los Estados Unidos por la Constitución, ni prohibidos por esta a los estados, están reservados a los estados o en su defecto al pueblo».

Esta última, la cláusula final de lo que constituyó, esencialmente, el canto de cisne de los antifederalistas, su legado a la nueva nación, protegía los

derechos individuales de los estados, una preocupación largamente persistente de aquellos que temían el poder federal. Sin embargo, también proporcionó el camino a la secesión de los estados del Sur en 1860 y 1861, y el posible desmantelamiento de todo lo conseguido en Filadelfia en 1787. Ese fue el camino en que se vio Stephens en marzo de 1861. Sus postes indicadores, proporcionados por la Constitución y la Declaración de Independencia, eran contradictorios. Todos apuntaban hacia la libertad, pero ¿libertad para quién, de quién, de qué y para hacer qué? Eso dependía de la orientación del viajero en cuestión. Para Stephens y la Confederación, la libertad radicaba en la libre posesión de esclavos, libre de la interferencia del gobierno federal (aunque esta fuese hipotética). La secesión, desde el punto de vista sudista, era un derecho revolucionario fundamental en una nación fundada en y formada por la revolución, una que luchó por liberarse del control colonial. Este era el problema de la nación, y supuso la oportunidad de la Confederación.

Resultaba evidente que la revolución no había transformado las colonias británicas de Norteamérica en una nación unificada, sino que había establecido nuevas reglas que la nación emergente –y el nacionalismo– de los Estados Unidos podía usar para orientarse. La nueva nación, armada con la Declaración de Independencia y la Carta de Derechos y protegida por la Constitución, se había dotado a sí misma de una compleja combinación de privilegios y garantías que posiblemente, en los años siguientes, resultaron honrados tanto en sus violaciones como en su observancia pero que, en cualquier caso, proporcionaron un estándar al que aspirar, aunque no siempre se alcanzase. Sin embargo, había algo que ni la Constitución ni la Carta de Derechos habían resuelto. En 1791, los estadounidenses fijaron, aunque no de un modo perfectamente definido, las libertades y garantías que le correspondían al «pueblo», pero lo que no determinaron fue quién, de manera precisa, era «el pueblo». Sin embargo, no hallaron ocasión para hacerlo hasta después de la Guerra de Secesión. Por supuesto, quizá nunca la hubieran hallado sin el desafío de la Confederación a la Unión, y más concretamente sin el concepto confederado de ciudadanía.

Este fue el tema del discurso en Savannah de Stephens: la ciudadanía y la Constitución. No la redactada en Filadelfia en 1787, sino la versión de la Confederación, adoptada por los diferentes estados secesionistas solo 10 días antes del mitin de Stephens. Si la imitación es la forma más sincera de

halago, entonces los sudistas encontraron claramente poco que objetar a la Constitución estadounidense. Prácticamente la copiaron entera. Por supuesto, también podría resultar aplicable otro cliché del estilo de que el tiempo tenía una importancia capital en aquellos momentos. Separarse de la Unión, establecer un gobierno alternativo y elaborar una nueva Constitución en el espacio de unos pocos meses no permitía la construcción de una nación completamente desde cero.

Con todo, la Constitución confederada no era un calco de la original. Había diferencias cruciales entre las dos, y eran esas diferencias, o más bien esas «mejoras», las que Stephens deseaba describir, en cuanto su audiencia se lo permitiera. Una vez captada su atención, le aseguró que la nueva constitución «garantiza ampliamente todos nuestros antiguos derechos, privilegios y libertades». Incluía los «grandes principios de la Magna Carta», mantenía la libertad religiosa y protegía la vida, la libertad y la propiedad. Sin embargo, se habían introducido algunos cambios. No todos contaban con su aprobación, confesó Stephens, pero en líneas generales se sentía bastante seguro como para afirmar que la nueva Constitución confederada era «decididamente mejor que la antigua». Y por encima de todo, aseguró a sus oyentes, «ha resuelto, para siempre, todas las inquietantes cuestiones relativas a nuestra peculiar institución». Admitió que esta última, como Jefferson había predicho, «era la causa inmediata de la reciente ruptura y presente revolución». Las ideas sobre las que se fundaron los Estados Unidos, señaló Stephens, «se basaban en el supuesto de la igualdad de las razas. Esto –concluyó– era un error». Contrariamente, declaró:

> Nuestro nuevo gobierno se basa exactamente en la idea opuesta; sus cimientos están asentados, su piedra angular descansa, sobre la gran verdad de que el negro no es un igual del hombre blanco; de que la subordinación del primero como esclavo a la raza superior es su condición natural y normal. Este, nuestro nuevo gobierno, es el primero, en la historia del mundo, que se fundamenta en esta gran verdad física, filosófica y moral.

Efectivamente la Constitución confederada ponía un gran empeño en garantizar que «el derecho de propiedad» en lo referente a los esclavos no se viese perjudicado. No obstante, lo irónico de todo esto era que, fueran cuales fuesen los ideales sobre los que se fundó la nación, una de las causas de la guerra entre Norte y Sur, y no la menos importante, había sido el

veredicto del caso *Dred Scott* de 1857 que introducía en el código legal el mismo argumento que Stephens que sostenía era único de la Confederación (figura 6.1). Con dicho fallo, la esclavitud –supuestamente la futura piedra angular de la Confederación– pasaba a ser una institución nacional, al menos en potencia, y a estar más protegida en la Unión de lo que iba a estarlo fuera de ella.

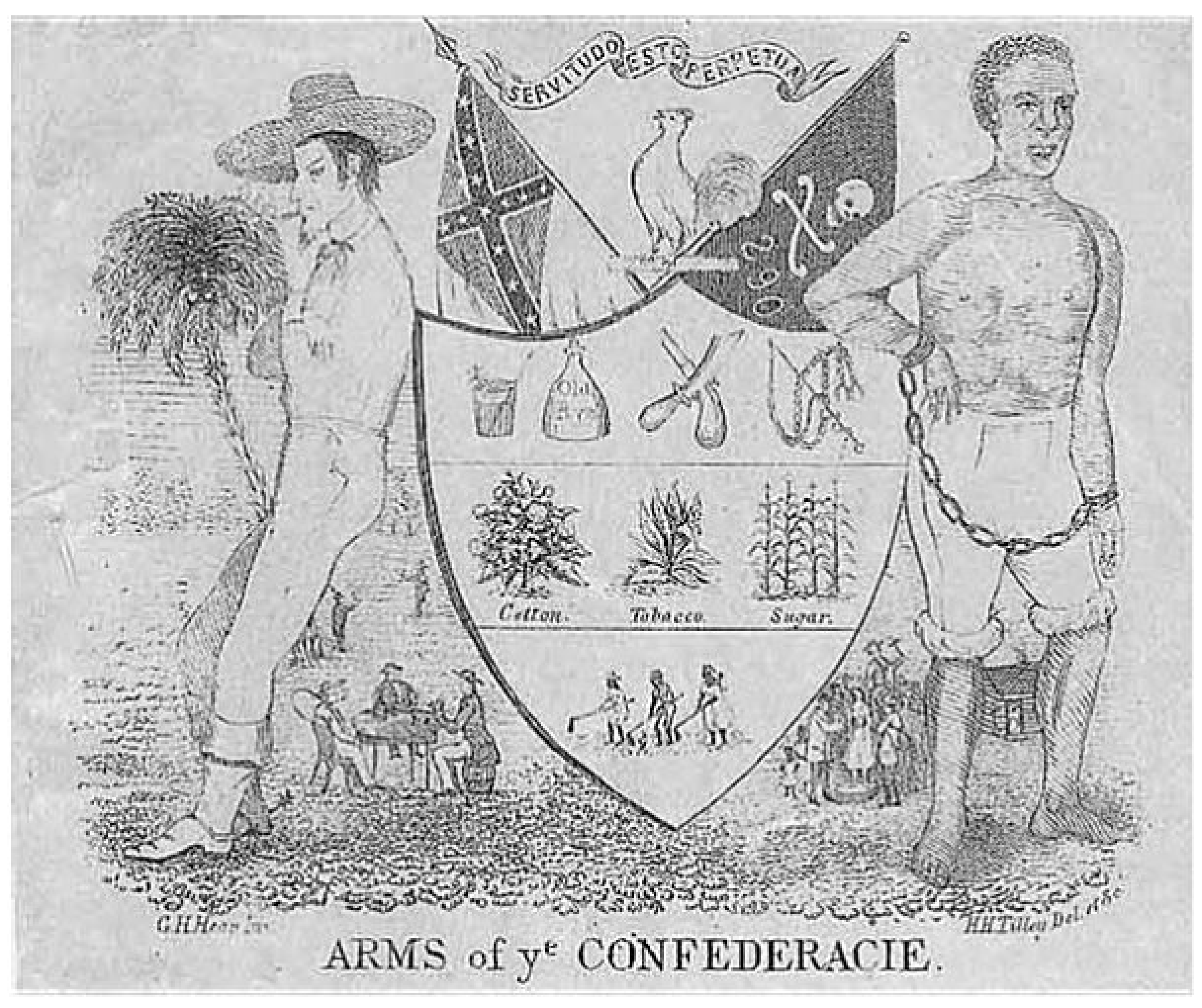


Figura 6.1. «Las armas de la Confederación», G. H. Heap Inv., 1862. Esta ilustrativa viñeta satírica sobre la Confederación la representa de un modo con el que los habitantes de esta difícilmente habrían estado en desacuerdo. La crítica y la perspectiva propia del Norte que encierra se insinúa más que se declara abiertamente. Muestra un escudo flanqueado por un hacendado y un esclavo con grilletes. El escudo contiene muchas de las (por entonces) imágenes habitualmente asociadas con el Sur: un julepe de menta; una botella de whisky; una pistola y una daga; un azote y unos grilletes; plantas de algodón, tabaco y azúcar; y una imagen de unos esclavos cultivando la tierra. La palmera simboliza específicamente a Carolina del Sur. Hay tres hacendados jugando a las cartas (izquierda), mientras detrás de ellos dos hombres aparecen dibujados en mitad de un duelo. Se representa

asimismo una subasta de esclavos (derecha) delante de una cabaña de esclavos. Sobre el escudo, la bandera confederada aparece cruzada con una pirata y entre ambas un estandarte con la divisa *servitudo esto perpetua* (la servidumbre es perpetua); todas ellas imágenes tópicas que representaban la idea que se tenía en el Norte del Sur como una tierra de bebedores, jugadores y otros individuos carentes de principios morales. No obstante, en el contexto del fallo del caso *Dred Scott*, la idea de servidumbre perpetua ya no podía atribuirse exclusivamente al Sur sin temor a equivocarse. Teniendo en cuenta que la Guerra de Secesión se encontraba en curso cuando esta imagen vio la luz, que el esclavo con grilletes tenga una expresión ligeramente más optimista que la que acierta a poner el aparentemente malhumorado hacendado es un detalle sin duda no intencionado, pero ciertamente apropiado dado el desenlace de la guerra. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-305).

Puede que el vicepresidente confederado calificase sin reparos la esclavitud de piedra angular de la Confederación, pero individualmente los estados secesionistas no veían su sistema de trabajo como los cimientos de una nueva estructura nacional unificada. El discurso de Stephens había anunciado el desarrollo de una «nacionalidad propia» para el Sur, pero las distintas declaraciones realizadas por los estados detallando las causas de la secesión dejaban claro que cada uno de ellos se veía a sí mismo, como era el caso de Carolina del Sur, como «independientes e iguales [...] entre naciones». Lo cierto es que lo que se separó de la Unión no fue una entidad llamada la Confederación, mucho menos un concepto más amplio que pudiera denominarse «El Sur». Los estados que se separaron lo hicieron de manera individual, con expectativas de permanecer independientes en la mayoría de los aspectos cruciales. Carolina del Sur fue la primera en diciembre de 1860, seguida de Misisipi, Florida, Alabama, Georgia y Luisiana en enero de 1861, Texas en febrero y Arkansas y Carolina del Norte en mayo. Tanto Virginia, que se separó en abril, como Tennessee, que lo hizo finalmente en junio, permanecieron muy divididas durante toda la guerra, la primera hasta tal punto que acabó por efectuar una minisecesión propia, pero de la Confederación, y se escindió en dos estados, Virginia (confederado) y Virginia Occidental (unionista).

Lo que los estados confederados compartían era la esclavitud, pero los sudistas preferían presentar como causa común los derechos de los estados. Tampoco es que la ausencia de esclavitud uniera a los habitantes del Norte. El objetivo que estos tenían en mente en 1861 era proteger la Unión, no abolir la esclavitud. El senador por Nueva York y posterior secretario de

Estado William H. Seward planteó en 1858 que el choque entre esclavitud y libertad era un «conflicto incontenible entre fuerzas enfrentadas y tenaces», uno que acabaría inevitablemente con la victoria de un bando sobre el otro. Seward consideraba inútil cualquier intento de llegar a un acuerdo, pero que viese el conflicto político como incontenible no significaba que juzgara inevitable su variante armada. Tenía esta imagen de su país, la de un «escenario que presenta dos sistemas políticos radicalmente diferentes en pleno funcionamiento», uno basado en la esclavitud, el otro en la libertad[1]. Cuando ese país se convirtió en el escenario de una guerra, la mayoría de los ciudadanos del Norte se concentró en acabar con el síntoma, la división, no en curar la causa, la esclavitud. Coincidían con Andrew Jackson en que su Unión federal debía ser protegida. No se sentían necesariamente convencidos por el argumento abolicionista de que había que suprimir al mismo tiempo la esclavitud.

Posiblemente esto no sorprenda. Los estadounidenses de la preguerra reverenciaban la Unión, la veían como algo frágil, y luchaban por mantenerla unida mediante los muchos acuerdos políticos alcanzados desde la Convención Constitucional. La secesión representaba el fracaso de esos acuerdos, de esa lucha, el fracaso, en opinión de muchos, del gobierno republicano en sí. «¿Qué ha creado Dios?», decía el primer mensaje telegráfico de Samuel F. B. Morse, enviado de Washington a Baltimore en 1844. Para Morse, era una pregunta retórica. Más aún que los periódicos distribuidos por correo, la revolución en las comunicaciones que prometía el telégrafo convirtió «el país entero en un único vecindario», como había previsto su inventor. Dios había creado una nueva república, una conectada legalmente por la Constitución y, para mediados de la década de 1840, más unida gracias a la nueva tecnología del telégrafo. En 1861, cuando el telégrafo llegó a todas partes del continente, el primer mensaje en celebrar el hecho expresó la entonces arriesgada postura de la nación que Dios había creado: «Que la Unión se perpetúe», decía, más como esperanza que como expectativa. La secesión era ya una realidad[2]. Los cables no tardarían en llevar principalmente noticias de la guerra.

Lejos de ser un derecho constitucional, para muchos ciudadanos del Norte la secesión, en palabras de Lincoln, era la «esencia de la anarquía»[3]. La Confederación, tal como la representaba una viñeta de la época (figura 6.2), estaba aliada con el mismísimo Satán para borrar el

gobierno democrático de la faz de la tierra. Este tipo de gobierno, según sabían los estadounidenses, era un «experimento». No solo eso, era un experimento en el que estaban involucrados «no solo el destino y el futuro bienestar de este continente occidental, sino también las esperanzas y las expectativas de toda la raza humana», tal como lo expresó el *New York Tribune*. Este sentir evocaba a Thomas Paine y anticipaba la invocación de Lincoln de los Estados Unidos como «la última y mejor esperanza de la tierra», una descripción que el presidente refinaría de manera más potente en su famoso discurso de Gettysburg de 1863. Aunque indudablemente dicho sentir impulsó la moral del Norte en 1861, todas las consecuencias de librar una guerra para establecer «el principio democrático de la igualdad de derechos, el sufragio universal y el gobierno de la mayoría» solo se hicieron visibles en el transcurso de la guerra en sí[4].



Figura 6.2. «¡¡¡La Confederación del Sur es una realidad!!! Reconocida por un poderoso príncipe y fiel aliado», Filadelfia, 1861. A diferencia de la viñeta anterior, esta es indiscutiblemente crítica, y condena de hecho gráficamente a la Confederación como una aliada de Satán. Las figuras representan, de izquierda a derecha, al «juez supremo el Sr. Ley de la Turba», armado con un bote de alquitrán (en referencia al emplumamiento de partidarios de la Unión en el Sur); al secretario de Estado confederado, Robert Toombs, que sostiene una «patente de corso» (un certificado del gobierno que autorizaba la apropiación de propiedades extranjeras, aludiendo en este caso a la toma por los confederados de Fort Pulaski en Georgia en enero de 1861); al presidente confederado Jefferson Davis; y al vicepresidente Alexander Stephens con «Los principios fundamentales de nuestro gobierno» en la mano, que incluyen traición, rebelión, asesinato, asalto, subversión y robo. La figura a caballo detrás de ellos es el general Pierre Gustave Toutant (PGT) Beauregard, quien logró para la Confederación la rendición de Fort Sumter en Charleston Harbor en abril de 1861. Satán, sentado junto con sus esbirros bajo la bandera de la palmera de Carolina del Sur, declara a los confederados «¡Dignos representantes de nuestro reino, en verdad!». Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-89624).

Si bien ambos bandos de la Guerra de Secesión se prepararon para un enfrentamiento prolongado, la opinión pública preveía un conflicto breve e intenso. Una gran batalla, daban por hecho los del Norte, sería todo lo que haría falta para hacer que los del Sur viesen el error de la secesión, disolviesen la Confederación y reingresaran en la Unión. La misma gran batalla, daban por hecho los del Sur, convencería a los del Norte de que la Confederación iba en serio y podía defenderse militarmente, y de que debía permitírsele, como había sugerido en un principio el editor del *Tribune* Horace Greeley (entre otros), «marchar en paz». No obstante, esa primera gran batalla, la primera de Bull Run/Manassas, resultó ser una llamada de atención para ambos bandos. Se libró el 21 de julio de 1861. Fue una sola batalla, pero al igual que la mayoría de los demás enfrentamientos de la Guerra de Secesión, sigue teniendo dos nombres. Todavía hoy la preferencia de uno sobre otro suele revelar la perspectiva del orador o escritor. La Unión tenía tendencia a bautizar sus batallas según la fuente de agua más cercana (en este caso, el arroyo de Bull Run); la Confederación, según la localidad o centro de transportes más próximo (en este caso, la estación de empalme de Manassas). Ni siquiera en esto lograban ponerse de acuerdo los unionistas y los confederados.

Al irse aproximando ese primer enfrentamiento bélico entre ambos bandos, algunos periódicos expresaron un optimismo cauteloso respecto a la posición de la Confederación al comienzo de lo que uno de ellos

denominó la «guerra por la Independencia» del Sur. Si «salimos victoriosos, el enemigo se verá obligado a cruzar el Potomac, y Washington estará a nuestra merced», observó el *Daily Picayune* de Nueva Orleans. «Si somos derrotados, disponemos de líneas seguras a las que recurrir.» De manera tranquilizadora, el corresponsal del periódico informaba de que «todos y cada uno de los hombres con los que me encuentro esperan el resultado con absoluta confianza»; de hecho, «la posibilidad de una derrota apenas se concibe»[5]. Los periódicos del Norte eran más enérgicos si cabe en sus expectativas de que el bando derrotado no sería el suyo cuando los ejércitos se encontraran en Virginia. Curiosos, armados con provisiones y parasoles, salieron en procesión de Washington aquel caluroso día de julio, deseosos de conseguir un asiento de primera fila para la primera y, pensaban, última batalla entre las tropas de la Unión y la Confederación.

Sus esperanzas carecían de fundamento. La primera batalla de Bull Run, aunque no fue la victoria que esperaban los confederados, sí constituyó definitivamente una derrota para la Unión. Con la llegada de refuerzos confederados a primera hora de la tarde, el frente de la Unión no pudo resistir. Lo que comenzó como una retirada táctica no tardó en convertirse en una huida descontrolada hacia Washington por parte de las tropas y los curiosos de la Unión. La ciudad, como habían esperado los periódicos confederados, se encontraba ahora a merced de los confederados, pero estos no supieron aprovechar la situación. El periodista británico William Howard Russell del *Times* londinense, que daba parte desde su punto de observación en la capital, estaba atónito tanto por la derrota de los unionistas como por la incapacidad para tomar la iniciativa de los confederados. «La noticia parecía increíble –informaba Russell–. Pero allí, delante de mis ojos, estaba lo que quedaba de las fuerzas de los regimientos, agotadas, desanimadas, fragmentadas, marchando. [...] Ignoro por qué Beauregard no avanza hacia aquí –escribía–, llevo esperando oír su cañón desde que comenzó la tarde. Es una oportunidad de oro. Si los confederados no aprovechan lo que tal vez nunca vuelva a presentarse en los mismos términos, será un signo de mediocridad»[6].

El camino a Washington, expedito por un breve tiempo para las fuerzas confederadas tras la primera batalla de Manassas, no fue, sin embargo, tomado en julio de 1861. Para el comandante del Sur Joseph E. Johnston, el problema radicaba en parte en la complacencia confederada, y en la

confusión. El «ejército confederado estaba más desorganizado por la victoria que el de los Estados Unidos por la derrota», recordaba, y «creía que los objetivos de la guerra habían sido alcanzados con su victoria, y que había hecho ya todo lo que su país requería de él». Como resultado, muchos soldados «dejaron sus regimientos sin ceremonias para atender a amigos heridos, a menudo para acompañarlos a hospitales de ciudades lejanas», o simplemente volvieron a casa, llevando consigo orgullosamente «los trofeos cosechados en el campo de batalla»[7]. Su marcha fue prematura, cuando menos. Todavía quedaban por delante cuatro años de lucha.

A pesar de que la primera batalla de Bull Run fue una especie de anticlímax, ciertamente echó por tierra las figuraciones del Norte de que los estados secesionistas podrían ser devueltos a la Unión con una única exhibición de fuerza, y truncó las esperanzas confederadas de que se les permitiría abandonar la Unión en paz. Quedó claro para ambos bandos que la suya iba a ser una lucha prolongada, y que el resultado final de esta vendría dado de manera decisiva no solo por el número de hombres, sino también por el material bélico de que dispusieran y, crucialmente, por la moral. En un conflicto librado principalmente en uno y otro bando por tropas voluntarias, la moral no era una cuestión menor. Si bien la Unión y la Confederación se vieron en la necesidad de recurrir al reclutamiento forzoso para completar sus mermadas filas, en líneas generales ambas confiaban en el alistamiento voluntario para mantener sus ejércitos en el campo de batalla. Cuando el entusiasmo inicial por la guerra perdió fuelle, se hizo necesario estimular dicho alistamiento, seguramente más en el Norte que en el Sur.

Para la Confederación, combatir en lo que era, desde el punto de vista político y práctico, una campaña de defensa dio lugar rápidamente a una justificación propia. A medida que los soldados de la Unión invadían suelo «del Sur» y amenazaban tanto la seguridad de sus habitantes como la esclavitud, aumentaba en igual medida la oposición a la Unión, en vez de disminuir (figura 6.3). Para esta última la cosa no era tan sencilla. Washington no se había encontrado con compatriotas alistándose a toda prisa en los ejércitos revolucionarios blandiendo copias de *El sentido común* o citando la Declaración de Independencia. De hecho, para su consternación, muchos no sentían obligación moral ninguna por enrolarse. Tampoco las proclamas sobre defender la Unión convencían necesariamente

a los voluntarios del Norte, casi un siglo después, de que dicha Unión era una causa por la que merecía la pena luchar, y morir. Dada su predisposición a aceptar la llamada del conflicto, como pasa con muchos jóvenes, el entusiasmo inicial entre los voluntarios fue grande. Sin embargo, las primeras batallas, gran número de las cuales fueron victorias confederadas, se encargaron enseguida de destruir cualquier idea romántica de una lucha caballeresca. «La emoción de la batalla llega el día de la misma –escribió un soldado de la Unión tras la batalla de Antietam, el día más sangriento de la guerra, en 1862–, pero sus horrores lo hacen dos o tres días después.» Tales horrores eran considerables. «No hay lengua capaz de expresar –observó otro–, mente capaz de concebir o pluma capaz de describir los espantos que he presenciado»[8].

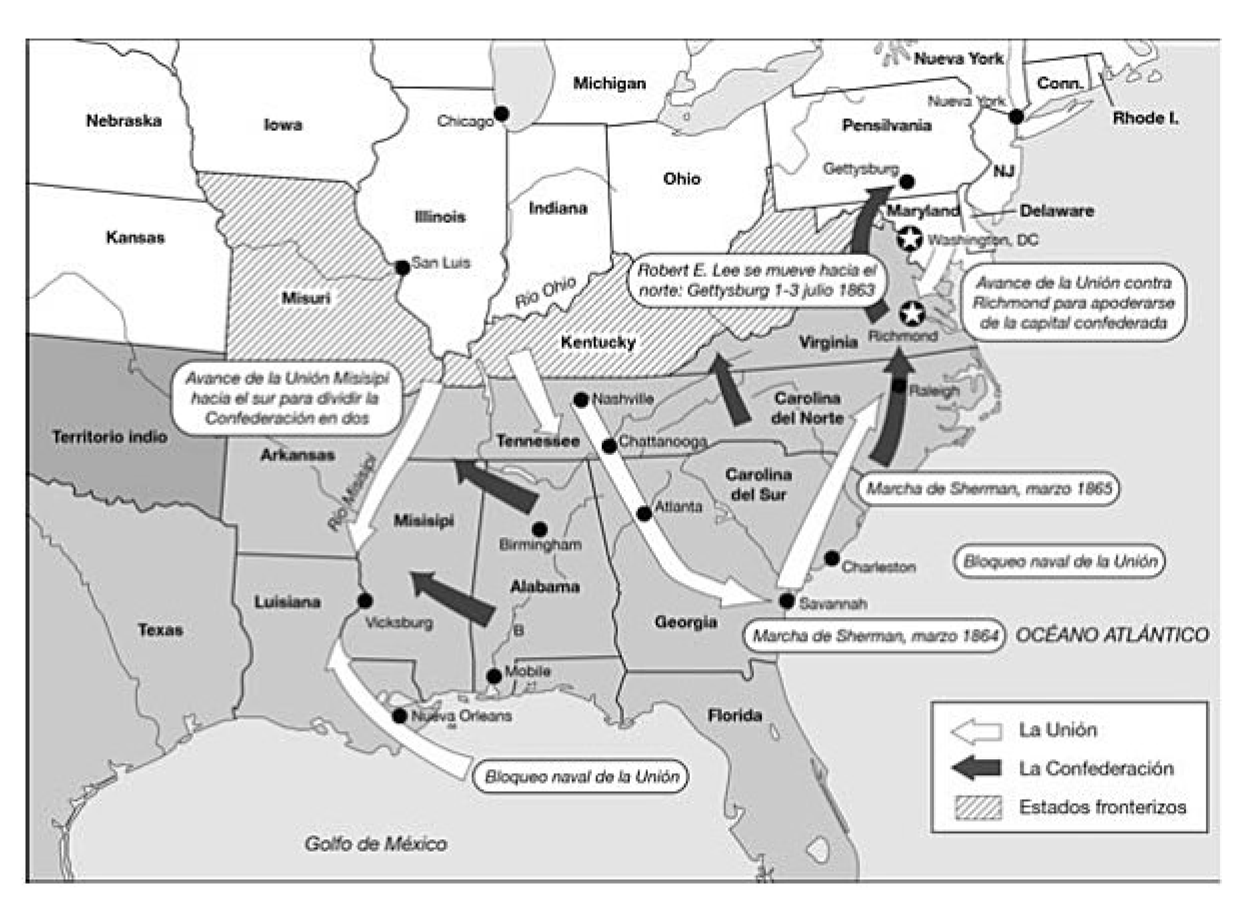


Figura 6.3. Mapa de la Guerra de Secesión.

Ante la realidad de la guerra, el mantenimiento del apoyo a la lucha no era algo que la Unión pudiera dar por sentado. William H. Seward había sostenido, en la crítica a la esclavitud que hizo en su primer discurso en el Senado en 1850, que existía «una ley más elevada que la Constitución»[9]. En plena Guerra de Secesión, los líderes de la Unión, en particular el propio Lincoln, tuvieron que señalar a los ciudadanos del Norte una causa más elevada que la defensa por las armas de dicha Constitución. En un sentido muy real, de hecho, la nación estadounidense moderna no se formó totalmente hasta que surgió dentro de ella una nación alternativa.

Como observó el abogado neoyorquino George Templeton Strong el año en que comenzó la guerra, la «entidad política conocida como los Estados Unidos de América ha sido por fin hallada». Antes de la secesión, creía Strong, dicho país «nunca [había] sido una nación», sino únicamente «un conglomerado de comunidades, a punto de desmoronarse a la primera sacudida seria y carente de un núcleo de vigorosa vida nacional que nos mantuviese unidos»[10]. La Guerra de Secesión proporcionó ese núcleo a largo plazo, tanto para los habitantes del Norte como del Sur. Pero a corto plazo, la lucha por la conservación de la Unión llevó a los primeros a combinar los ideales de la Declaración de Independencia con la promesa de la Constitución para crear «una Unión más perfecta». Se hacían cargo de que no podrían reconstruir la Unión tal como era antes de la guerra; tenían que intentar rehacerla como debiera haber sido: una sin esclavitud.

De hecho, en la lucha por su independencia, algunos blancos del Sur acabaron por llegar a la misma conclusión. Se dieron cuenta de que su causa estaría perdida si no abandonaban la esclavitud y armaban a la población afroamericana del Sur. Para otros, la sola idea de hacer tal cosa era una señal de derrota. Tal como sostenía Howell Cobb, portavoz secesionista y general de división en el ejército confederado, la Confederación no podía «convertir esclavos en soldados, ni soldados en esclavos». Poner a trabajar a estos últimos en apoyo de la campaña bélica era una cosa, pero armarlos otra completamente distinta. «El día que conviertas en soldados» a los esclavos, advirtió Cobb al secretario de Guerra confederado, James Seddon, será «el principio del fin de la revolución. Si los esclavos sirvieran como buenos soldados, toda nuestra teoría de la esclavitud estaría equivocada», reconocía. No obstante, para entonces la Confederación tenía ya los días contados, e incluso Cobb estaba

completamente dispuesto a abolir la esclavitud, aunque solo fuera por conseguir la ayuda extranjera que tan esquiva había sido a la nueva nación durante sus cuatros años de existencia. Aférrese a esa posibilidad, recomendó a Seddon, antes de «recurrir a la táctica suicida de armar a nuestros esclavos»[11].

El cinismo de Cobb respecto a las capacidades militares de los esclavos no era algo exclusivo de él ni de la Confederación. Al comenzar la guerra, también la Unión había rechazado la idea de armar a los afroamericanos, una política que no podría justificar ni mantener por mucho tiempo. Había varios regimientos de unionistas negros que llevaban en activo de manera no oficial desde 1862, y cuando Lincoln anunció ese mismo año su intención de emancipar a los esclavos de los estados secesionistas, ello allanó el camino para que la población negra de Norteamérica se involucrara oficialmente en la guerra a favor de la Unión. Con la Proclamación de Emancipación del 1 de enero de 1863, Estados Unidos superó un punto crítico en lo que respectaba a las relaciones racionales. Las sensibilidades modernas normalmente rehúyen las connotaciones paternalistas de decir que Lincoln «*dio* la libertad al esclavo» para «*garantizar* la libertad de los hombres *libres*», pero en el contexto de un conflicto que había empezado, para muchos ciudadanos del Norte, como una guerra simplemente para salvar la Unión, su transformación gradual en una guerra por la emancipación no resultó sencilla.

Como bien sabía Lincoln, no todo el mundo estaba de acuerdo ni mucho menos con su decisión de emitir la Proclamación de Emancipación. Algunos sí que eran conscientes de las exigencias de la situación. Entendieron el motivo de que Lincoln justificase la emancipación como una necesidad militar más que moral. El empresario bostoniano John Murray Forbes comprendió perfectamente que recurrir a la «ley más elevada» que había invocado Seward conllevaba el riesgo de perder el apoyo no solo de los estados fronterizos sino también de los «escrúpulos constitucionales» mostrados por los elementos más conservadores del conjunto de la Unión y, en particular, por los oponentes demócratas de Lincoln. «Yo compro y como pan hecho con la harina fabricada por el afanoso agricultor», aducía Forbes, y aunque «resulte ciertamente satisfactorio que al hacerlo esté ayudando al agricultor [...] mi motivación es la supervivencia, no la filantropía. Dejemos que el presidente libere a los esclavos bajo el mismo

principio –aconsejaba Forbes– y digámoslo de tal manera que las masas de nuestro pueblo puedan entenderlo fácilmente»[12].

Lincoln lo dijo así, desde luego, pero eso no significó que las masas del pueblo lo entendieran del todo entonces, o en adelante. Muchos pensaban que al dejar intacta la esclavitud en los leales pero esclavistas estados fronterizos de Kentucky, Delaware, Maryland, Misuri y Virginia Occidental (a partir de 1863), no había ido suficientemente lejos, mientras que otros creían que ya se había excedido al poner en duda un derecho (el de poseer esclavos) que, después de todo, estaba todavía protegido por la Constitución. Puede que los estados confederados estuviesen intentando salir de la Unión, pero la razón principal de la guerra era que la Unión rechazaba que pudieran hacerlo, que rechazaba, ciertamente, que lo hubieran hecho. Si, como el propio Lincoln creía, la guerra representaba una rebelión en el Sur más que una rebelión del Sur, entonces la Constitución era aún aplicable; y si era así, entonces la esclavitud estaba a salvo.

Naturalmente, no lo estaba, y Lincoln acabó por percatarse de que una línea constitucional estricta respecto a la cuestión era insostenible, algo provocado en parte por su propia perspectiva moral pero también por la acción directa de los propios esclavos. Conforme las tropas de la Unión se iban internando en los estados secesionistas, los esclavos acudían a ellas en busca de protección, y libertad. Las actitudes raciales de la época provocaban que no siempre la encontrasen, pero esto no frustró en modo alguno la esperanza general de que el ejército de la Unión resultase ser el agente de la emancipación de la mano de obra esclava de la Confederación. Y el éxodo afroamericano del sistema esclavista del Sur fue ganando impulso por sí solo, un impulso al que la Unión se vio obligada a responder y que la Confederación no pudo detener.

Para su consternación, muchos sureños blancos vieron cómo el reconfortante mito del esclavo leal desaparecía ante sus ojos, junto con muchas de sus pertenencias, cuando sus «propiedades humanas» se liberaron de su autoridad llevándose consigo la cubertería de plata. Para cuando terminó la guerra, algunos habitantes del Sur, como Eva Jones de Georgia, seguían teniendo dificultades para comprender totalmente lo que se había perdido. Se quedó anonadada cuando una antigua esclava le robó dinero, y le dolía que ese «sucio dinero» hubiese ido destinado a las

«extravagancias y aparatosas baratijas» de la boda de la liberta, una ceremonia legal prohibida según las normas esclavistas. Al igual que a tantas otras mujeres blancas del Sur, a Eva le fue claramente imposible comprender que la desaparición de la esclavitud significaba la pérdida de algo más que riquezas; suponía la muerte de un estilo de vida[13].

Hacia Richmond y a través de las Rocosas

Aunque el destino de la Unión pendió de un hilo entre 1861 y 1865, el hecho es que hubo amplias zonas de los Estados Unidos que no se vieron afectadas en absoluto por la Guerra de Secesión que asoló Virginia y las márgenes del Misisipi en esos años. Al tiempo que Lincoln trataba con denuedo de convencer a sus compatriotas de que la realización del destino manifiesto de los Estados Unidos requería no solo la integridad territorial de la nación sino también moral, fundamentada en la igualdad entre negros y blancos, muchos de los habitantes de ese país estaban manifestando sus propios destinos lejos de los campos de batalla. A la vez que se espoleaba «hacia Richmond», la capital de la Confederación, a los ejércitos de la Unión a fin de reintegrar la nación por la fuerza, al otro lado del país se estaban llevando a cabo esfuerzos igual de agotadores por unirlo internamente mediante el ferrocarril. Estados Unidos, en este periodo, estaba siendo forjada de manera bastante literal a sangre y hierro.

El estallido de la Guerra de Secesión, de hecho, facilitó este aspecto concreto de lo que los historiadores denominan la «revolución mercantil» en los Estados Unidos del siglo XIX; la transformación de la nación en este periodo desde una sociedad fundamentalmente local, rural y agrícola a una centralizada, urbana y principalmente industrial. Esta revolución mercantil también supuso un desplazamiento del centro de atención, desde los puertos de la costa este y el extranjero a las oportunidades interiores que ofrecían el oeste fronterizo y, por supuesto, los yacimientos auríferos de California. Los avances en un ámbito que los estadounidenses llevaban mucho tiempo considerando de gran importancia reflejaron y reforzaron ese desplazamiento: las comunicaciones, primero en la forma de esa especie de «comunidad imaginada» lograda por medio del servicio postal y los periódicos que este distribuía; segundo, a través del telégrafo, como su

inventor había tenido la esperanza; y tercero, mediante las redes de transporte que llevaban en un principio el correo y luego, con el tiempo, a la gente en sí.

La aparición en esta época de una plétora de revistas industriales puso de manifiesto tanto la creciente importancia de las nuevas industrias como la revolución en las comunicaciones que llevaba esta expansión comercial hasta su audiencia. Revistas como *Age of Steel,* que vio la luz en San Luis en 1857; el *Chicago Journal of Commerce*, que pasó a ser *Iron and Steel* en 1863; o el *Hardware Man's Newspaper and American Manufacturer's Circular,* cuya publicación comenzó en Nueva York en 1855 y que sería transformado, en 1860, en *Iron Age,* evocaban ya solo con sus títulos el amanecer de una nueva era de hierro e industria que concidió con, y en algunos momentos fue ilustrada por, la guerra civil. Si los periódicos –y podemos incluir entre ellos estas revistas comerciales– representan, como en su día sugirió el dramaturgo Arthur Miller, una nación que se habla a sí misma, entonces el ferrocarril puso en marcha ese diálogo. Aquellos y este acortaron las distancias y reforzaron la sensación de estar compartiendo una nacionalidad estadounidense propia, una que se mantenía unida gracias tanto al hierro como a la ideología, tanto al acero como al sentimiento. Esa, al menos, era la teoría.

El desarrollo del ferrocarril en los Estados Unidos comenzó en 1827, cuando los ciudadanos de Baltimore, ansiosos por competir con el poderío económico de Nueva York y por proporcionar una forma de transporte alternativa al canal del Erie, promovieron la construcción de la línea de ferrocarril de Baltimore y Ohio. El acontecimiento recibió toda la pompa y ceremonia que Baltimore fue capaz de reunir. El último firmante aún vivo de la Declaración de Independencia, Charles Carroll, dio el pistoletazo de salida a esta nueva empresa, naturalmente, el 4 de julio del mencionado año. Después de aquello, el avance del ferrocarril puede describirse acertadamente como lento pero seguro. Para 1853, había llegado a Wheeling (Virginia, posteriormente Virginia Occidental) a orillas del río Ohio, a unos 610 km al oeste. No obstante, a esas alturas otros estados ya habían copiado la idea. En 1835, el *Niles' Weekly Register,* una publicación general y comercial de Baltimore, informó de un entusiasmo generalizado por las oportunidades que ofrecía el transporte en ferrocarril, la posibilidad de llevar viajeros entre los ríos Cumberland y Ohio «en lo que tarda el sol

del alba al ocaso», y desde la propia Baltimore hasta el Ohio en solo 24 horas[14].

Que habría un mercado cada vez más grande para un transporte tan veloz era algo incuestionable. El mismo número de *Niles'* que informaba de los primeros pasos del ferrocarril señalaba, asimismo, el interés en la expansión hacia el oeste y la llegada a San Luis (Misuri) de un barco de vapor con pasajeros que se dirigían hacia allí, «una escena bulliciosa y vital, verdaderamente animada». Entre los recién llegados había «varias familias con sus carromatos, caballos, enseres domésticos, negros, etc., con rumbo sin duda al interior –se observaba–, mientras que muchos reembarcaron para continuar su viaje Misisipi arriba, y hacia poniente». En las siguientes décadas, surgieron muchas más compañías ferroviarias privadas que seguirían a, y en algunos casos competirían con, la de Baltimore y Ohio, y que fueron paulatinamente usurpando el papel del barco de vapor en el transporte de estadounidenses hacia el oeste. El ferrocarril, efectivamente, se convirtió en uno de los símbolos dominantes no solo de la ambición y la expansión estadounidenses, sino también de la igualdad y las oportunidades en la nueva república.

El ferrocarril, de acuerdo con los relatos de la época, satisfacía a todo el mundo y poseía la capacidad de unir a todos los pueblos; era «el camino del pobre», tal como se anunció en la convención de Desarrollo Interior de Nueva York de 1836, el medio por el que la riqueza de la minoría se invertía en el futuro tanto de ricos como de pobres[15]. Los barcos de vapor y las locomotoras, en la descripción que de ellas hizo Ralph Waldo Emerson en 1844, eran «como enormes lanzaderas» que «pasan disparadas cada día sobre los miles de hilos distintos de la ascendencia nacional y el empleo y los ligan firmemente en un solo tejido». Mas el ferrocarril era especial por «el mayor conocimiento que ha otorgado al pueblo estadounidense de los ilimitados recursos de su propia tierra». Al acercar a los estadounidenses, mantenía, el ferrocarril «ha concedido una nueva celeridad al tiempo, o adelantado cincuenta años el cultivo de terrenos, la selección de los mejores accesos al agua, la explotación de minas. [...] El hierro del ferrocarril –concluía– es una varita mágica, por su poder para convocar las energías durmientes de la tierra y el agua».

Para Emerson, el ferrocarril era el modo de llegar a la tierra, y esta era, como Madison y Jefferson habían sugerido, la fuente del sustento y la

estabilidad social de los Estados Unidos. «La tierra es el remedio prescrito para todo lo que es falso y fantástico en nuestra cultura –sostenía Emerson–. El continente que habitamos ha de ser medicina y alimento para nuestra mente además de nuestro cuerpo. La tierra, con su influjo calmante y sanador, ha de subsanar los errores de una educación escolástica y tradicional, y conducirnos a relaciones justas con los hombres y las cosas»[16]. La invocación idealista de Emerson del poder del interior para enmendar los errores de la nación, para proporcionar un hogar a –y un refugio de– la población en vertiginoso aumento de las ciudades de la costa este, alimentaba el mito en desarrollo del Oeste, uno de los símbolos más poderosos y perdurables de la nación.

Dicho mito, por supuesto, no era algo específico de Emerson ni se había originado en América. Desde el Medievo, la creencia en una tierra mística situada al oeste había tenido eco en la cultura europea. Para los europeos, los descubrimientos de su particular «Era de la Exploración» ofrecieron pruebas tangibles de que había una tierra exuberante al oeste, y para el siglo XVIII la idea de un avance inexorable de la civilización en esa dirección ya se encontraba ligada a América. Estas asociaciones gozaban de tanta popularidad entre los poetas como entre los pioneros del continente. Ambos identificaban el Nuevo Mundo con la posibilidad de una utopía personal y política. En «América: una profecía» (1793), el poeta radical inglés William Blake representaba de manera célebre la Revolución estadounidense como un «viento» apocalíptico que «barría América», acabando con el poder de los «ángeles de Albión» para revelar una nueva «tierra angelical».

No obstante, esta tierra ya había sido identificada, más de medio siglo antes, por el obispo (George) Berkeley como un lugar donde «la Naturaleza guía y la Virtud gobierna», el escenario de «otra edad de oro, / [del] auge del imperio y de las artes [...] No como los que engendra Europa en su decadencia; / como los que engendraba cuando era joven y lozana, / cuando la llama celestial animaba su arcilla, / por futuros poetas serán cantados»[17]. El simbolismo que surgió de la Guerra de Independencia, en particular el Gran Sello, ya había revelado lo receptivos que eran los estadounidenses a la idea de que su experimento republicano era el preludio de una nueva «era dorada».

Llegado el siglo XIX, por consiguiente, la población anglosajona de Norteamérica ya estaba totalmente preparada para ver el Oeste como el

hogar y el cauce natural del espíritu pionero que había llevado en un primer momento a los europeos al Nuevo Mundo, un espíritu que les correspondía por derecho de nacimiento. Al igual que los primeros aventureros, los pioneros del siglo XIX describían el continente que pretendían conquistar como una tierra virgen. El Oeste norteamericano era una tierra lista para ser explotada, una extensión salvaje, inexplorada y deshabitada cuya dominación era el Destino Manifiesto de los Estados Unidos. En este contexto, el comentario literario dieciochesco de Berkeley sobre las posibilidades de América pasó por reinterpretaciones en periódicos y grabados, a manos tanto de políticos como de dibujantes. En conjunto, presentaban una América no tan excepcional como se esperaba.

«El imperio avanza rumbo al oeste –había declarado Berkeley–,/ pasados los cuatro primeros actos,/ un quinto concluirá el drama del día;/ el hijo más noble del tiempo es el último.» La idea de que América era la conclusión predestinada de la civilización halló expresión visual en varias pinturas de la época de la Guerra de Secesión. La más famosa de ellas, de Emanuel Leutze, «El imperio avanza rumbo al oeste» (1861), forma parte de un mural en el Capitolio de los Estados Unidos. Otra, de John Gast, «El avance de América» (1872), dramatiza la migración al oeste del país, el vigor del espíritu inmigrante y los avances tecnológicos que los pioneros llevaron consigo –Gast pintó el cable del telégrafo extendido junto a una figura gigante de Columbia– cuando pusieron rumbo al oeste a mediados del siglo XIX. Sin embargo, una de las imágenes que mejor retrata la expansión de la nación en este siglo fue obra de la no tan conocida artista Fanny Palmer (figura 6.4). Palmer también invocaba el famoso verso de Berkeley en acompañamiento de su representación menos alegórica y mucho más moderna de cómo el ferrocarril forjaba un camino hacia tierras todavía indómitas y creaba, de paso, una clara línea divisoria entre la sociedad europea y la de los indígenas americanos.

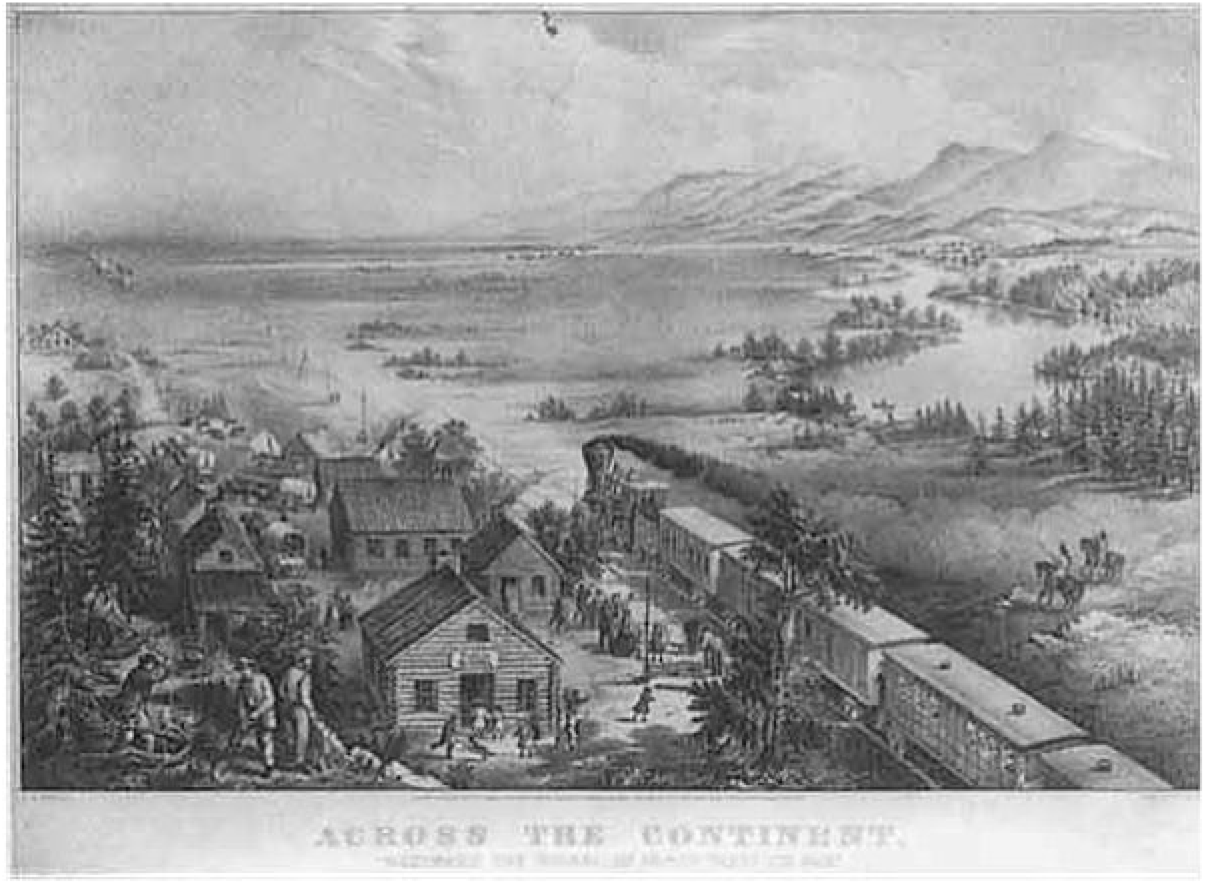


Figura 6.4. «A través del continente (El imperio avanza rumbo al oeste)», por Fanny F. Palmer, Nueva York, Currier & Ives, 1868. Esta litografía contrapone claramente los elementos de la civilización blanca en su avance hacia el oeste a la izquierda del tren con la vida de los nativos americanos a la derecha. A la izquierda, los colonos talan los bosques para construir sus escuelas, iglesias y cabañas de madera además de los carromatos cubiertos visibles en la esquina superior izquierda del asentamiento que se alejan en la distancia. Unos postes de telégrafo discurren en paralelo a la vía. Es posible que la acogida de esta imagen hoy, por supuesto, difiera considerablemente del atractivo popular que tuvo en el siglo XIX. Aun así, se invita al espectador a compartir la perspectiva de las dos figuras nativas no solo en virtud del hecho de que toda la «acción» esté teniendo lugar en el lado de las vías que corresponde a los colonos blancos, sino también porque, para cuando apareció este grabado, el público estadounidense conocería bien ya las espectaculares pinturas paisajísticas de la escuela del río Hudson y la obra de artistas tales como Thomas Cole, Frederic Edwin Church o Albert Bierstadt, con cuyo mensaje nacionalista estaría asimismo indudablemente familiarizado. Hacia el final de la Guerra de Secesión se publicó *The Art-Idea* (1864), del crítico de arte James Jackson Jarvis, obra en la que este apuntaba que «la rama de la pintura enteramente estadounidense, basada en las experiencias y los gustos de la gente, es [...] el paisaje». No obstante, una identidad nacional configurada por, y que respondía a, imágenes de la vasta naturaleza de Norteamérica se encontraba amenazada necesariamente por la destrucción de esa naturaleza en nombre del progreso. En resumen, hasta una litografía tan aparentemente franca como la de Palmer no habría estado totalmente libre de polémica para el público de su época. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-03213).

Sin embargo, el hijo más noble del tiempo vio su progreso un tanto obstaculizado por las dificultades prácticas y políticas muy reales que acarreaban sus impulsos y ambiciones heliotrópicos. Pese al optimismo de Emerson respecto al potencial unificador del ferrocarril, los estadounidenses de mediados del siglo XIX no podían cruzar su país con tanta rapidez como les hubiese gustado. En dirección norte-sur, una combinación de anchos de vía diferentes y una temprana legislación contra la polución en ciudades como Baltimore requerían a menudo un cambio de tren a mitad del viaje. En dirección este-oeste, el problema era de tipo más político que práctico. La primera Ley del Ferrocarril al Pacífico (Pacific Railroad Act, 1862) no se aprobó hasta que la Guerra de Secesión hubo eliminado la oposición sureña del Congreso, y vino seguida por una segunda dos años más tarde. Los habitantes del Sur no se oponían a la idea de un ferrocarril transcontinental, naturalmente, ni mucho menos. Simplemente querían que cualquier ferrocarril semejante, y los beneficios económicos que este comportaría, dieran un rodeo a través del Sur.

Ciertamente, la eliminación temporal de la voz política del Sur del Congreso de los Estados Unidos entre 1861 y 1865 despejó el camino a un montón de leyes diseñadas para facilitar a un tiempo el desplazamiento hacia el oeste de la nación y el desarrollo del Norte. El ferrocarril transcontinental, propuesto por primera vez en la década de 1830, solo comenzó a construirse en 1863 (se completó en 1869). Se había planeado que su construcción comenzara simultáneamente desde Iowa, bajo los auspicios de la Union Pacific, y desde California, a cargo de la Central Pacific, con idea de que las vías se encontrasen en el medio. Los trabajos por el lado de la costa del Pacífico empezaron según lo programado pero, en el este, la Guerra de Secesión retrasó los avances hasta el fin del conflicto en 1865. El proyecto proporcionó empleo a gran cantidad de veteranos de la Guerra de Secesión, muchos de los cuales habían arribado a Norteamérica de manera relativamente reciente como inmigrantes y se habían familiarizado con los elementos necesarios en la ingeniería de ferrocarriles durante la guerra. Sin embargo, en la costa oeste la mano de obra sí supuso un problema más serio, y la solución que se halló al mismo –la contratación de trabajadores chinos venidos de fuera– planteó a la larga su propio reto al ideal de igualdad republicana en los Estados Unidos.

La distancia física, en el caso de los Estados Unidos, resultó mucho más fácil de salvar que las diferencias físicas. En el proceso de unir ambos extremos del continente norteamericano, a la vez que mantenían un conflicto civil en su parte oriental, los estadounidenses descubrieron que no podían eludir la cuestión de la raza. Mientras los ejércitos de la Unión y la Confederación resolvían el problema militarmente, el ferrocarril no hizo sino abrir un nuevo frente de conflictos raciales a medida que se extendía centímetro a centímetro de un extremo al otro del continente.

Al parecer, los esclavos del Sur no fueron los únicos en Norteamérica que vieron la Guerra de Secesión como una oportunidad para debilitar la hegemonía blanca. Otro desafío vino de la mano de la población nativa que vivía en la tierra que el ferrocarril pretendía atravesar. En el momento de la Guerra de Secesión, unos 2.400 km separaban las fronteras este y oeste de los Estados Unidos, divididos en tres regiones principales: las Grandes Llanuras, las Rocosas y las Sierras. La primera presencia blanca en ellas consistió básicamente en mineros, misionarios y colonos mormones en Utah, además de una población itinerante formada por cazadores, prospectores y comerciantes. Antes de la terminación del ferrocarril transcontinental, muchos emigrantes se dirigieron al interior siguiendo la ruta de Oregón, la cual salía de Misuri y discurría a través de los territorios que más tarde, durante la Guerra de Secesión y el resto del siglo XIX, se convertirían en los estados de Oregón (1859), Kansas (1861), Nebraska (1867), Idaho y Wyoming (1890).

Al norte de la ruta de Oregón, territorios como Minnesota, donde el esclavo Dred Scott había pasado gran parte de su vida, estaban creciendo rápidamente. El número de habitantes blancos aumentó desde unos 6.000 en 1850 a aproximadamente 170.000 en 1860. Dos años después, la aprobación de la Ley de Nuevos Asentamientos (Homestead Act), que concedía 160 acres de tierra a cualquier solicitante dispuesto a trabajarla o a construir en ella, animó nuevos desplazamientos blancos hacia los territorios del interior. Hasta el descubrimiento de oro en las Black Hills de Dakota del Norte, una reserva sioux, en 1874, que atrajo en cuestión literalmente de meses a 15.000 colonos blancos a la zona, el grueso de su población era indígena.

Las Grandes Llanuras, asimismo, mantenían en tiempos de la Guerra de Secesión en torno a un cuarto de millón de pobladores nativos, cuya

economía giraba alrededor de las manadas de bisontes, de los cuales había por entonces unos 13 millones de ejemplares. La población en sí estaba repartida en tribus como los cheyennes, arapajós y sioux, todos ellos política y culturalmente diversos. La nación sioux, por ejemplo, comprendía siete grupos tribales, divididos a grandes rasgos en tres occidentales, los sioux lakota, y cuatro orientales, los sioux dakota. En conjunto ocupaban una vasta extensión de territorio entre lo que acabó siendo el estado de Minnesota y las montañas Rocosas y, como no podía ser de otro modo, sus relaciones intertribales y con los colonos blancos resultaban complicadas.

Para muchas de las tribus indígenas, los colonos blancos constituían poco más que una molestia. Para otras, no llegaban siquiera a eso; apenas advertían su presencia. Para otras tantas, representaban aliados potenciales en las batallas –no necesariamente físicas, pero sí políticas– entre los distintos grupos que formaban las naciones indias. El contacto, empero, creó estereotipos, y con el tiempo forzó tanto a los indígenas como a los visitantes a un encasillamiento: o blanco o «indio». Puede que los colonos reforzasen su idea de sí mismos, de la civilización, contraponiéndola al nativo «pagano», pero en el proceso ocasionaron una reacción simultánea por parte de los pueblos nativos. Para finales del siglo XIX, las fronteras tribales se vieron sometidas a presión por la necesidad de superar las diferencias para definir una «indianidad» separada. Con el tiempo, en el siglo XX, esta evolucionaría hacia una resistencia conceptual, y en ocasiones física, al imperialismo anglosajón. Como había venido sucediendo desde la era colonial, y en el curso de la Guerra de Secesión, el conflicto provocó la construcción de identidades.

Tal conflicto podía ser –y frecuentemente era– destructivo. Cuando estalló una guerra en Minnesota entre colonos blancos y nativos en 1862, llamada a veces el Gran Levantamiento Sioux o la Guerra Dakota, la causa inmediata y directa no fue el ferrocarril sino las dificultades surgidas de los tratados territoriales que, inevitablemente, derivaron de la expansión del asentamiento blanco. Estos tratados, diseñados para transferir la propiedad legal de los territorios al gobierno federal y reubicar a la población nativa a «reservas» de tierras en la frontera cada vez más pequeñas, otorgaban compensaciones económicas por la pérdida de territorios y medios de subsistencia. No obstante, la distribución en sí del dinero no solo corroyó las relaciones tradicionales entre las tribus, sino que también sufrió

frecuentes retrasos. Al coincidir, en 1862, una mala cosecha con un retraso en el pago de los en ese momento esenciales fondos, algunos de los dakota más meridionales tuvieron que hacer frente a una hambruna. Fue en estas duras circunstancias que se produjo el estallido de un conflicto que costó cientos de vidas, pero esto fue solo el comienzo de lo que sería un enfrentamiento de décadas entre nativos y pioneros en el Oeste.

El primer obispo episcopaliano de Minnesota, Henry Benjamin Whipple, llevaba mucho tiempo temiendo que la historia, en el caso de Norteamérica, se repitiera, y que la violencia acabara por definir la relación entre los colonos blancos y las tribus. «Había dicho públicamente una y otra vez –recordaba en sus memorias– que, tan seguro como cualquier hecho de la historia humana, una nación que sembraba el robo obtendría una cosecha de sangre»[18]. No fue ni mucho menos el primero en llegar a esa conclusión. En un contexto ligeramente diferente, el abolicionista radical John Brown, líder del fallido ataque sobre Harpers Ferry (Virginia) de 1859, del cual había esperado que pudiera instigar un levantamiento de esclavos por todo el Sur, también había expresado su certeza de que «los crímenes de esta tierra culpable nunca serán purgados, si no es con sangre». Aunque Brown llevaba mucho tiempo siendo un partidario de la violencia, y Whipple un destacado hombre de paz, sus respectivos puntos de vista no distaban tanto como hubiera podido suponerse. Sus visiones personales tal vez fueran completamente dispares, pero el panorama racialmente dividido que observaba cada uno de ellos resultaba deprimentemente similar.

Whipple no se llevaba a engaño respecto de las causas de estos «días aciagos» en Minnesota. Veía más allá de la en ocasiones abierta hostilidad racial hasta percibir la raíz del problema. Las tribus nativas ocupaban una inestable tierra de nadie en lo que respectaba a la nación y la nacionalidad. Si bien se las trataba como una nación distinta, el gobierno federal sostenía al mismo tiempo que «dentro de una nación no puede existir otra», lo cual dejaba a las tribus en un limbo legal situado en unas tierras reales que eran de hecho muy codiciadas por un gran número de hombres y mujeres blancos. En consecuencia, como reconocía Whipple, las tribus no gozaban de soberanía alguna, y aun en el caso de que la hubieran tenido, era extremadamente improbable que la sociedad blanca les hubiese «permitido ejercerla en las funciones necesarias para la propia existencia de una nación»[19]. La existencia nacional era, como comprendía Whipple, la

cuestión principal, tanto en los campos de batalla de la Guerra de Secesión como en los del Oeste; la existencia nacional y la ciudadanía. Estas habían sido las cuestiones a las que se había enfrentado Estados Unidos desde su nacimiento, y la conclusión de la Guerra de Secesión no les dio respuesta. Únicamente añadió más leña a lo que había sido y continuaría siendo por mucho tiempo un encendido debate.

«La nación –había afirmado Whipple– no puede permitirse ser injusta.» Al final de la Guerra de Secesión, con la victoria de la Unión, había muchos, entre ellos Lincoln, para los cuales ese pensamiento tenía una importancia capital. Con la vista puesta en la causa de la guerra y en su resultado más probable, el recién reelegido presidente interpretó el conflicto civil como el precio inevitable de la esclavitud. «Esperamos cándidamente que, y rezamos fervientemente por que, este potente flagelo de la guerra pase con rapidez –declaraba Lincoln–. Mas si es voluntad de Dios que continúe [...] hasta que cada gota de sangre arrancada por el azote sea pagada con otra extraída por la espada», entonces, subrayaba, la nación estaría preparada para pagar dicho precio. Al mismo tiempo, Lincoln recalcó la necesidad de que al recomponer la Unión, no hubiera «malicia hacia ninguno; [sino] caridad con todos»[20].

En el momento de este discurso de Lincoln, había una nación, la Confederación, que se enfrentaba a la extinción, estando ya su causa tan perdida que algunos de sus oradores políticos y líderes militares se encontraban dispuestos a destruir la misma piedra angular sobre la que se había erigido aquella, la esclavitud. Otra, los Estados casi-re-Unidos, tenía por delante el reto de reconstruir por completo el país, uno en el que la esclavitud fuera abolida de una vez y para siempre por una enmienda constitucional y la ciudadanía definida y protegida por otra (figura 6.5). Esta era una nación, tal como Lincoln la había descrito durante la inauguración del cementerio a los soldados caídos por la Unión en Gettysburg (Pensilvania) en 1863, «concebida en libertad, y entregada a la proposición de que "todos los hombres son creados iguales"». La Guerra de Secesión se estaba librando, recordó Lincoln a su audiencia, para que los Estados Unidos pudieran «renacer en libertad; y para que este gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la tierra»[21]. Cuando firmó la Decimotercera Enmienda el 1 de febrero de 1865, la enmienda que declaraba que «ni la esclavitud ni la servidumbre involuntaria

[...] existirán en los Estados Unidos, ni en ningún lugar sujeto a su jurisdicción», dejó claro que para él, igual que para muchos otros estadounidenses, la emancipación era mucho más que una medida para tiempos de guerra, una necesidad bélica: era el cumplimiento del destino manifiesto moral de la nación.



Figura 6.5. «Emancipación», de Thomas Nast; Filadelfia, King and Beard, *ca.* 1865. Thomas Nast fue un famoso caricaturista político que colaboró de manera regular con la popular revista del Norte *Harper's Weekly* durante la Guerra de Secesión y la Reconstrucción y hasta finales del siglo XIX. Sus viñetas aparecían asimismo en el *New York Illustrated News* y en *The Illustrated London News*. Se hizo sumamente famoso por su campaña contra la corrupción política en Nueva York de finales de la década de 1860 y la de 1870. Un gran número de sus viñetas tomaba como tema las injusticias a que se enfrentaban los nativos americanos, los trabajadores chinos y los afroamericanos que sufrían segregación en el Sur. Esta imagen, que celebra la emancipación de los esclavos, ofrece una representación optimista del futuro tras la esclavitud. El panel central representa a una familia afroamericana segura en su confortable entorno doméstico de un modo que jamás habría sido posible bajo la esclavitud, con Lincoln apropiadamente reconocido como autor de la Proclamación de Emancipación de 1863 en un retrato que cuelga de la pared además de en el panel añadido debajo. Los horrores de la esclavitud como sistema (una subasta de esclavos, un azotamiento y un marcado

con hierro candente) aparecen representados a la izquierda, con los beneficios de la libertad (la casa de un liberto, unos niños que van a la escuela y el pago de unos salarios) a la derecha. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-19253).

El propio Lincoln, por supuesto, no vivió para ver materializado este aspecto del destino de su nación. El presidente que había mantenido unida la Unión durante cuatro años de guerra murió el Viernes Santo de 1865, tras haber recibido un disparo del simpatizante confederado John Wilkes Booth. La tarea de volver unificar la Unión, frecuentemente definida como el periodo de la Reconstrucción (1865-1877), vino a caer en otros. No obstante, la reconstrucción de la nación que Lincoln había imaginado suponía mucho más que la vuelta de los estados confederados a la unión federal; suponía, de hecho, mucho más que la estabilización de las relaciones entre el Norte y el Sur o la erradicación de la esclavitud. Las relaciones interraciales en Norteamérica siempre habían resultado más complicadas que eso.

La Ley de Naturalización (Naturalization Act) de 1790 establecía que solo podía considerarse la nacionalización de «personas blancas libres». Esto se modificó con los años. En 1870, en concreto, y seguidamente a la aprobación de la Decimocuarta Enmienda en 1868, se revisó la ley para permitir la naturalización de los afroamericanos. «Todas las personas nacidas o naturalizadas en los Estados Unidos, y sujetas a la jurisdicción de los mismos, son ciudadanos de los Estados Unidos y del estado en el que residan», manifestaba con claridad por fin la Decimocuarta Enmienda. «Ningún estado creará o aplicará ninguna ley que reduzca los privilegios o inmunidades de los ciudadanos de los Estados Unidos –afirmaba después–; ni privará a persona alguna de vida, libertad o propiedad sin el debido proceso legal; ni denegará a persona alguna dentro de su jurisdicción la protección igualitaria de las leyes.» En esta enmienda a su Constitución, Estados Unidos definió lo que era la ciudadanía y negó la legalidad de la sentencia del caso *Dred Scott* de 1857. En principio, era imposible que quedara más claro. En la práctica, nada resultó menos atinado.

La zancada del siglo

La victoria de la Unión en la Guerra de Secesión puede crear con excesiva facilidad una falsa sensación de división en el panorama moral y material de Norteamérica entre la preguerra y las décadas posteriores a la «Guerra entre los estados». La idea misma de victoria, de hecho, se vuelve más esquiva cuanto más se acerca uno a ella. El Norte «ganó» la Guerra de Secesión, pero se tiende con demasiada frecuencia a restar importancia al coste de esa victoria mientras el de la derrota del Sur no deja de absorber tanto a los historiadores como al gran público. La nación, aparentemente, «conquistó» el Oeste en los años que siguieron a la guerra. Pero las peculiaridades y limitaciones de dicha victoria acabaron simplificándose por medio de la fascinación del siglo XX por el cine, concretamente por los *westerns*. La representación que estos hacen de la historia del Oeste no tuvo fácil el salto desde el blanco y negro al glorioso tecnicolor. No lo fue más para el Oeste en sí. Y fue allí, en su espectacular y evocador paisaje, más que en los campos de batalla de la Guerra de Secesión, donde se definió y debatió el panorama racial de la Norteamérica moderna. El énfasis se puso sobre todo en la segunda actividad. No fue una cuestión precisamente sencilla.

Tampoco es que la Guerra de Secesión fuera necesariamente tan sencilla como puede parecer. El alejarnos del centro de la acción, por así decirlo, de las batallas entre el general unionista Ulysses S. Grant y el confederado Robert E. Lee, y del conflicto político entre radicales y conservadores respecto al tema de la raza, revela un panorama más complejo de lo que hubo en juego entre 1861 y 1865 y en años posteriores. Para los inmigrantes recién llegados a los Estados Unidos, la mayoría de los cuales arribó y permaneció en el Norte, la guerra supuso una oportunidad para afirmar, o demostrar, su lealtad a su nación adoptiva, para alinearse con sus ideales de igualdad de oportunidades aunque no siempre estuviesen de acuerdo con su nuevo énfasis en la igualdad de las razas. Aun así los regimientos étnicos en el ejército de la Unión cumplieron múltiples propósitos, ya fuese la identidad en cuestión irlandesa, «india» o afroamericana.

Ni siquiera debería darse por sentada la motivación de los afroamericanos, tan central para la historia de la Guerra de Secesión estadounidense. Resulta muy habitual situar como un punto de vista universal la defensa que hizo el destacado portavoz afroamericano Frederick Douglass de que su pueblo fuese armado. «Una vez que se

permita al hombre negro lucir sobre sus ropas las letras de latón U. S. [de *United States*], y llevar un águila en el botón, un mosquete al hombro y balas en el bolsillo –afirmaba Douglass–, no habrá poder sobre la tierra capaz de negar que se habrá ganado el derecho a ser ciudadano de los Estados Unidos.» Otros, sin embargo, daban razones en contra de ello, sugiriendo que los afroamericanos no tenían «nada que ganar, y sí todo que perder, si se alistaban como combatientes», y que no debían sentirse obligados «a luchar bajo la bandera que no nos ofrece protección alguna».

Empero, luchar por ser aceptado en la nación era solo una parte de la historia. Algunos lucharon con la esperanza de que al hacerlo tal vez se les permitiera mantenerse fuera de ella. Las tribus de Green Bay (Wisconsin), compuestas por las naciones menominee, oneida y stockbridge-munsee, no tenían la ciudadanía en mente cuando se ofrecieron voluntarias para luchar por la Unión. Simplemente deseaban proteger su tierra de nuevas invasiones blancas, y esperaban que el servicio en la guerra obligase al gobierno federal a reconocer sus derechos. No obstante, como ocurrió con los afroamericanos, en un principio se rechazó el servicio de las tribus de Green Bay. El general responsable del aparato administrativo de Wisconsin, Augustus Gaylord, seguía sin estar convencido de «la decencia de usar indios en la presente contienda con nuestros hermanos, mientras hay tal cantidad de voluntarios de la civilización». Para Gaylord, el enemigo, los confederados, eran «hermanos», en tanto que el posible aliado constituía un extraño incivilizado. Era una perspectiva racista, sin duda, pero no forzosamente reñida del todo con las ambiciones separatistas de los propios voluntarios nativos.

Más al oeste, la gran diversidad de planes de acción en torno a la inclusión y exclusión de poblaciones nativas e inmigrantes, su asimilación y la autoafirmación de los mismos quedó patente en la experiencia de California. Mientras el Congreso, en la costa este, se esforzaba por ratificar y después llevar a efecto la Decimocuarta Enmienda, la declaración contractual decisiva para la ciudadanía estadounidense, al otro lado del país la gente luchaba contra las consecuencias de la expansión nacional y la inmigración. Habían surgido tensiones por el simple hecho de que había dos caminos a la ciudadanía, dos rutas a la nacionalidad. Uno podía nacer estadounidense. Haber nacido simplemente en los Estados Unidos no bastaba, sin embargo, como dejó claro una sentencia judicial de 1884 en el

caso de los nativos americanos, sentencia que se reestudió en 1898 para llegar a la conclusión opuesta en lo concerniente a los hijos de padres chinos. Uno podía asimismo convertirse en estadounidense. Para lograr esto, no obstante, uno tenía en ocasiones que aguantar la intolerancia racial y religiosa, la cual se concentraba a menudo, pero no de forma exclusiva, sobre el inmigrante. En California, el inmigrante en cuestión era el chino.

La constitución original de California, que fue aceptada en la Unión (barrida hacia dentro a toda prisa, de hecho) en 1849 gracias al descubrimiento de oro en la región el año antes, no traía nada inesperado para un estado norteamericano. Comenzaba con la declaración de que todos «los hombres son por naturaleza libres e independientes», y otorgaba a todos ellos los habituales «derechos inalienables» a la vida, la libertad y la propiedad; derechos protegidos por el poder político que residía en el pueblo y se expresaba por medio de un gobierno «instituido para la protección, la seguridad y el beneficio del pueblo». No se establecían distinciones de carácter étnico o racial. Con todo, tres décadas más tarde, California revisó su constitución, cuya variante de 1879 ofrecía un planteamiento bastante diferente. Llegado ese año, mientras que a los «extranjeros de raza blanca o de ascendencia africana» se les concedían derechos iguales a los de los «ciudadanos de nacimiento», dichos derechos ya no eran extensibles a todos. La nueva constitución afirmaba que ningún «nativo de China, idiota, enfermo mental o persona condenada por crimen infame alguno» poseía el derecho a «hacer uso de los privilegios de un elector en este estado». Además, ningún negocio de California tenía permitido emplear a «chinos o mongoles». Por si eso no fuera suficiente, establecía que «todas las leyes del estado de California» no debían ser «aplicadas, preservadas o publicadas en otro idioma que no sea el inglés».

Lo más sorprendente de esto no era, quizá, que tales exclusiones fuesen codificadas, sino que lo hubiesen sido en California. En el momento de su entrada en la Unión, California ya había atraído un número considerable de inmigrantes que ansiaban las riquezas que esta prometía. Contaba asimismo con una población autóctona de exmexicanos hispanohablantes, que habían habitado ese mismo territorio bajo el nombre de Alta California. Estos habían obtenido la ciudadanía estadounidense por el Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848 que puso fin a la guerra entre Estados Unidos y México y cedió Alta California y Santa Fe de Nuevo México a los primeros. En

consecuencia, el debate sobre la constitución de California resultó más complicado que en el caso de muchos otros estados, pero también, al final, dio lugar a una conceptualización más integradora de la ciudadanía.

California no solo ingresó en la Unión como un estado no esclavista, sino que además, en el transcurso de los debates constitucionales, se hizo hincapié en la igualdad entre los que hasta hacía poco habían sido «mexicanos» y los estadounidenses. Como subrayó uno de los delegados de la convención, Kimball H. Dimmick, oriundo de Nueva York y alcalde de San José en 1849, no se podía «establecer ninguna distinción entre los californianos de nacimiento y los estadounidenses». Sus electores, mexicanos hasta hacía nada, «afirmaban [ahora] ser estadounidenses. No iban a consentir ser relegados a una minoría», explicaba, y «se consideraban estadounidenses». Tenían derecho, por lo tanto, «a que se les considerara parte de la mayoría. Independientemente de la nación de la que procedieran –concluía Kimball–, confiaba en que en adelante serían tratados exactamente igual que a los estadounidenses»[22]. La constitución resultante reflejaba en gran medida esta postura y fue, además, promulgada en inglés y español para manifestar el carácter bilingüe de la población del estado. Pero no era una postura que el estado pudiera mantener.

El giro de California desde su apertura étnica y lingüística de 1849 a su francamente extraña actitud antichina de 1879 no se alejaba, pese a todo, en muchos aspectos de las tendencias en el resto del país. Estas tendencias ya venían dándose desde antes de la Guerra de Secesión. En muchos sentidos, de hecho, el aumento de la hostilidad entre el Norte y el Sur en el periodo de preguerras actuó como distracción del sentimiento antiinmigrante y, especialmente, anticatólico que hundía sus raíces en tiempos coloniales y seguía siendo parte intrínseca del panorama político, religioso y social del Norte. El surgimiento por una breve temporada, en la década de 1850, del xenófobo Partido Americano (American Party), o *know-nothings* (desinformados), revelaba al mismo tiempo la persistencia y las limitaciones de esta corriente. Lo cierto es que el destacado papel que se concedió a muchos de los regimientos étnicos de la Unión, en especial a los irlandeses, tenía como objetivo contrarrestar ese tipo de prejuicios anticatólicos. Pero esto no resultó igual de efectivo en un estado como California, debido en parte a la distancia entre la costa oeste y los campos de batalla del este, pero también porque el anticatolicismo resultaba

potencialmente mucho más nocivo en un estado donde la población católica autóctona se mezclaba con inmigrantes católicos y protestantes, para consternación de las elites, que pertenecían fundamentalmente a esta última confesión.

Como ya había sucedido numerosas veces en la historia de Norteamérica, la identificación de una amenaza exterior sirvió para unir a una población diversa. En el caso de California, se consideró que esa amenaza eran los chinos. Llevados a Estados Unidos para aportar la mano de obra necesaria para la unificación del país por ferrocarril, terminaron por unificar partes de él, cuando menos, por la raza, al acabar con las divisiones religiosas que ponían en riesgo la estabilidad de California y el resto de la nación. En una sola década, el número de inmigrantes chinos aumentó de menos de un centenar en 1870 a bastantes más de 100.000 en 1880. Posteriormente, dicha cifra se redujo, principalmente porque el Congreso, en 1882, introdujo el sentir antichino en la legislación por medio de la Ley de Exclusión China (Chinese Exclusion Act), que prohibía la entrada de más trabajadores de esa nacionalidad en los Estados Unidos.

La Guerra de Secesión había ralentizado, si no detenido completamente, la inmigración en los Estados Unidos y al mismo tiempo reducido, pero no silenciado del todo, el sentimiento xenófobo. En los años siguientes a la guerra, ambos ganaron empuje. La hostilidad hacia el inmigrante puede parecer paradójica en la tierra que Thomas Paine describió como un «asilo para la humanidad», especialmente en un periodo que de forma bastante literal elevó el proyecto de utopía de Paine a la forma física de la Estatua de la Libertad, inaugurada en 1886. Sin embargo, aquellos que abogaban por la igualdad de derechos para todos los estadounidenses se encontraron con que ni la Guerra de Secesión ni las subsiguientes enmiendas constitucionales –las tres «Enmiendas de la Reconstrucción»– habían sentado, de forma incontrovertible, unas bases sobre las que fuera posible construir una nueva identidad nacional estadounidense abierta a todos. La esclavitud había sido abolida mediante la Decimotercera Enmienda; la ciudadanía definida por la Decimocuarta; y la Decimoquinta, teóricamente, había garantizado el sufragio para todos, independientemente de su raza, aunque no, cabe señalar, del sexo. En teoría, armado con estas enmiendas, Estados Unidos podía esperar un futuro más positivo. En la práctica, resultaba difícil, por no decir imposible, liberarse del lastre del pasado.

La nueva Edad de Oro que el obispo Berkeley presagió para Norteamérica en el siglo XVIII había resultado ser meramente llegadas las postrimerías del siglo XIX, al menos según uno de los escritores más destacados de la nación, Mark Twain, una «Edad Dorada». Se designa a menudo con este nombre el periodo que abarca desde el final de la Guerra de Secesión hasta el comienzo del siglo XX, por la novela homónima de Twain *La Edad Dorada: una historia de nuestros días* (1873), escrita en colaboración con su amigo el editor Charles Dudley Warner. A pesar de la concisa pero aguda crítica que hace de la corrupción política y los excesos de la elite de la época, quizá induzca a error en lo relativo a cómo se interpreta ese medio siglo.

La posguerra constituyó un periodo de rápido crecimiento para los Estados Unidos, uno impulsado en igual medida por la inmigración masiva y por los avances tecnológicos, en especial por la revolución en el transporte a partir de 1865. Sin embargo, tal vez se invoque con excesiva rapidez el triunvirato académico de urbanización, industrialización e inmigración como guía de las fuerzas, positivas y negativas, que empujaban a los Estados Unidos hacia el siglo XX, el «Siglo Estadounidense», de impacto e influencia globales. Desde la perspectiva que da el tiempo, este fue un proceso menos decisivo de lo que la historia lo hace parecer. Los estadounidenses, sin duda, entendían que se trataba de un periodo de transición para su nación; pero era una transición influida tanto por el legado del pasado como por el atractivo del futuro.

Para el Sur blanco vencido en –y económicamente devastado por– la Guerra de Secesión, la era de las grandes plantaciones se convirtió en una Edad de Oro legendaria. Esta leyenda, miope y mítica a partes iguales, presentaba un pasado prebélico de esclavos contentos y bellezas sureñas, de caballeros y vida refinada. Ni el triste y regular paso de las cáfilas de esclavos en dirección al sur ni los tormentos de la tarima de subastas figuraban en esta versión del «Nuevo Sur» de lo que acabó por conocerse como el «Viejo Sur». En sus recuerdos y monumentos a los confederados caídos (figura 6.6), el Sur blanco construyó una tradición cívica propia, una basada en la derrota y en sus diferencias con el resto de la nación. Bajo los términos de las Leyes de Reconstrucción (Reconstruction Acts; 1866, 1867), los antiguos estados confederados permanecieron militarmente ocupados, algunos hasta 1877, año en que las tropas federales dejaron por

fin el Sur. Muchos exconfederados que habían sido obligados a hacer juramentos individuales de lealtad a la nación, y a cuyas cámaras legislativas estatales se había exigido que ratificaran la Decimocuarta Enmienda, buscaron consuelo en la construcción cultural de su «Causa Perdida», la cual fue desarrollándose tras la Reconstrucción y perduró hasta bien entrado el siglo XX. La ironía, por supuesto, era que la causa principal de la Confederación, una frontera racial inamovible entre el Sur blanco y el negro, distaba mucho de estar perdida; en todo caso, acababa justamente de ser descubierta.



Figura 6.6. «El estandarte conquistado», Nueva Orleans, A. E. Blackmar, 1866. Portada de una partitura musical elegíaca sobre la derrota de la Confederación. La imagen representa un cañón cubierto por una bandera confederada, en el marco de un campo de hierbajos. El título evoca un

poema del «poeta laureado de la Confederación», el padre Abram Joseph Ryan, publicado ese mismo año. Parte del poema de Ryan, «The Conquered Banner», dice así: «Enrolla ese estandarte, pues está cansado; / de su asta pende mustio y taciturno. / Enróllalo, pliégalo... es lo mejor; / pues no hay nadie que lo ondee, / ni espada que lo salve [...] Enrolla ese estandarte, con cuidado, ¡despacio! / Trátalo con delicadeza... es sagrado, / pues pende sobre los muertos. / No lo toques, nunca lo despliegues; / deja que cuelgue ahí, por siempre enrollado, / pues las esperanzas de su pueblo han huido». Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-91833).

La esclavitud había sido muchas cosas. Era un sistema basado en la crueldad y el miedo, la explotación física y la privación económica, pero no era un sistema basado en la segregación. Los negros y los blancos habían vivido unos cerca de otros en el Sur de la preguerra. En las décadas de la posguerra, comenzaron a alejarse. Lo que vino a continuación, los «Códigos Negros» implementados por muchos de los antiguos estados confederados, pretendía devolver a los afroamericanos del Sur a una situación cercana a la esclavitud en todo salvo en su forma legal. De la ausencia de normas que había gobernado tanto el contacto como el comportamiento bajo la esclavitud surgieron otras nuevas basadas en la raza. Las normas de la esclavitud habían sido diseñadas para mantener la «peculiar institución», pero las raciales que vinieron tras ella no eran específicas del Sur, y tampoco tenían nada particularmente sureño, como dejaban claro las experiencias de nativos americanos e inmigrantes en la costa este y todo el Oeste.

Para 1876, el proceso de Reconstrucción estaba llegando a su fin en los Estados Unidos, y ese año el Sur blanco no era el único que tenía la mirada puesta en el pasado. El año del centenario de la nación halló al poeta Bayard Taylor, compositor de la *Oda a la Nación* para el 4 de julio de 1876, cavilando sobre las implicaciones de los primeros 100 años de existencia del país (figura 6.7). Para Taylor, las celebraciones del centenario constituyeron una «prueba infalible [...] un indicio indudable de la fuerza de nuestro sólido entusiasmo. [...] Las eras venideras no podrán asistir a un aniversario tan solemne como este. Nuestra lucha por la existencia está lo bastante reciente como para que la recordemos con emoción; el recuerdo de los vivos todavía nos conecta con ella; y está lo bastante lejos ya como para haberse vuelto tradicional, venerable». El centenario ofreció a los estadounidenses el refugio de la revolución, un conflicto lo bastante lejano

en el pasado como para haber adquirido la mística necesaria para consolidarse en la nación, y lo bastante cercano al presente como para acallar los recuerdos del conflicto intestino más reciente que había soportado la nación[23].

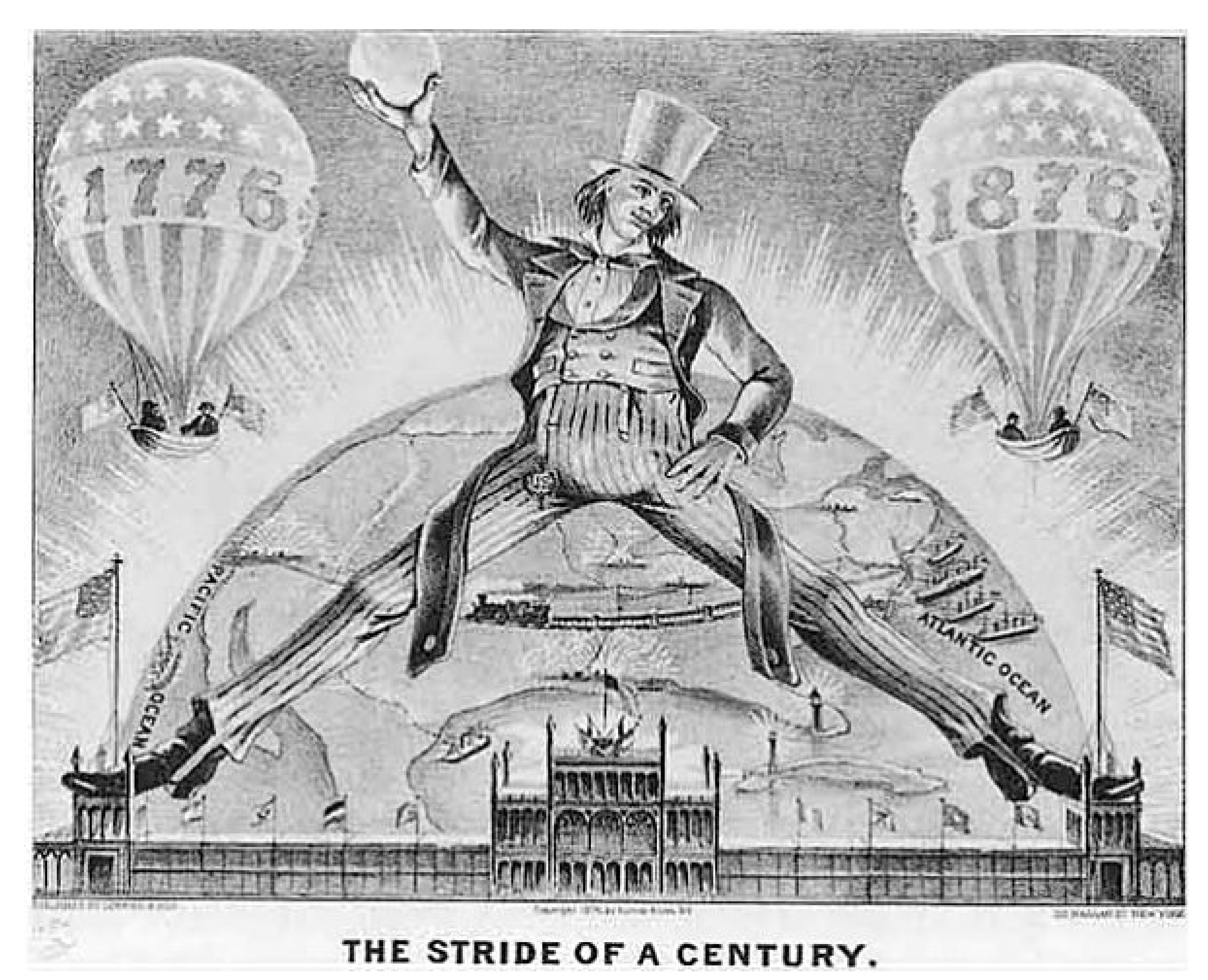


Figura 6.7. «La zancada del siglo», Nueva York, Currier and Ives, *ca.* 1876. Esta representación pictórica del centenario presenta al «Hermano Jonathan», un precursor más joven del «Tío Sam», el cual se convertiría posteriormente en imagen de los Estados Unidos. Aparece dibujado a horcajadas del continente norteamericano, un continente cruzado, como deja patente la ilustración, por el ferrocarril. El pabellón principal de la Exposición Universal de Filadelfia de 1876 se encuentra justo debajo de él, en el centro del dibujo. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-106472).

Aun así, la nación que se disponía a celebrar su centenario en 1876 era una inestable, que sufría de depresión económica, corrupción política y

malestar racial desde las calles de Carolina del Sur hasta las de California. Llegado ese año, los estadounidenses podían confiar con razón en la soberanía de su país, pero no había mucho lugar para la autocomplacencia en lo que respectaba a la unidad cultural. En 1876, Estados Unidos era una nación próspera, vibrante y políticamente unida, pero su identidad nacional no había dejado de estar en cuestión. A pesar de ello, los visitantes de los 8.000 m^2 de la Exposición Internacional de Artes, Manufacturas y Productos de la Tierra y la Mina –o Exposición Universal, para abreviar– de Filadelfia de 1876 no fueron invitados a reflexionar sobre ese tema. Por el contrario, les ofrecieron pruebas aplastantes de la abundancia natural y del progreso tecnológico de su nación desde 1776, expuestas para ellos al lado de las de otras naciones.

Ascensores, motores, lámparas eléctricas, minerales, meteoritos, mármol, el teléfono, la máquina de escribir y el ketchup Heinz fueron solo algunas de las nuevas maravillas exhibidas en Filadelfia ese año. Una serie de animales disecados, entre ellos un uapití, una morsa y un oso polar, representaban la fauna autóctona que, en el momento de la exposición, ya se encontraba relativamente amenazada por el aumento de la población humana del continente. Menos de una década después de la exposición de Filadelfia, los 13 millones de bisontes que en su día recorrían las Grandes Llanuras habían sido prácticamente exterminados por la caza. En 1883 quedaban ya menos de 1.000 ejemplares. Tal era el precio del progreso y la productividad del país.

Pero la razón de ser de los Estados Unidos no era la productividad, naturalmente, ni siquiera los productos; su razón de ser era el pueblo. Con respecto a este tema, la Exposición Universal se mostró algo menos festiva y mucho más circunspecta. Y en lo que se refería a las poblaciones indígenas, algunas de las cuales habían dependido para su sustento de las manadas en rápido decrecimiento de las Llanuras, su destino difícilmente resultaba tan alentador o su futuro tan prometedor como parecía por la Exposición. Su existencia aparecía reconocida como una colorida presencia aborigen en los Estados Unidos, pero una expresada silenciosamente en forma de unos maniquíes en vez de por medio de hombres y mujeres vivos presentes en la Filadelfia de 1876. Aunque puede que fueran representados de un modo tan estático como los animales disecados que se exponían, los nativos de Norteamérica seguían muy vivos. Ese hecho tuvo un contundente

recordatorio en mitad de las celebraciones del centenario cuando llegaron a Filadelfia las noticias de la derrota del coronel George Custer a manos de los sioux, liderados por Toro Sentado y Caballo Loco, en el río Little Bighorn del territorio de Montana.

Los estadounidenses, por tanto, en el año de su centenario, tenían motivos para considerar no solo cuán lejos había llegado su país, sino también la distancia que aún le quedaba por recorrer. La cuestión general de por quién estaba formado el pueblo, qué era un ciudadano estadounidense y qué derechos pertenecían a la ciudadanía seguía siendo un eterno dilema para una nación de inmigrantes. El lenguaje, si bien no las leyes, que acompañaron el nacimiento de esta nación particular tenía un tono ciertamente integrador. Pero la realidad resultaba bastante más limitada.

A lo largo de los años, se dieron gran cantidad de variaciones sobre el tema de Crèvecoeur de «el norteamericano, este nuevo hombre», desde la descripción de los estadounidenses que hiciera el médico y escritor decimonónico Oliver Wendell Holmes como «los romanos del mundo moderno: el gran pueblo integrador», a la metáfora del «crisol» de la sociedad estadounidense tal como la popularizase la obra homónima de 1908 de Israel Zangwill[24]. Estados Unidos se había equipado con los medios para hacer realidad ese ideal; lo que faltaba a veces era la motivación para ello. Los temores de Madison respecto a la poca solidez de las promesas escritas resultaron desde luego totalmente fundados en diversos momentos de la historia norteamericana. La Carta de Derechos sirvió de poco a la hora de proteger a los afroamericanos de los excesos de la supremacía blanca, y de nada cuando hubo que defender los derechos constitucionales de los japoamericanos obligados a ingresar en campos de internamiento durante la Segunda Guerra Mundial.

Se podría decir que esta tendencia a ignorar las directrices básicas que guiaban la nación alcanzó su máximo y más pernicioso potencial en las campañas de terror anticomunista del siglo XX y en el comportamiento del comité de investigación de la Cámara de Representantes, el Comité de Actividades Antiamericanas, en la década de 1950. En estos casos, la pista de los miedos que motivaron lo que fue, en esencia, una caza de brujas moderna se encontraba definitivamente en el nombre. Pero tales miedos habían estado ya presentes en el momento de creación de la nueva nación, cuando estaba tratando de descifrar lo que significaba Norteamérica, ser

norteamericano. Durante el periodo de preguerras y los años de la Guerra de Secesión perduraron, y luego saltaron realmente a un primer plano en la frontera.

En un intento de controlar la tierra, el gobierno federal había establecido, desde la Ley del Noroeste de 1787, que los territorios eran, en un sentido legal y práctico, estados de transición que con el tiempo pasarían a ser verdaderos estados de la Unión. En lo que se refería al control de la población, también entraba en juego un factor de transición, pero uno obstaculizado por un gran número de prejuicios e ideas preconcebidas que situaban permanentemente a un gran porcentaje de esa población fuera de los límites de pertenencia a la nación. Con la victoria de la Unión en 1865, y la aprobación de la Decimotercera Enmienda, seguida de manera casi inmediata por la Decimocuarta, los afroamericanos fueron completamente aceptados como parte constituyente de «el pueblo», al menos desde el punto de vista legal. La esclavitud había sido por fin abolida, pero la mentalidad racista que la había apoyado resultó ser más resistente. En el siguiente siglo, las distinciones y divisiones raciales demostraron ser, con excesiva frecuencia, la piedra angular del desarrollo de la nación. Y los afroamericanos no fueron los únicos que tuvieron que afrontar esa perturbadora realidad.

[1] El discurso de 1858 de Seward puede leerse entero en: http://www.nyhistory.com/central/conflict.htm (10 de febrero de 2010).

[2] Morse y el mensaje de 1861 citados en J. Lepore, *A is for American: Letters and Other Characters in the Newly United States*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2002, pp. 10, 154.

[3] A. Lincoln, «Message to Congress in Special Session», 4 de julio de 1861, en R. Basler (ed.), *op. cit.*, vol. IV, p. 438.

[4] *New York (Daily) Tribune*, 27 de noviembre de 1860.

[5] *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 29 y 26 de junio de 1861.

[6] W. H. Russell, *My Diary North and South*, Boston, T. O. H. P. Burnham, 1863, pp. 467-468, 470.

[7] J. E. Johnston citado en J. G. Nicolay, *The Outbreak of Rebellion* [1881], Nueva York, Da Capo Press, 1995, p. 211.

[8] Samuel Fiske (14.º de Connecticut) y cronista del 9.º de Pensilvania, ambos citados en S. Sears, *Landscape Turned Red: The Battle of Antietam* [1983], Nueva York, Warner Books, 1985, p. 347.

[9] Seward pronunció su discurso el 11 de marzo de 1850. Se encuentra disponible en: http://www.senate.gov/artandhistory/history/common/generic/Speeches_Seward_NewTerritories.htm (20 de febrero de 2010).

[10] Entrada del 11 de marzo de 1861 del diario de George Templeton Strong, en A. Nevins y M. H. Thomas (eds.), *The Diary of George Templeton Strong*, 4 vols., Nueva York, The Macmillan Company, 1952, III, p. 109.

[11] Howell Cobb a James A. Seddon, 8 de enero de 1865, «Georgia and the Confederacy», *The American Historical Review* 1, 1 (octubre 1895); pp 97-102, 97-98.

[12] John Murray Forbes a Charles Summer, 27 de diciembre de 1862, en S. F. Hughes (ed.), *Letters and Recollections of John Murray Forbes*, 2 vols., Boston y Nueva York, Houghton, Mifflin and Company, 1899, I, pp. 350-351.

[13] Eva B. Jones a la Sra. Mary Jones, 14 de julio de 1865, en R. M. Myers, *The Children of Pride: a True Story of Georgia and the Civil War,* edición abreviada, New Haven y Londres, Yale University Press, 1984, p. 554.

[14] *Niles' Weekly Register,* 28 de noviembre de 1835.

[15] N. Faith, *The World the Railways Made*, Londres, Pimlico, 1990, p. 67.

[16] R. W. Emerson, «The Young American» (1844), en J. Porte (ed.), *Essays and Lectures by Ralph Waldo Emerson*, Nueva York, Library of America, 1983, pp. 211, 213-214.

[17] G. Berkeley, «Verses on the Prospect of Planting Arts and Learning in America», escrito en 1726, publicado en 1752, en R. C. Cochrane, «Bishop Berkeley and the Progress of Arts and Learning: Notes on a Literary Convention», *The Huntington Library Quarterly* 17, 3 (mayo 1954), pp. 229-249, 230.

[18] H. B. Whipple, *Lights and Shadows of a Long Episcopate*, Nueva York, The Macmillan Company, 1912, p. 105.

[19] H. B. Whipple, *op. cit.*, p. 124.

[20] A. Lincoln, «Second Inaugural Address», 4 de marzo de 1865, en R. Basler (ed.), *op. cit.*, vol. VIII, p. 333.

[21] A. Lincoln, «Address Delivered at the Dedication of the Cemetery at Gettysburg», 19 de noviembre de 1863, en R. Basler (ed.), *op. cit.*, vol. VII, p. 19.

[22] K. H. Dimmick, 5 de septiembre de 1849, en *Report of the Debates in the Convention of California on the Formation of the State Constitution*, Washington, John H. Towers, 1850, p. 23.

[23] B. Taylor, «What is an American?», *The Atlantic Monthly* 35, 211 (mayo 1875), pp. 561-567, citas en pp. 562, 565-566.

[24] O. W. Holmes, *The Autocrat of the Breakfast-Table*, 1858, p. 18.

7
Una tierra prometida: el paso al Siglo Estadounidense

> Derramando una lágrima por el pasado sombrío, nos volvemos entonces hacia el deslumbrante futuro y, cubriéndonos los ojos, seguimos adelante. El largo y tedioso invierno de la raza ha terminado. Su verano ha comenzado. La humanidad ha roto la crisálida. El cielo se despliega frente a ella.
>
> EDWARD BELLAMY, *El año 2000,* 1888.

Ida B. Wells tenía únicamente cinco meses de edad cuando fuerzas confederadas al mando de Earl van Dorn atacaron su ciudad natal de Holly Springs (Misisipi) en diciembre de 1862, teniendo como objetivo el depósito de suministros allí establecido como apoyo para el asalto del general unionista Ulysses S. Grant a Vicksburg (Tennessee). Era una adolescente cuando, en 1878, una epidemia de fiebre amarilla devastó su comunidad, matando a sus padres y a uno de sus hermanos. Y en 1884, a la edad de veintiuno, la echaron por la fuerza de un vagón para señoras mientras viajaba en un tren de la Chesapeake, Ohio and Southwestern Railroad alegando que era solo para blancos. En cierto modo, las experiencias de Wells constituían un ejemplo más que típico de los peligros y las dificultades a que se enfrentaban muchos norteamericanos en la recta final del siglo XIX, especialmente en el Sur, donde la *yellow jack* representaba una amenaza persistente, por no decir constante, para la vida. La fiebre amarilla, de todos modos, actuaba sin tomar mucho en cuenta la raza, cosa que no podía decirse de los trenes de aquella época. Ida B. Wells era tan vulnerable como cualquier otro estadounidense a la amenaza de la infección vírica, y particularmente vulnerable, sin embargo, a la virulencia del revanchismo racial, por el simple motivo de que era negra.

Ida había asumido la carga de mantener a su familia tras la muerte de sus padres, y no iba a aceptar dócilmente las opiniones reaccionarias de un revisor de tren. Le puso un pleito a la compañía y lo ganó. Mas cuando el Tribunal Supremo de Tennessee anuló el acuerdo al que se había llegado –Ida había recibido una compensación–, ello hizo despertar de su engaño a una joven que, técnicamente, había nacido esclava pero que había creído, como tantos otros, que la «América del pasado se fue para no volver» y que

la «nueva nación», los Estados Unidos del futuro, «será completamente libre. La libertad, la igualdad ante la ley, será su gran piedra angular», tal como había afirmado el congresista por Illinois Isaac N. Arnold en 1864[1]. Sin embargo, con excesiva frecuencia, había que hacer valer esa libertad frente a una oposición muchas veces violenta, especialmente por parte de ciertos extremistas en los antiguos estados confederados. Con el tiempo, los aspectos más destructivos de esa violencia pasarían a ser el eje de la vida de Ida Wells y definirían su legado.

El surgimiento en Pulaski (Tennessee) en 1866, siendo Ida todavía una niña, del tristemente célebre Ku Klux Klan, un grupo violento de supremacistas blancos, reveló la determinación de al menos parte del Sur blanco de socavar los esfuerzos de aquellos que, como Arnold, habían defendido durante mucho tiempo la abolición y, una vez conseguida esta, la protección de la igualdad de derechos para todos en la nación. El Klan, vinculado al Partido Demócrata y formado principal pero no exclusivamente por antiguos confederados, se dedicaba a intimidar a simpatizantes de la Unión y a republicanos en general y de manera especial a afroamericanos, y a impedir que estos ejercieran sus derechos legales a la libertad y la propiedad y, en casos extremos, a la propia vida. Algunos de los que visitaron el Sur por esta época, como el empresario John Murray Forbes, se dieron cuenta enseguida del mensaje mortal claramente expuesto en los símbolos con forma de «tibias cruzadas y calaveras» y «dagas chorreantes de sangre» que «decoraban» numerosas ciudades sureñas a finales de la década de 1860[2]. Aunque es posible que el simbolismo tuviese un carácter particularmente sureño, la actitud no era exclusiva de los antiguos estados confederados, sino un elemento intrínseco del lenguaje racista que por entonces empleaba el Partido Demócrata (figura 7.1).

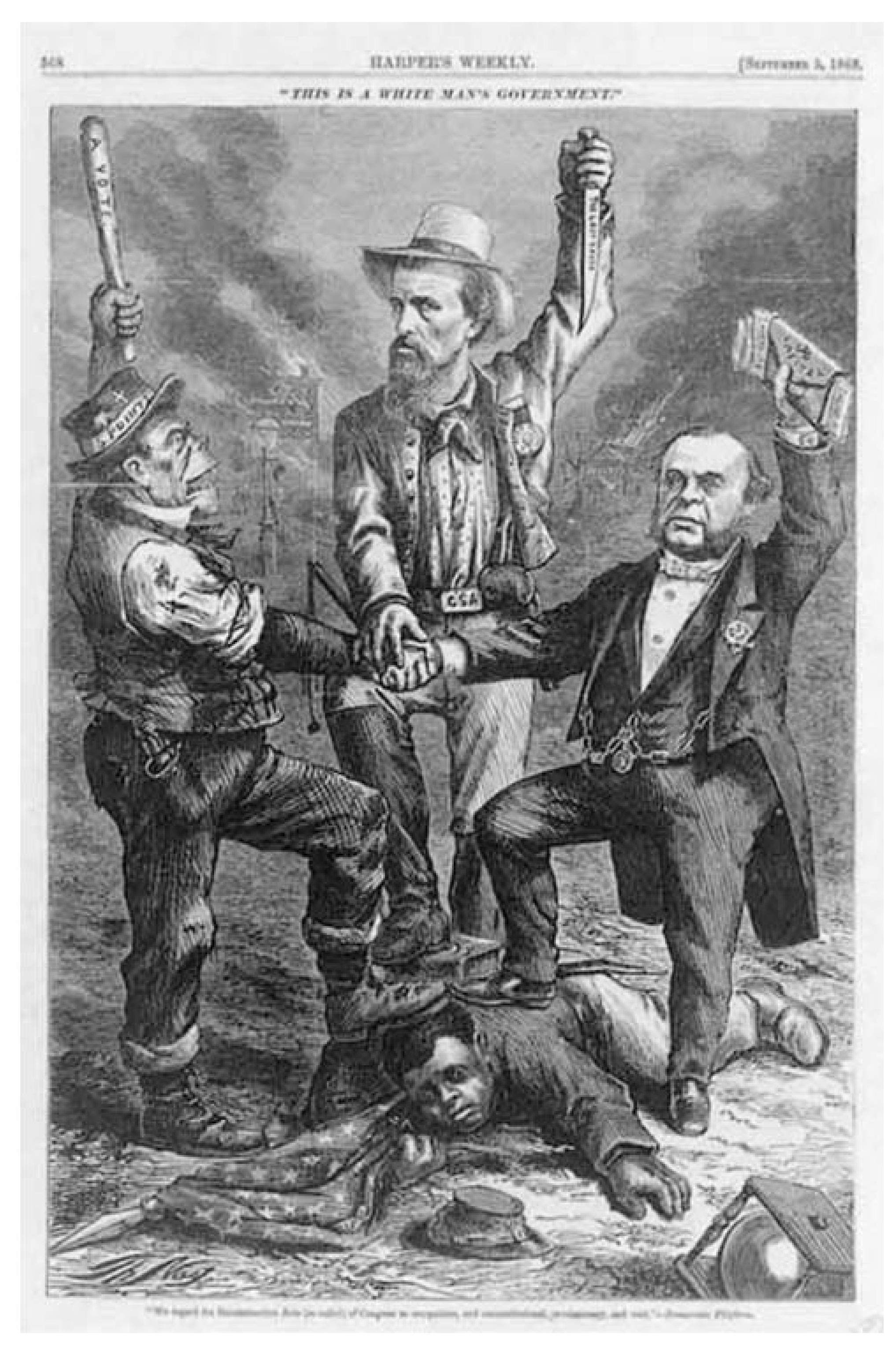


Figura 7.1. «Aquí gobierna el hombre blanco», de Thomas Nast. Esta viñeta, que apareció en *Harper's Weekly* el 5 de septiembre de 1868, se burlaba de la plataforma del Partido Demócrata en las elecciones de ese mismo año, cuyo eslogan reproducía el título de la ilustración. Las tres figuras blancas representadas comprendían (de izquierda a derecha) una caricatura de un inmigrante irlandés; a Nathan Bedford Forrest, el líder del Ku Klux Klan (cuya hebilla del cinturón, «CSA», y cuyo cuchillo inscrito con las palabras «La Causa Perdida» dejaban claro que representaba a los Estados

Confederados de América); y a Horatio Seymour, el candidato presidencial demócrata, el cual se oponía a las «Leyes de Reconstrucción». Aparecen pisando a un soldado afroamericano y la bandera estadounidense que este llevaba, mientras el soldado trata en vano de alcanzar una urna electoral (esquina inferior derecha). El pie de imagen reza: «Consideramos las (llamadas) Leyes de Reconstrucción del Congreso usurpaciones inconstitucionales, subversivas y carentes de validez». Bajo estas leyes, aprobadas en el contexto de la rotunda victoria republicana en las elecciones al Congreso de 1866, el Sur fue dividido en cinco distritos militares y se obligó a cada antiguo estado confederado a establecer el sufragio universal masculino y a redactar una nueva constitución estatal, además de a ratificar la Decimocuarta Enmienda. Las imágenes que aparecen al fondo de la ilustración resultan más perturbadoras incluso que la central, al consistir en una escuela o asilo en llamas y en un linchamiento (una referencia clara a la violenta oposición a la Guerra de Secesión que estalló en los disturbios de Nueva York de 1863 por el llamamiento a filas de la población masculina, durante los cuales el Orfanato para Niños de Color de la Quinta Avenida resultó atacado y se linchó a varias personas). Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-121735).

Con todo, en 1868 la nación no estaba preparada ni para volverle la espalda a los logros de la Guerra de Secesión ni para alinearse con una postura racial tan abiertamente discriminatoria como la que representaba el Partido Demócrata, cosa que expresó con claridad mediante su elección de un antiguo general unionista, Ulysses S. Grant, como presidente. Durante el primer mandato de Grant, el gobierno federal aprobó tres Leyes de Garantización de Derechos (Enforcement Acts, 1870, 1871) distintas diseñadas para frenar la violencia del Klan y las respaldó mediante el envío de *marshals* federales al Sur para asegurar su cumplimiento. En particular, Grant autorizó a Hiram C. Whitley, jefe del Servicio Secreto del Tesoro, a reunir pruebas que incriminaran delictivamente a miembros concretos del Klan. Whitley recordó con orgullo en sus memorias que había ayudado a conseguir «más de dos mil acusaciones» contra «esta infame organización» pero, como él bien sabía, el precio para aquellos que testificaron a tal objeto fue alto[3]. Las palizas crueles, pero a veces también los linchamientos, eran el modo de intimidación más habitual dirigido a negros y blancos al tratar de silenciar la oposición al Klan.

Los mundos de Hiram Whitley e Ida B. Wells, completa y absolutamente separados en todos los demás sentidos, colisionaron en lo relativo a este único tema; salvo, naturalmente, por que no se trataba de un solo tema. La cuestión no tenía que ver únicamente con el choque entre la agresividad blanca y la asertividad negra, con el atrincheramiento blanco frente a la

emancipación. Era algo mucho más complejo. De lo contrario, una persona como Hiram Whitley, un hombre que había trabajado como cazador de esclavos fugitivos, un hombre que se opuso a la abolición, y más tarde a extender el sufragio a los afroamericanos, un hombre que, por una breve temporada, había sopesado la idea de luchar por la Confederación antes de ponerse del lado de la Unión, no habría sido tan activa en la protección de los derechos civiles de una gente por la que, claramente, sentía poca simpatía y con la que no tenía nada en común. En la figura de Whitley confluían una gran diversidad de programas de tipo práctico y personal, como estaba sucediendo en la nación en sí a finales del siglo XIX. Era un mundo de contradicciones. Era el mundo en el que había crecido Ida B. Wells.

Los Estados Unidos de finales del XIX eran un mundo de posguerra. Este hecho puede verse enmascarado a menudo por el rápido crecimiento de las ciudades, los avances de la tecnología y el transporte, y la expansión del país hacia el oeste por esta época. Sin embargo, todo esto tuvo lugar en el contexto de una nación que aún padecía las consecuencias de un conflicto: físicas, prácticas y psicológicas. La Guerra de Secesión terminó en 1865, pero había dejado tras de sí más de 600.000 estadounidenses muertos, un número casi igual de heridos o inválidos de por vida, y la economía nacional en una situación precaria. A los muertos se los podía llorar. A los supervivientes, cuyas condiciones de vida resultaban a menudo penosas, había que mantenerlos. Este era el problema al que se enfrentaban tanto el Norte como el Sur. No eran solo las ciudades del Sur lo que había que reconstruir, no solo la economía lo que hacía falta estabilizar. Muchos de los veteranos supervivientes de la violencia que había comportado la Guerra de Secesión tuvieron que ser mantenidos durante el resto de sus vidas, vidas que se prolongarían, en algunos casos, hasta bien entrado el siglo XX.

Además, naturalmente, como la guerra había sido un conflicto civil, la devastación económica y la destrucción física sufridas en mayor medida por el Sur no constituían un problema del que la nación pudiera desentenderse, ni uno que probablemente fuera a solucionarse en el lapso de unos pocos años. El valor de las propiedades inmobiliarias en el Sur se había reducido a la mitad en el transcurso de la guerra, y el de su producción agrícola en 1860 no se volvió a alcanzar hasta el cambio de siglo, y se mantuvo muy por detrás del del conjunto de la nación hasta después de la Segunda Guerra

Mundial. En el Sur de la posguerra, tanto los agricultores negros como los blancos se vieron rápidamente atrapados en un sistema de servidumbre por deudas, o *sharecropping* (aparcería), como era conocido. Al estar trabajando la tierra de otros a cambio de una parte de la cosecha, la mayoría tuvo que cultivar algodón en vez de cereales o verduras a fin de pagar los intereses de unos préstamos que no tenían más opción que garantizar pero que jamás podían esperar devolver. A nivel nacional, la situación se vio agravada por el hecho de que Grant, pese a ser un gran líder militar, resultó ser un presidente poco eficaz en tiempos de paz. La corrupción política y financiera que salpicó sus dos mandatos en el cargo, y que motivó la despectiva denominación del periodo por Mark Twain como «Edad Dorada», tuvo como resultado una política federal vacilante hacia el Sur en general y hacia los afroamericanos en particular.

Si bien en 1865 se creó la Agencia de Libertos (Freedmen’s Bureau), la cual estaba financiada con fondos federales y dirigida a facilitar la transición de la esclavitud a la libertad por medio de, entre otras cosas, la construcción de escuelas y hospitales y el ofrecimiento de asistencia y asesoramiento general, dicha agencia duró solo cinco años y nunca disfrutó de los recursos necesarios para alcanzar sus ambiciosos objetivos. De hecho, nunca recibió los recursos necesarios para mantener la salud básica de los libertos y libertas, ya comprometida por la esclavitud y agravada por las condiciones en los «campos de contrabando» en los que muchos habían acabado –lugares propicios para la aparición del cólera y otras enfermedades muy graves.

Los problemas a los que se enfrentó la sección médica de la Agencia de Libertos fueron en varios sentidos sintomáticos de las dificultades de tipo más general que comportó el paso de la esclavitud a la libertad. Los atribulados médicos lidiaban con una burocracia federal más preocupada por el protocolo y el procedimiento que por suministrar una ayuda real, por contener el caos que por atender imperativos médicos, no digamos ya sociales. Asimismo, la presencia de tropas de la Unión en el Sur logró prestar únicamente una ayuda limitada para implementar esta versión temprana e interna de un cambio de régimen en una región en la que la oposición popular a la interferencia federal en general y a la igualdad en particular ponía trabas a cualquier intento de asegurar una estabilidad política, económica y social duradera en la zona.

Desde el punto de vista legislativo, no hay duda de que se hicieron progresos. Las Leyes de Garantización de Derechos de principios de la década de 1870, que permitían el enjuiciamiento de crímenes raciales en un tribunal federal en vez de estatal, se vieron seguidas por la aprobación de la Ley de Derechos Civiles (Civil Rights Act) de 1875. Esta pretendía volver más igualitario el panorama social y cultural del Sur al prometer «el completo e igual disfrute de espacios de alojamiento, ventajas, instalaciones y privilegios en hosterías, medios de transporte por tierra o mar, teatros y otros lugares de entretenimiento público» a «los ciudadanos de toda raza y color, independientemente de cualquier condición previa de servidumbre». No obstante, entre la afirmación de una igualdad de derechos teórica y garantizar esta en la práctica mediaba un abismo inmenso que se mantuvo abierto. Algunos, como Whitley, trataron de estrecharlo; otros trabajaron por hacerlo más ancho.

Las críticas al poder político de los afroamericanos, y al gobierno republicano en general, en el Sur de la Reconstrucción surgían a veces de los sitios más insospechados. Puede que la perspectiva racial de Whitley durante la preguerra no resultara un obstáculo para su lucha contra el extremismo blanco en el Sur de la posguerra, pero en el caso de otros su aparente cambio de postura fue en la dirección contraria. Un ejemplo de ello fue el periodista James Shepherd Pike, cuyas credenciales como abolicionista de preguerras dieron crédito a su injurioso ataque posterior sobre la Reconstrucción en Carolina del Sur. El caso de este estado fue inusual, en el sentido de que la mayoría de su cámara legislativa durante la Reconstrucción estaba integrada por afroamericanos, posible motivo de la invectiva de Pike. Sea como fuere, esta fue radical. Divulgada primero a través de editoriales periodísticos que aparecerían publicados más tarde bajo el título *The Prostrate State* (1873), Pike pintó un cuadro verdaderamente crítico de la política postemancipación en un estado del Sur, un punto de vista que tal vez sorprendiese a sus lectores.

Pike había sido el corresponsal en Washington del radical *New York Tribune* en la década de 1850 y desde esa posición había atacado de manera argumentada la esclavitud, a la cual denominaba «esta detestable institución». Llegada la década de 1870, sin embargo, su opinión había cambiado. Entonces expresó su consternación por que la «aristocracia» propietaria de esclavos con la cual antes había sido tan cáustico se

encontrara «postrada en el polvo», gobernada por un «extraño conglomerado» de líderes políticos afroamericanos, «la escoria de la población ataviada con las ropas de sus inteligentes predecesores», tal como los describió. Esta situación, sostenía el Pike de la posguerra, era nada menos que «el gobierno de la ignorancia y la corrupción, mediante la inexorable maquinaria de una mayoría numérica. Es la barbarie que aplasta la civilización por la fuerza bruta –aseveraba–, es el esclavo que irrumpe violentamente en las estancias de su amo, y lo pone bajo sus pies»[4].

El cambio de opinión de Pike respecto de la esclavitud, como por supuesto el de Whitley, podría parecer incomprensible de no ser por el hecho de que, tanto para ellos como para muchos otros, las cuestiones en juego en los Estados Unidos del siglo XIX solo habían estado relacionadas de un modo tangencial con la moralidad de la esclavitud. Ambos hombres vivían en un mundo en el que la amenaza de la «barbarie» se antojaba muy real y era motivo de constante preocupación. Definida a grandes rasgos en las mentes de la época como la ausencia de principios tanto religiosos como republicanos, la barbarie, de acuerdo con Horace Bushnell, uno de los teólogos más destacados de Norteamérica, era el «peligro más serio» al que se enfrentaba la nación. Bushnell lanzó su advertencia en 1847, año en que la esclavitud y la expansión al oeste –o una combinación de ambas– parecían representar la principal amenaza, pero él situó ambas en el contexto del continuo más amplio de la evolución nacional estadounidense, remontándose a su pasado colonial y echando la vista hacia sus dificultades futuras. Para Bushnell, la batalla de Norteamérica contra la barbarie «se repetía continuamente bajo nuevas modificaciones», y su advertencia constituía «un doble argumento de miedo y esperanza» para su nación[5].

Destacada por la prensa y el púlpito durante la preguerra, y reinterpretada durante la Guerra de Secesión como un elemento crucial en los argumentos morales y prácticos de la Unión, la amenaza de la barbarie, como predijo Bushnell, no llegó nunca a desaparecer. El miedo por el futuro de la nación, de hecho, parecía mucho más real en la era del «clientelismo», y la consiguiente corrupción, que se instaló tras la Guerra de Secesión. La esclavitud ya no existía, pero había sido a un tiempo el síntoma y la causa del deterioro social y espiritual contra el que había clamado Bushnell; sea como fuere, este no se pudo, ni siquiera entonces, mantener firmemente confinado en el Sur, sino que ya se estaba extendiendo hacia el oeste. A

finales del siglo XIX, los temores de Bushnell se vieron confirmados cuando la enfermedad de la decadencia social pareció presentarse en una nueva y más vigorosa forma a escala nacional.

Las inseguridades raciales inculcadas por Pike en relación con la política en Carolina del Sur en la década de 1870 hallaron eco en los estados del Norte, especialmente en la ciudad de Nueva York, donde los engranajes de la maquinaria política clientelista seguían generando un firme movimiento de retroceso en lo que respectaba a la igualdad racial. Incluso una vez despojado de su dimensión racial, el panorama político apenas mejoró. A finales de la década de 1860 y principios de la de 1870, el congresista demócrata neoyorquino William M. Tweed y sus socios –el tristemente famoso «Círculo de Tweed»– dirigían un elaborado sistema de sobornos y de fraudes electorales y financieros desde su cuartel general en la calle 14 este –Tammany Hall–, amasando millones de dólares en el proceso (figura 7.2). No cabe duda de que las actividades financieras de *Boss* (Jefe) Tweed tenían algo de robinhoodiano. Parte de sus ilícitas ganancias acababan en manos de sus potenciales electores, sobre todo irlandeses, en forma de ayudas educativas y prácticas (por medio de salarios flagrantemente inflados en algunos casos), y parte del resto se gastaba en mejoras municipales, si bien fantásticamente caras, como los Juzgados del Condado de Nueva York, en particular, cuya construcción comenzó con el estallido de la Guerra de Secesión y se completó finalmente en 1880.

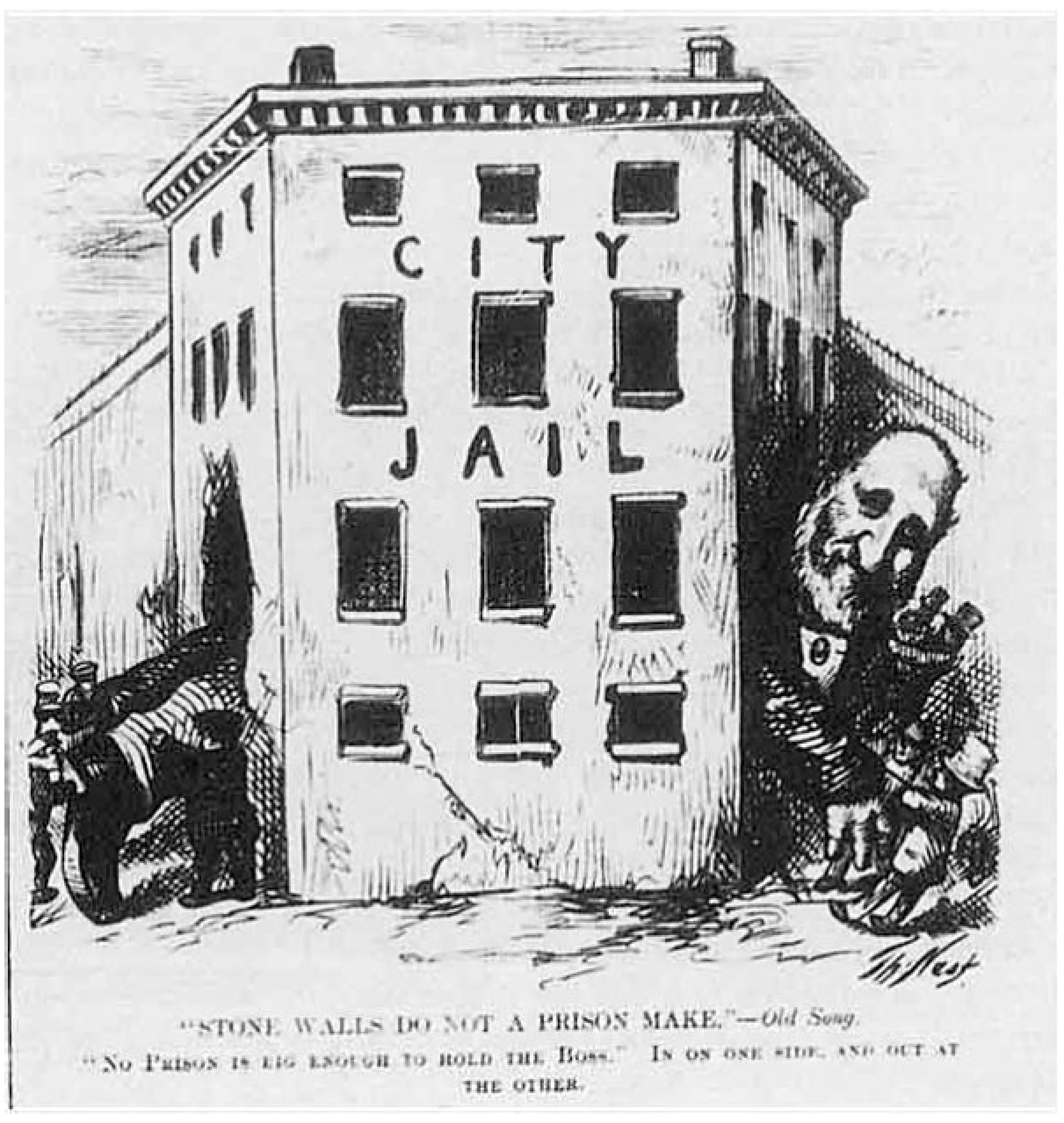


Figura 7.2. «Unos muros de piedra no hacen una prisión», de Thomas Nast. Aunque sus viñetas sobre temas como la emancipación y la supremacía blanca en el Sur tuvieron una gran difusión a mediados del siglo XIX, la reputación de Thomas Nast se forjó en realidad gracias a sus tremendos esfuerzos por poner de relieve la corrupción política y financiera de la que era responsable el «Círculo de Tweed». Esta viñeta, que apareció en el *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* el 6 de enero de 1872, muestra a *Boss* Tweed con la mitad del cuerpo dentro de la prisión y la otra mitad fuera. Lo que sugiere es que «no hay prisión lo bastante grande para el Jefe». En realidad, Tweed sí que acabó en la cárcel, donde murió en 1878. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ6-951).

Es posible que una malversación así de flagrante de fondos públicos al servicio del beneficio personal no le resulte al observador moderno algo particularmente inusual. En el marco de la corrupción financiera de la época, exacerbada por el pánico mundial de la economía de 1873, el cual estaba hundiendo lentamente la administración Grant, las actividades de Tweed tampoco parecían a ojos del observador de entonces nada que no estuviera en sintonía con los tiempos. A pesar de sus beneficios económicos por filtración para las clases más bajas, el «Círculo de Tweed» no era desde luego ninguna Mesa Redonda artúrica, y sí algo que una amplia mayoría percibía como un síntoma de una era caracterizada, en palabras de Hiram Whitley, por «el fraude y las fechorías». Lo que alimentaba el fraude que Whitley advertía era la inmigración. «Personas de prácticamente todas las nacionalidades están desembarcando de manera continua en nuestras costas», se quejaba, muchos de los cuales eran «hoy delincuentes del continente y mañana ciudadanos de los Estados Unidos. Cada año trae su adquisición de anarquistas, falsificadores y ladrones», salidos muchos de ellos de las filas de «los pobres ambiciosos que acceden a un estilo de vida muy por encima de sus humildes medios».

Para Whitley, «la pobreza y las enfermedades se presentan en lugares concretos, pero el crimen se desliza subrepticiamente por todas partes»[6]. Sobre todo, como optó por recordar en sus memorias, lo hacía desde el extranjero, pero como ya debía de saber, la variedad nacional se encontraba igual de extendida y era mucho más poderosa. En muchos aspectos, las memorias de Whitley eran reveladoramente selectivas acerca de lo que decidían destacar y esconder en lo relativo a su carrera como agente de la justicia. Whitley decidió centrar su relato en los contrabandistas, los falsificadores y las organizaciones mafiosas de las ciudades del Norte, mientras que tuvo poco que decir sobre las actividades de su agencia en el Sur de la Reconstrucción. En este sentido, siguió, o al menos reconoció, una tendencia nacional surgida de la frustración y el cansancio en lo que respectaba al Sur.

La Reconstrucción no tenía que ver únicamente con llevar al Sur de vuelta al seno de la Unión. A un nivel fundamental, tenía que ver con la transformación del Sur a imagen y semejanza del Norte, o por lo menos a la imagen que este prefería tener de sí mismo. En las décadas siguientes a la Guerra de Secesión, el Norte comenzó a darse cuenta de que esto era

imposible. Tras el reingreso en la Unión de los antiguos estados confederados, el poder del Partido Demócrata en dichos estados creció al tiempo que se redujo el de los republicanos radicales defensores de la Reconstrucción. Y con el resurgimiento demócrata llegó la reducción racista de derechos (figura 7.3). En todo el Sur, pero especialmente en Luisiana, Misisipi y Carolina del Sur, los votantes negros se vieron alejados forzosamente de las urnas al restablecer sus estados el dominio de los blancos e iniciarse un proceso lento pero seguro de desmantelamiento de la legislación diseñada para garantizar la igualdad racial.

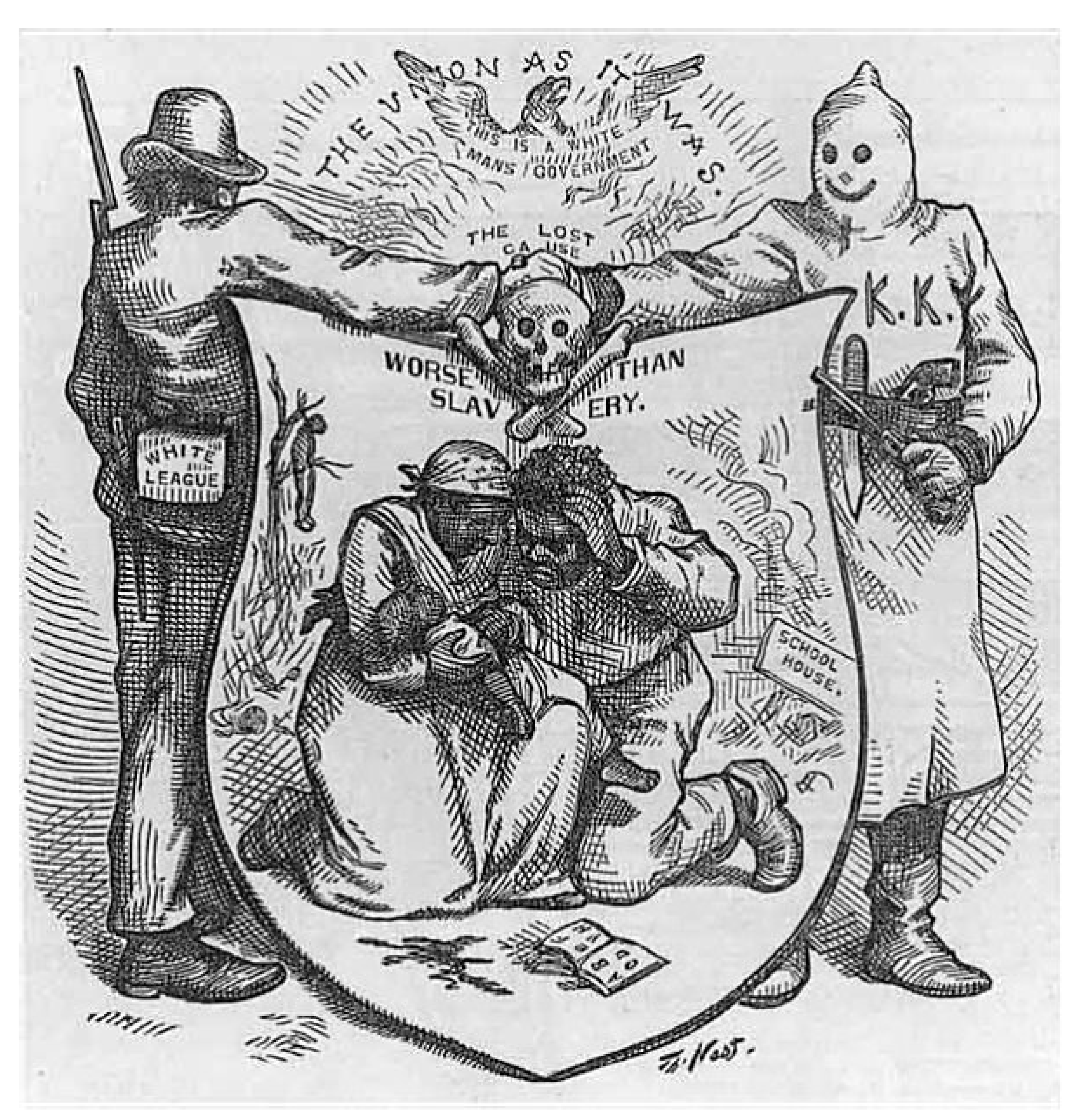


Figura 7.3. «La Unión tal como era. / La Causa Perdida es peor que la esclavitud.» Esta viñeta de Thomas Nast apareció en *Harper's Weekly* el 24 de octubre de 1874, el año antes de la aprobación de la Ley de Derechos Civiles. Ponía claramente de relieve el hecho de que, pese a la ratificación de las Leyes de Garantización de Derechos de 1870 y 1871 –más concretamente de la Ley del Ku Klux Klan de 1871 (la tercera Ley de Garantización de Derechos)– y la creación en junio de 1870 del Departamento de Justicia, varios grupos supremacistas blancos, como la «Liga Blanca» (nombrada en la imagen en la placa que luce la figura de la izquierda) y los «Camisas Rojas» en Misisipi y, más tarde, Carolina del Sur, seguían impidiendo que los afroamericanos ejercieran sus derechos civiles en el Sur. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-128619).

Para 1875, en plenos preparativos de la nación para la celebración de su centenario y de unas elecciones presidenciales, tanto el entonces presidente como la opinión pública ya se encontraban ciertamente, si no desencantados con respecto a todo el tema del Sur, sí desesperados. Mientras el presidente Grant enviaba a Nueva Orleans al general de la Unión Phillip H. Sheridan, un antiguo colega suyo del ejército, para poner freno a la violencia de la Liga Blanca (White League) en la región, en Carolina del Sur, los seguidores del exgeneral confederado Wade Hampton estaban preparándose para las elecciones a gobernador del estado, que tendrían como resultado la victoria de este último y el «rescate» del estado del gobierno republicano en 1876. Fue, por tanto, un Grant algo cansado el que, a comienzos de 1875, se plantó ante el Senado con una letanía de abusos fuera de la legalidad que habían tenido lugar en los estados del Sur, especialmente en Luisiana. En concreto, llamó la atención de la cámara sobre unos hechos acaecidos en Colfax el Domingo de Resurrección de 1873, en los que la milicia blanca había atacado a un grupo de negros armados en los juzgados del distrito y matado a la mayoría de ellos, incluso después de que estos se hubieran rendido.

Grant, que sabía de lo que hablaba, describió lo que más adelante se conocería como la «masacre de Colfax» como un suceso «apenas superado en su carácter sangriento y bárbaro por ningún salvaje acto de guerra». No escatimó a sus colegas los detalles escabrosos de lo ocurrido, ni las claras pruebas de las ejecuciones sumarias por arma de fuego de 59 de los prisioneros, «la mayoría por disparos en la cabeza, sobre todo en la nuca», que habían tenido lugar. «Hacer responsable de estas atrocidades al conjunto del pueblo de Luisiana no sería justo», concedió Grant, pero aun así describió como un «hecho lamentable que se interpusieran obstáculos insalvables para proceder al castigo de estos asesinos, y los llamados periódicos conservadores del estado no solo justificaron la masacre, sino que censuraron asimismo el intento de los agentes de los Estados Unidos de llevarlos ante la justicia por considerarlo un acto de tiranía federal y despotismo». Grant tenía buenas razones para temer que fuera «imposible hallar modo alguno en esta tierra, que alardea de ser tan civilizada y cristiana, de castigar a los perpetradores de este crimen sangriento y monstruoso», y todas para creer que «la opinión pública está más que cansada de estos brotes violentos anuales, otoñales, en el Sur»[7]. En el

caso judicial *Estados Unidos contra Cruikshank* de ese mismo año, 1875, el Tribunal Supremo anuló algunas de las condenas que, por medio de la Ley de Garantización de Derechos de 1870, se habían conseguido tras la masacre de Colfax.

Estados Unidos contra Cruikshank fue un caso con repercusiones. Restringió el alcance legal del gobierno federal en casos de derechos civiles al invocar una interpretación de la Primera y Segunda Enmiendas a la Constitución desde el punto de vista de los derechos de los estados. «La soberanía –afirmó– para la protección de los derechos a la vida y a la libertad personal dentro de los respectivos estados reside únicamente en los propios estados.» El tribunal declaró además que el cargo de que los acusados blancos habían pretendido comprometer los «derechos y privilegios» de sus víctimas por motivos racistas era «demasiado impreciso» para ser probado. «Podemos sospechar –admitió– que la causa de la hostilidad fue la raza», pero no quiso ir más allá[8]. *Estados Unidos contra Cruikshank* constituyó a efectos prácticos una carta de «sal de la cárcel» para los supremacistas blancos, una que resultaría válida durante casi 100 años. En ciertas partes del Sur, había concluido Grant, «el espíritu del odio y la violencia es más fuerte que la ley». Ese espíritu demostraría tener una fuerza aún mayor y tuvo sin duda más capacidad de acción con la ley de su lado.

Ni la Decimoquinta Enmienda ni la Ley de Derechos Civiles de 1875 fueron capaces de frenar la gradual pero creciente división racial en el Sur, ni la supresión concomitante de los derechos de sufragio de los afroamericanos. Por medio de diversas leyes restrictivas, los estados del Sur establecieron un sistema de segregación diseñado no tanto para separar las razas como para afirmar la supremacía blanca y garantizar que el voto negro no serviría para debilitarla. Algunas de esas leyes eran francamente absurdas y susceptibles de ser cuestionadas. La llamada cláusula del abuelo, por ejemplo, privaba del derecho al voto a los descendientes de esclavos. Dado que suponía una contravención demasiado obvia de la Decimoquinta Enmienda, fue invalidada en 1915. Los impuestos al sufragio y las pruebas de lectoescritura (figura 7.4), aun cuando privaban del derecho a votar también a muchos blancos pobres o analfabetos, fueron los medios legislativos preferidos para restablecer el dominio de la elite blanca en el Sur posterior a la Guerra de Secesión; por medio de ellos, al final resultó

que la «Causa Perdida» de la Confederación tan solo se había extraviado de manera temporal. Para comienzos de la Segunda Guerra Mundial, únicamente un 3 por 100 de la población negra del Sur con derecho al voto estaba registrada para hacerlo.

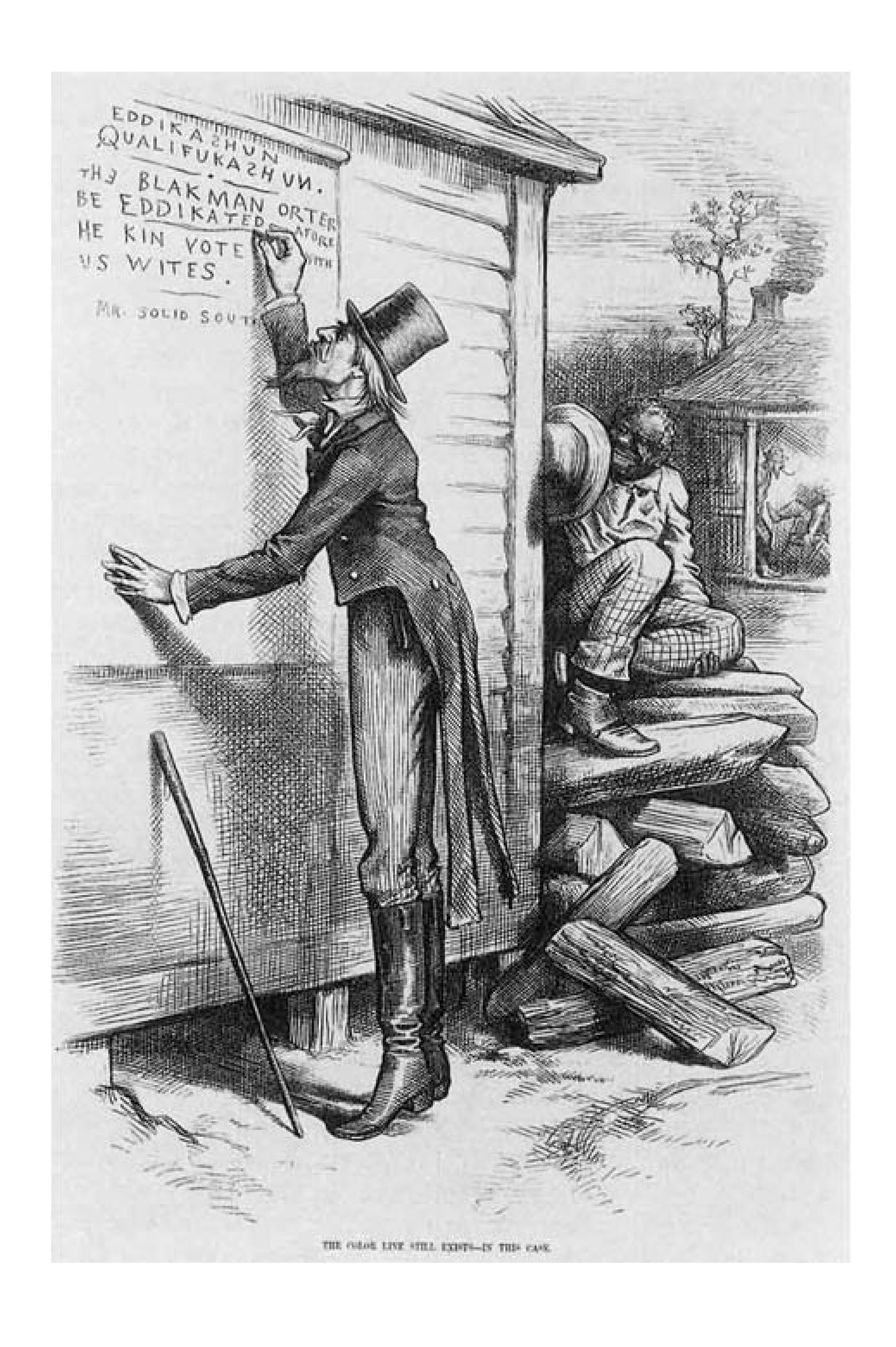


Figura 7.4. «La frontera racial todavía existe, en este caso», 1879. Esta viñeta, que se burla de las pruebas de lectoescritura –y ciertamente de los niveles de analfabetismo de los blancos del Sur– impuestas para privar del derecho al voto a los afroamericanos, apareció en *Harper's Weekly* el 18 de enero de 1879. Muestra al personaje del «Tío Sam», que escribe: «Qualifikazión heducatiba. Los negros deverían estar heducados para poder botar con los hestadounidenses vlancos. Firmado: Sr. Sur Unido». La viñeta, en cierto modo, se adelantó a su época: fueron las décadas de 1880 y 1890 las que presenciaron un «retroceso en la Reconstrucción» más decidido en cuanto a la implantación de leyes discriminatorias, retroceso iniciado –y facilitado– por los «Casos de los derechos civiles» de 1883 que invalidaron la Ley de Derechos Civiles de 1875. Fue la resolución de 1883 lo que permitió que se desarrollase una sociedad segregacionista. La idea de la «frontera racial», asimismo, adquirió una mayor presencia en el siglo XX, especialmente después de que el líder afroamericano W. E. B. du Bois afirmase en *The Souls of Black Folk* (1903) que el «problema del siglo XX es el de la frontera racial», con lo cual no estaba circunscribiéndose únicamente a los Estados Unidos. Empero, en el caso de estos, tanto la frase como la idea fueron algo común en el siglo XIX. «Sr. Sur Unido» es una referencia al dominio electoral absoluto del Partido Demócrata en la región tras la «salvación» del Sur de la Reconstrucción republicana. El Sur se mantuvo razonablemente «unido» a este respecto hasta bien entrado el siglo XX. En muchos aspectos, pues, esta viñeta realmente supo reconocer las señales de advertencia. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-83004).

La expulsión efectiva de los afroamericanos del sistema de gobierno, junto con los «Casos de los derechos civiles» de 1883 que convirtieron la discriminación en una cuestión de conciencia personal en vez de en un asunto del Congreso, allanó el camino para la aprobación de un montón de leyes estatales, conocidas como las leyes «Jim Crow», que establecían alojamientos separados y supuestamente iguales para los blancos y los negros estadounidenses. En 1896, la doctrina «separados pero iguales» entró en la legislación a través de uno de los casos judiciales más famosos de Norteamérica, *Plessy contra Ferguson*. En su resolución, el Tribunal Supremo confirmó la legalidad de la segregación, siempre y cuando las instalaciones separadas en cuestión fueran realmente iguales. Naturalmente, la mayoría no lo eran. Tanto en los trenes como en los restaurantes, en las escuelas y los tranvías, en los hoteles y hasta en las casas, el fallo del caso *Plessy* trazó una «frontera racial» que fue definiéndose cada vez más con el tiempo. Incluso la muerte, la gran igualadora, se vio obligada a respetarla: también existía segregación en los cementerios.

El año siguiente a los «Casos de los derechos civiles» Ida B. Wells se enfrentó a las compañías ferroviarias. A esas alturas, era plenamente consciente de que ser echada por la fuerza de un vagón para señoras

«blancas» no era el peor destino que podía acaecerle a alguien que desafiara al sistema segregacionista del Sur. Puede que este último gozase de autorización por parte de la nación, o cuando menos de su complicidad, pero ello por sí solo no podía garantizar su supervivencia a largo plazo, ni protegerlo de continuos ataques en los tribunales. Lo único capaz de silenciar la oposición a la segregación era convertir las consecuencias de tal desafío en una perspectiva demasiado desalentadora como para contemplarla. La amenaza de la violencia siempre había sido parte, abiertamente o no, de la esclavitud y cumplía el mismo propósito en el sistema segregacionista que, en muchos sentidos, ocupó sencillamente su lugar. Lo trágico de los Estados Unidos de finales del siglo XIX fue que lo que sostuvo la siempre dudosa legalidad de la segregación fue el tipo más extremo de violencia: el linchamiento.

El linchamiento, la ejecución ilegal y en ocasiones la tortura brutal de la víctima implicada no fue algo exclusivo del Sur ni de los siglos XIX o XX. Tampoco los grupos que lo perpetraban limitaban sus atenciones solo a hombres afroamericanos. Los chinos, los nativos americanos y los mexicanos también eran vulnerables a los peores extremos de violencia por parte de turbas blancas, al igual que las mujeres afroamericanas y los hombres blancos. Sin embargo, las razones por las que el linchamiento pasó a asociarse con la ejecución de afroamericanos en el Sur no son excesivamente complejas. Si bien resulta por fuerza difícil dar cifras precisas de lo que era, después de todo, el acto de una ciudadanía transmutada en juez, jurado y verdugo, la mayoría de linchamientos –unos 5.000 en total– tuvieron lugar entre la década de 1880 y mediados del siglo XX, alcanzando su punto máximo en la de 1890, y se dieron principalmente –aunque ciertamente no solo– en el Sur, sobre todo en Misisipi, Georgia, Texas, Luisiana y Alabama. Los cinco estados fueron el escenario de más de 300 linchamientos en dicho periodo. Hay también pocas dudas de que, si bien hubo víctimas blancas de linchamientos, estos eran crímenes en su mayoría racistas. En el caso de Misisipi y Georgia, las víctimas blancas no llegaban al 10 por 100 del total. En Luisiana y Alabama, el porcentaje estaba ligeramente por encima de dicha cifra. Texas era el único con una distribución más equitativa, aunque solo en términos relativos: un 25 por 100 de las víctimas de linchamiento texanas eran blancas.

[9]Fuese lo que fuese el linchamiento, no se trataba de aplicar una discutible «justicia» al margen de la legalidad en casos criminales, o ni siquiera de una cuestión tan sencilla como que una turba se tomara dicha justicia por su mano. En lo relativo al linchamiento de afroamericanos, apenas sirve describirla como una expresión, si bien es cierto que en su versión más extrema, del impulso blanco de controlar a la población negra, de afirmar la supremacía blanca frente a todo desafío a la misma. Los extremos de crueldad que se alcanzaron con algunas víctimas, y el hecho de que el linchamiento era a menudo un espectáculo público (figura 7.5) capaz de congregar multitudes de, en ocasiones, más de 10.000 personas, desafían cualquier análisis simple. El que algunos espectadores repartieran orgullosos fotografías de linchamientos que habían presenciado a amigos y parientes resulta quizá más perturbador e incluso difícilmente admite explicación.

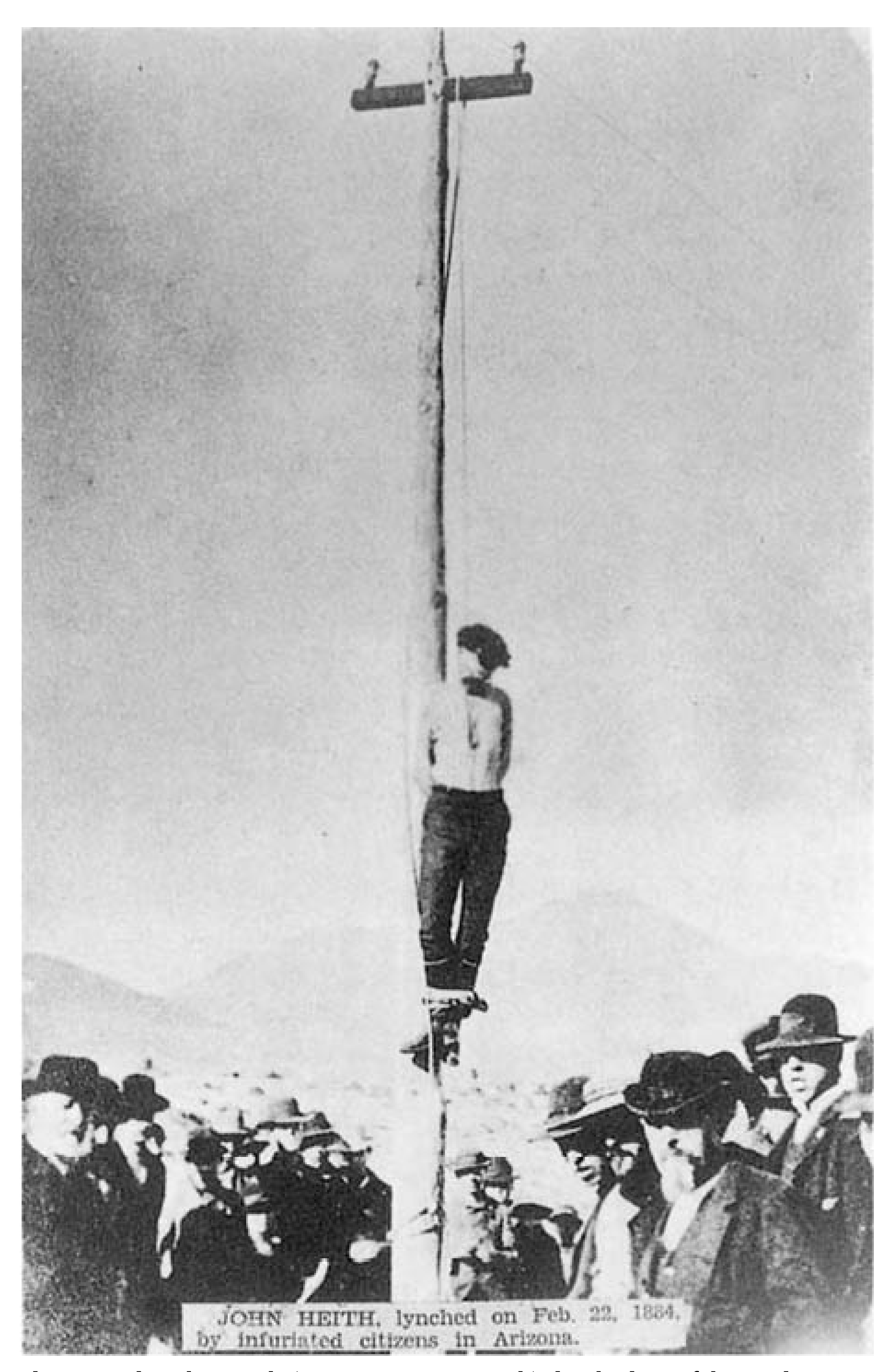


Figura 7.5. El cuerpo de John Heith (escrito a veces Heath), linchado en febrero de 1884 en Tombstone (Arizona). La fotografía es de Noah Hamilton Rose. Pese a la posterior reputación de Tombstone –que ganó gracias a las «novelitas de bolsillo» y, más tarde, el cine *western*– como paradigma del «Salvaje Oeste», el linchamiento era mucho más habitual en los estados de la antigua Confederación que en los pueblos de la frontera, y se trataba con frecuencia de un crimen por motivos raciales. No obstante, lo que impulsaba muchos linchamientos era la idea de mantener el orden social, estuviese este definido racialmente o no. John Heith había sido condenado en un juicio

por asesinato a cumplir cadena perpetua en la prisión de Yuma, una sentencia que algunos ciudadanos consideraron clara e inaceptablemente benévola. En este caso, el *New York Times* informó de que se había colocado en el poste de telégrafos un letrero (no visible en la foto) que decía que «por su participación como cómplice probado en la masacre de Bisbee, los ciudadanos del condado de Cochise han ahorcado a John Heith en este poste a las 8.20 a.m. del 22 de febrero de 1884 (cumpleaños de Washington), para el avance de Arizona»[9]. La mención de Washington y la premisa de que un linchamiento podía hacer avanzar Arizona dan algunas pistas sobre los extraños procesos mentales involucrados en este caso, sobre una mentalidad que conectaba al «Padre de la Patria» con la idea de proteger la estabilidad de la (entonces) frontera de dicha patria. El de Heith, en cualquier caso, fue un linchamiento honesto –si es que un término tan relativo puede tener sentido en casos así– en comparación con muchos de los ajusticiamientos ilegales y de una brutalidad desmesurada ocurridos en los Estados Unidos a finales del siglo XIX y durante el XX. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-109782).

Las justificaciones a los actos del «juez Lynch» apenas resultaban creíbles, pero aun así se buscaban, y normalmente se encontraban en el falso mito del violador negro. Este fue el caso en 1899 cuando el peón afroamericano Sam Hose fue acusado en Georgia de violar a la mujer de su jefe, por lo cual lo mutilaron, desmembraron y quemaron vivo ante una multitud aprobadora de unos 2.000 testigos blancos. El caso de Hose fue solo uno de los muchos que Ida Wells destacó en su estudio *Lynch Law in Georgia* (1899). Ida señaló que la muerte de Hose «otorgaba a los Estados Unidos la distinción de haber quemado vivos a siete seres humanos en los últimos diez años», y detalló para sus lectores hasta dónde llegaron las «nauseabundas visiones del día», visiones que incluyeron la extracción de «recuerdos» (huesos) del cuerpo de la víctima por parte de miembros del público blanco[10].

Solo unos años antes, cuando Wells, junto con muchos otros activistas y defensores afroamericanos, estudió y publicó *The Reason Why the Colored American Is Not in the World's Columbian Exposition* (Por qué el estadounidense de color no se halla presente en la Exposición Universal de Chicago) en 1893, la introducción de Frederick Douglass destacó el hecho de que el «crimen por el cual, según se dice actualmente, el negro posee una adicción tan extendida y particular es uno por el que hasta hoy apenas ha sido acusado o considerado culpable». Si bien las acusaciones a hombres afroamericanos de haber llevado a cabo «hurtos» eran algo habitual, recordaba Douglass, nunca se los había «acusado del atroz crimen de

agredir sexualmente a mujeres blancas. Si hemos de creer a sus acusadores –observaba Douglass–, se trata de un hecho novedoso»; pero Douglass sabía bien que era el comportamiento de los blancos, no el de los negros, el que había cambiado, y que lo que había provocado dicho cambio era «el miedo alegado e infundado» de que se instaurara una supremacía política negra en el Sur.

Para Ida Wells, no era tan importante entender la mentalidad linchadora blanca como acabar con por lo menos algunos de los mitos que la sustentaban. Atacó en particular el mito que, como señalaba Douglass, se había desarrollado en paralelo con, y como pretexto de, muchos de los linchamientos que se producían. En *Southern Horrors* (1892), acusó al Sur de «escudarse en el plausible pretexto de defender el honor de sus mujeres», el cual había «endurecido el corazón, ahogado la conciencia, trastornado la capacidad de juicio y acallado la voz de la prensa y el púlpito respecto al tema de los linchamientos a lo largo y ancho de esta "tierra de libertad"»[11]. En esta obra, como en sus contribuciones a *The Reason Why* y *Lynch Law in Georgia*, detallaba gráficamente la espantosa naturaleza de los linchamientos, aportaba las concluyentes pruebas estadísticas, junto con otras perturbadoramente descriptivas y visuales, de su expansión y de su creciente salvajismo, y recordaba a sus lectores que a pesar del destacado uso de la violación como justificación habitual para los mismos, en realidad se trataba de un crimen que no mostraba piedad ni con las mujeres ni con los niños.

En 1862, año del nacimiento de Ida Wells, la esclavitud estaba ya abocada a desaparecer, mas sus secuelas ensombrecieron la vida entera de la periodista y escritora y, en muchos aspectos, la de su nación. El tipo de «horrores sureños» que ella y otros describieron con todo lujo de detalles tuvo resonancia a nivel nacional y suscitó una lógica repugnancia que, por desgracia, no se tradujo en ninguna medida firme para atajarlos. Cuando Ida Wells murió en 1931, la segregación seguía muy arraigada en el Sur al igual que la desigualdad –racial y económica– en todo el país. En una carta a John Murray Forbes en 1891, el renombrado poeta John Greenleaf Whittier comentó que se sentía «agradecido de que hayamos dejado atrás la esclavitud», pero expresó su consternación por que «se les nieguen sus derechos a los ciudadanos de color. [...] ¿Llegará alguna vez el momento –inquiría– en que el Sermón de la Montaña y la Declaración de

Independencia tengan una influencia real en nuestra cacareada civilización y cristiandad?»[12]. Era una buena pregunta, y una que preocupaba a mucha gente mientras el siglo XIX se iba acercando a su fin y el XX invitaba con señas a ir a su encuentro.

ECHANDO LA VISTA AL PASADO

Para muchos estadounidenses, el linchamiento no parecía ser sino una parte siniestra del aumento generalizado de la «barbarie» por todo el país, prueba de la decadencia social y nacional contra la que clérigos como Bushnell habían advertido y que agentes de la justicia como Whitley consideraban una consecuencia de la llegada de inmigrantes. Dando muestras no tanto de xenofobia como de un reconocimiento práctico, aunque cínico, de que posiblemente fuera más fácil patrullar las fronteras que el Sur, la respuesta de los Estados Unidos a la corrupción y las crueldades que salieron a la luz pública durante la Edad Dorada fue ponerse del lado de Whitley y empezar a cerrar las, hasta ese momento, relativamente abiertas puertas de la nación. Se trató de una era en la que la Estatua de la Libertad se erigía como símbolo y, al mismo tiempo, salvaguarda de todo lo que representaban los Estados Unidos, pero que ponía cada vez más énfasis en lo segundo. El brazo levantado de Liberty se interpretaba demasiado a menudo como el guardián contra los desposeídos del mundo, en vez de como el faro que les daba la bienvenida.

Seis meses antes del descubrimiento de la estatua, unos disturbios obreros en Chicago revelaron algunas de las divisiones existentes en el seno de la sociedad estadounidense, entre los trabajadores y el capital en este caso, divisiones que parecían estar agravándose en el contexto de la inmigración. Estas preocupaciones se vieron confirmadas por la explosión de una bomba en una manifestación obrera en Haymarket Square, el centro del distrito industrial de Chicago, el 4 de mayo de 1886, que provocó unos disturbios en los que murieron ocho policías y un número indeterminado de civiles. La tragedia, obra supuestamente de anarquistas (seis de los cuales fueron identificados como inmigrantes), solamente sirvió para para reforzar el sentimiento antiinmigrante ya existente por entonces. Y, de manera más crucial, estableció en la mente de la ciudadanía una conexión entre

anarquista e inmigrante, un miedo exagerado a que hubiese socialistas subversivos actuando para debilitar el republicanismo norteamericano. Los «disturbios de Haymarket» suelen considerarse el detonante de la primera Histeria Antisocialista de la historia de los Estados Unidos, pero como mucho se trató únicamente del catalizador. En este periodo había en juego fuerzas sociales, políticas y económicas más difusas, fuerzas que tuvieron impacto por igual sobre inmigrantes e indígenas.

El sentimiento antiinmigrante, por supuesto, no era nada nuevo. En 1855, Abraham Lincoln, en una crítica al partido xenófobo de los *know-nothings* existente en su época, observó que «como nación comenzamos por declarar que "todos los hombres son creados iguales". Ahora prácticamente leemos esa declaración como "todos los hombres son creados iguales *excepto los negros*". Cuando los *know-nothings* se hagan con el control, dirá "todos los hombres son creados iguales excepto los negros, los extranjeros y los católicos"»[13]. Con todo, los inmigrantes eran un elemento necesario, quizá la contribución crucial, para el desarrollo de la nación, antes de entonces y en las décadas siguientes a la Guerra de Secesión. Entre 1870 y 1900, el periodo llamado de la Nueva Inmigración, llegaron unos 12 millones de inmigrantes, muchos de los cuales –si bien no todos ni mucho menos– se quedaron de manera permanente en el país, convirtiéndose en los muy necesarios recursos humanos que posibilitaron el despegue de los Estados Unidos como potencia económica e industrial.

La inmigración, aunque importante para el crecimiento de la nación, no fue en términos puramente porcentuales la súbita fuerza arrolladora que el lenguaje empleado para describirla da con frecuencia a entender (cuadro 7.1). El porcentaje de inmigrantes, situado entre el 13 por 100 (en 1880) y casi el 15 por 100 (en 1890) del total de la población estadounidense (más o menos el mismo porcentaje que para la población afroamericana), se mantuvo relativamente constante de 1860 a 1920. Si bien la caída del índice de natalidad que tuvo lugar en la época tal vez alimentase la preocupación, la nación apenas se encontraba realmente en peligro de verse invadida por los extranjeros en las décadas en torno al cambio de siglo, no más de lo que lo estaba el Sur blanco de verse sometido políticamente por el Sur negro. No obstante, la perspectiva cada vez más dominante en la época, tanto dentro como fuera del país, era la que el historiador Roger Daniels ha calificado críticamente de «metáforas hidráulicas», empleadas con

frecuencia para describir las «oleadas» de inmigrantes que batían las costas de Norteamérica en dicho periodo[14].

Cuadro 7.1. *Población inmigrante en los EEUU, 1850-1920*

Año	Población de los EEUU (total)	Población inmigrante	Porcentaje de población inmigrante
1850	23.191.876	2.244.602	9,7
1860	31.443.321	4.138.697	13,2
1870	38.558.371	5.567.229	14,4
1880	50.155.783	6.679.943	13,3
1890	62.622.250	9.249.547	14,8
1900	75.994.575	10.341.276	13,6
1910	91.972.266	13.515.886	14,7
1920	105.710.620	13.920.692	13,2

Fuente: Oficina del Censo de los EEUU, *Statistical Abstract of the United States, 1999*, Washington DC, Government Printing Office, 2000.

Esta perspectiva tenía menos que ver con las cifras que con la naturaleza de los inmigrantes. El historiador y comentarista político británico del siglo XIX lord Bryce, en su estudio *The American Commonwealth* (1888), establecía una distinción entre los «primeros inmigrantes» y los de la Edad Dorada. Los primeros, planteaba, quizá fuesen «incultos», pero aun así eran «campesinos inteligentes de castas fuertes, industriosos, llenos de energía y capaces de adaptarse rápidamente a las condiciones de su nueva tierra y de integrarse con sus gentes». Los segundos, por el contrario, se hallaban, según Bryce, «en un peldaño más bajo de la civilización» y eran «en todos los aspectos más ajenos a las costumbres y los estándares norteamericanos»[15]. La conclusión de Bryce era compartida por muchos estadounidenses. Por qué exactamente la nueva nación, entonces como en el siglo XVIII, mostraba una tendencia tan marcada a aceptar las opiniones no solo de forasteros sino de forasteros de la aristocracia puede constituir un cierto misterio. Las ideas de Bryce en 1888, como las de Crèvecoeur en 1782, difícilmente iban a servir como reglas sobre las que construir una

república. Aun así, estas opiniones del extranjero encontraban eco sin duda en una nación impulsada desde su nacimiento por el deseo de crear una «ciudad sobre una colina» y constreñida por el hecho de que las ciudades, y sus poblaciones, eran complejas amalgamas de personas, presiones y perspectivas políticas.

Con todo, el auge de las ciudades fue uno de los aspectos determinantes de la expansión de los Estados Unidos entre 1870 y 1900. En esas tres décadas, el número de comunidades urbanas, según la definición que establecía el censo, junto con sus poblaciones, se triplicó en términos generales, experimentando algunas ciudades espectaculares crecimientos demográficos. En 1870, por ejemplo, la población de Nueva York se encontraba justo por debajo de un millón, la de Filadelfia era de algo más de medio millón y la de Chicago rebasaba ligeramente las 250.000 personas. Para 1900, estas ciudades habían visto aumentar sus poblaciones hasta, en el caso de Nueva York, casi 3,5 millones; en el de Filadelfia, 1,3 millones; y Chicago –por entonces la segunda ciudad más grande de la nación– albergaba 1,7 millones de habitantes.

Aunque ya eran pocos los estadounidenses que, en las décadas de 1880 y 1890, seguían siendo partidarios de la visión jeffersoniana de una república agraria, muchos sí que veían en el crecimiento de la Norteamérica urbana, y particularmente en la aparición en muchas ciudades de lo que eran a todos los efectos guetos de inmigrantes, una amenaza potencial a la estabilidad y la seguridad de la nación. La literatura de este periodo trataba a menudo el cambiante escenario de la ciudad y la sociedad, buscando situar al individuo dentro del nuevo mundo industrial y urbano que estaba surgiendo. Este era el mundo de la Maggie Johnson de Stephen Crane, tal como aparece descrito en su novela *Maggie: una chica de la calle* (1893), ambientada en el barrio Bowery de Nueva York, donde la heroína epónima lucha por sobrevivir y, de manera quizá inevitable, sucumbe finalmente cuando la pobreza la empuja a prostituirse.

La novela de Crane, entre otras, se consideró en la época y a partir de entonces el heraldo del nacimiento de un nuevo realismo, o naturalismo, en la literatura. De hecho, Maggie Johnson era la descendiente directa de una serie de heroínas abocadas a la fatalidad en entornos urbanos, ya fuese la ciudad en cuestión el Londres dieciochesco de William Hogarth, el Boston de la década de 1830 o la Nueva York de la de 1890. A los hombres no les

iba mucho mejor en la crítica literaria y social de la ciudad, aunque los detalles de su ruina resultaban a menudo más variados que el único destino sexual que la mayoría de los escritores imaginaban para las mujeres. *The Rise of Silas Lapham* (1885) de William Dean Howell seguía el ascenso y caída de un héroe cuya progenie literaria terminaría contemplando la vista desde el puente de Brooklyn, o posiblemente saltando desde él cuando escritores como Eugene O'Neill y Arthur Miller trataron el tema de las aplastantes e impersonales fuerzas sociales que constreñían el idealismo norteamericano a mediados del siglo XX.

El problema a finales del XIX era que los críticos sociales tendían a ponerle un rostro concreto a las fuerzas esencialmente impersonales con las que lidiaban Maggie Johnson y Silas Lapham, y dicho rostro era el del inmigrante. Esta fue la época que asistió al nacimiento del movimiento del Evangelio Social, cuyo fundador, el pastor protestante Josiah Strong, difundió sus ideas sobre los males sociales y económicos de aquellos días en *Our Country: Its Possible Future and its Present Crisis* en 1885. La crisis en cuestión estaba integrada, en opinión de Strong, por una combinación de siete pecados capitales: romanismo (catolicismo), mormonismo, intemperancia, riqueza, socialismo, urbanización y, por supuesto, inmigración. Esta última, según Strong, «proporciona la tierra que nutre la vida de varias de las hierbas más venenosas de nuestra civilización». Por más que Strong reconociese que muchos inmigrantes «llegan mostrando un total apoyo a nuestras instituciones libres», creía que el inmigrante «típico» era «un campesino europeo, cuyas inquietudes han sido escasas, su formación moral y religiosa exigua o falsa, y sus ideas respecto a la vida mezquinas»[16].

La inmigración, advertía Strong, hacía aumentar el crimen y debilitaba «el sentido de la moral de la población nativa» por igual; era «la madre y la niñera del socialismo estadounidense», y sus efectos eran especialmente graves en las «ciudades dominadas por la chusma» donde bloques de votantes irlandeses y alemanes ya comprometían el proceso democrático. Estudios sociales como *How the Other Half Lives: Studies among the Tenements of New York* (1890) de Jacob Riis, una exploración fotoperiodística de los barrios bajos y guetos de inmigrantes donde vivía «la otra mitad» menos afortunada, no hizo sino reforzar tales sentimientos contra los llegados del extranjero. *How the Other Half Lives* no era una

obra contraria a la inmigración como tal, pero tampoco presentaba una visión particularmente alentadora del estado de la ciudad o sus habitantes. Sus vidas, en la descripción y retrato que de ellas hizo Riis (figura 7.6), eran bastante duras, pero eran sus muertes las que revelaban verdaderamente hasta dónde llegaba su pobreza y las consecuencias sociales de esta última. Durante «los últimos cinco años –informaba Riis–, una de cada diez personas fallecidas en esta ciudad ha sido enterrada en una fosa común», una durísima crítica contra una sociedad que se enorgullecía de las oportunidades que ofrecía.

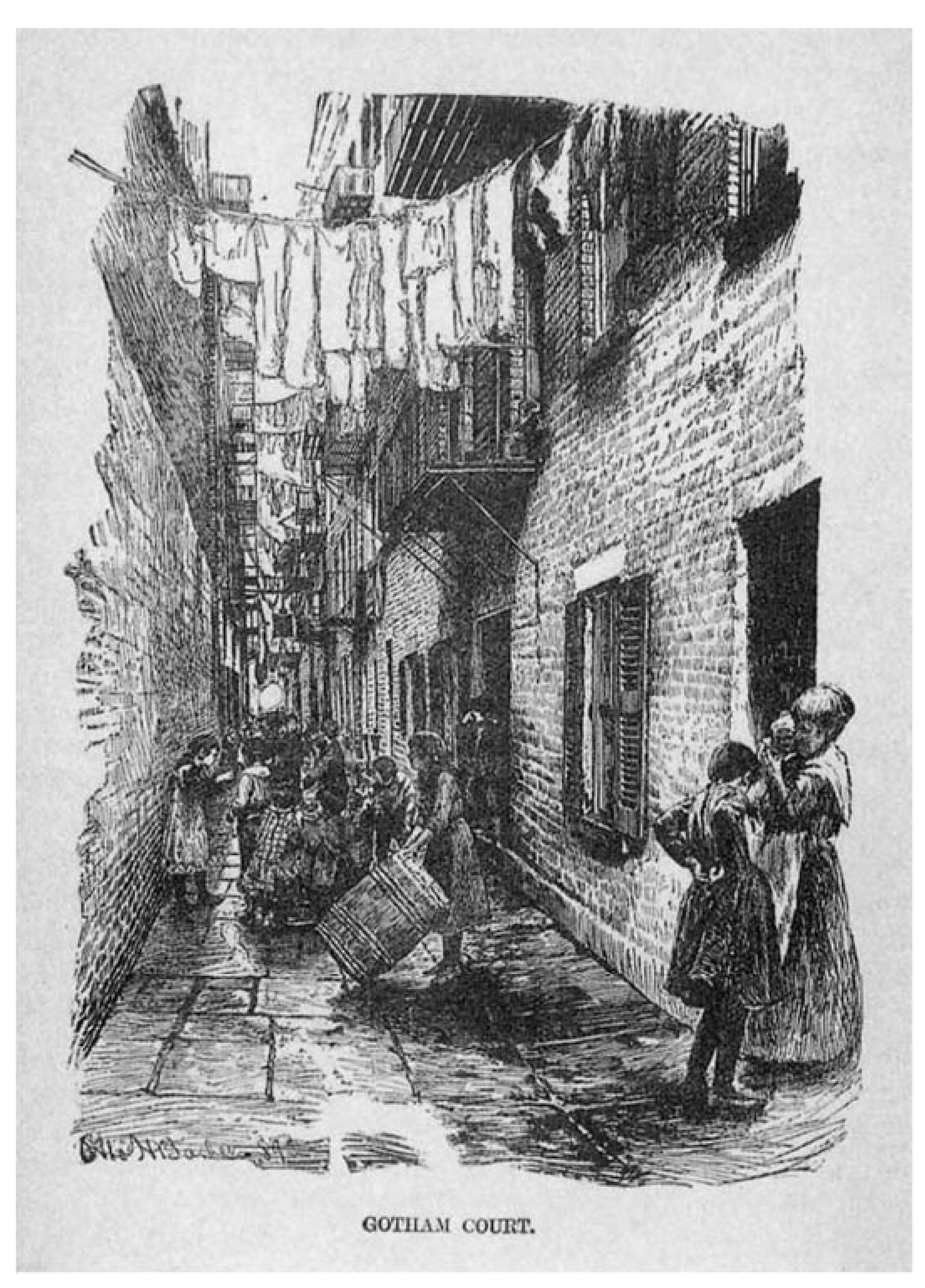


Figura 7.6. «Gotham Court.» Esta ilustración apareció en el artículo de 1889 de Jacob Riis «How the Other Half Lives: Studies among the Tenements», *Scribner's Magazine* VI, 6 (diciembre 1889), el cual precedió a su libro. En él, al igual que en el libro subsiguiente, Riis ponía de manifiesto el hecho de que Nueva York –y por consiguiente la nación en su totalidad– había «perdido oportunidades ya imposibles de recuperar para un crecimiento saludable». La suya era en parte una crítica clasista de la expansión gradual de Nueva York de sur a norte por la isla de Manhattan, un proceso que alejaba al

individuo de su punto de desembarco original y estatus inicial como inmigrante empobrecido, y lo arrastraba inexorablemente isla arriba hacia la riqueza y el éxito. Como metáfora de lo que era convertirse en estadounidense, esta continua renovación urbana y movilidad ascendente resultaba difícil de superar; no obstante, tal como subrayó Riis, para demasiada gente era imposible lograrlo. «Fue en los barrios históricos del centro de la ciudad –planteaba– donde nació de la ignorancia y se amamantó con codicia la casa de vecindad. [...] Aléjese solo una docena de pasos del ajetreo y el estruendo de las vías elevadas del tren allí donde estas se zambullen bajo el puente de Brooklyn en Franklin Square y, con el estrépito resonando aún en sus oídos, habrá doblado la esquina que separa la prosperidad de la pobreza» (p. 643).

A Riis, quien era también un inmigrante, lo impulsaba el fuerte propósito moral de sacar a la luz las duras condiciones de vida en el Lower East Side neoyorquino, pero las pruebas que presentó, combinadas con su propio impulso de diferenciar entre aquellos pobres o inmigrantes que se merecían estar en su situación y los que no, desdibujaron en buena medida la distinción entre causas económicas y efectos sociales, una con la que todas las naciones han tenido dificultades hasta el día de hoy. Cuando, una década más tarde, el periodista Lincoln Steffens presentó su opinión acerca de las vergüenzas de las ciudades en *The Shame of the Cities* (1904), lo que le preocupaba no eran tanto las penurias sociales como la corrupción política. Steffens, quien como Riis pertenecía a una nueva raza de periodistas y comentaristas sociales que se dedicaban a destapar el crimen y la corrupción presente en todos los estratos de la sociedad, atacó lo que calificó de «punto débil moral [de los Estados Unidos]; justo allí donde creemos que somos más fuertes». Si existía corrupción política, proponía, se trataba en cualquier caso de un caso de deshonestidad democrática. El capo político, sostenía Steffens, «no es un político, es una institución norteamericana, el producto de un pueblo libre que no posee temple para serlo realmente».

Steffens hacía cómplice al pueblo estadounidense de la corrupción que investigaba. Identificó a «la señora de la aduana, el linchador con su soga y el magnate de la industria con su soborno y su rebaja» como poco más que elementos integrantes de una laxitud moral nacional. «El espíritu norteamericano –acusó de manera célebre– es el del chanchullo y la anarquía.» En el fondo, sin embargo, la crítica aparentemente feroz de Steffens contra una nación que había perdido el rumbo en el aspecto moral no estaba desprovista de esperanza. Este tenía claro que los estadounidenses

eran culpables de tolerar el mal gobierno, pero también que eran más que capaces de exigir uno bueno. «Hay orgullo en el carácter de la ciudadanía estadounidense», aducía, y «este orgullo puede imponer su voluntad en el país»[17].

Los argumentos tanto de Riis como de Steffens no eran ni mucho menos algo único de los Estados Unidos, pues ambos recordaban poderosamente a Charles Dickens. Pero sus preocupaciones, al ser formuladas, poseían una resonancia exclusiva del Nuevo Mundo –de manera explícita en el caso de Steffens y bastante más implícita en el de Riis– por la creencia de que estas condiciones, esta corrupción, no debían existir en la «tierra de la libertad». Era la esperanza de que Estados Unidos todavía pudiera aproximarse a la utopía que sus primeros colonos habían pretendido crear lo que motivaba parte de esta crítica social, y lo que dio origen en particular a uno de los libros de mayor éxito comercial de la época: *El año 2000* (1888), de Edward Bellamy. El héroe de Bellamy, llamado curiosamente Julian West, resulta proyectado al futuro y descubre que, en el año 2000, los Estados Unidos se han convertido en una utopía socialista en la que la desigualdad ha quedado abolida. La visita de West al futuro le hace reevaluar el presente: la «venda se me había caído de los ojos desde aquella visión de otro siglo», relata. A su regreso a 1897, en mitad de una cena de gala, reprende al resto de invitados aprovechando su nueva comprensión del mundo en que habitan. «He estado en el Gólgota –anuncia–. ¡He visto a la Humanidad colgada de una cruz! ¿Acaso ninguno de ustedes sabe qué vistas de esta ciudad contemplan el sol y las estrellas, pues son capaces de pensar en y hablar de otras cosas? ¿Es que no saben que al lado de sus puertas una gran multitud de hombres y mujeres, carne de su carne, viven vidas que son de principio a fin una completa agonía?»

La realidad de 1897, como la de 1887, cuando Bellamy escribió su novela, era que muchos estadounidenses no habrían considerado carne de su carne a los habitantes de los barrios bajos de las ciudades. Dado que no disponían del lujo de ver el futuro, únicamente podían basar sus opiniones en el pasado, y este parecía demasiado familiar en algunos aspectos. Ni la corrupción política que ejemplificaban *Boss* Tweed y Tammany Hall en Nueva York ni los contrabandistas y criminales contra los que luchaba Whitley habían desaparecido; en todo caso, el problema se había agravado. Para algunos, esto parecía sugerir que la perspectiva de Bryce –cuya visión

del futuro de los Estados Unidos, cómo no, apareció el mismo año en que Bellamy echó la vista al pasado– del inmigrante como un individuo políticamente ingenuo y proclive a la corrupción no andaba muy desencaminada. Bryce no creía que la mayoría de los inmigrantes que llegaban a los Estados Unidos tuvieran tendencias anarquistas o socialistas, ni que lo hicieran con intenciones criminales. No obstante, si Crèvecoeur había halagado a los norteamericanos en su descripción de «el norteamericano, este nuevo hombre», una unión utópica de lo mejor que el Viejo Mundo tenía para ofrecer, Bryce detalló las limitaciones de este ideal recordando a los estadounidenses que transformar al inmigrante en el «nuevo hombre» no era un proceso sencillo ni uno con garantías de éxito.

Los inmigrantes, de hecho, difícilmente se veían a sí mismos como mera arcilla del Viejo Mundo lista para ser remodelada en el Nuevo; ni mucho menos. Un emigrante, escritor y rabino rumano, Marcus Eli Ravage, rememoró en un libro su «conmoción inicial» al llegar a América, una reacción que atribuyó en parte a su propio bagaje cultural. Tal como lo explicó Ravage:

> El extranjero que viene de Europa no es la materia prima que los norteamericanos dan por hecho que es. No es una página en blanco en la que escribir lo que uno considere. No ha salido de la nada. Todo lo contrario. Trae con él una tradición profundamente arraigada; un sistema de cultura, gustos y costumbres; un punto de vista que es tan antiguo como su experiencia nacional y que ha sido engendrado en él por su raza y su entorno. Y es esto –toda esta alma suya del Viejo Mundo– lo que entra en conflicto con América en cuanto pone un pie en ella[18].

El «alma del Viejo Mundo» de Ravage necesitó cierto tiempo para aclimatarse a su nuevo entorno y sus habitantes, muchos de los cuales veían a los inmigrantes, en el mejor de los casos, como «algo bastante cómico» o, en el peor, como «la escoria de Europa». Para cuando Ravage llegó a América, las leyes y prácticas estadounidenses relacionadas con la inmigración se estaban volviendo más estrictas. En el año 1882 se introdujo la primera ley federal de extranjería, que impedía la entrada a la nación a convictos, lunáticos, indigentes y a aquellos con probabilidades de convertirse en una carga para la sociedad. Ese mismo año se aprobó la Ley de Exclusión China. Aunque esta se diseñó en un principio para bloquear la importación de mano de obra barata china al Oeste, resultó ser el modelo no solo para el control de la inmigración, sino también de un modo más

general para las actitudes raciales, a medida que los Estados Unidos fueron expandiendo su esfera de influencia –u operaciones, al menos– más allá de sus propias costas. Sin irnos tan lejos, naturalmente, el país ya había probado, si bien de manera regional hasta el momento, procedimientos que seguir. Apenas una década después de la inauguración de la Estatua de la Libertad, la Liga por la Restricción de la Inmigración (Immigration Restriction League) propuso en 1897 que los nuevos inmigrantes, como ya se hacía con los afroamericanos en el Sur que quisieran votar, fueran sometidos a pruebas de lectoescritura.

La Liga por la Restricción de la Inmigración, fundada por unos cuantos graduados de Harvard en 1894, era un grupo de presión influyente, por no decir privilegiado, pero ni mucho menos el único que opinaba sobre inmigración en la nación. Sus ideas, de hecho, encontraron una fuerte oposición, y su propuesta de ley relativa a las pruebas de lectoescritura recibió el veto en el Congreso de varios presidentes de la época: Grover Cleveland (1893-1897), William Howard Taft (1908-1912) y Woodrow Wilson (1912-1920) trataron de impedir su aprobación.

Cleveland, en concreto, tachó la mera idea de «intolerante, cerrada y antiestadounidense», y la propuesta en sí de «innecesariamente severa y opresiva». Representaba, afirmó el presidente, una «desviación radical de nuestra política nacional respecto a la inmigración», una política que «había animado a aquellos que vienen de países extranjeros a unirse a nosotros en el desarrollo de nuestros vastos dominios, asegurándose a cambio participar de las bendiciones que ofrece la ciudadanía estadounidense». El presidente recordó al Congreso que el «formidable crecimiento del siglo, debido en gran medida a la asimilación y al ahorro de millones de ciudadanos adoptivos robustos y patrióticos, da fe del éxito de esta generosa política», y atacó al tipo de alarmistas que asociaba la inmigración al desempleo, el crimen y el declive social y económico. «En nuestra memoria reciente se halla el recuerdo –señaló Cleveland– de cuando se decía lo mismo de inmigrantes que, junto con sus descendientes, se cuentan hoy entre nuestros mejores ciudadanos»[19].

Este último argumento de Cleveland tocó una fibra sensible. A algunos de los mejores ciudadanos de Norteamérica no tenía por qué hacerles gracia que les recordasen sus orígenes europeos. Y los inmigrantes eran recordatorios verdaderamente potentes tanto del mundo como, en muchos

casos, de la persona que habían dejado atrás (figura 7.7). Quizá eran también un recordatorio de bastante más que eso. «Es el estadounidense libre –había mantenido Ravage– el que necesita ser instruido por las razas ignorantes en el mensaje de aliento que América transmite a todo el mundo. Solo del inmigrante humilde, tal como yo lo veo, puede aquel aprender lo que América representa en la comunidad de naciones.» El inmigrante, en suma, era un desafío a la autocomplacencia, un toque de atención a una nación que parecía haber olvidado sus orígenes y los ideales que la fundaron, que trataba de negar «el hecho patente de que el americanismo es un compromiso [...] de que el estadounidense adoptivo siempre ha sido y será una amalgama»[20].



Figura 7.7. «Echando la vista al pasado», de Joseph Keppler. Esta viñeta apareció en *Puck Magazine* el 11 de enero de 1893. Muestra una contundente representación gráfica de lo que Grover Cleveland afirmaría algo después –que los estadounidenses eran reacios a admitir que sus orígenes estaban en el «Viejo Mundo»– al mostrar la sombra, o el fantasma, de esos orígenes detrás de los prósperos hombres de negocios de la nación, los cuales aparecen representados tratando de prohibirle la entrada al país al inmigrante. La imagen que se da de este último se repetiría en la aguda observación del rabino Ravage de que el «propio inmigrante, con su increíble atuendo, mientras desembarca por la plancha, da la impresión de ser alguna clase de extraño fardo con piernas. Y siempre va cargado con

más fardos. [...] Es, no cabe duda, un personaje que encajaría en una farsa». Imagen de dominio público.

Un gran número de estadounidenses aceptaba que el americanismo era un compromiso; exactamente de qué tipo, en lo que respectaba a la ciudadanía, ya no estaba tan claro. En el mismo siglo XIX, pero algo antes, el debate sobre la cuestión había girado principalmente en torno a los desafíos internos a la «norma» anglosajona blanca que planteaban los afroamericanos, los mexicanos, la mano de obra inmigrante china y los nativos americanos en el Oeste. La afluencia masiva de inmigrantes irlandeses a consecuencia de la hambruna de la patata de la década de 1840 y principios de la de 1850 había causado estallidos de furia anticatólica en algunas partes del nordeste, pero las tensiones internas en el país y la Guerra de Secesión resultante en las décadas de 1850 y 1860 habían servido de distracción del anticatolicismo y hecho que el sentimiento antiinmigrante pareciera grosero, en el mejor de los casos, cuando tantos inmigrantes habían luchado y muerto por defender la Unión.

Mientras la nación se recuperaba de ese conflicto, el desarrollo industrial y urbano, alimentado en ambos casos por la llegada de inmigrantes a partir de 1870, cambió la fisonomía de la nación económicamente al tiempo que estos últimos la cambiaban físicamente, lo cual provocó una vuelta de los ataques contra los nacidos en el extranjero. Pero la oposición al inmigrante expresada por hombres como Strong y organizaciones como la Liga por la Restricción de la Inmigración, junto con la defensa de una política de puertas abiertas por parte de Cleveland, eran simplemente los últimos capítulos del debate sobre la identidad, la ideología y la inmigración estadounidenses que llevaba produciéndose, podemos mantener, desde tiempos coloniales. Este debate había contrapuesto las perspectivas colonial y nativa, realista y revolucionaria, nordista y sudista, blanca y negra. La Edad Dorada, a su vez, puso de manifiesto el choque entre «norteamericano» e «inmigrante», pero esto no era sino una permutación más en la lucha constante entre quienes creían defender la frontera de la identidad nacional estadounidense y quienes intentaban cruzarla.

Defender dicha frontera no era solo una postura de enfrentamiento directo; en ocasiones se trataba de una cultural, más sutil. Edward Bellamy

no fue el único estadounidense que echó la vista al pasado durante esta época. Las últimas décadas del siglo XIX fueron testigo de un renovado interés por la genealogía cuando algunas de las familias blancas más reputadas del país trataron de confirmar su validez frente a los recién llegados. Intentaron establecer una tradición que negara cualquier mancha de inmigración reciente y que, en cambio, se remontara al pasado colonial o revolucionario. El culto a los caídos por la Confederación que instituyó la Causa Perdida en el Sur en la década de 1890 encontró un eco en el Norte y por toda la nación en nuevas asociaciones como los Hijos de la Revolución Estadounidense (Sons of the American Revolution, SAR) y las Hijas de la Revolución Estadounidense (Daughters of the American Revolution, DAR), pero estas fueron simplemente las organizaciones más destacadas; había decenas más, tanto por todo el nordeste como en el medio oeste.

Estas organizaciones patrióticas celebraban reuniones y erigían monumentos históricos por el paisaje norteamericano que reivindicaban la importancia para la historia de la nación de las personas y los lugares conmemorados e instituía firmemente a los que participaban en los actos de conmemoración como una parte viva y vital de dicha historia. No se trataba tanto de un caso de «América es lo primero» como de «nosotros llegamos primero». En cualquier caso, esto no tenía que ver solamente con establecer la longevidad de las credenciales nacionales y culturales de uno. Este impulso presentaba una vena claramente anglosajona, de tipo marcial, además.

En el Sur, el soldado confederado caído se identificaba con un pasado europeo idealizado. Esto queda ilustrado de manera sumamente gráfica por la vidriera dedicada a J. E. B. Stuart en la iglesia episcopal de St. James en Richmond, que retrata al soldado de caballería confederado por antonomasia, Stuart, como un caballero medieval. Al mismo tiempo, en el Oeste, escritores como Owen Wister crearon un nuevo tipo de héroe literario, el vaquero, al cual otorgaron una ascendencia aristocrática anglosajona similar que, sin embargo, halló en la frontera de Norteamérica su mejor y más completa expresión. «En cuanto el noble inglés olió Texas –observaba Wister en uno de sus relatos cortos–, el sajón indómito que dormía en él despertó», y sirviéndose de genes perfeccionados por siglos de justas y cacerías, resultó ser «un jinete innato, un perfecto atleta y, pese a la sangre azul, los gules y el argén, esencialmente un pariente de los

vagabundos que maldecían y galopaban a su lado». Por mucho que el vaquero fuese un «pariente» de los «vagabundos», no tenía ningún tipo de lazo con las «hordas invasoras de alimañas extranjeras» que, en opinión de Wister, estaban convirtiendo «las ciudades en babeles y nuestra ciudadanía en una farsa mestiza, y degradan nuestra república transformándola de una nación en algo que es mitad casa de empeños, mitad agencia comercial».

La frontera simbolizaba la libertad; para Wister, libertad de las ciudades y de los «polacos, alemanes o judíos rusos» que contaminaban los espacios urbanos de la nación. La frontera seguía «intacta», era el último bastión de «el espíritu de aventura, el coraje y la autonomía» que definía a Norteamérica. Y lo más importante de todo, en la frontera, apuntaba Wister, «uno habla inglés»[21]. Esto constituía verdaderamente un triunfo de la fantasía sobre la realidad; por desgracia, también suponía un temprano indicio del rumbo que iba a tomar en el futuro el debate sobre la ciudadanía y el nacionalismo estadounidenses, uno que continúa hasta hoy.

El americanismo, el nacionalismo estadounidense, siempre había sido tanto una perspectiva abierta y optimista como un concepto excluyente y divisorio: una tensión constante entre teoría y práctica, entre el ideal y la realidad, y, en buena medida, entre aquellos que hablaban inglés y los que no. Para gran cantidad de norteamericanos como Wister, la ciudad era, y de hecho llevaba siendo mucho tiempo, el foco de sus miedos, islas de perturbadora heterogeneidad en una nación que se consideraba desde hacía largo tiempo homogénea. Pero la ciudad solo era un elemento de, un emplazamiento para, los procesos de transición por los que los Estados Unidos estaban pasando en este periodo. Lejos del Bowery, la discusión en torno al americanismo proseguía, con diferentes participantes y en diferentes combinaciones, muchos más, de hecho, de los que la frontera de ficción de Wister estaba dispuesta a admitir.

UNA NACIÓN PROGRESISTA

La inquietud causada por la inmigración a finales del siglo XIX se vio agravada por una serie de pánicos financieros, el peor de los cuales duró de 1893 a 1897. En este contexto, los nuevos magnates industriales de la nación suscitaban casi tantas críticas como los inmigrantes. Hombres como

John D. Rockefeller, Andrew Carnegie, Andrew W. Mellon, J. P. Morgan y Cornelius Vanderbilt; hombres cuyo dinero provenía del transporte (marítimo y por ferrocarril), las fábricas, las finanzas, el petróleo, el hierro y el acero impulsaban el desarrollo material de la nación pero también generaban dudas entre la gente respecto a su sentido de la moral. Con sus críticas al desequilibrio de la riqueza que caracterizaba cada vez más la sociedad estadounidense, periodistas como Riis y Steffens, y escritores como Bellamy, estaban de hecho levantando la piedra sobre la que estaba construido el poderío económico del país, y lo que descubrieron resultó inquietante. La desaprobación literaria tuvo un eco en el movimiento antitrust de las décadas de 1880 y 1890, que fue divulgado entre el público general por, entre otros, el popular caricaturista Thomas Nast; introducido en la legislación a través de la Ley Antitrust de Sherman (Sherman Antitrust Act) de 1888; y casi invalidado de inmediato por el llamado «Caso del monopolio del azúcar», *Estados Unidos contra E. C. Knight Co.*, en 1895.

El establecimiento de la legislación antitrust y el primer desafío significativo a ella supusieron el cruce de una linde histórica virtual: la transición de la Edad Dorada al «Periodo Progresista». Naturalmente, este tipo de divisiones existen únicamente para comodidad de los historiadores; no significaban nada en su época. Aunque normalmente se designa el Pánico de 1893 como el «punto de arranque» del Periodo Progresista, las fuerzas económicas y sociales que afectaron a los Estados Unidos a partir de dicha fecha no resultaban en sí nuevas; pero sí lo era, empero, la forma que adoptaron. Lo que sustentó el desarrollo industrial de la nación en este periodo no fue únicamente la ambición personal de hombres como Rockefeller, Morgan o Carnegie, ni tampoco la mano de obra mayormente inmigrante que estos emplearon; fueron sus métodos empresariales. Rockefeller y sus colegas amasaron sus fortunas, fundamentalmente, imponiendo orden en un mercado hasta entonces relativamente anárquico o, por expresarlo de otro modo, absorbiendo o eliminando la competencia.

La Standard Oil Company of Ohio de Rockefeller, fundada en 1872, se convirtió diez años más tarde en la Standard Oil Trust. Fue una de las «grandes empresas» estadounidenses más ejemplares y notables, el primer y más próspero de los trust, tan popular entre los comentaristas sociales conservadores como objeto de condena entre los preocupados críticos

sociales. La rigurosa racionalización de Rockefeller de cada etapa del proceso de producción –construyó sus propios oleoductos y almacenes y negoció ventajosos contratos de transporte– mejoró sin duda el rendimiento de la compañía.

Un enfoque similar adoptó J. P. Morgan, el cual salvó las empresas ferroviarias de la nación cuando estas estaban al borde de la bancarrota antes de dirigir su atención al sector del acero y fundar, en 1901, United States Steel. Desde el punto de vista financiero, tanto Standard Oil como los ferrocarriles «morganizados» constituían realmente un caso de fortaleza alcanzada mediante la unidad. Esta idea quizá no pareciese particularmente fascinante en una nación a solo 10 años de una guerra civil librada, al menos en parte, para lograr ese mismo objetivo. Mas, en lo que respecta a las finanzas, la fe era y sigue siendo el radical libre de cualquier sistema; y no todo el mundo estaba adscrito a la religión del *laissez-faire* que acabó por conocerse como el evangelio de la riqueza.

Aquellos que sí lo estaban, sin embargo, veían en los hombres de negocios como Rockefeller y Morgan una aproximación a, si no la personificación de, el ideal del hombre hecho a sí mismo, un individuo que avanza siempre a la vanguardia de las finanzas y que en el proceso abre horizontes de oportunidad totalmente nuevos para la nación. Empero, como en el caso de los vaqueros de Wister, existía un ligero factor elitista en la identificación de la riqueza con la salud y el vigor nacionales. El lenguaje empleado para debatir la cuestión revelaba a menudo las tendencias que la conformaban. Como el propio Rockefeller lo expresó, el «crecimiento de un gran negocio no es sino la supervivencia del más apto». No era más que «el resultado de una ley natural y divina»[22]. De nuevo, no había nada claramente antiestadounidense en esa manera de ver las cosas, la cual recordaba en gran medida la perspectiva puritana del siglo XVII. Al mismo tiempo, no todo el mundo estaba convencido de que la naturaleza o Dios dispusieran de carta blanca en un mercado libre que excluía a gran cantidad de afroamericanos y otros grupos de inmigrantes, o que los incluía únicamente bajo los términos impuestos por la población blanca anglosajona.

A pesar del hecho de que el evangelio de la riqueza tal como lo predicaban Rockefeller, Carnegie y otros tenía un importante componente filantrópico, y de que la caída de los precios contradecía la crítica de que las

«grandes empresas» perjudicaban el mercado, las fuerzas de la oposición se agruparon en torno a la idea de que esta mentalidad del «darwinismo social» era a la vez inmoral y restrictiva. La Ley Antitrust de Sherman intentó limitar el poder de los trust, contener el crecimiento de las alianzas empresariales de cualquier tipo y proporcionar un cierto grado de protección federal a la competencia. Las tentativas estatales previas por establecer una regulación habían resultado ineficaces dado que lo único que tenía que hacer cualquier compañía para evitar las restricciones era trasladarse a un estado menos predispuesto a imponerlas. Con todo, la Ley Sherman no resultó mucho más efectiva. Cuando el Tribunal Supremo la puso en cuestión y luego la anuló a efectos prácticos, como sucedió con el Caso del monopolio del azúcar de 1895, el terreno legal quedó despejado para una mayor consolidación –para un crecimiento sin límites– de las grandes empresas en el siglo XX.

Lo que no prosperó en los Estados Unidos paralelamente a la consolidación de las compañías fue ninguna organización sindical sólida. Esto en sí mismo no hizo sino alimentar el sentimiento antiinmigrante, dado que fue en esencia el empleo de una mano de obra mayormente inmigrante en una nación ya desgarrada por los antagonismos raciales lo que impidió el desarrollo del tipo de sindicatos por entonces comunes en Europa. Como forasteros en una tierra extraña, los trabajadores del mundo encontraron difícil unirse en los Estados Unidos, lo cual no quiere decir que no lo intentaran. Los Caballeros del Trabajo (Knights of Labor), fundados en Filadelfia en 1869, preconizaban una variante temprana del evangelio de la riqueza, una previamente propugnada por presidentes como Andrew Jackson y Abraham Lincoln.

En esencia, los Caballeros también echaban la vista al pasado, a una era en la que la idea de que cada hombre se convirtiera en su propio amo parecía viable. Su mundo ideal era uno en el que, según lo expresó Lincoln en 1861, el trabajo no solo era «más valioso que el capital, e independiente de él», sino también fundamentalmente «superior al capital». Se trataba de un mundo el que «por necesidad, [no había] nada parecido al trabajador asalariado que permanece en esa situación de por vida». La esperanza de Lincoln de que el «hombre prudente y pobre que empieza en el mundo trabajando temporalmente a cambio de un salario» acaba haciéndolo después «por cuenta propia» era un principio de fe fundamental para

muchos incluso cuando ya se aproximaba el final del siglo XIX. Este era el sueño que, según afirmó Lincoln, «abre el camino a todos, concede esperanza, energía y progreso a todos, y mejora las condiciones de todos»[23]. La esperanza de Lincoln y este sueño era lo que atraía en un principio a tantos inmigrantes a los Estados Unidos, naturalmente, pero la realidad con que se encontraban muchos era la de Rockefeller.

No todo el mundo aceptaba esta versión del «nuevo mundo maravilloso» en que se había convertido la nación, y algunos trataron de hacerle frente directamente. Pasado un tiempo, los Caballeros del Trabajo dejaron su sitio a la bastante más pragmática Federación Estadounidense del Trabajo (American Federation of Labor, AFL), fundada en 1881, mas, pese a todo, las últimas décadas del siglo XIX presenciaron persistentes –casi constantes– estallidos de conflictividad en la industria: comenzando con la huelga del ferrocarril de 1877, siguiendo con los disturbios de Haymarket y una huelga en la acerería que Carnegie tenía en Homestead en 1892, y llegando hasta la más conocida huelga Pullman de 1894, el enfrentamiento entre el hombre y la máquina que era la nueva nación se intensificó. Y en medio de todo aquello se encontraba el inmigrante. La arena política albergó incluso, por un breve tiempo, un partido –el Partido Populista (Populist Party o People's Party)– que desafió la ascensión de las grandes empresas y pidió al mismo tiempo restricciones a la inmigración. La solución a los males de la nación, al parecer, se encontraba en los negocios y la frontera. Regúlense ambas, sostenían algunos, y todo se arreglará.

Para ciertas personas, los conflictos de finales del siglo XIX, fuesen por las relaciones en la industria o las restricciones a la inmigración, constituían una etapa inevitable del desarrollo de los Estados Unidos. El sociólogo Simon Nelson Patten, por poner un ejemplo, creía que gran parte del problema residía en el hecho de que los «instintos cívicos» de la nación se encontraban todavía en su «infancia». Esto era aplicable a toda la nación y trascendía raza y clase, ciudad y frontera, para crear oposiciones surgidas del debate existente sobre el americanismo. Cada «clase o sector de la nación está tomando conciencia de una oposición entre sus principios y las actividades y tendencias de alguna clase menos desarrollada», apuntaba Patten:

> El Sur tiene su negro, la ciudad sus barrios bajos, los trabajadores su esquirol, y el movimiento antialcohólico su borracho y su dueño de taberna. Los simpatizantes de las instituciones del Estado temen al inmigrante ignorante, y el obrero siente antipatía por el chino. Todo el mundo está empezando a distinguir a aquellos que tienen verdaderamente derecho a la ciudadanía de alguna clase o clases a las que desea poner trabas o excluir de la sociedad[24].

Patten pensaba de manera optimista que los «instintos cívicos» de la nación irían desarrollándose con el tiempo, y que el resultado final sería «una integración social por medio de la cual será posible formar una auténtica sociedad estadounidense». La integración social, no obstante, era un concepto tendencioso a finales del siglo XIX. Para algunas personas, lo importante era la integración estructurada: integración estructurada sobre la base de la norma anglosajona blanca.

«Ningún hombre –afirmaba Josiah Strong– mantiene su rectitud gracias solo a la fuerza de sus propias raíces; sus ramas se entrelazan con las de otros hombres, y así se forma la sociedad.» Pero Strong no estaba anunciando el nacimiento por medio de la inmigración de un nuevo híbrido nacional, la amalgama estadounidense que describía Ravage; todo lo contrario. La inmigración, para Strong, no solo era «desmoralizadora» sino que además los propios inmigrantes representaban una enfermedad de la nación, y era la enfermedad, recalcaba, «y no la salud lo que se contagia»[25]. El remedio para este contagio, tal como él lo veía, era la norteamericanización, una cura para todos los males del país y, como algunos la interpretarían en el futuro, del mundo entero.

El centro de control de inmigrantes de Ellis Island, acabado de construir e inaugurado en 1892, era un modo fiable de impedir la entrada a los claramente enfermos, pero el tipo de enfermedad que preocupaba a Strong y otros no era una afección médica sino cultural, y detenerla en las fronteras no era una opción. «Un gran número de ciudadanos norteamericanos no está norteamericanizado», observó Strong lleno de consternación, una situación tan «desafortunada» como «natural». Si bien Strong desarrollaría posteriormente sus argumentos sobre la necesidad de norteamericanizar las hordas urbanas en un estudio ulterior de la ciudad, en la década de 1890 su preocupación se centraba particularmente en el Oeste. Y no era el único en dicha situación. Muchos reformadores veían con una cierta alarma la parte de la nación ya bautizada, con bastante fundamento, como «salvaje», ya

constituyesen el objeto de su preocupación los habitantes nativos americanos o los recién llegados inmigrantes.

Puede que escritores como Wister –y después Hollywood– hayan elevado el relato de la lucha en la frontera occidental a una especie de rito de paso nacional, pero la realidad era que el «Salvaje Oeste» tenía poco de romántico. Las «guerras indias» de las décadas de 1870 y 1880 hicieron sin duda que la Guerra de Secesión pareciera una simple escaramuza en lo que se refiere al grado de brutalidad desplegado y su coste en vidas. La descripción posterior de muchas de ellas como auténticas masacres da buena idea de los niveles generales de violencia. Al mismo tiempo, el hecho de que se destaquen enfrentamientos concretos entre los colonos blancos y los nativos –la masacre de Sand Creek, Little Big Horn o incluso Wounded Knee– sitúa estos más bien como episodios de conflicto aislados en vez de como lo que eran realmente: una parte fundamental de la (re)construcción de la nación tras la contienda civil de mediados del siglo XIX. Y al igual que en todas las guerras de Norteamérica, el combate en sí fue algo secundario; lo importante eran los corazones y las mentes de los estadounidenses.

No obstante, la batalla por los corazones y las mentes en las últimas décadas del siglo XIX no puede desligarse de otra pareja de términos contrapuestos, la formada por acomodación y desposeimiento, ya estuviese esta encuadrada en el marco del intento de devolver al seno de la Unión a los antiguos estados confederados, de la lucha contra la violencia extremista blanca, del manejo de las repercusiones del aumento de la inmigración, o de la aclimatación al cambio en el panorama económico y laboral implantado por las «grandes empresas» y al malestar entre los trabajadores de la industria que le siguió. La cuestión en juego era qué significaba ser norteamericano, que representaban los Estados Unidos, una cuestión que se volvió apremiante frente a los grandes desafíos industriales, urbanos e inmigratorios al ideal nacional. A veces resulta difícil desenlazar las múltiples y diversas preocupaciones que inquietaban a los reformadores estadounidenses en relación con el medio urbano, dado lo inextricablemente unidas que estaban respecto al triunvirato formado por la industrialización, la urbanización y la inmigración.

Puede que las motivaciones de los reformadores en la frontera no fueran menos complejas, pero las acciones que emprendieron fueron bastante directas. La guerra abierta entre nativo y colono tenía que acabarse en algún

momento. Resistir contra las fuerzas combinadas de la industrialización y la inmigración no era una opción a largo plazo para las naciones indígenas al oeste del Misisipi. La inevitable llegada del ferrocarril y el telégrafo, acompañada de colonos y soldados, de mineros y misioneros, de aquellos con intención de instalarse o de los que simplemente estaban de camino a la costa oeste, auguraba la desaparición de un estilo de vida, un final ejecutado en gran medida por la erradicación de las manadas de bisontes en aquellas llanuras.

Con todo, no fue simplemente la pérdida de tierras o de medios de sustento lo que debilitó a las naciones indígenas, sino un ataque cultural bastante más insidioso –algunos llegan actualmente al punto de calificarlo de etnocidio– por medio del cual su misma cultura resultó destruida. Ese fue el precio de entrar en la sociedad estadounidense. Fue, en realidad, un precio que acabaron por pagar a la larga casi todos los inmigrantes, pero en el Oeste el proceso se vio acelerado por una política deliberada que promovió, y en ocasiones forzó, un cambio de régimen.

Integrar al nativo en la nación, sin embargo, resultaba particularmente problemático, y ciertamente, para finales del siglo XIX, aún no se había logrado. En 1816, el Congreso había aprobado la Ley de Civilización India (Indian Civilization Act), la cual promovía la asimilación como medio para facilitar la expansión del hombre blanco por los territorios indígenas. Los nativos americanos tuvieron entonces la opción, suponiendo que rechazaran su filiación tribal, de naturalizarse como ciudadanos de la nación que estaba creciendo a su alrededor, pero solo hasta cierto punto. No les fue concedido automáticamente el derecho de sufragio (figura 7.8), y muchos nativos se vieron en una tierra de nadie legal, poseyendo una doble nacionalidad que comprometía su posición en la tribu y que no les asignaba un estatus equivalente al de los estadounidenses establecidos ni al de los inmigrantes naturalizados. Como el obispo de Minnesota Henry Benjamin Whipple observó en su introducción a una de las acusaciones más duras contra el trato que Norteamérica administraba a los nativos, *A Century of Dishonor* (1881) de Helen Hunt Jackson, el «indio es el único ser humano dentro de nuestro territorio que no posee ningún derecho individual en el país [...] su derecho se subsume en la tribu; el hombre no dispone de capacidad procesal ante la ley»[26].



Figura 7.8. «“¡Largo!” ¿Acaso el nativo americano no tiene derecho alguno que el estadounidense naturalizado esté obligado a respetar?», de Thomas Nast. Esta viñeta apareció en *Harper’s Weekly* en abril de 1871. Muestra a un policía afroamericano que aparta a un nativo de una urna electoral que se halla rodeada por algunos de los estadounidenses «naturalizados» y típicamente estereotipados de Nast. Puede que este fuese un firme defensor de los derechos de los afroamericanos y los nativos americanos, pero su caricaturización de los inmigrantes no resultaba, quizá, tan elevada en su intención o ejecución. No obstante, hay múltiples capas de ironía en esta imagen, comenzando por su título. La invocación directa de la famosa sentencia del caso *Dred Scott* de 1857, en la que el presidente del Tribunal Supremo Roger B. Tanney concluyó que legalmente el afroamericano no tenía «derechos que el hombre blanco estuviese obligado a respetar», era un apropiado recordatorio de que la nación decimonónica, más que avanzando, estaba dando vueltas en círculos cada vez más pequeños en lo que respectaba al debate sobre los derechos de la ciudadanía. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-77909).

En los últimos años del siglo XIX, el impulso de absorber al «indio» dentro de los Estados Unidos adquirió una forma análoga al enfoque adoptado en otros sitios por sociedades dominadas en sus orígenes por colonos británicos blancos, en especial Australia y Canadá. En los Estados Unidos, antiguos abolicionistas como William Lloyd Garrison y Wendell Phillips se implicaron activamente en el movimiento de reforma india, que

operaba a través de organismos como la Asociación por los Derechos Indios (Indian Rights Association) y la Asociación Nacional de Defensa India (National Indian Defense Association). Estos gestionaban un sistema de internados que apartaban a los niños indios de sus familias y entornos sociales en un intento por inculcarles los valores religiosos, educativos y lingüísticos de la sociedad blanca. Estos intentos descarados por imponer los valores nacionalistas blancos sobre los de los nativos recibieron el refuerzo de un paquete de medidas de apoyo, entre las cuales la más destacada fue la Ley General de Adjudicación (General Allotment Act) o Ley Dawes de 1887. Esta ofrecía la ciudadanía a los nativos que estuviesen dispuestos a renunciar a sus vínculos tribales y parcelaba las tierras de las reservas en propiedades unifamiliares, la mejor manera de aproximarse al ideal agrícola jeffersoniano en el Oeste.

Por muy idealista que fuese en la teoría, lo único que la Ley Dawes consiguió en la práctica (quizá de manera inevitable) fue facilitar la adquisición de la tierra por los blancos. Entre la aprobación de la ley en 1887 y 1934, año del llamado New Deal Indio, pasaron a manos de no nativos 86 millones de acres –más del 60 por 100 de los terrenos concedidos en un principio a los indios–. Naturalmente, se produjo una reacción violenta contra esta aculturación forzada y redistribución de la tierra, y una de las formas que tomó fue la aparición, en 1889, de la religión de la Danza de los Espíritus. Una clara pero en absoluto universalmente adoptada respuesta ritual a –y rechazo de– la intrusión y dominación cultural blanca, que desde luego jugó cierto papel en la instigación de la última y quizá más tristemente célebre confrontación armada del siglo XIX entre los sioux y el gobierno estadounidense. Por más que su simple fama impidiera que las cuestiones que había sobre la mesa cayeran en el olvido durante buena parte del siglo XX, la batalla de Wounded Knee (Dakota del Sur) en 1890 marcó una conclusión, a todos los efectos, para el dominio del Oeste.

El año 1890, por supuesto, marcó una conclusión de otro modo importante: fue el año en el que el superintendente del Censo declaró que «actualmente las tierras no ocupadas se hallan tan fragmentadas y aisladas que difícilmente puede decirse que exista una frontera». En ese aspecto, al menos, el Destino Manifiesto de los Estados Unidos de extenderse por todo el continente se había cumplido. En otros, las implicaciones raciales,

religiosas y sociales de la idea en sí del Destino Manifiesto de la nación apenas habían comenzado a ser estudiadas.

Llegada la última década del siglo XIX, Estados Unidos tenía dos historias entre manos, las cuales se dilataron en el siglo que estaba por venir; ambas miraban tanto al futuro como al pasado. Una era una historia de represión, segregación y sufrimiento; la otra de resistencia frente a estas realidades demasiado humanas, una visión alternativa de esperanza y expectativas de que por medio del esfuerzo pudiera alcanzarse la tierra prometida. Era la visión de Ida Wells y Grover Cleveland contra la de Owen Wister y la Liga por la Restricción de la Inmigración, la verdadera batalla por los corazones y las mentes que acabaría por definir el «Siglo Estadounidense».

[1] *New York Times*, 15 de mayo de 1864.

[2] John Murray Forbes a Charles Summer, 10 de agosto de 1872, en S. F. Hughes (ed.), *op. cit.*, vol. II, pp. 178-179.

[3] H. C. Whitley, *In it*, Cambridge (MA), Riverside Press, 1894, p. 104.

[4] J. S. Pike, *First Blows of the Civil War: The Ten Years of Preliminary Conflict in the United States, From 1850 to 1860*, Nueva York, 1879, pp. 481, 511; *The Prostrate State: South Carolina under Negro Government*, Nueva York, D. Appleton and Co., 1874, pp. 12-13.

[5] H. Bushnell, *Barbarism the First Danger*, Nueva York, American Home Missionary Society, 1847, pp. 16-17.

[6] H. C. Whitley, *op. cit.*, pp. 5, 174-175.

[7] U. S. Grant al Senado, 13 de enero de 1875, *The Papers of Ulysses S. Grant*, J. Y. Simon (ed.), vol. 26: 1875, Carbondale (IL), Southern Illinois University Press, 2003, pp. 6-7, xi-xii.

[8] United States vs. Cruikshank, 92 U.S. 542 (1875), disponible en: http://supreme.justia.com/us/92/542/case.html (20 de marzo de 2010).

[9] *New York Times*, 24 de febrero de 1884

[10] I. B. Wells-Barnett, *Lynch Law in Georgia*, 1899, pp. 7, 10. Para un análisis moderno del caso de Hose, véase E. T. Arnold, *What Virtue There is in Fire: Cultural Memory and the Lynching of Sam Hose*, Athens, The University of Georgia Press, 2009.

[11][11] I. B. Wells-Barnett, *Southern Horrors: Lynch Law in all its Phases*, Nueva York, 1892.

[12] John Greenleaf Whittier a John Murray Forbes, 12 de junio de 1891, en S. F. Hughes (ed.), *op. cit.*, vol. II, p. 227.

[13] Abraham Lincoln a Joshua Speed, 24 de agosto de 1855, en R. Basler (ed.), *op. cit.*, vol. II, p. 323.

[14] R. Daniels y O. L. Graham, *Debating American Immigration, 1882-Present*, Lanham (MD), Rowman and Littlefield, 2001, p. 7.

[15] J. Bryce, *The American Commonwealth* [1888], 2 vols., Nueva York, The Macmillan Company, 1923, II, p. 472.

[16] J. Strong, *Our Country: Its Possible Future and its Present Crisis*, Nueva York, The American Home Mission Society, 1885, pp. 40-41.

[17] L. Steffens, *The Shame of the Cities* [1902], Nueva York, Hill and Wang, 1957, pp. 7-8, 18.

[18] M. E. Ravage, *An American in the Making: The Life Story of an Immigrant*, Nueva York y Londres, Harper and Brothers, 1917, p. 60.

[19] G. Cleveland, *Veto Message*, 2 de marzo de 1897, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=70845 (20 de abril de 2010).

[20] M. E. Ravage, *op. cit.*, pp. 156-157.

[21] O. Wister, «The Evolution of the Cow-Puncher», *Harper's Magazine* 91 (septiembre de 1985), pp. 602-617, citas en pp. 603-604.

[22] Rockefeller citado en R. Hofstadter, *Social Darwinism in American Thought*, ed. rev., Boston, The Beacon Press, 1955, pp. 45-46.

[23] A. Lincoln, «Annual Message to Congress», 3 de diciembre de 1861, en R. Basler (ed.), *op. cit.*, vol. V, p. 52.

[24] S. N. Patten, *The Theory of Social Forces*, Filadelfia, The American Academy of Political and Social Science, 1896, p. 143.

[25] J. Strong, *op. cit.*, pp. 41, 48, 44.

[26] H. B. Whipple, prefacio de H. Hunt Jackson, *A Century of Dishonor*, Nueva York, Harper and Brothers, 1881, p. vi.

8
La fe del soldado: conflicto y obediencia

> El día de la vida de nuestro país no ha hecho más que alborear. No guardéis vuestros uniformes. Poneos el arnés del presente. Alzad vuestra mirada a las grandes etapas vitales que están aún por conquistar en beneficio de la paz justa, de esa prosperidad que reside en los corazones de un pueblo y sobrevive a todas las guerras y errores de los hombres.
>
> WOODROW WILSON, discurso en Gettysburg, 4 de julio de 1913.

El atentado del 6 de septiembre de 1901 en Nueva York en el que el anarquista Leon Czolgosz disparó al presidente William McKinley señaló el fin de una era del modo más trágico posible. McKinley murió ocho días más tarde, casi exactamente 20 años después de que otro presidente, James A. Garfield, falleciese el 16 de septiembre de 1881 también a consecuencia de la bala de un asesino. Comenzando con el asesinato de Abraham Lincoln en 1865, McKinley se convirtió en el tercer presidente estadounidense en ser asesinado, y en el último de una generación de líderes norteamericanos cuyas vidas habían estado profundamente marcadas –y en el caso de Lincoln, había sido abruptamente truncada– por la Guerra de Secesión. Garfield y McKinley eran ambos veteranos unionistas de la guerra, al igual, de hecho, que todos los presidentes electos desde 1868. La hoja de servicios del presidente Garfield había sido distinguida. Llegó a ser ascendido a general de división antes de tomar posesión de un cargo político a finales de 1863. McKinley, por el contrario, era el único presidente republicano desde Lincoln que no había servido como general en la Guerra de Secesión, aunque su vida pública había comenzado con dicho conflicto. Se unió a la Infantería de Voluntarios de Ohio con solo dieciocho años y terminó la guerra como comandante provisional.

La carrera militar de McKinley jugó un importante papel en su campaña y victoria de las elecciones presidenciales de 1896 cuando se enfrentó por primera vez al populista y demócrata William Jennings Bryan. Con treinta y seis años, Bryan era el candidato a la presidencia más joven jamás propuesto por uno de los grandes partidos, pero su juventud le desfavoreció. En lo que respectaba a la resolución de los problemas principales de la época –y en 1896 estos giraban sobre todo alrededor de los aranceles y la

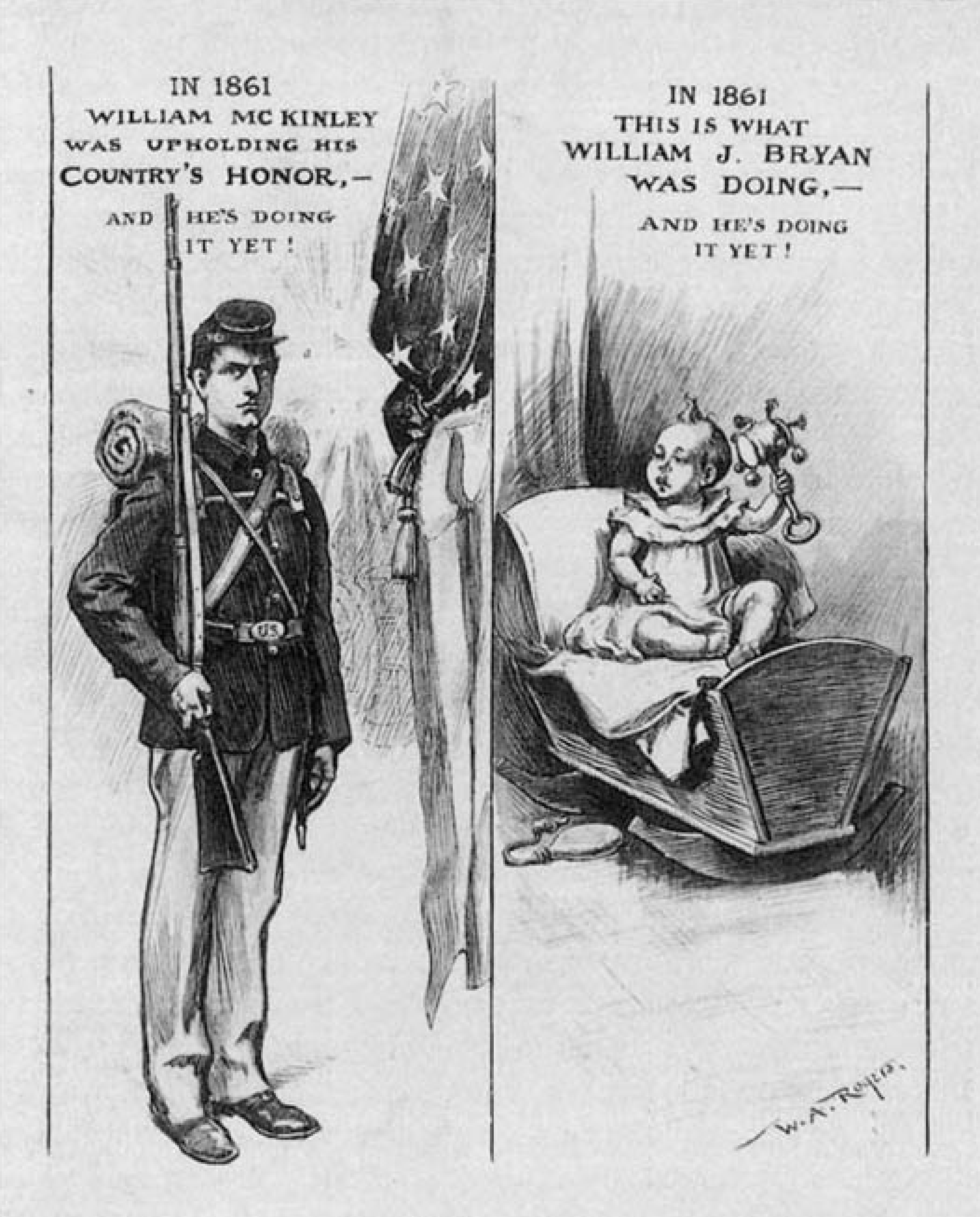
estabilidad de la moneda–, los estadounidenses no estaban aún preparados para depositar su fe en las jóvenes generaciones. En el transcurso de la campaña, una conocida viñeta representó a McKinley con su uniforme de la Guerra de Secesión al lado de una imagen de Bryan en su cuna (figura 8.1). El mensaje estaba claro: la nación estaría más segura en las manos de un hombre forjado en los fuegos de la guerra que en las de uno simplemente enardecido por su propia ambición juvenil.

HARPER'S WEEKLY

A JOURNAL OF CIVILIZATION

NEW YORK, SATURDAY, AUGUST 29, 1896.

TEN CENTS A COPY. FOUR DOLLARS A YEAR.



THE DEADLY PARALLEL.

Figura 8.1. «La comparación aplastante», de William Allen Rogers. Esta viñeta apareció como portada de *Harper's Weekly* el 29 de agosto de 1896. McKinley se enfrentó y derrotó electoralmente a Bryan en dos ocasiones, de hecho, en 1896 y de nuevo en 1900, consiguiendo en este último año un margen de victoria aún mayor que la primera vez. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-97504).

Las elecciones de 1896 evocaron de hecho la Guerra de Secesión a muchos niveles. Algunos de los soldados más célebres del antiguo ejército unionista, entre ellos Dan Sickles, quien había luchado en Gettysburg, y Oliver Otis Howard, quien posteriormente dirigiría la Agencia de Libertos, apoyaban a McKinley. Dado que eran mutilados de guerra (Sickles había perdido una pierna en Gettysburg en 1863 y Howard un brazo en la campaña de la Península el año anterior), ambos hombres sirvieron como un potente recordatorio visual de algunas de las cuestiones en juego. El bando de McKinley invocó las penurias del conflicto civil de la nación en el contexto del bajón financiero que se había iniciado en 1893 para dar fuerza a su argumento de que la estabilidad económica y, por extensión, social de los Estados Unidos dependía de una «moneda sólida». Esto, sostenían, solo podía lograrse si la nación conservaba el patrón oro, orientado a los negocios. El bando de Bryan, en cambio, abogaba por basar el dólar en la plata. La nación tenía reservas más que suficientes de plata desde el descubrimiento de las minas de plata del «filón de Comstock» de Nevada en 1859. Utilizar la plata como garantía, mantenían sus defensores, aumentaría la cantidad de dinero en circulación y aliviaría los apuros económicos de, entre otros, las viudas y los veteranos de la Guerra de Secesión –tanto unionistas como confederados–, objeto de atención de muchas de las viñetas aparecidas durante la campaña.

En muchos sentidos, el debate monetario, si bien constituía obviamente un problema por derecho propio teniendo en cuenta la severa crisis económica por la que estaba pasando el país, era una manera sucinta de referirse a un desacuerdo más fundamental en torno tanto a la moral del país como a su estabilidad monetaria. Esto, además, no era una simple división de posturas políticas entre republicanos y demócratas. Había partidarios entusiastas del oro entre los demócratas y también un tercer partido en potencia a tomar en consideración: los populistas. Los orígenes de los populistas se remontaban a la Alianza de Agricultores (Farmers' Alliance)

de 1876 y su principal caladero de votos se hallaba en la Norteamérica rural, la cual se encontraba muy afectada por la caída de los precios de los productos agrícolas y se sentía a un tiempo excluida de la nación industrial y urbana que estaba emergiendo con rapidez y amenazada por el aumento de la inmigración desde 1870. Por consiguiente, en las elecciones de 1896 no solo había en juego patrones monetarios, sino también muchos otros principios y valores, y los precedentes que dichas elecciones sentaron tuvieron repercusiones más allá de la esfera política, o más bien permitieron a esta última tener una influencia más amplia en toda la nación.

El lenguaje de la campaña de 1896 fue a un tiempo emotivo y marcial en su estridencia e imaginería, especialmente en el bando demócrata, dividido como estaba por la cuestión de hasta qué punto debían absorber el programa populista, designar a Bryan como su candidato y conservar así un sistema político bipartidista. Los propios populistas tampoco se ponían de acuerdo. Los llamados «fusionistas» abogaban por unirse a los demócratas, mientras que los populistas más radicales preferían tratar de obtener poder político por sus propios medios. Durante la convención demócrata de Chicago para la designación del candidato presidencial, se hizo evidente enseguida que la opción fusionista iba a ser el resultado más probable. Esto en sí representaba una especie de reposicionamiento en el sistema político estadounidense. El ascenso económico del Oeste y la recuperación política del Sur –juntos formaron la «plataforma de Chicago» en la convención demócrata– representaban un claro desafío a las estructuras de poder tradicionales y a la influencia nacional de las ciudades del este. Y Bryan era con toda claridad la voz del Oeste. Cuando hablaba, lo hacía en nombre de «esos fuertes pioneros que hicieron frente a todos los peligros de la naturaleza salvaje, quienes han hecho que el desierto florezca como la rosa»[1].

Pero no a todos los demócratas les agradaban las implicaciones de añadir un punto populista a su programa. Tanto Bryan, como persona, como los ideales que defendía eran demasiado radicales para algunos (figura 8.2). El exsenador demócrata por Misuri J. B. Henderson, uno de los autores de la Decimotercera Enmienda, acusó a la plataforma de Chicago de ser un regreso de «la vieja doctrina de la resistencia de los estados a la autoridad federal». Si los fantasmas hermanados de los derechos de los estados y la secesión resultaban tener algún fundamento, declaró Henderson, entonces

los demócratas debían «hacer como se hizo en 1861. Nosotros pedimos entonces que se protegiese la Constitución que Washington y otros habían elaborado, y ahora vamos a defenderla [...] igual que hicimos entre 1861 y 1865»[2].



Figura 8.2. «La historia se repite», de Louis Dalrymple, 1896. Esta viñeta apareció en *Puck* el 28 de octubre de 1896. Muestra una caricatura de William Jennings Bryan con un papel en la mano que reza: «Denunciamos la interferencia arbitraria de las autoridades federales en los asuntos locales por considerarla una violación de la Constitución, etc.», sobre las cabezas de un grupo de figuras que incluye a Ben Tillman, John P. Altgeld y Eugene Debs y que está izando una bandera al «des-orden» y al «des-gobierno». *Pitchfork (la Horca)* Ben Tillman era un exgobernador de Carolina del Sur (1890-1894) cuyos «camisas rojas» habían «salvado» el estado del gobierno republicano en 1876 y ayudado a instaurar en él la supremacía política blanca. John Peter Altgeld era el gobernador de Illinois y un demócrata de izquierdas, y estaba considerado por muchos el poder que impulsó la plataforma de Chicago en la convención demócrata que eligió a Bryan como candidato. Eugene Debs era el socialista y líder sindical más importante de los Estados Unidos: miembro fundador de los Trabajadores Industriales del Mundo (Industrial Workers of the World) y del Sindicato Internacional de Trabajadores (International Labor Union), se presentó como candidato en 1900 y en la mayoría de elecciones celebradas hasta 1920. A la derecha de la imagen, recalcando el argumento de que Bryan amenazaba con provocar trastornos si no una división total, el presidente confederado Jefferson

Davis sostiene un papel idéntico frente a Abraham Lincoln y el ejército de la Unión. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZC4-4361).

Sin embargo, esta perspectiva militar y política de soldado veterano no consiguió que los demócratas opuestos a Bryan se llevasen el gato al agua. En lo relativo a invocar el pasado para convencer en el presente, los Padres Fundadores triunfaban sobre la generación de la Guerra de Secesión. Y esto era esencialmente lo que ofrecía Bryan. Defendía la visión de Jefferson del sueño americano agrario, si no exactamente arcadio, y recalcaba la importancia de apoyar a los granjeros de la nación. En una crítica al nocivo impacto del patrón oro sobre la «gente común de este país», Bryan adujo que «esto no es una contienda entre personas» sino «la causa de la humanidad». Reconoció la sombra de la Guerra de Secesión en su descripción de la batalla de los patrones como una en la que «se ha enfrentado a hermano contra hermano, y a padre contra hijo», en la que «los más tiernos lazos creados por el amor, la simpatía y la asociación no han sido tomados en cuenta». Aun así, aquello no era una repetición de la «guerra entre los estados». Por el contrario, afirmaba Bryan, se trataba de una guerra entre «los ociosos poseedores del ocioso capital» y las «masas que luchan por salir adelante». Recurriendo a una invocación de *El año 2000* de Edward Bellamy que sin duda calaría en las audiencias de su época, Bryan desafió a los partidarios del patrón oro con unas palabras muy recordadas: «No ceñirás con fuerza esta corona de espinas sobre la frente del trabajador –declamó–. No crucificarás a la humanidad en una cruz de oro».

El apasionado discurso de la «cruz de oro» de Bryan le consiguió la designación como candidato del partido demócrata pero no, después, la victoria para este último en 1896. Su derrota también significó el fin para los populistas como una posible fuerza política y dio inicio a 16 años de gobierno republicano. Mas, a pesar de su derrota, la candidatura de Bryan, junto con la campaña de McKinley, señaló el comienzo de una nueva etapa en la política estadounidense, en las campañas políticas en general y en la percepción de la opinión pública del proceso político.

Fue la magnitud del despliegue mediático lo que distinguió la campaña electoral de McKinley de 1896 de las de décadas anteriores y marcó la

pauta para el futuro. El impacto de Bryan dependía del cara a cara con su audiencia, pero el de McKinley se basaba en la interacción fundamentalmente impersonal de su público con él. Al ser el recién llegado en la carrera por las elecciones de 1896, Bryan no tenía más alternativa que llevar su mensaje directamente a la gente, y recorrió personalmente la nación de un extremo a otro haciendo campaña. La de McKinley, en cambio, cuya financiación y organización corrió a cargo del empresario y entusiasta político de Ohio Mark Hanna, permitió al candidato mantenerse alejado de los esfuerzos de obtención de fondos y propaganda que se estaban realizando en su favor, esfuerzos, por otra parte, considerables. Lo que Hanna construyó, de hecho, fue un aparato propagandístico que, citando la famosa frase de Theodore Roosevelt, promocionó al candidato republicano «como si fuese un remedio milagroso»[3]. Lo que confirió a dicho remedio su efectividad fue su uso de los medios, como la prensa, las revistas y un nuevo medio crucial: el cine.

Proyectada por primera vez en Nueva York en octubre de 1896, *McKinley at Home*, una breve grabación (de menos de un minuto) del futuro presidente, que aparecía leyendo un telegrama en el jardín delantero de su casa, era muda, naturalmente, pero lo decía todo de un modo que el electorado de nuestros días –casi demasiado sofisticado ya para la televisión, más habituado a los tuits y Facebook, la red y el teléfono inteligente– apenas es capaz ya de imaginar. Un periódico de Nueva York observó que la grabación era tan «perfectamente natural» que «únicamente los que ya sepan lo que están viendo se darán cuenta de que lo que hay ante sus ojos son sombras y no formas con sustancia»[4]. La interacción entre sombras y sustancia resume toda la cuestión. Esencialmente, como primera campaña electoral por la presidencia que recurrió al cine, pudo hacerse llegar la imagen de McKinley –y su victoria final– a un sector más amplio de la población de un modo mucho más directo[5]. Esto, combinado con un control más estricto de la prensa, en la que se publicaban declaraciones cuidadosamente seleccionadas del candidato, hizo que la campaña de 1896 fuese verdaderamente el comienzo de una nueva era periodístico-visual en la política. Aunque estos dos aspectos aún no estaban conectados, su impacto combinado no debería subestimarse.

Pero, con todo, las películas de McKinley, en su casa o en su ceremonia de investidura en 1897, no fueron las primeras que se proyectaron. Ya en

1894, el público de las ciudades estadounidenses tuvo la oportunidad de maravillarse con este breve anticipo de lo que llegaría a ser una industria multimillonaria. Tampoco es que los primeros productos de este nuevo medio de comunicación estuviesen necesariamente dirigidos de manera específica a los norteamericanos. Las implicaciones comerciales del cine y su coste lo orientaban hacia un mercado mundial incluso en esta fase temprana y vacilante de su historia. En comparación con Europa, el mercado nacional estadounidense era lo suficientemente grande como para mantener su naciente industria fílmica, pero también tan diversa desde el punto de vista étnico y lingüístico como para promover –requerir, en realidad– un enfoque internacional de producción. Las primeras películas estadounidenses, por lo tanto, que bebían del vodevil y el teatro, presentaban imágenes –acróbatas, bailarines y boxeadores– y personajes –William Frederick *Buffalo Bill* Cody, la tiradora y *show-woman* Annie Oakley, y el nativo americano Último Caballo– que eran culturalmente propias de los Estados Unidos, particularmente del Oeste, y a la vez tenían atractivo internacional.

No obstante, una de las primeras experiencias cinematográficas que el público estadounidense pudo disfrutar tuvo una decisiva resonancia nacionalista. Solo unos meses antes de que los norteamericanos tuvieran ocasión de ver *McKinley at Home*, la Vitascope Company produjo una película que resultó notablemente clarividente en lo que respectaba a la presidencia de McKinley. El tema de *The Monroe Doctrine,* proyectada por primera vez en abril de 1896, era una apelación a la autoridad hemisférica de la nación contra la amenaza de intrusión que presentaba Gran Bretaña en una disputa entre Venezuela y la Guayana Británica.

Esta escaramuza fronteriza proporcionó a los Estados Unidos una rara oportunidad para invocar la doctrina Monroe, la cual llevaba mucho tiempo en peligro de coger polvo. Como nación, los Estados Unidos habían tenido suerte en cuanto al momento y lugar de su fundación. Los conflictos europeos, combinados con el relativo aislamiento geográfico de los Estados Unidos, habían hecho que, salvo por la guerra de 1812, la nueva república apenas se viese molestada por los planes de Europa respecto a su soberanía, o por sus desafíos a esta última. No obstante, en 1823, el entonces presidente James Monroe (1817-1825) quiso acabar con cualquier duda que pudiera quedar sobre el asunto y afirmó «como principio [...] que los

continentes americanos, por la condición de libertad e independencia que han adquirido, no han de ser considerados en lo sucesivo objetivos de colonización futura por parte de ninguna potencia europea»[6].

La película que invocaba la famosa –aunque un tanto carente de validez– doctrina presentaba el estereotipo nacional del «Tío Sam» en pleno proceso de impedir que el «John Bull» británico invadiese la autodesignada esfera de influencia estadounidense, para gran diversión de los espectadores. Su aprobación no era solo un signo de anglofobia –de lo cual había también una considerable dosis, no cabe duda– sino también de una sensación cada vez mayor entre muchos estadounidenses de que con la llegada del nuevo siglo estaban comenzando a definirse nuevos horizontes para el país. La promoción de la nación en la gran pantalla, o en versiones tempranas y parpadeantes de ella, ofrecía un atisbo de un futuro global, la promesa de un impacto internacional que podía combinar el poder y el provecho económico; en suma, un mercado moral cuya llegada se promovía, uno en el que vender, metafórica pero también materialmente, la visión colonial de la «ciudad sobre una colina».

La Revolución estadounidense, como la declaración de Monroe dejaba claro, había señalado el comienzo de un periodo durante el cual los norteamericanos se preocuparon más por proteger la «ciudad sobre una colina» que por darle publicidad. La advertencia de Washington a su nación de que evitase los enredos con Europa, emitida en su discurso de despedida de 1796, se había convertido, en el siglo transcurrido desde entonces, en una especie de artículo de fe. Pero al tratarse de una doctrina que nunca fue realmente puesta a prueba, no tardó en desaparecer y verse sustituida por una determinación expansionista –algunos dirían quizá agresiva– de extender la influencia de los Estados Unidos y sus mercados por el extranjero, alimentada en parte por la crisis financiera que la nación estaba soportando. En este sentido, lo que a veces se denomina el «nuevo» imperialismo de la última década del siglo XIX no fue otra cosa que una vuelta a los principios para una nación con unos orígenes tan ambiciosos y contradictorios en una colonización impulsada tanto por la devoción religiosa como por el deseo de lucro.

La mera idea de una nación de inmigrantes que se mantuviese de algún modo al margen de los asuntos internacionales resultaba, por supuesto, un tanto absurda. Dado que el mundo estaba decidido a ir a Norteamérica, era

inevitable que esta se viese obligada a relacionarse no solo con los mundos atlántico y pacífico en los que estaba geográficamente ubicada, sino también con los mundos europeo y africano que había más allá: los lazos comerciales preexistentes y la afluencia de inmigrantes hacía impracticable el aislacionismo, aunque la idea fuese promulgada como un principio. De hecho, la inmigración dio forma, en un sentido muy real, a impulsos imperialistas como los expresados por Estados Unidos a finales del siglo XIX. No es que la nación, tras haber alcanzado su Destino Manifiesto de conquistar un continente –como parecía indicar el «fin» de la frontera en 1890–, dirigiera sencilla y repentinamente su atención más allá de sus costas.

Con todo, este tipo de razonamiento ordenado fue el propuesto, entre otros, por Alfred T. Mahan, el renombrado oficial de marina y autor de *The Influence of Sea Power upon History* (1890). En opinión de Mahan, los estadounidenses habían impuesto su autoridad en tierra y había llegado la hora de volver su atención hacia el mar, tanto por razones de provecho económico y protección como de poder. La industria norteamericana, sostenía, llevaba demasiado tiempo concentrada en el mercado nacional, una práctica que había «adquirido la fuerza de una tradición» y estaba «envuelta en la malla del conservadurismo». Como resultado, estas industrias ahora parecían «las actividades de un moderno acorazado que posee un grueso blindaje, pero no máquinas potentes ni cañones; poderoso para la defensa, débil para el ataque». No obstante, el «temperamento del pueblo estadounidense», planteaba, «no conoce semejante actitud apática», y predecía que «cuando se comprendan las oportunidades económicas que existen en el extranjero, el rumbo de la iniciativa estadounidense abrirá un canal para alcanzarlas».

Mahan, quizá de forma inevitable, era un apasionado de las metáforas navales. Pero le entusiasmaba aún más la idea de que el espíritu emprendedor del país pudiera conducir a un imperio estadounidense, uno que rivalizara con –o por lo menos no fuese a la zaga de– los de las naciones europeas. Su visión gozó de una amplia difusión en una época en que dichas naciones estaban metidas en la «pelea por África», y si bien pocos en Norteamérica consideraban que mereciese la pena lanzarse a esa melé en particular, sí que alcanzaban a ver en términos generales las oportunidades que brindaba la expansión. Asimismo, en comparación con

las de otros, la propuesta de Mahan resultaba relativamente sencilla. Se inclinaba tanto profesional como personalmente a creer que un aumento del poder marítimo estadounidense resultaría beneficioso porque percibía una «agitación generalizada en el mundo» que temía que pudiera resultar problemática para su nación a largo plazo. La seguridad de la que por entonces gozaban los Estados Unidos, apuntaba, se debía a «ventajas naturales» más que a «medidas inteligentes» y, en consecuencia, la nación se encontraba, advertía, «deplorablemente preparada [...] para ejercer en el Caribe y Centroamérica una influencia proporcional al alcance de sus intereses»[7].

Para otros como el clérigo Josiah Strong, el impulso imperialista iba hermanado a sus miedos por el impacto que la inmigración podía tener en la nación. El deseo de asegurar un dominio político y cultural anglosajón dentro de los Estados Unidos –«la conquista moral de esta tierra»– los condujo a la un tanto ambiciosa conclusión de que la mejor manera de conseguirlo era inculcarlo también fuera de Norteamérica. De hecho, del mismo modo que ciertos presidentes –el conjunto de los líderes mundiales, en realidad– intentan a menudo distraer de los desbarajustes dentro de sus fronteras nacionales centrando la atención en los asuntos exteriores, algunos de los reformadores estadounidenses de este periodo propusieron un Destino Manifiesto modernizado y más expansivo para su nación. En parte buscaban simplemente una justificación para sus proyectos reformistas y albergaban la esperanza de que otras naciones, otros pueblos, se mostraran tal vez más receptivos a sus preceptos de lo que hasta entonces lo habían sido los nativos americanos del Oeste y los nuevos inmigrantes de las ciudades en expansión. Y por otra parte aún mayor, eran cruzados de una causa, y esa causa era América.

Su proselitismo estaba dominado por la idea del conflicto. «Nuestra salvación nacional –declaraba el sacerdote congregacionalista Austin Phelps en su introducción al libro de Strong *Our Country*– exige el ejercicio supremo de ciertas virtudes militares.» Y las virtudes militares que Phelps tenía en mente eran las de la Guerra de Secesión. «Lo que la campaña en Pensilvania fue para la Guerra de Secesión –planteaba–, lo que la batalla de Gettysburg fue para esa campaña, lo que la lucha por Cemetery Hill fue para esa batalla, tal es la oportunidad presente para la civilización cristiana de este país.» La batalla en la que se centraba la obra de Strong, por

supuesto, era el nacionalismo. Los estadounidenses, subrayaba este, estaban en proceso de «construir una nación», una además anglosajona (con lo cual se estaba refiriendo a una angloparlante, más que a una etnia diferenciada). Estados Unidos, en opinión de Strong, ya se encontraba en «el camino de las naciones» y estaba destinada, por tanto, a ser «el gran hogar del anglosajón, el principal asiento de su poder, el centro de su vida e influencia». Desde Norteamérica, la influencia de este nacionalismo anglosajón se extendería en todas direcciones, para indudable beneficio de los «pueblos inferiores» del mundo. Su argumento, concluía, en un eco de sus ancestros del siglo XVII, era por tanto «no América por el bien de América, sino América por el bien del mundo»[8].

Esta fusión de la perspectiva marcial con la moral en nombre de la nación –y del mundo entero, de hecho– pasó a ser algo más que una coincidencia de opiniones entre hombres como Strong y Mahan en 1898, cuando Estados Unidos intervino en la guerra de independencia que por entonces se estaba librando en Cuba. Esta, una excepción a la doctrina Monroe, fue solo una de las múltiples colonias españolas que, a efectos prácticos, cambiaron de manos a partir de 1898. Guam, Filipinas y Puerto Rico se encontraban asimismo bajo jurisdicción española, pero fue Cuba la que actuó como catalizador de un conflicto que dominó, en gran medida, el primer mandato presidencial de McKinley. A pesar del idealismo que impulsó la intervención, la guerra para liberar Cuba lanzó a los Estados Unidos a las tormentosas aguas internacionales de la *Realpolitik*.

Alimentada por las noticias de las atrocidades españolas que solían llevar varios periódicos de la época, en especial el *New York World* de Joseph Pulitzer y el *New York Journal* de William Randolph Hearst, la indignación de los estadounidenses por la opresión de un pueblo colonial tan cerca de sus costas había alcanzado un punto crítico en torno al año de la elección de McKinley. Empero, el presidente no era en principio partidario de comprometer al país en un conflicto cuyo apoyo popular venía promovido en gran medida por la llamada «prensa amarilla» y animado por la guerra de ventas de dos gigantes de la prensa rivales (figura 8.3). No obstante, a comienzos de 1898, una pequeña metedura de pata diplomática –la publicación de una carta escrita por el ministro plenipotenciario español en Washington que criticaba a McKinley– vino seguida de una grave catástrofe. Una explosión en el buque de guerra estadounidense *Maine*

mientras se encontraba fondeado en La Habana destruyó el navío y mató a más de 260 de sus tripulantes. Se dio por hecho de forma generalizada, aunque infundada, que la destrucción del *Maine* había sido un acto deliberado de sabotaje por parte de los españoles. El grito «¡Recordad el Maine! ¡Al infierno con España!» resumió la respuesta del país. Para finales de la primavera de ese año, los Estados Unidos habían entrado en guerra.

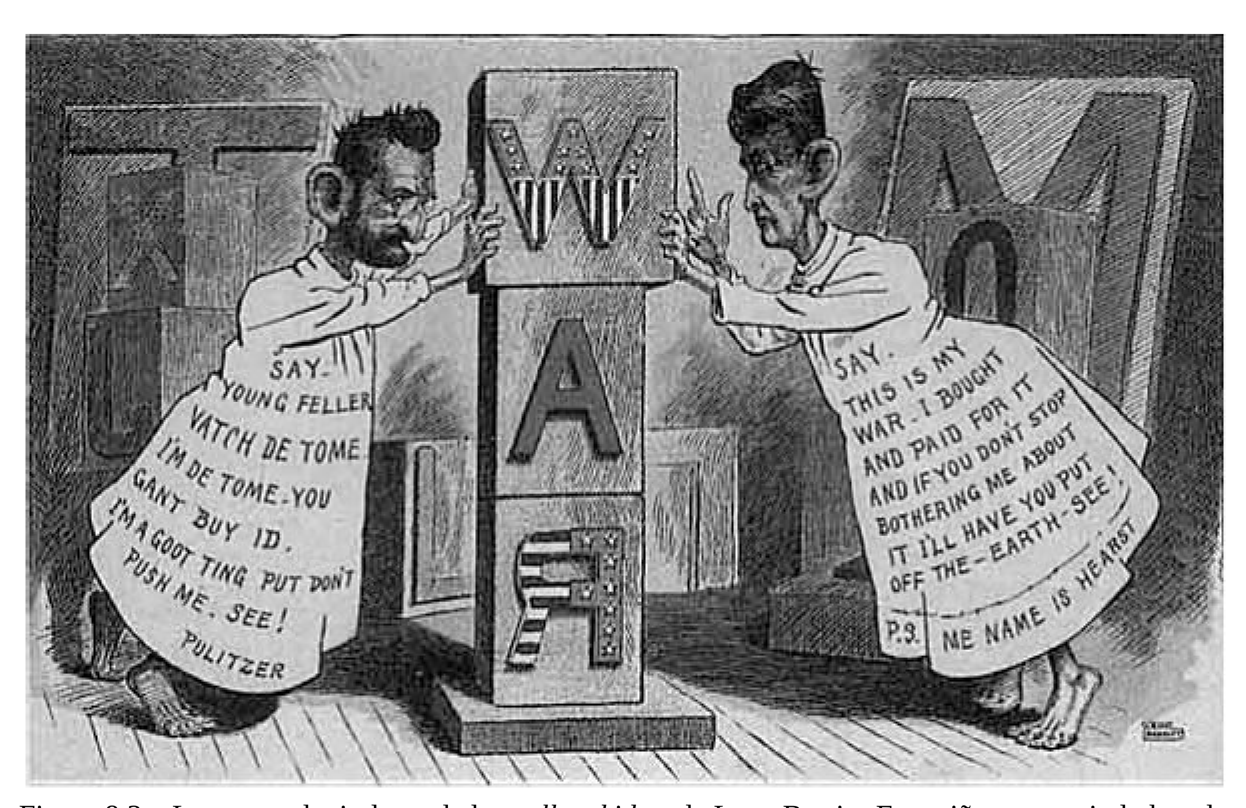


Figura 8.3. «La guerra de titulares de los *yellow kids*», de Leon Barritt. Esta viñeta, que vio la luz el 29 de junio de 1898, muestra a Joseph Pulitzer y a William Randolph Hearst vestidos como *the yellow kid* («el chico amarillo»). Este último era un personaje de una popular tira cómica, «Hogan's Alley», que salía en el *New York World,* aunque el personaje también apareció en el *New York Journal* cuando su creador, Richard Outcault, se mudó del primero al segundo en 1896. El aspecto del «chico» era el de un niño de los barrios bajos, vestido con un camisón sobre el que aparecía escrito lo que decía. La descripción despectiva que se hacía del *World* y el *Journal* poniéndolos como ejemplo de la «prensa amarilla» derivaba de esta tira cómica y daba a entender –acertadamente– que ambos periódicos rara vez dejaban que la realidad se interpusiera en una buena historia. Su popularidad se basaba principalmente en la combinación ganadora de historias sensacionalistas que alimentaban los miedos de sus lectores hacia el crimen, la corrupción y el declive general de la sociedad –especialmente en las ciudades de la nación– y un patriotismo bastante fanático, rayante en el jingoísmo; este tipo de enfoque periodístico apenas sorprendería a nadie hoy en día en muchos países europeos, pero constituía un cambio novedoso en el capitalismo de imprenta estadounidense de la época. En el caso concreto de Cuba, el punto de vista de ambos periódicos era fuertemente

antiespañol y partidario de que los Estados Unidos intervinieran en la guerra, como deja bien claro esta viñeta que, irónicamente, apareció en un momento en que la guerra de ventas entre Pulitzer y Hearst estaba apagándose; no obstante, el fervor marcial que ambos habían contribuido a inculcar ya había estallado en un conflicto abierto. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZC4-3800).

A pesar del llamamiento a no olvidar el *Maine* y de un visible monumento en Columbus Circle (Nueva York) erigido en su memoria, es probable que pocos estadounidenses situasen la Guerra de Cuba como un hito fundamental de la historia de su nación, de su nacionalismo. Menos aún serían los que quizá considerasen la subsiguiente guerra con las Filipinas (1899-1903) un acontecimiento decisivo para el país. Sin embargo, ambos fueron conflictos críticos a diversos niveles. Lo que había comenzado simplemente como un intento limitado de liberar Cuba se convirtió al final en el medio por el que los Estados Unidos asumieron el control de las antiguas colonias españolas en las Filipinas, Guam y Puerto Rico, además de Hawái, la cual no tenía nada que ver con España. Estados Unidos ya había negociado un acuerdo con Hawái para conseguir situar una base naval en Pearl Harbor, y se anexionó oficialmente las islas en 1898 por su ubicación, crucial para el comercio estadounidense con China y Japón. Ciertamente, en la adquisición por los Estados Unidos de lo que era, a efectos prácticos, un imperio en un solo y cómodo paquete, lo que primó fue el ansia comercial, no territorial. El comercio, no el colonialismo, era lo que la mayoría de los estadounidenses tenía en mente cuando se tomó la decisión de desafiar a España.

En consecuencia, los Estados Unidos no se encontraban del todo preparados para la guerra en que se vieron inmersos, pero afortunadamente para ellos, lo estaban más que los españoles. Los cuatro meses de la Guerra hispanoestadounidense asistieron desde el principio a una contienda desigual, que en modo alguno suavizó la representación en los medios de las victorias estadounidenses como una confirmación de la superioridad marcial –y especialmente naval– de la nación. El público asistente a los cines de Norteamérica pudo enseguida emocionarse con la visión de batallas navales, cuando la proyección del poderío de su nación en el Caribe y el Pacífico halló su reflejo en la gran pantalla (figura 8.4). La inseguridad respecto a los pros de la expansión o cualquier deseo residual de escudarse

en la doctrina Monroe dio paso a un apoyo generalizado, aunque desde luego no universal, a las nuevas ambiciones imperialistas de la nación.

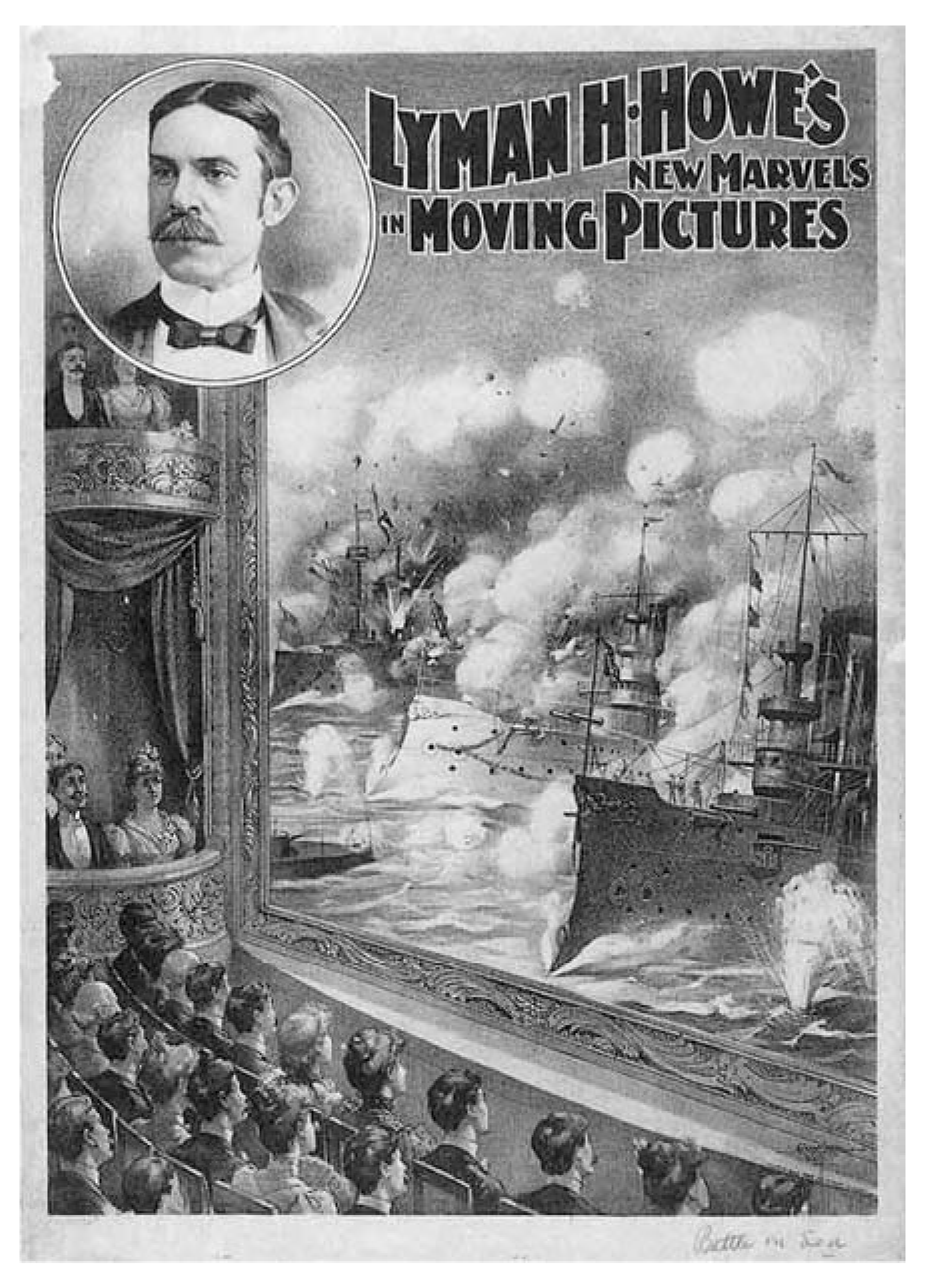


Figura 8.4. «Las nuevas maravillas cinematográficas de Lyman H. Howe», Courier Lithograph Company, Nueva York, *ca.* 1898. La proyección de una batalla naval de la Guerra hispanoestadounidense que anunciaba este cartel no era, por supuesto, una grabación real de los enfrentamientos, sino una recreación o –siendo más precisos– una simulación de los hechos realizada con maquetas en un estudio cinematográfico. Teniendo en cuenta que las audiencias de finales del siglo XIX ya estaban familiarizadas con el concepto, y con la realidad de las «representaciones» de hechos históricos –que constituían ya por entonces una popular forma de entretenimiento–, esto no

era algo inusual, ni habría sido considerado un engaño en sentido alguno. El mensaje que el público quería y recibía de este tipo de entretenimiento era esencialmente uno de validación, no de verosimilitud; estas producciones eran patrióticas en intención y en la práctica, precursoras de la plétora de películas bélicas de los siglos XX y XXI que presentan la historia desde una perspectiva norteamericana. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-05942).

Inicialmente, tal entusiasmo halló correspondencia en las Filipinas, Cuba y Puerto Rico, cuyos habitantes veían nuevas oportunidades en el derrocamiento de los antiguos regímenes coloniales. No obstante, cuando se volvió evidente que, especialmente en las Filipinas, ninguna de esas oportunidades iba dirigida a la población local, la resistencia armada a la intervención estadounidense aumentó. El conflicto resultante, que se prolongó hasta 1903, no resultó destructivo únicamente desde el punto de vista del número de vidas humanas que se perdieron –más de 100.000 filipinas y algo más de 4.000 estadounidenses– sino también, sostuvieron algunos, desde el de los valores norteamericanos. Las voces de alarma intentaron reconducir la nación hacia sus objetivos fundamentales, evitar lo que la Liga Antiimperialista (Anti-Imperialist League; fundada en 1899) describió como una traición de «la libertad americana en el afán por alcanzar unos fines antiamericanos». La «influencia que debían tener los Estados Unidos», mantenía la Liga, era «moral, comercial y social», pero dicha influencia se hallaba amenazada por la determinación del país de hacerse con el control de las Filipinas[9].

Aún peor resultaba el intento por parte de la administración McKinley, a ojos de la Liga, de «extinguir el espíritu de 1776 en esas islas» (las Filipinas habían adoptado una constitución inspirada en la estadounidense) y de extender «la soberanía estadounidense mediante métodos españoles». Los Estados Unidos, recalcaba la Liga, tenían la obligación moral de no imponer sobre otros el tipo de gobierno colonial que ellos mismos habían derribado. El imperialismo, advertía, era «hostil a la libertad y empuja hacia el militarismo, un mal del cual nos hemos enorgullecido de estar libres». Respecto a este último punto la Liga estaba expresando una opinión que no terminaba de concordar con la realidad estadounidense a principios del siglo XX, como cualquier nativo americano podría haberle recordado. Después de todo, el «espíritu de 1776» se había manifestado de una forma

marcial, fuesen cuales fuesen los imperativos morales que terminaran por asociarse al mismo en los años siguientes. Y el espíritu que había vertebrado una parte tan grande de la política y la sociedad norteamericanas en las últimas décadas del siglo XIX, similarmente, combinaba lo marcial con lo moral. Llegado el fin de siglo, si bien los ejércitos de la Guerra de Secesión habían desaparecido hacía mucho, no había ocurrido lo mismo con su influencia.

Para una generación que había luchado, o bien en esta última guerra, o había crecido entre los recuerdos de dicho conflicto, es posible que la guerra con España pareciese, tal como la describió el entonces secretario de Estado y antiguo secretario personal de Abraham Lincoln John Hay, «una guerrita espléndida», aun cuando algunos consideraron que sus repercusiones distaban mucho de ser pequeñas y, en ciertos aspectos, no eran del todo espléndidas. La Guerra hispanoestadounidense fue un conflicto que vio por primera vez a antiguos enemigos combatir hombro con hombro en vez de uno contra otro. La lucha de clases también había funcionado, en 1896, como una fuerza divisoria, en especial entre los demócratas, y la sombra de la Guerra de Secesión no hizo sino recordar viejas heridas a los estadounidenses. Pero en el transcurso de solo unos pocos años, y hasta cierto punto, estas heridas se fueron cerrando en el marco de un conflicto muy diferente que unió a antiguos adversarios bajo el estandarte de un nacionalismo estadounidense más ambicioso.

No obstante, este nacionalismo miraba hacia el interior de sus fronteras tanto como hacia el exterior, y la adquisición de un imperio transoceánico, o cuando menos algo parecido, no era su única motivación. La generación de la Guerra de Secesión le había dejado un complejo legado a la nación. No se trataba simplemente de que el poder ejecutivo hubiese estado dominado por veteranos desde 1868. El impacto cultural y ritualista del conflicto, fomentado por diversas organizaciones de veteranos del Norte y del Sur, pero especialmente por el unionista Gran Ejército de la República (Grand Army of the Republic), no se redujo a las celebraciones del Día de los Caídos. Tuvo repercusiones en las aulas de todo el país a medida que una nueva generación de estadounidenses aprendía a recitar diariamente el Juramento de Lealtad y a saludar a una bandera que había terminado por delimitar algo más que las fronteras de la nación. En pocas palabras, esta constituía un símbolo de una misión nacional y de un legado militar.

En un discurso dirigido a esa nueva generación en 1895, el exsoldado de la Unión y futuro juez adjunto del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes Jr. apeló a lo que él denominó la «fe del soldado». La guerra, observó Holmes, resultaba a finales del siglo XIX algo «anticuado»; las «aspiraciones del mundo», señaló, eran en ese momento «de tipo comercial». Con todo, el propio Holmes guardaba poco respeto por un mundo en el que los «filántropos, reformadores laborales y hombres elegantes» podían sentirse «cómodos y destacar sin demasiadas dificultades o sin correr peligro alguno», uno en el que «el amor por la patria» no era más que «un cuento de viejas». Holmes criticó con algo más que un leve desdén la moderna «revuelta contra el dolor en todas sus formas» y aconsejó sobriamente a sus oyentes que «rezaran, no por la comodidad sino por el combate, a fin de conservar la fe del soldado contra las incertidumbres de la vida civil»[10]. Antes de que el nuevo siglo hubiera comenzado, la particular plegaria de Holmes respecto a esta cuestión había sido respondida. Empero, en los años que vendrían, no serían pocos los miembros de su audiencia que, junto con su nación, tendrían motivos para meditar sobre todas las ramificaciones de la fe del soldado y la turbulenta senda entre el comercio y la guerra que conducía al siglo XX.

El nuevo Nacionalismo

«La fe en el valor del heroísmo nace del propio heroísmo», afirmó Holmes, y hubo una persona para la que estas palabras tuvieron un impacto especial. Theodore Roosevelt se vio repentinamente en posesión del poder presidencial cuando McKinley resultó asesinado, pero, en cualquier caso, no es que aquel hubiera estado nunca falto de autoridad; llevaba toda su vida preparándose para ejercerla. Para 1901, el presidente más joven de los Estados Unidos, con cuarenta y dos años, ya se había forjado una reputación como hombre de acción. En su caso particular, la acción en cuestión fue la toma de las lomas de San Juan cerca de Santiago de Cuba en 1898. Empero, Roosevelt y sus *Rough Riders* (Jinetes Rudos), la unidad de voluntarios de caballería que había reclutado, no fueron los únicos combatientes que ganaron fama en ese enfrentamiento concreto. Hubo una serie de regimientos afroamericanos que resultaron decisivos para el logro

de la victoria estadounidense aquel día, un hecho destacado por el futuro líder de las fuerzas norteamericanas en Europa durante la Primera Guerra Mundial y entonces teniente John J. Pershing. «Regimientos de blancos y negros, tropas regulares y Rough Riders, en representación de los jóvenes del Norte y el Sur, lucharon hombro con hombro –relató Pershing con entusiasmo–, sin prestar atención a la raza o al color, o a si los lideraba un exconfederado o no, atentos únicamente a su deber común como estadounidenses»[11].

El orgullo de Pershing por la capacidad de las tropas que dirigía para dejar a un lado las diferencias raciales no implica que él la tuviera, a largo plazo; y lo mismo pasaba con Roosevelt. Ambos tuvieron que lidiar con las ramificaciones raciales del nacionalismo cívico integrador que en teoría deseaban pero que, con excesiva frecuencia, rechazaban en la práctica. El principal relato que llegó desde lo alto de las lomas de San Juan no fue el de una nueva nación que aceptaba todas las razas, sino el del heroísmo de un individuo: el de Roosevelt. En este último, desde luego, confluían y se mezclaban múltiples aspectos contradictorios del nacionalismo y de la creación de mitos estadounidenses. Era una figura que parecía encarnar el sueño americano: no el del tipo «de mendigo a millonario» –había nacido en una familia adinerada– sino el ideal de forjarse un destino propio en la frontera.

Roosevelt narró sus propias experiencias como ranchero en lo que entonces todavía era el territorio de Dakota en, entre otras publicaciones, *Ranch Life and the Hunting Trail* (1888). Ilustrado por su amigo y también apasionado del Oeste Frederic Remington, un renombrado artista, la fuerza emocional de la obra aparecía sintetizada en el epígrafe elegido por su autor, unas líneas del «Saul» de Robert Browning centradas en el «vigor de nuestra plenitud masculina», en el que «ningún alma se siente desfallecer, / ningún músculo detiene su actividad ni tendón alguno se relaja»[12]. Esto no solo reflejaba la actitud con que Roosevelt encaraba su propia vida y las oportunidades que ofrecía el Oeste, sino que también recogía la esencia de su visión para la nación que se vio dirigiendo en 1901.

Roosevelt propugnaba lo que él denominó «la vida esforzada», una frase eternamente asociada a él tras un discurso con el mismo título que dio en Chicago en 1899. Sostenía, de manera similar a Holmes, que los estadounidenses debían mantener «no la doctrina de la innoble comodidad,

sino la de la vida esforzada, la vida de la labor afanosa y el ahínco, del trabajo y la lucha. [...] Una vida indolente –remarcó– es tan poco digna de una nación como de un individuo». Un «estado saludable», en opinión de Roosevelt, dependía de que sus ciudadanos llevasen «vidas decentes, activas y sanas» y de que educasen a sus hijos para que estos aprendieran «a no eludir las dificultades, sino a superarlas; a no buscar la comodidad, sino a saber cómo extraer el triunfo del esfuerzo y el riesgo»[13]. Muchas otras naciones, por supuesto, y muchas otras personas han dado expresión a lo que es, en esencia, un sistema de valores marcial de clase media, pero raramente de un modo tan exhaustivo como los Estados Unidos a comienzos del siglo XX. Con su defensa de la «vida esforzada», Roosevelt reflejaba y reforzaba un impulso reformador que ya entonces se encontraba bien arraigado en la cultura, la sociedad y –cada vez más– la política de los Estados Unidos.

Dado que la propia carrera de Roosevelt había comenzado en la Armada (y su primera publicación había tratado sobre la guerra de 1812), quizá no resulte sorprendente que en sus discursos puedan hallarse ecos de la perspectiva de Mahan sobre el poderío naval y nacional del país, o que la defensa del ideal anglosajón que hiciese Strong pueda formar parte asimismo de la filosofía del presidente. De hecho, Roosevelt reunió, de manera totalmente literal, a Strong y Mahan en 1900 en una ocasión en que los presentó mutuamente. La contribución de Mahan a una de las obras posteriores de Strong, *Expansion: Under New World-Conditions* (1900), tuvo un empalagoso reconocimiento por parte del autor, pero Mahan no fue la única influencia en la prescripción que hizo Strong para la agenda nacional y el nuevo imperativo global de los Estados Unidos; influyó todo el espíritu de aquella era, una que, como muchos daban por hecho con bastante razón, iba a estar protagonizada por su país.

Expansion... pretendía ser un aviso para los Estados Unidos del cambio de siglo. En su argumentación de que la Guerra hispanoestadounidense había proporcionado al país «un nuevo temperamento, una nueva conciencia nacional, una nueva comprensión del destino», tendía puentes entre generaciones y programas. El libro gustó a muchos de los que habían luchado en la Guerra de Secesión y a los que, como Roosevelt, habían nacido demasiado tarde como para participar en ese conflicto concreto y que, tal vez, deseaban demostrar que aun así no carecían de espíritu marcial.

De manera más crucial, al postular lo que constituía básicamente un paradigma de «guerra sin fin» para los Estados Unidos, atrajo tanto al reformador social como al soldado. Ambos podían identificarse con la proposición de que «sobre el gran yunque divino de la guerra se descargan los poderosos martillazos que forjan la nación para usos más elevados» y situarla en su propio marco de referencia[14]. Ambos podían percibir, en las nuevas condiciones mundiales que Strong les refería en detalle, la oportunidad de luchar –literal y metafóricamente– por la nación, y de defenderla de amenazas tanto internas como externas.

En cuanto a la existencia de organismos exteriores potencialmente hostiles, reformadores estadounidenses como Strong demostraron tener una mentalidad abierta. Con la llegada del nuevo siglo, sus preocupaciones no se ceñían únicamente a los hombres sino que, por el contrario, también incluían a los microbios. El peligro de contagio desde el extranjero, según lo veía Strong en 1900, ya no era solamente metafórico. El miedo a la enfermedad, al igual que al debilitamiento de los valores democráticos por los inmigrantes, constituía una parte fundamental de la mentalidad defensiva que dominó los Estados Unidos en los primeros años del siglo XX, dentro y fuera del país. La amenaza que representaban lo que Strong consideraba las «razas poco higiénicas, [...] salvajes y parcialmente civilizadas», una que comprendía tanto enfermedades como ignorancia, debía, sostenía él, «ser controlada por naciones progresistas tanto por su propio bien como por el del mundo» (figura 8.5). Mas la defensa de Strong de lo que un historiador describió como la «diplomacia misionera» no constituyó algo exclusivo de Estados Unidos en este periodo[15]. Esta no fue ni mucho menos la única nación en posicionarse como una nación particularmente progresista, pero sí fue quizá más lenta que otras en llevar la idea a su conclusión lógica. Le hacía falta un empujoncito, que no iba a tardar en llegar.

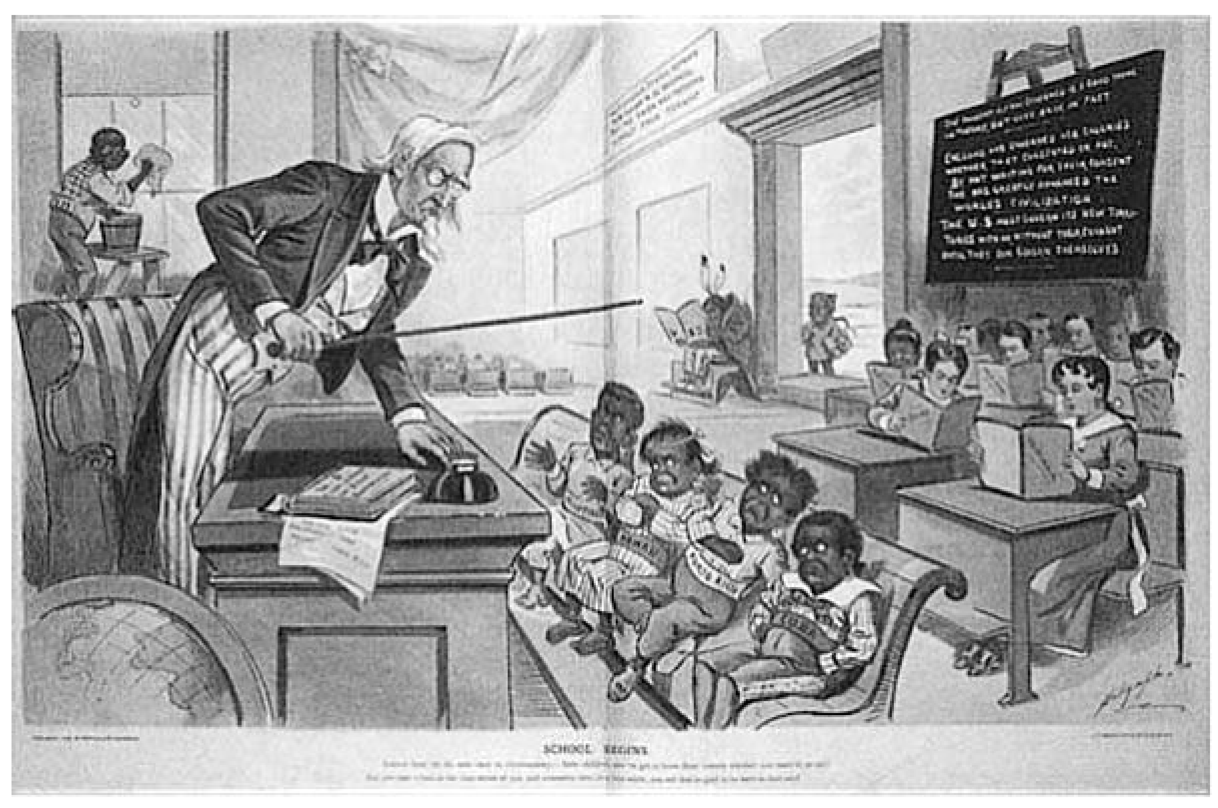


Figura 8.5. «Comienza la escuela», de Louis Dalrymple, 1899. Esta viñeta, que apareció en *Puck Magazine* el 25 de enero de 1899, recoge algunas de las preocupaciones en torno a la nueva empresa imperialista de los Estados Unidos y la perspectiva de inculcar los valores anglosajones de la nación a los no blancos. Muestra la figura del «Tío Sam», que ejerce de maestro, frente a cuatro niños en la primera fila que representan a las Filipinas, Hawái, Puerto Rico y Cuba. En las filas de atrás aparecen estudiantes bastante más aplicados, cada uno con un libro que lleva el nombre de un estado distinto. Se reproduce también, sentada junto a la puerta, la figura de un nativo americano que sostiene un libro boca abajo, y un niño chino se halla vacilante en el umbral. Detrás del Tío Sam, un afroamericano limpia las ventanas. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZC2-1025).

El poeta inglés Rudyard Kipling sabía bien que se estaba dirigiendo a una audiencia transatlántica cuando aconsejó a los Estados Unidos en su poema «The White Man's Burden»: «Asumid la carga del hombre blanco / olvidad los días de infancia»; y les recordaba: «¡Es la hora –para buscar vuestra hombría / a través de los años ingratos, / fríos, orlados de costosa sabiduría– / del juicio de vuestros pares!». Puede que la perspectiva de Kipling estuviese influida por la frontera imperial de Gran Bretaña, pero como aclaraba el subtítulo del poema («Los Estados Unidos y las islas Filipinas»), el escritor advertía la probable resonancia de este último en una nación que

luchaba con una dinámica racial desestabilizadora propia al tiempo que trataba de estudiar las posibilidades de la influencia exterior y enviaba a sus todavía segregadas fuerzas armadas al extranjero en busca de ese fin siempre difícil de alcanzar. Otros eran bastante más cínicos en cuanto a la capacidad de los Estados Unidos de convertirse en un imperio, o de ejercer una influencia del tipo que fuese. Una respuesta satírica al poema de Kipling, compuesta por su compatriota el político Henry Labouchère, y titulada «The Brown Man's Burden» (La carga del hombre moreno), concluía con las líneas: «Aumentad la carga del hombre moreno, / y proclamad por todo el mundo/ que sois agentes de la Libertad, / ¡no hay treta más provechosa! / Y, si os echaran en cara / vuestra historia pasada, / replicad que la independencia/ solo es buena para el hombre blanco»[16].

No hay constancia de ninguna reacción de Roosevelt a la crítica de Labouchère. Sin embargo, en lo que respecta a Kipling, aquel consideraba «The White Man's Burden» un mal poema pero un buen consejo. Estados Unidos, bajo el liderazgo de Roosevelt, buscó sin duda nuevas oportunidades más allá de sus costas y dentro de sus propias fronteras. La largamente anhelada adquisición en 1903 de los terrenos del canal de Panamá (la construcción comenzaría al año siguiente), por ejemplo, brindaba mayores oportunidades estratégicas y comerciales a los Estados Unidos. Las negociaciones en sí, dado que implicaron un cierto grado de intervención por parte del país en el conflicto entre Colombia y Panamá –Estados Unidos envió el USS *Nashville* en ayuda de esta última–, introdujo una nueva expresión, un nuevo concepto, en el debate sobre la política exterior estadounidense: la diplomacia de cañoneras. A primera vista, esta parecía una propuesta un tanto diferente de la diplomacia misionera. Pero bajo un examen más atento, lo marcial y lo moral se reforzaban mutuamente también en este caso, como había ocurrido desde tiempos coloniales, como ocurría, con potentes resultados, en el propio Roosevelt.

Como el primero de los tres llamados «presidentes progresistas» (los otros son William Howard Taft y Woodrow Wilson), el programa de Roosevelt para su nación fue a la vez innovador y reaccionario. Sus proyectos más mimados, ya se tratase del canal de Panamá, la defensa y conservación del medio ambiente o la influencia internacional de los Estados Unidos, giraron siempre, a diversos niveles, en torno a la idea del «americanismo». Este fue otro concepto frecuentemente asociado a

Roosevelt tras su exposición sobre el «auténtico americanismo» en 1894, pero también un tema constante sobre el que volvieron una y otra vez numerosos políticos y oradores. A comienzos del siglo XX, la idea del «auténtico americanismo» se invocaba muy a menudo, como lo hacía Roosevelt, al hablar de la inmigración y de la lucha de la nación por casar los sueños de igualdad económica, racial y política con la cruda realidad de la pobreza industrial y urbana generalizada, las responsabilidades globales con el malestar dentro de la nación. Significaba mucho más que simplemente inculcar por necesidad a los inmigrantes un patriotismo estadounidense identificable; significaba definir primero ese patriotismo con claridad.

Para Roosevelt, el americanismo era a la vez una propuesta comunitaria y conflictiva que comprendía diversos aspectos. Solo uno de ellos implicaba «la norteamericanización de los recién llegados a nuestras costas» y el convencimiento de que «en todos los ejercicios escolares debía emplearse solo el inglés, y ningún otro idioma». En su nivel más básico, el americanismo era, según declaró Roosevelt evocando a Lincoln, «una cuestión de espíritu, convicción y determinación, no de credo u origen». Tenía poco tiempo para aquellos que se aferraban a sus orígenes europeos, los cuales «exhibiendo una increíble y despreciable locura, vuelven erráticamente sobre sus pasos para postrarse ante los dioses extranjeros a los que renunciaron nuestros ancestros». La imitación, a ojos de Roosevelt, distaba mucho de ser la forma más sincera de halago, sino que por el contrario era un signo de debilidad. Aquellas veces que los estadounidenses se habían «esforzado al máximo por amoldarse a las formas convencionales europeas –planteaba–, [era] cuando menos éxito [habían] tenido». A diferencia de una cultura europea «excesivamente civilizada, sensible y refinada», el americanismo radicaba en «la dureza y el coraje varonil» que tanto entusiasmaba a Roosevelt y que con tanto empeño este trataba de encarnar; por encima de todo, consistía en «librar una guerra sin cuartel contra toda clase de males, cada vez más numerosos»[17].

La perspectiva progresista, tal como la expresaban Roosevelt y otros, era decididamente optimista en su actitud pero esencialmente pesimista en su premisa de que, de entrada, existían multitud de males contra los que luchar. Se dividía, en líneas generales, en dos bandos principales: el social y el conservador. El primero se centraba en mejorar las vidas de las clases más

pobres y tenía como objetivo fundamental acabar con los considerados males del entorno urbano; las desigualdades en la calidad de la vivienda y la atención sanitaria, las leyes sobre el trabajo infantil, el crimen –organizado o no–, la prostitución y la lucha contra el alcoholismo eran solo algunas de las cuestiones que preocupaban a los progresistas sociales. El segundo abordó con un enfoque más amplio la necesidad de establecer un equilibrio entre los excesos de la era industrial y los imperativos de una sociedad orgánica, entre el consumidor y el capitalista, y entre la nación y sus recursos naturales. Los conservadores, que actuaban más a nivel federal, se dedicaron a asegurar el cumplimiento de las leyes antimonopolio; a extender el poder del Estado central en relación, por ejemplo, con las tarifas ferroviarias y los impuestos; y a presionar para que se aprobaran ciertas leyes, como la jornada laboral de ocho horas. Algunos de sus éxitos fueron la creación del Departamento de Trabajo y de la Oficina Federal de la Infancia, junto con la aprobación de un montón de leyes dirigidas a la protección de trabajadores y consumidores. Empero, lo que los progresistas sociales y conservadores tenían en común era que ambos actuaban movidos por una combinación de fe y miedo.

Pese a estar cimentada sobre una tradición protestante evangélica que se remontaba a los comienzos mismos de la nación, la mentalidad progresista se encontraba muy a menudo dominada por el miedo. Los reformadores y políticos de los Estados Unidos veían males por todas partes, y los esfuerzos de los periodistas «sensacionalistas» y de la «prensa amarilla» garantizaban que la opinión pública norteamericana nunca perdiese de vista el peligro en que se hallaba. Ese peligro acechaba en la amenaza bicéfala que representaban el anarquismo y el socialismo; residía en la ciudad, en sus barrios bajos y sus tabernas; en la inmigración y la industrialización; en el desequilibrio entre el trabajo y el capital; en el crimen y en su corolario: el castigo; y en las desigualdades de clase, raza y sexo y de tipo sanitario que malograban el ideal republicano. La marginación social ya era bastante mala de por sí, pero el desafío que planteaba al «auténtico americanismo» exigía la toma de medidas.

Una solución era combinar la regeneración moral con su variante material. El experimento fue llevado a cabo, con cierto éxito, por, entre otros, Jane Addams y Ellen Gates Starr en la Hull House de Chicago. Inspirada en el Toynbee Hall de Londres, la Hull House –el primer (se

fundó en 1889) y más famoso ejemplo de las llamadas *settlement houses* (centros comunitarios)– tenía como objetivo aliviar algunas de las dificultades prácticas a las que tenían que enfrentarse las familias, en su mayoría de inmigrantes, del West Side de Chicago. Con su combinación de programas prácticos, sociales y educativos –se ofrecían servicios de guardería y biblioteca, charlas, talleres y conciertos–, la Hull House resultaba particularmente valiosa para aquellas mujeres con dificultades para compaginar las obligaciones laborales con el cuidado de los hijos. La Hull House no era, como tal, un lugar donde se presionase a la gente para que se norteamericanizara. Si bien ofrecía, entre otros servicios educativos, clases de inglés, el aprendizaje de una nueva lengua no se veía como un catalizador hacia el abandono total de una cultura anterior. La Hull House aceleraba la formación de los inmigrantes, no su adoctrinamiento.

Actuando de acuerdo con el supuesto tradicional de que la mujer era la que hacía las veces de pilar moral de la familia, mujeres blancas de clase media como Addams y Starr, algunas de las cuales no contaban con familias propias, volcaron sus energías en guiar las vidas de otros para asegurar, se tenía la esperanza, una familia nacional más estable, aunque no necesariamente homogénea. Así y todo, muchos de los problemas que Addams y Starr pretendían tratar no eran, desde luego, específicos de los inmigrantes que luchaban por salir adelante en un nuevo mundo, sino que formaban parte intrínseca de las exigencias de la nación capitalista o consumista en que se habían convertido los Estados Unidos. La corrupción política, condenada de un modo tan exhaustivo por Lincoln Steffens en *The Shame of the Cities* (1904), fue acusada en publicaciones posteriores –particularmente en *La Jungla* (1906), de Upton Sinclair– de poner en peligro no solo el bienestar moral de la nación, sino también la salud física de sus habitantes. *La Jungla*, una dura crítica de las condiciones laborales e higiénicas en las plantas cárnicas de Chicago, fue un éxito de ventas instantáneo, gracias en buena medida al detalle con que narraba cosas «absolutamente inenarrables» (en especial la posibilidad de que hubiese pedazos de carne humana en el sebo vacuno).

De hecho, los horrores de los mataderos –una fuente constante de fascinación, podría decirse, para los estadounidenses, como reveló el éxito de *Fast Food Nation* (2001) de Eric Schlosser– palidecían en comparación con las infravidas de sus trabajadores, principalmente inmigrantes, que

describía Sinclair. Era un mundo que evocaba de manera perturbadora el Sur decimonónico de las plantaciones, uno habitado por «una población, de clase baja y en su mayoría extranjera, que se encontraba siempre al borde de la hambruna, y dependiente en cuanto a sus posibilidades de supervivencia de los caprichos de hombres tan brutales y carentes de escrúpulos como los negreros de antaño». Tales comparaciones no resultaban inmediatamente obvias, afirmaba Sinclair, pues en los mataderos, contrariamente al Sur de la preguerra, «no había diferencias de color entre amo y esclavo»[18].

Pero la evocación de un pasado incómodo tuvo, quizá, menos impacto que la idea de que había comida contaminada que acababa en los platos de los estadounidenses. La aprobación tanto de la Ley de Inspección Cárnica (Meat Inspection Act) como de la Ley de Salubridad de Alimentos y Medicamentos (Pure Food and Drug Act) el mismo año en que se publicó *La Jungla* mostró lo rápido que podía avanzar la joven nación de la comida rápida cuando quería. No obstante, cuán lejos exactamente debía avanzar en dirección a soluciones legislativas federales a problemas socioeconómicos constituía materia de debate. En una nación basada en la idea del individualismo, la perspectiva de un Estado intervencionista era un anatema. Conciliar la vida esforzada con la idea de, esencialmente, un programa de bienestar social probablemente no iba a resultar tarea sencilla.

Añadir a la situación una carga –fuese o no para el hombre blanco– procedente del extranjero apenas contribuía a mejorar las cosas, pero desde el punto de vista de la mercadotecnia, al menos, Estados Unidos asumió el reto. Se consideraba que todo debía ser nuevo en el nuevo siglo. Roosevelt prometió un «Nuevo Nacionalismo», que hacía hincapié en un Estado central fuerte como medio para alcanzar la igualdad socioeconómica –lo que él denominó el «trato justo»–, como principio central de su campaña de 1912 a la presidencia. Woodrow Wilson ofrecía el concepto contrario de la «Nueva Libertad», que ponía el énfasis en una política más partidaria del *laissez-faire* respecto a la controvertida cuestión de equilibrar el poder y el provecho personal con el sector público y político. Todo, en suma, era excitante y nuevo. Lo malo era que se habían olvidado de la palabra «mejorado».

El progreso, naturalmente, se encontraba en la base de los impulsos nacionalistas y reformistas del país en este periodo, al igual que en los

anteriores. El ideal estadounidense, si no su realidad, siempre había mantenido la esperanza –el imperativo, de hecho– de lograr progresos tanto para los individuos como para el colectivo, dentro de ciertos parámetros raciales, religiosos y sexuales, naturalmente. Estos parámetros seguían bastante fijos incluso después de 1900. En ese sentido, el «Nuevo Nacionalismo» o la «Nueva Libertad» de principios del siglo XX tenían poco de novedoso, exceptuando quizá las ambiciones de la nación a la que aludían las expresiones.

Roosevelt había dejado la presidencia en 1908. Como era de prever, su marcha fue a lo grande. Una de sus últimas acciones como presidente fue organizar una circunnavegación del globo por 16 buques de guerra de la flota del Atlántico –que acabaron por ser conocidos como la Gran Flota Blanca– en un viaje de 14 meses que comenzó en diciembre de 1907 y concluyó en febrero de 1909. El mundo se vio apropiadamente impresionado, y las multitudes de norteamericanos que se congregaron para ver estos navíos confirmaron que el mercado nacional sabía apreciar igualmente esta clara exhibición de su poderío naval (figura 8.6). Con todo, lejos de alta mar rondaba el miedo de que los Estados Unidos estuviesen desarrollando un poder sin responsabilidad, un capitalismo sin conciencia, y que los alardes patrióticos por el peso que la nación tenía en el resto del mundo fuesen una simple distracción de las desigualdades internas que arruinaban las vidas de tantos norteamericanos.

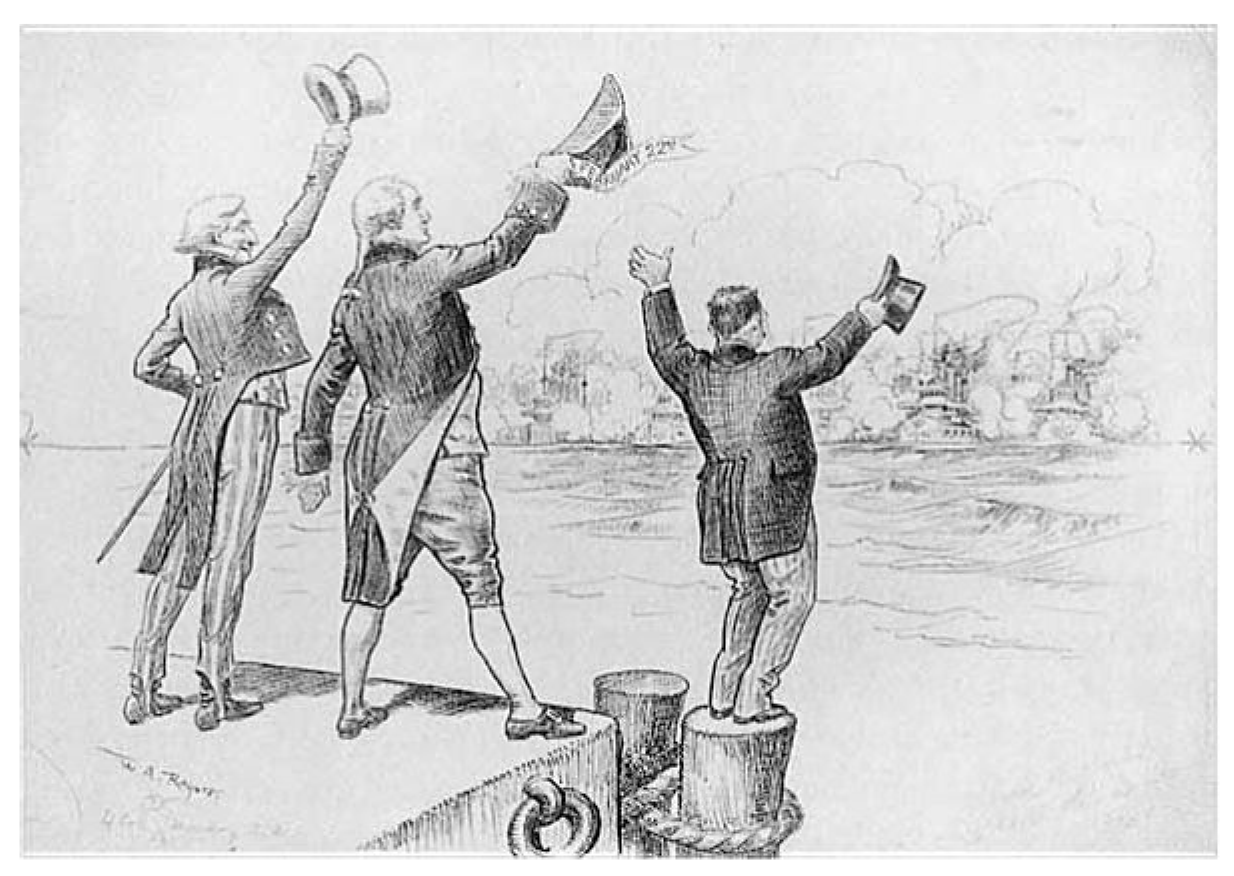


Figura 8.6. «¡Bienvenidos a casa!», de William Allen Rogers, 1909. Esta viñeta fuertemente patriótica apareció en el *Herald* de Nueva York el 22 de febrero de 1909 (la fecha está en el sombrero de Washington). Muestra (de izquierda a derecha) las figuras del «Tío Sam», George Washington y Theodore Roosevelt dando la bienvenida a la Gran Flota Blanca, que regresa al astillero naval de Hampton Roads tras su travesía alrededor del mundo. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-136026).

A pesar de la popularidad de *La Jungla,* las reflexiones literarias sobre el tema no atenuaron ciertamente el impacto de las impersonales fuerzas capitalistas sobre los trabajadores inmigrantes de la industria cárnica. Los estratos superiores de la sociedad parecían igual de vulnerables a los caprichos tanto del mercado como de las costumbres modernas. Upton Sinclair había planteado por lo menos una miseria compartida entre los oprimidos, pero autores igualmente populares como Edith Wharton dibujaron un «nuevo» mundo de opulencia en el que el individualismo podía tornarse en aislamiento con demasiada rapidez. Este mundo era intrínsecamente inestable en lo económico y se hallaba prácticamente en una bancarrota espiritual. Es probable que las heroínas de Wharton, a

diferencia de la de Stephen Crane, no corriesen el riesgo de caer en la prostitución, pero sí que descendían rápidamente por la escala social en novelas como *La casa de la alegría* (1905). La clave de la crítica social de Wharton, naturalmente, se hallaba en el título: «el corazón de los sabios está en la casa del luto –según el Eclesiastés (7, 4)–, mas el de los necios está en la casa de la alegría».

Sin embargo, llegada la segunda década del siglo XX, el sentir estadounidense tenía motivos más que suficientes para inclinarse por la alegría en vez de por el luto, pero eso no hacía de ellos necios. A Roosevelt, no obstante, le preocupaba que la prosperidad les hubiera vuelto quizá olvidadizos, si no autocomplacientes, y el expresidente disponía de suficiente confianza en sus capacidades como para tratar de devolverlos al buen camino. Tras fundar un nuevo partido –el Partido Progresista–, se presentó a la reelección como presidente en 1912. Dado que Roosevelt esbozó por primera vez su concepto del nuevo nacionalismo en 1910 en Kansas –estado con conexiones históricas con el abolicionista radical John Brown– y que su audiencia incluía miembros del Gran Ejército de la República, era quizá inevitable que subrayase la «lucha histórica» que había sido la Guerra de Secesión. Destacó la figura de «los hombres del pasado –tal como él lo expresó–, en parte para honrarlos con nuestras alabanzas, pero más con objeto de que puedan servir como ejemplos para el futuro»[19]. No obstante, a esas alturas la nación ya había pasado página. El recuerdo de la Guerra de Secesión por parte de Roosevelt parecía trasnochado a ojos de una ciudadanía que en su mayoría no tenía relación directa con los años centrales del siglo XIX y cuyos antepasados no se habían encontrado allí cuando Estados Unidos estaba desgarrándose por su propia mano.

Tres años más tarde, el hombre que frustró el intento de salir reelegido de Roosevelt, Woodrow Wilson, también se vio frente a una audiencia formada por veteranos de guerra cuando habló en una reunión que conmemoraba el quincuagésimo aniversario de Gettysburg, la batalla de tres días (1-3 de julio de 1863) que, desde el punto de vista histórico, se consideró el punto de inflexión de la Guerra de Secesión y, consecuentemente, de la nación. En realidad, Wilson no tenía previsto asistir al acto, y si bien le convencieron para que lo hiciera, su discurso de ese día estuvo teñido por una cierta reluctancia a darle excesivas vueltas al pasado. Wilson, como Roosevelt,

reconoció la «varonil devoción» de los «hombres venerables» a los que se estaba dirigiendo, pero seguramente mostró bastante más interés en destacar que «su tarea [había] acabado», y que su «día había iniciado ya su atardecer». Por el contrario, el día de los Estados Unidos, recalcó Wilson, «no ha concluido, sino que se encuentra en su cenit». Y si bien aceptó el bastón de responsabilidad que le entregó la generación de la Guerra de Secesión, Wilson anunció de todos modos que el futuro sería uno de «sosegado diálogo, en el que el estruendo de las trompetas no se oye ni se escucha»[20].

Desgraciadamente para Wilson, al igual que para la nación cuyo liderazgo acababa de asumir, esto no era sino el triunfo del optimismo sobre la realidad. Estados Unidos, en 1913, disponía de motivos sobrados para dar por sentado que Roosevelt y Wilson tenían razón: el primero en su afirmación de que «el bien de la humanidad» dependía del éxito de los Estados Unidos, y el segundo en su convicción de que la influencia internacional del país garantizaría un futuro en el que «se hacen cosas que bendicen las naciones del mundo con paz, rectitud y amor». Las dos cosas no tenían por qué ser necesariamente compatibles y, en cualquier caso, pasado 1914, el mundo albergaba ideas distintas.

El estallido de la guerra en Europa causó conmoción en Estados Unidos, pero no supuso un motivo inmediato de preocupación. Como Roosevelt les decía insistentemente, los estadounidenses gozaban de la seguridad de «un continente en el que encontrar nuestro propio destino», un continente en el que luchar por la justicia, por un «trato justo» para todos. La retórica marcial de Roosevelt, como la de todos los progresistas en general, no dejaba de ser en gran medida metafórica. No obstante, cuando optó por emplear un lenguaje bélico en su campaña, Roosevelt tenía presente el poder unificador del conflicto en una nación tan heterogénea como los Estados Unidos. Las divisiones políticas, las reformas progresistas y la disensión pública podían encontrar todas una causa común en la llamada a las armas en nombre de la nación. A este respecto, la fe del soldado resultó ser persistente en la teoría y, al final, profética en la práctica. Si bien el viaje de la Gran Flota Blanca había puesto de relieve lo pequeño que era el mundo en términos reales, los campos de batalla de Europa parecían estar todavía tranquilizadoramente lejos cuando Roosevelt hizo un llamamiento al país para que se uniera en apoyo de su causa política, a la larga

condenada. «Luchamos de forma honorable por el bien de la humanidad; sin miedo al futuro; sin preocuparnos por el destino que nos espera a cada uno de nosotros; con corazones impávidos y ojos límpidos; nos enfrentamos al Apocalipsis –declaró–, y combatimos en nombre del Señor»[21].

La Nueva Libertad

Lograda la victoria sobre Roosevelt, y pese a verse enfrentado a la agitación en Europa, Woodrow Wilson no tenía intención alguna de transformar las metáforas militares del campo de batalla político de Estados Unidos en un conflicto real. «Estamos en paz con el mundo», declaró. La guerra europea, subrayó, era una «con la que no tenemos nada que ver, cuyas causas no pueden afectarnos»[22]. Él abogaba por la imparcialidad; pero ¿cuán imparcial podía esperar ser una nación de inmigrantes? Esta pregunta estaba por responder, pero no era aún el momento de hacerlo. A corto plazo, el imperativo progresista seguía siendo la prioridad del país, concentrando la atención de la nación en un complejo programa nacional de medidas con sus propias batallas que librar y ganar. Una de ellas era la batalla por el sufragio femenino. Es posible que Roosevelt, con su hincapié en la vida esforzada, hubiese introducido al país en el siglo XX con una dosis elevada de testosterona, pero el mismo año en que las naciones europeas se lanzaron a la «guerra que acabará con todas las guerras», al menos algunos estadounidenses se encontraban debatiendo si las mujeres por fin, en el nuevo siglo, obtendrían el derecho al voto.

El credo cívico nacionalista de los Estados Unidos llevaba mucho tiempo racialmente en entredicho, pero las implicaciones de la ciudadanía relativas al sexo habían quedado a menudo subsumidas en los impulsos reformistas más generales que preocupaban a la nación, desde el abolicionismo en la preguerra al debate sobre la inmigración y el auténtico americanismo que se estaba produciendo a comienzos del siglo XX. La primera gran convención sobre los derechos de las mujeres había tenido lugar en Seneca Falls (Nueva York) en 1848, pero la célebre periodista Margaret Fuller había publicado *La mujer en el siglo* XIX (1845) ya tres años antes. Aunque era plenamente consciente de que, tal como ella lo expresó, «existe en la mente de los hombres una tendencia a ver a las mujeres como veían a los esclavos»,

Fuller consideraba de todos modos «inevitable que todos los ciudadanos acaben por lograr una libertad del exterior, una independencia de las invasiones de otros hombres, como la que se ha conseguido para la nación»[23].

La convención de Seneca Falls había reforzado el mensaje de Fuller al adoptar una «Declaración de Sentimientos» que evocaba de manera deliberada la Declaración de Independencia con objeto de dar fuerza a su mensaje. «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres y mujeres son creados iguales», anunciaba, antes de entrar a detallar una lista de agravios cometidos contra las mujeres. Entre estos estaban negarle «su derecho inalienable al sufragio», un derecho, señalaba la Declaración, que sí se otorgaba «a los hombres más ignorantes y viles, tanto nativos como extranjeros». En vista de «esta privación total del derecho al voto a la mitad de la población de este país –concluía–, y dado que las mujeres se sienten ofendidas, oprimidas y privadas de manera fraudulenta de sus derechos más sagrados, insistimos en que les sean inmediatamente otorgados todos los derechos y privilegios que les corresponden como ciudadanas de los Estados Unidos»[24].

En el caso estadounidense, la idea de los derechos inalienables confería peso a la demanda de la igualdad entre los sexos. El lenguaje del experimento republicano, al menos en teoría, hacía más difícil excluir a las mujeres del sistema de gobierno; en la práctica, por supuesto, la cosa cambiaba. La legislación de los estados individuales había garantizado, por ejemplo, derechos de propiedad para las mujeres, y en varios estados (todos los del oeste), las mujeres podían votar, pero el objetivo principal de la plena representación seguía eludiéndolas. Para cuando Wilson asumió la presidencia, las mujeres continuaban haciendo campaña con intención de conseguir el sufragio a nivel nacional. Parte del problema era la situación de los derechos femeninos en el esquema general de reformas. La convención de Seneca Falls se había producido gracias hasta cierto punto a los esfuerzos de Elizabeth Candy Stanton y Lucretia Mott, cuya asociación se forjó en un principio en el marco del antiesclavismo. Más de seis décadas después, los derechos de las mujeres y la igualdad racial seguían siendo en gran medida cuestiones conectadas, insertas en la cuestión más amplia de la ciudadanía y la nacionalidad estadounidenses que la Decimocuarta

Enmienda solo había resuelto en parte y que la Primera Guerra Mundial iba a resucitar.

«Cuesta creer –observó la activista afroamericana Mary Church Terrell– que cualquier individuo en los Estados Unidos con una gota de sangre africana en las venas sea capaz de oponerse al sufragio femenino.» La oposición de los hombres afroamericanos le parecía a Terrell más incomprensible que la de las mujeres. En un escrito publicado en *The Crisis*, la revista de la Asociación Nacional por el Progreso de las Personas de Color (National Association for the Advancement of Colored People, NAACP), describió como algo «bastante chocante y curioso» que una mujer se opusiese al sufragio para su sexo, pero la oposición masculina le resultaba «la cosa más absurda y ridícula del mundo. ¿Qué podría ser más absurdo –inquiría– que ver a un grupo de seres humanos a los que se les niegan unos derechos que están tratando de conseguir para sí mismos actuar para impedir que otro grupo obtenga los mismos derechos?». Puede que Terrell lo encontrase absurdo pero, en términos globales, no digamos ya estadounidenses, no era ni mucho menos atípico.

Aun así, en el contexto norteamericano, los argumentos a favor del sufragio femenino estaban influidos por y conformaban por sí mismos cuestiones étnicas y de clase que persistían desde la Declaración de Sentimientos. La argumentación de Terrell, en efecto, no era muy distinta de la de 1848. En su invocación de la instauración por parte de los fundadores del «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», Terrell revelaba que ella, al igual que las reformadoras de la preguerra, hacía una distinción entre los «inteligentes, virtuosos y cultos» a los que se les negaba el derecho al voto y los «ignorantes, viles y depravados» a los que se les otorgaba automáticamente[25]. Esta argumentación a favor de lo que era en la práctica un requisito moral para pertenecer a la nación no era algo exclusivo de las sufragistas, por supuesto, pero, combinada con la idea de Roosevelt de la vida esforzada, contribuía a un concepto bastante excluyente de la ciudadanía y a un nacionalismo algo cerrado que acabó por conocerse como el «americanismo al ciento por ciento».

La idea del americanismo al ciento por ciento surgió con la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial en 1917, aunque la guerra no fue la causa, simplemente el catalizador. Wilson había albergado la esperanza de que el país pudiera negociar una paz entre los beligerantes, y

que mediante su mero ejemplo la nación fuese capaz de mostrar «lo que la libertad y las ideas inspiradas por un espíritu emancipado pueden hacer por el hombre y las sociedades, por las personas, los estados y la humanidad». No obstante, ningún bando del conflicto europeo aceptó el intento de arbitraje moral de Wilson. Puesto que la reelección de Wilson en 1916 pareció reafirmar la política de no intervención de los Estados Unidos, ni Alemania ni los aliados sintieron la necesidad de reunirse en torno a una mesa de negociación norteamericana. Aun así, el que Wilson asegurase en 1914 que las causas del conflicto europeo no podían afectar a los Estados Unidos quedó a la larga desacreditado por el hecho de que sus efectos desde luego sí que se notaron.

Alemania, en particular, estaba dispuesta a arriesgarse a una entrada de los Estados Unidos en la guerra cuando llevó a cabo una campaña de ataques de submarinos con conocimiento de causa. El tristemente célebre hundimiento del transatlántico *Lusitania* de la naviera Cunard en 1915, con la pérdida de 128 vidas estadounidenses, no provocó por sí solo que el país abandonara su neutralidad, pero la campaña de ataques submarinos al final tuvo consecuencias. El 2 de abril de 1917, Wilson anunció al Congreso que Estados Unidos estaba en guerra con Alemania. «Estamos aceptando este desafío con propósito hostil», comunicó al pueblo de la nación, porque frente al «poder organizado [de Alemania], en acecho constante para lograr algún propósito que desconocemos, los gobiernos democráticos del mundo no pueden sentirse totalmente seguros». A largo plazo, afirmó Wilson, «hay que convertir el mundo en un lugar seguro para la democracia. Su paz ha de asentarse sobre los cimientos de comprobada solidez de la libertad política» (figura 8.7). Aseguró asimismo que, con su abandono de la neutralidad, los Estados Unidos no «perseguían propósitos egoístas. No deseamos conquistar ni dominar. No buscamos indemnizaciones, ni compensación material por los sacrificios que vamos a hacer voluntariamente –prometió–. Solamente somos uno de los defensores de los derechos de la humanidad»[26].

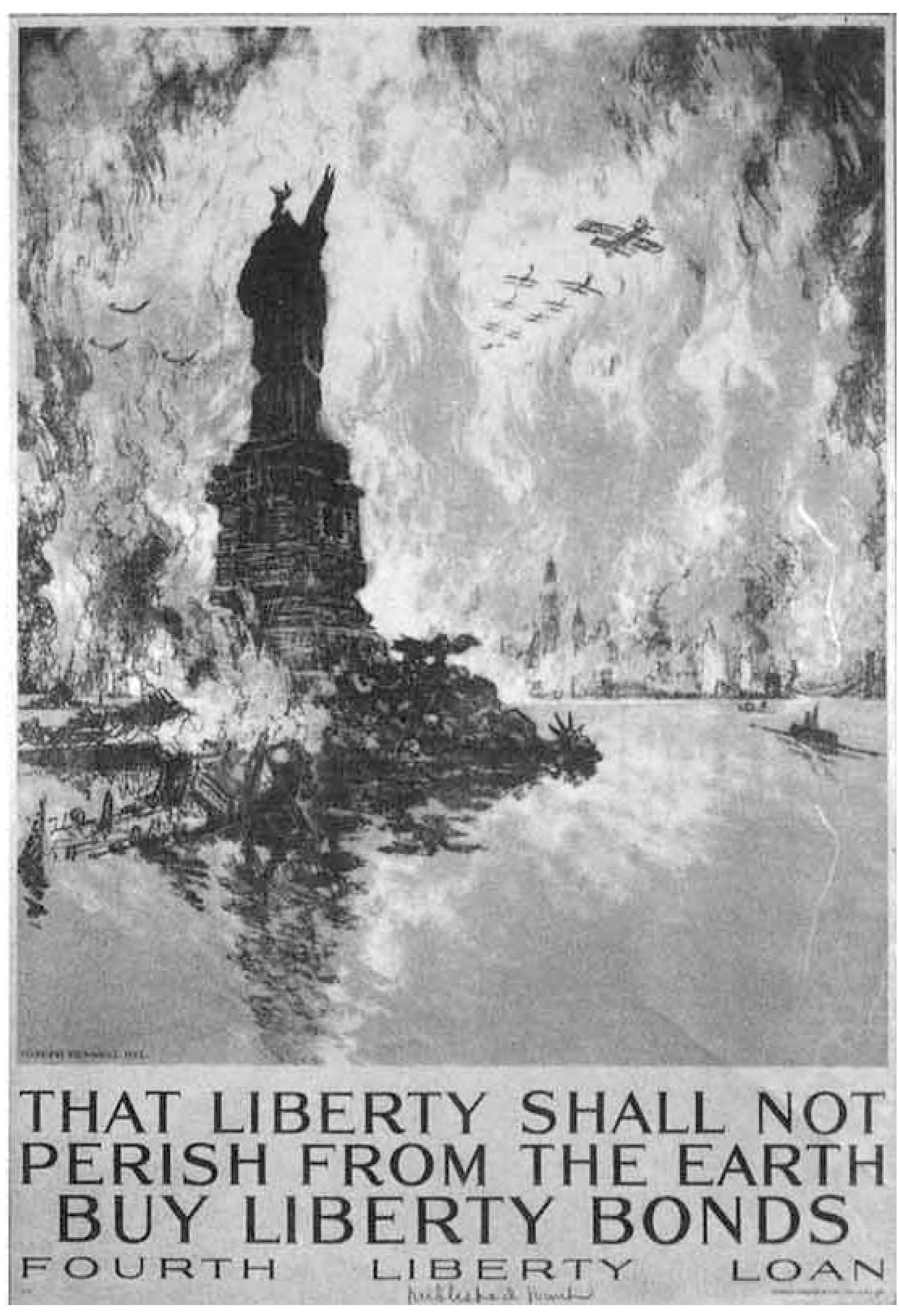


Figura 8.7. «Para que la libertad no desaparezca de la faz de la tierra», de Joseph Pennell, 1918. A fin de reunir fondos para la campaña bélica, el gobierno federal emitió «bonos libertad», que se promocionaban como una inversión a la vez patriótica y económicamente segura. Este cartel ponía de

relieve el modo en que el apoyo estadounidense a los aliados durante la Primera Guerra Mundial conectaba con el sentir histórico de la nación de estar embarcados en una misión, que había ampliado sus horizontes, tal como Wilson lo expresara, para «convertir el mundo en un lugar seguro para la democracia». Este anuncio de bonos libertad ofrece una imaginativa representación de la carnicería que podría acontecer si no se lograra la seguridad en el mundo –la (Estatua de la) Libertad aparece en ruinas– y da a entender que Norteamérica no sería inmune a los efectos del conflicto global. A la luz de acontecimientos posteriores en los Estados Unidos, casi un siglo después, esta imagen resulta particularmente emotiva, pero también lo era en su época, aunque por razones bastante distintas. La ironía, por supuesto, era que la libertad, aunque no estaba necesariamente en ruinas, se vio comprometida en un grado muy alto por el agresivo patriotismo que se impuso en el país a partir de 1917. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-18343).

La guerra, naturalmente, tiene tendencia a suspender, aunque solo sea de forma temporal, algunos de los derechos de la humanidad, y los Estados Unidos descubrieron que en esa ocasión ellos no iban a ser una excepción. La declaración de guerra oficial de Wilson se produjo cuatro días después de su reluctante asunción de la carga del beligerante el día 2 de abril. Para entonces, tomaron prioridad los aspectos prácticos de la situación del país frente a sus propósitos morales o políticos. La necesidad de llevar a cabo una identificación y una posible contención o expulsión de «enemigos extranjeros» ocupó la mayor parte del mensaje del 6 de abril de Wilson; pero una medida necesaria en tiempos de guerra podía asimismo brindar la oportunidad de aprobar leyes que, en épocas de paz, podrían haber encontrado mayor oposición y de expresar en público opiniones que, de nuevo en esas épocas, no serían fácilmente toleradas. Los germanoamericanos, como es lógico, quedaron enseguida bajo sospecha, y su lenguaje y cultura bajo ataque.

Aunque, visto con nuestros ojos, pueda parecer un tanto ridículo que se prohibiera precisamente en Boston que sonase música de Beethoven, o que se rebautizara el chucrut como «col de la libertad», en su momento no fue ninguna tontería. El entusiasmo con el que, por ejemplo, algunos estadounidenses se unieron a la Liga Protectora Estadounidense (American Protective League, APL), una organización fundamentalmente parapolicial formada para ayudar en la localización de radicales, revelaba el lado más oscuro de la democracia y una determinación malsana por acabar con la oposición dentro del país. Era una versión más grande de la aldea puritana,

el puritanismo al servicio del patriotismo, lo cual no es la combinación más recomendable en el mejor de los casos, y sentó un ominoso precedente para el futuro.

Más serios fueron los efectos de la Ley de Espionaje (Espionage Act, 1917) y la Ley de Sedición (Sedition Act, 1918) y el modo en que se utilizaron para imponer una obediencia que, en líneas generales, no había estado en riesgo en ningún momento, y un patriotismo que solo se había perdido aparentemente. El dirigente socialista Eugene V. Debs tuvo suerte, relativamente hablando, de que le condenaran únicamente a 10 años de prisión en 1918 por atreverse a cuestionar la campaña bélica del país (fue liberado en 1921 por el sucesor de Wilson, Warren Harding). El líder de los Trabajadores Industriales del Mundo Frank Little no fue tan afortunado y acabó linchado por un grupo de hombres en Montana. Estos eran casos extremos, pero solo la punta de un iceberg que había estado ganando tamaño e impulso durante décadas: el ansia por definir el americanismo, y por hacerlo de un modo tal que excluyera a los que se consideraba indignos de los derechos de la ciudadanía estadounidense o los obligara a adaptarse a un canon nacional más homogéneo. En 1917, por ejemplo, frente a la oposición del presidente, se logró por fin la introducción en la legislación de la propuesta sobre la imposición de pruebas de lectoescritura a los inmigrantes, algo en lo que la Liga por la Restricción de la Inmigración llevaba mucho tiempo empecinada.

La exclusión no fue, por supuesto, la única respuesta al conflicto. La guerra aceleró la aprobación de programas progresistas más positivos, en particular del sufragio femenino. La Decimonovena Enmienda que otorgaba a las mujeres el derecho al voto fue ratificada por la Cámara de Representantes a comienzos de 1918. La intransigencia del Sur la retrasó un tanto en el Senado pero, en 1919, fue finalmente aprobada y entró en vigor al año siguiente. No obstante, el Senado de los Estados Unidos no constituía la única oportunidad para oponerse a esta medida en concreto. En muchos estados sureños, la segregación, y el turbio impuesto al sufragio y la legislación sobre las pruebas de lectoescritura que apoyaban aquella, siguieron vigentes. De modo que, aunque en teoría a partir de 1920 las mujeres afroamericanas del Sur podían votar, en la práctica a muchas se les siguió negando ese derecho.

Por el contrario, la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial pareció ofrecer una vez más a los hombres afroamericanos –como todas las guerras anteriores–una oportunidad de demostrar su patriotismo y hacer avanzar así la causa de la igualdad. Si las sufragistas del siglo XX recordaban mucho en sus palabras a sus homólogas de la preguerra, lo mismo ocurría con los portavoces de la comunidad negra que dirigieron su atención a la cuestión de qué implicaba la guerra para los afroamericanos. Ambos grupos creían que –o al menos tenían la esperanza de que– el servicio a la nación en aquel tiempo de crisis redundara en una aceptación por parte de sus conciudadanos, una variante de la fe del soldado que ni Holmes ni Roosevelt habían previsto. «De esta guerra saldrá –opinaba un articulista de *The Crisis*– un negro estadounidense con derecho a votar, a trabajar y a vivir sin insultos»[27]. Empero, los afroamericanos combatían aún en un ejército segregado, y ni formaban parte siquiera de una Armada que los excluía totalmente –en claro contraste con la de los tiempos de la Guerra de Secesión–. Sus mandos blancos manifestaron desde luego un cierta preocupación por el impacto del conflicto en los soldados negros, pero no exactamente del modo que los líderes negros habían augurado.

John J. Pershing, ahora general, había cambiado claramente de postura respecto a su aparente aprobación previa de las implicaciones de que hubiera soldados blancos y negros combatiendo juntos en las lomas de San Juan en 1898. Veinte años más tarde, emitió una directiva para informar a los aliados franceses de Estados Unidos «del lugar que ocupaban los negros en los Estados Unidos», con objeto de que dicho lugar no se viese amenazado por las tendencias liberales europeas. «La opinión estadounidense es unánime en lo que se refiere a la “cuestión racial” y no admite discusión alguna», afirmaba Pershing, de manera un tanto insincera dado el perfil demográfico de la nación. Lo que los franceses quizá no habían advertido, sugería Pershing, es que los afroamericanos representaban para la «raza blanca en la República una amenaza de degeneración solo evitable interponiendo un abismo infranqueable entre ambos». Advertía por tanto contra cualquier «familiaridad e indulgencia» por parte de los franceses hacia las tropas afroamericanas. Cualquier familiaridad de ese tipo, recalcaba, se consideraría una «afrenta» a la «política nacional» estadounidense y, lo que es peor, podía perfectamente «inspirar a los

estadounidenses negros aspiraciones intolerables a ojos de ellos [los blancos]».

Esta era una historia deprimentemente familiar –aunque nueva, es de suponer, para los franceses–, y una a la que activistas negros como Frederick Douglass e Ida B. Wells habían hecho frente toda su vida. «A pesar de ser ciudadano de los Estados Unidos –explicaba Pershing–, el estadounidense blanco ve al negro como un ser inferior con el que únicamente es posible mantener relaciones comerciales o de servicio. El negro es censurado constantemente por su falta de inteligencia y discreción –aseguraba–, su pobre conciencia cívica y profesional y su propensión a mostrar excesiva familiaridad». Por si eso no bastase, Pershing echaba mano de la acusación típica del «intento de violación» como otra «prueba» más de que los afroamericanos constituían «una amenaza constante para el estadounidense, que debe reprimirlos con severidad»[28]. Ya estuviese Pershing expresando su propia opinión o admitiendo simplemente el racismo generalizado en las fuerzas armadas estadounidenses y en Washington, esto era materia de enfrentamiento, y los líderes afroamericanos no tardaron en responder.

W. E. B. du Bois, destacado intelectual y portavoz afroamericano, cofundador junto con Ida B. Wells y otros de la NAACP en 1909 y fundador, al año siguiente, de *The Crisis*, se dispuso claramente a presentar batalla en 1919. Los soldados afroamericanos, subrayó, habían «luchado con gusto y hasta la última gota de sangre» en el nombre de una nación que de un modo «vergonzoso» seguía linchándolos, negándoles el derecho a votar y persiguiéndolos. «Este es el país –observaba Du Bois, con cierta ironía– al que ahora retornamos los Soldados de la Democracia. ¡Esta es la Patria por la que luchamos! Pero es nuestra patria –recordaba a sus lectores–. Hicimos bien en luchar.» No obstante, ahora que la guerra en Europa había acabado, afirmaba Du Bois, en los Estados Unidos no había hecho sino comenzar otra guerra, «una batalla más encarnizada, larga y severa contra las fuerzas del infierno en nuestra propia tierra». Recordando a Wilson –quien empleaba por lo general un lenguaje progresista–, pero desde una perspectiva casi diametralmente opuesta a la suya, Du Bois declaró: «¡Dejen paso a la Democracia! La salvamos en Francia, y por el Gran Jehová que la salvaremos en los Estados Unidos de América, o descubriremos la razón»[29].

Woodrow Wilson, y posiblemente Pershing, se habría sentido horrorizado ante semejantes palabras, pero difícilmente podía culparse a los franceses por suscitar la cólera de los afroamericanos respecto a este tema y otros. El estallido de disturbios raciales en East St. Louis (Illinois) en 1917 y en Chicago en 1919 –uno de los cuales se produjo, en esta última ciudad, por el asesinato de un chico negro que había cruzado la «frontera racial» en una playa del lago Michigan– apuntaba a un futuro de violencia como mínimo esporádica entre blancos y negros en los Estados Unidos. Esto no era en absoluto lo que Wilson había deseado, ni para su nación ni para el mundo. Él creía que los Estados Unidos podrían, únicamente con su ejemplo, señalar el camino hacia un futuro intra e internacional más pacífico. Con esta idea en mente, elaboró sus «Catorce Puntos», dirigidos a lograr un fin negociado de la guerra y una futura cooperación internacional –incluyendo la creación de una Sociedad de Naciones–, los cuales presentó en las conversaciones de paz de París a principios de 1919.

Ni la propia nación de Wilson ni los líderes aliados apoyaron completamente su visión para un nuevo orden mundial. Los aliados sí aceptaron al menos la idea de una sociedad de cooperación internacional, y esta se instituyó bajo el Tratado de Versalles (1919) que dio término oficialmente a la Primera Guerra Mundial. Wilson recibió el premio Nobel por su trabajo en la fundación de la sociedad pero, irónicamente, la nación a la que más deseaba convencer rechazó sus esfuerzos. Los Estados Unidos nunca se unieron a la Sociedad de Naciones. Al final, la paz que propuso Wilson resultó esquiva; de hecho, lo fue la paz en general. La Primera Guerra Mundial demostró no ser «la guerra que acabará con todas las guerras», sino la precursora de un siglo de conflictos. En términos materiales, los Estados Unidos se encontraban en mejor forma para afrontarlo. No habían quedado devastados hasta el punto sufrido por las naciones europeas. Sus bajas –algo más de 100.000– en la guerra fueron elevadas, no obstante, especialmente teniendo en cuenta el poco tiempo que estuvo involucrada. Naturalmente, fueron pocas en comparación con el número de víctimas europeas, pero bastante altas para una nación que en un primer momento no había querido implicarse en la guerra.

El impacto de la Primera Guerra Mundial en Estados Unidos no fue, por consiguiente, físico sino psicológico y, en algunos aspectos, práctico. Se podría decir que la guerra obró una especie de fusión entre el Nuevo

Nacionalismo de Roosevelt y la Nueva Libertad de Wilson. El Estado central estadounidense nunca había gozado de más poder –al menos no desde la Guerra de Secesión– ni ofrecido una imagen tan unida, con unos cinco millones de hombres de uniforme. La necesidad de apoyar la campaña bélica tuvo como resultado el desarrollo de una legislación federal que afectó a la mayoría de los ámbitos de la industria y los negocios, bajo la entera competencia del Departamento de Industrias de Guerra. Esto era comercio controlado en nombre del conflicto, una consecuencia positiva de la guerra a ojos de muchos progresistas. Pocos de ellos, sin embargo, habrían establecido ninguna asociación cínica entre la estandarización industrial en nombre de la eficiencia nacional y su equivalente social en nombre del nacionalismo, si bien ambos, claramente, derivaban de impulsos similares.

Asimismo, en la Primera Guerra Mundial, fue el Estado el que intentó inculcar el tipo de patriotismo tan necesario para la moral en tiempos de guerra. Si la Guerra de Secesión había sido interpretada para los estadounidenses del siglo XIX por organismos privados, religiosos y seculares, en la Primera Guerra Mundial fue el Comité de Información Pública (Committee on Public Information, CPI) el que distribuyó propaganda bélica y definió las causas en juego para la opinión pública norteamericana. Esto representaba, según la descripción que de ello haría uno de los miembros del Comité, el futuro experto en relaciones públicas Edward Bernays, una «extracción sutil del consentimiento»: un concepto que él consideraba «la esencia misma del proceso democrático, la libertad de persuadir y sugerir»[30].

El hecho de que, en los Estados Unidos de 1917, el consentimiento, en ocasiones, fuese más impuesto que extraído sutilmente no debilitó en modo alguno el mensaje nacionalista promulgado por el CPI. Su mera existencia, de hecho, representaba una especie de culminación de –o al menos el siguiente paso en– una revolución en las comunicaciones que había comenzado con los primeros carteles de tiempos coloniales, acelerado su avance cuando Samuel Morse posibilitó que los norteamericanos se telegrafiaran unos a otros, ganado impulso cuando los trenes surcaron las Llanuras y, finalmente, saltado a la gran pantalla con el nacimiento de la industria cinematográfica. El CPI era simplemente el rostro federal de un nacionalismo no tan nuevo, basado en la idea de la libertad, de la fe en la

democracia estadounidense, de la fe en el futuro. Esta no era, sin embargo, la fe fundamentada en una existencia libre de conflictos que Wilson había imaginado. Era la versión de Theodore Roosevelt, de Oliver Wendell Holmes y de W. E. B. du Bois. Era la fe del soldado lo que iba a definir la democracia de los Estados Unidos a partir de 1917, y no pasaría mucho tiempo antes de que la nación volviese a necesitarla.

[1] *Official Proceedings of the Democratic National Convention Held in Chicago, Illinois, July 7, 8, 9, 10, and 11, 1896*, Logansport (Indiana), 1896, pp. 226-234, 230.

[2] Discurso de J. B. Henderson, Wilmington (Delaware), 19 de octubre de 1896, citado en *St. Louis Post-Dispatch*, 30 de octubre de 1896.

[3] Roosevelt citado en H. W. Brands, *The Reckless Decade: America in the 1890s*, Nueva York, St. Martin's Press, 1995, p. 258.

[4] *New York Mail and Express* citado en J. Auerbach, «McKinley at Home: How Early American Cinema Made News», *American Quarterly* 51, 4 (diciembre 1999), pp. 797-832, 806.

[5] La primera ceremonia de investidura de McKinley como presidente puede verse a través de Youtube, en: http://www.youtube.com/watch?v=F4uOmSEw5-U.

[6] J. Monroe, Mensaje anual al Congreso, Senado, 2 de diciembre de 1823, *Annals of Congress*, 18.º Congreso, 1.ª Sesión, pp. 13-14.

[7] A. T. Mahan, «The United States Looking Outward», *The Atlantic Monthly* 66, 398 (diciembre 1890), pp. 816-834, 817, 819.

[8] J. Strong, *op. cit.*, pp. v, 218, 165, 177, 218.

[9] «Platform of the American Anti-Imperialist League», en F. Bancroft (ed.), *Speeches, Correspondence, and Political Papers of Carl Schurz*, vol. 6, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1913, p. 77; E. Winslow, *The Anti-Imperialist League: Apologia Pro Vita Sua*, Boston, Anti-Imperialist League, 1908, p. 14.

[10] O. W. Holmes Jr., «The Soldier's Faith: An Address Delivered on Memorial Day, May 30, 1895, Harvard University», en R. A. Posner (ed.), *The Essential Holmes: Selections from the Letters, Speeches, Judicial Opinions, and Other Writings of Oliver Wendell Holmes, Jr.*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 1992, pp. 87-88, 92.

[11] Pershing citado en G. Gerstle, *American Crucible: Race and Nation in the Twentieth Century*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2001, p. 35.

[12] T. Roosevelt, *Ranch Life and the Hunting Trail* [1888], Nueva York, The Century Company, 1911, p. 2.

[13] T. Roosevelt, «The Strenuous Life», en *The Strenuous Life: Essays and Addresses*, Nueva York, Cosimo, 2006, pp. 1, 3.

[14] J. Strong, *Expansion: Under New World-Conditions*, Nueva York, Baker and Taylor Co., 1900, pp. 18-19.

[15] A. S. Link, *Woodrow Wilson and the Progressive Era, 1910-1917*, Nueva York, Harpers, 1954.

[16] R. Kipling, «The White Man's Burden», *McClure's Magazine*, 12 de febrero de 1899; «The Brown Man's Burden» apareció por primera vez en *Truth* y fue republicado en *Literary Digest*, 25 de

febrero de 1899.

[17] T. Roosevelt, «True Americanism», *The Forum Magazine* (abril 1894), disponible en: http://www.theodore-roosevelt.com/trspeeches.html (20 de junio de 2010).

[18] *Fast Food Nation*, de Schlosser, apareció originalmente por entregas en *Rolling Stone* en 1999. U. Sinclair, *The Jungle* [1906], Harmondsworth, Penguin Books, 1984, p. 129.

[19] T. Roosevelt, «The New Nationalism», Osawatomie (Kansas), 31 de agosto de 1910, disponible en: http://www.theodore-roosevelt.com/trspeeches.html (20 de junio de 2010).

[20] W. Wilson, «Address at Gettysburg, July 4, 1913», disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65370 (20 de junio de 2010).

[21] T. Roosevelt, «Case Against the Reactionaries», Chicago, 17 de junio de 1912.

[22] W. Wilson, segundo mensaje anual al Congreso, 8 de diciembre de 1914.

[23] S. M. Fuller, *Woman in the Nineteenth Century* [1845], Londres, George Slater, 1850, pp. 27, 21.

[24] E. C. Stanton, *A History of Woman Suffrage*, vol. 1, Rochester, Fowler and Wells, 1889, pp. 70-71.

[25] M. C. Terrell, «The Justice of Woman Suffrage», *The Crisis* (septiembre 1912), citado en M. S. Wheeler (ed.), *Votes for Women: The Woman Suffrage Movement in Tennessee, the South, and the Nation*, Knoxville, The University of Tennessee Press, 1995, pp. 152, 154.

[26] W. Wilson, discurso a una sesión conjunta del Congreso, 2 de abril de 1917.

[27] *The Crisis* (junio 1918), p. 60.

[28] *[To the] French Military Mission, stationed with the American Army. August 7, 1918*, publicado como «A French Directive», *The Crisis* XVIII (mayo 1919), pp. 16-18, disponible en: http://www.yale.edu/glc/archive/1135.htm (22 de junio de 2010).

[29] W. E. B. du Bois, «Returning Soldiers», *The Crisis* (mayo 1919), p. 13, disponible en: http://www.yale.edu/glc/archive/1127.htm (22 de junio de 2010).

[30] E. L. Bernays, «The Engineering of Consent», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 250 (marzo de 1947), pp. 113-120, cita en p. 114.

9
Traspasando la última frontera: un nuevo trato para la nación

> EEUU es un pedazo de continente. EEUU es un conjunto de grupos financieros, una colección de sindicatos, una serie de leyes encuadernadas en piel de becerro, una red de emisoras de radio, una cadena de cines [...] EEUU es un montón de hombres enterrados de uniforme en el cementerio de Arlington. EEUU son las letras al final de una dirección cuando estás lejos de casa. Pero, sobre todo, EEUU es el habla del pueblo.
>
> JOHN DOS PASSOS, *USA*, 1938.

La persistente lluvia y los cielos encapotados hacían difícil ver el USS *Olympia* mientras remontaba el río Potomac el 9 de noviembre de 1921. Antiguo buque insignia del comodoro George Dewey, y famoso por su actuación en la bahía de Manila durante la Guerra hispanoestadounidense, una de sus últimas misiones antes de que lo retiraran del servicio fue llevar a casa el cuerpo de un soldado norteamericano no identificado de la Gran Guerra. Aunque les resultaba imposible distinguir bien el navío en la penumbra reinante, los espectadores sí pudieron seguir el recorrido del *Olympia* por el sonido de los cañones que lo iban saludando en su avance hacia Washington aquel día. El cuerpo que transportaba tenía como destino yacer en capilla ardiente en la rotonda del Capitolio en Washington DC, donde pasó la noche velado por una guardia de honor. La solemne ceremonia que acompañó la llegada de los restos fue breve, tal como la prensa recogió, y a ella asistió únicamente el presidente (Warren Harding), su esposa, el general Pershing y un puñado de otros dignatarios militares. Al día siguiente, sin embargo, el cielo se despejó y, tras la colocación formal de unas coronas de flores institucionales, la multitud acudió a presentar sus respetos. Se trató, según informó el *New York Times*, de un auténtico «río humano, de hombres, mujeres y niños norteamericanos; norteamericanos por herencia, y por elección» que «fluía como la sangre vital de la propia nación: un torrente de gente lento pero abrumador, congregado para atestiguar el valor de los estadounidenses caídos en Francia».

Al día siguiente –el Día del Armisticio– el Soldado Desconocido fue enterrado en el cementerio de Arlington, cuya sepultura allí, tal como el presidente recordó al público asistente, era «bastante más que un signo del favor del gobierno, es un recordatorio de una tumba en el corazón de una nación» (figura 9.1). Arlington representaba nada menos que el lugar de reposo final para los «defensores armados de la conciencia de la nación», cuya tarea más reciente había sido combatir en una nueva clase de guerra, una que «ya no [era] un conflicto caballeresco, ni una prueba de hombría combativa», sino un simple «acto cruel, deliberado y científico de destrucción»[1].

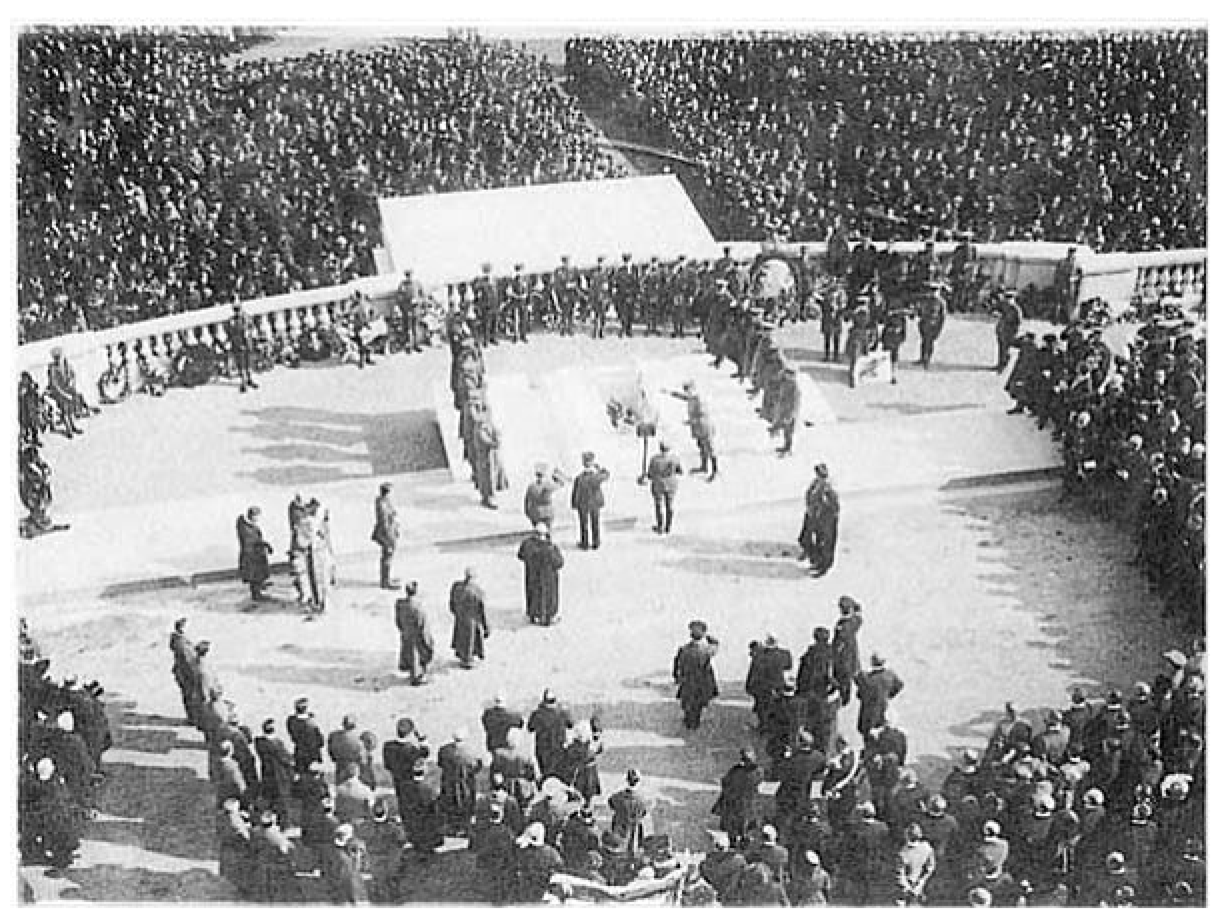


Figura 9.1. La ceremonia de entierro del Soldado Desconocido en Arlington, rodeada por una muchedumbre (1921). Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ6-1754).

La razón de ser de las solemnes exequias, por tanto, era transmitir la idea –una que daba aún más que pensar– de que había una tumba en el corazón de la nación. Debería tenerse en cuenta que este tipo de lenguaje, uno al que las audiencias modernas están más que habituadas, no era todavía, en 1921, algo familiar para los estadounidenses. Por una parte, el concepto de los «héroes caídos» no resultaba ni mucho menos extraño para una nación que había cumplido el semicentenario de su guerra civil apenas cinco años antes; por otra, la destrucción extrema de la Primera Guerra Mundial dio más crédito en su época que el que nos brinda nuestra perspectiva histórica a la creencia de que, como la Guerra de Secesión estadounidense, la Gran Guerra había sido una aberración, una locura de la que la humanidad había salido herida pero más sabia. Para los norteamericanos que lo contemplaron, el enterramiento del Soldado Desconocido señalaba más un final que un comienzo. Pensaban, tal como prometió Harding, que «no se volverá a pedir un sacrificio semejante».

Claro que las cosas iban a ser muy distintas. Las ceremonias que acompañaron el entierro de este famosísimo símbolo de la nación representó efectivamente un final y un comienzo, pero no el final de la participación estadounidense en los conflictos globales, sino más bien el comienzo de lo que sería una implicación mucho mayor en el mundo y sus guerras. Empero, no había ninguna prisa para ello; todo lo contrario. Conmocionada por la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos como es bien sabido se replegó, si no exactamente hasta aislarse, sí sin duda a una postura reluctante a admitir, mucho menos a asumir, su nuevo papel en el mundo. Esta reluctancia surgió en parte por el desagrado que le causó haber sido arrastrada, a juicio de algunos norteamericanos, a una guerra en la que las acciones de la nación, aunque decisivas para el resultado final de la guerra, no habían tenido un papel protagonista. Al mismo tiempo, el entierro del Soldado Desconocido tuvo un impacto especial en un país que no vio regresar a muchos de sus muertos de guerra. Los cementerios de guerra norteamericanos en Europa constituían prueba suficiente de que la nación había dejado atrás al menos una parte de sí; el enterramiento de tierra francesa junto con el cádaver del Soldado Desconocido –llevada allí especialmente desde el cementerio de Suresnes– reafirmaba un vínculo entre el Viejo y el Nuevo Mundo que la Primera Guerra Mundial no había forjado pero sí reforzado, del modo más trágico posible.

El hecho de que el número de víctimas estadounidenses en la Primera Guerra Mundial ascendiera a un 1 por 100 aproximadamente de las totales en el conflicto no significó que la posguerra resultase necesariamente más fácil para los norteamericanos que para los europeos. Durante el Periodo Progresista, los Estados Unidos se habían centrado en la instauración de un orden por encima de todo, un orden que se había visto amenazado por la guerra. Podría decirse, de hecho, que la Norteamérica posrevolucionaria había tenido siempre como objetivo principal el establecimiento de un orden frente a un caos potencial, la construcción de una nación a partir de estados individuales, la derrota militar de fuerzas secesionistas, la creación del estadounidense a partir del inmigrante y, sobre todo, la forja de un nacionalismo unificado a partir de numerosas lealtades de clase, estado y raza que entraban en mutuo conflicto. Esto último seguía absorbiendo el pensamiento y suscitando la preocupación de la gente. La multitud que se congregó en Arlington en noviembre de 1921 para escuchar hablar a su presidente de un «mundo que había despertado» gracias al sacrificio desinteresado del Soldado Desconocido acababa de pasar por uno de los peores periodos de agitación social y violencia racial que la nación había visto hasta la fecha.

A partir del verano de 1919 –el «Verano Rojo»– comenzó a producirse en ciudades de toda la nación, incluyendo la misma Washington, un aumento de la histeria y de los enfrentamientos entre estadounidenses en un furioso frenesí inducido por el miedo, e impulsado en parte por la Histeria Antisocialista que siguió a la Revolución rusa y a la formación de la Tercera Internacional en marzo de 1919. La creencia, alimentada por las revueltas obreras dentro de la propia Norteamérica, de que las fuerzas del socialismo, si no del anarquismo, habían sido desatadas sobre el vulnerable mundo salido de la posguerra transformó el discurso de tiempos de guerra sobre la libertad en un nuevo lenguaje que afirmaba que la legislación era el único medio a través del cual podía alcanzarse dicha libertad. Básicamente, el fervor patriótico surgido de la guerra, combinado con el miedo a que hubiese fuerzas radicales actuando en el país, produjo un clima de intolerancia que transformó el miedo a los extremistas en un tipo de extremismo en sí mismo. Esta situación fue relativamente breve en líneas generales y, como mostró el caso del encarcelamiento del líder socialista Eugene Debs, no se prolongó mucho más allá del fin la guerra. A veces

adoptó formas un poco extrañas pero igualmente breves, como sobre todo el caso judicial de *Los Estados Unidos contra The Spirit of ’76* en el que se acusó a un productor cinematográfico de intentar estrenar una película antibritánica –titulada *The Spirit of ’76* (1917)–. De hecho, la película en cuestión, que sin duda tenía un manifiesto carácter antibritánico, recuperó el favor del público tras la guerra cuando los espectadores norteamericanos demostraron estar más receptivos a su mensaje.

Otras decisiones del Tribunal Supremo, en especial *Schenck contra los Estados Unidos* (1919), confirmaron la legalidad de la Ley de Espionaje frente al desafío de la Primera Enmienda (amparadora de la libertad de expresión). El acusado, Charles Schenck, secretario del Partido Socialista, fue imputado por distribuir panfletos contrarios al servicio militar obligatorio. El entonces presidente adjunto del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes Jr. adujo que el derecho a la libertad de expresión podía quedar invalidado en épocas de conflicto. «La cuestión», sostuvo, era «si las palabras usadas se empleaban en tales circunstancias y eran de tal naturaleza como para generar un claro peligro. [...] Cuando una nación está en guerra –dictaminó Holmes– muchas de las cosas que podrían manifestarse en tiempos de paz constituyen un obstáculo tan serio a su campaña que su mención no será tolerada mientras los hombres se hallen combatiendo»[2]. El verdadero peligro aquí era el peso legal que este caso confería a la idea de que cualquier clase de desafío interno podía representar en sí mismo «un claro peligro» para los Estados Unidos. La reacción del país a la disensión dentro de sus fronteras podía en ocasiones funcionar de por sí como una especie de guerra no declarada de baja intensidad; y, de todas formas, el siglo XX apenas proporcionó a los Estados Unidos años en los que sus hombres y mujeres no debieran enfundarse un uniforme.

El caso más tristemente célebre producido por el síndrome de la Histeria Antisocialista fue el de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. Sacco y Vanzetti, inmigrantes italianos ambos, fueron acusados de atraco a mano armada y asesinato en Massachusetts en mayo de 1920. El subsiguiente juicio dividió a la nación, y la ejecución de los dos en la silla eléctrica en 1927 fue objeto de condena por países del mundo entero. Aunque pruebas balísticas posteriores –que no pudieron realizarse hasta la década de 1960– parecieron apuntar a que los disparos mortales habían

salido realmente del arma de Sacco, la opinión pública consideró en su momento que las pruebas no eran lo suficientemente sólidas como para lograr una condena irrebatible y que el juez albergaba demasiados prejuicios contra los inmigrantes y los radicales como para pronunciar una que lo fuese. Sacco y Vanzetti fueron enseguida convertidos en víctimas de una guerra de clases, en símbolos de una nación dividida. El novelista John Dos Passos dio expresión al sentir de muchos cuando distinguió en *El gran dinero* (1936) entre los «viejos jueces los hombrecillos de reputación» y las masas a las que «echaban [...] a palos de las calles», entre la «multitud apaleada» y los «opresores» del país. «Estados Unidos nuestra nación ha sido vapuleada por extraños que han pervertido nuestro lenguaje que han cogido las intachables palabras que pronunciaron nuestros padres y las han falseado y envilecido», acusaba Dos Passos, antes de concluir: «sin duda somos dos naciones»[3].

El concepto de las «dos naciones», por supuesto, no nació con Dos Passos, ni de hecho con el primer ministro británico Benjamin Disraeli cuya novela *Sybil o las dos naciones* (1845) popularizó el término en el siglo XIX y comienzos del XX. El origen de la idea de que existía una frontera permanente entre las respectivas naciones de los ricos y los pobres puede situarse en *La república* de Platón, pero la potencia de la afirmación de Dos Passos residía en el hecho de que, en la república estadounidense, no se había previsto una división semejante. Se suponía que los Estados Unidos debían ser un nuevo tipo de república, una república de igualdad, de oportunidades para todos, que no excluyese a ninguna persona, una nación cívica que no hiciese distinciones de raza, religión o clase. Sin embargo, tras la Primera Guerra Mundial, el país experimentó una oleada de huelgas de trabajadores de Seattle a Boston, en industrias que iban desde los astilleros hasta las acerías. Esto hizo que muchos identificaran el sindicalismo con el radicalismo, y confundieran la oposición justificable a lo que eran, en muchos casos, unas condiciones de trabajo absolutamente terribles en las que se explotaba a los obreros con una insidiosa conciencia de clase socialista que amenazaba la estabilidad de la nación.

En el caso de Seattle, la huelga de 1919 se extendió desde el astillero donde se había originado hasta llegar a paralizar la ciudad entera durante una semana. En Boston, el mismo orden público se vio en riesgo cuando, tras el despido de 19 policías por el crimen de estar afiliados a un sindicato,

sus compañeros se negaron a trabajar en señal de protesta y ello derivó, quizá de manera poco sorprendente, en actos de pillaje y violencia generalizados. Una serie de amenazas de bomba a partir de la primavera de ese año contra oponentes del sindicalismo no hizo sino agravar una situación ya tensa. El fiscal general de la nación A. Mitchell Palmer respondió poniendo en práctica lo que posteriormente se conocería como las «redadas Palmer» contra los sindicatos y sus partidarios, las cuales se prolongarían hasta los primeros meses de 1920. Dichas redadas, coordinadas por el entonces director de la División Contrarradical del Departamento de Justicia J. Edgar Hoover, resultaron ir demasiado lejos. Para finales de 1920, los estadounidenses ya habían tenido suficiente. El fantasma de la «Amenaza Roja» parecía menos terrorífico bajo la fría luz del alba de una nueva década y ante la posible llegada de un nuevo presidente. La explosión de una bomba en el corazón de Wall Street en septiembre de 1920 sobrecogió a los estadounidenses, desde luego, pero ya no les hizo salir corriendo a ver si había rojos acechando bajo sus camas.

Aunque el miedo suele utilizarse a menudo como una poderosa arma política y fiscal, una que los líderes estadounidenses volverían a empuñar, no hay población que pueda aguantar indefinidamente en un estado de alta tensión. Al igual que tampoco puede estar demandando reformas de manera continua. Con su multitud de programas, el progresismo resultaba, en muchos sentidos, sumamente agotador, y la campaña de Wilson a favor de la Sociedad de Naciones prometía sumar aparentemente a las responsabilidades nacionales otras aún mayores a nivel global. Así pues, los estadounidenses sintieron cierto alivio al escuchar al senador de Ohio Warren Harding sostener que lo que su nación necesitaba en ese momento «no eran actos heroicos sino reposo, no panaceas sino normalidad, no cirugía sino serenidad» y prometerles que no habría «experimentación sino equilibrio, no una inmersión en lo internacional sino un mantenimiento en un nacionalismo victorioso»[4].

Esta forma de hablar era habitual en Harding. Pese a su tono grandilocuente, lo que significó en la práctica una vez llegó a la presidencia fue bastante menos que la suma de las partes del discurso en sí. La normalidad, en acción, se tradujo en un programa progresista moderado que desmanteló en gran medida muchas de las restricciones impuestas por la situación de alerta bélica anterior, apoyó la iniciativa privada, redujo los

impuestos para estimular los negocios y trató de mejorar las condiciones laborales impulsando, por ejemplo, una jornada de trabajo de ocho horas, algo que llevaban mucho tiempo demandando los sindicatos y sus miembros. La repentina muerte de Harding en 1923 puso a Calvin Coolidge a las riendas de la nación, pero en lo que respecta a las políticas de este último, ello no supuso un cambio. Coolidge, de hecho, señaló de manera muy recordada que «la principal ocupación de los estadounidenses son los negocios». Y, en la década de 1920, lo era, sin ninguna duda.

Esta década fue testigo de un nivel de expansión e innovación sin precedentes en los Estados Unidos. Tomando únicamente como medida el producto interior bruto, el cual creció de 72.400 millones de dólares en 1919 a 104.000 millones en 1929, el mercado norteamericano estaba viviendo un *boom*. Parte de ese crecimiento fue arquitectónico; para muchos negocios, los rascacielos satisfacían tanto los egos como la economía, y no tardaron en convertirse en uno de los rasgos característicos del paisaje urbano norteamericano y en un símbolo de una nación que estaba elevándose literalmente sobre el mundo (figura 9.2). «El desafío a las leyes de la gravedad por parte del hombre posee implicaciones épicas», afirmaba con entusiasmo el crítico de arquitectura Sheldon Cheney, autor de *The New World Architecture* (1930). «Puede –se planteaba– que el comercialismo sea un nuevo Dios, de inmenso poder y atractivo, para el que los hombres levantan ahora sus estructuras más altas y laudatorias»[5]. La visión estadounidense de la metrópoli en 1925 era decididamente optimista, y tenía como origen un entusiasmo arquitectónico anterior a la Primera Guerra Mundial y que pareció no tomar muy en cuenta dicho conflicto. Estos eran los Estados Unidos de la Exposición Internacional de Panamá y el Pacífico de una década antes, celebrada en San Francisco para festejar la terminación del canal. Fue una exposición que tuvo como eje central «ideas de victoria, logro, progreso y aspiración», y que se diseñó con intención de exhibir «la perfecta cooperación entre arquitectos, escultores y pintores norteamericanos»[6].



Figura 9.2. Edificio Empire State, ciudad de Nueva York. Vista aérea del edificio Chrysler y del puente de Queensboro. Esta fotografía de 1932 se tomó desde lo alto del edificio Empire State (Nueva York), cuya construcción había terminado el año anterior. Era el edificio más alto del mundo en ese momento. Desde él los estadounidenses podían admirar un paisaje urbano de estilo modernista que reflejaba la pericia ingenieril y el poderío económico de Nueva York, que entonces como ahora constituía a menudo un símbolo del conjunto de la nación. El edificio *art decó* en el centro de la fotografía es el edificio Chrysler, completado en 1930, el cual ostentó el título de edificio más alto del mundo durante menos de un año (pero sigue siendo el más impresionante de Nueva York). Foto de Samuel H. Gottscho, 19 de enero de 1932. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-G612-T01-17578).

El *boom* de la construcción fue solamente la expresión más notoria de este optimismo y del nuevo y ostentoso consumo industrial e interior de la nación. La década de 1920 introdujo muchos de los accesorios del mundo moderno que hoy damos por sentados. Los frigoríficos eléctricos, las cocinas y las planchas no eran todavía los artículos básicos fabricados en serie que son en la actualidad, pero no tardaron mucho en adquirir ese estatus. Un 16 por 100 aproximadamente de los estadounidenses tenían electricidad en sus hogares en 1912, pero para 1927, un 63 por 100 podía ya

enchufar sus nuevos aparatos en casa. Los estadounidenses, teóricamente, ya podían guardar la comida en sus nuevos frigoríficos, higiénicamente empaquetada en envases de plástico de reciente invención. En la práctica, probablemente comían cada vez más comida enlatada, cuyo consumo se dobló entre 1914 y 1929. Podían emplear utensilios de baquelita para cocinar (aunque esta se usaba sobre todo en carcasas de radio y teléfono) y vestirse con una nueva tela artificial, el rayón (si bien este convertía la plancha en un artículo innecesario). Podían de manera totalmente literal sintonizar con su nación a través de la radio, pues conforme las ventas de este aparato crecían sin parar, iban apareciendo nuevas emisoras para informar y entretener a este nuevo mercado.

Fuera del hogar, se estaban construyendo nuevas autopistas a un coste de más de mil millones de dólares anuales, por las cuales los estadounidenses podían conducir sus automóviles, cada vez más asequibles. El precio de un Ford modelo T había caído de 805 $ en 1908 a 290 $ en 1925, lo que equivale a unos 3.500 $ en términos de poder adquisitivo actual. Su velocidad de fabricación también había aumentado. Las nuevas cadenas de montaje de Ford habían reducido el tiempo necesario para fabricar un modelo T de unas 14 horas a solo 93 minutos. Y había estadounidenses más que suficientes esperando a que estos automóviles saliesen por la puerta de la planta de fabricación. El número de coches pasó de unos 9 millones aproximadamente a comienzos de la década a unos 27 a finales. Con este nivel de crecimiento, la industria automovilística fue realmente el motor de la economía estadounidense en los años veinte, no solo desde el punto de vista de las ventas, sino también en el número de trabajadores que empleaba de forma tanto directa como indirecta en industrias complementarias como las del acero, el caucho y el petróleo. Otros medios de transporte también requerían estas materias primas, por supuesto, pero no en la misma medida todavía. Los viajes en avión seguían siendo algo reservado a los ricos, pero empezaron a popularizarse después de que Charles Lindbergh volara en el *Spirit of St. Louis* (Espíritu de San Luis) de Nueva York a París en 1927. Llegado el final de la década, ya eran aproximadamente medio millón los norteamericanos que viajaban anualmente en avión.

Si bien el suelo bajo sus pies –o neumáticos– además del espacio aéreo sobre sus cabezas estaba cambiando rápidamente, hubo en cualquier caso algunos aspectos deprimentemente constantes respecto al pasado en las

vidas de los estadounidenses durante la década de 1920. La mayoría de los principales empresarios industriales de la nación, respaldados por el gobierno, combatían a los sindicatos a cada momento y trataban de invalidar la legislación progresista relacionada con el trabajo infantil o los salarios de las mujeres. Algunos empresarios fueron extremadamente lejos en su empeño por proteger sus particulares prácticas laborales. El fabricante de coches Henry Ford, por ejemplo, mantenía su planta libre de sindicatos mediante la violencia y la intimidación, tácticas claramente en desacuerdo con la visión progresista que afirmaba tener de cara a la opinión pública de un paraíso para el trabajador. Espías pagados por la compañía se aseguraban de que sus empleados seguían un rígido estilo de vida que Ford había establecido: no estaba permitido fumar ni beber alcohol, no se podían hacer descansos en el trabajo, las casas tenían que estar pintadas, los jardines cuidados, los niños educados, todo según las ideas frecuentemente contradictorias del propio Ford de cómo debía ser la sociedad ideal. Ford, que había asegurado a sus clientes, con una célebre frase, que podían elegir el color de su coche «siempre y cuando fuese negro», insistía también en la década de 1920 que sus empleados podían comprarse también el coche que quisieran, siempre y cuando se tratase de un Ford.

Sin embargo, el miedo de este a lo que pudiesen hacer sus trabajadores si no los ataba en corto era algo más que una versión extrema del impulso progresista hacia el control. Después de todo, Ford llevaba sus negocios en un país que no confiaba en que su población bebiera de manera responsable, que había aprobado, en 1918, la Decimoctava Enmienda, o Ley de Prohibición Nacional (National Prohibition Act, comúnmente conocida como Ley Volstead o «Ley Seca»), la cual entró en vigor a comienzos de 1920 y se mantuvo hasta 1933 (figura 9.3). El antialcoholismo, naturalmente, tenía una larga tradición en los Estados Unidos, remontándose al menos hasta la década de 1840, y en el siglo XX, antes incluso de la aprobación de la Ley Volstead, varios estados ya habían prohibido la venta de bebidas alcohólicas. La decisión de implementar una política nacional de este tipo vino dada por una combinación de factores: la Primera Guerra Mundial jugó cierto papel al desacreditar el producto de las cerveceras germanoamericanas, a saber, la cerveza; al igual que la presión de empresarios como Ford que querían más disciplina entre –o que más bien querían disciplinar a– sus trabajadores. Pero los argumentos para la

prohibición procedían sobre todo de reformadores sociales, religiosos y políticos cuyos miedos al entorno urbano se fueron concentrando gradualmente en las tabernas como lugares impíos de decadencia social y maquinaciones políticas.



Figura 9.3. El subcomisario general de la policía de la ciudad de Nueva York John A. Leach (derecha) supervisa el vertido de alcohol a una alcantarilla por unos agentes tras una redada policial durante la Prohibición (*ca.* 1921). Esta se mantuvo en vigor en los Estados Unidos hasta 1933, año en el que el grupo de presión antiprohibicionista argumentó de manera convincente que la industria cervecera podía jugar un importante papel en los esfuerzos de recuperación económica tras el desplome de Wall Street de 1929 y la Gran Depresión que lo siguió. La Vigesimoprimera Enmienda, aprobada en diciembre de 1933, revocó la Decimoctava y abolió finalmente la Prohibición. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-123257).

No obstante, querer tomarse una copa de vez en cuando no lo convierte a uno a la fuerza en un beodo empedernido. Muchos estadounidenses no aceptaban de buena gana la prohibición y trataban de saltarse la legislación de cualquier modo posible. A este respecto, una de las cosas que consiguió la Ley Volstead fue la criminalización efectiva de un sector de la población hasta entonces respetuoso con la ley. Además, si lo que pretendían los reformadores antialcohólicos con la eliminación de las tabernas era acabar con los males sociales y políticos, la prohibición resultó ser un medio particularmente infructuoso de conseguirlo. Las destilerías y las fábricas de cerveza clandestinas se multiplicaron por doquier, al igual que el contrabando (la distribución ilegal de, en este caso, alcohol). Ciudades como Nueva York y San Francisco vieron una proliferación de *speakeasies*, garitos que supuestamente servían alcohol a escondidas, aunque en realidad tanto sus ubicaciones como sus actividades eran en buena medida un secreto a voces. Durante la prohibición, solo en Nueva York, el número de bares se duplicó; en 1929, había unos 32.000.

La década que quizá su autor más destacado, F. Scott Fitzgerald, denominó la «Era del Jazz» se hizo así famosa más por sus excesos con la bebida que por una sobriedad generalizada. Naturalmente, su fama no se debió únicamente a eso. No cabe duda de que el consumo general de alcohol y las patologías relacionadas con este se redujeron en los años veinte, y además había menos arrestos por ebriedad, pero las actividades criminales en su conjunto aumentaron en vez de disminuir en ausencia de la bebida. El crimen organizado no era el tipo de control del consumo que los reformadores antialcohólicos habían tenido en mente, por supuesto, pero ni siquiera ellos podían negar que, en la década de 1920, aquel pasó a estar realmente bien organizado.

La distribución de alcohol clandestino constituyó el catalizador para la expansión de una red de actividades ilegales tangenciales, entre ellas el juego, la fabricación y el consumo de drogas y la prostitución, que tenían lugar en torno a los *speakeasies* y aprovechaban el hecho de que, una vez cruzada la frontera de la legalidad en lo que respectaba al alcohol, no resultaba difícil convencer a muchos clientes de que se aventuraran un poquito más allá. Con las oportunidades de negocio que aportó la Prohibición, los funcionarios municipales y gubernamentales, los agentes del orden y los jueces se corrompían fácilmente en connivencia con las

bandas criminales que habían tomado el control del tráfico de alcohol, o eran objeto de intimidaciones para que las ignorasen totalmente. Esta época fue testigo de la ascensión de uno de los gánsteres más famosos de todos, Al *Scarface* Capone, quien levantó un imperio criminal brutalmente eficiente en Chicago que, en su apogeo, generaba unos beneficios anuales de 60 millones de dólares. El alcance del poder de Capone era tal que no creía necesario, o quizá aconsejable, actuar con discreción, y se desplazaba en un Cadillac blindado –tenía varios, naturalmente– con escoltas y todo. Consiguió eludir a la ley durante una década y fue finalmente llevado a juicio en 1931 por, sorprendentemente, evasión de impuestos.

En el fondo, la fascinación de entonces y ahora por Capone radicaba en que su historia parecía ser una muy estadounidense, cuya moraleja era que la delincuencia desde luego no salía rentable, pero solo cuando el criminal en cuestión desatendía el pago de sus impuestos. Como individuo, Capone parecía encarnar simultáneamente la obediencia y la rebeldía social que caracterizaron la década de 1920, y ciertamente se encontraba en sintonía con las nuevas perspectivas de negocio de la nación. De hecho, las organizaciones mafiosas –y la de Capone solo era la más conocida– en cierto modo apenas diferían de los negocios legítimos en cuanto a la gestión y la mercadotecnia de sus operaciones; naturalmente, en lo que se refería al mantenimiento de la disciplina interna las cosas no tenían nada que ver. Puede que Ford emplease a hombres vinculados con la mafia de Detroit para asegurar el acatamiento de las políticas de la compañía, pero el precio de no seguirlas significaba, en el peor de los casos, una pérdida temporal del medio de sustento, no una pérdida permanente de la vida. El glamur mediático del gánster norteamericano ha perdurado hasta nuestros días, pero en realidad no constituía sino otro hombre del saco simbólico más en una época en que los estadounidenses no tenían realmente nada que temer salvo el miedo en sí mismo; y, pese a todo, tenían miedo.

De hecho, los nombres de Era del Jazz o Locos o Felices Años Veinte para esta década esconden la tensión a la que los Estados Unidos se encontraban sometidos durante la misma, una tensión contra la que la euforia del periodo constituía en parte una negación y en parte una reacción natural. En muchos sentidos, la acusación de Dos Passos de que Estados Unidos era «dos naciones» representaba una explicación sintética de la situación, pero el contraste no era únicamente entre ricos y pobres, sino

entre nativos e inmigrantes, negros y blancos, hombres y mujeres, criminales y ciudadanos respetuosos con la ley, la ciudad y el campo; y en gran medida se centraba en la Primera Guerra Mundial.

La literatura de la época respondió a –y se vio moldeada por– estas divisiones. Escritores como Dos Passos en *Tres soldados* (1921), E. E. Cummings en *La habitación enorme* (1922), Ernest Hemingway en *Adiós a las armas* (1929) y T. S. Eliot en *La tierra baldía* (1922) estudiaron la desilusión que siguió inmediatamente a la guerra. Otros como Sinclair Lewis, en *Calle Mayor* (1920) y *Babbit* (1922), F. Scott Fitzgerald en *A este lado del paraíso* (1920) y *El gran Gatsby* (1926), y Thomas Wolfe en *El ángel que nos mira* (1922) reconocían la guerra de un modo indirecto al centrar su atención en la alienación del estadounidense en el flamante mundo materialista de los años veinte. Muchos de estos escritores formaron parte del colectivo conocido como la «Generación Perdida», cuyos miembros coincidieron en París tras la Primera Guerra Mundial, sin que llegasen a mantener relaciones muy estrechas. Al contemplar su nación desde la distancia, identificaron como motivo central de su tiempo la lucha del individuo contra unas fuerzas esencialmente impersonales.

Se trataba de una época que no albergaba interés por conceptos tales como «gloria, honor, coraje», observó Hemingway, evocando a Harding en Arlington. Tales palabras, planteó el escritor, se habían vuelto «obscenas al lado de los nombres concretos de los pueblos, el número de carreteras, los nombres de los ríos, los números de los regimientos y las fechas». Con todo, esta pérdida de individualidad no era algo que pudiera atribuirse exclusivamente a la Primera Guerra Mundial. La industrialización era una fuerza cada vez más despersonalizadora, y no solo de un modo literario o metafórico: reducía el carácter individual de las aptitudes. La industria automovilística de Detroit, por ejemplo, pasó de emplear un 75 por 100 de mano de obra cualificada en 1910 a un 10 por 100 una década después. El entierro del Soldado Desconocido en 1921 había hecho de este anonimato un símbolo emotivo de la nación, pero para demasiados norteamericanos, no fue la guerra sino el trabajo, no el conflicto armado sino la llegada de la cadena de montaje lo que los convirtió en anónimos. También ellos, en cierto sentido, se hallaban perdidos, pero en la multitud, no en París. Tal era el precio del progreso y, temían algunos, parte de lo que este significaba para los Estados Unidos.

Tanto Hemingway como Harding plantearon una división clara entre los valores considerados tradicionales y el modernismo que ha acabado por definir el cambio cultural y social que la Primera Guerra Mundial produjo en Europa. A primera vista, esto parece difícilmente aplicable a los Estados Unidos, teniendo en cuenta la tendencia alcista de su economía y la efervescencia de su cultura a partir de 1921. Empero, dicha cultura seguía estando impulsada, en gran medida, por la perturbadora dialéctica de la nación en torno a la clase y la raza. La correspondiente a esta última, además, ya no podía asignarse al «Sur», se definiese como se definiese este mental o moralmente, o sobre un mapa. Era un debate nacional. Siempre lo había sido, pero antes de la llegada del siglo XX casi había resultado posible fingir que no. Pero las cosas cambiaron a partir de 1910. La «Gran Migración» de afroamericanos desde el Sur rural entre las décadas de 1910 y 1930 (solo en la de 1920 se desplazaron más de un millón) y el subsiguiente desarrollo de comunidades negras en, entre otras poblaciones, Detroit, Chicago y Nueva York se juntaron con una nueva afluencia de inmigrantes desde las Antillas y se diversificaron en una mezcla social y cultural ya ecléctica en las ciudades del Norte.

Los recién llegados se vieron tremendamente sorprendidos por el grado de racismo existente por entonces en los Estados Unidos. Puede que a los emigrantes sureños los cogiera menos desprevenidos, pero ambos grupos encontraron un medio urbano bifurcado que era para ellos, como todavía lo era para muchos emigrantes europeos, excluyente y a veces abiertamente hostil desde el punto de vista económico. El resurgimiento del Ku Klux Klan en esta época (el cual afirmaba defender el patriotismo norteamericano) no fue sino un ejemplo extremo del modo en que el crecimiento económico de los años veinte trajo a la vez nuevas oportunidades para los Estados Unidos y agravó viejos problemas (figura 9.4). En pleno auge del «americanismo al ciento por ciento» y gracias a una campaña de promoción agresiva y muy moderna, el Klan aumentó su número de miembros de unos 5.000 en 1920 a varios millones a mediados de la década.



Figura 9.4. Desfile del Ku Klux Klan por Pennsylvania Avenue (Washington DC) el 13 de septiembre de 1926. Buena parte de la simbología asociada al KKK nació con su segunda encarnación a comienzos del siglo XX, y a través de manifestaciones públicas como la que recoge la imagen, que sitúa al KKK, al menos visualmente, en el corazón de la nación. No obstante, para cuando tuvo lugar esta demostración de su «poder», el Klan ya no era la poderosa fuerza política que había sido en los

años iniciales de la década de 1920, si bien, claro está, tampoco se encontraba completamente acabada. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-59666).

El Klan había expandido asimismo sus atribuciones desde su primera encarnación en el periodo inmediatamente posterior a la Guerra de Secesión. En reacción a las tensiones producidas por la inmigración, el progresismo y la Primera Guerra Mundial, alcanzó prácticamente un punto en el que parecía poco acertado acusarlo de albergar prejuicios, pues daba la impresión de oponerse a todo y a todos y por toda clase de motivos, en un abanico que iba desde raciales hasta religiosos. También pasó a ser una organización más urbana, en parte en respuesta a la emigración de sureños, negros y blancos, a las ciudades del norte, especialmente a aquellas como Detroit, donde había oportunidades de trabajo en la floreciente industria automovilística. No obstante, el centro de influencia del Klan era el Medio Oeste, y especialmente Indiana, estado en el que controlaba a todos los efectos el Partido Republicano. Pero cuando el líder del Klan David C. Stephenson fue condenado por la agresión y asesinato de una joven, Madge Oberholtzer, en 1925 e hizo pública a continuación una lista de destacados políticos y jueces en nómina del Klan en Indiana, la influencia de este último comenzó a decaer, al menos políticamente.

Culturalmente la historia era distinta. El Klan había conectado con al menos una parte del *zeitgeist* de los años veinte gracias a su oposición a la inmoralidad –definida esta de un modo muy amplio, pero en ella se incluía normalmente el alcohol– y a la inmigración. Había aprovechado en buena medida las tensiones inevitables entre la nación moderna, empresarial, heterogénea y secular en que se estaba convirtiendo Estados Unidos y la tradicional, familiar, homogénea y temerosa de Dios que supuestamente había sido antes de la Primera Guerra Mundial. El que la nación nunca hubiese estado cerca siquiera de ser tan rígida e inhibida era irrelevante. Del mismo modo que la Gran Bretaña de la posguerra se regodeaba en una fantasía construida en torno a la supuesta estabilidad y seguridad de la Inglaterra eduardiana anterior a la guerra, Estados Unidos se inventó para sí –no por primera vez– una historia mítica que no guardaba relación alguna en absoluto con la realidad de su pasado, pero que sin duda influyó en su

futuro, el cual implicó también un cierto grado de invención: el del norteamericano ideal.

El impulso de definir al norteamericano, y por extensión el americanismo, podría describirse cuando menos como una tradición auténticamente nacional, cuyo origen se remonta a la famosa pregunta de Crèvecoeur de 1783: «Entonces, ¿qué es el norteamericano, este nuevo hombre?». Sin embargo, lo que el siglo XX aportó al debate fue una perspectiva científica y pseudocientífica sobre lo que hasta entonces se había considerado un proceso social y cultural. En lo que respectaba a la inmigración, los años veinte vieron la aplicación de nuevas restricciones, sustentadas cada vez más en el vago concepto de la raza. Los ideales del nacionalismo cívico, el nuevo nacionalismo expuesto por Crèvecoeur y refinado por Roosevelt, se basaban en el rechazo de lo que Crèvecoeur denominó «antiguos prejuicios y costumbres» en favor de un «nuevo modo de vida».

No obstante, en la década de 1920, este se vio modulado –o quizá infectado– por algo peligrosamente parecido a una interpretación biológica y determinista del nacionalismo que rechazaba la idea del norteamericano ideal como una «extraña mezcla de sangres» y hacía hincapié por el contrario en la exclusividad étnica. Esta idea se divulgó de manera célebre en una popular publicación de la época: *The Passing of the Great Race: The Racial Basis of European History* (1916), de Madison Grant. Este, presidente de la Sociedad Zoológica de Nueva York y destacado eugenista, planteó una tesis que defendía la superioridad «nórdica» y encontró apoyo en aquellos ya inclinados hacia una perspectiva anglosajona. En comparación con cómo fueron recibidas sus ideas en la Europa de entreguerras, es ciertamente destacable que Estados Unidos resultara ser relativamente inmune a los extremos de su argumentación, teniendo en cuenta especialmente que muchos de los líderes de la nación no lo eran.

Existe una cierta ironía en el hecho de que Calvin Coolidge, mientras era todavía vicepresidente, publicara lo que era prácticamente una diatriba contra la inmigración en, aunque parezca increíble, la revista *Good Housekeeping* [La Buena Ama de Casa]. Mucho de lo que decía en ella era prácticamente una repetición del análisis rooseveltiano de la norteamericanización, pero revelaba en el fondo el influjo pernicioso de Grant. Los inmigrantes, afirmaba Coolidge, debían mostrar «capacidad de

integración» si esperaban que los dejaran pasar «por las puertas de la libertad». Sin embargo, Coolidge no creía que todos los pueblos tuvieran dicha capacidad. «Existen consideraciones raciales demasiado serias como para ignorarlas por razones sentimentales –sostenía–. Las leyes biológicas nos dicen que ciertos pueblos divergentes no se mezclarán o integrarán. Los nórdicos tienen aptitudes para la propagación. Con otras razas, el resultado muestra deterioro en ambas partes. La excelencia de la mente y el cuerpo –concluía– sugiere que la observancia de la ley étnica es una necesidad tan grande para la nación como la de la ley de inmigración.» Qué «leyes biológicas» espurias tenía en mente Coolidge resultaba un misterio, pero claro, parecía haber confundido las «puertas de la libertad» con las del cielo, en vista de su firmeza al afirmar que «el único inmigrante aceptable es aquel que puede justificar nuestra fe en el hombre mediante una revelación constante del propósito divino del Creador»[7].

El secretario de Trabajo de Coolidge, James J. Davis, sostenía opiniones igualmente firmes en cuanto al tema de las leyes biológicas y la inmigración. Basándose en su creencia en la tenacidad –y superioridad– de su herencia galesa (había emigrado a los Estados Unidos cuando tenía ocho años de edad), concluyó «que las características raciales no cambian. Esto es algo que hemos de recordar al dejar entrar a inmigrantes en este país». Dividiendo a la humanidad en dos tipos de animales –castores y ratas–, lanzó un mensaje moralizador que parecía salido de un cuento infantil: que los castores construyen casas y se aprovisionan de comida, mientras que las ratas se instalan en el desván y la roban. «Una civilización prospera –sermoneaba– cuando los hombres castor superan en número a los hombres rata. [...] Ojo –advertía– con criar ratas en los Estados Unidos»[8].

Las ideas de Davis, por inusuales que parezcan hoy, no eran más que una mutación metafórica del temor expresado por muchos de los legisladores estadounidenses de la época, cuyo gran terror creciente era que la nación se encontrase a punto de verse inundada por hordas de extranjeros indeseables. Muchas personas, que no suponían con optimismo que los recién llegados pudieran ser norteamericanizados y compartían la preocupación general causada por las estadísticas de criminalidad, coincidían con el congresista por Indiana Fred S. Purnell en que «existía poca o ninguna similitud entre los antepasados lúcidos y autónomos que engendraron al pueblo norteamericano y este torrente de desechos rotos e irresponsables que está

vertiendo en la sangre vital de los Estados Unidos las enfermedades políticas y sociales del Viejo Mundo»[9]. En 1921, el Congreso había aprobado unas leyes de emergencia para limitar el número de emigrantes desde Europa meridional y oriental y se había enfrascado a continuación en un debate sobre la conveniencia de establecer restricciones permanentes.

El debate estuvo fuertemente influido por tesis eugenistas, y solicitó la presencia como perito de Harry H. Laughlin, director de la Oficina de Documentación Eugenésica (Eugenics Record Office) y un abierto defensor de lo que se denominaba «esterilización eugenésica», una variante extrema del impulso progresista de mejorar la población norteamericana. «La cuestión de segregar, esterilizar o impedir de otro modo la reproducción de las castas humanas degeneradas en Estados Unidos –sostenía Laughlin– está de acuerdo con el espíritu de nuestras instituciones.» Si «la casta reproductora de nuestra población ha de ser purgada de su defectuosa paternidad», proponía, entonces el gobierno debía estar preparado para «aplicar leyes que dan la impresión de constituir discriminación racial pero que no lo serían», recalcaba. En última instancia, la «política de inmigración del eugenista, cuyo interés fundamental es la conservación, mejora y especialización de nuestras mejores castas familiares –advertía Laughlin–, es basar el criterio para la admisión de posibles inmigrantes principalmente en la posesión de cualidades naturales superiores, sin tomar en consideración la raza, el idioma o las condiciones sociales o económicas actuales»[10].

Con este nuevo énfasis en la reproducción y las leyes biológicas, el mensaje que llegaba desde las altas esferas en los años veinte es que el norteamericano ideal nacía, no se hacía. Coolidge y Davis hicieron hincapié en la importancia de la educación en la construcción de la nación, pero defendiendo al mismo tiempo que algunas etnias nunca podrían llegar a integrarse por medio de ella en el estilo de vida americano. La exclusión, por ende, era la única solución fiable, a la que se llegó mediante la Ley de Inmigración (Immigration Act) de 1924. Esta, que ampliaba la Ley de Cuotas de Emergencia (Emergency Quota Act) de 1921, fijaba una cuota más baja de inmigrantes con permiso para entrar en los Estados Unidos en función de sus orígenes nacionales; en teoría, esta era un 2 por 100 de la población de cada nacionalidad residente en el país con anterioridad a 1890 –es decir, antes del aumento de la inmigración procedente de la Europa del

este–, aunque no había límites al número de inmigrantes llegados de Latinoamérica y los de naciones asiáticas tenían completamente prohibida la entrada. Los Estados Unidos, con esta ley, pasaron de ser un refugio para los oprimidos a una comunidad glorificada de acceso restringido: la ciudad sobre una colina tenía ahora unas murallas verdaderamente altas, como correspondía a un santuario de los valores anglosajones. Esa era la teoría, al menos.

En la práctica, este cierre de la «Puertas Doradas» llegó demasiado tarde. Para algunos, esto parecía presagiar la destrucción de la nación, pero, al final, resultó ser su salvación. Sin ningún género de duda, el desfile del Klan por el corazón de la capital difícilmente constituía un ejemplo edificante de una nación cimentada supuestamente sobre la creencia de que todos los hombres son creados iguales; pero tampoco era una variante norteamericana de los congresos nazis de Núremberg. No hay que olvidar, de manera crucial, que el mismo año que Estados Unidos cerró finalmente de un portazo su política de puertas abiertas aprobó también la Ley de Ciudadanía India (Indian Citizenship Act, 1924) que reconocía por fin el derecho al sufragio de los nativos americanos. Esto no fue ninguna panacea en lo relativo a las relaciones entre «colonos» y nativos, puesto que al tratarse de un derecho transferido a los estados de la Unión, hubo que esperar hasta 1948 para que fuera totalmente implementado. Sin embargo, sí que puso de relieve un interés cada vez mayor en las particularidades de las culturas «minoritarias» que estaba comenzando a reemplazar el ideal del crisol de un nacionalismo basado en la integración.

Para mediados de los años veinte, Estados Unidos era ya étnica y culturalmente demasiado diversa y estaba demasiado fundada en un ideal cívico democrático que hacía hincapié en la igualdad para todos y demasiado entregada al republicanismo como medio a través del cual alcanzar esta última como para resultar verdaderamente vulnerable a los argumentos planteados por hombres como Grant o Laughlin, o para seguir, hasta su conclusión lógica, su programa eugenésico. Esto no quiere decir que algunos estados no tomaran ese camino; sí que los hubo.

Ya había varios estados con leyes en sus códigos que permitían la esterilización forzada de los enfermos mentales (si bien ya entonces la locura difícilmente constituía un diagnóstico sencillo, y en el caso de las mujeres era con excesiva frecuencia sinónimo simplemente de llevar una

vida sexual activa fuera del matrimonio). En 1927, el Tribunal Supremo validó la constitucionalidad de esta legislación en *Buck contra Bell*, un caso iniciado para poner a prueba la Ley de Esterilización Eugenésica (Eugenical Sterilisation Act) de Virginia de 1924. El juez del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes Jr. observó que sería «mejor para todo el mundo que, en vez de esperar a ejecutar vástagos degenerados por crímenes o dejarlos morir de hambre a causa de su imbecilidad, la sociedad pudiera impedir a aquellos que son manifiestamente incapaces la perpetuación de su género», antes de confirmar la ley y concluir: «Tres generaciones de imbéciles son suficientes»[11].

La esterilización forzada –al final, más de 60.000 norteamericanos fueron esterilizados siguiendo este programa– fue en muchos aspectos otra faceta más de la inclinación política por la imposición de la obediencia moral, médica y mental en este periodo. La prohibición y la prevención forzosa del embarazo no fueron sino los extremos de un abanico de medidas conservaduristas raciales, religiosas y culturales que fueron desde restricciones sobre el juego y la educación acerca del control de la natalidad y los anticonceptivos hasta la censura de obras literarias y de teatro, libros de texto y películas. En el fondo la cuestión giraba en torno al control y la libertad, en un sentido tanto positivo como negativo. La perspectiva de la polémica defensora del control de la natalidad Margaret Sanger, fundadora de la Liga Estadounidense por el Control de la Natalidad (American Birth Control League) en 1921, proporciona un buen ejemplo de ello. Por un lado, su campaña para liberar a la mujer de la carga de los embarazos continuos, y de las horribles muertes que a menudo conllevaban los abortos clandestinos, tenía como objetivo aliviar el sufrimiento. Por otro, los argumentos eugenésicos que proponía, los cuales estaban en sintonía con los del juez Holmes, a veces hacían más hincapié en la libertad negativa de imponer las creencias propias sobre otros que en la positiva de poder elegir por uno mismo. En 1925 se dio en Dayton (Tennessee) un caso extremo de adónde podía conducir esta lógica: unos fundamentalistas religiosos adoptaron, a todos los efectos, la argumentación del *lobby* eugenista de que los estadounidenses nacían y no se hacían y la aplicaron a la evolución.

El «Juicio de Scopes» (llamado a veces el «Juicio del mono») tuvo como protagonista a un profesor de Biología de un instituto de Tennessee, John T. Scopes, y su derecho a enseñarles a sus alumnos las teorías de *El origen de*

las especies de Charles Darwin. Como ocurrió con *Buck contra Bell,* este fue un caso llevado a los tribunales por la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles (American Civil Liberties Union) para desafiar la «Ley Butler» vigente entonces en el estado, que establecía que en las escuelas públicas del mismo solo podía enseñarse la versión bíblica de la creación del hombre (la Ley Butler no era aplicable a animales o plantas). El juicio atrajo una inmensa atención a nivel nacional –incluso pudo seguirse por la radio– en parte porque William Jennings Bryan fue llamado como perito judicial a favor de los antievolucionistas. Empero, no fue gracias a la presencia de Bryan sino a pesar de ella que se confirmó la constitucionalidad de la Ley Butler (la cual no fue revocada hasta 1967). Scopes fue hallado culpable, pero la actuación poco convincente de Bryan en la sala del tribunal y su muerte solo unos pocos días después del final del juicio desinflaron bastante el entusiasmo antievolucionista. La pena de Scopes resultó anulada al año siguiente por un tecnicismo (la multa impuesta –100 $– era demasiado elevada) pero la cuestión principal, que la Ley Butler no infringía la separación entre Iglesia y Estado establecida por la Primera Enmienda, recibió confirmación judicial.

Tanto las representaciones de la época como las posteriores del Juicio de Scopes (en 1960 apareció una película ligeramente basada en él titulada *La herencia del viento* con Spencer Tracy y Gene Kelly como protagonistas) tendían a retratarlo como un número cómico de circo que no sirvió más que para entretener, por no decir para abochornar por completo, a gran parte de la nación. El propio tribunal, de hecho, en la apelación posterior *Stokes contra el Estado* (1926), llegó a referirse a él como «este estrafalario caso». Pero dado que el impulso antievolucionista sigue siendo en nuestros días una poderosa fuerza en algunas partes de los Estados Unidos, puede que fuera algo más que eso. El Juicio de Scopes, indudablemente, fue un producto de su época, uno en el que las fuerzas de la tradición entraron en conflicto con las del Estado laico moderno. Fue en ciertos sentidos un choque de fes, entre Dios y la ciencia, pero también un producto del miedo: miedo al crimen, a los inmigrantes, a la ciudad, a los excesos de cualquier tipo y, sobre todo, al desafío y al cambio del *statu quo*. Que un pequeño pueblo de Tennessee pudiera sentirse no solo desfasado respecto de la cultura predominante en el resto de la nación, sino también amenazado por ella dejaba al descubierto algunas de las presiones a las que se encontraba

sometida la nación, además de la persistencia en ella del abismo entre los medios rural y urbano.

Cuando no estaban escuchando por la radio lo que sucedía en Dayton, los habitantes de las ciudades de Estados Unidos, especialmente los neoyorquinos, disponían de gran cantidad de entretenimientos para distraerse de las tribulaciones de la vida provinciana, y también de la suya propia. Verdaderamente, la imagen de los Locos Años Veinte fue, y sigue siendo, una asociada con la costa. Las representaciones populares de la Era del Jazz tienden a situar esta en Nueva York o, en una versión un tanto distinta, en California, no en ciudades del interior –a excepción de Chicago–. Quizá sea cierto que ninguna urbe ejemplificó mejor el lado optimista de la década de 1920 que Nueva York, la cual parecía ofrecer, como siempre había hecho, un refugio frente al mundo y una entrada a otro más amplio. El Harlem neoyorquino, por ejemplo, llevaba décadas dando cobijo a familias inmigrantes. Había pasado de ser predominantemente irlandés a judío, mas en los años veinte se convirtió en el corazón de la comunidad afroamericana y del movimiento cultural conocido como el «Renacimiento de Harlem». La cultura afroamericana, naturalmente, no nació en la Nueva York de los años veinte, pero la ciudad sirvió como prisma a través del cual se consiguió que sus muchos rayos, musicales, literarios y políticos, se grabaran a fuego en la corriente cultural principal, hasta entonces principalmente blanca. Muchos de los estudiosos y escritores negros de la época, entre ellos el poeta jazz y autor de *The Weary Blues* (1926) Langston Hughes y la antropóloga y escritora Zora Neale Hurston, surgieron en Harlem y terminaron por llegar a lectores de todo el país.

El acompañamiento musical de toda esta actividad, ya fuese en los clubes de Nueva York o, a nivel nacional, en clubes y *speakeasies* y a través de la cada vez más omnipresente radio, era, por supuesto, el jazz, en todos sus múltiples estilos. El jazz, identificado popularmente como el sonido del Sur en la ciudad del norte, era la metáfora definitiva de los Estados Unidos del periodo, por su personal sonido y su estructura improvisada, por su energía y su música bailable, y por su influencia, gracias especialmente a *Rhapsody in Blue* (1924) de George Gershwin, sobre lo que se consideraba música «clásica» convencional. Puede que el jazz fuera de origen afroamericano, pero fue evolucionando hasta convertirse en una forma de expresión musical única de los Estados Unidos. No obstante, el jazz solo fue un

elemento más de la Era del Jazz. Constituyó la banda sonora de la nueva modernidad, pero fue Hollywood quien registró para la posteridad la imagen popular del periodo. Desde películas mudas como *Días de colegial* (1925), protagonizada por Clara Bow, la primera y más famosa *flapper,* hasta el primer largometraje sonoro, *El cantor de jazz* (1927), con Al Jolson en el papel principal, la ya por entonces establecida y en expansión industria fílmica estadounidense entretenía a las audiencias de la época e informaba a las futuras –si bien no necesariamente de manera rigurosa– sobre la «vorágine» (como en *The Mad Whirl,* otra película de 1924) que era el país en los años veinte.

Con unos 50 millones de estadounidenses (en torno a la mitad de la población) yendo de manera regular al cine a comienzos de la década, y más de 80 millones para finales de la misma, el capitalismo de imprenta había sido transformado en entretenimiento popular. La «comunidad imaginada» de la nación había alcanzado la mayoría de edad, pero el tipo de imaginaciones que inducía Hollywood generaba controversia. Dado que la industria cinematográfica de entonces, como la actual, prefería retratar a los jóvenes y apuestos, el mensaje popular que el país se enviaba a sí mismo, y por extensión al mundo, era uno de juventud y vigor, de energía y excesos económicos. Pese a ello, no eran pocos los norteamericanos que estaban de acuerdo con la descripción que Scott Fitzgerald hiciera de la generación de la Era del Jazz como *Hermosos y malditos* (1922). Y para esos norteamericanos Hollywood constituía un motivo especial de preocupación.

En lo relativo a la promoción del sexo y el mundo de la farándula, Hollywood comenzó con una idea clara del camino a seguir, pero la publicidad negativa resultante de diversos y notorios escándalos lo llevó a autocensurarse antes de que el gobierno pudiera ponerse a ello. El código Hays (introducido en 1922 y bautizado en honor del antiguo director general de correos Will H. Hays) tenía como objetivo impedir que las películas mostraran cualquier cosa susceptible de ofender la sensibilidad moral de los espectadores. Dicho código recomendaba que no se mostraran en las pantallas de cine, entre otros actos potencialmente reprobables, escenas de homosexualidad, relaciones interraciales, desnudos, besos excesivos y adulterio.

A pesar del código Hays, lo que Hollywood mostraba, como no podía ser de otra manera, era una mera máscara de modernidad en los Estados

Unidos, especialmente en lo que se refería a las mujeres. El público norteamericano se habituó rápidamente a una dieta regular de muchachas hermosas, que a menudo desafiaban las convenciones –dentro de unos límites prescritos–, desde Greta Garbo en *Amor* (1927) y *Ana Karenina* (1935) hasta Bette Davis en *Jezabel* (1938). Esta clase de escapismo se volvió más popular que nunca durante la Gran Depresión de los años treinta, pero no era más que eso, escapismo, especialmente para la mujeres cuyas vidas no se parecían en nada a las que veían en pantalla, ni había tampoco posibilidades de que fuera así jamás (lo cual puede que supusiera un cierto consuelo, dada la temática de muchos de los primeros filmes). El continuo énfasis en la mujer como eje moral del hogar apenas había cambiado desde comienzos de siglo (figura 9.5), y contradecía bastante el estereotipo de las *flappers* –mujeres jóvenes de vida acelerada, bebedoras y fumadoras empedernidas– de los años veinte que, a pesar del alcohol y el tabaco, se las arreglaban para pasarse bailando la noche entera de un modo que muy probablemente infringiría las restricciones impuestas por el código Hays.

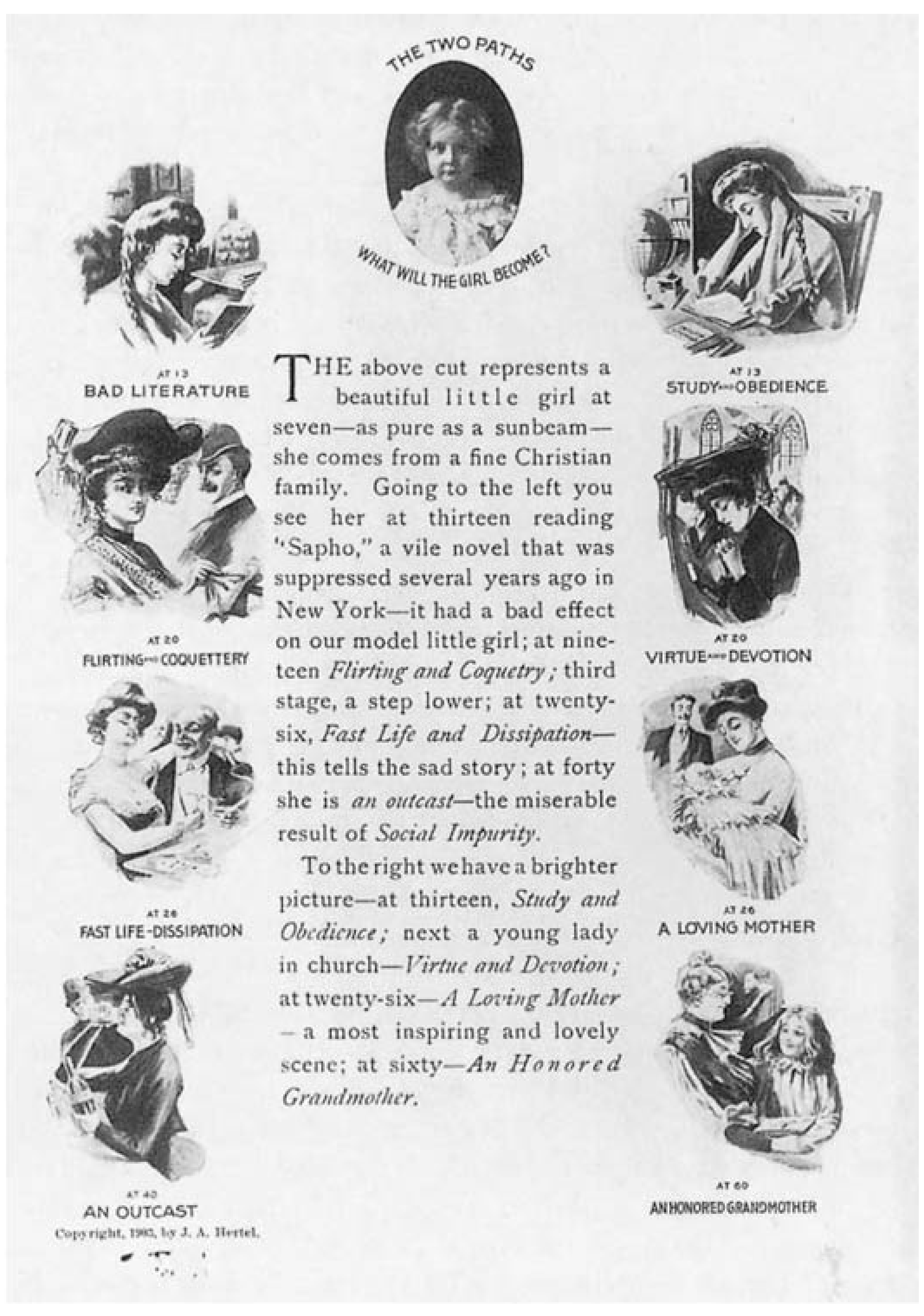


Figura 9.5. Esta ilustración apareció en el libro *Social Purity: or, The Life of the Home and Nation* (Nueva York, J. L. Nichols, 1903), del profesor John W. Gibson y esposa; mostraba los dos posibles caminos que se le presentaban a la preciosa niña de siete años retratada en la zona superior central de la imagen. A la izquierda, una serie de libros inapropiados (franceses, para más señas) la ha conducido a una espiral descendente hacia la exclusión social; a la derecha, otras lecturas espiritualmente más elevadas y la asistencia regular a la iglesia le ha asegurado un futuro estable.

Dado que la jovencita en cuestión habría tenido veintipocos años cuando comenzaron los «Locos Años Veinte», el lado izquierdo de la ecuación representaba un riesgo real; al menos ese era supuestamente el miedo constante de los padres estadounidenses. En la realidad, la niñita tenía más posibilidades de pasar por un divorcio que las que tuvo su madre, y lo más probable es que diera a luz a menos hijos que ella (la tasa de natalidad cayó de algo menos del 30 por 100 en 1920 a poco más del 20 por 100 en 1930). También tendría a su alcance una variedad mucho mayor de posibles empleos, la mayoría de estos en oficinas u hospitales, si bien no todos. Se trataba, después de todo, de la época en que Amelia Earhart tocó el cielo, al cruzar el Atlántico (acompañada) un año después que Lindbergh (1928) y repetir la hazaña en solitario en 1932. Si bien el precio de un aeroplano resultaba prohibitivo para la mayoría de las mujeres, para finales de la década de 1920 más de 10 millones de ellas trabajaban fuera de casa. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-02925).

Por supuesto, la realidad de la vida femenina no era lo único que presentaba un escaso parecido con las representaciones que se hacían en el cine y los medios de masas de la Era del Jazz. Es posible que un 40 por 100 de familias estadounidenses tuvieran una radio en 1930, pero eso dejaba a un 60 por 100 sin una. La riqueza de los Estados Unidos no estaba ni mucho menos distribuida equitativamente, y más del 70 por 100 de la población ganaba menos de lo que por entonces se consideraba el salario mínimo para vivir: 2.500 $ al año. El abismo entre las «dos naciones» de la ciudad y el campo, los ricos y los pobres, estaba ensanchándose al tiempo que las opciones se reducían. La fabricación de automóviles era un buen ejemplo de ello. La red de carreteras, el tiempo libre para conducir por ellas y los salarios necesarios para comprar coches estaban creciendo. La fabricación de estos últimos, sin embargo, se encontraba en su práctica totalidad en manos de solo tres compañías: Ford, General Motors y Chrysler. Pero a nadie le preocupaba. Si bien sus prácticas laborales y su injurioso antisemitismo habían manchado un poco su imagen pública, Ford seguía siendo un héroe nacional –internacional, en realidad–, un símbolo de la exitosa aplicación de la cadena de montaje norteamericana. La jerga administrativa disponía de un nuevo concepto, el «fordismo», una abreviación para referirse a la estandarización y a la eficacia productiva que resultaba de esta. El fordismo, de hecho, pasó a ser sinónimo de «americanismo» como modelo económico del futuro, un futuro de confianza del consumidor y poderío económico en constante crecimiento.

Cuando, en 1929, Ford organizó una celebración de otro tipo de poder, el de la bombilla eléctrica –y la apertura de su propio museo, el Edison Institute of Technology–, esta constituyó un motivo para el optimismo. El recién elegido presidente Herbert Hoover asistió y pronunció un discurso enardecedor (retransmitido en directo a la nación por radio). La investigación científica, declaró Hoover, «es uno de los impulsos del progreso más potentes»; proporcionaba «un nivel de vida más alto, mayor estabilidad del empleo, una reducción del esfuerzo, un aumento de la longevidad y un menor sufrimiento. Al final –afirmó– nuestro tiempo de ocio se amplía, nuestro interés por la vida crece, nuestra visión de futuro se expande. Vivir se vuelve más gozoso». Por encima de todo, dijo Hoover con entusiasmo, Thomas Edison había «convertido la física pura y dura de la electricidad en un producto gravable»[12]. Solo tres días después de esta confiada predicción de los beneficios económicos de la racionalidad científica y social, el mercado bursátil estadounidense se desplomó, sumiendo a la nación –y con ella al resto del mundo– en la debacle económica de la Gran Depresión.

UN MUNDO FELIZ

En 1925, los neoyorquinos pudieron contemplar el posible futuro del comercialismo y la construcción en una exposición: «La ciudad titánica: una profecía gráfica de Nueva York, 1926-2006». En ella la ciudad se imaginaba como una metrópolis futurista, pero no la versión distópica concebida solo dos años después por el director de cine alemán Fritz Lang (en *Metrópolis*, 1927). La norteamericana era un mundo en altura de líneas aerodinámicas, ordenado, hecho a medida de los habitantes del Nuevo Mundo. Para una nación tan constantemente reñida con la idea misma de la urbe, y obsesionada aún con la visión arcádica de Thomas Jefferson, esto representaba un cambio sustancial en la perspectiva que se tenía de la ciudad, la nación y los valores de esta última.

Esta visión de movilidad ascendente constituía también un símbolo de un cambio social y demográfico fundamental. Mientras los años veinte celebraban el consumo ostentoso en las ciudades, en las zonas rurales los granjeros seguían pasando apuros para salir adelante, al haber sido dejados

atrás de manera bastante literal cuando la nación se lanzó a la vida urbana con sus alimentos enlatados y comodidades domésticas, sus cines, bares y rascacielos. A comienzos del siglo XX, más de la mitad de la población estadounidense vivía en comunidades rurales de menos de 2.500 habitantes; para 1930, lo hacía poco más de un 40 por 100. Naturalmente, eso dejaba todavía a un buen número de personas en el medio rural, pero era indicativo de una tendencia, expresada de manera absolutamente obvia por la arquitectura, que privilegiaba la centralización frente a la descentralización, la ciudad frente al pueblo y la economía urbana e industrial frente a la agraria.

Ante la quiebra del mercado bursátil, el público de los cines fue encaminado de nuevo hacia esa visión en una comedia hoy prácticamente olvidada, *Una fantasía del porvenir* (1930), ambientada en una ciudad de rascacielos de la década de 1980. A pesar de su deliberado tono frívolo, el filme señalaba sutilmente las desventajas de una utopía en la que las personas se habían convertido en números y la vida estaba dirigida por un comité. Este fantasma distópico del futuro de la humanidad, que ya había sido invocado con anterioridad en novelas de tiempos tan lejanos como los del *Cándido* (1759) de Voltaire, fue presentado de manera sumamente gráfica en la novela de Aldous Huxley de 1932 *Un mundo feliz*.

La novela de Huxley estaba ambientada no en Nueva York sino en un Londres futurista surgido en 1908, cuando se produjo el primer modelo T. En esta era d. F. (después de Ford), el principio de «producción en cadena» se había «aplicado a la biología», y la población resultante, separada científicamente en alfas, betas, gammas y epsilones, se divertía yendo al cine «sensible» (en vez de únicamente sonoro) y recordando con cierta indulgencia la estupidez de la época de su fundador en la que a la gente se le permitía jugar a juegos que «no contribuían en modo alguno a aumentar el consumo». Hasta ahí llegaba más o menos todo su interés por el pasado, ya que el lema de este mundo feliz era la famosa acusación de Ford de que «la historia son bobadas». Se trataba de una civilización que no tenía necesidad del pasado ni «de nobleza o heroísmo alguno», no porque la Primera Guerra Mundial hubiera vuelto tales conceptos obsoletos u obscenos, sino porque se consideraban «síntomas de ineficacia política».

A pesar de su crítica manifiesta del fordismo (y del propio Ford), la novela de Huxley presentaba varios niveles de lectura en lo que respectaba

a los ideales utópicos, y no era en sentido estricto un ataque simplista sobre los Estados Unidos. Empero, el contexto inmediato tanto de su escritura como de su recepción fue la explosión, o implosión, del sueño económico del experimento republicano. El «Martes Negro» (29 de octubre de 1929) los mercados estadounidenses perdieron unos 14.000 millones de dólares en un solo día, que se convirtieron en 30.000 millones al acabar la semana. Estas cifras resultan pasmosas por sí mismas, pero en el contexto actual equivaldrían (y según lo sucedido en 2008, equivalieron básicamente) a unos 170.000 millones y 360.000 millones, respectivamente.

Los mercados permanecieron en caída libre durante los siguientes tres años. En ese tiempo, los precios se desplomaron (en torno al 40 por 100) al tiempo que el desempleo crecía (hasta unos 14 millones de parados), y el valor de las acciones no paró de bajar en una espiral descendente aparentemente infinita. El valor de las acciones de U. S. Steel, por ejemplo, cayó de 262 $ en 1929 a 22 $ en 1932, y el número de trabajadores de la compañía de unos 225.000 a exactamente cero. Bancos de todo el mundo quebraron cuando sus clientes corrieron a retirar sus ahorros, temiendo que el patrón oro no pudiera (como efectivamente no pudo) soportar esta repentina sobrecarga del sistema económico. Tal como William Jennings Bryan había advertido, la humanidad estaba, metafóricamente hablando, siendo crucificada en una cruz de oro. Era un desastre de magnitud global, pero en Estados Unidos pareció aún peor debido a la confianza del consumidor, la construcción y el comercio que había caracterizado la década previa. Pero era precisamente esto, al menos en parte, lo que había provocado la crisis. La suposición optimista de que la nación no paraba, en términos económicos y sociales, de avanzar y de crecer generó un exceso de entusiasmo productivo que sobrepasó su capacidad de consumo.

Con todo, las desigualdades de riqueza en el país eran solo parte del problema. El principal era la igualdad de expectativas. Con una población –un mercado internacional, en realidad– que creía que podía comprar o pedir en préstamo su acceso al sueño americano, y demasiados bancos dispuestos a hacer realidad esa idea mediante una combinación de tipos de interés bajos y préstamos sin garantía, a otras naciones además de a clientes nacionales, Estados Unidos llegó rápidamente a un punto en el que el mercado de valores en sí, y no las industrias con cuyos valores se comerciaba, pasó a dirigir la economía de la nación. El país estaba, a todos

los efectos, comerciando solo con fe. De modo que, cuando la burbuja estalló, no se perdió únicamente dinero, sino también moral. No fueron solo las finanzas lo que fracasó, sino la fe en Estados Unidos como una nación cuya población, tal como Hoover les dijo al salir elegido en 1928, había «alcanzado un nivel de confort y seguridad mayor que jamás había existido en la historia del mundo». «Mediante la liberación de la pobreza generalizada –afirmó– hemos alcanzado un mayor grado de libertad individual que nunca», y sobre la base de esta libertad «estamos construyendo con seguridad una nueva raza, una nueva civilización grande en cuanto a sus propios logros»[13].

La respuesta de Hoover a la crisis monetaria que ridiculizó su confianza en el crédito norteamericano –material y moral– fue mantenerse firme en los principios que había propugnado durante su campaña electoral. Recurrió a organizaciones benéficas privadas y autoridades estatales para aliviar los peores efectos del desempleo, buscando la cooperación voluntaria entre los empresarios y los trabajadores, a los cuales los primeros ya no podían permitirse dar trabajo. Siguió aferrado al credo del Partido Republicano de que la fuerza del país residía en lo que él denominó el «recio individualismo» de sus ciudadanos. Los norteamericanos, creía Hoover, eran «autosuficientes en un grado extraordinario», y pronto «encabezarían la marcha de la prosperidad» otra vez. Rechazó las peticiones de los demócratas de una mayor intervención federal argumentando que la «depresión [económica] no puede curarse mediante acciones legislativas o decisiones ejecutivas. Las heridas han de sanar por medio de la actuación de las células del cuerpo económico: los propios productores y consumidores». La intervención federal, concluyó Hoover, no solo resultaba desacertada sino que además se encontraba esencialmente en desacuerdo con el estilo de vida norteamericano[14].

Dado que Estados Unidos había perdido claramente el rumbo, una respuesta así resultaba inadecuada en el mejor de los casos y, en el peor, fue interpretada por algunos como insensible. La ayuda federal a las empresas llegaría poco después, finalmente, bajo los auspicios de la Sociedad Financiera para la Reconstrucción (Reconstruction Finance Corporation), pero se siguió dando por hecho que los ciudadanos se beneficiarían indirectamente de esta ayuda. El apoyo federal directo a la gente, se creía todavía, era un paso peligroso hacia el socialismo. Pero a medida que la

depresión se alargaba, quedó claro que se necesitaba algo más que la tradicional invocación del individualismo norteamericano. Cuando más de 20.000 veteranos marcharon sobre Washington a comienzos de 1932 reclamando el pago de una bonificación que se les había prometido por su servicio durante la Primera Guerra Mundial, la desproporcionada respuesta por parte del gobierno reveló lo grande que se había vuelto la brecha entre el pueblo estadounidense y sus líderes. El general Douglas MacArthur dispersó a los veteranos con armas de fuego, tanques y gas lacrimógeno; un movimiento que no estaba destinado a poner de su lado a una nación ya desesperada y que difícilmente suponía el mejor curso de acción para los republicanos en un año de elecciones.

Aun cuando no se hubiera tenido en cuenta este estallido de violencia contra los veteranos, la elección de un demócrata en 1932 era tal vez, dadas las circunstancias, algo inevitable. El demócrata en cuestión, Franklin Delano Roosevelt, en una frase que terminaría por definir no solo su presidencia sino un nuevo rumbo político y social para el país, prometió «un nuevo trato *[New Deal]* para el pueblo norteamericano». Este no era, naturalmente, el primer trato que les ofrecía un Roosevelt. El anterior presidente Roosevelt (el cual era, de hecho, un primo lejano del nuevo) había prometido a la nación un «trato justo» *[square deal]*, en el sentido de que iba a cuadrar el círculo entre trabajo y capital, recursos naturales y necesidades industriales, empresa y consumidor. Le tocaba ahora al nuevo Roosevelt tratar de recuperar el idealismo de una era anterior, de proporcionar un «Nuevo Trato», uno configurado, como había de ser en esos momentos, por ciertos acontecimientos económicos y sociales poco gratos desde los tiempos de Theodore Roosevelt.

Roosevelt podía, en ocasiones, parecer pesimista en su valoración de los problemas a los que se enfrentaba Estados Unidos en los años treinta. «Una ojeada a la situación actual –planteó en un discurso al inicio de la campaña electoral– indica de manera sumamente clara que la igualdad de oportunidades tal como la hemos conocido ya no existe. [...] Hace tiempo que alcanzamos nuestra última frontera, y ya no queda prácticamente tierra libre.» Y la tierra, como Roosevelt entendía, había sido durante mucho tiempo una «válvula de seguridad» práctica y psicológica para el pueblo norteamericano; el Oeste, en concreto, tal como expuso de un modo que recordaba bastante al primer Roosevelt, había representado un refugio «al

que pueden dirigirse los desempleados por la maquinaria económica del Este para empezar de cero». Todo eso se había acabado. «No podemos invitar al inmigrante europeo a que comparta nuestra infinita abundancia», observó, y peor aún, lo único que Estados Unidos podía ofrecer a su propia población era «una vida gris». Había llegado la hora, aseveró Roosevelt, de una «reevaluación de valores».

En realidad, lo que estaba ofreciendo Roosevelt no era una reevaluación de valores como tal sino más bien una reafirmación de principios fundamentales. El presidente que tanto haría por moldear el futuro de la nación era especialmente hábil a la hora de utilizar el pasado para concretar sus propuestas y unir a la población. Para calmar los miedos de que los demócratas tuvieran planeado crear una especie de estado socialista, Roosevelt invocó la revolución como una época en que la amenaza del gobierno dio lugar a un cambio; ahora, adujo, la amenaza la representaban «unidades económicas», a las cuales no había que someter por completo, sino sencillamente revisar. El gobierno tenía ahora que «ayudar al desarrollo de una declaración de derechos económicos, de un orden constitucional económico» diseñado «no para obstaculizar el individualismo sino para protegerlo». En ese sentido, lo que Roosevelt denominó de forma sucinta «los nuevos términos del antiguo contrato social» necesitaba únicamente una reafirmación de fe: «La fe en los Estados Unidos, en nuestras instituciones y en nosotros mismos requiere», subrayó, creer en que los norteamericanos podían crear «la utopía aparente que Jefferson concibió para nosotros en 1776»[15]. En el fondo, lo que Roosevelt hizo fue lanzar el guante revolucionario; un modo tradicional de conseguir que cualquier argumento cale en la política norteamericana. Hizo una invocación a la fe: la fe de los Padres Fundadores de la nación.

Pero más allá de la creencia de que, con algo de ayuda, la nave de los Estados Unidos podía recuperar el rumbo, el nuevo presidente no tenía en mente ningún camino para alcanzar la utopía. En consecuencia, el New Deal fue más «evolucionario» que revolucionario. Comprendió un conjunto de nuevas leyes a veces contradictorias y programas generalizados de empleo público –a menudo divididos por los historiadores en dos etapas, el New Deal y, a partir de 1935, el Segundo New Deal– cuya intención era doble: una recuperación económica a corto plazo y una reforma económica y social a largo plazo. Fue testigo asimismo del surgimiento de lo que

terminó por llamarse la «coalición» del New Deal, la unión de trabajadores organizados y grupos de votantes que, hasta la llegada del New Deal, se habían encontrado normalmente en desacuerdo: blancos del Sur con negros del Norte, protestantes del campo con católicos y judíos de la ciudad, minorías con intelectuales. Esta coalición cambió la cara de la política de partidos estadounidense; quizá lo más destacable fue que alejó a los afroamericanos del Partido Republicano –el partido de Lincoln, de la emancipación– y los acercó a los demócratas, a cuyo lado permanecerían en líneas generales en el futuro.

En un sentido más amplio, el New Deal representó el segundo de tres importantes cambios transformadores en la evolución social y política estadounidense, cambios efectuados por la ampliación del poder del Estado federal. El primero ocurrió en el siglo XIX como resultado de la victoria de la Unión en la Guerra de Secesión, no solo con el aumento de la autoridad del Estado central durante el conflicto y después de él, sino concretamente en relación con las llamadas «enmiendas de la Reconstrucción», la Decimotercera, Decimocuarta y Decimoquinta Enmiendas a la Constitución que erradicaron la esclavitud, definieron la ciudadanía y establecieron derechos de sufragio, proporcionando en conjunto una potente reinterpretación judicial de la libertad. El tercero consistió en la promulgación de leyes en pro de la igualdad de derechos durante la «Segunda Reconstrucción» en la década de 1960. El puente entre ambos fue el New Deal, que trató de extender el poder del Estado central para garantizar una extensión mayor de la idea de libertad: libertad de vivir sin pobreza, seguridad económica e igualdad de oportunidades para todos.

Aunque comenzó con la Ley Bancaria de Emergencia (Emergency Banking Act), el eje del programa económico del «primer» New Deal fue la Ley para la Recuperación Industrial Nacional (National Industrial Recovery Act, 1933), que creó una Administración para la Recuperación Nacional (National Recovery Administration) bajo la cual, como había sucedido en buena medida con el Departamento de Industrias de Guerra (War Industries Board) establecido durante la Primera Guerra Mundial, el comercio pudo ser organizado y controlado (la adhesión era voluntaria, aunque se recomendaba fuertemente), pero esta vez en nombre de una guerra contra la pobreza. Poco después se crearían más agencias, cada una con sus propias competencias específicas.

La Ley de Ajuste Agrario (Agricultural Adjustment Act) trató el problema de la caída de precios en el campo por medio de una restricción de la producción, ofreciendo a los agricultores compensaciones si la limitaban. Esto tuvo el efecto deseado de elevar los precios de los productos agrícolas, pero también el indeseado de la expulsión de muchos aparceros y agricultores arrendatarios pobres de tierras cuyo cultivo no resultaba ya rentable; estos fueron dejados al cargo de las organizaciones de auxilio social o se unieron al éxodo masivo de desempleados por las autopistas de la nación (figura 9.6). El Cuerpo Civil de Conservación (Civilian Conservation Corps, CCC) trató de crear empleos mediante una serie de proyectos destinados a la conservación del entorno natural. La Administración de Obras Públicas (Public Works Administration) intentó lo mismo en las ciudades por medio de un programa de construcción de carreteras, puentes y edificios, y en el Sur rural, la Autoridad del Valle del Tennessee (Tennessee Valley Authority) puso en marcha un programa de prevención de inundaciones y de construcción de presas en el río Tennessee que posibilitó la llegada de la electricidad a miles de casas. De hecho, algunos de los efectos a largo plazo y más visibles del New Deal fueron sus proyectos de construcción a lo largo de los ríos de Norteamérica, el mayor de los cuales fue la presa Grand Coulee en el Columbia que, con el tiempo, llegaría a generar casi la mitad de la energía hidroeléctrica de la nación.

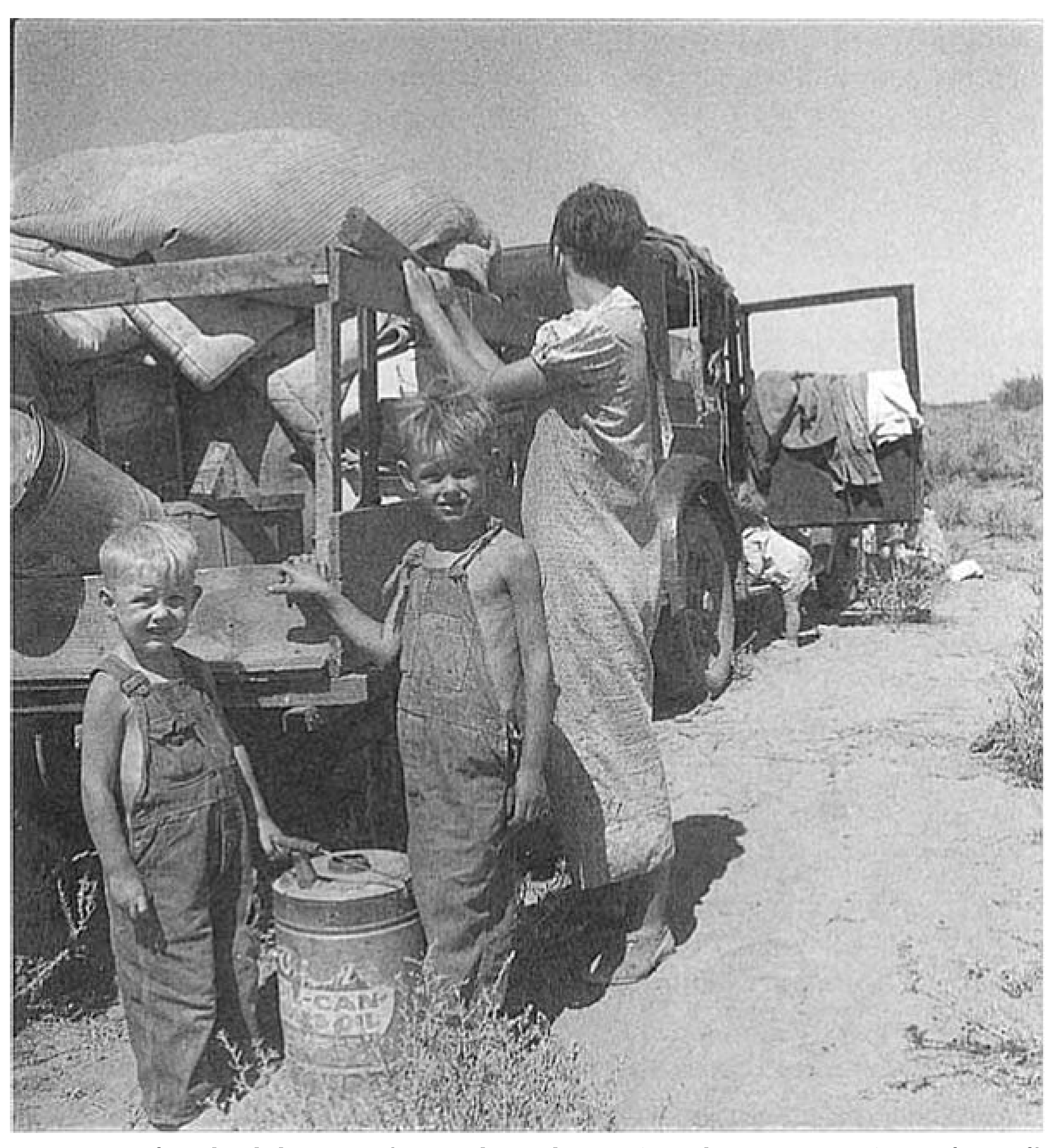


Figura 9.6. Refugiados de la Depresión procedentes de Iowa (Dorothea Lange, 1936). Esta fotografía muestra a tres integrantes de una familia (con 9 miembros) en Nuevo México, refugiados procedentes de Iowa, en el punto álgido de la Depresión; la tomó la célebre fotoperiodista Dorothea Lange como parte de su trabajo en el proyecto fotográfico organizado en pro de la Administración de Reasentamiento (Resettlement Administration, 1935), una de las agencias de reformas fundadas al amparo del Segundo New Deal (más tarde se integraría en la Administración para la Seguridad Agraria [Farm Security Administration, también 1935]). Lange documentó posteriormente otro desagradable caso de reasentamiento, el de los ciudadanos japoamericanos sacados de sus casas a la fuerza por la Autoridad para el Reasentamiento en Guerra (War Relocation Authority) y detenidos en campos durante la Segunda Guerra Mundial. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-130926).

En conjunto, estos diversos programas –y hubo muchos– representaron un ambicioso intento de lograr la recuperación económica, pero, no obstante, atrajeron críticas. Las «agencias del alfabeto», llamadas así por sus oponentes (quienes idearon el nombre con idea de tildar a los programas del New Deal de «sopa de siglas», por el plato con pasta para niños), tuvieron un éxito ciertamente desigual a la hora de lograr una estabilidad económica y social. Esto no fue culpa únicamente de las agencias en sí. La naturaleza no estaba del lado del New Deal. Una pertinaz sequía (en algunas regiones se mantuvo durante la mayor parte de la década) ocasionó violentas tormentas de arena que convirtieron las Grandes Llanuras en el «Cuenco de Polvo» que, quizá más que ninguna otra cosa, acabó por definir la devastación de la Gran Depresión en los Estados Unidos. Sus peores efectos se hicieron sentir en las penínsulas interiores de Texas y Oklahoma y se extendieron hasta Nuevo México, Kansas y Colorado. La población de estas zonas, abandonadas a su suerte, pasaron a ser, en la práctica, trabajadores itinerantes en su propia tierra; retratados por fotógrafos como Dorothea Lange y en la literatura por escritores como John Steinbeck (cuya novela *Las uvas de la ira* [1939], sobre una familia desposeída de Oklahoma, es la representación literaria más famosa de la Depresión); su lamento se convirtió en un símbolo del sufrimiento generalizado de la nación en los años treinta.

La fase iniciada en 1935, el llamado Segundo New Deal, se desarrolló en torno a la Ley de Seguridad Social (Social Security Act, 1935), que puso en marcha un programa de asistencia social que incluía seguros de desempleo y pensiones. También hizo avanzar la creación de empleo por medio de la Administración para el Desarrollo de Obras (Works Progress Administration, WPA). Esta organización dio empleo a casi nueve millones de personas por todo Estados Unidos, muchos de ellos escritores, músicos y artistas, a los cuales se les encargó la elaboración de obras que iban desde murales en edificios de correos hasta guías de turismo estatales, la gestión de conciertos y producciones teatrales y la creación de archivos sobre folclore. De hecho, en lo que se refería a la escritura de la historia del país, una de las iniciativas de la WPA, el Proyecto Federal de Escritores, por medio de un voluminoso indexado de periódicos, documentos históricos y archivos y de entrevistas y grabaciones de voz a aquellos afroamericanos que aún recordaban la esclavitud, organizó gran parte de las fuentes de

información histórica disponibles para componer un relato del pasado de la nación que los historiadores todavía estudian minuciosamente y reinterpretan para el presente.

Empero, incluso actividades aparentemente tan inofensivas como la puesta en escena de una obra de teatro podían, y lograban, atraer recelos y avivaban el temor a que tras el New Deal hubiera un programa socialista o, peor, fascista, diseñado para reproducir en los Estados Unidos lo que un crítico, el periodista Raymond Gram Swing, describió como «el modelo de Alemania e Italia, la coalición entre los radicales y los conservadores en nombre de la unidad nacional». Esto no era más que el primer paso, advertía Swing, hacia el mundo feliz del fascismo norteamericano, un mundo en el que el individualismo sería erradicado y a los estadounidenses «se les diría que es antiamericano oponerse y criticar»[16]. La voz de Swing, conocida desde hacía mucho por los radioyentes estadounidenses pero cada vez más a medida que los acontecimientos en Europa inducían una mayor cobertura de noticias internacionales, no era la de un profeta solitario en un desierto aislacionista no afectado por, o no interesado en, el auge del fascismo en Italia o del nacionalsocialismo en Alemania. La novela de Sinclair Lewis *It Can't Happen Here* (1935), cuya premisa era, por supuesto, que «eso» podía pasar con facilidad, fue uno de los libros más vendidos de la década. La obra dramática basada en él, que fue patrocinada por el Proyecto Federal de Teatro, gozó de la atención de los medios de todo el país; en 1936 se estrenaron versiones en inglés y yiddish para el público neoyorquino, una versión en yiddish en Los Ángeles, una en español en Tampa y una representada por actores negros en Seattle.

En realidad, el riesgo de que Estados Unidos se convirtiera en los años treinta en una versión americana del Estado nacionalsocialista era escaso. En líneas generales, durante el periodo de entreguerras, el significado de libertad y democracia en el país volvió, una vez más, a ser materia de debate pero no estuvo nunca en verdadero peligro de resultar destruido. Puede que Herbert Hoover atacara el New Deal como «la mayor transgresión del espíritu de la Libertad que la nación ha visto desde los días de la Norteamérica colonial», pero Roosevelt respondió a esa afirmación subrayando (de manera similar a como hiciera Lincoln durante la Guerra de Secesión) la necesidad de una «definición más amplia de libertad», una que

proporcionase «más libertad» y «más seguridad para el ciudadano medio de las que jamás ha conocido en la historia de Estados Unidos»[17].

Si esto era verdad o no resultaba algo discutible, y dependía en gran medida de cómo definiera uno al ciudadano «medio». El sufrimiento de la Gran Depresión estaba desigualmente repartido, y algunos programas del New Deal, aunque pretendían paliar el problema, solo consiguieron agravarlo. El llamado Nuevo Trato Indio (Indian New Deal) fue un buen ejemplo de ello. La Ley de Reorganización India (Indian Reorganization Act) de 1934 trató de llevar a cabo una inversión de las políticas de integración previas; intentaba recuperar lo que el recién designado presidente del Departamento de Asuntos Indios, John Collier, creía que se había perdido no solo para las naciones indígenas sino para el conjunto de la nación estadounidense a través de la destrucción de la cultura nativa y la parcelación de los territorios tribales en propiedades privadas bajo la Ley Dawes. Collier, en lo que podría verse como una versión microeconómica (y cultural) del propio New Deal, se esforzó en lograr una reunificación de las tierras de los nativos americanos, e impulsó la puesta en común de recursos en beneficio de todos. Naturalmente, no todos los nativos americanos se mostraban dispuestos a ver cómo sus tierras cuidadosamente administradas pasaban a ser propiedad colectiva. Y quizá se mostraban más recelosos aún hacia, y se resistían a, este repentino entusiasmo por parte de los burócratas de Washington por regresar a unas tradiciones que algunos de ellos habían abandonado hacía ya mucho tiempo. Un gran número de naciones indígenas prefería el progreso y la promesa de un futuro antes que el regreso por la fuerza a una versión idealista blanca de un pasado que distaba mucho de ser ideal.

Otros grupos de la sociedad norteamericana se vieron no tanto empujados hacia el pasado como incapaces de escapar de él. Los afroamericanos, que eran más dependientes en general del cultivo de algodón, encontraron los intentos de ajuste agrario del New Deal escasamente beneficiosos. También ocurría que la mayoría de las iniciativas del New Deal eran segregativas, ya se tratase del CCC o de las nuevas ciudades modelo establecidas por la Administración de Reasentamiento. La segregación, por supuesto, no se originó con el New Deal. A lo largo de las décadas de 1920 y 1930, Estados Unidos se mantuvo como una nación en la que libre no significaba igual, una aún impulsada, hasta cierto punto, por una perspectiva supremacista

anglosajona que resultaba visible, y en buena medida reforzada, por la cultura popular de la época. Tanto la literatura como las películas de entonces revelaban las tensiones entre la nueva cultura común, cívica y nacionalista que defendía Roosevelt y la persistencia del paradigma del «recio individualismo» que preferían sus oponentes. No obstante, en ambos casos, el ideal norteamericano estaba racialmente codificado, su nacionalismo cívico era étnicamente excluyente y el individualismo próspero rara vez correspondía al inmigrante.

La novela –y posterior película– de mayor éxito comercial y más recordada de los años treinta fue, por supuesto, la epopeya de la Guerra de Secesión *Lo que el viento se llevó* (1936), obra de Margaret Mitchell. Esta historia ofrecía un escape temporal de los dilemas de la Depresión gracias a su escenario histórico, pero también una afirmación de la idea de que el triunfo sobre la adversidad se produciría si el individuo en cuestión demostraba estar a la altura. Había poca solidaridad fraternal o, ni mucho menos, social en su protagonista, Scarlett O'Hara, quien, quitando que fuese una mujer, representaba una refundición cultural de los héroes del celuloide de la época. Casi todos estos eran hombres, pero se dividían entre el noble hombre de la calle como en, por ejemplo, *Caballero sin espada* (1939) y el criminal innoble, como en *El enemigo público* (1931) o *Scarface, el terror del hampa* (1932).

De hecho, la fascinación por la figura del gánster que comenzó con Al Capone en los años veinte pasó a ser una especie de fijación para la ficción y las audiencias de cine estadounidenses en la década de 1930. Sin embargo, el mensaje en este caso era ambivalente, no en cuanto a la perspectiva moral de las películas en cuestión, sino en el origen inmigrante del antihéroe criminal y su destrucción final en el seno de la organización que lo definía. Tanto para Scarlett O'Hara como para Scarface, el sueño americano era una empresa poco segura, especialmente para aquellos en los márgenes de la respetabilidad social. La incertidumbre subyacente en la representación de la vida estadounidense en el cine se resolvía de manera más coherente en los populares relatos de ficción policíaca *hard boiled* o *pulp* de la época. También estos ofrecían una mezcla de escapismo y confirmación, y a menudo presentaban a un hombre de a pie como protagonista, fuese el Sam Spade de Dashiell Hammett o el Philip Marlowe de Raymond Chandler, que triunfaba, hasta cierto punto, sobre cualquier

clase de adversidad que sus creadores hubieran ideado y puesto en la trama para ellos.

La representación de la vida urbana norteamericana en ese tipo de ficción era decididamente deprimente, como correspondía al periodo (la Depresión) en que estaba ambientada gran parte de ella, pero esa era la idea. La esencia de la novela policíaca de los años treinta era lo que uno podría describir como la victoria de un idealismo consciente de la realidad sobre la adversidad de esta; giraba fundamentalmente en torno al optimismo cínico del detective anglosajón que defendía los valores «norteamericanos» a la vez que reconocía la corrupción y las concesiones que había tras el sueño. «Por estas calles bajas ha de transitar un hombre –apuntaba Chandler– que no es en sí bajo, que no está asustado ni ha empañado su nombre.» Y los estadounidenses acabaron por identificarse con, o esperaban poder identificarse con, ese hombre «corriente» pero aun así «poco común» que Chandler describía más adelante[18]. Incluso si el «crimen» en cuestión era la amenaza del nazismo, o quizá especialmente en ese caso, la cultura popular estadounidense hacia finales de la década de 1930 aprovechó la ocasión para definir al norteamericano, y por extensión la nación y sus ideales, por contraposición a esa amenaza. En la escena del juicio que daba fin a *Confesiones de un espía nazi* (1939), la primera película de propaganda abiertamente antinazi estrenada en los Estados Unidos, el fiscal proclama: «Estados Unidos no es simplemente una de las democracias que quedan. Estados Unidos *es* democracia. Una democracia que cuenta con la inspiración divina de unos hombres libres decididos a defender por siempre la libertad que hemos heredado».

Para cuando el público norteamericano vio este filme, naturalmente, Europa se encontraba al borde de la guerra. Alemania invadiría Polonia solo cinco meses después de su estreno. También para entonces, el New Deal había perdido impulso en líneas generales, debilitado por el persistente malestar entre los trabajadores de la industria y el nuevo desplome económico iniciado en el verano de 1937. Un aluvión de nuevas leyes trató de estabilizar la economía, proteger a los agricultores y fijar un salario mínimo, pero Roosevelt se las vio y deseó para lograr estos objetivos y, en su discurso anual al Congreso en enero de 1939, admitió que la principal prioridad para los estadounidenses podría no ser ya la recuperación del país, sino la defensa nacional. Lo cual no quiere decir que los Estados Unidos se

enfrentaran a ninguna amenaza inminente. Cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt, al igual que Wilson en su día, emitió una declaración de neutralidad con un apéndice que establecía que podía vender armas y suministros a los Aliados; la democracia podía así ser defendida, esperaba Roosevelt, pero desde cierta distancia.

La maquinaria de guerra nazi, por desgracia, podía salvar distancias a una velocidad considerable, no por nada se la denominó *Blitzkrieg* (guerra relámpago). En cuestión de semanas, empezando en la primavera de 1940, Alemania había ocupado Dinamarca y Noruega, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, echado por la fuerza a los británicos de Francia en Dunquerque y obligado a Francia a rendirse. Gran Bretaña era, pues, lo único que separaba a Alemania del control absoluto de Europa occidental y, de manera crucial, del Atlántico oriental. En los Estados Unidos, Roosevelt aumentó su apoyo a los Aliados junto con las defensas de la nación: incrementó el gasto militar, creó el Comité de Investigación para la Defensa Nacional (National Defense Research Committee) y logró la aprobación en un reticente Congreso de la Ley de Instrucción y Servicio Militares (Selective Service and Training Act), la primera medida en tiempos de paz en los Estados Unidos que establecía un servicio militar obligatorio. Sus acciones recibieron el apoyo del Comité para la Defensa de América mediante la Ayuda a los Aliados (Committee to Defend America by Aiding the Allies) y la oposición del Comité América Primero (America First Committee); juntas, representaban la mezcla de opiniones en los Estados Unidos en relación con la viabilidad –o la conveniencia, en realidad– de involucrarse en un conflicto que aún parecía suficientemente lejano como para no representar una amenaza para el pueblo norteamericano.

Este último, sin embargo, y el poder de su nación sí representaban una amenaza para otros. La decisión de ir a la guerra, al final, no correspondió a los Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial, en cierto modo, fue la confluencia violenta de tres programas expansionistas distintos: los de los fascistas italianos y alemanes en Europa y el de los japoneses en el sudeste asiático. El peligro para los EEUU vino dado, a la postre, no porque la guerra europea cruzase el Atlántico –aunque la nación, para 1941, ya se encontraba metida en una preocupante guerra no declarada con Alemania por ataques de submarinos germanos sobre navíos estadounidenses–, sino por las ambiciones japonesas en el Pacífico.

Para los japoneses, la presencia de la flota estadounidense del Pacífico en Pearl Harbor (Hawái) representaba un problema en potencia en lo que respectaba a sus ambiciones imperiales: uno que decidieron eliminar. La mañana del 7 de diciembre de 1941, aviones japoneses lanzaron un súbito y devastador ataque sobre la base naval norteamericana (figura 9.7). Finalmente, después de todas las negociaciones entre políticos de los dos años anteriores, los acalorados debates en el Congreso sobre el suministro de armas a los Aliados y respecto a la conveniencia de aumentar la implicación norteamericana en un conflicto que muchos seguían esperando que no afectaría a los Estados Unidos, no hizo falta más que una hora y media para destruir gran parte de la flota estadounidense del Pacífico, matar a más de 2.000 norteamericanos en el proceso y meter a la nación en la Segunda Guerra Mundial.

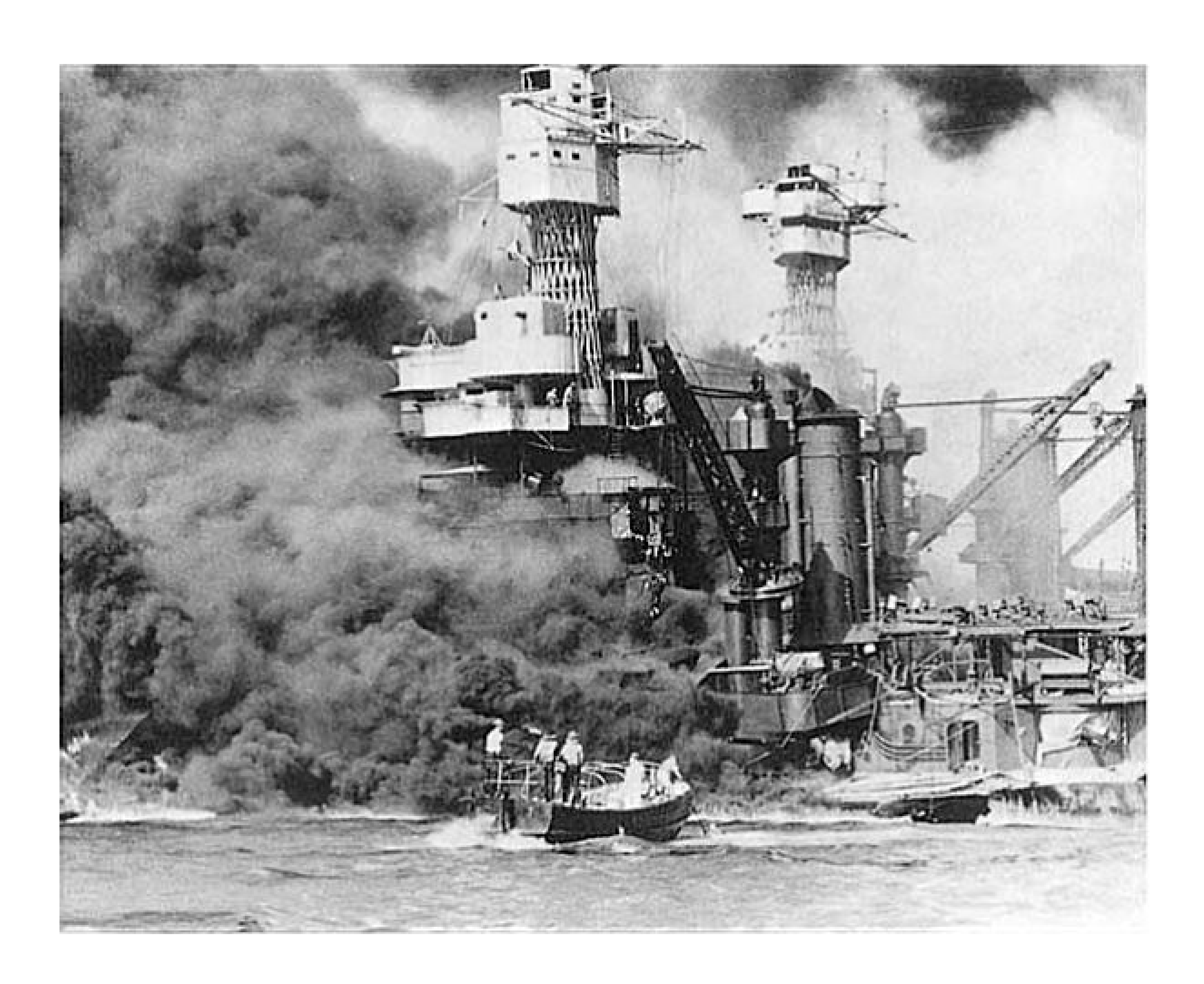


Figura 9.7. Pearl Harbor, diciembre de 1941 (fotografía oficial de la Armada estadounidense). Una lancha de rescate se dirige hacia el USS *West Virginia* (en primer plano), un acorazado de clase Colorado, que está en llamas; cerca de él se halla el USS *Tennessee*. El *West Virginia* terminó por hundirse, llevándose consigo más de 60 tripulantes. Al final fue reconstruido y regresó a Hawái en septiembre de 1944 para participar en la invasión de las Filipinas, y después lo hizo en la batalla de Iwo Jima. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division y la Office of War Information (LC-USW33-018433-C).

Dos décadas antes de Pearl Harbor, Harding había prometido que nunca volvería a pedirse el sacrificio de vidas estadounidenses en una guerra. Esta había sido desde el principio una afirmación poco realista, una que ninguna nación moderna puede hacer realmente. Pero, aun así, durante las décadas de 1920 y 1930 muchos norteamericanos, junto con el personaje central de la novela de Dos Passos *Tres soldados* (1921), habían albergado la esperanza de que nunca «volverían a enfundarse un uniforme»[19]. A la conclusión de la guerra, lo habían hecho unos 16 millones de estadounidenses y en torno a medio millón había muerto con él puesto. Mas, de hecho, al vestir con el uniforme militar al creciente número de desempleados del país, la Segunda Guerra Mundial consiguió, naturalmente, lo que el New Deal al final no había podido lograr: la recuperación económica de la nación. Pero hizo muchísimo más que eso.

En 1776, el camino para llegar a ser los Estados Unidos, para llegar a ser estadounidense, había pasado por la guerra, y un gran número de los líderes de la nación, en las décadas transcurridas desde entonces, habían presentado ese hecho como un recordatorio de lo que simbolizaba el país, de lo que significaba ser norteamericano. El expresidente Herbert Hoover, quien se había opuesto a la entrada del país en la Segunda Guerra Mundial, relacionó sin embargo el sacrificio estadounidense en la guerra con la idea de libertad: «en Plymouth Rock, en Lexington, en Valley Forge, en Yorktown, en Nueva Orleans, en cada metro de la frontera del Oeste, en Appomattox, en las lomas de San Juan, en el bosque de Argonne –recordó a la nación– hay tumbas de norteamericanos que murieron por este propósito»[20]. Hasta qué punto lo habían alcanzado, naturalmente, seguía siendo una cuestión discutible. Mientras el país se preparaba para enviar sus fuerzas armadas aún segregadas al campo de batalla, el significado de la libertad estadounidense se disponía a verse desafiado y reformado, una vez más, en

el crisol de un conflicto que muchos esperaban que forjaría por fin el nacionalismo cívico completamente integrador que el New Deal se había esforzado denodadamente en lograr, mas sin éxito.

[1] La descripción de las ceremonias que acompañaron el retorno y el enterramiento del Soldado Desconocido se ha extraído del *New York Times*, 9-11 de noviembre de 1921.

[2] La opinión de Holmes puede consultarse en: http://caselaw.lp.findlaw.com/scripts/getcase.pl?court=US&vol=249&invol=47 (10 de julio de 2010).

[3] *El gran dinero* constituye la conclusión de la trilogía que completan *Paralelo 42* (1930) y *1919* (1932), y que fue publicada de manera integral en 1938 con el título *USA*. La cita se ha extraído de J. Dos Passos, *USA*, Harmondsworth, Penguin Books, 1986, p. 1105.

[4] La Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos dispone de una grabación sonora del discurso de Harding, realizado en Boston el 24 de mayo de 1920, en: http://memory.loc.gov/ammem/nfhtml/nfexpe.html (10 de julio de 2010).

[5] Sheldon Cheney citado en R. Hughes, *American Visions: The Epic History of Art in America*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1997, p. 405.

[6] S. Cheney, *An Art-Lover's Guide to the Exposition*, Berkeley, Berkeley Oak, 1915, p. 7.

[7] C. Coolidge, «Whose Country Is This?», *Good Housekeeping* 72, 2 (febrero 1921), pp. 13-110, 109.

[8] J. J. Davis, *The Iron Puddler: My Life in the Rolling Mills and What Came of It*, Indianapolis, The Bobbs-Merrill Company, 1922, pp. 27, 60.

[9] Purnell citado en G. Gerstle, *American Crucible: Race and Nation in the Twentieth Century*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2001, p. 105.

[10] H. H. Laughlin, *Eugenical Sterilization in the United States*, Chicago, Published Psychopathic Laboratory of the Municipal Court, 1922.

[11] *Buck vs. Bell*, disponible en: http://caselaw.lp.findlaw.com/cgi-bin/getcase.pl?court=us&vol=274&invol=200 (18 de julio de 2010).

[12] H. Hoover, «Address of the 50th Anniversary of Thomas Edison's Invention of the Incandescent Electric Lamp», 21 de octubre de 1929, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=21967&st=&st1 (20 de julio de 2010).

[13] H. Hoover, discurso inaugural del 4 de marzo de 1929, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=21804 (22 de julio de 2010).

[14] H. Hoover, discurso de campaña, Nueva York, 22 de octubre de 1928; Mensaje Anual al Congreso sobre el Estado de la Unión, 2 de diciembre de 1930.

[15] F. D. Roosevelt, discurso en el Commonwealth Club, 23 de septiembre de 1932.

[16] R. G. Swing, *Forerunners of American Fascism*, Nueva York, Julian Messner, 1935.

[17] H. Hoover, «The Challenge to Liberty», *Saturday Evening Post*, 8 de septiembre de 1934; F. D. Roosevelt, discurso radiofónico, 30 de septiembre de 1934, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14759 (22 de julio de 2010).

[18] R. Chandler, «The Simple Art of Murder», *The Atlantic Monthly* (1944); republicado en *The Chandler Collection*, vol. 3, Londres, Picador, 1984, p. 191.

[19] J. Dos Passos, *Three Soldiers* [1921], California, Coyote Canyon Press, 2007, p. 282.

[20] H. Hoover, «The Challenge to Liberty», cit.

10
Un país en transición: Estados Unidos en la era atómica

Las cosas que llevaban estaban determinadas en gran parte por la necesidad.

TIM O'BRIEN, *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, 1990.

«En primer lugar –comenzaba la airada carta–, un uniforme del ejército estadounidense hace tan libre a un hombre de color como si estuviera en una cadena de presos de Georgia y usted sabe que eso es un infierno.» En el transcurso de un «movimiento de tropas [de dos días] desde el campamento Lee, en Virginia, en el largo viaje que nos llevaba a adentrarnos en el perverso Sur –continuaba–, solo dispusimos de una (1) comida». Escribiendo desde la sala del hospital de Misisipi en que se encontraba ingresado, el soldado Norman Brittingham estaba pasando por una experiencia igual de lamentable. «Los doctores nos tratan como a perros», se quejaba, y «los blancos pegan e insultan a los soldados de color [y] algunas veces los han encerrado en el calabozo del campamento sin motivo alguno». «Nos hemos presentado como hombres –escribía otro soldado– y esperábamos ser tratados como tales, pero nos han tratado más bien como a perros.» «Tenemos la sensación de que nuestro país nos rechaza –observaba James Henry Gooding– ahora que hemos jurado servirle. Por favor –rogaba al presidente–, dedíquele un momento de atención a esto»[1].

Cuatro cartas diferentes, pero esencialmente una queja: que el soldado afroamericano no recibía el mismo trato que sus compañeros blancos. Eso unía a los autores de las cartas. Lo que los separaba era gran parte de un siglo. Las dos primeras misivas fueron escritas por soldados durante la Segunda Guerra Mundial, las dos segundas por combatientes que sirvieron en el ejército de la Unión durante la Guerra de Secesión. La guerra en la que luchó Norman Brittingham tuvo lugar más de una generación después de la de James Henry Gooding. Y sin embargo, la nación de ambos parecía detenida en el tiempo en lo que se refería a las experiencias de sus soldados negros. Tal como observó un oficial en 1943, la segregación en el ejército era un desagradable eco del pasado, uno que obligaba a sus hombres a

soportar «costumbres y tradiciones particulares que fueron derrotadas en una guerra que tuvo lugar hace setenta y cinco años». El ejército, sostenía, «no ha de formar únicamente soldados sino también ciudadanos productivos en la posguerra independientemente de la raza. No obstante –concluía–, si estas injusticias continúan produciéndose, me temo que los Estados Unidos verán a una décima parte de su ejército indiferente y un tanto decepcionada en lo que se refiere a su creencia en nuestro credo: "Libertad y justicia para todos"»[2].

La idea de que las responsables de formar ciudadanos productivos eran las fuerzas armadas, y no las escuelas y las comunidades de la nación, resultaba en sí misma reveladora en lo concerniente a la visión norteamericana de la relación entre el ejército y la nación a mediados del siglo XX. Esta relación se vio reforzada por el hecho de que los norteamericanos fueron bombardeados, de manera poco sorprendente, con una gran cantidad de propaganda militar a partir de 1941. Pero la propaganda bélica adoptaba diversas formas, y en el caso de los Estados Unidos fue mucho más allá de simples incentivos a echarse un fusil al hombro, construir un tanque o atender a los heridos –aunque también contenía muchos mensajes de ese tipo– para tratar, nuevamente, la cuestión de qué era un norteamericano y de qué significaba el nacionalismo estadounidense. Para una nación de inmigrantes, una que además había pasado recientemente por un conflicto que había causado cierta introspección sobre el tema del americanismo en lo relativo a los inmigrantes alemanes, puede que ello fuese algo inevitable.

En este contexto, el argumento de que mientras la nación se mantuviera segregada el credo nacional seguiría en entredicho resultaba especialmente apropiado. Después de todo, Roosevelt había insistido en que la nación en guerra «debía mostrarse especialmente vigilante para evitar la discriminación racial en cualquiera de sus desagradables formas. Hitler tratará de nuevo de generar desconfianza y recelo entre una persona y otra», advertía; pero la desconfianza entre los negros y los blancos estadounidenses difícilmente podía ser achacada al dictador alemán[3]. Lo que hacía la situación especialmente mortificante para los afroamericanos era la discrepancia entre la imagen pública de su nación en guerra y la persecución encubierta a la que se veían sometidos. Al ver en los carteles de propaganda más famosos y recordados de la Segunda Guerra Mundial

(figura 10.1) la afirmación de que «los estadounidenses siempre lucharán por la libertad», no pocos soldados negros se preguntaban por la libertad de quién, exactamente, podían estar luchando.

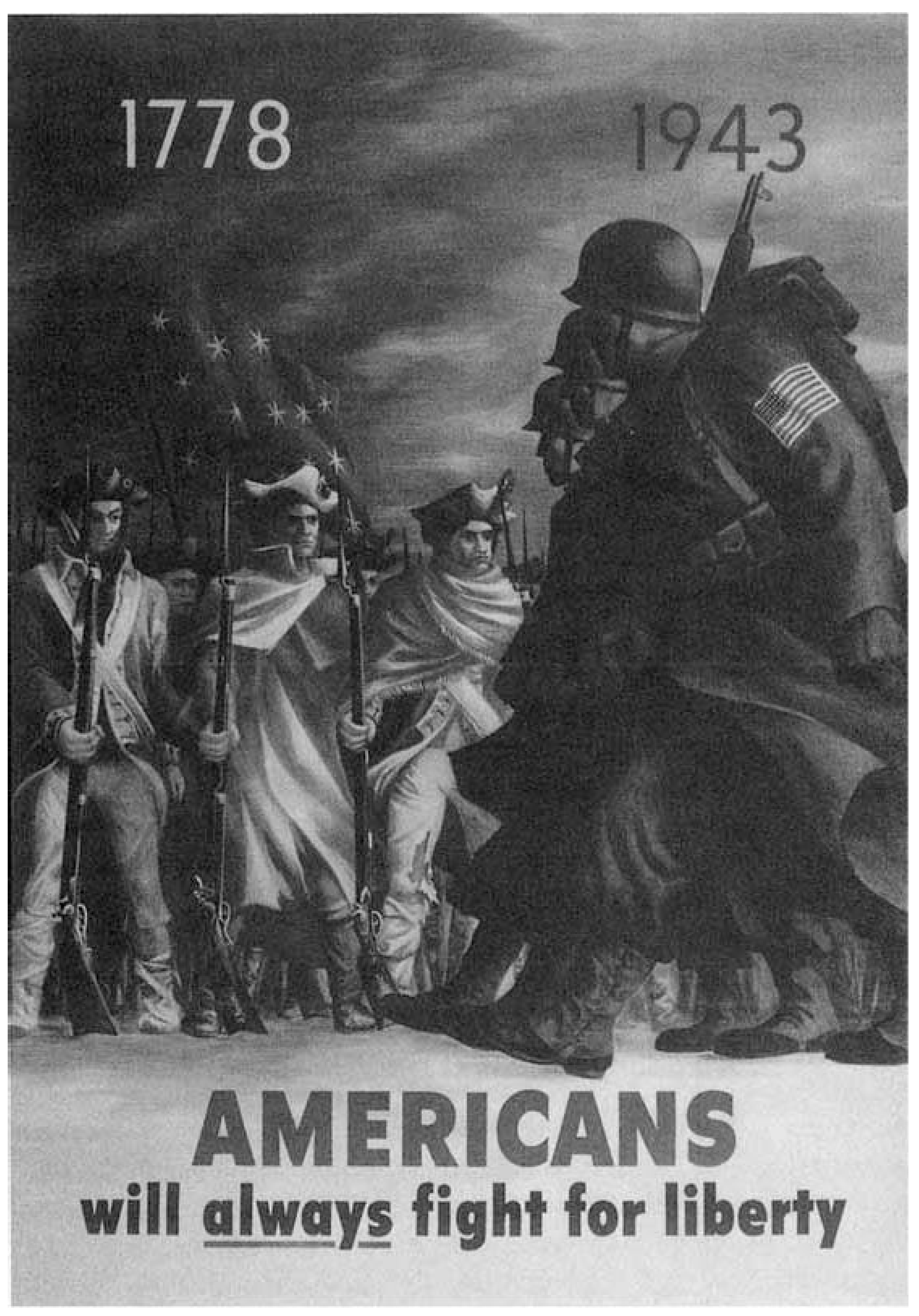


Figura 10.1. «Los estadounidenses siempre lucharán por la libertad», cartel creado por la Oficina de Información de Guerra de los Estados Unidos (US Office of War Information). Sigue teniendo una amplia difusión incluso hoy en día (quizá especialmente hoy en día); pueden comprarse copias en

Amazon. El cartel comparaba al soldado de la Segunda Guerra Mundial con su homólogo de la Independencia estadounidense para hacer una apelación emotiva al patriotismo, una basada en el reconocimiento y la reafirmación de los orígenes militares de la nación. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZC4-9540).

Los pilares gemelos que constituían la línea oficial sobre la razón de los Estados Unidos para combatir fueron establecidos por dos de las declaraciones más famosas de Roosevelt, pronunciadas ambas antes de que los Estados Unidos se hubieran unido a las fuerzas aliadas pero cuando ya estaban prestándoles apoyo. El primer pilar era su descripción del país como el «Arsenal de la Democracia». El segundo derivaba de la explicación que hizo el presidente de qué sería lo más preciado en un mundo entregado a los valores democráticos, lo que terminó conociéndose como las «Cuatro Libertades»: libertad de expresión, libertad de culto, libertad de vivir sin penuria, y libertad de vivir sin miedo. Ambos pilares se sustentaban sobre un imperativo nacionalista que ponía sobre los hombros de Estados Unidos todo el peso de la tradición y situaba al pueblo norteamericano en un continuo histórico que había comenzado con la revolución.

«En tiempos de Washington la tarea de la gente fue crear y consolidar una nación –declaró Roosevelt–. En tiempos de Lincoln fue evitar la destrucción desde dentro de esa nación. En nuestro tiempo la tarea de la gente es salvar dicha nación y sus instituciones de una destrucción causada desde fuera.» Roosevelt instó a los estadounidenses a que meditaran «qué lugar han ocupado en la historia» y les recordó que el «espíritu» de la nación, su «vitalidad [misma] quedó recogida en nuestro propio Pacto del *Mayflower*, en la Declaración de Independencia, en la Constitución de los Estados Unidos, en el Discurso de Gettysburg»[4]. El mensaje de Roosevelt fue reforzado tanto por exposiciones itinerantes como por publicaciones patrióticas, todas pensadas para dirigir la atención de los norteamericanos hacia la posición central que ocupaba su nación como modelo democrático en un mundo que ya había descendido a la destrucción causada por los dictadores. Un cartel gigante con una representación de las Cuatro Libertades y de la nación como el Arsenal de la Democracia fue descubierto en Defense Square (Washington DC) en noviembre de 1941 previamente al inicio de una gira por ciudades de todo el país.

Sin embargo, la conceptualización visual más famosa de las Cuatro Libertades fue obra del artista Norman Rockwell, que elaboró una serie de cuatro imágenes hogareñas (una por cada Libertad) que representaban la vida en una comunidad de pequeño tamaño: una asamblea rural, una mezcla de grupos religiosos que rezan juntos, una cena de Acción de Gracias y unos padres al lado de la cama de sus dos hijos dormidos (figura 10.2). Estas también recibieron difusión en un cartel de la Oficina de Información de Guerra, pero se trataba de uno cuyo mensaje era más ambivalente de lo que podía parecer a primera vista. Básicamente, con su énfasis en lo privado frente a la esfera pública, las Cuatro Libertades de Rockwell era una representación idealizada, relativamente conservadora e introvertida del modo de vida americano. A pesar de su enorme popularidad, mostraba una extraña falta de sintonía con una nación que iba aceptando de manera gradual su creciente influencia en lo que Roosevelt describió como «el círculo cada vez más reducido del mundo». No obstante, ahí radicaba su atractivo, naturalmente. Lo que Rockwell ofreció no fue una simple imagen idealizada de un mundo diametralmente opuesto a la guerra, sino uno que el conflicto no podía poner en peligro ni cambiar. Los Estados Unidos que él plasmó eran una tierra de abundancia, sin duda, pero difícilmente un arsenal, y mucho menos un defensor de la democracia.

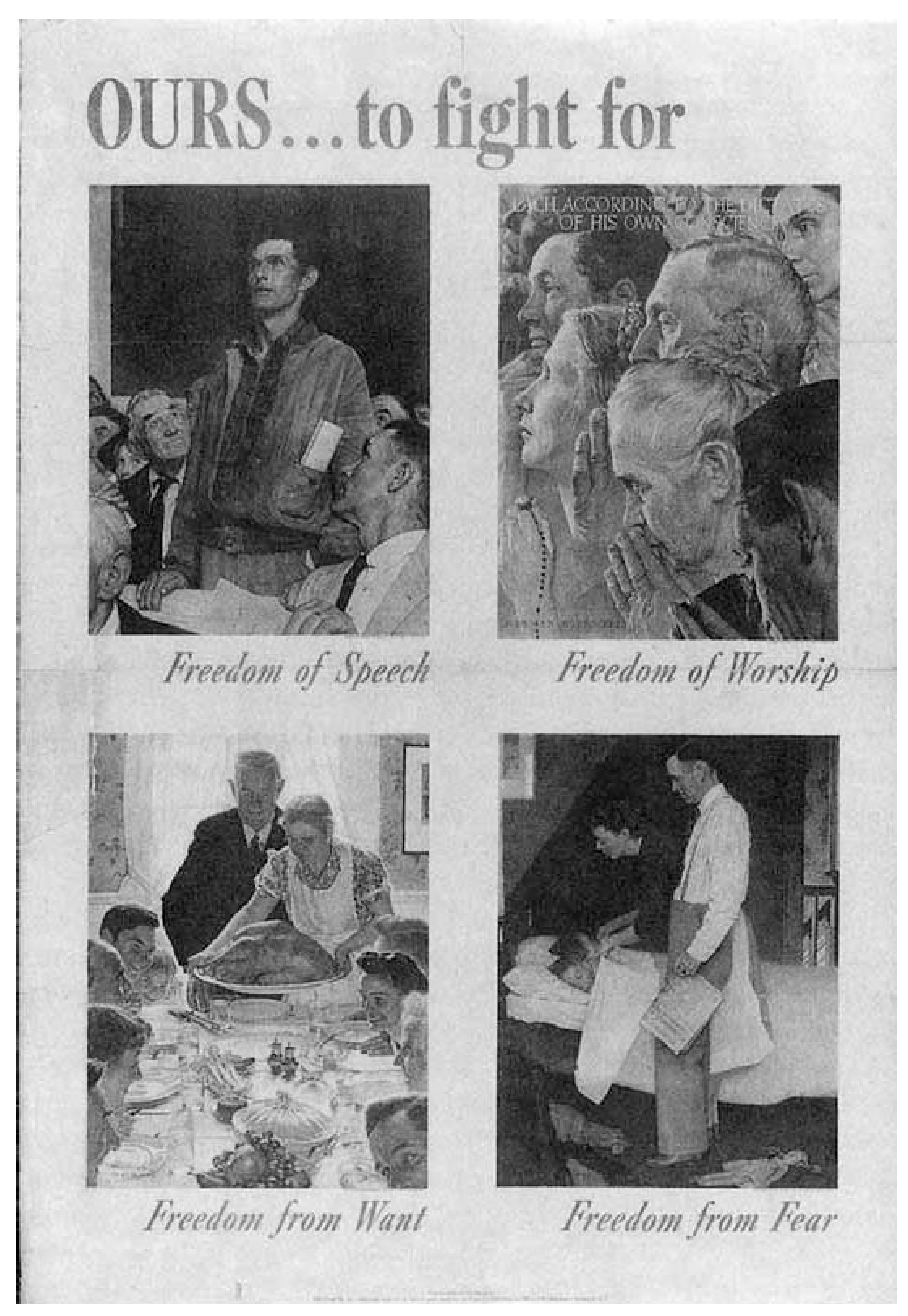


Figura 10.2. «Lo nuestro... lo que defendemos», de Norman Rockwell, 1943. Estas cuatro imágenes salieron publicadas inicialmente en 1943 en el *Saturday Evening Post*, junto con ensayos que ponían de relieve el «carácter propiamente norteamericano» de las libertades representadas. Las ilustraciones

en sí adquirieron una inmensa e inmediata popularidad, y también constituyeron la pieza central de una exposición itinerante –la Exposición de las Cuatro Libertades– destinada a alentar la inversión en bonos de guerra. Imagen por cortesía de Norman Rockwell Family Agency, Inc.

La Norteamérica pacífica, amable y principalmente blanca de Rockwell no solo se encontraba en desacuerdo con la realidad de la época en que se compuso la imagen, sino que no reflejaba en modo alguno las aspiraciones de los muchos afroamericanos descontentos que servían en el ejército. En el fondo, un mensaje más directo y agresivo como «luchando por la libertad» fue el que más efectivo resultó con aquellos miembros de la sociedad norteamericana que pretendían reclamar –y obligar a la nación a reconocer– unos derechos iguales y plenos para toda la ciudadanía, y que vieron en la Segunda Guerra Mundial una oportunidad para crear su versión del sueño americano tanto dentro como fuera de sus fronteras. En 1938, el escritor y poeta Langston Hughes había publicado un llamamiento a actuar en esa dirección con su emotivo «Let America Be America Again». En este poema, Hughes contraponía el llamamiento anterior («Que América vuelva a ser América») con el estribillo «(América nunca fue América para mí)» no solo para poner de manifiesto el carácter discriminatorio de la segregación, sino también para hacer hincapié en el potencial para el cambio de la nación. «Nosotros, el pueblo, hemos de redimir –concluía–/ la tierra, las minas, las plantas, los ríos,/ las montañas y las llanuras sin fin,/toda, toda la extensión de estos grandes y verdes estados/ ¡y rehacer América!»

El poema de Hughes fue incluido en *The Pocket Book of America,* una publicación de 1942 que trataba de recoger, entre sus cubiertas, la esencia misma de la nación. El libro, que contenía un ecléctica mezcla de relatos cortos, obras de teatro, documentos históricos, poemas, canciones y datos sobre los Estados Unidos, concluía con una detallada descripción de cómo se debía desplegar y plegar la bandera estadounidense, y de cómo saludarla. El propósito abiertamente patriótico del libro era obvio; se trataba de una colección elaborada en el contexto del conflicto, y pensada no solo para inculcar un sentimiento nacionalista sino también para dirigirlo. «En tiempos de gran crisis –comenzaba su introducción– las naciones, como las personas, tienen que redescubrir qué es aquello por lo que viven.» Estados

Unidos, proseguía, era una nación fundada sobre una «fe social»; este constituía «el milagro de los Estados Unidos». A un estadounidense, afirmaba, se le podía reconocer «por su modo de pensar, y por el comportamiento basado en dicho pensamiento. Y sin los lazos de tradición común e ideas compartidas, este país se derrumbaría, quedando reducido a una anarquía mayor que cualquiera de las que amenaza Europa»[5].

Dado que su editor fue Philip van Doren Stern, un historiador de la Guerra de Secesión, y aunque la de Independencia se hallaba representada, la pieza que abría el volumen y marcaba la pauta de las posteriores era el relato de la Guerra de Secesión «The Man Without a Country» (1863), de Edward Everett Hale. Este cuento moralizante detallaba el espantoso destino que acaecía a un hombre, Philip Nolan, que en un momento de enojo, y desafortunado, como se comprobaba más tarde, declaraba: «¡Malditos sean los Estados Unidos! Ojalá nunca volviese a oír hablar de ellos». El precio de tamaña deslealtad a la nación era ser desterrado a alta mar por el resto de su vida, en un barco con un capitán y una tripulación con instrucciones de no pronunciar jamás, en presencia de Nolan, el nombre de los Estados Unidos. «Durante más de medio siglo –recitaba Everett– fue un hombre sin patria.» La idea central de la historia no era el desmesurado castigo impuesto por un arranque tan antipatriótico como el mencionado, sino el efecto psicológico que tenía sobre el protagonista el ser «un hombre sin patria», un hombre que, al final del libro, se reconcilia con Dios y descubre un amor renovado por su país justo a tiempo de reunirse con su creador[6].

No fue en modo alguno culpa de Van Doren Stern que esta historia en particular resultara ser, vista en retrospectiva, una elección desafortunada para la antología, dado que hubo un grupo de norteamericanos que descubrió, al poco del ataque sobre Pearl Harbor, lo que suponía carecer de patria, y no por un comportamiento antipatriótico por su parte. En lo que se refiere a la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos pudieron enorgullecerse de gran cantidad de cosas, pero su trato a los japoamericanos de la costa oeste del país no fue una de ellas (figura 10.3). El Decreto Ley 9066, firmado por Roosevelt en febrero de 1942, fue quizá el ataque a las libertades civiles más flagrante y vergonzoso que el país había perpetrado jamás sobre sus ciudadanos. Lo peor fue que ningún otro grupo de acción formado por minorías –ni el NAACP, ni siquiera el Comité Judío

Estadounidense (American Jewish Committee)– dio la cara para defender a los japoamericanos, que fueron encerrados en campos de concentración (la terminología oficial era «centros de reasentamiento») y vieron sus bienes confiscados; la identidad misma de los japoamericanos resultó suspendida por el Estado, al menos de modo temporal.

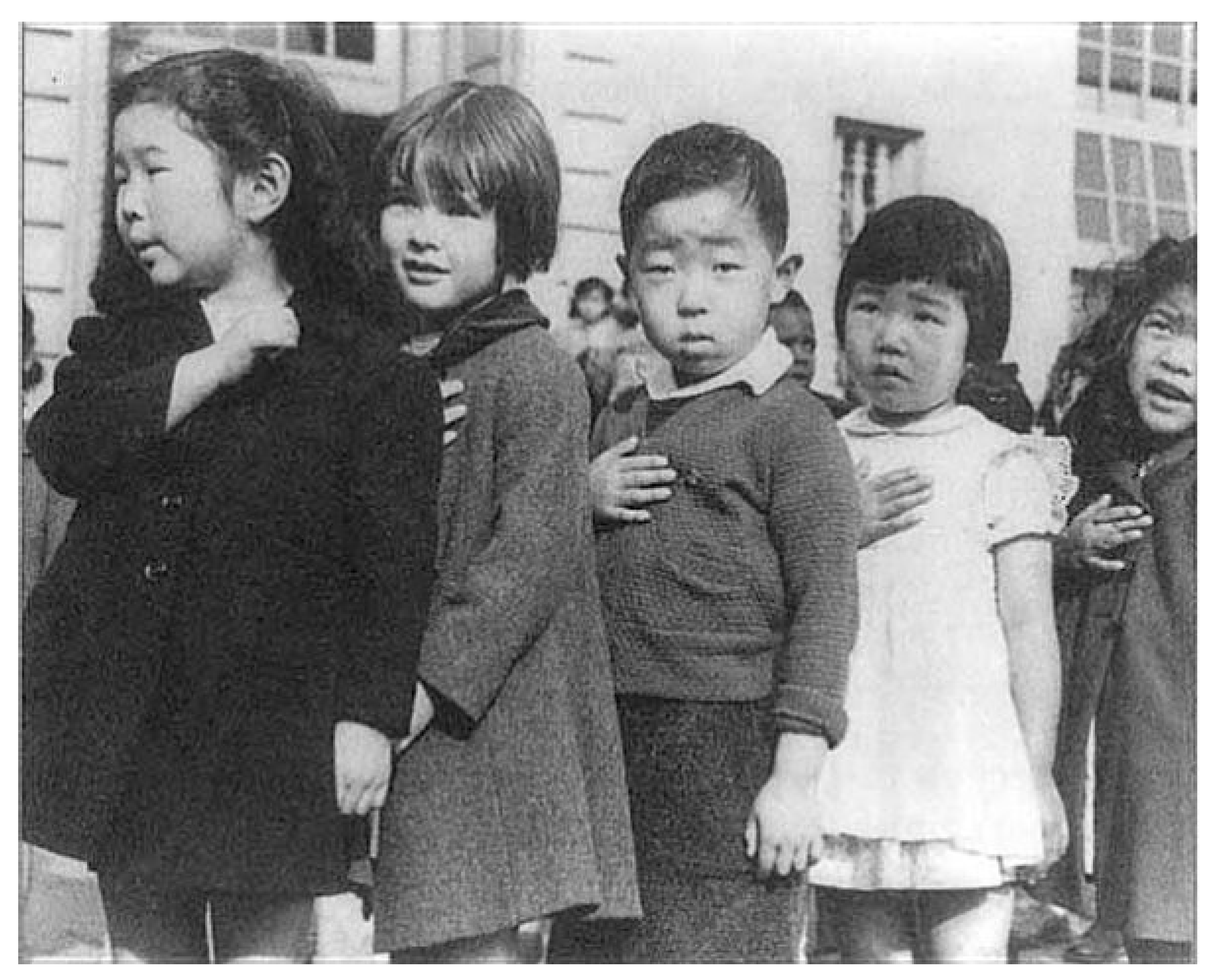


Figura 10.3. Alumnos de primer grado (6-7 años) en el colegio público Weill de San Francisco jurando lealtad a la bandera (foto de Dorothea Lange, abril de 1942). Muchos de ellos acabarían en campos de concentración situados en estados como Arizona, Colorado, Wyoming y Arkansas, y levantados algunos de ellos en reservas indias. Tras la Segunda Guerra Mundial, por supuesto, la expresión «campo de concentración» adoptó un significado bastante diferente, pero así era como Roosevelt se refería en su día a los centros de «reasentamiento». Dorothea Lange sacó esta fotografía para la Autoridad para el Reasentamiento en Guerra, pero esta última, perturbada por el mensaje que transmitía, incautó la instantánea y las demás que la fotógrafa había hecho de las experiencias de los japoamericanos en la California de 1942. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-42810).

La ironía implícita en la perspectiva de que los afroamericanos lucharían por la libertad en unas fuerzas segregadas ya era suficientemente mala. Para los japoamericanos, muchos de los cuales también se alistaron, la situación fue más que estrambótica, puesto que la cuestión de su lealtad resultó depender de su lugar de residencia. A los japoamericanos que no vivían en la costa oeste, y especialmente a los que lo hacían en Hawái –la cual era un blanco de invasión más probable que California– no se los consideró enemigos en potencia del Estado, y tampoco fueron trasladados a campamentos de «reasentamiento». Tal vez sorprenda más todavía que 30.000 japoamericanos decidieran servir militarmente a un país que ponía en cuestión, de un modo tan contradictorio además, su derecho a la ciudadanía. Naturalmente no todos lo hicieron y, tras el fin de la guerra, unos 5.000 renunciaron a su nacionalidad y abandonaron los Estados Unidos. Empero, para la mayoría de los soldados japoamericanos, al igual que para los afroamericanos y nativos americanos, librar una guerra en el extranjero en nombre de una nación que negaba a muchos de ellos la igualdad dentro de ella suponía una oportunidad no solo de probar su lealtad a dicha nación, sino también de asegurarse la lealtad de esta hacia ellos.

En el contexto de la cultura del conflicto necesariamente invocada como acicate de la moral durante la Segunda Guerra Mundial, los norteamericanos hasta entonces relegados a los márgenes de la nación tuvieron la oportunidad, tal como había ocurrido también durante la revolución, la Guerra de Secesión y la Primera Guerra Mundial, de situarse en una posición más justa y central. También en esto estaban siguiendo una tradición nacional modelada por el conflicto. Los estadounidenses, como planteaba la propaganda, siempre habían luchado por la libertad: frente a lo que se consideraba una dominación imperial en el siglo XVIII, frente a la esclavitud y la ruptura de la nación misma en el XIX y frente a la desigualdad a lo largo de toda su historia. Tal como Langston Hughes había recalcado en su canción de 1942 *Freedom Road*, los norteamericanos, blancos y negros, estaban «recorriendo la senda de la libertad» juntos: «Unidos venceremos, divididos caeremos. / Hagamos que esta tierra sea segura para todos –proclamaba–; / tengo un mensaje, y sabes que también razón: / negros y blancos uníos y luchad». Para Hughes, al igual que para otros, Estados Unidos era «un país en transición», uno en el que, a pesar de

la segregación, a pesar de la desigualdad, seguía siendo posible cambiar «una cabaña de madera por fama y riquezas» incluso enfrentado a la oposición de los demás. Se trataba de una tierra en la que «una democracia mejor de la que nunca ha conocido ningún ciudadano» era aún una posibilidad realizable[7].

Sin embargo, en el siglo XX, el concepto en sí mismo de democracia experimentó una transición: de un ideal nacional a un precepto imperialista, debido en gran parte a la Segunda Guerra Mundial. Para Estados Unidos, esta guerra se diferenció de conflictos anteriores principalmente de dos maneras: en primer lugar, por el nuevo imperativo global que impuso sobre el idealismo norteamericano; y en segundo lugar, por la ingente cantidad de material bélico que los Estados Unidos de mediados del siglo XX pudieron utilizar al servicio de su mensaje moral. Esta distinción quedó expresada de forma concisa en la promesa del general George C. Marshall «de que antes de que el sol se ponga en esta terrible contienda nuestra bandera será reconocida en todo el mundo por un lado como un símbolo de libertad y por otro como una fuerza arrolladora»[8].

Llegada la primavera de 1945, la predicción de Marshall parecía haberse cumplido. El poderío militar estadounidense había resultado decisivo para la victoria aliada sobre Alemania, y banderas del país, que simbolizaban su patriotismo y su poder, habían sido firmemente colocadas en lo alto del monte Suribachi en Iwo Jima, desplegadas en balcones de toda Europa a medida que los pueblos y ciudades eran liberados de la ocupación alemana, y, el Día de la Victoria en Europa, ondeadas sobre y por multitudes entusiastas de todas las nacionalidades en Nueva York, París, Londres y todas partes. En la portada de la revista *Life* del 14 de mayo de 1945 no apareció una bandera, sino una fotografía hecha por Robert Capa de un soldado estadounidense que posaba frente a una esvástica gigante en el estadio de Núremberg. Titulada «Yanqui victorioso», ofrecía una expresión más personal de la mezcla de alivio y orgullo con la que los estadounidenses recibieron el final de la guerra en Europa, y sirvió de contrapeso a las imágenes propagandistícas de gentíos ondeando banderas, que eran tan ubicuas como daba impresión de ser la propia insignia nacional, y que tantas realidades de la guerra escondían tras semejante cortina patriótica.

No obstante, mientras Europa celebraba la liberación, cientos de miles de soldados estadounidenses seguían abriéndose camino esforzadamente a través de las defensas japonesas, desde Iwo Jima, un islote volcánico situado al este de la cadena de islas de Ryukyu que conduce hasta la punta del mismo Japón, hasta Okinawa, la isla más grande de la cadena. Las victorias conseguidas costaron sudor y lágrimas, con más de cincuenta mil bajas estadounidenses solo en Okinawa. El simbólico levantamiento de la bandera norteamericana en Iwo Jima en febrero de 1945 –una imagen captada para la posteridad por el fotógrafo Joe Rosenthal y reproducida desde entonces en carteles y sellos de correos, parodiada por el movimiento pacifista y revisionada innumerables veces por artistas y fotógrafos con intención de transmitir algún mensaje, ya fuese serio o cínico– era una poderosa afirmación del tipo de fuerza arrolladora que Marshall tenía en mente (figura 10.4). Al mismo tiempo, el hecho en sí no representó ninguna victoria aplastante, tan solo un logro puntual en una batalla en desarrollo que se extendería durante un mes más en una guerra cuyo fin iba a requerir el uso, más de seis meses después, de la expresión definitiva del poder norteamericano, la bomba atómica. Para Estados Unidos, la guerra había comenzado en el Pacífico y sería allí donde terminaría, pero no hasta agosto de 1945.



Figura 10.4. «El levantamiento de la bandera en Iwo Jima», 23 de febrero de 1945. Esta instantánea es posiblemente el símbolo más emblemático de los Estados Unidos en guerra. Tomada por el fotógrafo de Associated Press Joe Rosenthal, ganó el premio Pulitzer de Fotografía en 1945 y ha sido reproducida –y parodiada– incontables veces desde su primera publicación, de manera especialmente notable en el Monumento al Cuerpo de Marines Estadounidenses junto al cementerio de Arlington en Washington DC, dedicado por John F. Kennedy en 1961. Utilizada con permiso de Associated Press.

Para muchos norteamericanos, en consecuencia, el teatro de operaciones del Pacífico continúa siendo el corazón emocional de la guerra para su nación, principalmente porque fue el ataque a Pearl Harbor el que los llevó en un primer momento a entrar en ella. El conflicto en el Pacífico, a diferencia del de Europa, también estuvo bastante más definido, conceptualmente, para una nación tradicionalmente recelosa de los enredos con Europa y, en 1940, tan desconcertada como horrorizada por el auge del nazismo. La reluctancia inicial, destacada por el profesor de Literatura inglesa y veterano de guerra Paul Fussell, por parte de muchos jóvenes

norteamericanos de unirse a lo que el general Dwight D. Eisenhower describió como una «Gran Cruzada» por liberar Europa revelaba que los soldados afroamericanos no eran los únicos que quizá se cuestionasen la sensatez de luchar por la libertad de otros. Algunos veían pocas razones para verse mezclados en absoluto con o en lo que un soldado calificó desdeñosamente como esta «maldita Europa», no digamos ya con Gran Bretaña, la antigua potencia imperial de la que, tal como Winston Churchill se vio en la obligación de recordar a la Cámara de los Comunes británica, se habían librado en 1776[9].

El comprensible resentimiento de los norteamericanos al verse al otro lado del Atlántico fue equiparable al que encontraron por parte de una población que vio, de manera poco sorprendente, lo que los estadounidenses querían que viesen: una fuerza arrolladora y un franco optimismo, la cara pública de los Estados Unidos. Naturalmente, también vieron lo que los norteamericanos no estaban tan dispuestos a destacar: las instalaciones segregadas que se impusieron a las fuerzas armadas de la nación y a las ciudades y pueblos donde estas estuvieron acuarteladas. Desde cualquier ángulo, el poder, el orgullo y –en lo que respectaba a las relaciones interraciales– los prejuicios estadounidenses no siempre consiguieron que Estados Unidos se granjease el cariño de sus aliados, pero no era a estos últimos a los que los líderes políticos y militares del país tenían que convencer del valor de la implicación estadounidense en la guerra, de la necesidad de pagar el precio que dicha implicación conllevaba.

Cuando, en la víspera del desembarco de Normandía el día 6 de junio de 1944, el día D, el general George Patton del Tercer Ejército de los Estados Unidos declaró que todos «los auténticos estadounidenses aman el aguijón y el choque de la batalla» y dijo a sus tropas que «los estadounidenses jamás han perdido ni perderán una guerra», no lo hizo necesariamente porque creyera en sus propias palabras, por supuesto, sino para inspirar a sus hombres. Estaba invocando una tradición marcial, igual que buena parte de la propaganda de la época, que se remontaba a la Revolución estadounidense y a la que pocos compatriotas habían planteado objeciones. Si esta tradición ayudó a sostener a las tropas en sus asaltos a las playas Omaha y Utah del día D, en la batalla de las Ardenas que costó casi 20.000 vidas norteamericanas (un número igual al de civiles muertos en el proceso de liberación de Normandía), en Iwo Jima, en Okinawa, o cuando

alcanzaron Dachau y vieron cara a cara la realidad de la «solución final» nazi, puede resultar discutible. Lo que sí es seguro es que la fuerza arrolladora resultó tener un coste abrumador. No simplemente, o no solo, en términos de bajas y vidas perdidas: el coste al final fue la entrega, la entrega de la nación a un conflicto prácticamente continuo a partir de 1945 y, por consiguiente, a un realineamiento de su identidad nacional con la guerra.

En este sentido, la Segunda Guerra Mundial fue la fuerza de transición definitiva, a un nivel personal para aquellos norteamericanos que lucharon en ella y a uno político para Estados Unidos como nación. Empujó a estos desde lo que siempre había sido un aislamiento imperfecto (en realidad, un aislamiento de Europa, únicamente) hacia lo que frecuentemente se presenta como una reluctante implicación global conformada por un idealismo wilsoniano. Todos los aspectos del poder económico, político e ideológico que los Estados Unidos ostentaron en el mundo de la Guerra Fría fueron una consecuencia de la destrucción causada por la Segunda Guerra Mundial, una destrucción que parecía, al menos superficialmente, no haber afectado a Estados Unidos; pero nada más lejos de la realidad. En términos materiales, los Estados Unidos salieron de la guerra como la nación más poderosa de la tierra. Entre 1940 y 1945 alcanzó un crecimiento industrial sin parangón y una consolidación nacional al verse arrastrado el país entero a la campaña bélica.

La expansión militar fue, obviamente, inmediata y espectacular. El empleo en el ejército creció desde un personal de unas 300.000 personas en la década de 1930 a un 12 por 100 aproximadamente de la población (alrededor de 16 millones) durante la guerra, y nunca regresó a los niveles anteriores a esta última. Únicamente cayó por un corto periodo hasta 1,5 millones de efectivos antes de aumentar nuevamente en el contexto de la Guerra Fría. El gasto militar general se incrementó desde el 1,7 por 100 del PIB en 1940 hasta el 37,8 por 100 en 1944. Y la movilización militar, dirigida mediante agencias federales como la Junta de Producción Bélica (War Production Board, la cual se convirtió en 1943 en la Office of War Mobilization) y el Comité de Mano de Obra para la Guerra (War Manpower Commission), tuvo impacto necesariamente a todos los niveles en el comercio y las comunidades al resultar subsumidas industrias civiles en una maquinaria militar dirigida por la administración federal. Tanques, camiones y los nuevos *jeeps* con tracción a las cuatro ruedas salían rodando

de las cadenas de montaje anteriormente ocupadas por los coches; la producción de aeronaves, sobre todo de aviones militares, se multiplicó por 10 en cinco años; y buques de carga de fabricación más rápida (debido a que sus partes se soldaban en vez de ir remachadas), conocidos como naves «Liberty», contaban con un ritmo de producción superior a uno por día durante la guerra.

Atender toda esta actividad requería mano de obra masculina y, de manera importante, también femenina. El número de desempleados cayó de unos 9 millones en 1940 a algo más de 700.000 en 1943, y una escasez generalizada de mano de obra para la industria de guerra expandida llevó a que muchas más mujeres –un 50 por 100 más– ocupasen puestos de trabajo tradicionalmente definidos como masculinos. Esta repentina igualdad de oportunidades, sin embargo, no vino acompañada por una igualdad en la remuneración, y la mayor presencia de la mujer en los sindicatos laborales (hasta alcanzar un quinto del total de sindicalistas) no contribuyó mucho a reducir la diferencia salarial ni los prejuicios entre uno y otro sexo. De hecho, los niveles de ingresos pasaron a ser en líneas generales materia de debate en el contexto de un gasto federal tan repentino y significativo. Al dispararse la afiliación a los sindicatos, ahora alentada activamente por el gobierno, los incrementos salariales y en la remuneración de las horas extras pasó a ser una realidad de la vida en tiempos de guerra, lo cual condujo al riesgo de que la inflación se desbocara. La Junta Nacional de Mano de Obra para la Guerra (National War Labor Board) respondió aplicando lo que se conoció como la fórmula «Little Steel», la cual limitaba a un 15 por 100 los aumentos salariales ligados al incremento del coste de la vida. Esta línea, no obstante, fue imposible de mantener ante las inevitables alteraciones de los planes de trabajo durante la guerra y, en 1943, una huelga de la Unión de Mineros (United Mine Workers) condujo a acuerdos salariales que rebasaban el límite Little Steel.

La huelga de 1943 fue un duro recordatorio de que había otras presiones aparte de las producidas directamente por la guerra actuando sobre los Estados Unidos entre 1941 y 1945; y no supuso el único indicio de que bajo la superficie de lo que dio en llamarse la «Buena Guerra» había algunas ideas tradicionalmente malas. Una de las alteraciones que provocó la guerra, y no la menos importante, fue la salida de un gran número de afroamericanos –unos 700.000– del Sur para viajar a las ciudades del norte,

una cantidad de emigrantes muy superior a la producida por la «Gran Migración» de comienzos del siglo XX. Las tensiones resultantes estallaron en Harlem en el verano de 1943, cuando se desataron disturbios callejeros después de que un policía blanco disparase a un soldado negro. Los disturbios, según el *New York Times*, representaban «una explosión social en un polvorín que ha ido llenándose durante años»[10]. Era un polvorín que estaba llenándose desde ambos extremos del país. Ese mismo verano, unos enfrentamientos violentos entre marinos blancos y ciudadanos norteamericanos de origen mexicano, los llamados «disturbios del *zoot suit*» (así llamados por el estilo de vestir que por entonces adoptaban los jóvenes latinos), constituyeron una nueva prueba de los límites de la solidaridad en tiempos de guerra en una nación todavía dividida, en gran medida, por la discordia racial.

Si bien los esfuerzos de los estadounidenses en apoyo de la movilización económica y militar estuvieron inspirados por mandamientos personales y propagandísticos sobre la necesidad de trabajar codo con codo, la guerra no podía, y no pudo, erradicar las fuerzas –económicas, sociales, religiosas, raciales o políticas– que desde siempre habían separado a los norteamericanos. Lo que hizo la guerra fue poner de relieve las discrepancias entre lo que se decía y la realidad, especialmente en lo relativo a la raza. La comparación entre los valores norteamericanos y los de la Alemania nazi –el pilar sobre el que se sustentaba gran parte de la propaganda aparecida durante la guerra– fue el catalizador crucial que hizo aflorar una conciencia más clamorosa de la importancia de los derechos civiles, una conciencia que quería lograr que el credo norteamericano, definido popularmente en las Cuatro Libertades, se correspondiese con las condiciones en las que los habitantes de los Estados Unidos vivían sus vidas. La avalancha de afiliaciones a la Asociación Nacional por el Progreso de las Personas de Color (NAACP) durante la guerra –que pasó de unos 50.000 miembros a 400.000– y la formación del Congreso de Igualdad Racial (Congress of Racial Equality, CORE) resultaban de por sí reveladoras de este nuevo clamor, un nuevo optimismo de que la igualdad podía alcanzarse y de que la democratización plena del país podía conseguirse a la larga.

Obviamente, tras haber contemplado la «solución final», sostener un nacionalismo estadounidense construido en torno a un ideal anglosajón ya

no era posible. Como se señaló en *The Nation* en 1943, Estados Unidos «no puede luchar contra el fascismo en el extranjero y hacer la vista gorda ante el fascismo en su propio país. No podemos inscribir en nuestros estandartes: “Por la democracia y un sistema de castas”. No podemos liberar a pueblos oprimidos al tiempo que mantenemos el derecho a oprimir a nuestras propias minorías»[11]. En este clima, la idea del «crisol» dio paso de manera gradual a un concepto más heterogéneo de la nación, aunque no sin dificultades. Al mismo tiempo, garantizar las Cuatro Libertades requería que el país pasara de una estrategia puramente defensiva a una más abiertamente ofensiva en lo que respectaba a sus ideales democráticos. En este sentido, del mismo modo que la Segunda Guerra Mundial había sido, para los Estados Unidos, una guerra con dos frentes, la Guerra Fría que vino a continuación se libró tanto dentro como fuera de sus fronteras. El resultado –un complicado malabarismo entre política interior y exterior– apuntalaría, pero en ocasiones también socavaría, los esfuerzos del país por defender sus intereses nacionales y definir su identidad nacional en la posguerra.

El Siglo Estadounidense

«Los norteamericanos –declaró el editor Henry Luce en *The American Century* (1941)– no estamos contentos. No lo estamos con nuestro país. No lo estamos con nosotros en relación con nuestro país.» Y los norteamericanos, según Luce, debían estarlo porque, desde el punto de vista material y en comparación con la mayor parte del mundo, los Estados Unidos eran «simple y llanamente ricos [...] ricos en comida, en ropa, en entretenimientos y diversión, en tiempo de ocio, ricos». Los problemas del Estado norteamericano, en opinión de Luce, estaban todos en su mente. Fundamentalmente, se reducían al hecho de que aunque «su nación había pasado a ser en el siglo XX la más poderosa y vital del mundo, los norteamericanos no eran capaces de adaptarse en lo espiritual y en la práctica a ese hecho. Han fracasado, por tanto, a la hora de desempeñar su papel como potencia mundial –acusaba Luce–, un fracaso que ha tenido consecuencias desastrosas para ellos mismos y para toda la humanidad». Mientras su nación nadaba entre las aguas del mundo libre y el fascismo,

Luce trataba de evocar una nueva «visión de Estados Unidos como una potencia mundial que es genuinamente americana y que puede inspirarnos para vivir, trabajar y luchar con vigor y entusiasmo» hacia la creación de un «Siglo Estadounidense»[12].

Para otras naciones, naturalmente, la idea misma de un «Siglo Estadounidense» era un motivo de irritación, pero en cualquier caso tampoco convencía a todos los norteamericanos. Puede que hubiesen llegado a la conclusión, al descubrir las atrocidades nazis en Europa, de que su guerra sí que había sido más una cruzada de lo que habían creído en un principio, pero eso no se traducía necesariamente en el deseo, como instaba Luce, de «promover, alentar e incitar principios supuestamente democráticos por el mundo entero». Luce pedía un mayor internacionalismo, pero para algunos eso sonaba demasiado a imperialismo. Otros, como el vicepresidente Henry A. Wallace, proclamaban un mensaje similar pero trataban de quitar importancia al dominio norteamericano en el terreno de las democracias amantes de la libertad. Por el contrario, Wallace hacía hincapié en la cooperación internacional entre naciones –un New Deal para el mundo, en la práctica–, la cual daría como resultado no un «Siglo Estadounidense» sino un «siglo del hombre de a pie» construido a partir de una «paz del pueblo». Esta, en el fondo, era la gran cruzada, no la guerra en sí sino su significado, no la idea de la victoria como una conclusión sino más bien como un principio de una «revolución del pueblo» entregada a la libertad. Este, de acuerdo con Wallace, era «el precio de la victoria del mundo libre»[13].

En su argumentación en favor de un proceso de democratización universal inspirado –pero no impuesto aún– por los Estados Unidos, Wallace citó la batalla de su propia nación en el siglo XIX entre libertad y esclavitud. La Segunda Guerra Mundial, al igual que la Guerra de Secesión, era «una lucha entre un mundo esclavista y un mundo libre», y del mismo modo que «los Estados Unidos no pudieron permanecer en 1862 mitad esclavistas y mitad libres», la batalla de mediados del siglo XX por la libertad, esta lucha por un renacimiento de la democracia, había de tener consecuencias decisivas. Para Estados Unidos, no obstante, los paralelismos entre las dos guerras no eran meramente morales. En 1945, por segunda vez en la historia de la nación, en una coyuntura crucial en dicha historia, Estados Unidos perdió a su líder. La repentina muerte de Franklin D.

Roosevelt el 12 de abril de ese año causó una conmoción generalizada en toda la nación.

Pocos sabían que la salud del presidente se había ido deteriorando; de hecho, hasta su muerte, la mayoría de los estadounidenses desconocían que Roosevelt se había quedado paralítico en 1921 y usaba desde entonces una silla de ruedas. Roosevelt había demostrado tanta habilidad en la manipulación de su imagen como en la de la autoimagen del país en plena agitación y crisis financiera de la década de 1930 y después durante el trauma y el caos de la Segunda Guerra Mundial. A lo largo de más de una década, había conducido a la nación hacia una nueva visión económica e ideológica de sí misma, una que la llevaría a enfrentarse a nuevos desafíos, más allá de la «ciudad sobre una colina», y la obligaría a contemplar no solo una nueva relación entre Estado y ciudadano –al estilo del New Deal– sino también una nueva relación entre los Estados Unidos y el mundo en forma de unas Naciones Unidas. Con la muerte de un presidente que aún figura, junto con Lincoln, entre los líderes más ilustres de la nación, los norteamericanos tuvieron que negociar el escenario resultante de la guerra sin que la tranquilizadora voz de Roosevelt les recordara en sus charlas radiofónicas que formaban parte crucial de un impulso internacional hacia la democracia, alabando la «magnífica capacidad y energía del pueblo estadounidense» y asegurándoles que marcaban una diferencia en el extranjero y en su propio país[14].

Uno de los problemas a los que se enfrentaba la nación, ahora liderada por Harry Truman, al adentrarse en el mundo de la posguerra era cuán grande era la diferencia que debía, o podía, seguir marcando. El país había puesto fin al conflicto bélico con una devastadora demostración de fuerza, por supuesto, en la utilización de las bombas atómicas desarrolladas en el laboratorio de Los Álamos (Nuevo México) como parte del denominado Proyecto Manhattan. El lanzamiento de estas armas de destrucción masiva sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945 resultó polémico, y no únicamente por la pérdida de vidas humanas y la devastación material generalizada que causó: solo en Hiroshima, unas 80.000 personas murieron y un 70 por 100 de la ciudad resultó destruida. La tecnología atómica y los programas estatales que la desarrollaron planteaban difíciles cuestiones en cuanto a la relación entre el Estado, la ciencia y la sociedad a muchos niveles, no solo en lo que se refería a futuros usos militares. En poco más de

una década, la investigación científica había pasado de ser, en la percepción política y pública, «uno de los impulsos del progreso más potentes» y una fuerza destinada a alargar la vida humana y a reducir el sufrimiento, según la descripción relativamente poco problemática que de ella hiciera Herbert Hoover, a una amenaza peligrosa y letal no solo para la vida sino también para la seguridad nacional.

El monopolio atómico estadounidense, pese a haber resultado tan devastador en su puesta en acción como decisivo en el fin de las hostilidades, no se mantuvo mucho tiempo una vez finalizada la guerra, como tampoco lo hizo el programa de futura cooperación internacional y establecimiento de gobiernos democráticos redactado entre Roosevelt, Churchill y Stalin en Yalta en febrero (4-11) de 1945. Menos de un mes después de dicha conferencia, la Unión Soviética, al imponer un régimen comunista en Rumanía, dejó claro que estaba siguiendo un programa propio, y no el de ninguna gran alianza entre los Aliados. Cuando la nueva formación de líderes aliados, Truman, Clement Attlee (por Gran Bretaña) y Stalin, se reunió en Potsdam en julio de 1945, estaba claro que las reglas de enfrentamiento habían cambiado. La cooperación ya se estaba resquebrajando, y en vez de actuar de manera conjunta, los antiguos aliados lo hicieron unilateralmente para efectuar los cambios de régimen que quisieron sobre las partes de Europa que ahora controlaban.

Por parte de Estados Unidos, el miedo a que la Europa desgarrada por la guerra estuviese en peligro de verse absorbida en bloque por los comunistas llevó a una estrategia menos sosegada respecto a lo que aparentaba ser una creciente amenaza soviética o comunista: la contención, o lo que acabó por llamarse la doctrina Truman. Este intento de limitar la expansión del comunismo era la frontera fijada por los Estados Unidos en la Guerra Fría, un conflicto económico e ideológico que se desarrolló con rapidez entre las potencias occidentales –pero sobre todo Estados Unidos– y el bloque soviético, conflicto que dominó el resto del siglo XX. La decisión que tenía el mundo ante sí, en palabras de Truman, era entre «las instituciones libres, el gobierno representativo, las elecciones libres, las garantías de libertad individual, la libertad de expresión y culto y la libertad frente a la opresión política» de los Estados Unidos y «el terror y la opresión, el control de la prensa y la radio, las elecciones con resultados decididos de antemano y la supresión de libertades personales» del estilo soviético. «La política de los

Estados Unidos –insistía– debía ser apoyar a los pueblos libres que están resistiendo los intentos de subyugación de minorías armadas. [...] Los pueblos libres del mundo –recalcaba– buscan nuestro apoyo para mantener sus libertades»[15].

A pesar de que la declaración de Truman insinuaba posibles intervenciones militares, el país entabló en un primer momento la Guerra Fría en un frente económico. Siguiendo aún lo que era esencialmente un mapa rooseveltiano para la cooperación internacional, los Estados Unidos pusieron en marcha el Plan Marshall (así bautizado en honor del general del ejército y entonces secretario de Estado del mismo nombre). Si bien fue condenado por sus críticos como un «plan marcial» encubierto, se trataba de un programa económico diseñado para ayudar a la recuperación de Europa y, de paso, impulsar la economía norteamericana una vez que la Europa revivificada pudiera de nuevo permitirse el acceso a los mercados estadounidenses. «La prosperidad –afirmaba su eslogan– te hace libre.» O, por lo menos, libres de comunismo, que era la idea central. El Plan Marshall era la respuesta capitalista definitiva al comunismo. Tuvo mucho éxito y constituyó al mismo tiempo un símbolo del propio éxito de la nación, pero solo hasta cierto punto. Estados Unidos podía sin duda permitirse la Ley de Cooperación Económica (Economic Cooperation Act, 1948), la cual destinaba más de 13.000 millones de dólares en ayudas a los países del otro lado del Atlántico; pero a partir de ese momento no podría permitirse que su imagen desentonara con sus ideales. Lo que el país prometía a los pueblos del mundo era libertad, si bien dentro de sus fronteras, para algunos, esta seguía resultando esquiva.

En cualquier caso, tras las salvas retóricas iniciales de la Guerra Fría se desarrolló un espectáculo patriótico de tal calibre que solo Estados Unidos podría haberlo ideado. El Tren de la Libertad –siete vagones rojos, blancos y azules tirados por una locomotora llamada «El Espíritu de 1776»– transportó una selección de objetos de la historia norteamericana –entre ellos el Pacto del *Mayflower*, la Declaración de Independencia, la Proclamación de Emancipación y la bandera de Iwo Jima– en una gira por todos los estados de la Unión entre 1947 y 1949. El tren contaba con una canción propia, compuesta por Irving Berlin y cantada por Bing Crosby y las Andrews Sisters: «Aquí llega el Tren de la Libertad / más vale que te apresures / como si fuese Paul Revere / está parando en tu ciudad». Tuvo

asimismo su propio cómic *(El Capitán Marvel y el Tren de la Libertad)* y prácticamente todos los personajes de tebeo populares de la época, desde Mickey Mouse hasta L'il Abner, fueron representados visitando el tren en su viaje a lo largo y ancho de la nación. La atracción, que fue un enorme éxito de público, recibió unos 3,5 millones de visitantes, a los cuales se animó a realizar un Juramento por la Libertad y a firmar un libro de visitas (Freedom Scroll) que sería presentado más adelante al presidente Truman. «La libertad –anunciaba la exhibición– es un trabajo de todos.»

Naturalmente, la idea de fondo del Tren de la Libertad no era nueva. Las Ferias Sanitarias celebradas durante la Guerra de Secesión del siglo XIX exhibían documentos patrióticos y simbólicos, banderas y armas con objeto de recordar a la población lo que estaba en juego en el conflicto, y *The Pocket Book of America* cumplió un propósito parecido durante la Segunda Guerra Mundial. El Tren de la Libertad, nada menos, representaba un impulso por el consenso concebido en el conflicto, aunque fuese en una guerra virtual con un armamento formado principalmente por palabras. El tren, sin embargo, atravesó igualmente un paisaje asediado por los problemas, uno que había pasado recientemente por una desmovilización y soportado nuevas huelgas en el ferrocarril y en las industrias del acero, la minería y la automovilística. De hecho, un año antes de que emprendiera su viaje, una huelga nacional de trenes llevó al presidente a proponer que los huelguistas fuesen llamados a filas por la fuerza. Y además del malestar de los trabajadores de la industria estaban los grandes interrogantes que habían preocupado a Luce y Wallace sobre las nuevas responsabilidades globales del país, interrogantes cuya respuesta se volvió más urgente que nunca tras la detonación soviética de una bomba atómica (figura 10.5) en septiembre de 1949, bastante antes de lo que los norteamericanos habían previsto. Menos de un año después de que el Tren de la Libertad llegase a Washington DC en enero de 1949, concluyendo así su viaje simultáneamente con la investidura de Truman, el futuro mismo, no digamos ya la libertad, era algo que difícilmente podía darse por sentado.

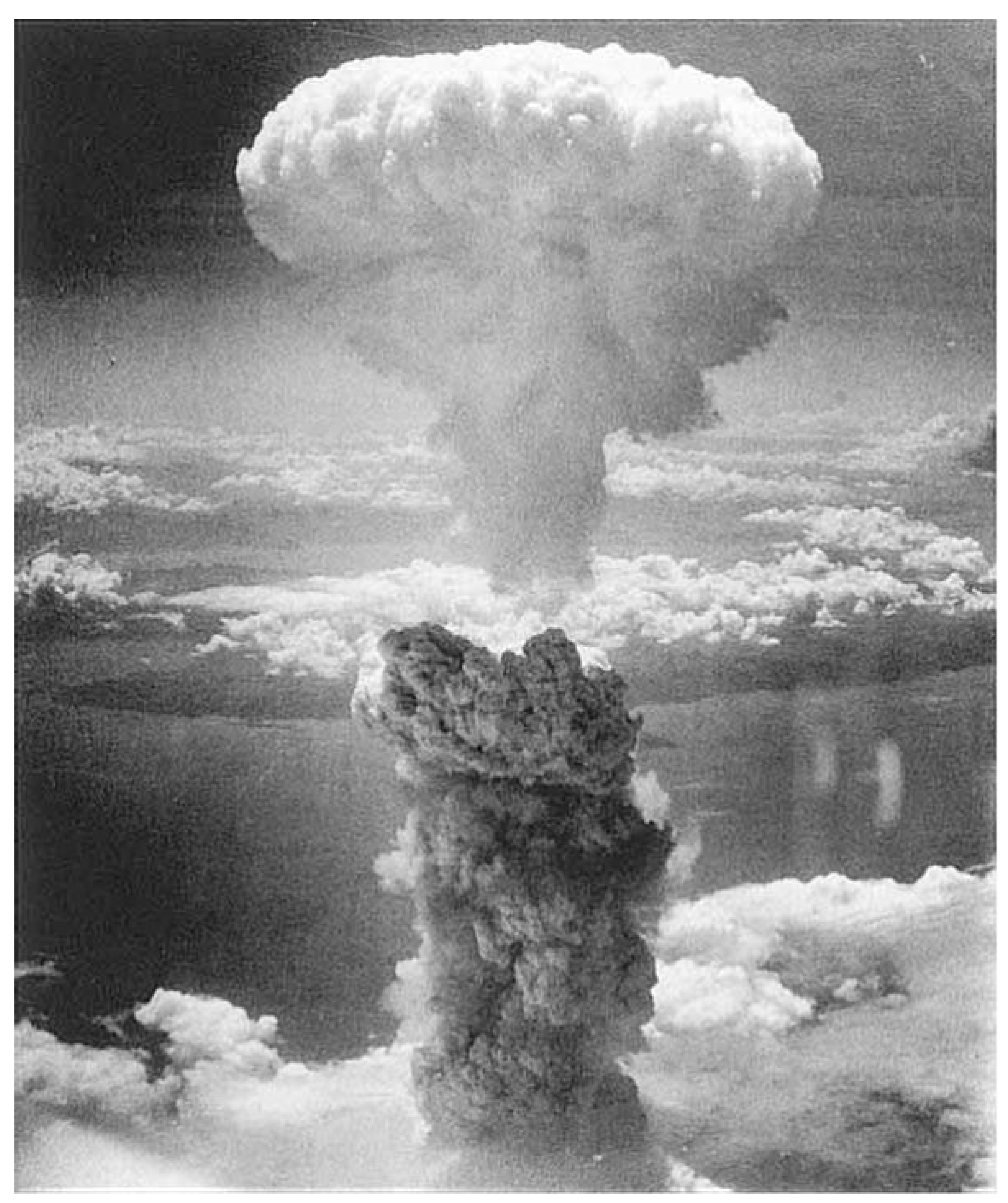


Figura 10.5. Esta es una imagen de la explosión atómica de Nagasaki el 9 de agosto de 1945. Las pruebas atómicas continuaron en el Pacífico en los años siguientes, principalmente en el atolón Bikini entre 1946 y 1958. Resulta imposible caer en la exageración al hablar de hasta qué punto la amenaza nuclear ensombreció el mundo en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial; todavía no se había convertido en la preocupación de segundo orden que es hoy en el marco de la «guerra contra el terror» del siglo XXI. Entre las respuestas culturales contemporáneas a la amenaza figuraron la novela postapocalíptica de Nevil Shute *La hora final* (1957), adaptada posteriormente en

una película (1959) con Fred Astaire y Ava Gardner como protagonistas, y el más célebre filme satírico de Stanley Kubrick *Teléfono rojo, volamos hacia Moscú* (1964). El descubrimiento de la radioactividad a finales del siglo XIX supuso el comienzo del tratamiento literario del tema, por ejemplo en *The Crack of Doom* (1895) de Robert Cromie y en gran variedad de novelas y películas posteriores en las que la destrucción nuclear es, o bien una amenaza por derecho propio, o una metáfora de la angustia del mundo moderno. Sin embargo, había poco de metafórico en el miedo de los años cincuenta y sesenta del siglo XX a que el mundo se fuera a acabar no con un quejido, como propuso T. S. Eliot, sino con una tremenda explosión, y de forma además inminente.

La pérdida del monopolio atómico por parte de los Estados Unidos en 1949 elevó considerablemente las apuestas en una Guerra Fría complicada casi desde el principio por la victoria comunista en la Guerra Civil china ese mismo año. Internacionalmente, la constitución de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) por los Estados Unidos, Canadá y Europa occidental aportó cierta sensación de protección mutua, pero para los primeros la defensa de las fronteras del país constituía únicamente una parte del problema de la Guerra Fría. De hecho, en lo que respectaba a los asuntos internos de la nación, parecía más fácil contener la amenaza nuclear que el comunismo en sí, el cual se consideraba un peligro para los propios cimientos de la identidad estadounidense. A medida que la nación se fue desplazando hacia un credo nacionalista cívico más integrador tras la Segunda Guerra Mundial, uno basado en la importancia de la inclusión de toda la ciudadanía en la vida del país, los extranjeros dejaron de ser la figura a temer para muchos norteamericanos, quienes la reemplazaron por aquellos que ya formaban parte, una parte asentada, de la nación; en resumen, Estados Unidos se obsesionó –y en algunos aspectos aún sigue en ese estado– con «el enemigo interior». El resultado en la década de 1950 fue una nueva Histeria Antisocialista o (ahora principalmente) Anticomunista, más extrema pero también más contradictoria que la que siguió a la Primera Guerra Mundial, con repercusiones más destructivas, a largo plazo, para las libertades norteamericanas que el comunismo amenazaba de manera ostensible.

Las raíces de la Histeria Anticomunista se encontraban, de manera bastante obvia, en su primera encarnación, pero para 1950, el contexto había cambiado hasta volverse irreconocible. Tras la Segunda Guerra Mundial, ningún presidente podía prometer al país, como hiciera Warren

Harding en su momento, que fuera a haber un regreso a la «normalidad», y Truman no hizo el intento. Este último, de hecho, tras haber pronunciado su discurso de la «contención» en marzo de 1947, indicó qué vientos estaban soplando cuando estableció el Programa de Lealtad de Empleados Federales, el cual prohibía que los miembros y simpatizantes del Partido Comunista trabajaran en el gobierno. En tanto que los Juramentos por la Libertad se habían pensado como una parte entretenida (y educativa) de la experiencia del Tren de la Libertad, los Juramentos de Lealtad pasaron a ser una parte muy seria de la vida norteamericana. Ya lo eran antes, naturalmente, pero solo en periodos de conflicto armado. Su encarnación durante la Guerra Fría reveló hasta qué punto los Estados Unidos se habían embarcado verdaderamente en una guerra sin fin. Y como sucede en todas las guerras, hubo bajas. El Decreto Ley 9835 de Truman, que puso en marcha una «investigación de la lealtad» de los empleados federales, provocó que varios cientos de ellos perdieran sus trabajos. Esta estadística no resultaba abrumadora teniendo en cuenta que habían sido investigados más de cuatro millones de funcionarios, pero lo más dañino de todo fueron sus secuelas.

El año 1938 había sido testigo de la fundación del Comité de Actividades Antiamericanas (House Committee on Un-American Activities, renombrado House Un-American Activities Committee [HUAC] en 1945), dedicado a impedir la infiltración nazi en la sociedad estadounidense. Ahora, en el contexto de la Guerra Fría, dirigió su atención a la amenaza comunista, con el hábil apoyo del FBI, encabezado por J. Edgar Hoover, y de otros organismos de reciente creación como la Agencia Central de Inteligencia (Central Intelligence Agency, CIA), que se hizo cargo del lado internacional de la seguridad norteamericana, y el Consejo de Seguridad Nacional (National Security Council). Era inevitable que, habiendo sido acusado de ir buscando el peligro, lo encontrase, y originase de paso una histeria anticomunista en toda la nación, a la que acabó por dársele el nombre de «macartismo» por el senador republicano por Wisconsin Joseph R. McCarthy, quien, a comienzos de 1950, anunció que tenía una lista con los nombres de unos 200 simpatizantes comunistas que trabajaban para el Departamento de Estado. La lista nunca llegó a aparecer realmente, pero la idea de que pudiera hacerlo avivó los miedos de la población a una posible subversión. Esto no quiere decir que no existiera riesgo de ello, lo había,

pero posiblemente no estuviese tan concentrado en los colegios mayores de las universidades o en la industria cinematográfica de Hollywood como las subsiguientes investigaciones del FBI y los juicios de la HUAC parecieron indicar.

El anticomunismo como fuerza cultural y política en los Estados Unidos de la posguerra prendió a causa del juicio –o juicios; hubo dos– en 1949-1950 del destacado exfuncionario del Departamento de Estado Alger Hiss, al que acusaron de ser un espía comunista. Condenado finalmente por perjurio, Hiss pasó cinco años en prisión, pero fue el proceso en sí el que mantuvo enganchado al país entero y al mundo. El caso de Hiss era simbólico, como señaló el célebre periodista Alistair Cooke, de «una generación sometida a juicio» (*A Generation on Trial* [1951]), y seguirlo resultaba tan fascinante como ominoso su resultado. La culpabilidad o inocencia de Hiss pasó a ser algo bastante irrelevante cuando un científico británico, el Dr. Klaus Fuch, admitió haber pasado secretos nucleares a los soviéticos. Esto dio lugar a quizá la condena anticomunista más tristemente célebre de la historia de los Estados Unidos, la de Julius y Ethel Rosenberg, quienes fueron ejecutados por el crimen de haber filtrado secretos nucleares sobre la base de unas pruebas que, en aquel momento, resultaron controvertidas. De hecho, el proyecto Venona –una operación encubierta angloestadounidense de contrainteligencia iniciada durante la Segunda Guerra Mundial y diseñada para interceptar y descrifrar mensajes y defenderse de la amenaza soviética– reveló que Julius Rosenberg estaba implicado realmente en operaciones de espionaje y en la entrega de secretos nucleares a los soviéticos.

El problema con las operaciones secretas de inteligencia, naturalmente, es su tendencia, en lo que toca a la opinión pública, a fomentar el miedo por la falta de información, a alimentar la paranoia sin pruebas que la fundamenten, y Estados Unidos en los años cincuenta no necesitaba ni mucho menos que la animasen a ese respecto. Sin duda, los soviéticos pusieron en peligro la seguridad norteamericana en lo relativo a la investigación atómica, pero McCarthy, con la ayuda del FBI, fue capaz de elevar la (puede que inevitable) amenaza de espionaje representada por una nación extranjera a un miedo más vago de subversión generalizada dentro de la propia Norteamérica y, además, de asociar este potencial para la subversión con la izquierda liberal. Este proceso, denominado «la alquimia

de la Guerra Fría» por el científico político canadiense Reg Whitaker, logró volver menos nítida la distinción entre espionaje y subversión y contribuyó a crear el clima de miedo que atrapó a los Estados Unidos en el periodo post-Segunda Guerra Mundial.

Esta no era, por supuesto, la primera vez que la nación había pasado por una Histeria Antisocialista pero, en la década de 1950, la paleta de colores del «estilo paranoico», un fenómeno identificado ya en el siglo XIX, se amplió: a la amenaza «roja» se le unió la rosa, la azul lavanda y la negra, que demandaban derechos para las mujeres, los homosexuales y los afroamericanos, respectivamente. Y puede que la Guerra Fría no fuese el único catalizador a este respecto, dado que los temores de subversión de los años cincuenta se vieron acompañados por ecos de la crítica contra el «Gran Gobierno» federal y de los peligros de un Estado socialista, que habían sido expresados en su momento por los oponentes del New Deal. En 1950, las compañías eléctricas pusieron un anuncio en el *U.S. News and World Report* que alertaba a los lectores contra lo que denominaba «esta deriva hacia un gobierno socialista». El simbolismo que acompañaba al anuncio presentaba, en manos de un joven, una versión simplificada de las Cuatro Libertades mediante las cuales los estadounidenses podrían contrarrestar la amenaza a sus libertades: una biblia, una llave, un lápiz y una papeleta electoral, aunque no quedaba muy claro si la llave simbolizaba la capacidad de cerrar las puertas al exterior o de abrirlas.

Dejando a un lado su legado mercadotécnico –el cual resultó ser persistente–, el macartismo se terminó en 1954. En muchos aspectos, había representado un nacionalismo sectario en la construcción de lo que, en el fondo, no era sino un fantasma de subversión creado por intereses propios cuando las ambiciones demagógicas de un hombre dieron impulso al Partido Republicano en la lucha por el poder de las elecciones de 1952. El nuevo presidente, Dwight D. Eisenhower, detestaba en el ámbito personal a McCarthy, pero encontró políticamente conveniente dar crédito oficial a sus acusaciones. La buena disposición del pueblo norteamericano a aceptarlas, no obstante, indicaba la precariedad de la ideología y la identidad estadounidenses en un mundo de posguerra al que el país se esforzaba por adaptarse, pero dicha precariedad tenía un lado positivo. El macartismo, una representación de la cara más siniestra de la democracia, fue solo un ejemplo de la tendencia norteamericana a, en momentos de crisis, volverse

contra sí misma de un modo crítico. Aunque las secuelas de la Histeria Anticomunista se sitúan normalmente en una obediencia generalizada del conjunto de una sociedad estadounidense paralizada por el miedo a la subversión comunista, había un ámbito en el que muchos norteamericanos ya no estaban dispuestos a cumplir con las normas tradicionales: la desigualdad racial.

Mientras Luce y Wallace contemplaban las posibilidades y desafíos que planteaba un Siglo Estadounidense dominado por el hombre de a pie, el economista sueco Gunnar Myrdal había estado considerando el eterno problema de las relaciones interraciales en los Estados Unidos. Su exhaustivo informe, publicado con el título de *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* (1944), era en muchos sentidos una dura crítica, que tuvo una enorme influencia, de las desigualdades en Estados Unidos, especialmente en el Sur, el cual, sostenía Myrdal, seguía rechazando el «credo estadounidense» de libertad y oportunidades para todos. A pocos sureños les habría hecho gracia seguramente leer las descripciones de Myrdal de la «simpleza e inseguridad» del Sur rural, su situación de sometimiento a una «religión puritana y emocional» y su «insano énfasis en el sexo», todo lo cual, concluía el economista, había jugado un importante papel en el uso de la violencia y la intimidación para controlar a la población afroamericana de la región[16].

Como es natural, varios autores sureños de la época, desde el novelista William Faulkner al dramaturgo Tennessee Williams, llegaron a conclusiones similares respecto a las relaciones entre sexo y violencia en el Sur; pero las representaciones de esta en la ficción poseían una cierta aura romántica para sus lectores de la que el informe de un economista, uno que sobrepasaba las mil páginas, más bien carecía. Analizando desde los linchamientos hasta el sistema legal, Myrdal mostró cómo la Norteamérica negra y blanca, especialmente en el Sur, estaban atrapadas en una destructiva relación de miedo y agresión, una que tenía sus orígenes en la esclavitud y se perpetuaba por actitudes más generales de la población estadounidense hacia la pobreza, el crimen y la desconexión social. En realidad, los prejuicios raciales no eran el único dilema que Myrdal identificó, sino, en el contexto de la Guerra Fría, el dominante.

Tres años después de la aparición del informe de Myrdal, la Comisión de Derechos Civiles (Commission on Civil Rights), fundada por Truman,

publicó *To Secure These Rights* (1947). Menos pesado que *An American Dilemma*, pero más general en su evaluación de las minorías –entre ellas los nativos americanos, los ciudadanos de los protectorados estadounidenses, los japo y afroamericanos y los inmigrantes mexicanos–, hacía un llamamiento a la acción federal contra la segregación. La discriminación, sostenía, no solo era antitética al «credo estadounidense», sino que representaba una seria amenaza a la salud y el bienestar del conjunto de la población, no solo a los de los grupos que la sufrían. El informe desacreditaba mediante un minucioso análisis la doctrina «separados pero iguales» de «segregación racial en instituciones tanto públicas como privadas, la cual afecta a las vidas cotidianas de los ciudadanos del Sur en todos sus ámbitos desde que nacen hasta que mueren». La condenaba como uno de «los mitos que todavía resisten en la historia norteamericana, pues es casi siempre cierto –afirmaba– que estas instalaciones, aun estando efectivamente separadas, distan mucho de ser iguales», y argüía:

> La doctrina «separados pero iguales» se condena por tres motivos: contraviene el espíritu igualitario del legado estadounidense; no ha funcionado, pues la historia muestra que la desigualdad en el servicio ha sido la consecuencia omnipresente de la separación; y ha institucionalizado la segregación y mantenido separados a los distintos grupos sociales a pesar de las pruebas irrefutables de que el contacto normal entre dichos grupos tiende a fomentar la armonía social.

El informe terminaba con un breve reseña de la historia de los Estados Unidos. «En dos ocasiones –apuntaba– la nación ha encontrado necesario revisar el estado de sus derechos civiles»: en el periodo que medió entre la declaración de la independencia y la adopción de la Carta de Derechos, y en el transcurso de la Guerra de Secesión. «Estamos profundamente convencidos –declaraba– de que ha llegado el momento de un tercer reexamen de la situación» por razones «de conciencia, de interés propio y de supervivencia en un mundo amenazador. O, por expresarlo de otro modo –concluía–, tenemos una razón moral, una razón económica y una razón internacional para creer que es la hora de actuar»[17].

Truman estaba convencido. El Congreso no. No obstante, las guerras, incluso las frías, siempre han resultado valiosas para los líderes norteamericanos que buscaban promulgar leyes impopulares; así, en 1948, Truman anuló formalmente la segregación de las fuerzas armadas. En la

lucha de una Guerra Fría, Truman se dio cuenta de que no podía haber discrepancias flagrantes entre los ideales propugnados por los Estados Unidos y las prácticas que toleraba. Desafortunadamente, no se dio el caso de que, con este único acto, terminara la segregación; muy lejos de ello. Empero, cuando la nación envió nuevamente sus fuerzas al campo de batalla, como hizo solo dos años más tarde en Corea, aquellas ya no estaban segregadas. La Guerra de Corea, un conflicto frecuentemente eclipsado por el impacto de los dos de mayor magnitud que lo flanquearon, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Vietnam, fue por ende simbólico a varios niveles (figura 10.6). No solo fue la primera guerra en la que los Estados Unidos desplegaron fuerzas no segregadas, sino también el primer enfrentamiento armado de lo que había sido, hasta el verano de 1950, una guerra totalmente fría. La respuesta de Estados Unidos a la invasión de Corea del Sur (anticomunista) por parte de Corea del Norte (comunista) representó la primera muestra de contención en acción, como si dijéramos, con los Estados Unidos en una confrontación directa tanto con Corea del Norte como con China.



Figura 10.6. El Monumento a la Guerra de Corea, Washington DC (foto de Peter Wilson). Durante muchos años, la Guerra de Corea fue un conflicto casi olvidado. Este monumento a la misma, no obstante, hace hincapié de forma totalmente deliberada en la heterogénea composición de las fuerzas armadas norteamericanas en esta guerra. El monumento, que comprende 19 estatuas, todas con un impresionante tamaño de 2,21 m, representa a unos soldados estadounidenses que avanzan en formación de punta de flecha como si estuviesen de patrulla y están formados por 12 figuras caucásicas, tres afroamericanas, dos hispanas, una oriental y una nativa americana. Refleja asimismo la composición del ejército norteamericano en la época, con 14 miembros del ejército de tierra, tres de los marines, uno de la Armada y otro de la Fuerza Aérea. Un monumento de este tipo apenas resultaba concebible en los años cincuenta. Su construcción tardó varias décadas en plantearse; fue inaugurado finalmente en 1995.

A partir de 1950, el mundo contempló unos Estados Unidos muy diferentes, al menos la versión uniformada de los mismos; a la que mantenía para su público nacional aún le quedaba un tiempo para alcanzar la plena igualdad. En lo que se refiere a su situación en la historia, la Guerra de Corea fue en realidad una especie de paréntesis en la Guerra Fría en el extranjero y un punto de inflexión en el desarrollo de esta en Norteamérica. La muerte de Stalin en 1953, el mismo año del armisticio entre los Estados Unidos y Corea del Norte, el año en que Julius y Ethel Rosenberg fueron ejecutados y en el que el autor afroamericano James Baldwin estudió la interacción entre el racismo y la religión en su novela semiautobiográfica *Ve y dilo en la montaña*, señaló el comienzo de un deshielo al menos temporal en las relaciones sovieticoestadounidenses. Aun así, muchos norteamericanos eran todavía plenamente conscientes de que estaban enzarzados en una batalla ideológica con los soviéticos, y que la desegregación seguía siendo una prioridad si esperaban ganarla. El año siguiente fue testigo de un avance espectacular en esa dirección cuando el Tribunal Supremo, presidido por Earl Warren, falló sobre cinco casos promovidos por la NAACP y agrupados bajo el nombre *Brown contra la Junta de Educación* (1954).

Estos casos procedían de Kansas, Washington DC, Delaware, Virginia y Carolina del Sur, y desafiaban la constitucionalidad de la segregación en la educación, tal como había quedado establecida en *Plessy contra Ferguson* (1896). Citando, entre otras pruebas, *An American Dilemma* de Myrdal en apoyo de su decisión, el tribunal resolvió finalmente que «en el ámbito de la educación pública la doctrina de “separados pero iguales” no tiene cabida.

Las instalaciones educativas segregadas –afirmó– son inherentemente desiguales» y negaban a los niños afroamericanos «la protección ecuánime de las leyes garantizada por la Decimocuarta Enmienda»[18].

La resolución del «caso» *Brown* representó un importante primer paso hacia una desegregación total, hacia un nacionalismo cívico integrador que no distinguiese entre razas. Empero, no todo el mundo la recibió con entusiasmo, ni mucho menos, y fue más eludida que acatada, especialmente en aquellas partes del Sur donde las condiciones se mantenían prácticamente como Myrdal se las había encontrado y la violencia contra los afroamericanos seguía produciéndose de un modo generalizado. Un año después de *Brown* se dio un terrible ejemplo de cuán lejos estaban dispuestos a llegar algunos habitantes del Sur por proteger la supremacía blanca cuando un chico de catorce años de Chicago, Emmett Till, fue asesinado –y antes mutilado– durante una visita a unos parientes en Misisipi. Mas también ese año mostró que los afroamericanos no estaban dispuestos a aceptar el estatus de ciudadanos de segunda clase que les daban algunos blancos con el comienzo del boicot a los autobuses de Montgomery (Alabama), el desafío a los medios de transporte segregados en el Sur. Apenas setenta y pico años después de que echasen a Ida B. Wells de un vagón de tren solo para blancos, la activista afroamericana Rosa Parks se negó a cederle su asiento a un pasajero blanco, motivo por el cual fue arrestada.

La oposición al arresto de la mujer, a la cual el pastor evangélico negro Martin Luther King Jr. describió como uno de los «mejores ciudadanos de Montgomery» (y que, en el año 2000, fue designada una de las 100 figuras más importantes del siglo XX), se organizó de inmediato, e implantó una tradición de líderes eclesiásticos negros en el movimiento afroamericano por los derechos civiles que se mantuvo hasta la década de los sesenta. Martin Luther King Jr., el cual se convertiría en la personificación de la acción directa no violenta contra el racismo, formó la Conferencia de Líderes Cristianos del Sur (Southern Christian Leadership Conference, SCLC) tras el boicot; se trataba de un poderoso grupo de presión dedicado a acabar con la segregación que, sin embargo, hubo de afrontar una ardua lucha debido a que el boicot, que duró un año, terminó únicamente con otra resolución federal (*Browder contra Gayle*, 1956) que declaró inconstitucional la segregación en el transporte público. Si bien esto

representaba otro hito en el camino hacia una definición integradora de la ciudadanía estadounidense, el boicot a los autobuses en sí fue solo un paso en un proceso que siguió provocando una respuesta hostil por parte de algunos sectores de la América blanca que estaban decididos a mantener el dominio anglosajón sobre la nación.

Las últimas fronteras

El primer choque violento entre el imperativo ideológico internacional de los Estados Unidos en la Guerra Fría y su impulso sectario anglosajón se produjo un año después de que terminara el boicot de los autobuses de Montgomery, en 1957, el año en que los soviéticos lanzaron su satélite *Sputnik* y en que el instituto Central de Little Rock (Arkansas) decidió oponerse a la resolución del caso *Brown*. El gobernador de Arkansas, Orval Eugene Faubus, declaró que habría ríos de sangre en las calles si obligaban al instituto a deshacer la segregación; estaba exagerando un poco, pero no demasiado. La imagen de niños blancos que protestaban contra la mera idea de sentarse en la misma aula que sus compañeros negros o lanzaban insultos a los alumnos negros cuando estos trataban de entrar en el centro (al final tuvieron que hacerlo escoltados por la 101.ª Compañía Paracaidista) no era el tipo de cobertura mediática que realmente necesitaba la tierra de la libertad; pero en ese momento, como en los años que estaban por llegar, algunas zonas del Sur blanco parecían totalmente indiferentes a las repercusiones que la imagen que daban los medios del racismo en acción pudiera causar en el resto de la nación, por no hablar en un mundo horrorizado aunque fascinado. Y no cabía duda de que, a finales de los años cincuenta, con el auge de la prensa escrita, una radio en prácticamente cada casa y la televisión comenzando su paulatino avance hacia el dominio absoluto de la vida moderna, el mayor poseedor de medios de comunicación del mundo estaba retransmitiendo a una audiencia global.

Con todo, a mediados de los cincuenta, la atención de esta última estaba más concentrada en los acontecimientos en Europa, Asia y Oriente Medio que en los de Montgomery o Little Rock. Si bien el mundo poscolonial, en opinión de los Estados Unidos, era intrínsecamente inestable y se encontraba, por tanto, en riesgo de caer bajo control comunista, el sucesor

de Stalin, Nikita Jrushchov, al condenar la trayectoria de su predecesor, parecía ofrecer la posibilidad de una relación más equilibrada entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Ciertamente, los primeros no estaban siempre preparados para lanzarse a contrarrestar cada movimiento efectuado por el comunismo; en el caso de Hungría, en 1956, se mantuvo completamente al margen de la represión soviética del levantamiento anticomunista. En Oriente Medio, por otro lado, y en el contexto de la Guerra del Sinaí (también en 1956), los Estados Unidos actuaron con mayor celeridad para quitar de en medio a Francia y Gran Bretaña y asumir una responsabilidad más grande por la estabilidad de esta región rica en petróleo.

En enero de 1957, Eisenhower expuso la postura del país en relación con Oriente Medio y subrayó el compromiso de su nación, en lo que se conocería como la doctrina Eisenhower, «de ayudar a defender la integridad territorial y la independencia política de cualquier nación de la zona contra agresiones armadas comunistas». Situó su argumento en el contexto de los muchos «sacrificios», físicos y económicos, que Estados Unidos había hecho «por la causa de la libertad» desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. «Estos sacrificios –recalcó– han de servir para algo»[19]. Al mismo tiempo, asumir la carga de mantener bajo control los efectos colaterales de los regímenes coloniales previos en defensa no solo de la estabilidad global sino también de la autoimagen de Estados Unidos como protector del mundo libre no se trataba de una perspectiva ni mucho menos desprovista de problemas. Como mostraba el malestar por motivos raciales en Little Rock y la expansión del pulso sovieticoestadounidense al espacio con el lanzamiento del *Sputnik*, el país tenía más cosas de las que preocuparse al aproximarse el fin de la presidencia de Eisenhower que de la estabilidad o no de Oriente Medio.

El lanzamiento del *Sputnik* causó una tormenta mediática y política en los Estados Unidos. Las comparaciones con Pearl Harbor revelaron lo seriamente que se tomaron algunos norteamericanos este desafío simultáneo a su superioridad científica y social, esta amenaza a su seguridad nacional. Los demócratas, liderados por Lyndon B. Johnson, atacaron a Eisenhower por su responsabilidad, tal como ellos lo veían, en que los Estados Unidos no hubieran logrado la superioridad en el espacio y el planeta. En una frase despectiva pero punzante, la Casa Blanca pasó a ser llamada, en algunos

círculos, «la tumba del soldado bien conocido». «No conseguir el control del espacio –sostenía Johnson– implica ser segundos en todos los aspectos, en la decisiva arena de nuestra Guerra Fría. A ojos del mundo, ser los primeros en el espacio significa ser los primeros, punto; ser los segundos en el espacio es serlo en todo.» El punto de vista de Johnson fue coreado, de manera seguramente poco sorprendente, por el Comité Asesor Nacional para la Aeronáutica (National Advisory Committee for Aeronautics, NACA), que expresó su pesar por el fracaso de la nación en conseguir «adelantarse a los soviéticos en un alunizaje tripulado. Un logro como ese –mantenía el NACA– establecería de manera firme la supremacía tecnológica occidental y sería de gran valor psicológico. Debido a la ubicación estratégica de la luna para el viaje y la guerra espaciales, de tal alunizaje podría extraerse un valor todavía mayor y más permanente: el de reclamar la luna para las Naciones Unidas del mundo occidental».

El NACA quería, en sus propias palabras, «dar alcance y finalmente adelantar a los soviéticos en la carrera por el liderazgo de este planeta y por la supremacía científica y militar en el espacio», un imperativo que Eisenhower acabó por reconocer. Lo que «hace que la amenaza soviética no tenga parangón en la historia –declaró este– es su capacidad universal de asimilación. Todas las actividades humanas pasan a ser utilizadas como un arma para la expansión. El comercio, el desarrollo económico, el poder militar, las artes, la ciencia, la educación, todo lo que el hombre es capaz de imaginar. [...] Los soviéticos, en resumen, están entregados a una guerra fría total»[20]. Aceptó el desarrollo de un programa de vuelos espaciales tripulados, el futuro Proyecto Mercury, y la creación de nuevas agencias federales destinadas a atacar los problemas suscitados por el *Sputnik*. El infradotado NACA fue reconvertido, en 1958, en la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio (National Aeronautics and Space Administration, NASA), y se crearon dos nuevos comités permanentes en el Congreso: el Comité del Senado sobre Aeronáutica y Ciencias del Espacio y el Comité de Ciencia y Astronáutica.

Para los futuros presidentes de Estados Unidos, al igual que para su población, el legado de la doctrina Eisenhower, junto con el aparente fracaso del presidente ante el programa espacial soviético, resultó tener unos efectos de gran alcance. Y en un primer momento, la elección de John F. (Jack) Kennedy en 1960, el primer presidente católico del país, fue visto

como un nuevo comienzo, el paso de la antorcha a una «nueva generación», tal como lo describió el propio Kennedy, una «nacida en este siglo, templada por la guerra, disciplinada por una paz dura y amarga». Empero, esta joven generación, tal como Kennedy sin duda la veía, estaba firmemente asentada en la tradición revolucionaria estadounidense, pero situada al mismo tiempo en un escenario de Guerra Fría. El famoso discurso de investidura de Kennedy fue el de un guerrero frío, que prometió que su nación «[pagaría] cualquier precio, [soportaría] cualquier carga, [se enfrentaría] a cualquier dificultad, [apoyaría] a cualquier amigo [y se opondría] a cualquier enemigo para asegurar la supervivencia y la victoria de la libertad»[21]. Pero el idealismo propio de la Guerra Fría de Kennedy estaba a un mundo de distancia del de otro Jack, el novelista *beat* Jack Kerouac, cuyo famoso manifiesto autobiográfico contra la obediencia de la clase media, *En el camino* (1957), daba a entender que, lejos de anclarse en lo que Kennedy denominó el «antiguo legado» de los Estados Unidos, los jóvenes del país no estaban tan seguros de qué camino en concreto estaba recorriendo su nación.

La década de 1960 se identifica a menudo en los Estados Unidos con el ascenso de la cultura juvenil –los frutos del *baby boom* de los años de la guerra– pero solo es posible comprender el impacto de esta cultura situándola en su contexto. Si bien en su conjunto la población estadounidense estaba creciendo, la tasa de natalidad se desplomó de forma espectacular tras la Segunda Guerra Mundial –en más de un tercio entre 1955 y 1975–. La tasa de mortalidad, sin embargo, también estaba reduciéndose y la esperanza de vida al nacer era mayor que en la época anterior a la guerra: había aumentado de 62,6 años en 1940 a 69,9 años en 1960. En resumen, la población de los Estados Unidos estaba ya en proceso de envejecimiento, lo cual tuvo el efecto de colocar a los norteamericanos más jóvenes estadísticamente fuera de la corriente social dominante, la cual estaba totalmente alejada del terreno en que se movían culturalmente. Y, en líneas generales, desde el punto de vista cultural y, sin duda, educativo, la suya era una generación privilegiada. Aunque el programa de la llamada «Carta de Derechos del Soldado» que proporcionaba becas de matriculación en la universidad y subsidios a los veteranos de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea se cerró en 1956, el impulso social que promovía el acceso de los jóvenes estadounidenses a la enseñanza superior no se redujo.

El número de universidades prácticamente se dobló entre 1940 y 1970, y el de matriculaciones casi se triplicó, lo cual dio origen a una «cultura de campus» con una perspectiva propia de la nación, de su nacionalismo y de su papel internacional.

Dicha perspectiva estaba fuertemente influenciada por la «generación *beat*» de los años cincuenta, por escritores como Kerouac (n. 1922), Allen Ginsberg (n. 1926) y William S. Burroughs (n. 1914), quienes se rebelaron contra el materialismo y el militarismo que consideraban destructivos para el credo estadounidense según su propia visión de este. Naturalmente, es posible que el hecho de que muchos de ellos lo vieran con ojos enturbiados por las drogas afectara a sus respuestas. Como Ginsberg declaró de manera célebre en su poema «Aullido» (1956): «He visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por / la locura, famélicos histéricos desnudos / arrastrándose al amanecer por las calles de los barrios negros / en busca de un chute furioso». Había un gran número de jóvenes furiosos a mediados de los años cincuenta, por supuesto; no era en absoluto un fenómeno exclusivo de los Estados Unidos, pero tuvo una resonancia especial en una nación que, a ojos de algunos de sus ciudadanos, parecía combinar la autocomplacencia con la corrupción, la riqueza material con la pobreza moral.

La visión contraria y posiblemente autocomplaciente del país en vísperas de la elección de Kennedy como presidente fue expresada, como es sobradamente conocido, en el «debate de la cocina» entre Jrushchov y el entonces vicepresidente Richard Nixon en la Exposición Nacional Estadounidense en Moscú del año 1959, la cual destacaba el nivel de comodidad doméstica y de prosperidad general del que disfrutaban los ciudadanos de los Estados Unidos. En el escenario ligeramente surrealista pero simbólico de una cocina modernista de exposición, Nixon aprovechó la ocasión para hacer hincapié en la superioridad del estilo de vida capitalista sobre el comunista, en el poder de la abundancia económica sobre la austeridad ideológica. Era un poder que Jrushchov, naturalmente, rechazó con desdén. Y uno que quizá Estados Unidos daba demasiado por sentado. Aun así, había muchos motivos para ser positivo.

El PIB de Estados Unidos se había doblado entre el fin de la guerra y 1960. El gasto federal en defensa, de manera poco sorprendente, no se redujo durante la Guerra Fría, y el gasto del consumidor mantuvo el ritmo

del crecimiento general, facilitado por el crédito y su manifestación física, la tarjeta de crédito, que no tardó en volverse omnipresente. Los norteamericanos, por supuesto, siempre habían mirado hacia el futuro; ahora podían aplazar el pago de sus compras hasta que llegara. En líneas generales, los Estados Unidos de la posguerra experimentaron un *boom* a la altura del de los años veinte. Y si el *jazz* había sido la banda sonora de aquella era, el *rock-and-roll* aportó el a menudo provocativo sonido de los sesenta. El «rey» del *rock-and-roll*, Elvis Presley, sonaba en los tocadiscos de la nación y, a partir de 1956, aparecía en sus pantallas de televisión. Al término de la Segunda Guerra Mundial, solo unos 16.000 norteamericanos disfrutaban del lujo de tener un televisor, pero para 1953 dos tercios de las casas del país, en los cada vez más numerosos barrios residenciales, tenían una. La situación de estos últimos implicaba también que la mayoría de las familias norteamericanas tenía también un coche, y su nación –especialmente sus ciudades– presentaba el aire contaminado y el deterioro de los centros urbanos resultantes, respectivamente, del uso del coche y del éxodo de posguerra a los barrios residenciales. Para la nación, la movilidad tuvo un precio. Y los norteamericanos de los años cincuenta y sesenta eran, al igual que ahora, un pueblo con una gran movilidad, que en 1960 tenía más de un cuarto de su población afincada en un estado distinto a aquel en el que habían nacido. No fue ninguna sorpresa, pues, que cuando Kerouac salió en busca de los Estados Unidos se dirigiese a la autopista.

Cuando Kennedy salió en busca de los Estados Unidos, puso la mira en la frontera, la «Nueva Frontera» que él describía no como «una serie de promesas» sino como «una serie de retos». La nación, aseguraba Kennedy, había sufrido «un bajón» en su «fortaleza intelectual y moral» y confundido enseguida «lo que es legal con lo que está bien». Prometió devolverla al buen camino, conducirla hasta la nueva frontera más allá de la cual se hallaban «las regiones inexploradas de la ciencia y el espacio, los problemas no resueltos de la paz y la guerra, los reductos no conquistados de la ignorancia y los prejuicios, las preguntas sin responder de la pobreza y la abundancia». Estados Unidos, declaró, se encontraba «en un momento decisivo de la historia. Debemos comprobar una vez más si esta nación, o cualquier nación así concebida, puede perdurar largo tiempo», anunció, en una invocación del discurso en Gettysburg de Lincoln, pero el desafío venía ahora del «avance resuelto del sistema comunista», no de la Confederación.

Sobre este último punto, sin embargo, Kennedy solo tenía razón en parte. El año de su elección comenzó con protestas por los derechos civiles en el Sur, cuando unos estudiantes afroamericanos en Greensboro (Carolina del Norte) desafiaron la tradición segregacionista de una cafetería de un establecimiento local de Woolworth al sentarse en asientos destinados al uso de clientes blancos, pese a habérseles pedido que se fueran. Su insistencia tuvo recompensa. Aunque hicieron falta cinco meses, la cadena de grandes almacenes Woolworth accedió finalmente a acabar con la discriminación en sus cafeterías. Esta era otra victoria en la lucha por la igualdad, que se produjo además en un momento importante.

En 1960, el Sur, el Sur blanco al menos, estaba preparándose para celebrar el centenario de la Guerra de Secesión, la conmemoración del momento de su historia en el que le había declarado la guerra al resto de la nación en defensa de la dominación anglosajona, de la esclavitud, si bien es cierto que se trataba de una esclavitud envuelta en un enrevesado envoltorio constitucional al cual se denominaba «derechos estatales». El Sur había desplegado una vez más esa defensa concreta en Little Rock en oposición a la presencia de tropas federales enviadas para garantizar el cumplimiento de la resolución del Tribunal Supremo en el caso *Brown,* y seguiría invocándola frente a la creciente oposición nacional a la segregación en los años sesenta. El año siguiente a las sentadas en las cafeterías de Woolworth tuvo lugar la primera de las «Freedom Rides» al Sur. En estos viajes organizados por el CORE se fletaban autobuses con grupos mixtos de pasajeros rumbo a los estados del Sur profundo para poner a prueba la desegregación de los transportes públicos, obligatoria por ley. Los Freedom Riders se encontraron con respuestas violentas generalizadas en estados como Alabama y Misisipi; en Anniston (Alabama), uno de sus autobuses fue recibido con bombas incendiarias, y en Birmingham los Freedom Riders fueron atacados por el Klan. Un año más tarde, cuando el estudiante negro James Meredith intentó matricularse en la Universidad de Misisipi, una multitud le bloqueó el paso. Kennedy, como Eisenhower antes que él, se vio obligado a mandar allí al ejército.

Resultó especialmente apropiado que este aumento de las protestas por parte de los afroamericanos y la reacción violenta concomitante de los blancos contra la igualdad de derechos a principios de los años sesenta tuviese lugar en el marco de recreaciones de batallas de la Guerra de

Secesión y de la celebración de una causa confederada ya derrotada. Los derechos civiles no estaban ausentes de la agenda, pero cuando a unos delegados negros se les impidió al acceso al hotel en Charleston escogido para el inicio de las celebraciones del centenario, el evento comenzó de manera accidentada, y las cosas prosiguieron en esa línea. Las esperanzas de que el presidente pudiera aprobar, el 1 de enero de 1963, una segunda Proclamación de Emancipación se vieron defraudadas cuando Kennedy declinó asistir a la ceremonia de conmemoración en el Monumento a Lincoln. Durante el resto de ese año, las manifestaciones y la violencia continuaron.

La violencia alcanzó en cierto modo su apogeo en Birmingham en mayo de 1963, cuando unas imágenes en las que la policía local atacaba a afroamericanos –algunos de ellos niños– con mangueras antiincendios, perros y porras fueron retransmitidas por televisión para una audiencia nacional conmocionada y asqueada. Al mes siguiente, Medgar Evers, un secretario local del NAACP y veterano de la Segunda Guerra Mundial que había servido en Europa, fue asesinado a tiros en Jackson (Misisipi). El 28 de agosto de 1963, unos 250.000 norteamericanos asistieron a una marcha organizada en Washington (figura 10.7) para llamar la atención no solo sobre la violencia perpetrada contra los afroamericanos en el Sur, sino también sobre las desigualdades de todo tipo en el trabajo, la vivienda y la educación que los negros padecían. Al final le correspondió a Martin Luther King Jr. y no a Kennedy invocar la Proclamación de Emancipación de 1863 y recordar a los estadounidenses que «cien años después, el negro todavía no es libre. Cien años después, la vida del negro sigue estando tristemente coartada por los grilletes de la segregación y las cadenas de la discriminación». «Tengo un sueño –declaró King de manera célebre–: que un día esta nación se levantará y hará realidad el auténtico significado de su credo: “Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales”.»



Figura 10.7. Marcha en defensa de los derechos civiles en Washington (Warren K. Leffler, 28 de agosto de 1963). Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-03128).

Hasta dónde habría llegado Kennedy para cumplir el sueño de King quedará para siempre en el campo de las especulaciones. Ciertamente la violencia en Alabama y la marcha de Washington habían empezado a causar efecto sobre una conciencia hasta entonces demasiado centrada en la Guerra Fría, demasiado preocupada por el «avance resuelto» del comunismo, para encarar el fanatismo de los segregacionistas norteamericanos. Y el compromiso de Kennedy con la contención del comunismo produjo algunos resultados desafortunados, entre ellos la tristemente famosa invasión fallida de la bahía de Cochinos en Cuba en 1961, emprendida con la intención de derrocar el régimen de Fidel Castro, y, de forma más preocupante para el mundo, la crisis de los misiles de Cuba en octubre de 1962, en la que los Estados Unidos y la Unión Soviética se enzarzaron en un mortífero enfrentamiento que podría haber causado una guerra nuclear. Con todo, llegado el verano de 1963, Kennedy no solo había

rebajado el nivel de acaloramiento de la Guerra Fría, sino que también se había entregado entusiásticamente a la defensa de los derechos civiles. En junio, se comprometió de manera pública a emplear las fuerzas y los recursos federales para acabar con la segregación, pero no vivió para ver la aprobación de la Ley de Derechos Civiles (Civil Rights Act) de 1964. Su asesinato el 22 de noviembre de 1963 marcó el fin de una presidencia que había expresado las esperanzas y condensado los miedos de una generación que ahora tenía ante sí una frontera que no parecía ni mucho menos nueva, únicamente tan violenta e impredecible como cualquier otra en la historia de su nación.

[1] Anónimo (300 soldados) al editor, *Baltimore Afro-American*, 23 de noviembre de 1942; soldado Norman Brittingham a Truman K. Gibson Jr., 17 de julio de 1943, ambos en P. McGuire (ed.), *Taps for a Jim Crow Army: Letters from Black Soldiers in World War II* [1983], Lexington, The University Press of Kentucky, 1993, pp. 11, 18; soldado negro anónimo de Maryland al secretario de Guerra, 2 de octubre de 1865, en I. Berlin *et al.* (eds.), *Freedom: A Documentary History of Emancipation, 1861-1867, Series II, The Black Military Experience*, Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press, 1982, p. 654; James Henry Gooding a Abraham Lincoln, 28 de septiembre de 1863, en el libro del cabo J. H. Gooding, *On the Altar of Freedom: A Black Civil War Soldier's Letters from the Front*, V. M. Adams (ed.), Amherst, The University of Massachusetts Press, 1991, p. 120.

[2] Anónimo al Sr. Carl Murphy, 26 de junio de 1943, en P. McGuire, *op. cit.*, pp. 42-44.

[3] F. D. Roosevelt, discurso sobre el estado de la Unión, 6 de enero de 1942, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16253 (1 de agosto de 2010).

[4] F. D. Roosevelt, discurso anual sobre el estado de la Unión, 6 de enero de 1941; y discurso de investidura, 20 de enero de 1941.

[5] D. Thompson, introducción en P. V. D. Stern (ed.), *The Pocket Book of America*, Nueva York, Pocket Books, 1942, pp. v, vii.

[6] E. E. Hale, «The Man Without a Country», en *The Man Without a Country and Other Stories*, Hertfordshire, Wordsworth Editions, 1995, pp. 7-8.

[7] L. Hughes, «My America», *Journal of Educational Sociology* 16, 6 (febrero 1943), pp. 334-336, citas p. 336.

[8] General G. C. Marshall, «Speech to the Graduating Class, United States Military Academy, May 29, 1942», disponible en: http://www.marshallfoundation.org/Database.htm (10 de agosto de 2010).

[9] Soldado citado en P. Fussell, *The Boys' Crusade, American G. I.s in Europe: Chaos and Fear in World War Two*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2004, p. 41.

[10] *New York Times*, 8 de agosto de 1943.

[11] «Defeat at Detroit», *The Nation*, 3 de julio de 1943, p. 4.

[12] H. R. Luce, «The American Century», *Life*, 17 de febrero de 1941, reeditado en M. J. Hogan (ed.), *The Ambiguous Legacy: U.S. Foreign Relations in the 'American Century'*, Cambridge y

Nueva York, Cambridge University Press, 1999, pp. 12, 20, 26.

[13] H. A. Wallace, «The Price of Free World Victory», en R. Lord (ed.), *Democracy Reborn*, Nueva York, Reynal and Hitchcock, 1944, p. 190.

[14] F. D. Roosevelt, «Fireside Chat 36», 5 de junio de 1944, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16514 (20 de agosto de 2010).

[15] H. S. Truman, «Special Message to Congress», 12 de marzo de 1947, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12846&st=&st1= (20 de agosto de 2010).

[16] G. Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* [1944], New Brunswick (NJ), Transaction Publishers, 2003, p. 562.

[17] *To Secure These Rights: The Report of the President's Committee on Civil Rights*, 1947, disponible en: http://www.trumanlibrary.org/civilrights/srights1.htm (22 de agosto de 2010), pp. 80, 82, 87, 139.

[18] *Brown v. Board of Education*, 347 U.S. 483 (1954), disponible en: http://caselaw.lp.findlaw.com/scripts/getcase.pl?court=US&vol=347&invol=483 (22 de agosto de 2010).

[19] D. D. Eisenhower, «Special Message to Congress on the Situation in the Middle East», 5 de enero de 1957, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=11007&st=&st1= (23 de agosto de 2010).

[20] D. D. Eisenhower, «Annual Message to Congress on the State of the Union», 9 de enero de 1958, disponible en: http://www.presidency.ucsb/edu/ws/index.php?pid=11162 (23 de agosto de 2010).

[21] J. F. Kennedy, «First Inaugural Address», 20 de enero de 1960, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=8032 (23 de agosto de 2010).

11
Ejércitos de la noche: contracultura y contrarrevolución

> Estados Unidos: la tierra donde una nueva clase de hombre nació de la idea de que Dios estaba presente en todos no solo como compasión sino también como poder y, de este modo, el país pertenecía al pueblo.
>
> NORMAN MAILER, *Los ejércitos de la noche,* 1968.

Lyndon B. Johnson, súbitamente ascendido al Despacho Oval por el asesinato de Kennedy a finales de 1963, tuvo que lidiar con más cosas que con la popularidad de su predecesor; tenía que estar a la altura de un legado de más de medio siglo de liberalismo. Prácticamente cada presidente anterior a él desde Theodore Roosevelt había ofrecido a la nación un trato o la promesa de un nuevo comienzo: un trato justo *[Square Deal, Fair Deal]*, un nuevo trato *[New Deal]*, una nueva libertad *[New Freedom]* y, en 1960, una nueva frontera *[New Frontier]*, «una frontera de oportunidades y peligros desconocidos, de esperanzas no materializadas y amenazas», en palabras de Kennedy. Posiblemente existía un límite respecto a cuántas veces podía esperar empezar de cero una nación, especialmente una tan nueva como lo eran los Estados Unidos en 1963. Aun así, Johnson tenía un plan propio, uno que incorporaría y condensaría todas las promesas con las que había crecido, que no se basaba en la paliación de la pobreza nacional sino en el potencial para atacar la pobreza individual que ofrecía la prosperidad de la nación en la posguerra y que cumpliría por fin la promesa de los Estados Unidos de América: la «Gran Sociedad».

Pese a no haber salido elegido todavía por méritos propios, Johnson se limitó inicialmente a hacer realidad lo que él presentó como el legado de Kennedy: la aprobación de la Ley de Derechos Civiles (1964) que, en teoría, acababa con la discriminación pública en todos los ámbitos, en bibliotecas, escuelas, restaurantes, hoteles, instalaciones deportivas y empleos de toda la nación. Ante la oposición del Sur a la ley, se creó asimismo la Comisión por la Igualdad de Oportunidades en el Empleo (Equal Employment Opportunity Commission, EEOC) para garantizar la

igualdad de los salarios no solo para los afroamericanos y otros grupos minoritarios, sino también para las mujeres. Con todo, el espíritu del asesinado Kennedy no bastó por sí solo para atemperar la hostilidad de los detractores de una legislación que, en el clima de violencia y agresividad que generaban los derechos civiles, constituía un paso polémico hacia un nacionalismo totalmente cívico para los Estados Unidos. Enfrentado no solo a la oposición racista sino también a la republicana, Johnson sabía, como le dijo al por entonces diputado responsable de la disciplina del Partido Demócrata en el Senado y futuro vicepresidente suyo Hubert Humphrey, que tenía que convertir la Ley de Derechos Civiles en «una propuesta estadounidense y no únicamente demócrata». Sin embargo, una vez aprobada, Johnson temía no haber conseguido su objetivo. Tal como comentó a su entonces asesor, Bill Moyers: «Creo que acabamos de entregarle el Sur al Partido Republicano por una larga temporada»[1].

Es posible que la Ley de Derechos Civiles tuviera esta última consecuencia, pero desde luego no libró al Sur de la violencia. El verano de 1964 fue testigo de más enfrentamientos violentos entre activistas por los derechos civiles y segregacionistas sureños en Misisipi. El catalizador fue la cuestión del derecho al sufragio, lo único que la Ley de Derechos Civiles no había tratado de forma directa. En junio se puso en marcha el Proyecto de Verano de Misisipi (o Verano de la Libertad) en un intento de aumentar el porcentaje de afroamericanos en las listas de votantes. Grupos defensores de los derechos civiles, entre ellos el CORE, la NAACP y el Comité Coordinador Estudiantil No Violento (Student Nonviolent Coordinating Committee, SNCC) organizaron campañas de registro de votantes dirigidas a la población afroamericana de Misisipi. El SNCC ya había llevado a cabo otras anteriormente, en 1961, y entonces sus esfuerzos habían sido rechazados y uno de sus organizadores locales asesinado, motivo por el cual la organización no se hacía ilusiones respecto a los resultados de intentar que se acatase la Decimoquinta Enmienda (el derecho al sufragio) en un estado en el que la oposición al voto negro podía adoptar formas tan extremas. Aun así, difícilmente podrían haber imaginado el nivel de agresión abierta al que se enfrentó la campaña. Los atentados con bombas y las palizas fueron su expresión más suave: unas dos docenas de activistas fueron asesinados por su defensa de los derechos civiles en el Sur en el

periodo entre la elección de Kennedy como presidente y la aprobación de la Ley de Derechos de Sufragio (Voting Rights Act) de 1965.

Sin embargo, los supremacistas blancos hicieron algo más que pasarse de la «raya racial» cuando secuestraron y asesinaron a tres activistas, Michael Schwerner, Andrew Goodman y James Chaney, dos de los cuales (Schwerner y Goodman) eran estudiantes blancos de Nueva York. El gobierno, ante el clamor ciudadano resultante, se vio finalmente persuadido a actuar. En lo que pareció una deprimente repetición de la historia, Johnson, como Ulysses S. Grant casi un siglo antes que él, envió al Sur fuerzas federales, al FBI, pero el hallazgo de los cuerpos de los tres activistas no derivó automáticamente en un juicio por asesinato. Este último es (principalmente) un delito estatal, no federal; ni siquiera el asesinato de un presidente de los Estados Unidos se consideraba, hasta 1965, un delito federal. Y en este caso el Estado decidió no iniciar ningún proceso criminal. De manera que el gobierno federal se vio obligado, como ya había hecho anteriormente en el caso del asesinato de Medgar Evers, a acogerse a una ley del siglo XIX, del periodo de la supuesta Reconstrucción del Sur, para procesar a los acusados de los asesinatos: la Ley de Garantización de Derechos de 1870.

Si bien algunos de los paralelismos entre los Estados Unidos de los siglos XIX y XX resultaban descorazonadores en lo que se refería a la violencia de los blancos contra los negros y los límites legislativos para impedir esta última, otros eran más prometedores: no fue por nada que la década de 1960 acabó por ser conocida como la «Segunda Reconstrucción» de los Estados Unidos. El director del FBI, J. Edgar Hoover, al igual que el jefe del Servicio Secreto de Grant, Hiram B. Whitley, tenía otras preocupaciones que le distrajeron inicialmente de dar prioridad a los derechos civiles. Whitley había estado obsesionado con los inmigrantes de las ciudades, Hoover con el comunismo en el conjunto del país, sin que hubiese mostrado tampoco especial empatía por la difícil situación de los afromericanos, pero ninguno de los dos hacía distinciones de raza o color en lo que respectaba a la lucha contra el crimen. Es cierto que Hoover autorizó pinchazos telefónicos a Martin Luther King Jr., y que el programa de contrainteligencia que dirigía, COINTELPRO, puso en su punto de mira a grupos racistas negros, entre los cuales, se decidió, figuraban no solo la Nación del Islam (Nation of Islam, una organización religiosa y reformista

afroamericana), sino también el SNCC y la SCLC. No obstante, tras los asesinatos de Misisipi, COINTELPRO volvió su atención hacia las organizaciones racistas blancas, entre ellas el Klan, con un éxito considerable.

En el escenario político, las secuelas de la Ley de Derechos Civiles se aglutinaron en torno a la campaña a las elecciones presidenciales de 1964. La Convención Demócrata de Atlantic City (Nueva Jersey) hubo de hacer frente a un desafío del Partido Demócrata por la Libertad de Misisipi (Mississippi Freedom Democratic Party, MFDP). Este último, formado en respuesta a la privación del derecho al voto de los afroamericanos de Misisipi, tenía inscritos unos 60.000 votantes negros y ahora exigía los asientos correspondientes a su estado en la convención. La presión de los medios favorecía al MFDP, dado que estos tenían el foco puesto en la detallada descripción de la activista por los derechos civiles Fannie Lou Hamer de los horrores de crecer en el Misisipi segregado y de la brutalidad policial que había sufrido al intentar registrar allí a votantes negros. Pese a ello, algunos de los delegados blancos amenazaron con abandonar la convención. Esto ya había ocurrido con anterioridad en 1948, a consecuencia de la desegregación de Truman de las fuerzas armadas y, de hecho, daba la impresión de que marcharse airados de las convenciones se había convertido en una especie de tradición entre los blancos del Sur; sea como fuere, no era algo que Johnson pudiera permitirse en 1964.

Puede que este último temiera haber perdido el Sur profundo, pero no quería que los votantes blancos de la zona le retirasen completamente su apoyo. Después de todo, Johnson tenía prioridades: la «Guerra contra la Pobreza», que después se convertiría en el programa de la «Gran Sociedad», a cuya aprobación en el Congreso aspiraba tras las elecciones –suponiendo que las ganase–. Y la violenta reacción blanca a la Ley de Derechos Civiles, contra la imposición de la desegregación en el Sur por parte del gobierno federal, era una poderosa fuerza política en potencia en 1964. En las primarias, al gobernador de Alabama, George Wallace, le había ido sorprendentemente bien; no lo suficiente para poner en duda la candidatura de Johnson, pero sí para dar a entender que el mensaje segregacionista de Wallace contaba con una audiencia receptiva, y no solo en Alabama. Wallace había alcanzado una posición destacada, o notoriedad, a nivel nacional al salir elegido gobernador el año previo, cuando había

declarado, como bien se recuerda, que era partidario de la «segregación hoy, mañana y siempre», una afirmación de la que después se arrepentería, y que posiblemente se debiera más a la conveniencia política que a un sentir arraigado.

En 1964, empero, la conveniencia política para los demócratas requería alguna clase de acuerdo entre los segregacionistas de la línea dura del partido y el MFDP. Dicho acuerdo, la promesa de que la convención de 1968 no presentaría segregación, corría el riesgo de no satisfacer a nadie. Como resultado, la convención demócrata de 1964 representó un momento crucial para el movimiento por los derechos civiles, uno en el que comenzó a abrirse un abismo insalvable entre aquellos que, como Martin Luther King, veían la promesa de una integración futura como una meta por la que trabajar y los que creían que una desegregación demócrata aplazada sencillamente no bastaba. En consecuencia, el periodo posterior a 1964 fue testigo del surgimiento de una nueva militancia, el movimiento del Black Power o «Poder Negro». El concepto del Poder Negro había nacido con el nacionalista radical negro Malcolm X, quien fue asesinado en 1965, pero se popularizó tras la muerte de este gracias al líder del SNCC Stokely Carmichael. El Poder Negro no era una mera posición política; era un cambio cultural rotundo entre aquellos que, como Carmichael, veían cada vez más la integración como algo «irrelevante» y que no querían que les prometieran un cambio futuro, sino la «¡Libertad Hoy!».

Los republicanos también llevaban la libertad en su agenda política del año 1964: libertad frente la interferencia federal y el comunismo. El partido propuso como candidato a Barry Goldwater, quien defendía fundamentalmente un programa conservador que giraba en torno a un empequeñecimiento del «Gran Gobierno» e incluía detener el avance de las fuerzas comunistas en China y una reducción de los programas de asistencia social en los Estados Unidos. Su mensaje conservador sobre los «derechos de los estados», llegadas las elecciones, obtuvo buenos resultados en el Sur Profundo (Alabama, Georgia, Misisipi, Luisiana y Carolina del Sur), pero prácticamente en ningún otro sitio a excepción de su estado natal de Arizona. Puede que el apoyo del Klan a Goldwater (figura 11.1) fuese una confirmación de que la Ley de Derechos Civiles había entregado el Sur a los republicanos, pero en términos generales, los resultados electorales dejaron claro que el Sur Profundo vivía en un mundo distinto al del resto de

la nación, y el Klan simplemente en el pasado. Los demócratas trataron de insinuar que el propio Goldwater estaba desconectado, no de la nación sino de la cordura. En respuesta al nada estimulante eslogan republicano «Sabes de corazón que tiene razón», los demócratas contraatacaron con otro con bastante más garra: «Tienes muy claro que está chalado». Naturalmente, Goldwater no era ni mucho menos un chalado; su mensaje político no logró conectar con los votantes en 1964, pero se convirtió en una referencia para un futuro resurgimiento del conservadurismo, cosa que no ocurriría con el Sur Profundo segregacionista.



Figura 11.1. Miembros y oponentes del Ku Klux Klan se enfrentan en una manifestación de la organización en apoyo a la candidatura de Barry Goldwater durante la Convención Nacional Republicana de San Francisco de julio de 1964 (foto de Warren K. Leffler). Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-03195).

La campaña de 1964 resultó memorable también por otros motivos, no solo por sus eslóganes sino también por la emisión –solo una vez de manera oficial, pero en un gran número de canales a partir de ese momento– del polémico «anuncio de la margarita» demócrata, ideado en respuesta a la

negativa de Goldwater de descartar, categóricamente, el uso futuro de armas nucleares. Dicho anuncio de 60 segundos mostraba a una niña que contaba hasta 10 mientras le quitaba los pétalos a una flor; al quitar el último de ellos, una voz masculina comenzaba una cuenta atrás para una detonación, al tiempo que la cámara hacía un *zoom* continuo sobre la niña, su cara vuelta hacia el cielo, su ojo y su pupila, donde finalmente se reflejaba una explosión nuclear. «Vote al presidente Johnson el 3 de noviembre –entonaba la sonora voz en *off*–. Hay demasiado en juego como para que se quede en casa»[2]. Tras recibir ataques por insinuar que Goldwater, de salir elegido, podía instigar una guerra nuclear, el anuncio fue retirado de inmediato; no obstante, sacó partido del miedo residual al apocalipsis nuclear que invadía el país y el mundo en los años sesenta y que sigue presente desde entonces, aunque en menor grado. El «anuncio de la margarita», de hecho, ha resultado ser un arma política duradera que ha sido utilizada y adaptada varias veces desde su encarnación inicial en 1964, en particular en la campaña republicana de 1996, año en el que las drogas sustituían a la guerra nuclear como amenaza para la niña.

Por muy impactante que fuese, el mérito de la aplastante victoria de Johnson en las elecciones de 1964 no puede atribuirse solo a un anuncio. Tras haber ganado de forma tan contundente, con algo más del 61 por 100 de los votos, Johnson disponía por fin de autorización del electorado para poner en marcha su propio programa legislativo, y los activistas por los derechos civiles contaban con la promesa de que las futuras convenciones demócratas, al menos, no segregarían a nadie; pero ni siquiera Martin Luther King quería esperar tanto. Nada más terminar las elecciones, decidió aprovechar el impulso que estas habían proporcionado para hacer presión a favor de una ampliación del derecho al voto en Alabama, para plantar cara frontalmente a la afirmación de Wallace de que en ese estado siempre habría segregación. La marcha de Selma a Montgomery que King organizó en marzo de 1965 para dar publicidad a la campaña ofreció una oportunidad más para que las cámaras de televisión captaran a agentes de policía sureños golpeando y lanzando gas lacrimógeno a activistas por los derechos civiles mientras estos intentaban cruzar el puente Edmund Pettus. Para activistas negros como Carmichael, una marcha así suponía realmente ir demasiado lejos, pero el consenso entre las diversas organizaciones pro

derechos civiles en cuanto al mejor modo de actuación se encontraba comprometido por los programas de estas, cada vez más dispares.

Cuando al año siguiente James Meredith, tras su paso por la Universidad de Misisipi, una experiencia bastante dura para él, propuso una «marcha contra el miedo» para animar a los afroamericanos del Sur a que aprovecharan su reciente concesión del derecho al voto para inscribirse como votantes a tiempo de participar en las elecciones legislativas de noviembre, pocos grupos pro derechos civiles se mostraron interesados. Sin amilanarse, Meredith inició la marcha de todos modos con dos compañeros; tras llevar recorridos apenas 16 kilómetros, un extremista blanco le disparó (no de forma mortal, por suerte). Esto al menos sirvió para llamar la atención sobre su protesta, que fue recogida por el CORE y el SNCC para convertirse en la más militante «Marcha Meredith», simbólica en sí misma de un alejamiento desde la resistencia pasiva a la supremacía blanca hacia la postura excluyente y más agresiva que representaba el Poder Negro. Lo irónico era que a la vez que los activistas radicales por los derechos civiles le daban la espalda al liberalismo blanco, a la fe en la eficacia del gobierno federal en lo relativo a la garantización de la igualdad, ese gobierno se encontraba por fin preparado para al menos tratar de cumplir lo que Johnson denominaba «la Promesa Estadounidense».

La respuesta del presidente a los sucesos de Selma había sido rápida. En un discurso retransmitido a todo el país, habló de la entrega a y la defensa de «la dignidad del hombre y el destino de la democracia» por parte de los Estados Unidos, y conectó los acontecimientos de Selma con los de Lexington y Concord (cuando estalló la Guerra de Independencia) y los de Appomattox (cuando terminó la Guerra de Secesión); todos ellos, aseguró, representaban momentos decisivos «en la eterna búsqueda de libertad del hombre». Evocando el discurso de King de 1963, Johnson recordó al Congreso: «Ha pasado un siglo, más de cien años, desde que se prometió la igualdad. Y el negro todavía no es igual». «No hay motivos para el orgullo en lo que ha ocurrido en Selma –declaró Johnson–. No hay motivos para la satisfacción en la negación durante tan largo tiempo de la igualdad de derechos a millones de norteamericanos. Pero sí hay motivos para la esperanza»[3], afirmó.

Con la aprobación de la Ley de Derechos de Sufragio (1965) y de la Vigesimocuarta Enmienda, que abolía los impuestos al sufragio que

limitaban los mencionados derechos, los Estados Unidos completaron un ciclo de reformas de los derechos civiles que había comenzado en 1954 con *Brown contra la Junta de Educación*. No obstante, los derechos civiles en cuestión nunca se habían circunscrito únicamente a la lucha por la libertad de los afroamericanos en el Sur. Cuando Johnson asumió el poder, la nación, impulsada en gran medida por la presidencia de Earl Warren del Tribunal Supremo (1953-1969), ya se encontraba en medio de un proceso de reinterpretación de su constitución en el marco del credo estadounidense, definido de un modo amplio, en lo que se refería a la evolución de las circunstancias en el siglo XX y del significado de ciudadanía. Los resultados habían sido denominados por algunos como la «revolución de los derechos», y buena parte del impulso de esta última provenía del New Deal, el segundo periodo en la historia de los Estados Unidos, tras las enmiendas a la Constitución de la Reconstrucción decimonónica, en que la relación entre el gobierno federal y el pueblo dio un giro hacia la idea de que el primero protegiese los derechos individuales y colectivos y ampliara las libertades.

El más evidente de estos nuevos derechos tenía que ver no solo con la igualdad racial y el sufragio, sino con la aplicación de la ley; algo en absoluto baladí dado el gran número de activistas por los derechos civiles blancos y negros que estaban siendo encarcelados en el Sur en este periodo. Hubo cuatro casos concretamente dirigidos a tratar el problema de la desigualdad ante la ley: *Mapp contra Ohio* (1961), *Gideon contra Wainwright* (1963), *Escobedo contra Illinois* (1964) y *Miranda contra Arizona* (1966). Cada uno de ellos involucraba la detención de un individuo en circunstancias que el tribunal consideró injustas en algún aspecto. *Mapp* estableció que la acusación debía basarse en pruebas razonables obtenidas dentro de los límites marcados por la Cuarta Enmienda sobre el registro y la incautación; *Gideon* no dispuso de un abogado, al ser incapaz de permitirse uno, y la resolución fue que en tales casos el Estado debía proporcionarlo; y *Escobedo* y *Miranda* fueron los casos donde el tribunal fue más lejos. Decretó no solo que debía haber un abogado presente durante los interrogatorios, sino también que el sospechoso debía ser informado de sus derechos constitucionales; de ahí viene el término *Miranda warning* [«aviso Miranda»: la recitación al sospechoso de sus derechos al ser detenido]. Estos fueron casos históricos para los derechos de los ciudadanos, pero no

sirvieron de mucho en su época para convencer a algunos norteamericanos, y especialmente a algunos afroamericanos, de que la discriminación en todas sus formas –racial, sexual o judicial– estaba desapareciendo o podía ser erradicada por la fuerza.

El hecho de que en el extremo contrario del país la situación apenas fuese mejor que en Selma impulsaba el ascenso del radicalismo negro. En el verano de 1965 se desataron unos disturbios raciales en la zona predominantemente afroamericana de Watts, en Los Angeles. De nuevo se envió a la Guardia Nacional para que interviniera, y de nuevo las audiencias televisivas se vieron enfrentadas a imágenes de violencia que desgarraban su nación. La revista *Life* destacó posteriormente los disturbios de Watts como un «suceso que marcaba un antes y un después» en la década de los sesenta, un estallido de violencia que «desgarró el tejido de la sociedad democrática y marcó la pauta de confrontación y revueltas tan típica de nuestra presente situación»[4].

Aun así, la revuelta de Watts marcó un antes y un después solo en el sentido de que la confrontación y las revueltas se trasladaron fuera del Sur; a partir de 1965, el malestar urbano afectó a muchas ciudades del norte, especialmente a Newark (Nueva Jersey) y Detroit (Michigan). En ese sentido, se había pasado del consenso respecto al significado del credo estadounidense y su conexión con la ciudadanía del país a un desencanto con la sociedad democrática más generalizado que el existente antes de las elecciones de 1964. La explicación de esto suele situarse en la creciente implicación de Estados Unidos en el sudeste asiático durante este periodo, pero ver la década de los sesenta como un único bloque desde la perspectiva de la Guerra de Vietnam tiene tantas posibilidades de inducir a error como de aportar información. Lo que acabó por conocerse como el «síndrome de Vietnam», una expresión alusiva a la reluctancia norteamericana a comprometerse a intervenir en el extranjero y a hacer frente al persistente desafío comunista de 1975 en adelante, resulta igualmente aplicable a la aún temprana –históricamente hablando– evaluación del impacto político, cultural y militar del mencionado conflicto. Que tuvo un impacto, desde luego, es algo incuestionable.

Uno de los asuntos que Kennedy legó a su sucesor, y no el menos importante de ellos, fue la guerra en Vietnam, una que él había heredado a su vez de las doctrinas de Truman y Eisenhower sobre la contención y el

compromiso a ayudar a otras naciones en la lucha contra el comunismo que habían surgido de la Segunda Guerra Mundial y se habían afinado en el contexto de la Guerra Fría que vino a continuación. A esto se sumaba el hecho de que, si bien Estados Unidos no había sufrido la devastación material de las naciones europeas en la Segunda Guerra Mundial, la tecnología armamentística en general, y la amenaza nuclear en concreto, la volvía de todos modos vulnerable al peligro de una destrucción futura. La respuesta del país fue reforzar el estado de seguridad nacional –y de paso su propio complejo industrial-militar– tanto con las burocracias que lo controlaban y dirigían –el Departamento de Defensa, la CIA y el Consejo de Seguridad Nacional (National Security Council, NSC)– como mejorando las áreas de defensa civil, inteligencia, contrainteligencia e investigación y desarrollo militar.

Desde la perspectiva de la defensa, los Estados Unidos se encontraban en una situación peliaguda tras la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, con el comunismo, creían enfrentarse a un enemigo que, en palabras de Eisenhower, era «global en su alcance, ateo en su carácter, implacable en sus propósitos e insidioso en sus métodos». Además, la amenaza que representaba prometía «tener una duración indefinida». Por otro lado, el peligro de convertirse en algo demasiado parecido a aquello que más temían suponía también un riesgo real. Tal como Eisenhower señaló en su discurso de despedida a la nación en 1961, la «conjunción de un inmenso sistema militar y una industria armamentística es una experiencia nueva para los Estados Unidos», algo que, pese a ser necesario, tenía «serias implicaciones». El gobierno norteamericano, advirtió, «debe impedir que el complejo militar-industrial adquiera una influencia injustificada, ya sea de forma deliberada o no. [...] Solo una ciudadanía alerta e informada puede imponer el correcto engranaje de la enorme maquinaria de defensa industrial y militar con nuestros métodos y objetivos pacíficos de tal modo que la seguridad y la libertad prosperen juntas»[5].

En lo que se refiere a discursos de despedida, este puede verse como una especie de acertijo. A efectos prácticos, aconsejaba a los norteamericanos que desarrollaran las capacidades defensivas de la nación y, al mismo tiempo, que se defendieran de ellas. Esto era algo, no obstante, completamente en línea con la tradición del país. Después de todo, en 1796, George Washington había advertido a sus compatriotas no solo del peligro

que conllevaba meterse en enredos internacionales sino también del que representaba la disensión interna. A comienzos de la década de 1960, el país ya no podía mantenerse aislado de los asuntos internacionales, pero la amenaza de que fuera debilitado desde dentro, ya fuese por fuerzas antitéticas al credo estadounidense como el comunismo o por aquellos dedicados con excesivo rigor a su protección y a través de esta a su engrandecimiento, seguía constituyendo un riesgo. De hecho, el complejo militar-industrial, después de Vietnam, se convirtió realmente en una especie de fantasma siniestro por derecho propio. Mas ese era el problema con la Guerra Fría: se alimentaba del miedo, miedo a una amenaza insidiosa e «indefinida», una localizada en la Unión Soviética solo hasta cierto punto, y el miedo alimentaba a su vez la fe de que los Estados Unidos podían –debían, en realidad– ganar una guerra entablada, al menos en parte, no contra un enemigo tangible sino en defensa de una identidad nacional basada en, y definida a través de, el conflicto.

Naturalmente, los Estados Unidos no libraron la Guerra Fría ellos solos, y al menos parte del peligro distaba mucho de ser imaginario. No obstante, en el caso de Vietnam, aunque se consideraba que la amenaza venía dada por el comunismo, la credibilidad militar de los Estados Unidos pasó muy pronto a ser el principal objeto de debate. La decisión de ayudar a los franceses en su batalla por mantener el control de Indochina se tomó (en 1950) principalmente en el marco de la contención, o de lo que pasó a llamarse la «teoría del dominó», el miedo a que la «pérdida» de una nación ante el comunismo asegurara la pronta caída de muchas más por toda Asia y Oriente Medio. Con todo, no fue una decisión que los Estados Unidos tomasen sin ayuda. De hecho, estos no estaban convencidos en un principio de que el dominio colonial francés en Indochina fuese algo deseable en el escenario salido de la Segunda Guerra Mundial, pero los intereses tanto franceses como ingleses pasaban por mantener el estatus de Francia como potencia global –algo que, sin el apoyo de Estados Unidos, no era muy probable–. La cautela estadounidense respecto a la cuestión no se relajó más que paulatinamente. Pero para cuando Eisenhower le cedió el poder a Kennedy, el país ya estaba financiando y «asesorando» (con armas) al gobierno proestadounidense encabezado por Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur contra la invasión del «Viet Cong» norvietnamita.

El éxito de la contrainsurgencia norteamericana en Vietnam era algo que Kennedy deseaba en parte para evitar una acusación similar a la que Truman había recibido de sus oponentes republicanos –que había «perdido» China frente al comunismo en 1949– y que se veía frenado en gran medida por el hecho de que el presidente no estaba dispuesto a comprometer a las fuerzas norteamericanas con un conflicto de orígenes bastante complejos y que no parecía ofrecer un final claro. El asesor de Kennedy, el general Maxwell Taylor, fue enviado a evaluar la situación en el otoño de 1961. La opinión de este fue que sin el apoyo de tropas de tierra norteamericanas, Vietnam del Sur no podría resistir frente al Norte, pero Kennedy tenía dudas. «Las tropas entrarán marchando en el país, la multitud las aclamará y en cuatro días todo el mundo se habrá olvidado –comentó Kennedy al historiador Arthur M. Schlesinger–. Entonces nos dirán que tenemos que enviar más fuerzas de combate. Es como tomar una copa, el efecto se pasa y has de tomarte otra»[6]. Aun así, mandaron las tropas, a las que pronto siguieron más, como Kennedy había temido: de unos 900 soldados a finales de 1961 a más de 11.000 un año más tarde, y más de medio millón en 1968. Enseguida se hizo evidente que el coste de la dedicación estadounidense a la contención del comunismo en Vietnam del Sur era y sería elevado. «Para finales de 1965 –recordaba la revista *Life*– Vietnam se había convertido en una guerra de verdad, y en una cruz nacional» (figura 11.2).



Figura 11.2. El secretario de Defensa Robert McNamara habla sobre un mapa de Vietnam en una rueda de prensa en abril de 1965 (foto de Marion S. Trikosko, 26 de abril de 1965). Un mes antes se habían producido ataques norteamericanos sobre Vietnam del Norte y el despegue en serio de su defensa de Vietnam del Sur con tres operaciones militares principales: Rolling Thunder, Flaming Dart y Arc Light. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-USZ62-134155).

Mientras Johnson hacía campaña en los meses previos a las elecciones de 1964, la guerra se encontraba ya en plena escalada. En agosto, un incidente en el golfo de Tonkin en el que unos barcos norvietnamitas posiblemente abrieron fuego sobre un buque norteamericano permitieron a Johnson afirmar que se había producido un acto de agresión contra los Estados Unidos. En respuesta, el Congreso aprobó la Resolución del golfo de Tonkin, la cual no era una declaración de guerra oficial, pero bien podría haberlo sido, dado que permitía la toma de «todas las medidas que fuesen necesarias» contra Vietnam del Norte. En marzo del año siguiente, unos bombarderos estadounidenses atacaron el Norte en la Operación Rolling Thunder, y en cuestión de días los marines llegaron al Sur. Solo una semana después, Johnson se presentó en el Congreso para recordarle a este la

«Promesa Estadounidense»: «Este es el país más rico y poderoso que jamás ha ocupado el globo. El poder de los imperios del pasado es ínfimo en comparación con el nuestro. Pero no quiero ser el presidente –concluyó Johnson– que construyó imperios, o buscó la grandeza, o extendió su dominio [...] Quiero ser el presidente que ayudó a acabar con el odio entre sus compatriotas y que fomentó el amor entre las personas de todas las razas, regiones y grupos. Quiero ser el presidente que ayudó a acabar con la guerra entre los hermanos de esta tierra».

La generación atormentada

Se dice que si uno recuerda los años sesenta es que entonces probablemente no los vivió: una ocurrencia que es más acertada de lo que parece. No fue solo el poderío militar de Estados Unidos el que salió apaleado de Vietnam, también su imperativo moral, algo reflejado en parte por la persistente visión popular de la época como una dominada por manifestaciones en contra de la guerra. Cuando, en 1969, la revista *Life* presentó su repaso general de una década que eligió calificar como una de «Tumulto y cambio», lo hizo no solo en el contexto de la guerra todavía en curso en Vietnam, sino en el marco más específico del asesinato, el año previo, de Martin Luther King Jr. y, solo dos meses después, de Robert Kennedy, hermano de John F. Kennedy y, en el momento de su muerte, el candidato demócrata a la presidencia en las elecciones de ese año. Esta conjunción de sucesos conmocionó a la nación tanto como el asesinato del presidente casi cinco años antes, posiblemente incluso más. No obstante, en común con muchas otras reflexiones en los medios sobre este periodo de la historia de Estados Unidos, *Life* no ofrecía mucha información sobre las «tremendas fuerzas y cambios» a los que estaba sometida la nación. Tras haber vivido una burbuja de idealismo que a punto estuvo de reventar en su propia época, apenas sorprende que la década de los sesenta, vista a posteriori, no diese impresión de haber estado a la altura de los ideales con los que se la identifica.

Ciertamente, ni el idealismo de los sesenta ni la desilusión que vino a continuación podrían haber sido tan intensos sin el desafío que representó la Guerra de Vietnam. Lo considerado radical, entonces y a partir de entonces,

dependía en gran medida de fuerzas contrarias que no surgieron de la guerra sino que se vieron intensificadas por ella y por el marco cultural general del mundo occidental en aquel momento. La banda sonora tanto de la elección como presidente de Johnson en 1964 como de la escalada de la guerra en 1965 la proporcionaron bandas que parecían encarnar la juventud rebelde (si bien también astuta en los negocios): tanto los Beatles como los Rolling Stones llevaron a cabo sus primeras giras por los Estados Unidos en 1964, y la histeria que provocó su aparición pareció marcar la pauta para una generación proclive a tales arrebatos en cuestiones tanto musicales como morales. «Los tiempos están cambiando», le dijo Bob Dylan a la nación ese mismo año, y sus letras planteaban un salto generacional que desde entonces ha acabado por definir la década. En vista de cómo aconsejaba a los «padres y madres de todos los rincones del país» que no criticaran lo que no eran capaces de «entender», seguramente no fuesen pocos entre ellos los que consideraran tirar el álbum y el tocadiscos por la ventana.

La generación de la Guerra de Vietnam ha acabado por ser llamada la «generación atormentada». Cómo encajó esa idea la generación que vio con sus propios ojos los resultados de la «Solución Final» o que luchó en Corea puede ser fácil de imaginar, especialmente teniendo en cuenta que en los primeros años del conflicto de Vietnam fueron los jóvenes de Norteamérica, y no sus padres, los que apoyaron de manera más decidida la guerra. Dado que solo un 0,1 por 100 del conjunto de la población se oponía públicamente a la guerra en sus primeras etapas, la hostilidad a la intervención militar en Vietnam era, inicialmente, una postura minoritaria. En este sentido, el movimiento antibelicista guarda similitudes con el abolicionista del siglo XIX. Ambos eran movimientos con un escaso seguimiento e impulsados por un imperativo moral que pasaron a ser multitudinarios cuando cambió el contexto político, cultural y militar. Para la generación de la Guerra de Secesión, el cambio había sido hacia una guerra que comenzó como «un renacimiento de la libertad». Para la generación de Vietnam, el cambio los había llevado más cerca de esa libertad prometida un siglo antes, y más lejos de la guerra.

Sin embargo, en 1964, pocos norteamericanos cuestionaban el poderío militar o la autoridad moral de su nación. De hecho, incluso en otoño del año siguiente, unos 20.000 tomaron parte en una marcha a favor de la guerra en Nueva York, lo cual no era nada atípico –salvo si consideramos la

historia norteamericana desde una perspectiva general–. La intervención en Vietnam, en un primer momento, consiguió un mayor consenso del pueblo norteamericano que prácticamente cualquier conflicto anterior, a excepción de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Secesión. Washington tuvo siempre muchos problemas para atraer, y retener, soldados para el Ejército Continental; un 64 por 100 aproximadamente de los estadounidenses manifestó preocupación por la participación del país en la Primera Guerra Mundial; y en torno a un 62 por 100 hizo otro tanto respecto a la guerra en Corea. En cambio, cerca de un 85 por 100 de los estadounidenses apoyaban la intervención de los EEUU en Vietnam en 1964, y cinco años después dicho porcentaje rondaba aún el 65 por 100[7].

Ni el descontento urbano ni el *rock-and-roll* parecieron traducirse en una desviación acusada de la fe en los Estados Unidos a principios de los sesenta. Con la atención centrada en el ambicioso plan de Johnson para erradicar la pobreza, daba la impresión de que la promesa de la nación estaba a punto de cumplirse. Incluso los más cínicos respecto a lo mucho que quedaba por hacer en lo que respectaba a los derechos civiles difícilmente podrían haber planteado objeciones al juicio de Johnson de que los Estados Unidos eran no solo la nación más rica de la tierra sino también la «más poderosa». Y gran parte de ese poder provenía de sus fuerzas armadas, del poder militar que podían desplegar en guerra, y del poder económico que la victoria traía a la nación.

En 1964, menos de dos décadas después del fin de la Segunda Guerra Mundial, y en el marco de su impacto económico, ganar la guerra contra la pobreza parecía igualmente posible. El programa de la «Gran Sociedad», expuesto con el lenguaje en torno a la libertad procedente del New Deal –libertad de vivir sin penuria, sin desigualdades–, comprendía una serie de iniciativas laborales, educativas, medioambientales y sanitarias que quizá tuviesen su origen en el pasado reformista pero que aun así iban dirigidas a atender en gran medida preocupaciones específicas de su tiempo. Se ofrecieron programas de empleo bajo los auspicios de la Ley de Oportunidades Económicas (Economic Opportunity Act, 1964); la Ley de Educación Superior (Higher Education Act, 1965) reforzó iniciativas de desarrollo como, particularmente, Head Start, un programa educativo preescolar para niños; y los programas Medicare y Medicaid, destinados a garantizar que los ancianos y los pobres, respectivamente, tuvieran acceso a

seguros médicos, proporcionaron asistencia sanitaria. Incluso hubo una versión nacional del Cuerpo de Paz (Peace Corps) internacional de Kennedy, los Voluntarios al Servicio de Estados Unidos (Volunteers in Service to America, VISTA), además de diversas medidas dirigidas a proteger y mejorar el medio ambiente, ya fuese la demolición de viviendas insalubres en barrios deprimidos del centro de las ciudades o la creación de leyes que aseguraran la limpieza de ríos y canales fluviales en el campo.

Al mismo tiempo, y en el marco de estas iniciativas, las viejas certezas comenzaron asimismo a derrumbarse. Quizá de manera inevitable, el impulso hacia el cambio económico y social a nivel federal acrecentó el impulso reformador a pie de calle en vez de restarle voz. Individualmente, cada programa de reformas, ya estuviese centrado en el sexo, la raza, la sexualidad, el medio ambiente o la política nacional o exterior, tuvo un impacto potencial en su propio campo, pero los años sesenta presenciaron una confluencia de proyectos que en otro momento podrían haber entrado en conflicto, o al menos competido unos con otros, proyectos que mantenían una cierta relación dentro de lo que se dio en llamar la «contracultura». Esta distaba mucho de ser un movimiento cohesionado; de hecho, algunos de sus elementos estaban muy alejados entre sí, esto es innegable, pero sí que planteaba un desafío continuo y en diversos frentes no solo al credo estadounidense, sino también a las deficiencias en su implementación. También la contracultura tenía como objetivo la creación de una «Gran Sociedad», aunque no fuese exactamente la que Johnson tenía en mente.

No todos aquellos metidos en la contracultura tenían por qué verlo así en aquel momento, pero sí lo hacían algunos. El ascenso de la nueva izquierda y organizaciones como Estudiantes por una Sociedad Democrática (Students for a Democratic Society, SDS) transmitían un mensaje político serio, uno basado en gran medida en la tradición norteamericana, en la eterna cuestión de qué significaba ser un ciudadano de los Estados Unidos, de qué representaba la nación. SDS se sentía impulsada a desafiar lo que consideraba los «mitos reinantes» en su época por medio de una combinación de protestas a favor de los derechos civiles y en contra de la Guerra Fría. Identificaba el «declive de la utopía y la esperanza» como uno de «los rasgos característicos de la vida social» en la década de los sesenta, y buscaba instaurar lo que denominaba «una democracia de participación

individual» en la que «el poder con origen en las posesiones, los privilegios o las circunstancias» se viese reemplazado «por un poder nacido del amor, la reflexión, la razón y la creatividad». En resumen, la SDS promulgaba una visión suficientemente poderosa como para atraer a las personas con elevados valores morales y lo bastante imprecisa como para resultar aplicable a todo el mundo. «Una nueva izquierda debe estar formada por jóvenes»[8], declaró el SDS, de forma poco sorprendente, pues se trataba de una organización estudiantil. Era de suponer que su fuerza se redujera a medida que esos «jóvenes» fueran envejeciendo; pero para demasiados norteamericanos de la década de los sesenta, envejecer no fue una opción.

En 1965, murieron en Vietnam casi 1.500 norteamericanos. Para 1966, esa cifra había aumentado hasta más de 5.000; para 1967, era de 9.000. Aun así, la encuesta Harris de julio de ese año mostró que el 72 por 100 de los estadounidenses todavía apoyaba la guerra. En octubre, ese porcentaje había caído al 58 por 100, pero para Navidad había vuelto a crecer con un 60 por 100 aproximadamente a favor de intensificar la ofensiva. Claramente, cualquier relación causal que pudiera haber existido entre el número de bajas y la condena pública de la guerra era fruto de una confusión. A este respecto, 1967 fue un buen ejemplo de ello.

El año 1967 fue aquel en el que la revista *Time* identificó –o clasificó– al *hippie*. Todo había comenzado con una multitudinaria celebración contracultural, el «Human Be-In» en el Golden Gate Park de San Francisco, que se vio seguida por la «Summer of Love», la cual se concentró en el distrito Haight-Ashbury de la ciudad. En otras ciudades, en particular Boston, Detroit y Newark, el amor escaseaba bastante, y la Guardia Nacional hubo de sofocar algunos disturbios raciales (figura 11.3) que llevaron a *Newsweek* a cambiarle el nombre al «Verano del Amor» por el de «Verano del Descontento». En octubre se organizó la «Semana por el Fin del Servicio Militar Obligatorio», que fue seguida por una marcha al Pentágono en contra de la guerra que sirvió de inspiración al escritor y periodista Norman Mailer para su obra *Los ejércitos de la noche* (1968), en la que reflexionaba sobre literatura, historia y él mismo; pero nuevamente el impacto de la manifestación resultó quizá desproporcionado en relación con su imagen en los medios: a finales de ese año, un 70 por 100 de los norteamericanos desaprobaba públicamente las manifestaciones antibélicas, al menos en la encuesta Harris.

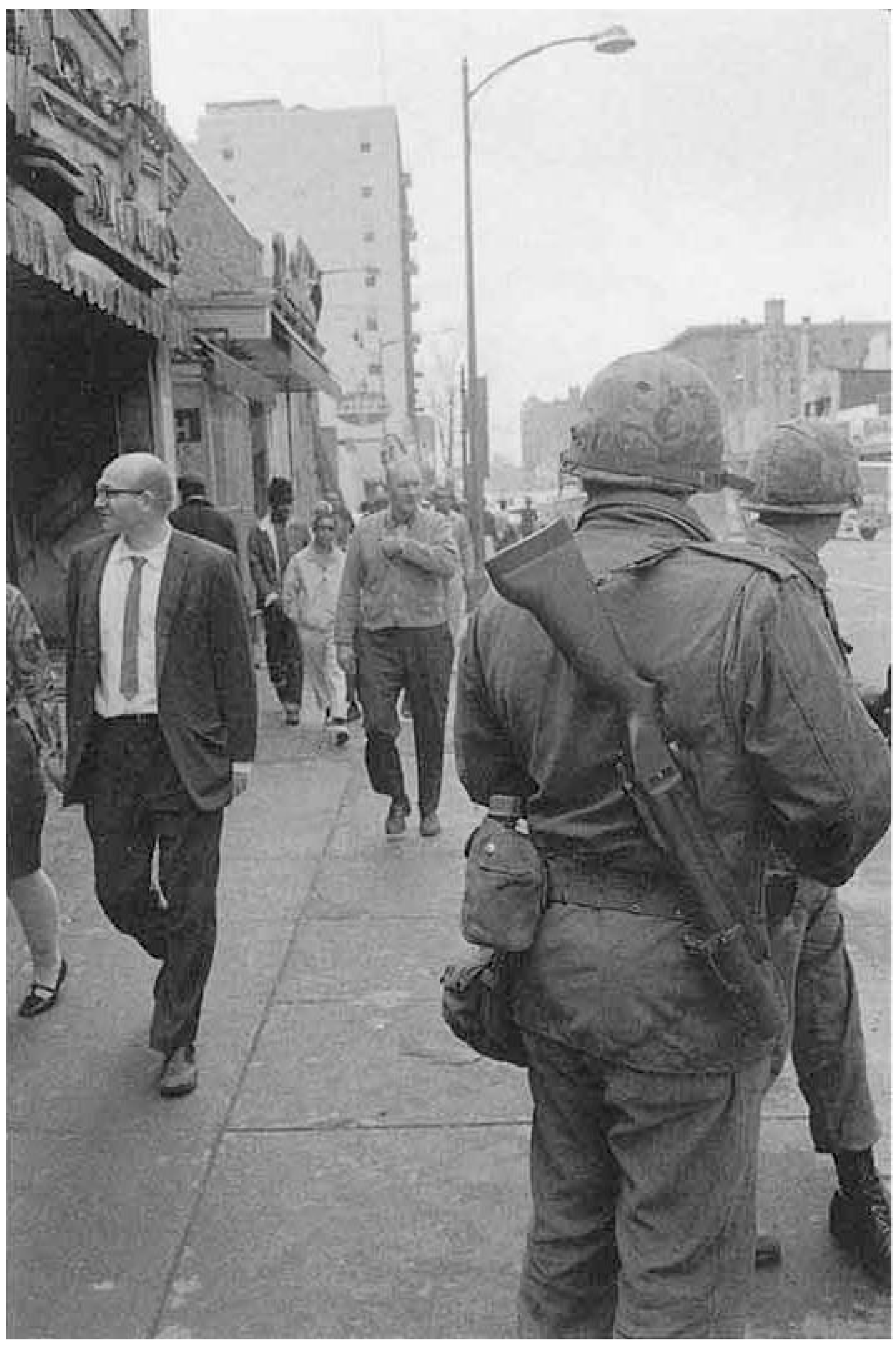


Figura 11.3. Las consecuencias de los disturbios en Washington DC de 1968 (foto de Warren K. Leffler, 8 de abril de 1968). La Guardia Nacional de Washington patrullaba las calles de la capital tras cinco días de disturbios raciales causados por el asesinato, el 4 de abril, de Martin Luther King

Jr., disturbios que se desataron asimismo en otras ciudades de toda la nación como respuesta directa al mencionado asesinato. No obstante, para 1968, muchas de ellas se habían acostumbrado ya a la visión de fuerzas armadas en sus calles, especialmente tras el «Verano del Descontento» del año anterior, el cual había propiciado la creación en 1967 de la Comisión Asesora Nacional sobre Desórdenes Civiles (la Comisión Kerner). Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-19734).

Horrorizado por los disturbios en las ciudades, Johnson creó una comisión al mando del gobernador de Illinois, Otto Kerner, para estudiar las causas del malestar en los barrios céntricos pobres. El informe Kerner, publicado al año siguiente, llegó a algunas conclusiones preocupantes, una de las cuales era que el país se encontraba «en un proceso de separación en dos sociedades, una negra y otra blanca, separadas y desiguales». «La discriminación y la segregación llevan mucho tiempo presentes en la vida norteamericana», señalaba, y «ahora amenazan el futuro de todos los ciudadanos. [...] Proseguir por el camino actual supondrá continuar con la polarización de la comunidad nacional –sostenía– y, a la larga, la destrucción de los valores democráticos fundamentales». La causa inmediata de muchos de los disturbios, descubrió el infome, era la violencia afroamericana, no contra la ciudadanía blanca, sino «contra los símbolos locales de la sociedad blanca estadounidense», y lo que los inducía era entre otras cosas una combinación de tácticas policiales, desempleo e «insuficiencias» de los programas federales de empleo, educación y asistencia social. «Lo que los norteamericanos blancos nunca han entendido pero los negros tienen siempre presente –concluía– es que la sociedad blanca se halla profundamente implicada en el gueto. Las instituciones blancas lo crearon y lo mantienen, y la sociedad blanca aprueba su existencia»[9].

Para Johnson, quien cada vez se veía más acosado por los problemas, este aleccionador informe difícilmente apuntaba hacia el éxito de su programa de la «Gran Sociedad», el cual ya se encontraba comprometido por la situación militar en el extranjero. El año en que apareció el informe Kerner –un año de elecciones– empezó mal para las fuerzas norteamericanas en Vietnam. La ofensiva del Tet, lanzada en enero, vio cómo las fuerzas norvietnamitas (el Vietcong) entraban en el terreno de la embajada de los Estados Unidos en Saigón al tiempo que sitiaban la base

aérea estadounidense de Khe Sanh, cerca de Laos, acontecimientos todos ellos que la población norteamericana pudo seguir gracias a una amplia cobertura televisiva y mediática. Los niveles de bajas estadounidenses eran más altos que nunca, y los sondeos de opinión parecían indicar que Johnson estaba perdiendo el apoyo de su pueblo. El de su partido lo había perdido ya, desde luego. Por primera vez desde 1912, los demócratas llevaron a cabo un desafío interno –dos, a decir verdad– personificado por las figuras del senador por Minnesota Eugene McCarthy y Robert Kennedy. Johnson dejó que se enfrentaran entre ellos por la candidatura. A finales de marzo, anunció: «No buscaré, ni aceptaré, presentarme como candidato de mi partido a la presidencia para un nuevo mandato». Solo unos días más tarde, Martin Luther King Jr. era asesinado en Memphis (Tennessee).

Empero, ni los asesinatos de King o Robert Kennedy ni la división demócrata ni la persistente brecha racial, agravada por una guerra en la que un número desproporcionado (en relación con los porcentajes demográficos) de soldados de primera línea eran negros, provocaron suficientes grietas como para resquebrajar la política exterior norteamericana, para acabar con el apoyo de la ciudadanía a la Guerra de Vietnam. Había protestas, pero no continuadas ni por supuesto siempre de la magnitud de la marcha al Pentágono de 1967. Cuando el icono de la canción Eartha Kitt mostró la suficiente indiscreción –o indignación– como para criticar la política exterior de la administración federal en un almuerzo en la Casa Blanca, su acción le granjeó en igual medida el apoyo y la censura del público (figura 11.4). La oposición a la guerra de la actriz Jane Fonda le valió una hostilidad similar, antes incluso de que posara sobre una batería antiaérea norvietnamita en Hanói en 1972. Claramente, hasta en las postrimerías del conflicto, muchos norteamericanos no iban a tolerar que nadie criticase la actuación de su país en Vietnam. Y aun así, una vez acabada la guerra, la autocrítica parecía ser prácticamente lo único que afloraba.



Figura 11.4. Una protesta antibélica frente a la Casa Blanca tras las críticas de la cantante Eartha Kitt a la Guerra de Vietnam (foto de Warren K. Leffler, 19 de enero de 1968). Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-24360).

Comprender la falta de oposición a la Guerra de Vietnam en la década de los sesenta posiblemente sea más sencillo que entender la respuesta a más largo plazo a la misma. Entre 1963 y 1975 sirvieron en Vietnam unos 2,3 millones de soldados en total; de ellos, murieron unos 58.000 (el 2,5 por 100). Pero a pesar de la cobertura que hacían los medios de quemas de cartillas militares frente al Pentágono por parte de estudiantes, la Guerra de Vietnam, en realidad, no conllevó una movilización de la ciudadanía tan considerable como las de conflictos anteriores; ni punto de comparación con la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo. De los 27 millones de hombres que alcanzaron entre 1964 y 1973 la edad mínima necesaria para ser llamados a filas, unos dos millones lo fueron, unos nueve millones se alistaron voluntariamente y, de todos estos, poco más de 1,5 millones entraron en combate; en resumen, solo un 6 por 100 aproximadamente de la generación de la Guerra de Vietnam luchó en ella, de modo que quizá no

resulte sorprendente que la oposición a la guerra no fuese continua, ni tampoco que el apoyo a la misma se mantuviese relativamente constante.

Mientras los norteamericanos repasaban este periodo de su historia, 1968 se presentó no como un año de decisiones, sino como el año en que no se iba a tomar una decisión, y fue esa abstención la que atormentó a la «generación de Vietnam» entonces, y hasta cierto punto lo sigue haciendo hoy. El año 1968 pareció ser ese momento –pero solo visto desde nuestros días– en que Estados Unidos pasó página, alejándose del consenso liberal hacia la derecha. Ese año, no obstante, mientras los años sesenta –esa década de «tumulto y cambio»– se acercaban a su fin, seguía existiendo una especie de consenso, uno forjado en el contexto de un nacionalismo estadounidense basado, al menos en parte, en la fuerza militar de la nación y en la idea, con orígenes en la revolución y en la Guerra de Secesión pero muy difundida durante la Segunda Guerra Mundial, de que los norteamericanos siempre –y de manera implícita, solo– luchaban por la libertad, ya fuese en sus propias calles o en las de otros. Únicamente cuando esa libertad no se materializó fue creciendo poco a poco el desencanto y la desconfianza hacia la nación. En lo que se refiere a la década de los sesenta, el cambio, tanto en términos de reformas como de la reacción contra la guerra, solo llegó una vez terminado el tumulto.

Mientras la era Johnson se acercaba a su conclusión y Richard Nixon, el nuevo presidente republicano, se preparaba para asumir el poder, la atención del mundo no estaba centrada en el sudeste asiático, sino en el espacio. En diciembre de 1968, la misión *Apollo 8* logró la primera órbita lunar tripulada y emitió un mensaje bíblico desde la oscuridad del espacio, en Nochebuena: los versos iniciales del Génesis, algo bastante apropiado, quizá, para una nación a punto de estrenar década y dirección política. El verano del año siguiente, más concretamente el 20 de julio de 1969, Neil Armstrong se convirtió en el primer hombre en pisar la luna. No obstante, irónicamente, para entonces ya estaban colocadas las piezas que provocarían el amenguamiento del programa espacial norteamericano y, de hecho, de la Guerra Fría.

Hubo pocos indicios de lo primero, pero esperanza de lo segundo, en el discurso de investidura del presidente. «Al expandir los horizontes del espacio –declaró–, hemos descubierto nuevos horizontes en la tierra.» Sin embargo reconoció que Estados Unidos era «rica en bienes, pero harapienta

en espíritu; nos lanzamos con increíble precisión hacia la luna, pero caemos en estridente discordia en la Tierra»[10]. La discordia no desapareció tras 1969. De hecho, en algunos aspectos empeoró; pero al igual que todos los presidentes anteriores a él, Nixon tenía un programa para acabar con los males de la nación. Este era bastante diferente, no obstante, de lo que había habido antes. Se llamaba el Nuevo Federalismo.

Sin embargo, para consternación de algunos conservadores del Congreso, el Nuevo Federalismo de Nixon no se tradujo en un desmantelamiento total del Estado liberal del New Deal. De hecho, apropiadamente para un presidente que comenzó su mandato el año que vivió el culmen de la contracultura, Woodstock (la «Exposición de Acuario», lo llamaban sus organizadores), con Nixon muchas de las iniciativas puestas en marcha en la década de los sesenta adoptaron una forma más concreta. Se creó un grupo de organismos federales que se encargarían de cuestiones tales como la protección del medio ambiente –la Agencia de Protección Medioambiental (Environmental Protection Agency, EPA)– y la salud y seguridad en el trabajo –la Administración de Seguridad y Salud Laboral (Occupational Safety and Health Administration, OSHA)–, organismos que se verían apoyados por las leyes, como la Ley de Pureza del Aire (Clean Air Act) y la Ley de Especies Amenazadas (Endangered Species Act). Nixon no podía resolver todos los problemas de la nación, pero sí que trató hasta cierto punto de asegurar que los nuevos horizontes en la tierra que había identificado estuvieran menos contaminados y más verdes.

Desde el punto de vista fiscal, sin embargo, Nixon se encontraba limitado por la conjunción del aumento de la inflación y el desempleo y por su propia incapacidad para controlar las enormes presiones inflacionarias causadas por el gasto de la nación en el programa espacial, en defensa y en la aún activa Guerra de Vietnam. Su propuesta para acabar con el paro y con los problemas económicos que este causaba, el Plan de Asistencia Familiar –Family Assistance Plan; esencialmente un programa de asistencia social que garantizaría un nivel de ingresos mínimo para todo el mundo–, no consiguió la aprobación del Congreso. Su propuesta para terminar con la Guerra de Vietnam, un programa denominado «Vietnamización» –la transferencia gradual de la responsabilidad al Ejército de la República de Vietnam (ERV), concebida como el método a través del cual los Estados Unidos podrían efectuar una retirada paulatina de la guerra–, resultó igual

de problemática. Los plazos proyectados para la transferencia eran demasiado ajustados para que el ERV pudiera hacerse cargo satisfactoriamente de la situación y demasiado largos para contentar al pueblo norteamericano, que se mostraba cada vez más impaciente. El programa se vio debilitado, asimismo, por la contradictoria política de Nixon respecto a la guerra, una que daba la impresión de que no iba jamás a dejarlos tranquilos.

El hombre que había señalado una vez que sería capaz de ir «a gatas hasta Hanói» para lograr un acuerdo inició, nada más llegar a la presidencia, ataques aéreos sobre amplias zonas de Vietnam del Norte y una invasión, en 1970, de una nación neutral, Camboya. Ninguna de estas cosas contribuyó al proceso de paz, pero sí que fomentaron sin duda la oposición a la guerra entre los ciudadanos norteamericanos, con terribles consecuencias. La muerte de cuatro estudiantes de la Kent State University a manos de miembros de la Guardia Nacional de Ohio durante una protesta contra la guerra en el campus horrorizó a una nación que ya estaba encontrándose en los medios no solo con la invasión de Camboya sino también con noticias que comenzaban a filtrarse de las atrocidades estadounidenses en Vietnam, en particular de un suceso que acabó por conocerse como la masacre de My Lai y que había tenido lugar el 16 de marzo de 1968.

La brutal mutilación y asesinato de más de 400 civiles desarmados –mujeres, niños y ancianos– en la aldea de Son My por la Compañía Charlie, 11.ª Brigada de Infantería Ligera, al mando del subteniente William Calley, pareció confirmar al mundo, y a los propios Estados Unidos, que la nación había perdido el rumbo moralmente hablando. Pero, si bien los medios, entonces y desde entonces, presentaron My Lai como el momento más bajo de la intervención norteamericana en Vietnam, lo hicieron desde la perspectiva de los perpetradores. Al destaparse la historia, y mientras sus secuelas seguían contaminando la cultura norteamericana, un gran número de estadounidenses jamás olvidaría el nombre del subteniente Calley, pero sí, si es que alguna vez lo oyeron, el del piloto de helicópteros, Hugh Thompson, que fue testigo del suceso e intervino para rescatar a los supervivientes, ordenando a sus hombres que abrieran fuego sobre cualquier soldado norteamericano que obstaculizase el intento de rescate. Ese potencial enfrentamiento entre norteamericanos en My Lai representaba

una reiteración del hecho de que una nación tan poderosa como los Estados Unidos tenía una enorme capacidad para hacer el bien pero una igualmente inmensa para destruir.

Sin embargo, incluso los acontecimientos de My Lai se vieron eclipsados por la política nacional, por la filtración a los medios, en 1971, de los Papeles del Pentágono, y por el escándalo Watergate que provocó la primera dimisión de un presidente en la historia de los Estados Unidos. Los Papeles del Pentágono –unos documentos del Departamento de Defensa sobre los primeros años de intervención norteamericana en Vietnam– fueron entregados al *New York Times* por Daniel Ellsberg. Irritado por la filtración, y ya hostil hacia unos medios de comunicación que en su opinión hacían peligrar las negociaciones del país en Vietnam, Nixon creó un Grupo de Investigaciones Especiales en la Casa Blanca –los «fontaneros» (su función era impedir filtraciones)– que se centró en intentar debilitar la credibilidad de Ellsberg colándose en la consulta de su psiquiatra con la esperanza de encontrar pruebas (nunca quedó totalmente claro de qué). Al año siguiente tuvo lugar la creación del Comité por la Reelección del Presidente (Committee to Re-Elect the President, cuyas siglas en inglés, CREEP, «lameculos», resultaban de lo más desafortunadas), cuya tarea más ambiciosa era sacar trapos sucios de los demócratas. Un intento de robo frustrado en la sede del Partido Demócrata en el edificio Watergate de Washington DC en junio reveló que uno de los ladrones era el jefe de seguridad de CREEP.

El asunto del Watergate parecía un tanto ridículo al principio, pero unas investigaciones posteriores de dos periodistas del *Washington Post* comenzaron a desentrañar poco a poco una compleja trama de abuso de poder político. Bajo presiones del Tribunal Supremo, el presidente se vio obligado a dar a conocer unas grabaciones secretas que había hecho de conversaciones en el Despacho Oval; la revelación de que había estado realizando grabaciones en secreto ya fue suficientemente mala de por sí, pero lo que había en las cintas destruyó para siempre su reputación. Y había mucho más en juego que la reputación de un hombre. Mientras se iba desvelando el caso Watergate, salieron a la luz un montón de escuchas telefónicas ilegales y sobornos; sin embargo, lo más dañino no fueron los delitos en sí, aunque los hubiese, sino el encubrimiento, la comprensión de que el presidente estaba preparado para subvertir el proceso democrático,

mentir al respecto e intentar obstaculizar la subsiguiente investigación judicial. El clamor que se produjo a favor de que Nixon fuera acusado de actos ilícitos en el desempeño de su cargo y la dimisión de este último en 1974 señalaron el fin de una era que había comenzado con Franklin D. Roosevelt, que había promovido el gobierno federal, el Estado intervencionista, como el medio a través del cual la promesa de Estados Unidos podría definirse y defenderse. Después del Watergate, y en el marco de la debacle final que fue la retirada estadounidense de Saigón en 1975, muchos norteamericanos perdieron su fe en el gobierno, en la supremacía militar de la nación y casi en esta última.

De todos modos, es importante no sobredimensionar la magnitud del giro de la nación hacia la derecha que acabó con lo que quedaba de su ideología liberal, ni descartar el peso que Estados Unidos ha seguido teniendo en la comunidad internacional. Los Papeles del Pentágono y el intento de robo en el Watergate compartieron los titulares de la prensa con recordatorios de que el país en ese momento seguía intentando alcanzar las estrellas y un entendimiento con los soviéticos. El *Apollo 12* llevó al hombre a pisar de nuevo la luna en noviembre de 1969 y, en 1971, los norteamericanos recorrieron la superficie lunar por primera vez con un vehículo motorizado. El año siguiente, sin embargo, sería la última que pondrían el pie en el satélite en el siglo XX. Fue también el año en que se produjo el acuerdo de cooperación en el espacio de la cumbre entre Nixon y Kosygin, un acuerdo que tendría como resultado, solo tres años más tarde, el Proyecto Apollo-Soyuz, la primera empresa espacial conjunta entre los Estados Unidos y la URSS.

Llegado 1975, de hecho, la rueda parecía haber dado un giro completo desde 1957, desde el lanzamiento del *Sputnik*, el toque de atención para los norteamericanos que los obligó a reconsiderar su influencia en el mundo y su realidad nacional. La Guerra Fría, de la cual el *Sputnik* era un símbolo, había traído consigo una nueva forma de pensar sobre el gobierno, la sociedad, la raza, la economía, el ejército y la tecnología. Tal como Lyndon Johnson había dicho, el programa espacial norteamericano fue «el comienzo de la revolución de los años sesenta».

Y en dicha década, el país había tenido planes ambiciosos. Kennedy había imaginado una «Nueva Frontera», Johnson una «Gran Sociedad». Ambos habían pretendido solucionar los problemas internos y de política

exterior del país y al mismo tiempo afirmar su superioridad en el espacio, el nuevo campo de batalla de la Guerra Fría. Lo cierto es que todas estas iniciativas resultaron tener un alto precio económico e ideológico. Hasta 1975, la historia norteamericana podía considerarse una de éxitos. Ahí había una nación, la primera en liberarse del dominio colonial e instaurar un gobierno republicano; una nación que había conquistado su propia frontera en el oeste y había conseguido mantenerse unida a través de una brutal guerra civil; una nación a la que Europa se había visto obligada a pedir ayuda no una sino dos veces cuando la guerra amenazó las instituciones libres del mundo occidental; una nación a la que otros acudían en busca de apoyo práctico y de guía intelectual e ideológica.

A finales de abril de 1975, esa nación no tuvo más remedio que huir de Saigón, de manera un tanto desordenada, al verse cercada la embajada norteamericana por las fuerzas norvietnamitas. Pese a los intentos desesperados de subir al máximo número posible de sus aliados sudvietnamitas a los helicópteros de evacuación, ni siquiera tirar estos de las cubiertas de los barcos que los esperaban frente a la costa a fin de que cupiese más gente fue suficiente; de hecho, aquellos a los que dejaron atrás –en todos los sentidos, muertos y vivos– fueron lo que atormentó a la generación de Vietnam.

El tercer siglo

Cuando Saigón cayó en manos de las fuerzas comunistas en abril de 1975, las celebraciones del bicentenario de los Estados Unidos, que anunciaban el inicio del tercer siglo de existencia de la nación, ya habían comenzado. En los primeros días del mes, el segundo «Tren de la Libertad» de los Estados Unidos salió de Wilmington (Delaware) en lo que iba a ser un viaje de casi dos años recorriendo los distintos estados. Este había sido ya precedido por lo que se conocía como el «Expreso Preámbulo», el cual había realizado la ruta el año anterior a fin de preparar la visita oficial del Tren de la Libertad de América. Este, la única conmemoración del bicentenario que se hizo a nivel nacional –aparte de las celebraciones televisadas, por supuesto–, transportaba una selección de objetos de la historia norteamericana similar a la de su homólogo de los años cuarenta,

pero con algunos añadidos, entre ellos el púlpito de Martin Luther King Jr. y una roca de la superficie lunar.

No obstante, hubo otra diferencia entre el tren de los años cuarenta y el de los setenta. En tanto que el primero había sido idea de un funcionario federal, y contado con el apoyo y la asistencia de los Archivos Nacionales y el aval del presidente Truman, el segundo fue un proyecto personal de Ross Rowland Jr., un hombre de negocios y fanático de los trenes, y contó con el apoyo de, entre otros, el cantante Johnny Cash, que dio un concierto benéfico a favor de él. No es seguro que Rowland pretendiera señalar por medio del tren que la libertad, llegada la década de los setenta, estaba pasando, no solo simbólicamente sino de un modo muy real, de la esfera pública a la privada; pero así era. Hacia finales de 1975, *Harper's Magazine* había visto en «el nuevo narcisismo» la fuente de la angustia y el aislamiento de la gente en una nación que parecía haberse soltado de sus amarras morales y materiales, una aún aturdida por la dimisión del presidente, tambaleante bajo la estanflación producida por la crisis energética de los setenta y conmocionada por la caída de Saigón. Por todas estas razones, el bicentenario fue un acontecimiento silenciado, y su versión del Tren de la Libertad de América atravesó lo que, para la nación, era un paisaje muy diferente al de los años cuarenta; recorría una vía con dirección a lo que en ocasiones se denomina la contrarrevolución conservadora, el rechazo final del liberalismo que culminaría, según la opinión general, en la elección como presidente de Ronald Reagan en 1980.

Se ha sostenido que Reagan personificó, en muchos sentidos, el cambio de dirección en la política y la sociedad estadounidenses que se produjo durante su propia vida. Se graduó en la universidad el año en que Franklin D. Roosevelt salió elegido presidente por primera vez (1932), y la trayectoria de su carrera siguió la de su nación desde el liberalismo del New Deal hasta el nuevo conservadurismo del cual se le consideró ejemplo, alejándose del «Gran Gobierno» de vuelta al individualismo. Aun así, su aparentemente drástico cambio de rumbo filosófico seguía operando en el contexto de lo que todavía se consideraba el credo estadounidense; de hecho, en gran medida era el miedo a su descomposición lo que impulsaba la cultura conservadora. Dicha cultura, por una parte, era capaz de celebrar la composición multiétnica de la nación y destacar la expresión abierta de la libertad y del nacionalismo cívico que esta suponía. Por otra, temía que un

énfasis excesivo en las diferencias étnicas pudieran producir un tribalismo propio del siglo XX alrededor del cual el centro nacional norteamericano no sería capaz de resistir. Evocaba, en muchos aspectos, la interpretación que se hacía en los siglos XVIII y XIX de las limitaciones, los derechos y las responsabilidades de la libertad, aunque no se hiciese ya en el contexto anglosajón.

«El gobierno –declaró de manera famosa Ronald Reagan al salir elegido– no es la solución a nuestro problema. El gobierno *es* el problema.» Esto sonó como algo más que un leve eco de Thomas Paine, uno que el resto de su discurso de investidura desarrolló mediante su alusión al «grupo de presión especial» formado por «“Nosotros, el pueblo”», su recordatorio de que los Estados Unidos eran «una nación que tiene un gobierno, no al revés», y de que este hecho la hacía «especial entre las naciones de la Tierra. Nuestro gobierno no tiene más poder que el que le concede el pueblo», afirmó Reagan. «Es hora de detener y revertir el crecimiento del gobierno, el cual da señales de haber ido más allá de lo permitido por los gobernados»[11]. Lo cierto es que no dijo que el gobierno fuera en el mejor de los casos un mal necesario, y en el peor uno intolerable; pero uno sospecha que eso es lo que muchos de los que le escuchaban oyeron en realidad.

No obstante, 1981 no era 1776. Para finales del siglo XX, el número de derechos personales invocados e implementados era mucho mayor que en el siglo XVIII, y esto imponía al gobierno federal, por consiguiente, un abanico de responsabilidades mucho más amplio, responsabilidades que, en la práctica, no podía anular ni eludir. La violenta reacción contra la contracultura, que como mucho había sido una colección de ideas y grupos de presión poco cohesionados, dio origen a una nueva derecha que comprendía asimismo un amplio espectro de opinión, social, política, religiosa y moral. Esta nueva derecha se vio impulsada en gran medida por el evangelismo religioso, y el vínculo cada vez más estrecho entre la política y la religión desafió lo que, hasta finales del siglo XX, había sido una cultura política totalmente laica. Algunos aspectos de la contracultura conservadora pretendían reconstruir la aldea puritana a gran escala y no paraban de machacar cualquier desviación de este ideal con fervor evangélico. Sin embargo, el movimiento en su conjunto nunca consiguió deshacer por completo la revolución en los derechos que era prerrogativa de

la nación desde su nacimiento. Lo que Nixon había empezado con sus políticas medioambientales en lo relativo a asegurar el legado de los años sesenta y setenta se dio asimismo en muchos otros ámbitos de la vida política y legal norteamericana en los años siguientes. La era de Vietnam había introducido nuevas voces en el diálogo nacional sobre la libertad, en particular la de los estudiantes, y había dado fuerza a las de otros participantes que llevaban más tiempo en él, sobre todo a las de los activistas por los derechos civiles y las mujeres. Cuando el entusiasmo de los años sesenta se apagó, o se diluyó paulatinamente sobre el telón de fondo de Vietnam, el declive de la contracultura y las revelaciones del caso Watergate, algunas de las fuerzas que habían guiado el rumbo de la década pero que se habían visto ahogadas por el griterío finalmente pudieron hacerse oír.

El movimiento feminista fue un buen ejemplo de ello. Aunque el derecho al sufragio femenino había quedado garantizado por la Decimonovena Enmienda en 1920, y a pesar de que la presencia laboral de la mujer había aumentado durante y después de la Segunda Guerra Mundial, llegados los años sesenta, pocas mujeres ocupaban puestos de alta responsabilidad empresarial o política en los Estados Unidos. Y había signos que apuntaban a que las cosas no estaban avanzado en ese aspecto. En 1961, había 20 mujeres en el Congreso; en 1969, eran 11. En la mayoría de los casos, la vida de las mujeres seguía girando en torno al hogar. Pocas mujeres de principios de los sesenta se habrían descrito a sí mismas como feministas. Y en lo que respectaba al movimiento antibelicista, el enfoque que normalmente adoptaban las mujeres –cuando actuaban conscientemente como mujeres, en vez de como, pongamos, afroamericanas– recordaba al de una generación muy anterior de activistas femeninas, cuya oposición a la esclavitud o a la segregación racial a finales del siglo XIX se sustentaba sobre una visión de la mujer como núcleo moral del hogar y, por extensión, de la nación.

La publicación, en 1963, de *La mística de la feminidad* de Betty Friedan llevó el debate sobre el lugar de la mujer en la sociedad a un nivel completamente nuevo. Junto con la Ley de Igualdad Salarial (Equal Pay Act) de ese mismo año y la creación de la Comisión por la Igualdad de Oportunidades en el Empleo, inició un cambio radical en la perspectiva femenina del trabajo y en el trato que los empresarios daban a las mujeres.

La fundación en 1966 de la Organización Nacional de la Mujer (National Organization for Women, NOW), dirigida por Friedan, copió el planteamiento y el lenguaje de los activistas por los derechos civiles para exigir igualdad total para las mujeres en todos los ámbitos de la vida estadounidense. A este respecto, en lo que concernía a la igualdad, el sexo y la raza a menudo se reforzaban mutuamente, pero también podían ser factores de división.

A mediados de los sesenta, y en el marco de la búsqueda de una solución al problema de los índices de pobreza entre los afroamericanos de los barrios deprimidos de las ciudades, el sociólogo Daniel Patrick Moynihan escribió *The Negro Family: The Case for National Action* (o el informe Moynihan, 1965). Este informe cosechó gran cantidad de críticas en los años siguientes a su publicación por parte de aquellos que consideraban que trataba de imponer normas propias de la clase media blanca a las familias negras, y en especial a las madres solteras negras. El debate sigue candente en la actualidad, con muchas voces conservadoras que abogan por recuperar el papel central de la familia tradicional, lo cual no es seguro que vaya a resolver todos los males de la sociedad, pero sin duda tiene implicaciones para las mujeres que forman parte de dichas familias. Tanto antaño como ahora, se trata de un debate que a veces trasciende los límites de la raza y el sexo, pero otras simplemente se desarrolla a gritos sobre la tierra de nadie que queda entre ambos. De hecho, en lo que respecta a los derechos de las mujeres, la controversia sigue siendo la norma, en parte porque la plena igualdad nunca llegó a afirmarse mediante una enmienda a la Constitución y en parte porque los derechos que sí se afirmaron están siendo desmontados.

En 1967, NOW hizo presión con objeto de conseguir principalmente dos avances en el campo de los derechos de las mujeres: una Enmienda para la Igualdad de Derechos (Equal Rights Amendment, ERA), la cual había sido planteada por primera vez en la década de 1920, y el derecho al aborto. Todo apuntaba a que se iban a lograr. El Congreso envió la ERA a los estados, previendo totalmente una rápida ratificación por las tres cuartas partes del conjunto de los estados necesarias para ello; en 1973, 36 estados lo habían hecho. Se daba confiadamente por hecho que la ERA iba a ser aprobada. Pero no fue así. Y no lo fue porque hubo mujeres que se opusieron. Una campaña popular dirigida por Phyllis Schlafly, el Comité

Nacional por el Bloqueo de la ERA, sostenía que los partidarios y partidarias de la ERA eran contrarios a la familia, una postura que le granjeó el apoyo de otros grupos con nombres un tanto intimidantes como «Madres en Marcha». El Congreso, en cambio, tenía muchas ganas de que la ERA fuese aprobada, tantas que ampliaron la fecha límite de ratificación hasta 1982; pero después de 1977 ningún estado quiso saber nada de ella, mucho menos ratificarla.

El derecho al aborto, por el contrario, había sido reconocido en una resolución histórica del Tribunal Supremo, *Roe contra Wade* (1973). Pero también esta última fue (y sigue siendo) cuestionada en el acto (figura 11.5). El mismo año de su aprobación, se formó el Comité Nacional por el Derecho a Vivir (National Right to Life Committee). Después, en *Webster contra los Servicios de Salud Reproductiva* (1989), el Tribunal Supremo respaldó una ley de Misuri que impedía que cualquier institución médica que recibiese fondos del estado ofertase servicios abortivos. La cuestión generó y aún genera división; la batalla entre pro y antiabortistas prosigue en numerosos países, por supuesto, pero en los Estados Unidos se han producido asesinatos de miembros del colectivo médico que se mostraron dispuestos a practicar abortos, piquetes frente a clínicas abortivas y abusos sobre el personal y los pacientes de dichas clínicas. Respecto a esta cuestión, muchos norteamericanos continúan preparados para invocar la Primera Enmienda a favor de su causa y negársela a otros.



Figura 11.5. Una manifestación en la Convención Nacional Demócrata de Nueva York de 1976 en apoyo al derecho de la mujer a decidir sobre el aborto y contra la candidata presidencial Ellen McCormack, cuyo programa era decididamente antiabortista (foto de Warren K. Leffler, 14 de julio

de 1976). Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-09733).

En el debate sobre el aborto se discute algo más que los derechos de la mujer frente a los del feto; razón, naturalmente, por la que es una cuestión siempre tan controvertida tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo. Cuando la Casa Blanca, en 1989, presentó un informe para un caso judicial en calidad de *amicus curiae* en un intento por invalidar la resolución de *Roe contra Wade*, el Tribunal Supremo falló en contra de esto, pero estipuló que los estados podían restringir la disponibilidad del aborto en clínicas públicas, una solución intermedia que corría el riesgo de no dejar contento a nadie, pero que sin duda dejaba claro que la derecha religiosa no podía ser la única que fijara el camino a seguir en lo concerniente al aborto. En efecto, tanto la ERA como el debate sobre el aborto pusieron de relieve no solo la influencia de la contrarrevolución conservadora, sino también la persistencia de la oposición a esta.

Desde la ERA y *Roe contra Wade*, ha habido una extensión de los términos del debate sobre los derechos para incluir en él a otros grupos supuestamente minoritarios y combatir la discriminación, ya fuese por medio de la Ley de Discapacidad (Americans with Disabilities Act, 1990) o de leyes estatales diseñadas para garantizar la igualdad de derechos a lesbianas, gais, bisexuales y transexuales (LGBT). Nuevamente, estos derechos siguen estado sometidos a continuos ataques legales y culturales, pero el impulso iniciado en la década de los setenta por acabar con la discriminación por motivos de orientación sexual no parece que vaya a disminuir o desaparecer (figura 11.6). Mientras algunos sectores de la derecha religiosa no dejan de clamar contra las relaciones entre personas del mismo sexo, la perspectiva general de la población, especialmente tras la epidemia de sida de los años ochenta, tiende a ser más integradora que discriminadora en lo que respecta al logro de la igualdad de derechos para todos los ciudadanos.

Aunque la integración legal y cultural se amplió a finales del siglo XX a grupos hasta entonces marginados en los Estados Unidos, el debate –la serie de debates, en realidad– acerca de los contenidos de esa cultura cobró fuerza por sí mismo en el marco de un nuevo aumento de la inmigración a

partir de 1970 tras la aprobación de la Ley de Inmigración y Nacionalidad (Immigration and Nationality Act, 1965), que abolió el sistema de cuotas por origen nacional en vigor desde 1924. El número de inmigrantes creció desde algo menos de 9 millones en los años ochenta hasta unos 13,5 millones en los noventa, y una porción significativa de estos inmigrantes eran, o bien hispanos (de México sobre todo), o asiáticos (principalmente de China, Corea y Vietnam). Esto intensificó los temores conservadores a que se produjese una desintegración cultural de la nación y, al mismo tiempo, una discordia intercultural entre distintos grupos étnicos y raciales. Cuando Bill Clinton asumió la presidencia, trató esta cuestión en un discurso de investidura que subrayó la diversidad y la unidad que emanaba de la «idea de los Estados Unidos», una idea de que la «nación puede extraer de su ingente diversidad la más honda de las unidades».



Figura 11.6. Una manifestación a favor de los derechos de los homosexuales en la Convención Nacional Demócrata de Nueva York de 1976 (foto de Warren K. Leffler, 11 de julio de 1976). El Tribunal Supremo dictó en 2003 que la criminalización de actos homosexuales era inconstitucional. Imagen por cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division (LC-DIG-ppmsca-09729).

No cabe duda de que el discurso de Clinton presentó un carácter decididamente espiritual con su invocación del «misterio de la renovación del país», la cual describió casi como un rito primaveral para una nación que estaba adentrándose en un nuevo mundo después de la Guerra Fría, rumbo a un nuevo siglo, una nación que ya no estaba al margen de ese mundo sino que, gracias a los avances tecnológicos de las décadas previas, ocupaba nuevamente un papel central en él. Era «un mundo calentado por el sol de la libertad pero amenazado aún por antiguos odios y nuevas plagas. Tras habernos criado en una prosperidad incomparable –observó Clinton–, heredamos una economía que sigue siendo la más fuerte del mundo, pero que se ha visto debilitada por fracasos empresariales, congelaciones de salarios, crecientes desigualdades y profundas divisiones entre nuestros compatriotas»[12].

Algunas de estas divisiones se ahondaron durante el mandato de Clinton. La era de este último, encuadrada entre dos administraciones Bush, puede parecer una especie de oasis liberal en mitad de la contrarrevolución conservadora. Pero verla así puede ser un error. La derecha no recibió todo lo que quiso, no más de lo que la izquierda todo lo que temía, de las administraciones de Reagan y George H. W. Bush. Sin embargo, en los años noventa, saltó al primer plano de la atención un aspecto de los Estados Unidos que no tenía nada que ver con las libertades individuales sino, en realidad, todo lo contrario: el crimen.

Estados Unidos tiene el índice de encarcelamiento más alto del mundo, lo cual también se dio en las dos administraciones republicana y demócrata previas. Para finales de la presidencia de Clinton, de hecho, más de 5,6 millones de norteamericanos estaban en la cárcel o habían pasado por ella en un momento u otro; en resumen, 1 de cada 37 adultos en los Estados Unidos tenía experiencia carcelaria, pero la probabilidad de ser ese 1 variaba en función de la raza. En tanto que un 16,6 por 100 aproximadamente de hombres afroamericanos estaban o habían estado en prisión a finales de 2001, esa cifra era más baja para los hispanos (7,7 por 100) y más aún para los blancos (2,6 por 100). «Si los índices de encarcelamiento de 2001 se mantuvieran de forma indefinida», concluía un informe de la Oficina de Estadísticas de Justicia (Bureau of Justice Statistics), entonces «un varón negro de los Estados Unidos tendría una probabilidad de 1 entre 3 de ir a prisión en algún momento de su vida,

mientras que para un varón hispano la probabilidad sería de 1 entre 6 y para uno blanco de 1 entre 17». A mediados de 2009, había más de 1,6 millones de norteamericanos en la cárcel[13].

Si bien estas estadísticas ayudan sin duda a explicar la fascinación moderna por los dramas policiales, ponen de manifiesto no solo una tendencia preocupante hacia la criminalización generalizada de la población norteamericana, sino la fuerza que el crimen y el miedo al crimen han tenido y siguen teniendo en los Estados Unidos, una fuerza cada vez mayor. Esa tendencia se debe en buena medida a la relación entre conflicto e identidad en los Estados Unidos, y se compone de elementos que estuvieron presentes en el nacimiento de la nación, en concreto el persistente temor de que el primer experimento republicano del mundo fuese especialmente vulnerable al ataque de fuerzas tanto internas como externas con potencial para ir debilitándolo. Hasta el fin de la Guerra Fría, los miedos de los Estados Unidos podían realmente sintetizarse y catalogarse, si no contenerse, como desafíos consistentes al «credo estadounidense». Estos miedos derivaban principalmente de la amenaza que parecían representar grupos cohesionados, si bien no totalmente coordinados: Gran Bretaña, el «Sur», el comunismo o incluso el «Gran Gobierno». La Guerra Fría en sí, naturalmente, proporcionó el metamarco en el que estos miedos podían expresarse y en el que resultaba posible construir una identidad estadounidense diferenciada en respuesta a ellos. En dicho metamarco, lo complejo se simplificaba y la principal amenaza a los Estados Unidos venía dada por lo que Reagan denominó el «Imperio del Mal»: la Unión Soviética. La desintegración de esta en 1991 destruyó ese marco y abrió el camino hacia lo que George H. W. Bush llamó de manera optimista un «nuevo orden mundial», que, quizá inevitablemente, resultó ser más bien un desorden.

El desorden global golpeó a los Estados Unidos con toda su fuerza el primer año de la presidencia de George W. Bush en los atentados al World Trade Center en Nueva York y al Pentágono en Washington DC el 11 de septiembre de 2001 (figura 11.7). El terrorismo, naturalmente, tiene por definición como objetivo propagar el miedo. La destrucción de las Torres Gemelas del World Trade Center, no obstante, atenuó el miedo en una nación preparada para tenerlo. La conmoción y el horror del acontecimiento se vieron acentuados por la capacidad de los medios de comunicación de

transmitir en directo lo que estaba sucediendo a un mundo atónito que no podía hacer otra cosa salvo contemplar, con impotencia, los desesperados intentos de rescate iniciales y la súbita desaparición de las propias torres, y de miles de vidas, en una nube de humo y cenizas.



Figura 11.7. El World Trade Center tras su derrumbe en el atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001. Foto de Andrea Boohers/Rex Features.

Tras los atentados del 11 de septiembre, el clima de miedo resultaba palpable. No cabe duda de que los norteamericanos se habían enfrentado antes al terrorismo dentro de sus fronteras, y de que el World Trade Center ya había sido atacado por terroristas vinculados a Al Qaeda en 1993; pero los Estados Unidos jamás habían experimentado nada de la magnitud del 11-S. La respuesta por parte de la administración Bush fue declarar una «guerra contra el terror», pero una guerra así corría el riesgo desde el principio de perseguir solo fantasmas. El terror era un enemigo fugaz, y los

críticos de la administración Bush han señalado en numerosas ocasiones los beneficios que otorga autonombrarse «presidente de guerra», los conflictos con las libertades civiles que ello suscita, las oportunidades que crea para poner en peligro esas libertades. Y en el caso de una guerra sin ningún enemigo claro aparte del terror –aunque Al Qaeda fuese identificada como la culpable por la administración–, la posibilidad de que un conflicto así se volviera contra los propios Estados Unidos parecía, para algunos, un riesgo muy real.

Pese a estar motivada por las circunstancias específicas del 11-S, la creación del Departamento de Seguridad Nacional (Department of Homeland Security), seguida por la aprobación de la Ley USA PATRIOT, daba impresión de ser en opinión de algunas personas, tanto de dentro de los Estados Unidos como del extranjero, la consolidación de la contrarrevolución conservadora, la victoria, de hecho, de un complot «neoconservador» más peligroso que tenía pensado crear nada menos que un imperio estadounidense; un imperio de libertad, sin duda, pero uno construido con una plantilla norteamericana que no todas las naciones aceptaban totalmente de buen grado. El lenguaje de Bush a veces daba que pensar al mundo en tanto describía y luego ponía en práctica sus planes de atacar al «eje del mal», derrocar a los talibanes en Afganistán (Operación Libertad Duradera), acabar con la dictadura de Saddam Hussein en Iraq (Operación Libertad para Iraq) y efectuar un «cambio de régimen» en este país. No obstante, si bien Estados Unidos había identificado tanto en Iraq como en Afganistán a enemigos que tenían al menos cierta solidez, no por ello derrotarlos resultaba una tarea más sencilla.

En el frente nacional, el 11-S produjo un aumento del patriotismo que Bush ciertamente aprovechó. Exactamente igual que después de la Segunda Guerra Mundial, resultaba posible ver por todas partes la bandera estadounidense. Se colocó en las ruinas de la Zona Cero, donde las Torres Gemelas se habían alzado una vez; se exhibía en cada construcción imaginable, desde los coches, y en las ventanas; los perros de rescate iban envueltos en ella, y también los niños. Se convirtió en un símbolo de desafío y en una manta reconfortante. La guerra, por supuesto, tiende a producir esta clase de reacciones patrióticas, de la misma manera que sirve para unir a la gente de un mismo país, para reforzar un nacionalismo que, en los Estados Unidos anteriores a 2001, había corrido cierto peligro de

fractura. Aun así, en el caso de los Estados Unidos, el hecho de que este resurgimiento del sentimiento nacionalista fuese el resultado de un conflicto actuó, en cierto sentido, como una especie de punto y aparte para una nación todavía atormentada por su derrota en Vietnam. Está por ver, empero, si el terror resultará ser un enemigo más fácil de definir y derrotar que el comunismo; de hecho, está por ver si la nueva administración demócrata de Obama será capaz de conseguir una paz con honor o una retirada honrosa de Afganistán.

Inevitablemente, el 11-S no erradicó todas esas cuestiones causantes de división contra las que Estados Unidos sigue luchando. Cuando la naturaleza, a través del huracán *Katrina,* se volvió contra la nación en 2005, reveló al mundo la persistencia de las divisiones de clase y raza en el país; divisiones que, desde 2001, se habían vuelto menos visibles, al menos para los extranjeros. La victoria de Barack Obama en las elecciones de 2008 debía algo a esas divisiones, pero mucho más al apremiante anhelo de los norteamericanos de superarlas.

Cuando Obama asumió el liderazgo de los Estados Unidos, fue en el contexto de un mundo que se había empezado a preguntar –a preocupar, en realidad– por el papel que dicho país jugaba en él, por el modo en que parecía oscilar entre un aislacionismo introvertido y un en ocasiones agresivo impulso mesiánico por imponer el orden en el globo, por el contraste entre su lenguaje en torno a la libertad y la realidad de la cárcel de Guantánamo. Obama prometía un futuro diferente, uno en el que los Estados Unidos no comprometerían sus ideales para asegurar su seguridad, uno en el que el ideal cívico nacional sería forjado a partir de la «herencia multiétnica» de la historia de la nación. «Este –afirmó– es el precio y la promesa de la ciudadanía. Esta es la fuente de nuestra confianza: el conocimiento de que Dios nos llama a forjar un destino incierto. Este es el significado de nuestra libertad y nuestro credo»[14]. Algunos expresaron cierta decepción ante el discurso de investidura de Obama. Aparentemente habían esperado más de él, pero ¿el qué?

En parte, la elección de Obama fue simbólica –o, más bien, muchos querían que lo fuese– a muchos niveles; no se trató meramente de la elección de un demócrata tras dos mandatos de gobierno republicano, sino el aparente fin del dominio de los llamados «neocons», los nuevos conservadores, un término que se volvió popular durante la administración

de George W. Bush, uno que, se consideró, describía a los antiguos liberales de los años sesenta convertidos a la causa conservadora en los ochenta y noventa, tan sumamente entregados a y comprometidos con su nueva fe como cualquier clase de converso suele ser. Desencantados con el aparente antiamericanismo expresado por algunos miembros de la nación en la década de los sesenta, y preocupados por los niveles de dicho antiamericanismo manifestados en el extranjero desde entonces, la política interior y exterior del supuestamente nuevo conservadurismo pretendía un retorno a los valores «tradicionales» y reafirmaba la religión (por medio de los «teocons») como el punto de apoyo de la fe secular en la nación.

Que todo este movimiento fuese nuevo es algo discutible; ya en 1920, el escritor inglés G. K. Chesterton había descrito los Estados Unidos como «una nación con alma de iglesia», pero la unión de religión (o fe religiosa) y patriotismo (o fe nacional) se encontraba ya presente en su creación, en el sermón de John Winthrop en el que aseguró a los antepasados coloniales de los evangélicos del siglo XX que su nación iba a ser una «ciudad sobre una colina». En lo que respecta al nacionalismo norteamericano, la idea de que los estadounidenses eran el pueblo elegido de Dios había sido algo aceptado prácticamente desde el principio; lo que ocurrió sencillamente fue que, a finales del siglo XX, un número cada vez mayor de miembros de ese pueblo comenzó a elegir a Dios, aunque, como sugería Obama, el destino que tuviese en mente para los Estados Unidos fuese bastante más incierto que el que algunos presidentes anteriores habían creído.

Con todo, de manera importante, la elección de Obama, el primer presidente afroamericano, parecía representar la realización de al menos una parte del destino de Estados Unidos, la resolución de la cuestión que había comprometido la ciudad sobre una colina desde su origen: la raza. Los Padres Fundadores no habían sido concluyentes respecto a este tema, y mucho de lo que vino después fue producto de esa incapacidad inicial para conseguir que la nación estuviese a la altura de su declaración de objetivos en 1776. A mediados del siglo XIX el experimento republicano había estado a punto de venirse abajo violentamente por la cuestión de la esclavitud y la raza, y las imágenes de Abraham Lincoln proyectadas sobre la Explanada Nacional en la investidura de Obama y la decisión de este de jurar el cargo sobre la misma biblia que en su día utilizase Lincoln dejaron claro que en ello había un mensaje, un acto de recuerdo al presidente que promulgó la

Proclamación de Emancipación en 1863. Y cuántos de los norteamericanos que vieron estas imágenes recordarían asimismo, sin remontarse hasta la Guerra de Secesión sino a 1963, el discurso de Martin Luther King Jr. en la escalinata del Monumento a Lincoln, y su ruego a la gente de que tuviera fe en que «esta nación se levantará y hará realidad el auténtico significado de su credo». La elección de Obama parecía una confirmación de que lo había hecho por fin.

Naturalmente, ninguna persona puede esperar mantener o satisfacer por completo el nivel de expectativas con que se recibió la elección de Obama, que llegó en un mal momento para los bancos del mundo. Los Estados Unidos, al igual que muchas otras naciones, se enfrentan tanto a dificultades fiscales nacionales como a retos de política exterior que no son susceptibles de solucionarse fácilmente. Mas en cualquier discusión sobre los Estados Unidos en la actualidad tendrán muchas probabilidades de aparecer dos palabras: globalización y hegemonía (o, en ocasiones, hegemonía global), como si también esto fuera una novedad, como si la Gran Depresión hubiese afectado únicamente a los Estados Unidos en vez de constituir una crisis económica mundial. En lo que respecta específicamente al país, el colapso financiero que se inició en 2008 dio lugar ciertamente a comparaciones con la década de 1930, del mismo modo que la presencia de tropas norteamericanas en Afganistán e Iraq trajo ecos de la Guerra de Vietnam. Las historia, al parecer, se estaba repitiendo, describiendo círculos globales que no paraban de expandirse.

Dado que la globalización ha expuesto a la población mundial a las fuerzas del mercado y el terrorismo la ha expuesto a las militares, la relación entre estas, y el papel de los Estados Unidos en dicha relación, ocupa muchas columnas en la prensa y en los blogs de internet. Estados Unidos como nación alberga al 4,6 por 100 de la población del mundo pero consume en torno al 33 por 100 de los recursos de este, y debido a ese ingente consumo ocupa una categoría especial en lo que respecta al poder económico, militar y, posiblemente, también político. No obstante, ha quedado claro tanto para los estadounidenses como para otros que el poder de los Estados Unidos no significa nada sin un propósito y, además, que tal propósito no puede ser definido ni defendido unilateralmente, como Bush intentó hacer. Obama busca un mayor grado de cooperación y acuerdo internacional, pero este es seguramente un proceso que actuará en ambos

sentidos. Algunos se han preguntado si los ideales nacionales estadounidenses y su identidad nacional pueden sobrevivir a las presiones de la globalización que impactan en ella desde el exterior y a las del multiculturalismo que lo hacen desde el interior. La respuesta seguramente sea afirmativa, dado que la nación que algunos sostienen que no es ninguna nación, la nación que ha sido muchas veces descrita como un «experimento republicano», ha mantenido su unidad sorprendentemente bien desde su nacimiento. El experimento no ha acabado todavía; de hecho, teniendo en cuenta lo breve que muchos consideran su historia, lo más acertado sería decir seguramente que el viaje de los Estados Unidos de América no ha hecho más que empezar.

[1] L. B. Johnson, citado en R. Dallek, *Lyndon B. Johnson: Portrait of a President,* Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2004, p. 170.

[2] El anuncio puede verse a través de la Lyndon Baines Johnson Library and Museum, y está disponible en: http://www.lbjlib.utexas.edu/johnson/media/daisyspot/ (1 de septiembre de 2010).

[3] L. B. Johnson, «Special Message to Congress: The American Promise», 15 de marzo de 1965, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid= 26805&st=&st1= (3 de septiembre de 2010).

[4] «A Divided Decade: The “60s”», *Life* 26 (26 de diciembre de 1969), pp. 8-9.

[5] D. D. Eisenhower, «Farewell Radio and Television Address to the American People», 17 de enero de 1961, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid =12086&st=&st1= (3 de septiembre de 2010).

[6] J. F. Kennedy, citado en A. M. Schlesinger Jr., *Robert Kennedy and His Times* [1978], Nueva York, Houghton Mifflin, 2002, p. 705.

[7] La reacción a la Guerra de Independencia y a la Primera Guerra Mundial se trata en capítulos anteriores. Las cifras de apoyo a la Guerra de Vietnam por los estadounidenses se han extraído de R. Jeffreys-Jones, *Peace Now! American Society and the Ending of the Vietnam War,* New Haven, Yale University Press, 2001, pp. 14-15.

[8] T. Hayden *et al.*, «The Port Huron Statement», 1962, disponible en: http://www.iath.virginia.edu/sixties/HTML.docs/Resources/Primary/Manifestos/SDS-_Port_Huron.html (4 de septiembre de 2010).

[9] «Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders», 1968, disponible en: http://www.eisenhowerfoundation.org/docs/kerner.pdf (4 de septiembre de 2010).

[10] R. M. Nixon, «Inaugural Address», 20 de enero de 1969, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=1941 (4 de septiembre de 2010).

[11] R. Reagan, «Inaugural Address», 20 de enero de 1981, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=43130 (5 de septiembre de 2010).

[12] W. J. Clinton, «Inaugural Address», 20 de enero de 1993, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=46366 (5 de septiembre de 2010).

[13] T. P. Bonczar, «Prevalence of Imprisonment in the U.S. Populations, 1974-2001» (NCJ-197976); Bureau of Justice, disponible en: http://www.bjs.ojp.usdoj.gov/index.cfm?ty=pbdetail&iid=2200 (5 de septiembre de 2010).

[14] B. Obama, «Inaugural Address», 20 de enero de 2009, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=44 (5 de septiembre de 2010).

Bibliografía

Todas las obras de esta selecta bibliografía contienen a su vez otras muy sustanciosas para aquellos lectores que deseen profundizar en algún tema en concreto.

AMÉRICA COLONIAL

ANDERSON, V. D. J., *New England's generation: the great migration and the formation of society and culture in the seventeenth century*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991.

BAILYN, B., *The New England merchants in the seventeenth century*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1955.

—, *Atlantic history: concept and contours*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2005.

BREEN, T. H., *Puritans and adventurers: change and persistence in early America*, Nueva York, Oxford University Press, 1980.

BREMER, F. J., *The Puritan experiment: New England society from Bradford to Edward*, Hanover (NH), University Press of New England, 1995.

—, *John Winthrop: America's forgotten founding father*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

BRIDENBAUGH, C., *Jamestown 1544-1699*, Nueva York, Oxford University Press, 1980.

BUTLER, J., *Becoming America: the revolution before 1776*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2001.

CRANE, E. F., *Ebb tide in New England: women, seaports, and social change, 1630-1800*, Boston, Northeastern University Press, 1998.

CRONON, W., *Changes in the land: Indians, colonists, and the ecology of New England*, Nueva York, Hill and Wang, 1983.

DEMOS, J. P., *A little commonwealth: family life in Plymouth Colony*, Nueva York, Oxford University Press, 1982.

—, *The unredeemed captive: a family story from early America*, Nueva York, Random House, 1994.

ELLIOT, J. H., *Empires of the Atlantic world: Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Haven (CT), Yale University Press, 2006.

FISCHER, D. H., *Albion's seed: four British folkways in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

FOSTER, S., *The long argument: English Puritanism and the shaping of New England culture 1570-1700*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1991.

HANGER, K. S., *Bounded lives, bounded places: free black society in colonial New Orleans, 1769-1803*, Durham (NC) y Londres, Duke University Press, 1997.

JENNINGS, F., *The ambiguous Iroquois empire*, Nueva York, W. W. Norton and Co., 1984.

—, *Empire of fortune: crowns, colonies and tribes in the seven years war in America*, Nueva York, W. W. Norton and Co., 1988.

LEACH, E. D., *Roots of conflict: British armed forces and colonial Americans, 1677-1763*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1986.

LEPORE, J., *The name of war: King Philip's War and the origins of American identity*, Nueva York, Alfred Knopf, 1998.

MARTIN, J. F., *Profits in the wilderness: entrepreneurship and the founding of New England towns in the seventeenth century*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002.

MIDDLETON, R., *Colonial America: a history, 1565-1776*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

MORGAN, E. S., *American slavery, American freedom: the ordeal of colonial Virginia*, Nueva York, W. W. Norton and Co., 1975.

NASH, G. B., *Red, white, and black: the peoples of early America*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall, 1974.

NORTON, M. B., *Founding mothers and fathers: gendered power and the forming of American society*, Nueva York, Alfred Knopf, 1996.

PARENT, Jr., A. S., *Foul means: the formation of a slave society in Virginia, 1660-1740*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003.

PIERSEN, W. D., *Black Yankees: the development of an Afro-American subculture in eighteenth-century New England*, Amherst (MA), University of Massachusetts Press, 1988.

PRITCHARD, J., *In search of empire: the French in the Americas, 1670-1730,* Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

SALISBURY, N., *Manitou and Providence: Indians, Europeans, and the making of New England, 1500-1643,* Nueva York, Oxford University Press, 1982.

ULRICH, L. T., *Good wives: image and reality in the lives of women in northern New England 1650-1750,* Nueva York, Oxford University Press, 1982.

—, *A midwife's tale: the life of Martha Ballard, based on her diary, 1785-1812,* Nueva York, Random House, 1990.

VAUGHAN, A. T., *Roots of American racism: essays on the colonial experience,* Nueva York, Oxford University Press, 1995.

REVOLUCIÓN E INDEPENDENCIA

ARMITAGE, D., *The Declaration of Independence: A global history,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 2007.

BAILYN, B., *The ideological origins of the American Revolution,* Cambridge (MA), Belknap Press of Harvard University Press, 1967.

—, *Faces of revolution: personalities and themes in the struggle for American independence,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1990.

—, *To begin the world anew: the genius and ambiguities of the American founders,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 2003.

BONWICK, C., *English radicals and the American Revolution,* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1977.

—, *The American Revolution,* Charlottesville, University Press of Virginia, 1991.

MAIER, P., *From resistance to revolution: colonial radicals and the development of American opposition to Britain, 1765-1776,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1972.

—, *American scripture: making the Declaration of Independence,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1996.

MIDDLEKAUF, R., *The glorious cause: the American Revolution, 1763-1789* [ed. rev.], Nueva York, Oxford University Press, 2005.

MORGAN, E. S., *The birth of the republic, 1763-89,* Chicago, University of Chicago Press, [3]1992.

NASH, G. B., *The urban crucible: social change, political consciousness, and the origins of the American Revolution,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1979.

ROYSTER, C., *A revolutionary people at war: the continental army and American character,* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1979.

SHY, J., *A people numerous and armed: reflections on the military struggle for American independence,* Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1976.

WOOD, G. S., *The creation of the American republic, 1776-1787,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1969.

—, *The radicalism of the American Revolution,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1992.

—, *The American Revolution: a history,* Nueva York, Modern Library, 2002.

LA REPÚBLICA TEMPRANA Y LAS DÉCADAS PREVIAS A LA GUERRA DE SECESIÓN

APPLEBY, J., *Inheriting the revolution: the first generation of Americans,* Cambridge (MA) y Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 2000.

ASHWORTH, J., *Slavery, capitalism, and politics in the antebellum republic, vol. 1, commerce and compromise, 1820-1850,* Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

—, *Slavery, capitalism, and politics in the antebellum republic, vol. 2, the coming of the civil war, 1850-1861,* Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

FERRIE, J. P., *Yankeys now: immigrants in the antebellum United States, 1840-1860,* Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1999.

FOLETTA, M., *Coming to terms with democracy: federalist intellectuals and the shaping of American culture,* Charlottesville y Londres, University Press of Virginia, 2001.

FONER, E., *Free soil, free labor, free men: the ideology of the Republican Party before the civil war,* Nueva York, Oxford University Press, 1970.

GRANT, S.-M., *North over south: northern nationalism and American identity in the antebellum era,* Lawrence, University Press of Kansas, 2000.

HIGHAM, J., *Strangers in the land: patterns of American nativism,* Nueva York, Athaneum Press, 1971.

HORSMAN, R., *Race and manifest destiny: the origins of American racial Anglo-Saxonism,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1981.

JORDAN, W. D., *White over black: American attitudes toward the Negro 1550-1812,* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1968.

LARSON, J. L., *The market revolution in America: liberty, ambition, and the eclipse of the common good,* Nueva York, Cambridge University Press, 2010.

NEWMAN, S. P., *Parades and the politics of the street: festive culture in the early American republic,* Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1997.

RICHARDS, L. L., *The slave power: the free north and southern domination, 1780-1860,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2000.

SELLERS, C. G., *The market revolution: Jacksonian America, 1815-1846,* Nueva York, Oxford University Press, 1991.

SEXTON, J., *The Monroe doctrine: empire and nation in nineteenth century America,* Nueva York, Hill and Wang, 2011.

WALDSTREICHER, D., *In the midst of perpetual fetes: the making of American nationalism, 1776-1820,* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1997.

WOOD, G. S., *Empire of liberty: a history of the early republic, 1789-1815,* Nueva York, Oxford University Press, 2010.

LA ESCLAVITUD Y EL SUR

BONNER, R. E., *Mastering America: southern slaveholders and the crisis of American nationhood,* Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

CLINTON, C., *The plantation mistress: woman's world in the old South*, Nueva York, Pantheon Books, 1982.

DEGLER, C. N., *The other South: southern dissenters in the nineteenth century* [1974], Nueva York, Harper and Row, 1975.

DUSINBERRE, W., *Them dark days: slavery in the American rice swamps*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1996.

FREEHLING, W. W., *The road to disunion, vol. I, Secessionists at bay, 1776-1854*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1990.

—, *The road to disunion, vol. II, Secessionists triumphant, 1854-1861*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2007.

GALLMAN, J. M., *Northerners at war: reflections on the civil war home front*, Kent (OH), Kent State University Press, 2010.

GENOVESE, E. F. y GENOVESE, E. D., *The mind of the master class: history and faith in the southern slaveholders' worldview,* Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

GLYMPH, T., *Out of the house of bondage: the transformation of the plantation household*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008.

GOMEZ, M. A., *Exchanging our country marks: the transformation of African identities in the colonial and antebellum South*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1998.

MCCARDELL, J., *The idea of a southern nation: southern nationalists and southern nationalism, 1830-1860,* Nueva York y Londres, W. W. Norton and Company, 1979.

MILLER, W. L., *Arguing about slavery: the great battle in the United States congress*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1996.

NUDELMAN, F., *John Brown's body: slavery, violence, and the culture of war,* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2004.

SINHA, M., *The counterrevolution of slavery: politics and ideology in antebellum South Carolina,* Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 2000.

TISE, L. E., *Proslavery: a history of the defense of slavery in America, 1701-1840,* Athens y Londres, The University of Georgia Press, 1987.

LA GUERRA DE SECESIÓN

ASH, S. V., *When the Yankees came: conflict and chaos in the occupied South, 1861-1865* [1995], Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2002.

BENSEL, R. F., *Yankee leviathan: the origins of central state authority in America, 1859-1877,* Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

BLIGHT, D. W., *Race and reunion: the civil war in American memory,* Cambridge (MA) y Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 2001.

BORITT, G., *The Gettysburg gospel: the Lincoln speech that nobody knows,* Nueva York, Simon and Schuster, 2006.

BURLINGAME, M., *The inner world of Abraham Lincoln,* Champaign, University of Illinois Press, 1994.

BURTON, O. V., *The age of Lincoln,* Nueva York, Hill and Wang, 2007.

CAMPBELL, J. G., *When Sherman marched north from the sea: resistance on the Confederate home front,* Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 2003.

CARWARDINE, R., *Lincoln: a life of purpose and power,* Nueva York, Knopf Publishing Group, 2006.

CLARK, C., *Social change in America: from the revolution through the civil war,* Londres, Ivan Dee, 2006.

COOK, R., *Civil War America: making a nation, 1848-1877,* Londres, Pearson/Longman, 2003.

EDWARDS, L. F., *Scarlett doesn't live here anymore: southern women in the civil war era,* Champaign, University of Illinois Press, 2000.

FAUST, D. G., *This republic of suffering: death and the American civil war,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 2008.

FONER, E., *Reconstruction: America's unfinished revolution, 1863-1877,* Nueva York, Harper and Row, 1988.

GENOVESE, E. D., *A consuming fire: the fall of the Confederacy in the mind of the white Christian South,* Athens y Londres, The University of Georgia Press, 1998.

GIENAPP, W. E., *Abraham Lincoln and civil war America: a biography,* Oxford University Press, 2002.

GLATTHAAR, J. T., *Forged in battle: the civil war alliance of black soldiers and white officers,* Nueva York, Meridian, 1991.

GRANT, S.-M., *The war for a nation: the American civil war,* Nueva York, Routledge, 2006.
HOWE, D. W., *What hath God wrought: the transformation of America, 1815-1848,* Nueva York, Oxford University Press, 2008.
HUNT, R., *The good men who won the war: Army of the Cumberland veterans and emancipation memory,* Tuscaloosa, The University of Alabama Press, 2010.
JANNEY, C. E., *Burying the dead but not the past: ladies memorial associations and the lost cause*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2008.
JOHANNSEN, R. W., *The frontier, the Union, and Stephen A. Douglass,* Urbana, University of Illinois Press, 1989.
LAWSON, M., *Patriot fires: forging a new American nationalism in the civil war North,* Lawrence, University Press of Kansas, 2002.
LEVINE, B., *Confederate emancipation: southern plans to free and arm slaves during the civil war,* Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2006.
MANNING, C., *What this cruel war was over: soldiers, slavery, and the civil war,* Nueva York, Vintage Books, 2007.
MCCLINTOCK, R., *Lincoln and the decision for war: the northern response to secession,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2008.
MCCURRY, S., *Confederate reckoning: power and politics in the civil war South,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 2010.
MCPHERSON, J. M., *Battle cry of freedom: the civil war era,* Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1988.
—, *What they fought for, 1861-1865,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1994.
—, *For cause and comrades: why men fought in the civil war,* Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1997.
MORRISON, M. A., *Slavery and the American west: the eclipse of manifest destiny and the coming of the civil war,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997.
NEFF, J. R., *Honoring the civil war dead: commemoration and the problem of reconciliation,* Lawrence, University Press of Kansas, 2005.
PARISH, P. J., *The American civil war,* Nueva York, Holmes and Meier, 1975.

POOLE, W. S., *Never surrender: Confederate memory and conservatism in the South Carolina upcountry,* Athens y Londres, The University of Georgia Press, 2004.
POTTER, D. M., *The impending crisis, 1848-1861,* Nueva York, Harper and Row, 1976.
RABLE, G. C., *Fredericksburg! Fredericksburg!,* Chapel Hill y Londres, University of North Carolina Press, 2002.
REID, B. H., *The origins of the American civil war,* Harlow (Essex), Longman, 1996.
ROYSTER, C., *The destructive war: William Tecumseh Sherman, Stonewall Jackson, and the Americans* [1991], Nueva York, Random House, 1993.
SAVILLE, J., *The work of reconstruction: from slave to wage laborer in South Carolina, 1860-1870* [1994], Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
SCHANTZ, M., *Awaiting the heavenly country: the civil war and America's culture of death*, Ithaca (NY) y Londres, Cornell University Press, 2008.
STOUT, H. S., *Upon the altar of the nation: a moral history of the civil war,* Nueva York, Penguin Books, 2006.
VARON, E. R., *Disunion!: the coming of the American civil war, 1789-1859,* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2008.
WILEY, B. I., *The life of Johnny Reb: the common soldier of the Confederacy* [1943], Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1989.
—, *The life of Billy Yank: the common soldier of the Union* [1952], Baton Rouge, Lousiana State University Press, 1989.

EL OESTE

AMBROSE, S. E., *Crazy Horse and Custer: the parallel lives of two American warriors,* Nueva York, Doubleday, 1975.
—, *Undaunted courage: Meriweather Lewis, Thomas Jefferson, and the opening of the American west,* Nueva York, Simon & Schuster, 1996.
HÄMÄLÄINEN, P., *The Comanche empire,* New Haven (CT), Yale University Press, 2008.

LIMERICK, P. N., *The legacy of conquest: the unbroken past of the American west,* Nueva York y Londres, W. W. Norton and Company, 1987.

MAY, D. L., *Three frontiers: family, land, and society in the American west, 1850-1900,* Nueva York, Cambridge University Press, 1994.

ROBBINS, W. G., *Colony and empire: the capitalist transformation of the American west,* Lawrence, University Press of Kansas, 1994.

SLOTKIN, R., *Fatal environment: the myth of the frontier in the age of industrialization, 1800-1890,* Nueva York, Atheneum Publishers, 1985.

SMITH, H. N., *Virgin land: the American west as symbol and myth,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1950.

WHITE, R., *«It's your misfortune and none of my own»: a new history of the American west,* Norman, University of Oklahoma Press, 1991.

WORSTER, D., *Under western skies: nature and history in the American west,* Nueva York, Oxford University Press, 1992.

LA EDAD DORADA Y EL PERIODO PROGRESISTA

BECKERT, S., *The monied metropolis: New York City and the consolidation of the American bourgeoisie, 1850-1896,* Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

BLUM, E. J., *Reforging the white republic: race, religion, and American nationalism, 1865-1898,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2005.

COOPER, Jr., J. M., *Pivotal decades: The United States, 1900-1920,* Nueva York, W. W. Norton and Co., 1990.

DINER, S. J., *A very different age: Americans of the progressive era,* Nueva York, Hill and Wang, 1998.

MCARTHUR, J. N., *Creating the new woman: the rise of women's progressive culture in Texas, 1893-1918,* Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1998.

PAINTER, N. I., *Standing at Armageddon: the United States, 1877-1919,* Nueva York, W. W. Norton and Co., 1987.

SKOWRONEK, S., *Building a new American state: the expansion of national administrative capacities, 1877-1920,* Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

WIEBE, R., *The search for order, 1877-1920*, Nueva York, Hill and Wang, 1980.

ESTADOS UNIDOS EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

ADAMS, M. C. C., *The best war ever: America and World War II,* Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

BADGER, A. J., *The New Deal: The Depression years, 1933-1940,* Basingstoke, Macmillan, 1989.

BLUM, J. M., *V was for victory: politics and American culture in World War II,* Nueva York, Harcourt Brace and Company, 1976.

BURNS, J. M., *Roosevelt: the lion and the fox,* Nueva York, Harcourt Brace and Company, 1956.

DIGGINS, J., *The proud decades: America in war and peace, 1941-1960,* Nueva York, W. W. Norton and Co., 1988.

FOGLESONG, D. S., *America's secret war against Bolshevism: U. S. intervention in the Russian civil war, 1917-1920,* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1995.

HAWLEY, E. W., *The Great War and the search for a modern order: a history of the American People and their institutions, 1917-1933,* Nueva York, St. Martin's Press, 1979.

KENNEDY, D. M., *Over here: the First World War and American society,* Nueva York, Oxford University Press, 1980.

—, *Freedom from fear: the American people in depression and war, 1929-1945,* Nueva York, Oxford University Press, 2001.

LEUCHTENBURG, W., *Franklin D. Roosevelt and the New Deal, 1932-1940,* Nueva York, Harper and Row, 1963.

—, *The perils of prosperity, 1914-32,* Chicago, The University of Chicago Press, ^{2}1993.

PARRISH, M. E., *Anxious decades: America in prosperity and depression, 1920-1941,* Nueva York, W. W. Norton, 1992.

ESTADOS UNIDOS DURANTE LA GUERRA FRÍA

AMBROSE, S. E., *Nixon, 3 vols: vol. 1, the education of a politician; vol. 2, the triumph of a politician, 1962-1972; vol. 3, ruin and recovery, 1973-1990,* Nueva York, Simon & Schuster, 1987, 1991.

BERMAN, L., *No peace, no honor: Nixon, Kissinger, and betrayal in Vietnam,* Nueva York, The Free Press, 2001.

BERNSTEIN, I., *Promises kept: John F. Kennedy's new frontier,* Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1991.

BLUM, J. M., *Years of discord: American politics and society, 1961-1974,* Nueva York, W. W. Norton and Co., 1991.

BOYER, P., *By the bomb's early light: American thought and culture at the dawn of the atomic age,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994.

BRANCH, T., *Parting the waters: America in the King years, 1954-63,* Nueva York, Simon & Schuster, 1988.

—, *Pillar of fire: America in the King years, 1963-65,* Nueva York, Simon & Schuster, 1998.

BRANDS, H. W., *The devil we knew: Americans and the Cold War,* Nueva York, Oxford, 1993.

BRAUER, C. M., *John F. Kennedy and the second reconstruction,* Nueva York, Columbia University Press, 1977.

BRENNAN, M. C., *Turning right in the Sixties: the conservative capture of the GOP,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995.

BROOKS, T. R., *Walls come tumbling down: a history of the civil rights movement, 1940-1970,* Englewood Cliffs (NJ), Prentice-Hall, 1974.

CAUTE, D., *The great fear: the anti-communist purge under Truman and Eisenhower,* Nueva York, Simon and Schuster, 1978.

COOK, R. J., *Troubled commemoration: the American civil war centennial, 1961-1965,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2007.

COOKE, A., *A generation on trial: USA v. Alger Hiss,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1951.

DALLECK, R., *John F. Kennedy: an unfinished life,* ed. rev., Nueva York, Penguin, 2004.

—, *Lyndon B. Johnson: portrait of a president,* Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2004.

—, *Nixon and Kissinger: partners in power,* Nueva York, Harper Collins, 2007.

DAVIES, G., *From opportunity to entitlement: the transformation and decline of Great Society liberalism,* Lawrence, University Press of Kansas, 1996.
DIVINE, R. A., *Blowing on the wind: the nuclear test ban debate, 1954-1960,* Nueva York, Oxford University Press, 1978.
—, *The Sputnik challenge: Eisenhower's response to the Soviet satellite,* Nueva York, Oxford University Press, 1993.
FAIRCLOUGH, A., *To redeem the soul of America: the Southern Christian Leadership Conference and Martin Luther Kings, Jr.,* Athens, University of Georgia Press, 1987.
FREEDMAN, L., *The evolution of nuclear strategy,* Basingstoke y Londres, Macmillan Press, [2]1989.
GADDIS, J. L., *The United States and the origins of the Cold War,* Nueva York, Columbia University Press, 1972.
—, *We now know: rethinking Cold War history,* Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1997.
GARROW, D. J., *Bearing the cross: Martin Luther King, Jr., and the Southern Christian Leadership Conference,* Nueva York, W. Morrow, 1986.
HALBERSTAM, D., *The fifties,* Nueva York, Random House, 1996.
HEALE, M. J., *American anticommunism: combating the enemy within, 1830-1970,* Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1990.
—, *McCarthy's Americans: red scare politics in state and nation, 1935-1965,* Londres, Palgrave Macmillan, 1998.
—, *The sixties in America: history, politics and protest,* Edimburgo, University of Edinburgh Press, 2001.
HERSCH, S., *The dark side of Camelot,* Nueva York, Harper Collins, 1998.
HUEBNER, A. J., *The warrior image: soldiers in American culture from the Second World War to the Vietnam era,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2008.
ISAACS, A. R., *Vietnam shadows: the war, its ghosts, and its legacy,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997.
JEFFREYS-JONES, R., *Peace now!: American society and the ending of the Vietnam War,* New Haven (CT), Yale University Press, 2001.
JENKINS, P., *The Cold War at home: the red scare in Pennsylvania, 1945-1960,* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999.

KARABELL, Z., *Architects of intervention: the United States, the third world, and the Cold War, 1946-1962,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1999.

KOLKO, G., *Anatomy of a war: Vietnam, the United States, and the modern historical experience,* Nueva York, Pantheon, 1985.

LAWRENCE, M. A., *Assuming the burden: Europe and the American commitment to war in Vietnam,* Berkeley, University of California Press, 2005.

LEWY, G., *America in Vietnam,* Nueva York, Oxford University Press, 1978.

LUCAS, S., *Freedom's war: the American crusade against the Soviet Union,* Nueva York, New York University Press, 1999.

MARANISS, D., *They marched into sunlight: war and peace, Vietnam and America, October 1967,* Nueva York, Simon and Schuster, 2005.

MAY, E. T., *Homeward bound: American families in the cold war era,* Nueva York, Basic Books, 1988.

MACPHERSON, M., *Long time passing: Vietnam and the haunted generation,* Garden City (NJ), Doubleday, 1984.

MATUSOW, A. J., *The unraveling of America: a history of liberalism in the 1960s,* Nueva York, Harper and Row, 1984.

MCDOUGALL, W. A., *The heavens and the earth: a political history of the space age,* Nueva York, Basic Books, 1985.

MCGIRR, L., *Suburban warriors: the origins of the new American Right,* Princeton (NJ), Princeton University Press, 2001.

PATERSON, J. T., *Grand expectations: The United States, 1945-1974,* Nueva York, Oxford University Press, 1998.

PAYNE, C. M., *I've got the light of freedom: the organizing tradition and the Mississippi freedom struggle,* Berkeley, University of California Press, 1995.

RAINES, H., *My soul is rested: movement days in the Deep South remembered,* Nueva York, Putnam, 1977.

SCHRECKER, E., *Many are the crimes: McCarthyism in America,* Princeton (NJ), Princeton University Press, 1998.

SHEEHAN, N., *A bright shining lie: John Paul Vann and America in Vietnam,* Nueva York, Random House, 1988.

TAUBMAN, P., *Secret empire: Eisenhower, the CIA, and the hidden story of America's space espionage,* Nueva York, Simon and Schuster, 2004.

WALKER, M., *The Cold War: a history,* Nueva York, Henry Holt and Co., 1993.

WILLBANKS, J. H., *The Tet offensive: a concise history,* Nueva York, Columbia University Press, 2006.

WILLS, G., *The Kennedy imprisonment: a meditation on power,* Boston, Little, Brown and Co., 1985.

WOODWARD, C. V., *The strange career of Jim Crow,* Nueva York, Oxford University Press, 1978.

YERGIN, D., *Shattered peace: the origins of the Cold War and the national security state*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1977.

ESTADOS UNIDOS EN LA ERA CONTEMPORÁNEA / LITERATURA GENERAL

AMBROSE, S. E., *Rise to globalism: American foreign policy since 1938,* Nueva York, Penguin Books, 1997.

BERINSKY, A. J., *In time of war: understanding American public opinion from World War II to Iraq*, Chicago, University of Chicago Press, 2009.

BERKHOFER, R. F., *The white man's Indian: images of the American Indian from Columbus to the present,* Nueva York, Knopf: Random House, 1978.

COWIE, J., *Stayin' Alive: the 1970s and the last days of the working class,* Nueva York, The New Press, 2010.

EKBLADH, D., *The great American mission: modernization and the construction of an American world order,* Princeton (NJ), Princeton University Press, 2010.

FAIRCLOUGH, A., *Better day coming: blacks and equality, 1890-2000,* Nueva York, Penguin Books, 2002.

FERGUSON, N., *Colossus: the rise and fall of the American empire,* Londres y Nueva York, Penguin Books, 2004.

GERSTLE, G., *American crucible: race and nation in the twentieth century,* Princeton (NJ) y Oxford, Princeton University Press, 2001.

GIDDINGS, P., *When and where I enter: the impact of black women on race and sex in America*, Nueva York, 1984.

HEALE, M. J., *Twentieth-century America: politics and power in the United States,* Londres, Arnold, 2004.

JEFFREYS-JONES, R., *The FBI: a history,* New Haven (CT) y Londres, Yale University Press, 2007.
KERBER, L. K., *No constitutional right to be ladies: women and the obligations of citizenship*, Nueva York, Hill and Wang, 1998.
MANN, M., *Incoherent empire*, Londres y Nueva York, Verso, 2003.
PATTERSON, J. T., *Restless giant: the United States from Watergate to Bush vs. Gore,* Nueva York, Oxford University Press, 2007.
SCHOENWALD, J. M., *A time for choosing: the rise of modern American conservatism,* Oxford, Oxford University Press, 2003.
SHERRY, M. S., *In the shadow of war: the United States since the 1930s*, New Haven (CT), Yale University Press, 1997.

Bibliografía

SAMUEL ADAMS (1722-1803)

Samuel Adams, uno de los Padres Fundadores de la nación estadounidense, nació en Quincsy (Massachusetts) y se graduó en el Harvard College en 1743. Consideró por un breve tiempo la idea de hacer carrera en la abogacía, y por un tiempo aún más breve, y con escaso éxito, se pasó a los negocios, antes de dedicarse a lo que sería su carrera fija como político, ejerciendo en la Cámara de Representantes de Massachusetts y como miembro de la Asamblea Municipal de Boston en la década de 1760. Cuando, en 1763, el Parlamento británico planteó aplicarles impuestos a las colonias a fin de conseguir más ingresos para cubrir el coste de la Guerra de los Siete Años (o Guerra francoindia), Adams jugó un papel crucial a la hora de elaborar una meditada respuesta colonial a esta propuesta poco grata. Mantenía que:

> [si] nuestro comercio puede ser gravado con impuestos, ¿por qué no nuestras tierras? ¿Por qué no el producto de las mismas, y todo lo que poseemos o usamos? Consideramos que esto aniquila nuestro derecho estatutario a gobernarnos y decidir nuestros propios impuestos. Ataca nuestros privilegios británicos, los cuales no hemos perdido nunca y mantenemos en común con nuestros consúbditos naturales de Gran Bretaña. Si se nos aplica cualquier forma de gravamen, sin que dispongamos de representación legal, allí donde sean impuestos somos reducidos del papel de súbditos libres al estado de esclavos tributarios. Por tanto, les encomendamos seriamente que hagan todo lo humanamente posible por obtener de las Cortes Generales todos los consejos e instrucciones necesarios para nuestro representante en esta coyuntura sumamente crítica.

Es de notar que, en este punto, Adams situara su argumento en el marco de los «privilegios británicos» y hablase de esclavitud –cosa que también haría Thomas Jefferson– a la hora de describir los nuevos planes económicos propuestos que los británicos pretendían poner en marcha con respecto a sus colonias norteamericanas. Claramente, aunque más tarde se lo clasificara históricamente como un radical que actuó en defensa de su «país», la adopción de la identidad estadounidense por parte de Adams, igual que en el caso de muchos otros revolucionarios, no fue un proceso que

precediera el acto de la rebelión sino uno que se desarrolló en paralelo a él. En 1765, Adams fue elegido representante de Boston en las Cortes Generales de Massachusetts, posición desde la cual defendió constantemente los derechos coloniales. En 1768, su circular en respuesta a las leyes tributarias de Townshend planteó nuevamente que la imposición de gravámenes era inconstitucional dado que las colonias no disponían de ningún representante parlamentario, una postura que irritó de tal manera al gobernador colonial, Francis Bernard, que disolvió la asamblea. Esta acción, al menos en parte, fomentó el malestar social que condujo a la masacre de Boston de 1770. Dos años después del enfrentamiento entre colonos y tropas británicas, Adams contribuyó decisivamente en la creación del Comité de Correspondencia, un grupo coordinado de líderes coloniales que terminarían por convertirse con el tiempo en los cabecillas de la resistencia organizada contra el control de la Corona británica. Adams asistió al Primer Congreso Continental en Filadelfia en 1774, y ayudó en la redacción tanto de los Artículos de la Confederación como de la Constitución de Massachusetts. Para 1776, estaba totalmente convencido de la necesidad de declarar la independencia, una postura que consideraba la única salida lógica del conflicto colonial. Se retiró del Congreso en 1781, fue elegido vicegobernador de Massachusetts en 1789 y gobernador en 1794 hasta su retiro final en 1797. Murió unos seis años más tarde, en 1803, con ochenta y dos años de edad. Los historiadores han dibujado a Adams bien como un hombre comprometido con los derechos coloniales o como un demagogo que instaba a los colonos a la violencia por la causa de la independencia; en definitiva, puede que Adams no sea sino un ejemplo de la máxima de que lo que para unos es un radical para otros es un luchador por la libertad, pero de hecho, en el contexto de su época, Adams fue más un moderado que un extremista.

JANE ADDAMS (1860-1935)

Jane Addams fue una de las reformadoras más destacadas del Periodo Progresista en los Estados Unidos, fundadora de la Hull House en Chicago y defensora de los derechos y el sufragio femeninos. Nació en Illinois y fue al Women’s Medical College de Pensilvania, pero no consiguió terminar sus

estudios a causa de sus problemas de salud. En un viaje con Ellen Gates Starr a Inglaterra, durante el cual visitó Toynbee Hall, un centro comunitario de Whitechapel, concibió la idea de fundar centros similares en los Estados Unidos. Su labor de reforma social fue solo parte de un programa progresista más amplio que comprendía reformas en los servicios sanitarios y la vivienda, la defensa de los derechos de trabajadores e inmigrantes, la abolición del trabajo infantil y la educación de mujeres y niños. Su filosofía se resumía quizá en su observación y cuestión, planteada en 1929, de que «el mundo moderno está desarrollando un sentido casi místico de la continuidad y la interdependencia de la humanidad; ¿cómo podemos hacer que esta conciencia sea la única contribución de nuestro tiempo al pequeño puñado de incentivos que realmente impulsan la conducta humana?». Addams actuó en realidad, profesional y personalmente, en una época de cambios radicales en la sociedad estadounidense, cuando dicha sociedad estaba pasando de una relativa homogeneidad a la heterogeneidad, del campo a la ciudad, y del aislacionismo (si bien imperfecto) a una política de implicación en los asuntos globales afinada y obstaculizada a partes iguales por la Primera Guerra Mundial. Sus argumentos a favor del sufragio femenino –como muchos otros– estaban expresados en lo que hoy pueden parecer términos muy victorianos, tradicionalistas: la mujer como núcleo moral del hogar doméstico y, por extensión, de la nación (en buena medida el mismo argumento utilizado en contra del sufragio femenino entonces y mucho después en el contexto de la Enmienda para la Igualdad de Derechos).

JOHN CALDWELL CALHOUN (1782-1850)

John C. Calhoun fue uno de los portavoces más destacados del Sur, siendo considerado fundamental en los progresos tanto en la defensa de la esclavitud como de los derechos de los estados en los años que desembocaron en la Guerra de Secesión estadounidense. Nació en lo que entonces era el distrito de Abbeville, en el interior de Carolina del Sur, se graduó en Yale en 1807 e inició una carrera como abogado en Abbeville a la vez que ocupaba un escaño en la cámara de representantes estatal. Salió elegido en la lista de delegados demócrata-republicanos al Congreso y fue

diputado entre 1811 y 1817. Fue secretario de Guerra con James Monroe y después elegido vicepresidente de los Estados Unidos al ocupar John Quincy Adams la presidencia, puesto que retuvo cuando Andrew Jackson asumió este último cargo. Aunque ambos provenían de la clase dirigente sureña propietaria de esclavos, la relación entre Jackson (que era de Tennessee) y Calhoun fue tormentosa; aun así Calhoun siguió siendo vicepresidente hasta 1832, año en que dimitió para incorporarse al Senado. Calhoun comenzó su carrera política como un nacionalista apasionado, un belicista durante la guerra de 1812, que abogaba por la implantación de tasas proteccionistas como medio de apoyo a los negocios y al crecimiento interior de los Estados Unidos. Calhoun fue un destacado teórico político, y fue su análisis de la teoría republicana, en particular del papel de los «derechos de las minorías» y de la necesidad de una «mayoría unánime» que los protegiera, lo que propició su giro hacia la defensa de los derechos de los estados, la limitación del gobierno federal y, en especial, el derecho de los estados a anular las leyes de este último con las que no estuviesen de acuerdo, una posición que allanó el camino para lo que sería la secesión de los estados del Sur del seno de la Unión en 1860-1861. El historiador William Freehling describió a Calhoun como una persona que «no hablaba de trivialidades, [que] solo tenía grandes principios». Tal vez fuese desafortunado para su nación que dichos principios giraran en torno al derecho de tener esclavos, y que una de sus más famosas declaraciones (en el Senado en 1837) fuera declarar la esclavitud «un auténtico bien». «Nosotros los del Sur –declaró Calhoun– no renunciaremos, no podemos renunciar, a nuestras instituciones [...] Sostengo que en el estado actual de la civilización, en que dos razas de origen diferente, que se distinguen por su color y otras diferencias físicas, además de intelectuales, se juntan, la relación hoy existente en los estados esclavistas entre las dos es, en vez de un mal, un bien; un auténtico bien.» Calhoun fue viendo el Sur cada vez más como una región contra la que se cometían pecados en vez de ser ella la pecadora, y su alejamiento de su anterior postura nacionalista quedó expuesto con claridad en diciembre de 1828, cuando escribió la «South Carolina Exposition and Protest» en respuesta al llamado «Arancel Abominable» aprobado ese año y defendió que con él los estados se arriesgaban «a ser sometidos a una situación de subordinación corporativa» dentro del sistema federal. Si bien se publicó de manera anónima, la autoría

de Calhoun era algo sabido, y la dimisión de este en 1832 fue en gran medida el resultado de la brecha creciente entre Jackson y él por la cuestión del arancel. Dicha dimisión permitió a Calhoun propugnar abiertamente la anulación, una postura que mantuvo hasta su muerte, por tuberculosis, en 1850. El legado de Calhoun, a medio plazo, dio impulso a los secesionistas, especialmente en Carolina del Sur; a largo plazo, y habiendo dejado ya muy atrás la Guerra de Secesión, su defensa de los derechos de las minorías dentro del sistema federal –al margen de la asociación de dicha defensa con los intereses de los propietarios de esclavos– no ha perdido peso.

HENRY CLAY (1777-1852)

Al igual que John C. Calhoun, Henry Clay formó parte de un influyente grupo de políticos y hombres de Estado decimonónicos conocido como el Gran Triunvirato (Clay, Calhoun y Daniel Webster). Nacido en el condado de Hanover (Virginia), Clay, en común con la mayoría de políticos de la época, comenzó su carrera como abogado, al ser admitido en el colegio virginiano en 1797. Se trasladó al oeste, a Kentucky, como hacían muchos abogados, debido a que las oportunidades de lograr una carrera de éxito en la negociación de acuerdos sobre tierras eran mayores en la frontera. Pese a haber sido descrito muchas veces como un republicano jeffersoniano tanto en lo relativo a la esclavitud como en otras cuestiones (aunque, a diferencia de Jefferson, Clay emancipó a sus esclavos en su testamento), no concebía la posibilidad de una sociedad multirracial e igualitaria en los Estados Unidos. Abogaba por que los afroamericanos libres de la nación fuesen reasentados en colonias extranjeras, y en 1836 se convirtió en presidente de la Sociedad Colonizadora Estadounidense. Empero, Clay empezó a ser conocido no por su defensa de la colonización, sino por su apoyo a los avances y la industria manufacturera nacional (lo que terminó conociéndose con el nombre de «el sistema norteamericano»). Fue miembro de la cámara de representantes estatal de Kentucky antes de salir elegido en las listas demócrata-republicanas al Senado de los Estados Unidos en 1806. Tras ser reelegido en 1811, Clay actuó como presidente de la Cámara de Representantes y más adelante como secretario de Estado durante la presidencia de John Quincy Adams. Al igual que Calhoun, al comienzo de

su carrera, Clay adoptó una postura belicista respecto a la guerra de 1812, y fue por esa época un fuerte defensor de las políticas nacionalistas estadounidenses; no obstante, a diferencia de aquel, conservó dicha postura. De hecho, Clay, al revés que Calhoun, quien a veces exacerbaba la disensión, llegó a ser conocido como el Gran Conciliador por sus esfuerzos en la negociación de acuerdos entre las distintas facciones políticas respecto a cuestiones como los aranceles, el desarrollo nacional, los bancos federales y la esclavitud. Apoyó el Acuerdo de Misuri, el cual establecía un equilibrio entre los representantes de los estados esclavistas y no esclavistas, y los acuerdos arancelarios de 1833 que pusieron fin a la Crisis de la Anulación. A este respecto, puede que su apoyo a la colonización fuese un factor de influencia, dado que el apoyo a esa empresa, popular en un primer momento en el Sur, fue perdiendo fuerza poco a poco –sobre todo a finales de la década de 1830–, para verse reemplazado por el sentir bastante más vehemente expresado por Calhoun de que la esclavitud era un «auténtico bien» y cualquier intento de poner freno a su expansión un ataque sobre los derechos de la minoría. La opinión de Clay en esta materia, y quizá más su capacidad de maniobra política a través del campo de minas moral y material en que se estaba convirtiendo la esclavitud, fue algo de lo que Abraham Lincoln tomó buena nota cuando este, más tarde, se vio ante el problema de defender la abolición ante una audiencia muchas veces hostil. Clay, como Lincoln, era firme en su postura de que la esclavitud era «una maldición, una maldición para el amo, y una injusticia, una profunda injusticia para el esclavo. Es ABSOLUTAMENTE ERRÓNEA desde el punto de vista teórico –declaró en 1836– y no hay eventualidad posible capaz de validarla». No obstante, Clay actuó dentro de los límites marcados por la ley y la Constitución tal como entendía ambas, y fue capaz de negociar el Acuerdo de 1850 que, aparentemente, había logrado la estabilidad entre Norte y Sur pero que resultó ser el comienzo del fin de la esclavitud en los Estados Unidos. Clay murió el año en que se publicó *La cabaña del tío Tom* (1852), tras haber hecho todo lo posible por mantener su nación unida suficiente tiempo como para que, cuando finalmente se desgarró ocho años más tarde, dispusiera de unas posibilidades mucho mayores de sobrevivir a la secesión.

ALEXIS-CHARLES-HENRI CLÉREL DE TOCQUEVILLE (1805-1859)

Alexis de Tocqueville fue un aristócrata y filósofo político francés cuya visita a los Estados Unidos dio como resultado dos volúmenes sobre *La democracia en América* (1835 y 1840). Norteamérica recibía una gran diversidad de visitantes europeos por entonces –entre ellos Charles Dickens–, todos los cuales sentían un gran entusiasmo por ver el primer experimento republicano en acción e informar de su éxito, o no, a un mundo fascinado y en ocasiones escéptico. En concreto –y uno debe tener presente que esto antecede a la fascinación del siglo XX con Michel Foucault y las implicaciones sobre el control social de las prisiones y los psiquiátricos–, los europeos estaban interesados, aunque no de manera exclusiva, en las variantes norteamericanas de estos últimos, y fue gracias al pretexto de estudiar sus prisiones y psiquiátricos que Tocqueville pudo visitar los Estados Unidos. Dado el estado de agitación política de Francia, naturalmente, De Tocqueville estaba mucho más interesado en las repercusiones que la democracia estadounidense podía tener en un número más amplio de aspectos. Tal como escribió: «Confieso que en Norteamérica veía algo más que Norteamérica; buscaba allí la imagen de la democracia en sí, con sus inclinaciones, su carácter, sus prejuicios y sus pasiones, a fin de aprender lo que hemos de temer o esperar de su progreso». Los expertos siguen debatiendo hasta qué punto entendió completamente De Tocqueville lo que vio, pero ciertas «citas jugosas» extraídas de su obra continúan teniendo eco en nuestros días (y por supuesto también lo tuvieron en su época), en particular el fenómeno que él llamó (y que Calhoun se esforzó tanto por contener) la «tiranía de la mayoría». En opinión de De Tocqueville, la «esencia misma del gobierno democrático consiste en la soberanía absoluta de la mayoría; pues no hay nada en los Estados democráticos capaz de resistirse a ella». Puesto que De Tocqueville llegó a los Estados Unidos en plena Crisis de la Anulación, quizá no sorprenda que dedicase tanta atención a la cuestión, ni que los estadounidenses estudiasen con tanto detenimiento lo que escribió sobre ellos y sus instituciones. «Cuando me niego a obedecer una ley injusta, no estoy poniendo en cuestión el derecho a mandar de la mayoría –observaba De Tocqueville–: tan solo paso de apelar a la soberanía del pueblo a apelar a la del género humano. Hay personas que no han tenido miedo de afirmar que un pueblo

nunca puede salirse de los límites que marcan la justicia y la razón en los asuntos que le son propios; y que, en consecuencia, puede dársele el poder absoluto a la mayoría que lo representa. Pero este es el lenguaje de un esclavo.»

STEPHEN ARNOLD DOUGLAS (1813-1861)

Stephen A. Douglas nació en Vermont y, como tantos otros políticos, estudió Derecho (aunque Douglas fue también profesor en Illinois por una breve temporada). Tras ser admitido en el colegio de abogados, ejerció la profesión en Jacksonville, en el estado de Illinois, en cuya cámara de representantes fue diputado. No logró salir elegido para ocupar un escaño en el Congreso en 1838, pero sí cinco años después como demócrata en la Cámara de Representantes, y más tarde en el Senado en 1847, donde continuó hasta su muerte. Fue uno de los políticos más influyentes de su época, y lo apodaban el Pequeño Gigante por su estatura tanto física como profesional. Fue presidente del Comité de Territorios, cargo a través del cual desplegó la citada influencia respecto al crucial problema político de entonces, que era la posible expansión de la esclavitud hacia el Oeste. Junto con Henry Clay, sacó adelante el Acuerdo de 1850 en el Congreso, pero la Ley de Kansas-Nebraska cuatro años después echó verdaderamente por tierra todo lo que se esperaba lograr con el Acuerdo. Al apoyar la «soberanía popular», por la cual se daba a los colonos de un territorio la opción de decidir si querían permitir o no la esclavitud en él –una solución que debería haber satisfecho a todos pero que en la práctica no gustó a nadie–, Douglas provocó un cisma dentro de su propio partido del que este nunca se recuperó, y que persuadió a muchos demócratas de pasarse al nuevo Partido Republicano que estaba recomponiéndose para presentarse a las elecciones de 1856. Consciente del impacto de la Ley de Kansas-Nebraska, Douglas comentó que el camino de regreso a Chicago se encontraba en ese momento iluminado por monigotes de él en llamas. Con todo, se mantuvo firme en su postura política y en su fe en la soberanía popular. En 1857, Douglas apoyó la sentencia del caso *Dred Scott* emitida por el Tribunal Supremo que invalidaba a efectos prácticos el Acuerdo de Misuri y concedía la posibilidad de implantar la esclavitud no solo a los

territorios del Oeste sino también a todos los estados ya existentes. La opinión de Douglas sobre el tema fue ventilada largo y tendido en 1858, cuando su oponente republicano al escaño por Illinois del Senado, Abraham Lincoln, entabló con él una serie de debates –los debates Lincoln-Douglas– que trataron la soberanía popular y el futuro de la esclavitud en la nación. En lo que acabaría por conocerse como la doctrina Freeport (dado que fue en el transcurso del debate en dicha localidad donde Douglas la formuló), el político demócrata planteó la postura optimista de que la sentencia del caso *Dred Scott* no tenía por qué abrir los estados no esclavistas a la esclavitud si la población de dichos estados rechazaba apoyar una legislación a favor de ella. «No importa cuál sea la decisión del Tribunal Supremo respecto a esa cuestión abstracta –afirmó Douglas–; el derecho del pueblo a crear un territorio esclavista o no esclavista sigue siendo total y absoluto bajo el proyecto de ley de Nebraska.» La gente no estaba de acuerdo. En las elecciones de 1860, los demócratas rompieron con Douglas, quien consiguió la nominación como candidato, pero una facción sudista presentó uno propio, John C. Breckinridge, lo cual causó una fisura que permitió la victoria del candidato republicano, Lincoln. Esto precipitó la secesión de varios estados del Sur y una guerra civil de cuatro años que Douglas no vivió lo suficiente para sufrir.

FREDERICK DOUGLASS (1818-1895)

Frederick Douglass, quien nació esclavo en Maryland, escapó de la «peculiar institución» del Sur en 1838, viajando en primer lugar a New Bedford (Massachusetts). Se convirtió en un destacado orador y escritor abolicionista –publicó un periódico, *The North Star*, y compuso hasta tres autobiografías– e impartió conferencias regularmente en favor de la Sociedad Antiesclavitud de Massachusetts. Su *Narrative of the Life of Frederick Douglass, an American Slave* (1845), su primera y más conocida autobiografía, resultó un poderoso contraargumento frente a las afirmaciones de los propietarios de esclavos relativas a las capacidades de los afroamericanos, y una eficaz obra propagandística para los abolicionistas del Norte y el Sur. Douglass realizó múltiples viajes, dentro y fuera de los Estados Unidos, para difundir su mensaje; desafió

constantemente a estos a que trataran de conducirse según los ideales cívicos que habían declarado tener, y en un famoso discurso recordó a su audiencia que las festividades de la nación significaban poco para los afroamericanos, ciertamente, mientras la esclavitud existiese. «¿Qué le importa al esclavo el 4 de julio? –preguntó en 1852–. La existencia de la esclavitud en este país señala vuestro republicanismo como una farsa, vuestra humanidad como una vil fachada y vuestro fe cristiana como una mentira. Destruye vuestra autoridad moral en el extranjero; corrompe a vuestros políticos nacionales.» La esclavitud, proseguía, «es la fuerza antagónica en vuestro gobierno, lo único que perturba y pone en peligro seriamente vuestra Unión. Coarta vuestro progreso; es el enemigo del desarrollo, el enemigo mortal de la educación; alimenta el orgullo; genera insolencia; fomenta el vicio; ampara el crimen; es una maldición para la tierra que la apoya; y, con todo, os aferráis a ella, como si fuese el ancla de todas vuestras esperanzas». Al estallar la Guerra de Secesión, Douglass vio el conflicto no solo como una oportunidad para acabar con la esclavitud, sino también como una ocasión para que los afroamericanos demostraran su patriotismo luchando a favor de la Unión. Se sintió horrorizado al ver que, en un primer momento, se les negaba el derecho a hacerlo. Tras la Proclamación de Emancipación de 1863 y la formación oficial de regimientos de negros en el Norte, los hijos de Douglass, Charles y Lewis, se unieron al más famoso de ellos, el 54.º Regimiento de Infantería de Color de Massachusetts (aunque Charles pidió el traslado al 5.º de Caballería). Acabada la guerra, Douglass siguió dando charlas en defensa de los derechos de los afroamericanos, y se sintió consternado ante la creciente tendencia a minusvalorar la importancia de la emancipación en las evocaciones públicas de la guerra. «A veces se nos pide en nombre del patriotismo –recordaba a los estadounidenses en 1871– que olvidemos los méritos de esta espantosa contienda, y que recordemos con igual admiración a aquellos que atacaron la vida de la nación y a aquellos que lucharon por salvarla.» La Guerra de Secesión, tal como Douglass advertía, se estaba convirtiendo con rapidez en la excepción a la regla de que la historia la escriben los vencedores.

WILLIAM EDWARD BURGHARDT (W. E. B.) DU BOIS (1868-1963)

W. E. B. du Bois representaba a una nueva generación de oradores afroamericanos que seguía los pasos de hombres como Douglass, y en *Black Reconstruction* (1935), sus palabras recordaban a las que este último pronunciase en 1871 al señalar que Estados Unidos había caído «bajo el liderazgo de aquellos que comprometerían la verdad del pasado a fin de pacificar el presente». Dedicó toda su carrera a desafiar y a intentar erradicar lo que él definió, en *Las almas del pueblo negro* (1903), como el «problema del siglo XX»: la discriminación racial. Du Bois, nacido en Massachusetts, se educó en Fisk y Harvard (fue el primer afroamericano en obtener un doctorado en esta última universidad), y dio clases como profesor de Historia y Economía en la Universidad de Atlanta. Su perspectiva era la del Periodo Progresista en que creció, pues creía que por medio de la educación podría lograrse una reforma de la sociedad y acabar con el racismo, y sostenía que la elite instruida –lo que él denominaba la «talentosa décima parte» de la población afroamericana– debía guiar al resto de esta última. En 1905 organizó un encuentro de líderes afroamericanos en Canadá (o más bien, en el lado canadiense de las cataratas del Niágara, donde los hoteles permitían el alojamiento de negros; de ahí que el grupo acabara por ser conocido como el Movimiento del Niágara) del que salió una «Declaración de Principios» que pedía una reforma de las leyes electorales (muchos afroamericanos habían sido privados en la práctica de su derecho al voto bajo las llamadas «leyes Jim Crow» del Sur) y el fin de la segregación racial. Junto con reformadores progresistas blancos, y en reacción a un linchamiento que tuvo lugar no en el Sur sino en Illinois, Du Bois fundó la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (National Association for the Advancement of Colored People, NAACP), organización que continúa en activo. A comienzos del siglo XX, la NAACP ejerció una gran presión para que se aplicaran las enmiendas Decimocuarta y Decimoquinta, pero con escaso éxito. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, y la entrada de los Estados Unidos en ella en 1917, Du Bois, como ya hiciese Douglass en el caso de la Guerra de Secesión, animó a los afroamericanos a unirse a la lucha, con objeto de afianzar su derecho a reclamar la igualdad de derechos civiles. En 1919, cuando las tropas estaban retornando, Du Bois trató en su artículo «Returning Soldiers», aparecido en *The Crisis,* la revista mensual de la NAACP, las implicaciones de la vuelta de estos soldados negros a un

país que privaba del derecho a votar y linchaba a los afroamericanos, una vuelta que ofrecía esperanzas de que los negros volvieran asimismo a la «lucha» por la igualdad. «¡Dejen paso a la Democracia! –declamó Du Bois–. La salvamos en Francia, y por el Gran Jehová que la salvaremos en los Estados Unidos de América, o descubriremos la razón.» Durante toda una longeva vida, Du Bois plantaría cara a los argumentos sociales y científicos que apoyaban el racismo, aunque su aparente radicalismo y respaldo al comunismo atrajeron tanto críticas como la atención del FBI. Fue asimismo uno de los pocos portavoces de la comunidad afroamericana que se opuso al internamiento forzado de japoamericanos durante la Segunda Guerra Mundial.

BENJAMIN FRANKLIN (1706-1790)

Benjamin Franklin, uno de los Padres Fundadores de los Estados Unidos de América, pareció ejemplificar lo que con el tiempo se llamaría el «sueño americano» a lo largo de una vida que le vio pasar de la pobreza a la prominencia internacional y a una carrera que abarcó la industria de la imprenta y la edición y la política, y que combinó las aptitudes científicas con las de un hombre de Estado. Pese a la fama que le otorgaron sus numerosos inventos, entre ellos el pararrayos (ideado tras su famoso experimento de la cometa), la estufa Franklin (diseñada para hacer circular el aire caliente por una habitación) y las gafas bifocales, puede que su mayor invención fuese él mismo y, a través de ella, la nación que serían los Estados Unidos. La carrera de Franklin comenzó en el mundo de la imprenta, pero desde el principio se sintió impelido a publicar sus ideas sobre el progreso social e individual, en un primer momento bajo pseudónimos, como Silence Dogood y el posterior personaje del Pobre Richard (Richard Saunders), famoso por *Poor Richard's Almanack*, publicado desde 1732 hasta 1758. El *Almanack* contenía sustanciosas píldoras de sabiduría acerca del provecho de la frugalidad y el trabajo duro, que serían después recopiladas en *The Way to Wealth* (1758). Quizá la más conocida de ellas sea la máxima «El hombre que temprano se acuesta y temprano se levanta tendrá una vida sana, próspera y sabia». Los consejos de Franklin, aunque invariable y excesivamente optimistas para algunos

paladares –tanto en su época como después–, hallaron eco en un mundo colonial en el que las posibilidades de reinventarse a uno mismo y reinventar la sociedad se les antojaban a muchos bastante reales. Cuando menos, en las colonias existía la oportunidad de criticar a la elite, cosa que Franklin hizo a través de las páginas del *Pennsylvania Chronicle and Universal Advertiser*, fundado en 1767 y dedicado en gran parte a desafiar la influencia tanto de la familia Penn como del intrusismo británico que se percibía en los asuntos coloniales. Por entonces, naturalmente, Franklin se posicionaba en un contexto británico; era claramente un individuo nacido con la determinación de triunfar (puede que pertenecer a una familia de 20 hermanos fomentase esa ambición) pero dicho triunfo no tenía por qué darse necesariamente en un nuevo marco nacional. Diez años antes de empezar a colaborar con el *Chronicle*, Franklin fue enviado a Gran Bretaña como representante de Pensilvania, y aprovechó la ocasión para promover la idea de un mayor autogobierno para la colonia, mas con escaso éxito. Debido a ello, a su regreso a Norteamérica, pasó a defender con más ahínco la unidad entre las colonias y la oposición a lo que él consideraba un control autoritario de los asuntos de estas por parte de un parlamento a 5.000 km de distancia. El *Chronicle* recogió el creciente radicalismo de la época con la publicación de *Letter from a Pennsylvanian Farmer*, de John Dickinson, que cargaba con argumentos contra los excesivos impuestos aplicados por la Corona. Como miembro del Segundo Congreso Continental, Franklin colaboró en la redacción de y firmó la Declaración de Independencia, y el año en que esta apareció (1776) fue enviado a Francia para convencer a los franceses de que ayudasen a las colonias norteamericanas en su conflicto con Gran Bretaña. Franklin regresó a lo que en ese momento ya eran los Estados Unidos dos años después de la firma del Tratado de París (1783) que puso fin a la Guerra de Independencia estadounidense.

SARAH MARGARET FULLER OSSOLI (1810-1850)

Margaret Fuller nació en Massachusetts y, como era y continúa siendo el destino de muchas mujeres instruidas, su carrera comenzó en la enseñanza, debido en gran medida a que tuvo que encargarse de mantener a sus hermanos menores tras la muerte de su padre. No obstante, al moverse

también en el mundo del periodismo (fue editora de la revista trascendentalista *The Dial* y escribió para el entonces moderadamente radical *Tribune* de Nueva York, dirigido por Horace Greely), fue capaz de llegar a un sector más amplio de gente fuera de las aulas, y se dedicó activamente a defender no solo los derechos de las mujeres sino también la igualdad en términos más generales. Muchos de los argumentos que aparecieron en su libro *La mujer en el siglo* XIX (1845) ya habían sido esbozados dos años antes en un extenso ensayo publicado en *The Dial*, «Man versus Men, Woman versus Women», en el que ponía de relieve la promesa nacional que contenía la Declaración de Independencia. «Aunque la independencia nacional se vea desdibujada por el servilismo de los individuos –escribió–, aunque la libertad y la igualdad hayan sido proclamadas únicamente para dar cabida a un monstruoso despliegue de comercio y posesión de esclavos», la idea de que todos los hombres son creados iguales seguía siendo «una certeza preciosa mediante la cual alentar a los buenos y avergonzar a los malvados». Tras ser enviada a Europa por Greeley en 1846, Fuller entregó una serie de «despachos» publicados en el *Tribune* en los que detallaba los sucesos de lo que ella describió como los «tristes pero gloriosos días» de la revolución italiana y la importancia de los líderes revolucionarios, en particular de Giuseppe Mazzini, y de sus ideales para los Estados Unidos. «La causa es NUESTRA, antes que de cualquier otro», escribió a su país, una nación que ella consideraba que no estaba «muerta» sino dormida respecto a la cuestión de la esclavitud, una en la que «el espíritu de nuestros padres ya no arde, sino que yace oculto bajo las cenizas». Durante su estancia en Italia, Fuller conoció y (posiblemente) se casó con el revolucionario y marqués Giovanni Angelo d’Ossoli, con quien tuvo un hijo, Angelo. Mientras regresaban a los Estados Unidos en 1850, su barco naufragó frente a la costa de Nueva York y perecieron los tres. Fuller no recibió un buen trato de sus contemporáneos en lo que se refiere a su duradero legado, y sus despachos desde Europa, aunque disponibles, claro está, en el *Tribune,* fueron editados y publicados (con modificaciones) bajo el título *At Home and Abroad* (1856) por su hermano Arthur. La fama que se le otorgó con el tiempo como defensora de los derechos de las mujeres ha tendido a eclipsar la importancia mucho más universal de su análisis no solo de los derechos de las mujeres sino también de los de la ciudadanía en los Estados Unidos a mediados del siglo XIX.

ALEXANDER HAMILTON (*CA.* 1755-1804)

Alexander Hamilton, otro de los Padres Fundadores de los Estados Unidos (que también fue abogado), nació realmente en las Antillas y fue enviado a las colonias norteamericanas (más concretamente a Nueva Jersey) en 1772 para su educación, la cual continuó en el King's College (hoy Universidad de Columbia) de Nueva York, donde se convirtió en un firme defensor de la causa colonial y poco después en capitán de una compañía de artillería reclutada por el Congreso Providencial de Nueva York. Se presentó en los medios impresos con la publicación de «A Full Vindication of the Measures of Congress», el cual defendía el Congreso Continental frente a los ataques realistas, pero lo cierto es que su camino a la fama comenzó cuando fue designado edecán de George Washington en 1777, cargo que ocupó durante cuatro años. Las experiencias de Hamilton durante la guerra, y especialmente a lo largo del terrible invierno en Valley Forge cuando el ejército revolucionario se encontraba en su peor momento –tanto en términos de moral como de número de efectivos–, se citan a menudo como un factor de influencia en sus posteriores alegatos a favor de un fuerte Estado federal centralizado. Al igual que Washington, Hamilton percibía que los intereses de los distintos estados y las lealtades a los mismos actuaban en detrimento del avance eficaz de la guerra, y que tendrían con toda probabilidad el mismo efecto sobre la (todavía supuesta) nación. Abogó por una revisión de los Artículos de la Confederación, y encontró que otros como el futuro presidente James Madison y John Jay compartían su causa, razón por la cual se unió a ellos en la redacción y publicación de lo que más tarde se conocería como *The Federalist Papers* (originalmente *The Federalist*). Se trataba de una serie de ensayos sobre la Constitución que aparecieron en la prensa neoyorquina entre 1787 y 1788 cuyo objetivo era apoyar la causa de una Constitución revisada para los Estados Unidos. Aún conservan su relevancia, y se los cita en ocasiones en las resoluciones actuales del Tribunal Supremo. Una de las contribuciones más notables (*Federalist* 84) de Hamilton al debate constitucional fue su objeción a la inclusión de la Carta de Derechos sobre la base de que enumerar una serie de derechos amenazaba con limitar aquellos que «el pueblo» ya disfrutaba. Una Carta de Derechos separada, creía Hamilton «no solo [resultaría] innecesaria en la constitución propuesta, sino incluso peligrosa». E inquiría:

«¿Por qué declarar que no se deben hacer cosas que no se posee el poder de hacer?». En 1789, Hamilton fue nombrado primer secretario del Tesoro bajo la presidencia de George Washington, un puesto que mantuvo hasta 1795. El trabajo de Hamilton en dicho cargo fue decisivo a la hora de establecer la estructura fiscal de la nación; sus bancos; sus sistemas de ingresos, deuda nacional y crediticios; y las leyes que gobernaban la industria.

OLIVER WENDELL HOLMES JR. (1841-1935)

Oliver Wendell Holmes Jr., hijo del médico y escritor Oliver Wendell Holmes, nació en Massachusetts y cursó estudios en Harvard. Cuando estalló la Guerra de Secesión, se alistó para luchar a favor de la Unión, y fue herido y dado por muerto en la batalla de Antietam en 1862 (su padre relató la experiencia de viajar hasta el campo de batalla en busca de su hijo en un artículo del *Atlantic Monthly*: «My Hunt after “The Captain”». Normalmente se considera que la guerra fue el acontecimiento que moldeó la vida de Holmes Jr., el origen de lo que a veces se denomina su escepticismo moral, debido en gran parte a que, hacia finales de siglo, pronunció dos discursos señalados en torno al tema de la guerra y la lucha por salir adelante en la vida. En 1884, en un discurso del Día de los Caídos dado ante el Gran Ejército de la República, una asociación de veteranos de guerra de la Unión, Holmes mantuvo que «la generación que pasó por la guerra destaca por lo que ha vivido. Gracias a la gran suerte que tuvimos, en nuestra juventud el fuego nos encendió el corazón. Fuimos agraciados con el regalo de aprender desde el primer momento que la vida es algo profundo y apasionado». Una década después, en otro discurso del Día de los Caídos ante una promoción de graduados de Harvard, instó a los estudiantes «a conservar la fe del soldado contra las inseguridades de la vida civil». Holmes no fue ni mucho menos el único que manifestó en su madurez un recuerdo vívido y posiblemente un poco idealizado de un conflicto afrontado durante su juventud. Para entonces gozaba ya de un gran prestigio en su carrera legal, la cual había iniciado tras la Guerra de Secesión. Dirigió la *American Law Review* de 1870 a 1873, y en 1880 impartió una serie de conferencias en el Lowell Institute, que comenzó con la observación de que «la vida de la ley no ha sido la lógica; ha sido la

experiencia». Holmes fue profesor por una breve temporada en la Facultad de Derecho de Harvard, pero posteriormente, en 1883, sería nombrado juez adjunto del Tribunal Supremo de Massachusetts, cuya presidencia alcanzó en 1899. Dado que era un veterano de guerra, Theodore Roosevelt lo veía naturalmente con simpatía, razón por la cual lo colocó en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos a finales de 1902. Su sentencia más famosa fue tal vez la de *Schenck contra los Estados Unidos* (1919), en la que dictó que la Primera Enmienda no protegía a un individuo si este representaba un «claro peligro» para la sociedad (el individuo en cuestión había estado animando a los norteamericanos a declararse insumisos frente al servicio militar obligatorio). En *Abrams contra los Estados Unidos* (1919) adujo –cosa que algunos interpretaron como una contradicción respecto a su sentencia anterior– que ese «claro peligro» no existía (los individuos en este caso habían estado distribuyendo panfletos que denunciaban la campaña de apoyo civil a la guerra). Tal contradicción no existía, porque el punto crucial de la resolución de Holmes de 1919 era que las palabras «se [usaran] en tales circunstancias y [fuesen] de tal carácter como para generar un claro peligro». Lo cierto es que Holmes hizo un hincapié constante a lo largo de toda su carrera en la importancia de la libertad de expresión como pilar de las libertades norteamericanas.

ANDREW JACKSON (1767-1845)

El séptimo presidente de los Estados Unidos, que dio su nombre a la «Era de Jackson» y cuyo apodo, Old Hickory (Viejo Nogal Americano), implicaba robustez, fue en su época, y sigue siendo en buena medida, un gran símbolo en una nación que hace hincapié en el valor de la autosuficiencia, el vigor del pionero y la determinación. Si bien el derecho al sufragio no estaba muy generalizado, y desde luego tampoco había posibilidades espectaculares de medrar socialmente durante la Era de Jackson, su imagen era la de un hombre corriente que extendería el proceso democrático y las oportunidades económicas de la nación al común de los norteamericanos. Para tratarse de un individuo, como poco, solitario, transmitía la impresión de ser un hombre del pueblo. Parte de su popularidad en la época se debía al hecho de que había servido (como

mensajero, y no era más que un adolescente por entonces) en la Guerra de Independencia. Su infancia fue decididamente dura; perdió a ambos padres con catorce años. Estudió Derecho y, como muchos otros, se trasladó a la frontera –al territorio que más tarde se convertiría en el estado de Tennessee– por las oportunidades que ofrecía. Cuando Tennessee fue admitido en la Unión en 1796, Jackson pasó a ser representante del estado en el Congreso. La especulación de tierras le permitió convertirse en un hombre adinerado, dueño de plantaciones de algodón y esclavos, pero fue la guerra de 1812 la que le condujo al primer plano de la política nacional y, a la larga, a la presidencia, en concreto por su victoria de 1815 sobre las fuerzas británicas en Nueva Orleans. Cuando Alexis de Tocqueville visitó los Estados Unidos durante el segundo mandato presidencial de Jackson, se mostró crítico hacia un hombre al que describió como «de carácter violento y capacidades mediocres» e impopular entre «las clases ilustradas de la Unión». No obstante, Tocqueville entendía que era «el recuerdo de una victoria lograda hace veinte años bajo las murallas de Nueva Orleans» lo que mantenía su popularidad entre la población. Mas la victoria por sí sola no había bastado; también la guerra jugó un papel a la hora de asegurar la imagen de Jackson, su futuro económico inmediato y su posterior puesto presidencial. La guerra de 1812, el segundo conflicto de la nación con los británicos, no tuvo importancia a un nivel meramente simbólico sino que, en la práctica, acabó con muchos pueblos nativos del sur y el noroeste y permitió a los colonos blancos (y a sus esclavos) acceder a vastas extensiones de terreno. La nueva frontera parecía ofrecer nuevas oportunidades, y Jackson estaba bien situado para aprovecharlas. Se presentó a la presidencia por primera vez en las elecciones de 1824, pero dado que en estas había cuatro candidatos, y ninguno logró la mayoría absoluta, la tarea de elegir al presidente recayó sobre la Cámara de Representantes, que eligió a John Quincy Adams. En 1828, Jackson ganó la presidencia en unas elecciones que asistieron realmente al nacimiento de la política de partidos en los Estados Unidos; las elecciones se convirtieron en un entretenimiento de masas, y si bien la imagen todavía no lo era todo, las cosas se estaban moviendo definitivamente en esa dirección. En lo que a eso se refiere, Jackson fue un anticipo de lo que estaba por venir en la política norteamericana.

JOHN FITZGERALD KENNEDY (1917-1963)

La elección de John F. Kennedy, el primer presidente católico de los Estados Unidos, pareció simbolizar en su día la promesa de un nuevo comienzo para el país, al representar un momento en el que, tal como el propio Kennedy lo describió, la antorcha se cedió «a una nueva generación de norteamericanos». Fue asimismo una de las victorias electorales más ajustadas de la historia de los Estados Unidos, y una en la que se consideró que los medios de comunicación habían jugado un papel crucial. En los debates televisivos entre Kennedy y su rival republicano, el entonces vicepresidente Richard Nixon, se vio al primero, hablando de un modo bastante literal, como al candidato más convincente (a menudo se observa que los que escucharon el debate por la radio tendieron a considerar que la actuación de Nixon había sido mejor). Tanto dicho debate como la tragedia del asesinato de Kennedy a manos de Lee Harvey Oswald en Dallas (Texas) en noviembre de 1963 han influido poderosamente en la imagen pública del trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos, y el respeto con que se trata –o se maltrata, en ocasiones– el nombre de los Kennedy en el país se reforzará sin duda en una miniserie de televisión sobre la familia estrenada en 2011. Para la generación anterior a los atentados del 11 de septiembre de 2001, el asesinato de JFK marcó un momento crucial en sus vidas, pues siempre recordarían dónde estaban y qué estaban haciendo cuando se enteraron del suceso. La breve presidencia de Kennedy se vio en sí eclipsada por la Guerra Fría –la cual quedó definida en cierto sentido por la crisis de los misiles cubanos de 1962–, tratándose asimismo de un periodo en el que la agenda nacional tomó un papel secundario frente al enérgico seguimiento de un programa anticomunista. Esto llevó a la administración Kennedy a competir, globalmente y en el espacio, con la Unión Soviética. A causa del «desafío del *Sputnik*» de 1961, Kennedy comprometió a la nación a lograr la llegada del hombre a la luna en menos de una década, pero dijo poco, e hizo menos aún, respecto a los crecientes problemas raciales del país, los cuales eran de tipo más mundano y, en estados como Misisipi, estaban adquiriendo un cariz muy serio. Con todo, el legado de los Kennedy no vino dado tanto por lo que hizo o no hizo el presidente, sino más bien por el simbolismo y el lenguaje aportados por un líder que prometió nuevas fronteras para una nación que, tras la Segunda Guerra Mundial y el

macartismo, y en plena Guerra Fría, deseaba poder creer en algo, aunque no necesariamente en alguien.

ABRAHAM LINCOLN (1809-1865)

Tratándose del presidente que logró evitar la ruptura de la Unión a mediados del siglo XIX, el legado de Abraham Lincoln quizá parezca a salvo, pero en años recientes se han lanzado ataques coordinados sobre su leyenda; sin apenas efectos, hay que decir, dado que Lincoln ha sido prolíficamente estudiado –antes solo Napoleón tenía más libros dedicados a su persona, pero eso podría no ser cierto ya– y no hay indicios de que el interés por él vaya a decaer. Gran parte del debate (compuesto a veces por auténticas diatribas) tiende a girar en torno a la decisión de Lincoln de emancipar a los esclavos, aunque últimamente se viene criticando la suspensión por su parte de ciertas libertades civiles en los estados fronterizos, especialmente en lo que respectó a la prensa durante la Guerra de Secesión. Puesto que esta última juega un papel fundamental en la historia nacional (sin la victoria de la Unión no habría nación), y Lincoln en la Guerra de Secesión, la comprensión de la persona no puede disociarse de la de la guerra. Lincoln era un hombre de su tiempo. Al igual que Henry Clay, fue abogado en los territorios de la frontera y, también como este, abominaba la esclavitud sin estar convencido de que fuera posible una sociedad no racista y era partidario de la idea de que los afroamericanos libres se marcharan para colonizar otros territorios. Buena parte de lo que Lincoln dijo e hizo en relación con la esclavitud y la secesión se debió al hecho de que era un constitucionalista comprometido y de que actuaba desde el supuesto (y la postura legal que conllevaba) de que la secesión representaba una rebelión en –pero no de– el Sur. También era una persona pragmática. Del mismo modo que Clay había descubierto que los ataques directos sobre la esclavitud tenían pocas oportunidades de éxito en un entorno en el que la posesión de esclavos estaba tan arraigada, Lincoln se encontró con que dicho tipo de ataques sobre la institución eran peor que inútiles y potencialmente dañinos para la campaña bélica de la Unión en una nación en la que el racismo no era un pecado de un sector de la sociedad norteamericana sino un punto de vista nacional. Mas desde el

principio, lo que acabó por denominarse en los Estados Unidos la «Guerra Civil» (algo que no sucedió hasta 1912; anteriormente se la llamaba «Guerra de la Rebelión») no estuvo claramente definida ni legal ni constitucionalmente (por ejemplo, una de las primeras medidas de la Unión fue bloquear los puertos del Sur; sin embargo, en la ley internacional, no se contemplaba que una nación pudiera realizar un bloqueo sobre sí misma). En este contexto, fuese cual fuese la decisión de Lincoln respecto a la emancipación debía aplicarse de tal modo que fuese vinculante para la nación una vez que la guerra hubiese terminado, suponiendo que la Unión ganase. Una de sus frustraciones por entonces era atender las estridentes demandas de radicales y reformadores de que pusiese fin a la esclavitud en una parte del país que la Unión ya no controlaba. Además, la Guerra de Secesión la entabló una Unión en la que el sistema bipartidista seguía funcionando (no así en la Confederación), de modo que tanto las acciones como las palabras del presidente debían de ser meditadas cuidadosamente en un escenario en el que el mantenimiento del apoyo a una guerra librada no por un ejército regular sino principalmente por tropas voluntarias dependía del respaldo continuo de las urnas. A menudo se da por hecho que la Unión, al disponer de más hombres, una economía más fuerte, más municiones y una red de transportes más sólida, estaba destinada a ganar la Guerra de Secesión, pero esa perspectiva ignora el mundo real en el que Lincoln operaba y el hecho de que todo el poder del mundo (como Vietnam dejó sin duda bien claro) es peor que inútil si no se utiliza de forma efectiva. El asesinato de Lincoln a manos de John Wilkes Booth en 1865, al final de la guerra, ha dado lugar al planteamiento de más ucronías incluso que la muerte de Kennedy en 1963. Se suele considerar que el periodo de la Reconstrucción (hasta 1877) fue una oportunidad desaprovechada para consolidar el impulso de la emancipación que Lincoln había ido acumulando con el desarrollo del conflicto (el historiador más destacado de la época le puso a la Reconstrucción el nombre de «la revolución inacabada de los Estados Unidos»), pues requirió la llamada «Segunda Reconstrucción» de la década de 1960.

RONALD REAGAN (1911-2004)

Ronald Reagan nació y estudió en Illinois, y se trasladó a California en 1937, donde desarrolló una exitosa carrera como actor y presidente del Sindicato de Actores de Cine (lo cual le convierte en el único líder sindical que ha ocupado un cargo en el ejecutivo hasta el momento) y donde, en los años cincuenta, fue portavoz de la General Electric Corporation. Fue su discurso en apoyo de la candidatura presidencial de Barry Goldwater en 1964 el que atrajo la atención de la nación sobre él; más tarde, en 1966, fue elegido gobernador de California. Él mismo fracasó en sus intentos de llegar a la presidencia en 1968 y 1976, pero el tercero, en 1980, salió a las mil maravillas. Esta victoria se consideró un punto de inflexión, no solo estrictamente para las crecientes fortunas de la derecha norteamericana, sino de un modo más general para una nación que aún se resentía del desastre que había sido la Guerra de Vietnam. Con su hincapié en que el gobierno constituía el problema de la nación, Reagan evocó a un tiempo a Thomas Paine y la tradición que se desarrolló junto con la propia nación de que la empresa individual fuese el motor tanto de la economía del país como de las vidas de sus habitantes, si bien, como ocurrió en la Era de Jackson, el lenguaje en torno a la «inclusividad» ocultaba la exclusividad de la que disfrutaba una elite bastante reducida y dedicada principalmente a los negocios. El abandono a partir de 1980 de los valores considerados liberales, de las soluciones promovidas por el Estado que representaron el New Deal y la Gran Sociedad, también se vio acompañado por un refuerzo del propósito moralista de la derecha de dirigir las vidas de otros hasta un punto que ningún Estado habría podido concebir –ni en los escenarios hipotéticos más invasivos posibles– o alcanzar. En cierto sentido, la ideología del miedo fue lo que impulsó el ascenso de la «Nueva Derecha» a partir de 1980, el miedo a la desintegración de la nación y a los peligros del «imperio del mal» en el extranjero. En este contexto, Reagan ofreció una solución aparentemente directa a los problemas internos y externos de los Estados Unidos. Su programa económico alejó al país de su keynesianismo anterior a 1980 (en pocas palabras, el gasto del gobierno o del sector público como motor económico) hacia una economía de la oferta (a veces denominada «de filtración» o «reaganomía») y llevó a cabo una bajada de impuestos mediante la Ley Fiscal de Emergencia para la Recuperación Económica (Emergency Recovery Tax Act, 1981) en un intento de reducir el déficit. Al mismo tiempo, dado que Reagan pensaba que la defensa iba

«aparte del presupuesto», el gasto militar estadounidense se incrementó en un 40 por 100 entre 1980 y 1984. La reelección de Reagan en 1984 fue testigo de una implicación cada vez mayor del presidente en asuntos internacionales, y en particular del principio del fin de la Guerra Fría. Los esfuerzos de Reagan por mejorar las relaciones con la URSS se consideraron exitosos en general, pero la revelación en 1986 de que los EEUU habían estado proporcionando suministros en secreto a la Contra nicaragüense –en desafío de la decisión del Congreso de suspender dicha ayuda– expuso (o no, dado que los archivos y recuerdos sobre el asunto desaparecieron de manera muy conveniente) el alcance del gobierno en la sombra que operaba a espaldas del Congreso. Al final, el éxito de Reagan respecto a los soviéticos sirvió de contrapeso a lo que se denominó el escándalo Irán-Contra (los fondos para los contras habían salido de ventas de armas a Irán negociadas a cambio de prisioneros norteamericanos capturados por grupos chiitas), y Reagan dejó el cargo como uno de los presidentes más populares de la historia de Estados Unidos.

THEODORE ROOSEVELT (1858-1919)

Theodore Roosevelt, el vigésimo sexto presidente de los Estados Unidos, nació en Nueva York. Una infancia presa de la enfermedad produjo en él la determinación de sobreponerse a su frágil salud con un vigoroso régimen de ejercicio físico (posteriormente ensalzaría lo que él denominaba la «vida esforzada») que acabaría por definir su punto de vista político, un impulso regenerador surgido de su experiencia personal que derivó en un programa progresista para la nación. Se educó en Harvard, y al acabar sus estudios salió elegido para la Asamblea Estatal de Nueva York. Su interés en el poderío naval estadounidense le llevó a publicar *The Naval War of 1812* (1882). Tras el asesinato de William McKinley en 1901, llegó a la presidencia como el hombre más joven que jamás había ocupado el cargo. Para entonces, Roosevelt ya tenía reputación de hombre de acción, forjada en parte en las lomas de San Juan de Cuba durante la Guerra hispanoestadounidense de 1898. Como presidente, Roosevelt trató de promover valores ampliamente progresistas, y su programa económico, el Square Deal [Trato Justo], procuró asegurar que los intereses de grandes

empresas como US Steel y Standard Oil no afectaran negativamente a los de la población general, o la nación. Fue un firme defensor de las leyes antimonopolio y de la conservación de los grandes espacios naturales norteamericanos. Roosevelt tuvo un papel fundamental en la protección de los recursos naturales de la nación frente a la explotación económica y blindó cientos de miles de hectáreas con la intención de que los terrenos formaran parte de nuevos parques nacionales. Los Estados Unidos, en tiempos de la presidencia de Roosevelt, ya habían designado Yellowstone (1872) y Yosemite (1890) parques nacionales bajo protección federal, así que Roosevelt no estaba tanto promoviendo una política de protección medioambiental como desarrollando una ya existente. En lo que respecta a la política exterior, Roosevelt, al igual que distinguía entre aquellas empresas que juzgaba beneficiosas para la nación y aquellas cuyo poder la amenazaba, en política exterior tendía a hacer otro tanto entre países civilizados e incivilizados, y a extender su política interior progresista al escenario internacional tratando de intervenir en los asuntos nacionales de diversos países centroamericanos, inaugurando así la idea de que Estados Unidos actuase como «la policía del mundo». Transcurridos dos mandatos presidenciales, Roosevelt abandonó el cargo, pero en 1912 intentó regresar a él fundando un nuevo Partido Progresista cuyo programa, el Nuevo Nacionalismo, defendía el control de las empresas y la expansión de la justicia social alcanzada por medio de un mayor intervencionismo gubernamental. A pesar de su derrota –frente a Woodrow Wilson–, la ideología general de Roosevelt tuvo una gran influencia en el desarrollo económico, político y social de los Estados Unidos en el siglo XX.

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT (1882-1945)

Franklin D. Roosevelt (FDR), el trigésimo segundo presidente de los Estados Unidos, fue uno de los líderes más populares de la nación, si no el que más, tanto en vida como después de ella. Hoy por hoy, sigue siendo el único presidente elegido para cumplir más de dos mandatos en el cargo. Guió a los Estados Unidos a través de la Gran Depresión, puso en marcha el New Deal y lideró la nación durante la Segunda Guerra Mundial. Su presidencia comenzó tras unas elecciones que representaron un rechazo

terminante del viejo orden político encarnado por los republicanos y que entregaron al Partido Demócrata el control tanto del Senado como de la Cámara de Representantes. El «Nuevo Trato» que traía para el pueblo estadounidense fue mucho más lejos que los programas económicos y sociales de ámbito nacional de la década de 1930; el New Deal perduró, tanto en su implementación económica como en la ideología que había tras él, hasta bien entrados los años sesenta, y los demócratas se convirtieron en el partido de gobierno por defecto, al ocupar la presidencia durante veintiocho de los siguientes treinta y seis años. Gran parte del éxito de FDR se debió a la creación de lo que se daría en llamar la «coalición del New Deal», la unión lograda por el presidente de sindicatos (el recientemente creado Congreso de Organizaciones Industriales) que apoyaban al Partido Demócrata y arrastraban consigo a muchos votantes urbanos, afroamericanos (unas tres cuartas partes de los afroamericanos del Norte apoyaron la reelección de FDR en 1936), intelectuales y el Sur blanco. El New Deal representó asimismo un giro hacia el laicismo en una nación que había soportado el influjo del ascenso de la derecha religiosa: una de las primeras medidas de la administración de FDR fue la revocación de la Ley Seca –un acto no abiertamente secular en sí, pero definitivamente un rechazo de una muestra del extremismo de la moral de derechas–. En el transcurso de sus «Primeros Cien Días», FDR comenzó a poner en marcha los programas de asistencia social que constituirían el eje económico del New Deal, sin perder de vista los acontecimientos globales, que iban camino de la Segunda Guerra Mundial. Cuando estalló la guerra, su hincapié en que los Estados Unidos eran el «Arsenal de la Democracia» fue un paso significativo a medio camino entre la neutralidad y el compromiso bélico, al aunar los beneficios económicos prácticos de la producción de armamento con una idea mucho más general de aquello que representaba y podía defender la nación. Después del ataque sobre Pearl Harbor, FDR puso la economía norteamericana en pie de guerra, lo cual disparó su productividad industrial, con todos los beneficios que conlleva esto último y también la movilización en masa de la población. FDR murió el año final de la Segunda Guerra Mundial, y la materialización del nuevo orden mundial que había empezado a negociar en Yalta y Teherán recaería al final sobre otros. No obstante, el duradero legado de FDR fue que, durante su presidencia, se animó al pueblo estadounidense –un pueblo

tradicionalmente receloso de su gobierno– a que tuviese fe en dicho gobierno, una extensión de su fe en el propio Roosevelt. Esto fue lo que caracterizó realmente este periodo de la historia norteamericana, una fe en la eficacia del gobierno que el primo de FDR, el progresista Theodore Roosevelt, compartía, pero que nunca había sido capaz de transmitir plenamente al electorado; una fe a la que la nación renunció con la elección como presidente de Ronald Reagan en 1980.

BENJAMIN RUSH (1745-1813)

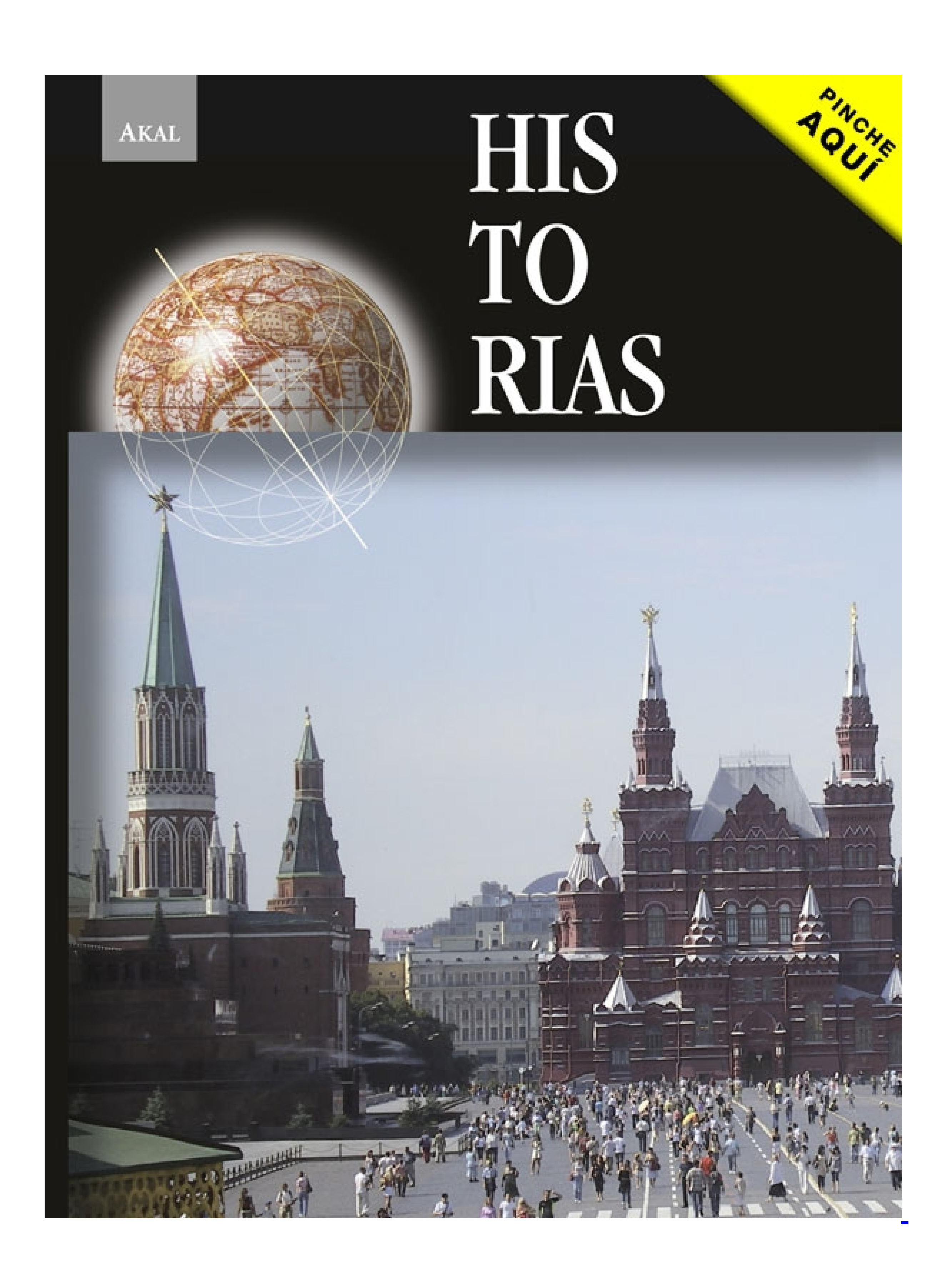
Benjamin Rush, quizá uno de los Padres Fundadores de los Estados Unidos menos conocidos, nació cerca de Filadelfia, y en 1759 se inscribió como alumno en el College of Physicians (Colegio de Médicos) de dicha ciudad. Su formación médica continuó en Princeton y después en el extranjero, en Edimburgo (Escocia) y en la Europa continental. En 1769, Rush abrió una consulta privada en Filadelfia, donde también enseñaba Química como profesor del College of Philadelphia, y publicó el primer libro de texto norteamericano sobre la materia. No obstante, las actividades de Rush no giraban únicamente en torno a la medicina, sino que también escribió una serie de editoriales a favor de la causa independentista en los años que precedieron a la Revolución estadounidense y fue un miembro activo de la organización Hijos de la Libertad de Filadelfia. En 1776, fue representante de esta última ciudad en el Congreso Continental y uno de los signatarios de la Declaración de Independencia. Más adelante, en 1777, sería nombrado inspector general de Sanidad del Ejército Continental, pero su oposición tanto a los servicios médicos del ejército de aquel momento como al propio George Washington le hizo renunciar al cargo. En 1789, formó parte de la convención pensilvana que aceptó la nueva Constitución y fue designado posteriormente tesorero de la Casa de la Moneda de Estados Unidos, un puesto que ocupó desde 1797 hasta su muerte. También había sido nombrado con anterioridad profesor de teoría médica y práctica clínica en la Universidad de Pensilvania, y durante toda su vida mantuvo una amplia variedad de intereses en el campo del activismo social, entre ellos el abolicionismo, la extensión universal del acceso a la educación (incluyendo a las mujeres, sobre la base de que una república necesitaba una ciudadanía

instruida) y que las clínicas médicas atendiesen a los pobres. Pese a ser dueño de esclavos (tenía uno), en 1773 Rush publicó «An Address to the Inhabitants of the British Settlements in America, upon Slave-Keeping», en el que sostenía que la esclavitud «y el vicio están conectados, y este último es siempre causa de sufrimiento», y recordaba a sus lectores «la vara con que les amenazaron hace unos años con las leyes Fiscal y del Timbre». Anticipándose a Abraham Lincoln en la argumentación que este usaría en su segundo discurso de investidura, Rush subrayó que «los crímenes nacionales requieren castigos nacionales, y sin afirmar qué castigo aguarda a esta maldad, uno puede atreverse a asegurarles que no puede quedar impune, a no ser que Dios deje de ser justo o piadoso». Rush describió asimismo la epidemia de fiebre amarilla de 1793, y fue un adelantado a su tiempo por su interés en las enfermedades mentales además de en las físicas. Su obra *Medical Inquiries and Observations upon the Diseases of the Mind* (1812) fue el primer libro de texto estadounidense sobre la materia.

MARGARET SANGER (1879-1966)

Margaret Sanger (de soltera Higgins) nació en Nueva York, hermana de otros 10 niños e hija de una mujer que había pasado por 18 embarazos. Fue un personaje polémico en su época, una a la que no le resultaba del todo cómoda la divulgación de literatura a favor del control de la natalidad, la cual tendía a calificar de «obscena» (según lo establecido por la Ley Comstock –así bautizada en honor del reformador social Anthony Comstock– de 1873), y desde entonces no ha dejado de generar controversia. Sanger aprendió enfermería y trabajó durante una temporada en el Lower East Side de Manhattan, al tiempo que se introducía en la cultura radical que se concentraba en Greenwich Village e incluía a figuras tales como el reformador social y escritor Upton Sinclair y a la anarquista Emma Goldman. En 1912, Sanger comenzó a escribir de manera regular una columna para el *New York Call* titulada «What Every Girl Should Know» (Lo que toda chica debería saber) sobre educación sexual y anticoncepción. Una columna que trató en concreto el tema de las enfermedades venéreas fue censurada al ser considerada obscena. En 1914,

publicó el primer número del boletín feminista *The Woman Rebel,* pero también este entró en conflicto con los censores que no aceptaban con agrado la defensa del control de la natalidad de Sanger, y se organizó un escándalo tan grande –como lo era el riesgo de encarcelamiento que este trajo consigo– que Sanger se vio obligada a marcharse a Inglaterra. En su ausencia, sus colegas distribuyeron unas 100.000 copias de su panfleto a favor del uso de métodos anticonceptivos *Family Limitation*. Sanger regresó a Nueva York en 1915 para someterse a juicio, lo cual nunca llegó a ocurrir para bastante consternación suya, pues tenía la esperanza de que la publicidad del acontecimiento atrajera la atención de la población sobre las cuestiones que defendía. Sanger abrió la primera clínica para el control de la natalidad en Brooklyn en 1916, lo cual hizo que la condenaran y encarcelaran, pero aumentó ciertamente la conciencia pública del tema y, de manera crucial, generó fondos para la causa de la reforma del control de la natalidad. En 1923 abrió otra clínica, la Oficina de Investigación del Control de la Natalidad (Birth Control Research Bureau), aprovechando una laguna legal que permitía a los médicos prescribir anticonceptivos. Había comenzado a publicar en 1917 la revista *Birth Control Review,* y tres años más tarde creó la Liga Estadounidense por el Control de la Natalidad, lo cual se vio seguido, en 1929, por la fundación del Comité Nacional sobre la Legislación Federal para el Control de la Natalidad. Por lo menos, Sanger vivió lo suficiente para ver la legalización del control de la natalidad (solo para parejas casadas, en *Griswold contra Connecticut* [1965]). La defensa de Sanger de dicho control se ha atribuido, entre diversos motivos, a sus experiencias al lado de mujeres sin recursos cuya salud se resentía inevitablemente durante el embarazo y se veía también en riesgo por el recurso generalizado a abortos ilegales y en ocasiones autoprovocados; o a propósitos de corte bastante más eugenésico en una era en la que el control de la población poseía connotaciones de control racial y «mejora» nacional. No cabe duda de que su reputación se vio afectada por el impacto del movimiento eugenésico y por su propio apoyo a la esterilización de los enfermos mentales, una cuestión sobre la que Oliver Wendell Holmes dictó resolución en *Buck contra Bell* (1927).


AKAL
HIS
TO
RIAS
PINCHE
AQUÍ

Document Outline